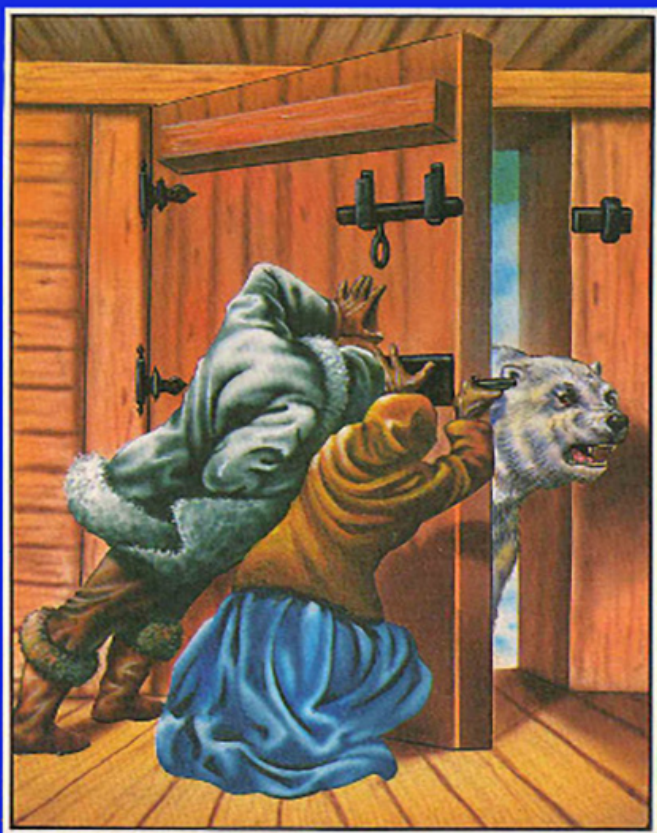


Julio Verne

El país de las pieles

de



El teniente Jasper Hobson y otros miembros de la Compañía Comercial de la Bahía de Hudson, acompañados junto con otros viajeros e invitados, viajan a través de los territorios al noroeste de Canadá con destino al Cabo Bathurst en el océano Ártico. El objetivo de esta expedición es crear una oficina comercial, consistente en la caza de animales de pieles preciosas. A último minuto se une a la expedición el astrónomo Thomas Black quien asegura que habrá un eclipse solar durante el verano del año siguiente. Al llegar la primavera, después de un largo recorrido, la creciente actividad volcánica cerca del lugar provoca un terremoto y la situación cambia totalmente.

El país de las pieles es una novela aparecida por entregas en *La Magasin d'Education et de Récréation* desde el 20 de septiembre de 1872 (volumen 16, número 186) hasta el 15 de diciembre de 1873 (volumen 18, número 216), y publicada como libro en dos tomos (9 de junio de 1873 y 27 de octubre de 1873) y en un volumen doble el 13 de noviembre de 1873.



Jules Verne

El país de las pieles

Viajes extraordinarios - 10

ePub r1.0

Titivillus 19.09.17

Título original: *Le Pays des fourrures*

Jules Verne, 1872

Traducción: Hermanos Pérez de Jubera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRIMERA PARTE

UNA FIESTA EN EL FUERTE CONFIANZA



quella noche —17 de marzo de 1859— el capitán Craventy daba una fiesta en el fuerte Confianza.

Que la palabra fiesta no evoque en la mente del lector la idea de un sarao grandioso, de un baile de corte, de una zambra ruidosa o de un festival a gran orquesta. La recepción del capitán Craventy era mucho más modesta, a pesar de lo cual no había perdonado sacrificio para darle la mayor brillantez posible.

En efecto, bajo la dirección del cabo Joliffe, el espléndido salón del piso bajo habíase transformado. Aún se veían las paredes de madera, hechas con troncos apenas labrados, horizontalmente dispuestos; pero, disimulaban su tosca desnudez cuatro pabellones británicos, colocados en los cuatro ángulos, y panoplias formadas con armas tomadas del arsenal del fuerte.

Si las largas vigas del techo, rugosas y ennegrecidas, descansaban sobre sus estribos groseramente ajustadas, en cambio, dos lámparas, provistas de sus reflectores de hoja de lata, se balanceaban como dos arañas al extremo de sus cadenas, y proyectaban una luz muy suficiente a través de la atmósfera cargada de la sala.

Las ventanas eran estrechas; algunas parecían troneras; sus vidrios, blindados por una espesa escarcha, desafiaban la curiosidad de la vista; pero dos o tres trozos de percalina encarnada colocados con gusto, llamaban la atención de los invitados. El piso estaba

formado por pesados maderos yuxtapuestos que el cabo Joliffe había barrido con esmero en gracia a la solemnidad.

Allí no había butacas, ni divanes, ni sillas, ni otros muebles modernos; unos bancos de madera, medio empotrados en la anchurosa pared, unos taburetes macizos, hechos de troncos de árboles cortados a hachazos, y dos mesas de gruesos pies, constituían todo el mobiliario del salón; pero la pared medianera, a través de la cual daba acceso a la pieza contigua una puerta de una sola hoja, estaba adornada de un modo rico y pintoresco a la vez. De sus vigas pendían, colocadas en orden admirable, pieles extraordinariamente valiosas formando un surtido tan abundante y variado como no habría sido posible encontrar en los lujosos escaparates de la Regent-street o de la perspectiva Niewski. Habríase dicho que toda la fauna de las regiones árticas se había hecho representar en aquella decoración por medio de una muestra de sus más bellas pieles.

La mirada vacilaba entre las pieles de lobo, de osos grises, de osos polares, de nutrias, de glotones, de bisontes, de castores, de ratas almizcleras, de armiños y de zorras plateadas.

Sobre esta exposición, leíase un lema con letras primorosamente recortadas de un trozo de cartón pintado; el lema de la célebre Compañía de la Bahía de Hudson:

PROPELLE CUTEM

—En verdad, cabo Joliffe —dijo el capitán Craventy a su subordinado—, habéis realizado un esfuerzo superior a vuestras fuerzas.

—Ya lo creo, mi capitán, ya lo creo; pero hay que hacer justicia a todo el mundo. Una parte de esos elogios corresponden a la señora Joliffe, que me ha ayudado a disponerlo todo.

—Es una mujer muy habilidosa, cabo.

—No existe en el mundo otra igual, mi capitán.

En el centro del salón había instalada una estufa enorme, mitad de ladrillo, mitad de loza, cuya gruesa chimenea de palastro, atravesando el techo, vertía al exterior torrentes de humo negro. Esta estufa se encandalizaba y rugía bajo la influencia de las paletadas de carbón que el fogonero, un soldado especialmente

encargado de este servicio, metía sin cesar en ella.

A veces, un remolino de viento obstruía la boca de la chimenea exterior, y entonces un humo espeso, retrocediendo a través de la estufa, invadía el salón; largas llamas lamían sus paredes de ladrillo, una nube opaca velaba la luz de la lámpara y tiznaba las vigas del techo. Pero este ligero inconveniente no importaba gran cosa a los invitados del fuerte Confianza.

La estufa les calentaba, y bien se podía perdonar el bollo por el coscorrón, porque, fuera, hacía un frío espantoso, avivado por un fuerte viento Norte que redoblaba su intensidad.

Se sentía rugir la tempestad alrededor de la casa. La nieve, que caía ya casi solidificada, chocaba contra la escarcha de los vidrios. Ciertos silbidos agudos, al entrar por las rendijas de las puertas y ventanas, elevábanse a veces hasta el límite de los sonidos perceptibles. Después se hacía un gran silencio. La naturaleza parecía tomar aliento, y de nuevo se desencadenaban las ráfagas con una fuerza imponente. Se sentía la casa temblar sobre sus pilares, crujir las alfajías, gemir las tablas. Un extranjero, menos acostumbrado que los invitados del fuerte a estas conmociones de la atmósfera, habría temido que la tempestad se llevase aquel conjunto de vigas y tablones. Pero los huéspedes del capitán Craventy se preocupaban muy poco de la borrasca, y, aunque se hubiesen encontrado al aire libre, tampoco se habrían asustado, a semejanza de esos petreles satánicos que se burlan de las tempestades.

Respecto a los invitados, es necesario hacer algunas observaciones. Componían la reunión un centenar de individuos de ambos sexos; pero sólo dos de ellos, dos mujeres, no pertenecían al personal afecto al fuerte Confianza.

Este personal lo formaban: el capitán Craventy, el sargento Long, el teniente Jasper Hobson, el cabo Joliffe y unos sesenta soldados y empleados de la Compañía. Algunos eran casados, contándose entre éstos el cabo Joliffe, feliz esposo de una canadiense muy lista y vivaracha; un escocés llamado Mac-Nap,

casado con una escocesa, y Juan Rae, que había tomado esposa, en época reciente, entre las indias de la comarca. Toda esta gente, sin distinción de clases, oficiales, empleados y soldados, eran aquella noche obsequiados por el capitán Craventy.

Conviene hacer constar que no era sólo el personal de la Compañía el que había aportado su contingente a la fiesta. Los fuertes vecinos habían aceptado también la invitación del capitán Craventy, y hay que tener en cuenta que, en estas apartadas regiones, se consideran vecinos los que habitan a cien millas de distancia.

Buen número de empleados y factores habían venido del fuerte Providencia y del fuerte Resolución, pertenecientes a la circunscripción del lago del Esclavo, y hasta del fuerte Chipewan y del fuerte Liad, situados más al Sur. Era una diversión rara, una distracción inesperada que debían acoger con entusiasmo aquellos prisioneros, aquellos desterrados, medio perdidos en las solitarias regiones hiperboreales.

Por último, algunos jefes indios habían aceptado también la invitación que recibieran.

Estos indígenas, en constante relación con las factorías, suministraban en gran parte, y a cambio de otros objetos, las pieles con que la Compañía traficaba. Eran generalmente indios chipewayos, hombres vigorosos, admirablemente constituidos, vestidos con chaquetones y capas de pieles de pintoresco efecto. Sus rostros, de un color entre negro y encarnado, presentaban esa máscara especial que la costumbre ha impuesto en Europa a los diablos de los cuentos de hadas. Sobre sus cabezas erguíanse hermosos penachos de plumas de águila desplegadas en forma de abanico que oscilaban a cada movimiento de sus negras cabelleras.

Estos jefes, cuyo número ascendería a una docena, no habían traído a sus esposas, desdichadas *squaws* que apenas se elevaban de la condición de esclavas.

Tal era el personal que componía la reunión a la que el capitán Craventy hacía los honores de la casa en el fuerte Confianza.

No se bailaba por carecerse de orquesta; pero la abundancia de platos y licores exquisitos compensaba con creces la ausencia de los músicos. Sobre la mesa, alzábase un budín piramidal que la señora Joliffe había confeccionado con sus propias manos; era un enorme cono truncado, hecho de harina, manteca de reno y de buey almizclero, al que faltaban tal vez los huevos, la leche y el limón, recomendados por los tratados de cocina, pero cuyas gigantescas proporciones hacían olvidar este defecto.

La señora Joliffe no cesaba de cortar de él tajadas, a pesar de lo cual la enorme masa se mantenía siempre firme. Figuraban también sobre la mesa enormes pilas de emparedados, en los que las finas rebanadas de pan inglés con mantequilla, habían sido reemplazadas por no muy tiernas galletas, entre cada dos de las cuales habían sido colocadas con ingenio delgadas tajaditas de carne en conserva que reemplazaban el jamón de York y la gelatina trufada que se emplean en el viejo continente. Es de advertir que las galletas, a pesar de su dureza, no resistían al diente de los chipewayos.

Por lo que hace a las bebidas, la ginebra y el *whisky* circulaban profusamente en vasitos de estaño, sin hablar de un gigantesco ponche con que debía dar fin aquella fiesta, de la que hablarían los indios largo tiempo en sus miserables wigwames.

¡Cuántas felicitaciones recibieron los esposos Joliffe durante aquella velada! Pero, en cambio, ¡qué actividad y qué agrado desplegaron! ¡Cómo se multiplicaban! ¡Con qué amabilidad presidían la distribución de las bebidas! Adelantábanse a los deseos de todos. No había tiempo de pedir, ni aun siquiera de desear. ¡A los emparedados sucedían las rebanadas del inagotable budín! ¡Al budín, los vasos de ginebra o de *whisky*!

—No, gracias, señora Joliffe.

—Es usted demasiado amable, cabo; déjeme respirar.

—Señora Joliffe, le aseguro que ya no puedo más.

—Cabo Joliffe, usted hace de mí cuanto quiere.

—¡No; esta vez, no, señora! ¡Me es completamente imposible!

Tales eran las respuestas que la feliz pareja escuchaba casi siempre. Pero el cabo y su esposa insistían con tanto interés, que los más recalcitrantes acababan por ceder, y se comía sin descanso y se bebía sin tino.

El tono de las conversaciones se iba haciendo cada vez más elevado. Soldados y empleados animábanse por igual. Aquí se hablaba de caza, poco más allá de tráfico. ¡Cuántos proyectos forjábanse para la estación venidera! La fauna entera de las regiones árticas no bastaría para satisfacer la codicia de aquellos empedernidos cazadores. ¡Los osos, los bueyes almizcleros, las zorras caían ya bajo sus balas! ¡Cogían por millares en sus trampas los castores, las ratas, los armiños, las martas y bisontes! Las pieles más estimadas acumulábanse en los almacenes de la Compañía,

que, aquel año, obtenía inesperados beneficios.

Y mientras los licores, abundantemente distribuidos, inflamaban aquellas imaginaciones europeas, los indios, silenciosos y graves, demasiado altivos para demostrar admiración por nada, demasiado circunspectos para empeñar promesa alguna, dejaban hablar a aquellos charlatanes, absorbiendo, entretanto, en altas dosis, el aguardiente del capitán Craventy.

Gozoso éste de contemplar tanta algazara, satisfecho del placer que experimentaban aquellas pobres gentes, relegadas, por decirlo así, más allá de los límites del mundo habitable, paseábase alegre entre sus convidados, respondiendo a todas las preguntas que le dirigían acerca de la fiesta.

—¡Pregúntenselo a Joliffe! ¡Pregúntenselo a Joliffe!

Y, en efecto, todos iban a formular preguntas a Joliffe, quien tenía siempre una palabra de agrado para contestar a cada uno.

Entre las personas agregadas a la guardia y al servicio del fuerte Confianza, había algunas que merecen especial mención, porque van a ser juguete de circunstancias terribles que la perspicacia humana no podía prever de ningún modo. Conviene, pues, citar, entre otros, al teniente Jasper Hobson, al sargento Long, a los esposos Joliffe y a dos forasteras en cuya obsequio daba el capitán la reunión.

Era el teniente Jasper Hobson un hombre de cuarenta años de edad, corto de talla, delgado, que si no poseía gran fuerza muscular, su energía moral, en cambio, le hacía superior a toda clase de pruebas y acontecimientos. Era, por decirlo así, un hijo de la Compañía. Su padre, el comandante Hobson, un irlandés de Dublín, muerto hacía ya algunos años, había ocupado, con su esposa, por espacio de largo tiempo, el fuerte Assiniboina, donde había nacido Jasper Hobson.

Allí, en la misma falda de las Montañas Rocosas, transcurrieron libremente su infancia y su juventud. Severamente educado por el comandante Hobson, se hizo un hombre por su serenidad y valor, cuando no era, por su edad, más que un adolescente. Jasper Hobson no era un cazador sino un soldado; un oficial inteligente y bravo.

Durante las luchas que la Compañía hubo de sostener en el Oregón contra las compañías rivales, distinguióse por su celo y su audacia, y conquistó rápidamente el grado de teniente; y, a

consecuencia de su bien reconocido mérito, acababa de ser designado para el mando de una expedición en el Norte, que tenía por objeto el explorar las partes septentrionales del lago del Oso Grande, y establecer un fuerte en los límites del continente americano. La partida del teniente Jasper Hobson debía tener efecto en los primeros días de abril.

Si el teniente era el tipo perfecto del oficial modelo, el sargento Long, hombre de cincuenta años, cuya ruda barba parecía hecha de fibras de coco, era a su vez modelo de soldados, valiente por naturaleza y obediente por temperamento; fiel siempre a la consigna, no discutía jamás una orden, por extraña que ella fuese; no razonaba siquiera cuando se trataba del servicio; era una verdadera máquina con uniforme, pero una máquina perfecta que nunca se desgastaba, funcionando siempre sin fatigarse jamás.

Tal vez fuese el sargento Long algo duro con sus soldados, como lo era consigo mismo; no toleraba la menor infracción de la disciplina, y los arrestaba por la falta más insignificante, sin dar motivo jamás para que lo arrestasen a él. Tenía que mandar, porque su grado de sargento le obligaba a ello; pero, en realidad, el dar órdenes no le proporcionaba ninguna satisfacción. Era, en una palabra, un hombre nacido para obedecer, y esta anulación de sí mismo cuadraba perfectamente con su naturaleza pasiva. Con estas gentes es con quienes se forman los ejércitos formidables: son brazos al servicio de una sola cabeza. ¿No es ésta, por ventura, la verdadera organización de la fuerza? Dos tipos ha imaginado la fábula: Briareo, con sus cien brazos, y la Hidra, con sus cien cabezas. Si se entablase entre ambos monstruos un combate, ¿quién obtendría la victoria? Briareo.

Ya conocemos al cabo Joliffe. Era tal vez el moscardón de la sala, pero a todos agradaba el oírle zumbiar. Más bien hubiera servido para mayordomo que no para soldado, y comprendiéndolo así, solía titularse a sí mismo el cabo encargado del detall; pero en estos detalles se hubiera extraviado cien veces si la recortada señora Joliffe no le hubiese guiado con mano segura. De donde se deduce que el cabo obedecía a su mujer, sin querer confesárselo a sí mismo, diciéndose, sin duda, como Sancho, el filósofo: «El consejo de la mujer no vale gran cosa; pero ¡se necesita estar loco para no hacerle caso!».

El elemento extraño en el personal de la reunión estaba representado, como hemos dicho ya, por dos mujeres de unos cuarenta años.

Una de estas mujeres merecía con justicia figurar en primera línea entre los viajeros célebres. Rival de los Pfeiffer, de los Tinné, de los Haumaire de Hell, Paulina Barnett, pues éste era su nombre, fue honrosamente citada en más de una ocasión en las sesiones de la Real Sociedad de Geografía.

Paulina Barnett, remontando la corriente del Bramaputra hasta las montañas del Tíbet, y atravesando un rincón ignorado de Australia, de la bahía de los Cisnes al golfo de Carpentaria, había demostrado ser una insigne exploradora.

Era una mujer de elevada estatura, viuda hacía quince años, a quien la pasión por los viajes arrastraba sin cesar a través de los países ignotos. Su cabeza, rodeada de largas trenzas, encanecidas ya en algunos lugares, demostraba una energía real. Sus ojos, un poco miopes, ocultábanse tras unos lentes con montura de plata, que se apoyaban sobre una nariz larga y recta, cuyas móviles ventanillas parecían aspirar el espacio. Su manera de andar, preciso es confesarlo, era un poco varonil, y toda su persona respiraba menos gracia que energía moral.

Era una inglesa del condado de York, poseedora de cierta fortuna, cuya parte más saneada se gastaba en expediciones aventureras; y si en aquellos momentos se encontraba en el fuerte Confianza, era porque los deseos de una nueva expedición la habían conducido hasta allí. Después de haberse lanzado a través de las regiones equinocciales, quería penetrar, sin duda, hasta los últimos límites de las comarcas hiperboreales. Su presencia en el fuerte era un acontecimiento. El director de la Compañía habíala recomendado, por medio de una carta especial, al capitán Craventy, quien, siguiendo las instrucciones que en ésta se le daban, debía facilitar a la célebre exploradora el proyecto que había concebido de visitar las orillas del mar polar.

¡Magna empresa era ésta! Era preciso reanudar el itinerario de los Hearne, los Mackenzie, los Rae y los Franklin. ¡Cuántas penalidades, fatigas y peligros entrañaba aquella lucha con los terribles elementos de los climas árticos! ¿Cómo osaba una mujer aventurarse en lugares donde tantos exploradores habían tenido que

retroceder, y tantos otros perecido? Pero la forastera que en aquellos momentos se albergaba en el fuerte Confianza no era una mujer cualquiera: era Paulina Barnett, condecorada por la Real Sociedad.

La célebre exploradora traía en su compañía a Madge, quien, más que una criada, era una amiga abnegada y cariñosa, que sólo vivía para ella; una escocesa chapada a la antigua con quien hubiera podido casarse un Caleb sin el menor desdoro.

Tenía Madge algunos años más que su señora, cinco aproximadamente, y era alta de estatura y poseía una constitución vigorosa. Madge tuteaba a Paulina y Paulina tuteaba a Madge a quien consideraba como una hermana mayor, mientras que Madge trataba a Paulina como si fuera hija suya. En suma, aquellos dos seres no eran, en realidad, más que uno solo.

Y para decirlo todo, si el capitán Craventy festejaba aquella noche a sus empleados y a los indios chipewayos, era sólo en honor de Paulina Barnett. En efecto, la ilustre exploradora debía agregarse al destacamento del teniente Jasper Hobson en su exploración hacia el Norte. Así, pues, la alegre algazara que reinaba en el amplio salón de la factoría a ella sola era debida.

Y si durante aquella memorable velada la estufa consumió un quintal de carbón, fue porque en el exterior reinaba una temperatura de

24°

Fahrenheit bajo cero (32° centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada), y porque el fuerte Confianza está situado a 61° 47' de latitud Norte, o sea a menos de 4° del círculo polar.

HUNDSON'S BAY FUR COMPANY



—¿Señor capitán?

—¿Qué desea, señora Barnett?

—¿Qué opinión le merece a usted su teniente, el señor Jasper Hobson?

—Creo que es un oficial que irá lejos.

—¿Qué quiere usted dar a entender al decir que irá lejos? ¿Cree usted que irá más allá del paralelo de 80º?

El capitán Craventy no pudo menos de sonreír ante esta pregunta de Paulina Barnett, con quien conversaba al lado de la estufa, mientras los invitados iban y venían de la mesa de los comestibles a la de las bebidas.

—Señora, el teniente Jasper Hobson hará todo cuanto puede hacer un hombre. La Compañía le ha encargado que explore el norte de sus posesiones y que establezca una factoría lo más cerca posible de los límites del continente americano, y la establecerá.

—¡Grande es la responsabilidad que pesa sobre el teniente Hobson! —exclamó la exploradora.

—Sí, señora; pero Jasper Hobson no ha retrocedido jamás ante un deber que cumplir, por duro que éste fuese.

—Lo creo, capitán —respondió Paulina Barnett—; y por lo que respecta al teniente, ya tendremos ocasión de admirar sobre el terreno su obra. Pero ¿qué interés impulsa a la Compañía a

construir un fuerte en los límites del mar Ártico?

—Un gran interés; señora —respondió el capitán—; un doble interés, mejor dicho. Probablemente, dentro de no mucho tiempo, cederá Rusia sus posesiones del continente americano al gobierno de los Estados Unidos. Cuando esta cesión se realice, el tráfico de la Compañía con el Pacífico se hará mucho más difícil, a menos que el paso del Noroeste, descubierto por Mac-Clure, no llegue a ser una vía practicable. Pronto saldremos de dudas respecto a este particular, porque el Almirantazgo va a enviar un buque con la misión de remontar la costa americana, desde el estrecho de Behring hasta el golfo de la Coronación, limite oriental más acá del cual debe ser construido un nuevo fuerte. Si la empresa sale bien, este punto se convertirá en una factoría importante en la que se concentrará todo el comercio de peletería del Norte. Y mientras que el transporte de pieles a través de los territorios indios representa una pérdida considerable de tiempo y una serie de gastos enormes, los vapores podrían ir en pocos días del fuerte que se proyecta al océano Pacífico.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—, si el paso del Noroeste puede ser utilizado, se obtendrá indudablemente un resultado considerable; mas ¿no me había usted hablado de un doble interés?

—El otro interés, señora —repuso el capitán—, es una cuestión vital para la Compañía, cuyo origen, si usted me lo permite, le voy a recordar en muy pocas palabras; y comprenderá usted entonces por qué esta sociedad, antes tan floreciente, se halla en la actualidad amenazada en la fuente misma de sus productos.

Y, en efecto, en algunas palabras, relató el capitán Craventy la historia de esta célebre Compañía.

Sabido es que, desde las más remotas edades, el hombre recurrió para vestirse a las pieles de los animales. El comercio de peletería remóntase, por tanto, a la antigüedad más remota. El lujo en el vestir llegó a desarrollarse hasta el punto de haberse con, frecuencia promulgado leyes denominadas suntuarias, a fin de poner coto a la moda que se había fijado con especialidad en las pieles. La marta cebellina y la ordinaria hubieron de ser prohibidas a mediados del siglo XII.

En 1553, fundó Rusia varios establecimientos en sus estepas

septentrionales, y las compañías inglesas no tardaron en imitarle. A la sazón se hacía el tráfico de martas cebellinas, armiños, castores, etc., por mediación de los samoyedos; pero durante el reinado de la reiría Isabel de Inglaterra fue muy restringido el uso de las pieles de lujo por la voluntad real, y quedó paralizado, por espacio de algunos años, este ramo del comercio.

El 2 de mayo de 1670 otorgóse un privilegio a la Compañía de las peleterías de la bahía de Hudson. Esta sociedad contaba con un cierto número de accionistas entre la alta nobleza, tales como el duque de York, el de Albermale, el conde de Shaftesbury, etcétera. Su capital no ascendía por entonces más que a 8420 libras esterlinas, y tenía por rivales a las compañías particulares cuyos agentes franceses, establecidos en el Canadá, se lanzaban a excursiones arriesgadas, pero muy lucrativas. Estos cazadores intrépidos, conocidos con el nombre de viajeros canadienses, hicieron tal competencia a la naciente Compañía, que la existencia de ésta se vio comprometida seriamente.

Pero la conquista del Canadá vino a modificar esta situación precaria. En, 1766, tres años después de la conquista de Quebec, el comercio de peletería adquirió otra vez nuevos vuelos. Los factores ingleses se habían familiarizado con las dificultades de este género de tráfico: conocían las costumbres del país, los hábitos de los indios y los métodos que empleaban en sus cambios; pero, a pesar de ello, los beneficios de la Compañía eran nulos aún.

Además, en 1784, unos comerciantes de Montreal, que se habían asociado para la explotación de las peleterías, fundaron la poderosa Compañía del Noroeste, que no tardó en acaparar todas las operaciones de este género. En 1798, las expediciones de la nueva, sociedad ascendían a la enorme cifra de

120 000

libras esterlinas, y la existencia de la Compañía de la Bahía de Hudson seguía amenazada.

Bueno será advertir que esta Compañía del Noroeste no retrocedía ante ningún acto inmoral cuando de su interés se trataba. Sus agentes, explotando a sus propios empleados, especulando con la miseria de los indios, maltratándolos, robándolos después de haberlos embriagado, desobedeciendo abiertamente la ley que prohibía la venta de bebidas alcohólicas en los territorios indios,

realizaban enormes beneficios, a pesar de la competencia de las sociedades americanas y rusas que se habían establecido, entre otras la Compañía Americana de Peletería, fundada en 1809 con un capital de un millón de duros, la cual explotaba el Oeste de las Montañas Rocosas.

Pero, de todas estas sociedades, la Compañía de la Bahía de Hudson era la más amenazada, cuando, en 1821, a consecuencia de tratados ampliamente debatidos, absorbió a su antigua rival, la Compañía del Noroeste, y adoptó la denominación general de Hudson's Bay fur Company.

Hoy en día, esta importante sociedad no tiene más rival que la Compañía americana de las peleterías de San Luis. Posee establecimientos numerosos esparcidos sobre un dominio que mide 3700,000 millas cuadradas. Sus principales factorías hállanse situadas en la bahía James, enclavada en la desembocadura del río Severn, en la parte Sur y hacia las fronteras del Alto Canadá, a orillas de los lagos Atapeskow, Winnipeg, Superior, Methye y Búfalo, y cerca de los ríos Columbia, Mackenzie, Saskatchewan, Assinipoil, etc.

El fuerte York, que domina el curso del río Nelson, tributario de la bahía de Hudson, es el cuartel general de la Compañía, y en él tiene establecido su depósito principal de pieles.

Además, en 1842, tomó en arriendo, mediante una retribución anual de 200 000

francos, los establecimientos rusos de la América del Norte. Explota, también, por su propia cuenta los territorios inmensos comprendidos entre el Misisipi y el océano Pacífico. Ha lanzado en todas direcciones exploradores intrépidos: a Hearn hacia el Mar Polar, para que explorase la Copernicia, en 1770; a Franklin, de 1819 a 1822, que recorrió 5550 millas del litoral americano; a Mackenzie, que, después de haber descubierto el río al cual dio su nombre, llegó a las playas del Pacífico, a los 52º 24' de latitud Norte.

En el año económico de 1833 a 1834 expidió a Europa las cantidades de pieles que a continuación se detallan, las cuales darán una idea exacta del estado de su tráfico:

Castores	1074
Pergaminos y castores jóvenes	
92 288	
Ratas almizcleras	694 092
Tejones	1069
Osos	7451
Armiños r.	491
Pescadores	5296
Zorras	9937
Linces	14 255
Martas	64 490
Vesos	25 100
Nutrias	22 303
Ratones	713
Cisnes	7918
Lobos	8484
Glotonos	1571

Semejante producción debía, pues, asegurar a la Compañía de la Bahía de Hudson beneficios muy considerables; pero, desgraciadamente para ella, estas cifras no prevalecieron, y, a partir de veinte años atrás, venían decreciendo en proporción siempre ascendente.

El motivo de esta decadencia era lo que el capitán Craventy explicaba en aquel momento a Paulina Barnett.

—De suerte, señora —decía el capitán—, que, hasta 1837, la situación de la Compañía puede afirmarse que fue floreciente. En dicho año, el número de pieles exportadas habíase aún elevado a la cifra de 2358,000; pero, desde entonces, ha ido disminuyendo considerablemente, habiéndose reducido en la actualidad a menos de la mitad.

—Pero ¿a qué causa atribuye usted ese decrecimiento tan notable en la exportación de pieles? —preguntó Paulina Barnett.

—A la despoblación que la actividad y la incuria, a la vez, de los cazadores ha provocado en los territorios donde se efectúa la caza. Se ha perseguido a ésta sin descanso, y se la ha dado muerte sin discernimiento ninguno, sin respetar siquiera las crías ni las hembras en estado de preñez; lo que ha hecho, naturalmente, que el

número de animales de piel fina decrezca de manera inevitable. La nutria ha desaparecido casi por completo, y no se la encuentra ya más que en las proximidades de las islas del Pacífico Septentrional. Los castores hanse refugiado, formando pequeñas colonias, en las márgenes de los más lejanos ríos, y lo mismo ha sucedido con otros animales preciosos que han emprendido la fuga ante la invasión de los cazadores. Las trampas que antes siempre se encontraban con caza, permanecen hoy vacías. El precio de las pieles aumenta, y esto ocurre precisamente en una época en que son muy solicitadas. Por eso los cazadores se aburren, y sólo quedan los infatigables y audaces que avanzan en la actualidad hasta los límites mismos del continente americano.

—Ahora comprendo —respondió Paulina Barnett— el interés que a la Compañía inspira la creación de una factoría a orillas del mar Ártico, toda vez que estos infelices animales se han refugiado más allá del círculo polar.

—Sí, señora —respondió el capitán—. Era, por otra parte, indispensable que la Compañía se decidiese a desplazar más hacia el Norte el centro de sus operaciones, porque, hace ya dos años, una decisión del Parlamento británico ha reducido mucho sus dominios.

—Y ¿qué ha podido motivar esta reducción?

—Una razón económica de trascendental importancia, señora, que ha debido impresionar vivamente a los hombres de Estado de la Gran Bretaña. La misión de la Compañía no era civilizadora. Por el contrario, su interés particular consistía en que sus inmensos dominios se conservasen incultos. Todo intento de desmonte, que hubiese alejado a los animales dotados de pieles finas, hubiera sido ruinoso para ella. Su monopolio es, por tanto, enemigo de toda empresa agrícola. Además, las cuestiones extrañas a su industria son invariablemente rechazadas por su consejo de administración. Su régimen absoluto e inmoral, hasta cierto punto, fue el que provocó las medidas adoptadas por el Parlamento, y, en 1857, una comisión nombrada por el ministro de las Colonias informó que era preciso anexionar al Canadá todas las tierras susceptibles de ser desmontadas, tales como los territorios del río Colorado y los distritos del Saskatchewan, sin dejar más que la parte del dominio a la que la civilización no reservaba ningún porvenir. Al año siguiente, perdió la Compañía la vertiente occidental de las

Montañas Rocosas, que pasó a depender directamente del departamento colonial, siendo substraída de esta suerte a la jurisdicción de los agentes de la bahía de Hudson. Y he aquí, señora, por qué, antes de renunciar a su tráfico de pieles, va a intentar la Compañía la explotación de estos países del Norte, que apenas son conocidos, y a buscar la manera de ponerlos en comunicación por el paso del Noroeste con el océano Pacífico.

La señora Paulina Barnett estaba ya iniciada en los proyectos ulteriores de la célebre Compañía, e iba a asistir en persona al establecimiento de un nuevo fuerte en los límites del mar Polar. El capitán Craventy la había puesto al corriente de la situación; pero, probablemente, porque era muy hablador, le hubiera revelado nuevos detalles, si un incidente no le hubiese cortado la palabra.

En efecto, el cabo Joliffe acababa de anunciar en alta voz que, con la ayuda de su esposa, iba a proceder en seguida a la preparación del ponche. La noticia fue acogida como merecía serlo, estallando una salva de aplausos. La ponchera, que por sus dimensiones parecía un estanque, estaba llena de precioso licor, conteniendo por lo menos diez pintas de aguardiente. En el fondo amontonábanse los terrones de azúcar, debidamente dosificados por la señora Joliffe. En la superficie, sobrenadaban las rajadas de limón, algo curtido ya por su vejez.

Sólo faltaba inflamar aquel lago alcohólico, y el cabo, con la mecha en la mano, esperaba para ello la orden de su capitán, como si se hubiese tratado de dar fuego a una mina.

—¡Vamos, Joliffe! —dijo el capitán Craventy.

Comunicóse la llama al licor y el ponche se inflamó en un instante, entre los entusiastas aplausos de todos los invitados.

Dos minutos después, los vasos rebosantes circulaban entre la muchedumbre, y siempre hallaban quien los acaparase, como los valores públicos en los días de grandes alzas.

—¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra por la señora Paulina Barnett! ¡Hurra por el capitán!

Pero en el momento mismo en que estas aclamaciones resonaban, se oyeron en el exterior grandes gritos. Los invitados enmudecieron de pronto.

—Sargento Long —dijo el capitán—, vea usted qué ocurre fuera.

El sargento, al escuchar la orden de su jefe, abandonó el salón

sin siquiera concluir el vaso que estaba bebiendo.

UN SABIO DESHELADO



Al llegar el sargento Long al estrecho corredor en que se abría la puerta del fuerte, oyó redoblarse los gritos. Llamaban violentamente a la poterna que daba acceso al patio, protegido por altas paredes de madera.

El sargento empujó la puerta, y hundiéndose hasta las rodillas en la nieve que cubría el suelo, cegado por el viento y aterido hasta los huesos por el frío terrible que reinaba, cruzó el patio oblicuamente y se dirigió a la poterna.

—¡Quién diablos puede venir hasta aquí con semejante tiempo! —pensaba el sargento Long mientras quitaba metódicamente, con ritmo militar, si se nos permite la frase, las pesadas barras que cerraban la poterna—. ¡Sólo los esquimales son capaces de arriesgarse con un frío como éste!

—Pero abrid, por Dios, de una vez —gritaban desde fuera.

—Ya abro —respondió el sargento, que parecía realmente que abría en doce tiempos.

Por fin, rebatiéronse hacia dentro las hojas de la puerta, y el sargento fue casi derribado en la nieve por un trineo, tirado por seis perros, que penetró como un rayo. Faltó poco para que el digno Long fuese despedazado. Mas, levantándose sin siquiera proferir una queja, cerró la poterna y volvió hacia la casa principal al paso ordinario, es decir, dando setenta y cinco pasos por minuto.

Pero ya estaban allí el capitán Craventy, el teniente Jasper

Hobson y el cabo Joliffe, desafiando la temperatura inclemente y examinando el trineo, blanco de nieve, que acababa de detenerse ante ellos.

Un hombre completamente envuelto en pieles, descendió del vehículo, preguntando:

—¿Es éste el fuerte Confianza?

—Éste es —respondió el capitán.

—¿El capitán Craventy?

—Para servirle. ¿Quién es usted?

—Un correo de la Compañía.

—¿Viene usted solo?

—No; traigo conmigo un viajero.

—¡Un viajero! ¿Qué viene a hacer aquí?

—Viene a ver la Luna.

Al escuchar esta respuesta, pensó el capitán Craventy si estaría hablando con un loco, y en verdad que no le faltaban razones para ello. Pero no era la ocasión más propicia para formular opiniones. El correo había sacado del trineo una masa inerte, una especie de saco cubierto de nieve, y se disponía a introducirlo en la casa, cuando le preguntó el capitán:

—¿Qué saco es ése?

—Es mi viajero —respondió el correo.

—¿Y quién es ese viajero?

—El astrónomo Tomás Black.

—¡Pero si está helado!

—¡Bien!, ya lo deshelaremos entre todos.

Tomás Black hizo su entrada en la casa del fuerte en brazos del sargento, del cabo y del correo, y fue depositado en una habitación del primer piso, cuya temperatura era muy soportable gracias a la presencia de una estufa calentada hasta el rojo cereza. Extendieronle sobre un lecho y le tomó la mano el capitán.

Esta mano estaba literalmente helada. Despojóse a Tomás Black de las mantas y abrigos de pieles que le envolvían, convirtiéndole en un verdadero paquete, y descubrióse bajo ellas un hombre de unos cincuenta años de edad, aproximadamente, grueso, bajo de estatura, con el cabello canoso, la barba poco cuidada, los ojos cerrados, y la boca apretada como si hubiese tenido los labios pegados con cola. Aquel hombre no respiraba ya, o lo hacía de un

modo tan débil, que su aliento apenas hubiera empañado un espejo. Joliffe lo desnudaba, lo movía, lo zarandeaba con presteza, diciendo al mismo tiempo:

—¡Vamos, vamos, caballero! ¿No quiere usted volver en su conocimiento?

Aquel personaje, llegado en tan especiales circunstancias, parecía un cadáver. Para devolverle el calor perdido no se le ocurrió al cabo Joliffe más que un medio heroico, consistente en sumergirlo en el ardiente ponche.

Por fortuna, sin embargo, para el pobre Tomás Black, el teniente Jasper Hobson discurrió otro procedimiento.

—¡Nieve!, ¡nieve! —gritó—. Sargento Long, traiga usted algunos puñados de nieve.

Esta substancia abundaba en el patio del fuerte Confianza, y, mientras el sargento iba a buscarla, Joliffe terminó de desnudar al astrónomo.

El cuerpo del desdichado estaba cubierto de placas blancuzcas que indicaban que el frío había penetrado violentamente en las carnes. Era en extremo urgente hacer acudir de nuevo la sangre a las partes atacadas, y esto esperaba Jasper Hobson lograrlo mediante vigorosas fricciones de nieve; pues sabido es que éste es el medio generalmente empleado en las regiones polares para restablecer la circulación que un frío muy violento ha detenido, como detiene las corrientes de los ríos.

Cuando volvió el sargento Long, entre él y el cabo Joliffe friccionaron al recién llegado con inusitada energía. Aquello no era ya una linición suave, una fomentación untuosa; sino un vigoroso masaje, practicado por brazos musculosos que recordaban más bien los arañazos de la almohada que las caricias de las manos.

Y durante esta operación, el locuaz cabo interpelaba sin cesar al viajero que no podía oírle.

—¡Vamos, vamos, señor! ¿A quién se le ocurre dejarse enfriar así? ¡Vamos, no sea usted tan terco!

Probablemente, Tomás Black se obstinaba, pues transcurrió media hora sin que consintiese en dar señales de vida. Todos desesperaban ya de conseguir reanimarle, e iban ya a suspender los masajistas su fatigoso ejercicio, cuando el pobre infeliz exhaló algunos suspiros.

—¡Ah!, ¡vive!, ¡vuelve en sí! —exclamó Jasper Hobson.

Después de haber calentado, por medio de fricciones, el exterior del cuerpo, no debía olvidarse el interior; por eso el cabo Joliffe apresuróse a traer algunos vasos de ponche. El viajero sintióse verdaderamente aliviado; saliéronle los colores a la cara, recuperaron sus ojos su brillo natural, volvió la palabra a sus labios, concibiendo por fin el capitán Craventy la esperanza de que Tomás Black le explicase por qué causa se hallaba en aquel lugar y en tan deplorable estado.

El astrónomo, bien envuelto entre mantas, incorporóse a medias, y, apoyándose sobre el codo, preguntó con debilitado acento:

—¿El fuerte Confianza?

—Es éste —respondió el capitán.

—¿El capitán Craventy?

—Para servir a usted, caballero, y reciba mi sincera bienvenida. Pero ¿me permite usted que le pregunte para qué ha venido usted a este fuerte?

—Para ver la Luna —respondió el correo, que, sin duda, se tenía aprendida de memoria la respuesta, porque era la segunda vez que la espetaba.

Por lo demás, esta contestación pareció satisfacer a Tomás Black, pues hizo una señal afirmativa, y preguntó nuevamente:

—¿El teniente Hobson?

—Servidor —dijo el teniente.

—¿No ha partido usted aún?

—Todavía no, señor.

—Pues bien, señores —añadió Tomás Black—, sólo me resta dar a ustedes las gracias, y entregarme al descanso hasta mañana.

El capitán y sus compañeros retiráronse, pues, dejando reposar tranquilamente a aquel singular personaje.

Media hora después, terminaba la fiesta, y regresaban los invitados a sus respectivas viviendas, situadas ya en las habitaciones del fuerte, ya en las cabañas que fuera del recinto existían.

Al día siguiente, se hallaba Tomás Black casi restablecido. Su vigorosa constitución había triunfado de aquel frío excesivo. Otro no se habría deshelado; pero él no era igual que todo el mundo.

¿Quién era aquel astrónomo? ¿De dónde venía? ¿A qué obedecía aquel viaje a través de los territorios de la Compañía, en el rigor del

invierno? ¿Qué significaba la respuesta del correo? ¡Ver la Luna! ¿No luce por ventura en todas partes nuestro argentado satélite? ¿A qué, pues, venir a buscarlo hasta las regiones hiperboreales?

Todas estas preguntas se hacía el capitán Craventy; pero al día siguiente, después de haber conversado por espacio de una hora con su nuevo huésped, no había nada que ignorase.

Tomás Black era, en efecto, un astrónomo agregado al Observatorio de Greenwich, que con tanta inteligencia dirigía el señor Airy. Espíritu inteligente y sagaz, más bien que teórico, Tomás Black, en los veinte años que había estado ejerciendo sus funciones, había prestado inestimables servicios a las ciencias uranográficas. En la vida privada era un hombre absolutamente nulo, que no existía sacándole de las cuestiones astronómicas, y que vivía siempre en el cielo, alejado de la tierra; un descendiente de aquel sabio citado por La Fontaine, que se dejó caer en un pozo. No había en él conversación posible si no se le hablaba de estrellas o constelaciones. Era un hombre nacido para vivir dentro de un telescopio. Pero, en diciendo a observar, no había quien rivalizara con él en todo el universo. ¡Qué infatigable paciencia desplegada! Era capaz de acechar durante meses enteros la aparición de un fenómeno cósmico.

Constituían su especialidad las estrellas errantes y los bólidos, y sus descubrimientos en este ramo de la meteorología merecían ser citados. Por otra parte, cada vez que se trataba de observaciones minuciosas, de mediciones delicadas, de determinaciones precisas, se recurría a Tomás Black, que poseía una vista excepcional. No todo el mundo sirve para observar. A nadie extrañará, pues, que el astrónomo de Greenwich hubiese sido elegido para operar en la circunstancia siguiente, que era de sumo interés para la ciencia selenográfica.

Sabido es que, durante los eclipses totales de Sol, aparece la Luna rodeada de una corona luminosa. Pero ¿cuál es el origen de esta corona? ¿Es un objeto real? ¿No es más bien un efecto de difracción que los rayos del Sol experimentan en las proximidades del disco de la Luna? Cuestión es ésta que los estudios realizados hasta hoy no han permitido resolver.

Desde 1706, los astrónomos habían descrito científicamente esta aureola luminosa. Louville y Halley durante el eclipse total de 1715,

Maraldi en 1724, don Antonio de Ulloa en 1778, Bouditch y Ferrer en 1806, observaron minuciosamente esta corona; pero de sus contradictorias teorías no se pudo sacar nada en claro. A propósito del eclipse de 1842, los sabios de todas las naciones, Airy, Arago, Peytal, Laugier, Mauvais, Otto-Struve, Petit, Baily, etc., trataron de obtener una solución completa en lo tocante al origen del fenómeno; pero, por muy minuciosas que fuesen sus observaciones, «el desacuerdo, dice Arago, que se echa de ver entre las observaciones efectuadas en diversos parajes por astrónomos competentes y prácticos, en un solo y mismo eclipse, ha esparcido sobre la cuestión tales sombras, que ahora ya no es posible llegar a ninguna conclusión cierta acerca de la causa del fenómeno». A partir de esta fecha, hanse estudiado otros eclipses de Sol, pero las observaciones no han conducido tampoco a ningún resultado definitivo.

Esta cuestión, sin embargo, era de sumo interés para los estudios selenográficos. Era preciso resolverla a toda costa, y ahora se presentaba otra nueva ocasión de observar la corona luminosa, tan discutida hasta entonces. El 18 de julio de 1860 debía tener lugar un eclipse de Sol, que sería total para el extremo septentrional de América, España, el norte de África, etc., y se convino entre los astrónomos de los diversos países en efectuar observaciones simultáneas en los diversos puntos de la zona en que el eclipse había de ser total, encomendándose a Tomás Black la tarea de observar el mencionado eclipse en la parte septentrional de América. Debía, pues, encontrarse aproximadamente en las mismas condiciones en que se hallaban los astrónomos ingleses que se trasladaron a Suecia y Noruega con ocasión del eclipse de 1851.

Como era de esperar, Tomás Black acogió con entusiasmo la ocasión que se le ofrecía de estudiar la aureola luminosa. Debía reconocer al mismo tiempo, hasta donde le fuera dable, la naturaleza de las protuberancias rojizas que aparecen en distintos puntos del contorno del satélite terrestre. Si el astrónomo de Greenwich lograba dilucidar la cuestión de un modo irrefutable, tendría derecho a los elogios de toda la Europa sabia.

Tomás Black se dispuso, pues, a emprender el viaje, y obtuvo cartas de recomendación muy eficaces para los agentes principales de la Compañía de la Bahía de Hudson; y como daba la casualidad

de que debía partir muy en breve para los límites septentrionales del continente una expedición, con el fin de establecer allí una factoría, preciso era aprovechar ocasión tan favorable. Tomás Black partió, pues; atravesó el Atlántico, desembarcó en Nueva York, llegó, a través de los lagos, al establecimiento del río Colorado, y después, de fuerte en fuerte, arrastrado por un rápido trineo, conducido por un correo de la Compañía, a pesar de la crudeza del invierno, de la intensidad del frío y de todos los peligros que ofrece un viaje a través de los países árticos, llegó al fuerte Confianza, el 17 de marzo, en las condiciones que ya conoce el lector.

Tales fueron las explicaciones dadas por el astrónomo al capitán Craventy, quien se puso por completo a la disposición de Tomás Black.

—Pero, señor Black —le dijo—, ¿por qué tanta prisa por llegar, si ese eclipse de Sol no ha de verificarse hasta 1860, o sea el año que viene?

—Porque —respondió el astrónomo—, tuve conocimiento de que la Compañía enviaba una expedición al litoral americano, más allá del paralelo 70º, y no he querido desperdiciar la ocasión de partir con el teniente Hobson.

—Señor Black —respondió el capitán Craventy—, si el teniente hubiera partido ya, me impondría el deber de acompañarle a usted en persona hasta los límites del mar Polar.

Después, repitió la bienvenida al astrónomo y le dijo que podía contar con él para todo.

UNA FACTORÍA



El lago del Esclavo es uno de los más extensos de la región enclavada más allá del paralelo 61°. Mide una longitud de 250 millas por una anchura de 50, y se halla situado a los 61° 25' de latitud y 114° de longitud Oeste. Toda la región inmediata desciende en extensos declives hacia un centro común, hacia una vasta depresión del suelo ocupada por el lago.

La situación de este lago, en medio de los territorios de caza, en los cuales pululaban antes los animales de pieles valiosas, atrajo desde los primeros tiempos la atención de la Compañía. Numerosas corrientes de agua nacían o desembocaban allí, como el Mackenzie, el río del Heno, el Atapeskow, etc. De igual modo, construyéronse en sus orillas varios fuertes importantes: el fuerte Providencia, al Norte, el fuerte Resolución, al Sur. En cuanto al fuerte Confianza, ocupa el extremo Nordeste del lago, y no se encuentra a más de 300 millas de la entrada de Chesterfield, largo y estrecho estuario formado por las aguas de la bahía de Hudson.

El lago del Esclavo se halla, por decirlo así, sembrado de pequeños islotes, de cien a doscientos pies de altura, cuyas moles de granito y de gneis emergen de trecho en trecho. En su orilla septentrional abundan los bosques espesos que confinan con esa porción helada y árida del continente que, no sin razón, ha recibido el nombre de Tierra Maldita. En cambio, la región del Sur, formada principalmente de terrenos calcáreos, es llana, sin un cerro, sin una

protuberancia del suelo. Allí se dibuja el límite que no franquean casi nunca los grandes rumiantes de la América Polar, esos búfalos o bisontes cuya carne constituye casi exclusivamente la alimentación de los cazadores canadienses e indígenas.

Los árboles de la orilla septentrional agrúpanse formando selvas magníficas. No es de extrañar que exista una vegetación tan bella en una zona tan apartada, porque, en realidad, el lago del Esclavo no se encuentra en una latitud más elevada que las regiones de Suecia o de Noruega, ocupadas por Estocolmo o Cristianía. Es preciso observar, sin embargo, que las líneas isotermas, que unen los puntos del Globo que disfrutan de la misma temperatura media anual, no siguen en modo alguno los paralelos terrestres, y que, en esta latitud, América es incomparablemente más fría que Europa. En abril, las calles de Nueva York permanecen aún cubiertas de nieve, a pesar de encontrarse dicha ciudad situada casi en el mismo paralelo que las Azores. Y es que la naturaleza de cada continente, su situación respecto de los océanos, la configuración misma del suelo influyen notablemente sobre sus condiciones climáticas.

El fuerte Confianza, durante la estación estival, se hallaba, pues, rodeado de masas de verdura que regocijaban la vista después de los rigores de un prolongado invierno. No faltaba la leña en aquellas selvas compuestas casi únicamente de álamos, abedules y pinos. Los islotes del lago producían sauces magníficos. Abundaba la caza en los bosques, de los cuales no huía ni aun en la mala estación. Más al Sur, los cazadores del fuerte perseguían con éxito a los bisontes, los alces y ciertos puercos espines del Canadá, cuya carne es excelente. En las aguas del lago del Esclavo abundaba mucho la pesca. Sus truchas alcanzaban dimensiones extraordinarias, encontrándose con frecuencia ejemplares de más de sesenta libras de peso. Los sollos, las voraces lampreas, una especie llamada pez azul por los ingleses, e innumerables legiones de tittamegs, el corregú blanco de los naturalistas, pululaban en el lago. Así, pues, la cuestión de la subsistencia de los habitantes del fuerte Confianza se resolvía fácilmente; la naturaleza proveía a sus necesidades, y, con tal que se vistiesen durante el invierno como los osos, las zorras, las martas y otros animales, podían desafiar los rigores del clima.

El fuerte propiamente dicho componíase de una casa de madera,

dotada de bajos y un piso, que servía de habitación al comandante y a sus oficiales. Alrededor de esta casa alzábanse con regularidad las moradas de los soldados, los almacenes de la Compañía y los locales en que se efectuaban los cambios. Una pequeña capilla, a la que sólo faltaba un ministro, y un polvorín completaban el total de las construcciones del fuerte. El conjunto se hallaba rodeado por una empalizada de veinte pies de elevación, que formaba un vasto paralelogramo, defendido por cuatro pequeños baluartes de agudo techo, emplazados en los cuatro ángulos. El fuerte se encontraba, pues, al abrigo de un golpe de mano; precaución necesaria en una época en que los indios, en vez de ser proveedores de la Compañía, luchaban por la independencia de su territorio, y adoptada también contra los agentes y soldados de las compañías rivales, que se disputaban en otro tiempo la posesión y explotación de aquellos territorios tan ricos en pieles.

La Compañía de la Bahía de Hudson contaba a la sazón en todos sus dominios con un personal de unos mil hombres, y ejercía sobre sus empleados y soldados una autoridad absoluta, que llegaba hasta el derecho de vida y muerte. Los jefes de las factorías estaban facultados para arreglar, a su antojo, los salarios, y fijar el valor de los objetos de aprovisionamiento y de las pieles; y, gracias a este sistema desprovisto de toda intervención, no era raro que obtuviese beneficios superiores al trescientos por ciento.

Además, por la siguiente nota de precios, tomada del Viaje del capitán Roberto Hade, podrá ver el lector en qué condiciones se efectuaban ante los cambios con los indios, que son ahora los verdaderos y mejores cazadores de la Compañía. La piel de castor era, en aquella época, la unidad que servía de base para las compras y ventas.

Los indios pagaban en pieles de castor.

Por un fusil 10

Por media libra de pólvora 1

Por cuatro libras de plomo 1

Por un hacha 1

Por seis cuchillos 1

Por una libra de objetos de vidrio 1

Por un traje galoneado 6

Por un traje sin galones 5
Por un traje de mujer galoneado 6
Por una libra de tabaco 1
Por una caja de polvos 1
Por un peine y un espejo 2

Pero como, de algunos años a esta parte, la piel de castor se ha hecho tan rara, ha sido preciso cambiar la unidad monetaria, siendo en la actualidad la del bisonte la que sirve de base en los mercados. Cuando un indio se presenta en un fuerte, los agentes le dan tantas fichas de madera como pieles trae consigo, y allí mismo puede cambiar estas fichas por productos manufacturados. Con este sistema, la Compañía, que, por otra parte, fija arbitrariamente el valor de los objetos que compra y vende, no puede menos de realizar, y en efecto realiza, beneficios considerables.

Tales eran los usos establecidos en las diversas factorías, y también, por consiguiente, en el fuerte Confianza, y que pudo estudiar Paulina Barnett durante su estancia en él, que hubo de prolongarse hasta el 16 de abril.

La viajera y el teniente Hobson conversaban a menudo, formando soberbios proyectos, perfectamente decididos a no retroceder ante ningún obstáculo. En cuanto a Tomás Black, sólo desplegaba los labios cuando le hablaban de su misión especial. La cuestión de la corona luminosa y de las protuberancias rojizas de la Luna le apasionaban en extremo. Se comprendía que todos sus sentidos y potencias se hallaban consagrados nada más a la solución de este problema, y acabó por lograr que Paulina Barnett se interesase vivamente en todo lo relativo a la observación que se le había encomendado. ¡Ah!, ¡cuán grandes deseos sentían ambos de trasponer el círculo polar, y cuan lejos veían aún la fecha del 18 de julio de 1860, sobre todo el impaciente astrónomo!

Los preparativos de marcha no pudieron comenzar hasta mediados de marzo, y transcurrió un mes largo antes de que estuviesen terminados. Era, en efecto, una larga tarea el organizar una expedición a través de las regiones polares; porque había que llevarlo todo por delante: víveres, utensilios, trajes, herramientas, armas y municiones.

La expedición, mandada por el teniente Jasper Hobson, debía

componerse de un oficial, de dos suboficiales y de diez soldados, tres de los cuales eran casados y llevaban a sus mujeres consigo. He aquí la relación de estos hombres, elegidos por el capitán Craventy, entre los más vigorosos y resueltos:

- 1.° El teniente Jasper Hobson.
- 2.° El
sargento Long.
- 3.° El cabo Joliffe.
- 4.° Soldado Petersen.
- 5.° Soldado Belcher.
- 6.° Soldado Rae.
- 7.° Soldado Marbre.
- 8.° Soldado Garry.
- 9.° Soldado Pond.
- 10.° Soldado Mac-Nap.
- 11.° Soldado Sabine.
- 12.° Soldado Hope.
- 13.° Soldado Kellet.

Y además:

La señora Rae. La señora Joliffe. La señora
Mac-Nap.

Personas extrañas al fuerte:

La señora Paulina Barnett.

Madge.

Tomás Black.

En total, diecinueve personas que era preciso transportar durante varios centenares de millas, a través de un territorio desierto y poco conocido.

Pero, en previsión de este proyecto, los agentes de la Compañía habían reunido en el fuerte Confianza todo el material necesario para la expedición. Había preparados una docena de trineos, con sus correspondientes tiros de perros. Estos primitivos vehículos consistían en un sólido conjunto de tablas ligeras, ligadas entre sí por medio de traviesas. Un apéndice, formado por una pieza de

madera curvada y levantada, como la extremidad de un patín, permitía al trineo hendir la nieve sin hundirse mucho en ella. Seis perros, por parejas uncidos, arrastraban cada uno de estos trineos, imprimiéndoles una velocidad de quince millas por hora.

El equipaje de cada uno de los viajeros componíase de trajes de piel de reno, forrados interiormente de pieles de mucho abrigo. Llevaban todos trajes interiores de lana, destinados a resguardarles contra los cambios bruscos de temperatura, tan frecuentes en aquellas latitudes.

Todos, sin distinción de clases ni sexos, iban calzados con unas botas de piel de foca, cosidas con nervios, que fabrican los indígenas con rara habilidad. Esta clase de calzado es absolutamente impermeable y es muy cómoda para la marcha a causa de la flexibilidad de sus articulaciones. A sus suelas podían adaptarse unas plantillas de pino, de tres o cuatro pies de longitud, que son muy a propósito para soportar el peso de un hombre sobre la nieve menos consistente, y permiten deslizarse con extraordinaria celeridad, como hacen los patinadores sobre las superficies muy lisas. Unos gorros de pieles y unos cinturones de gamuza completaban su vestimenta.

En materia de armas, llevaba el teniente Hobson las tercerolas reglamentarias facilitadas por la Compañía, y pistolas y sables de ordenanza, con municiones abundantes para aquéllas; en calidad de herramientas, hachas, sierras, azuelas y otros instrumentos necesarios para la carpintería; y, como utensilios, todo lo necesario para el establecimiento de una factoría en tales condiciones, como una estufa, un hornillo de fundición, dos bombas de aire para la ventilación y un *halkett-boat*, especie de embarcación de caucho que se infla en el momento en que se quiere utilizar sus servicios.

En cuanto a las provisiones, se podía contar con los cazadores del destacamento. Algunos de aquellos soldados eran hábiles perseguidores de la caza, y los renos nunca faltan en las regiones polares. Tribus enteras de indios o de esquimales, privados de pan y de todo otro alimento, se mantienen exclusivamente de la carne de esta especie de venado, que es a la vez sabrosa y abundante. Sin embargo, como era necesario contar con retrasos inevitables y dificultades de toda clase, fue preciso llevar cierta cantidad de víveres.

Consistían éstos en carne de bisonte, de alce y de gamo cazados en grandes batidas dadas al Sur del lago; cecina que se conserva indefinidamente; preparaciones indias, en las que la carne, rallada y reducida a polvo impalpable, conserva todos sus elementos nutritivos bajo un muy pequeño volumen. Triturada de este modo, esta carne no exige ninguna cocción, y ofrece bajo esta forma una alimentación muy nutritiva.

Por lo que a las bebidas respecta, llevaba el teniente Hobson varios barriles de aguardiente y de *whisky*, aunque firmemente resuelto a economizar cuanto fuese posible estas bebidas alcohólicas, que son tan perjudiciales para la salud de los hombres en las latitudes frías. Pero, en cambio, la Compañía había puesto a su disposición un botiquín portátil, notables cantidades de zumo de lima, limones y otros productos naturales, indispensables para combatir las afecciones escorbúticas, tan terribles en estas regiones, y para prevenirlas en caso necesario.

Todos los hombres habían sido, además, cuidadosamente elegidos, ni demasiado gruesos, ni demasiado flacos; y habituados desde muchos años atrás a los rigores del clima, debían soportar más fácilmente las fatigas de una expedición hacia el océano Polar. Eran, por otra parte, gentes de buena voluntad, animosas, intrépidas, que habían aceptado libremente su designación, habiéndoseles asignado doble sueldo durante todo el tiempo que permaneciesen en los límites del continente americano, si lograban establecerse más allá del paralelo de 60°.

Se había preparado un trineo especial, algo más cómodo, para la señora Paulina Barnett y su fiel Madge. La valerosa mujer no quería ser conducida de otro modo distinto que sus compañeros de viaje; pero tuvo que ceder ante las instancias del capitán, que, en esto, se hacía intérprete de los deseos de la Compañía. Paulina Barnett tuvo, pues, que resignarse.

En cuanto al astrónomo Tomás Black, el vehículo que le había llevado al fuerte Confianza, debía conducirle hasta el lugar de su destino, con su pequeña impedimenta de sabio. Los instrumentos del astrónomo, poco numerosos por cierto —un anteojo para las observaciones selenográficas, un sextante destinado a hallar la latitud, un cronómetro para conocer la longitud, y algunos planos y libros—, iban en su mismo trineo, y Tomás Black contaba con que

sus fieles perros no le abandonarían en la mitad del camino.

Como es de suponer, no se había echado en olvido la alimentación de los perros. Eran éstos setenta y dos en total, una verdadera piara que había que mantener durante el camino, y era preciso que los cazadores del destacamento tuviesen un especial cuidado con su alimentación. Estos animales, vigorosos e inteligentes, habían sido comprados a los indios chipewayos, que saben adiestrarlos maravillosamente para su cometido.

Toda la organización referente a estos animalitos quedó pronto dispuesta, desplegando en su dirección el teniente Jasper Hobson un celo superior a todo elogio. Orgulloso de la misión que se le había confiado, y entusiasta de su obra, nada quería descuidar que pudiese comprometer el éxito que anhelaba. El cabo Joliffe, atareadísimo siempre, multiplicábase, sin que los resultados de sus afanes fuesen demasiado visibles; pero la presencia de su esposa era y debía ser muy provechosa para la expedición. La señora Paulina Barnett había concebido una viva simpatía hacia aquella inteligente y vivaracha canadiense, de rubia cabellera y grandes y dulces ojos.

No es preciso decir que el capitán Craventy no olvidó nada que pudiese contribuir al éxito de la empresa. Las instrucciones que había recibido de los agentes superiores de la Compañía demostraban la importancia que asignaban al resultado de la expedición y al establecimiento de una nueva factoría más allá del paralelo de 60º. Se puede, por lo tanto, afirmar que se hizo todo lo que humanamente era posible, hacer para lograr el fin apetecido. ¿Cerraría la naturaleza el camino con insuperables obstáculos al valeroso teniente? He aquí lo que nadie sería capaz de prever.

DEL FUERTE CONFIANZA AL FUERTE EMPRESA



Los primeros días de buen tiempo habían hecho su aparición. Comenzaba a resurgir el fondo verde de las colinas bajo las capas de nieve desaparecidas a trechos. Los cisnes, los tetraos, las águilas de cabeza calva y otras aves emigrantes, procedentes del Sur, pasaban a través de la atmósfera ya tibia. Las extremidades de las ramas de los álamos, abedules y sauces hinchábanse con los nuevos brotes. Las lagunas, formadas de trecho en trecho por el deshielo, atraían a los patos de cabeza roja, de los cuales existe tan gran variedad de especies en la América del Norte. Las unas, los pufinos y los gansos del Norte pasaban hacia las regiones septentrionales en busca de parajes más fríos. Las musarañas, ratoncillos microscópicos del tamaño de una avellana, aventurábanse fuera de sus madrigueras, y dibujaban en el suelo caprichosos arabescos con las puntas de sus rabos. ¡Daba gloria el aspirar y absorber aquellos rayos solares que tan vivificantes hacían la primavera! La naturaleza despertaba de su largo sueño, después de la interminable noche invernal, y sonreía al abrir los ojos. El efecto de este renacimiento es tal vez más sensible en medio de los países hiperboreales que en ningún otro punto del Globo.

El deshielo no era, sin embargo, aún completo. El termómetro Fahrenheit marcaba 41º sobre cero (5º centígrados sobre el punto de congelación del agua); pero el descenso que durante las noches

experimentaba la temperatura, mantenía en su estado sólido la superficie de las llanuras nevadas; circunstancias favorables para el deslizamiento de los trineos, de la que Jasper Hobson quería aprovecharse antes de que se completase el deshielo.

Los hielos del lago no habían sido rotos aún. Los cazadores del fuerte hacían excursiones frecuentes, que el éxito coronaba, recorriendo aquellas vastas llanuras frecuentadas ya por la caza. La señora Paulina Barnett quedóse admirada al observar la asombrosa destreza con que aquellos hombres se servían de sus patines. Con los pies enfundados en aquellos zapatos especiales para la nieve, tal vez no se hubieran dejado adelantar por un caballo al galope. Atendiendo a los consejos del capitán Craventy, ejercitose la viajera en caminar con aquellos aparatos, y no tardó en aprender a deslizarse con ellos sobre la superficie de la nieve.

Hacía ya algunos días que los indios llegaban a bandadas al fuerte, con objeto de cambiar el producto de sus cacerías invernales por objetos manufacturados. La estación no había sido buena. Los animales de pieles no abundaban; las de marta y bisonte alcanzaban una cifra bastante elevada; pero las de castor, nutria, lince, armiño y zorra eran raras. La Compañía obraba, pues, muy acertadamente al ir a explotar otros territorios más septentrionales, no esquilados aún por la rapacidad de los hombres.

En la mañana del 16 de abril, el teniente Jasper Hobson y su destacamento se encontraban dispuestos para la marcha. El itinerario había podido trazarse de antemano en toda la parte conocida en la región que se extiende entre el lago del Esclavo y el del Gran Oso, situada más allá del círculo polar. Jasper Hobson debía llegar al fuerte Seguridad, establecido en la extremidad septentrional de este lago. Un punto muy indicado para refrescar los víveres del destacamento era el fuerte Empresa, edificado a 200 millas, en dirección Noroeste, a orillas del pequeño lago Snure. A razón de quince millas por día, calculaba el teniente Jasper Hobson que podría detenerse en él en los primeros días de mayo.

A partir de este punto, la expedición debía llegar por el camino más corto al litoral americano, y dirigirse en seguida hacia el cabo Bathurst. Había quedado perfectamente convenido que, al cabo de un año, el capitán Craventy enviaría un convoy de víveres al expresado cabo, y que el teniente destacaría algunos hombres para

que saliesen al encuentro de este convoy y lo guiasen al lugar donde el nuevo fuerte se hubiese establecido. De esta suerte, el porvenir de la factoría hallábase garantido contra toda eventualidad desgraciada, y aquellos voluntarios desterrados conservarían aún algunas relaciones con sus semejantes.

Desde las primeras horas de la mañana del 16 de abril, los trineos enganchados delante de la poterna sólo esperaban a los viajeros. El capitán Craventy reunió a los hombres que componían el destacamento y les dirigió la palabra, recomendándoles sobre todo una constante unión en medio de los peligros que tendrían que desafiar. La sumisión a sus jefes era una condición indispensable para el éxito de aquella empresa, obra de abnegación y sacrificio.

El discurso del capitán fue acogido con entusiastas vítores. Despidiéronse todos en seguida y se acondicionó cada uno en el trineo que de antemano le había sido designado. Jasper Hobson y el sargento Long marchaban a la cabeza. Seguía la señora Paulina Barnett y Madge, manejando con habilidad esta última el largo látigo que los esquimales emplean, terminado por una tira de nervio endurecido. Tomás Black y el soldado canadiense Petersen iban en el tercer trineo. Seguían después los otros ocupados por los soldados y mujeres, y formaban la retaguardia el cabo Joliffe y su esposa.

Según las órdenes de Jasper Hobson, cada conductor debía conservar, en lo posible, el lugar que le había sido asignado, y mantener la distancia reglamentaria, a fin de no producir la menor confusión, toda vez que el choque de los trineos, lanzados a toda velocidad, hubiera podido provocar accidentes desagradables.

Al abandonar el fuerte Confianza, Jasper Hobson hizo rumbo al Noroeste. Tuvo que atravesar primero un ancho río que ponía en comunicación el lago del Esclavo con el de Wolmsley. Pero su superficie, todavía profundamente helada, no se distinguía de la inmensa planicie blanca. Una alfombra uniforme de nieve cubría todo el país, y los trineos, arrastrados por sus veloces tiros, volaban sobre aquella capa endurecida.

El tiempo era bueno, pero demasiado frío aún. El sol se elevaba poco sobre el horizonte, y describía en el cielo una curva muy prolongada. Sus rayos, reflejados profusamente por la nieve, daban más luz que calor. Por fortuna, ningún soplo de viento turbaba la atmósfera, y esta calma del aire hacía más soportable el frío. Sin

embargo, la brisa, gracias a la velocidad de los trineos, debía cortar algo el rostro de algunos de los compañeros del teniente Hobson que no se hallaban familiarizados con la crudeza del clima polar.

—Esto va bien —decía Jasper Hobson al sargento, que iba inmóvil a su lado como si se encontrase en formación—; el viaje comienza felizmente. El cielo es favorable, la temperatura propicia, nuestros tiros nos arrastran con la velocidad de los trenes expresos, y, a poco que continúe este magnífico tiempo, nuestro viaje habrá de efectuarse sin grandes contratiempos. ¿Qué opina usted, sargento Long?

—Lo mismo que usted, teniente Jasper —respondió el sargento, que no podía ver las cosas de otro modo distinto de su jefe.

—¿Está usted decidido, como yo —prosiguió el teniente Hobson—, a prolongar lo más lejos posible hacia el Norte nuestras exploraciones?

—Bastará que lo ordene usted, mi teniente, para que yo obedezca.

—Lo sé, sargento Long —respondió Jasper Hobson—; sé que basta darle a usted una orden para verla ejecutada en seguida. ¡Ojalá pudiesen comprender, como usted, nuestros soldados la importancia de nuestra misión, y se consagrasen en cuerpo y alma a los intereses de la Compañía! ¡Ah, sargento Long!, estoy seguro de que si le diese a usted una orden imposible...

—No hay órdenes imposibles, mi teniente.

—¡Cómo que no!, ¿y si le ordenase a usted ir al Polo?

—Iría, mi teniente.

—¿Y volvería usted? —añadió Jasper Hobson, sonriendo.

—Volvería —respondió sencillamente el sargento.

Durante este diálogo, Paulina Barnett y Madge cambiaban también algunas palabras, cuando una pendiente más acentuada del suelo retardó la marcha del trineo un instante. Las dos animosas mujeres, con sus gorros de nutria bien calados y medio sepultadas bajo una espesa piel de oso blanco, contemplaban aquella naturaleza escabrosa y las pálidas siluetas de los elevados hielos que se perfilaban en el horizonte.

El destacamento había ya dejado tras sí las colinas que se elevan en la orilla septentrional del lago del Esclavo, cuyas cimas se hallaban coronadas por pelados esqueletos de árboles. La llanura sin

límites extendíase hasta perderse de vista con uniformidad no interrumpida. Algunos pájaros animaban con su canto y su vuelo la vasta soledad. Veíanse entre ellos bandadas de cisnes que emigraban hacia el Norte, y cuya blancura confundíase con la de las nieves, no siendo posible distinguirlos más que cuando se proyectaban sobre la atmósfera gris. Cuando se posaban sobre el suelo, confundíanse con él, y el ojo más perspicaz no hubiera logrado descubrirlos.

—¡Qué admirable país! —decía Paulina Barnett—. ¡Qué diferencia entre estas regiones polares y nuestras verdes planicies australianas! ¿Te acuerdas, Madge, cuando nos abrasaba el calor en el golfo de Carpentaria? ¿Has olvidado aquel cielo cruel, sin una nube, sin el vapor más tenue?

—Hija mía —respondía Madge—, no poseo, como tú, el don de la memoria. Tú conservas tus impresiones; yo, pronto las olvido.

—¡Cómo, Madge!, ¿has podido olvidar los calores tropicales de la India y de Australia? ¿No conservas en tu ánimo un recuerdo siquiera de nuestras torturas cuando nos faltaba el agua en medio del desierto, cuando los rayos del sol nos abrasaban hasta los mismos huesos, y cuando ni la noche ofrecía un lenitivo a nuestros padecimientos?

—No, Paulina, no —respondía Madge, envolviéndose aún más en sus pieles—; no me acuerdo de nada. Y, ¿cómo he de acordarme de aquellos padecimientos de que hablas, de aquel calor, de aquellas torturas de la sed, sobre todo en estos momentos en que los hielos nos rodean por todas partes, en que me bastaría dejar caer el brazo fuera del trineo para recoger un puñado de nieve? ¡Me hablas de calor cuando nos helamos debajo de las pieles de oso que nos cubren! ¡Te acuerdas de los rayos abrasadores del sol, cuando este sol de abril no tiene fuerza ni aun para derretir los carámbanos de hielo que cuelgan de nuestros labios! ¡No, hija mía, no me sostengas que hay calor en parte alguna!, ¡no me repitas que me he quejado jamás de un exceso de temperatura, porque no te lo creeré!

La señora Paulina Barnett no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero ¿tienes tanto frío, querida Madge? —preguntó a su fiel compañera.

—Ciertamente, hija mía, tengo frío; pero no me desagrade esta temperatura. Por el contrario; este clima debe ser muy sano, y estoy

segura de que me irá muy bien de salud en esta parte de América. ¡Es realmente un país muy bello!

—Sí, Madge, es un país admirable; ¡y eso que todavía no hemos visto ninguna de las maravillas que encierra! Pero deja que lleguemos a los límites del mar Polar, deja que sobrevenga el invierno con sus hielos gigantescos, su espeso manto de nieves, sus tempestades hiperbóreas, sus auroras boreales, sus espléndidas constelaciones, su interminable noche de seis meses de duración, y entonces comprenderás cuan nueva es siempre y en todas partes la gran obra del Creador.

De este modo se expresaba la señora Paulina Barnett, dejándose llevar de su exaltada imaginación. En aquellas regiones perdidas, bajo un clima implacable, sólo quería ver la realización de los más bellos fenómenos de la naturaleza. Sus instintos de viajera eran más poderosos que su misma razón, y para ella no había más, en las regiones polares, que la emocionante poesía cuya leyenda perpetuaron los sagas y cantaron los bardos en los tiempos osiánicos. Pero Madge era más práctica y para ella no pasaban inadvertidos los peligros inherentes a una expedición a los continentes árticos, ni los padecimientos que entrañaba una invernada a menos de 30º del Polo Norte.

Y en efecto, otros más robustos habían sucumbido ya, víctimas de las fatigas, de las privaciones, de los tormentos morales y físicos, bajo aquellos duros climas. Indudablemente, la misión del teniente Jasper Hobson no debía arrastrarle hasta las latitudes más elevadas del Globo. No se trataba tampoco de llegar al Polo Norte y lanzarse sobre las huellas de los Parry, los Ross, los Mac Clure, los Kean y los Morton; pero desde el momento en que se rebasa el círculo polar, los padecimientos son casi en todas partes los mismos, y no aumentan proporcionalmente al crecimiento de las latitudes. ¡Jasper Hobson no abrigaba el propósito de ir más allá del paralelo de 70º! Convenido; pero ¡no se olvide que Franklin y sus infortunados compañeros perecieron víctimas del hambre y del frío antes de rebasar los 68º de latitud septentrional!

En el trineo que ocupaban los esposos Joliffe hablábase de cosas muy distintas. Tal vez el cabo había empinado el codo algo más de lo debido, con motivo de la despedida, porque, contra su costumbre, rebelábase contra su mujer. ¡Sí!, osaba contradecirla, lo

que sólo ocurría en, circunstancias excepcionales.

—No, mujer —le decía—, no temas nada; no es más difícil conducir un trineo que un quitrín, y, que cargue con mi cuerpo el diablo, si no soy capaz de dirigir un tiro de perros.

—No niego tu habilidad —respondía la señora Joliffe—; sólo te ruego que moderes tus movimientos. Te has colocado ya delante de la caravana, y oigo que el teniente Hobson te grita que ocupes de nuevo tu puesto⁷ en la extrema retaguardia.

—¡Déjale gritar, mujer, déjale gritar!...

Y el cabo, hostigando sus perros con nuevos latigazos, hizo aumentar la velocidad del trineo.

—¡Ten cuidado, Joliffe! —le repetía su mujer—. ¡No tan de prisa, que vamos cuesta abajo!

—¡Cuesta abajo! —respondía el cabo—. ¿A esto llamas cuesta abajo? ¡Al contrario, mujer, si vamos cuesta arriba!

—¡Te repito que vamos cuesta abajo!

—Te sostengo que subimos. ¡Mira cómo tiran los perros!

Aunque el terco Joliffe lo asegurase, los perros no tiraban por cierto. El declive del suelo era, por el contrario, sumamente pronunciado: El trineo deslizábase con una velocidad vertiginosa, habiéndose adelantado ya mucho al destacamento. Los esposos Joliffe botaban a cada instante. Las sacudidas provocadas por las desigualdades de la capa de nieve se multiplicaban. El marido y la mujer, empujados, ya a la derecha, ya a la izquierda, chocaban uno contra otro y sufrían tremendas conmociones. Pero el cabo no quería escuchar nada: ni las advertencias de su esposa, ni los gritos del teniente Hobson; y, comprendiendo éste el peligro de aquella desenfrenada carrera, hostigaba su propio tiro a fin de alcanzar a los imprudentes, siguiéndole toda la caravana en su rápida carrera.

Pero el cabo corría a rienda suelta, embriagado por el vértigo de la velocidad, gesticulando, gritando y manejando su largo látigo como hubiera podido hacerlo el más hábil caballista.

—¡Admirable instrumento es este látigo —gritaba— que manejan los esquimales con destreza sin igual!

—Pero tú no eres ningún esquimal —exclamaba su esposa, tratando, en vano, de detener el brazo de su imprudente conductor.

—Dicen que los esquimales —replicaba el cabo— tienen tal habilidad, que azotan al perro que quieren y en el lugar que más les

acomoda. Aseguran que son capaces de arrancarles, con la extremidad de este nervio endurecido, la punta de una oreja, si así les viene en gana. Voy a probar...

—¡No pruebes, Joliffe, no pruebes! —exclamó la pobre mujer, horrorizada de espanto.

—Nada temas, mujer, nada temas; ¡ya sé yo lo que me hago! Mira; precisamente el quinto perro de la derecha está haciendo de las suyas. Voy a castigarle ahora mismo...

Pero sin duda el cabo no era bastante esquimal todavía, ni se hallaba bastante familiarizado con el manejo de aquel látigo, cuya larga tira sobresale cuatro pies del avantrén del tiro; porque el látigo se desarrolló silbando, y, volviendo hacia atrás por un contragolpe mal combinado, arrollóse alrededor del cuello del mismo Joliffe, cuyo gorro de pieles voló por el aire, y, a no ser por esta tupida defensa, habríase arrancado su propia oreja.

En aquel momento los perros se apartaron a un lado, volcó el trineo y la pareja cayó sobre la nieve. Por fortuna, la capa era espesa y los esposos no recibieron daño alguno; pero ¡qué vergüenza para el cabo! Y, ¡qué mirada le dirigió su mujer! Y, ¡qué reproches le hizo el teniente Hobson! Una vez levantado el trineo, decidióse que, en lo sucesivo, llevase la señora Joliffe las riendas del vehículo, como llevaba ya las de la casa. El cabo, todo avergonzado, hubo de resignarse, y la marcha, un momento interrumpida, se reanudó de nuevo.

Durante los quince días subsiguientes, no ocurrió ningún acontecimiento importante. El tiempo seguía siendo propicio y la temperatura soportable, y el 1.^o de mayo llegó el destacamento al fuerte Empresa.

UN DUELO DE WAPITIS



La expedición había recorrido una distancia de 200 millas desde su salida del fuerte Confianza. Los viajeros, favorecidos por los largos crepúsculos, caminaron, durante este trayecto, noche y día en sus trineos, arrastrados a gran velocidad por sus respectivos tiros, los cuales se encontraban verdaderamente agotados de fatiga al llegar al lago Snure, a cuyas orillas alzábase el fuerte Empresa.

Este fuerte, establecido muy pocos años antes por la Compañía de la Bahía de Hudson, no era en realidad más que un puesto de aprovisionamiento de muy escasa importancia. Servía principalmente de estación a los destacamentos que escoltaban los convoyes de pieles procedentes del lago del Gran Oso, situado a cerca de 300 millas en dirección Noroeste. Su guarnición reducíase a una docena de soldados. El fuerte consistía solamente en una casa de madera, rodeada por una sólida empalizada. Pero, por muy poco cómoda que esta habitación resultase, los compañeros del teniente Hobson refugiáronse en ella con placer, descansando, por espacio de ocho días, de las primeras fatigas de su viaje.

La primavera polar dejaba sentir su modesta influencia en aquellos parajes. La nieve se fundía poco a poco, y las noches no eran ya lo suficientemente frías para helarla de nuevo. Algunos ligeros musgos y desmedradas gramíneas verdeaban de trecho en trecho, y las descoloridas florecillas mostraban sus húmedas corolas entre los guijarros. Estas manifestaciones de la naturaleza, que

empezaba a despertar de su largo sueño invernal, recreaban la vista, dolorida por la blancura de las nieves, alegrando el espíritu la aparición de aquellos raros ejemplares de la flora ártica.

Paulina Barnett y el teniente Jasper Hobson aprovecharon el ocio de aquella parada para visitar las orillas del pequeño lago. Ambos comprendían la naturaleza y admirábanla con entusiasmo; por eso paseaban juntos por entre los témpanos de hielo fundente y las cascadas que los rayos del sol hacían correr. La superficie del lago Snure estaba todavía helada, sin que ninguna grieta anunciase una inmediata catástrofe. Algunos icebergs ruinosos erizaban su sólida superficie, afectando pintorescas formas del efecto más extraño, en especial cuando la luz, refractándose en sus aristas, cambiaba de color. Habríase dicho que los pedazos de un arco iris, trazado por una mano poderosa, yacían, entrecruzados, por el suelo.

—¡Es éste un espectáculo verdaderamente bello, señor Hobson! —repetía a cada instante la señora Paulina Barnett—. Estos efectos de la difusión de la luz modifícanse de mil modos distintos, según el lugar que se ocupaba. ¿No le parece a usted que nos hallamos asomados a la abertura de un inmenso caleidoscopio? Pero es posible que esté usted ya aburrido de contemplar un espectáculo que tan nuevo resulta para mí.

—No, señora —respondió el teniente—. A pesar de haber nacido en este continente y de haberse en él deslizado mi infancia y mi juventud, jamás me canso de ver sus sublimes bellezas. Pero si su entusiasmo de usted es ya grande, cuando el sol derrama sus rayos sobre este país, es decir, cuando el astro del día ha modificado ya el aspecto de estas regiones, ¿qué será cuando pueda usted observar estos territorios en medio de los grandes fríos invernales? Le confieso a usted, señora, que el sol, tan precioso en las regiones templadas, me deslucen un poco mi continente ártico.

—¿De veras, señor Hobson? —exclamó Paulina Barnett, a quien hizo sonreír la observación del teniente—. Paréceme, sin embargo, que es el sol un excelente compañero de viaje, y que no conviene quejarse del calor que nos envía, incluso a las regiones polares.

—¡Ah, señora! —respondió Jasper Hobson—, yo soy de los que creen que es mejor visitar Rusia durante el invierno y el Sahara en el estío, porque de esta manera se ven estos países bajo el aspecto que los caracteriza. No; el sol es un astro de las zonas tropicales y

de los países cálidos. A lo 80º de latitud se halla verdaderamente fuera de su centro. El cielo de estas regiones es el cielo puro y frío del invierno, lleno de constelaciones, iluminado a veces por los regios esplendores de una aurora boreal. Éste es el país de la noche, no el del día, señora; y esta larga noche del Polo le tiene a usted reservados encantos y maravillas que no ha podido soñar.

—Señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, ¿ha visitado usted las zonas templadas de Europa y América?

—Sí, señora, y las he admirado tanto como ellas se merecen; pero he regresado siempre a mi país natal con una pasión más ardiente, con un entusiasmo nuevo. Soy el hombre del frío, y no es mérito en mí el desafiarle. Sobre mí no tiene poder, y, como los esquimales, puedo vivir durante meses enteros dentro de una casa de nieve.

—Señor Hobson —replicó la viajera—, habla usted de este temible enemigo de un modo que conforta el corazón. Creo que podré mostrarme digna de usted, y, por muy lejos que vaya a desafiar el frío del Polo, me tendrá siempre a su lado.

—Bien, señora, bien, y ¡ojalá todos estos compañeros que nos siguen, soldados y mujeres, se muestren tan resueltos como usted! Si es así, con el favor de Dios, iremos lejos.

—Pero no podrá usted quejarse del modo como ha comenzado este viaje. Hasta el momento actual, no ha ocurrido ni un solo accidente; el tiempo ha sido propicio para la marcha de los trineos y la temperatura soportable. Todo marcha a pedir de boca.

—Sin duda alguna, señora —respondió Jasper Hobson—; pero precisamente este sol que usted tanto admira, pronto multiplicará las fatigas y los obstáculos de nuestra marcha.

—¿Qué quiere usted decir, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Quiero decir que su calor no tardará en trastocar el aspecto y la naturaleza del país; que el hielo fundido dejará de presentar una superficie favorable para la marcha de los trineos; que el suelo se hará duro y escabroso; que nuestros jadeantes perros no nos arrastrarán con la misma rapidez; que los ríos y los lagos van a recuperar su estado líquido, y que será necesario circundar estos últimos y vadear los primeros. Todos estos cambios, señora, debidos a la influencia solar, traducíanse en retardos, en fatigas, en peligros,

los menores de los cuales son estas nieves deleznales que se escurren bajo la planta del pie y esas avalanchas que se precipitan desde las cumbres de las montañas de hielo. He ahí lo que nos producirá ese sol que se eleva cada día más y más sobre el horizonte. Tenga usted esto siempre presente, señora: de los cuatro elementos de la cosmogonía antigua, sólo el aire nos es aquí útil, necesario, indispensable; pero los otros tres, la tierra, el fuego y el agua, no debían existir para nosotros. Son contrarios a la naturaleza misma de las regiones polares...

El teniente exageraba, sin duda. Paulina Barnett habría podido muy bien refutar esta argumentación, pero no le desagradaba oír a Jasper Hobson expresarse con aquel ardor. El teniente amaba con pasión al país hacia el cual la conducían en aquellos momentos los azares de su vida de viajera, y era ello una garantía de que no retrocedería ante ningún obstáculo.

Y, sin embargo, Jasper Hobson tenía razón cuando culpaba al sol de los futuros tropiezos; y bien quedó demostrado cuando, tres días después, el 4 de mayo, reanudó el destacamento su interrumpida marcha. El termómetro manteníase constantemente, aun en las horas más frías de la noche, por encima de 32°. Las dilatadas llanuras sufrían un deshielo completo. La blanca sábana convertíase en agua. Las asperezas del suelo, hecho de rocas de formación primitiva, producían múltiples choques que sacudían los trineos y a sus ocupantes. La escabrosidad del piso obligaba a los perros a marchar al trote corto, así, que, ahora, no habría habido inconveniente en entregar de nuevo las bridas al imprudente cabo Joliffe. Ni sus gritos ni las excitaciones de su látigo hubieran logrado imprimir a los fatigados tiros mayor celeridad.

Sucedió, pues, que los viajeros decidieron a aligerar de cuando en cuando la carga de los perros, marchando a pie buenos ratos. Esta suerte de locomoción era, además, conveniente a los cazadores del destacamento, que se aproximaban insensiblemente a los territorios más poblados de caza de la América inglesa.

La señora Paulina Barnett y su fiel Madge seguían estas cacerías con bien marcado interés. Tomás Black, por el contrario, afectaba no interesarle lo más mínimo estos ejercicios cinegéticos. No se había trasladado a tan apartadas regiones con el fin de cazar bisontes o armiños, sino con el exclusivo objeto de observar la Luna

en el momento preciso en que cubriese con su disco el del Sol. Por eso, cuando el astro de la noche se elevaba por encima del horizonte, el impaciente astrónomo devorábalo con los ojos, lo que incitaba a Jasper Hobson a decirle:

—Oiga usted, señor Black; si, lo que no es imposible, llegase a faltar la Luna a la cita del 18 de julio de 1860, ¡buen chasco llevaría usted!

—Señor Hobson —respondía gravemente el astrónomo—, si la Luna se permitiese semejante inconveniencia, habría de exigirle daños y perjuicios.

Los principales cazadores del destacamento eran los soldados Marbre y Sabine, maestros consumados en su oficio, en el que habían adquirido una sin igual destreza, hasta el extremo de que los más hábiles indios no les aventajaban en la perspicacia de la vista ni en la certeza del tiro. A más de excelentes tiradores, conocían todos los aparatos y artificios inventados para apoderarse de las martas, nutrias, lobos, zorras, osos, etc. Ningún ardid les era desconocido. Eran dos hombres inteligentes y duchos, y el capitán Craventy había procedido con insuperable acierto al agregarlos al destacamento del teniente Hobson.

Pero durante la marcha de la pequeña tropa, ni Marbre ni Sabine tenían tiempo para tender lazos. Sólo podían alejarse de ella durante una hora o dos, cuando más, y tenían que contentarse con las piezas que pasaban buenamente al alcance de sus fusiles. Sin embargo, tuvieron la suerte de matar un par de esos rumiantes de la fauna americana que raramente se encuentran en latitudes tan altas.

En la mañana del día 15 de mayo, los dos cazadores, Paulina Barnett y el teniente Hobson habíanse desviado algunas millas al Este del itinerario. Marbre y Sabine habían obtenido de su teniente la debida autorización para seguir ciertas huellas recientes que acababan de descubrir; y no sólo los autorizó Jasper Hobson, sino que quiso seguirles él mismo en unión de la viajera.

Aquellas huellas eran indudablemente debidas al reciente paso de media docena de gamos de grandes dimensiones. No había error posible. Marbre y Sabine afirmábanlo, y hasta, en caso necesario, hubieran podido nombrar la especie a la cual pertenecían los rumiantes en cuestión.

—Parece que le sorprende a usted la presencia de esos animales

en este país, ¿no es cierto, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett al teniente.

—En efecto, señora —respondió Jasper Hobson—, es muy raro encontrar tales especies más arriba de los 57º de latitud. Sólo solemos cazarlos al Sur del lago del Esclavo, donde crecen entre los álamos y sauces ciertas rosas silvestres por las que sienten los gamos predilección.

—Es preciso, pues, suponer que estos rumiantes, lo mismo que los animales dotados de pieles sedosas y finas, perseguidos por los cazadores, huyen a parajes más tranquilos.

—No hallo otra explicación a su presencia a la altura del paralelo de 65º de latitud —respondió el teniente—, dando por sentado que nuestros cazadores no hayan sufrido un error acerca de la naturaleza y origen de estas huellas.

—No, mi teniente —respondió Sabine—, no. Marbre y yo no nos hemos engañado. Estas huellas han sido impresas en el suelo por esos gamos que nosotros los cazadores distinguimos con el calificativo de rojos, y a quienes los indígenas denominan wapitis.

—Es cierto —añadió Marbre—. Cazadores tan viejos como nosotros no es posible que sufran un error en este asunto. Además, mi teniente, ¿no oye usted esos singulares silbidos?

Jasper Hobson, Paulina Barnett y sus compañeros habían llegado en aquel momento a la falda de una pequeña colina cuyas laderas, desprovistas de nieve, resultaban practicables, y se apresuraron a subir por ellas, en tanto que los silbidos señalados por Marbre escuchábanse con cierta intensidad, mezclados en ocasiones con ruidos semejantes a los rebuznos del asno, prueba evidente de que los dos cazadores no se habían equivocado.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, Marbre y Sabine, al llegar a la cumbre de la colina, pasearon sus miradas por la llanura que se extendía a sus pies hacia el Este. El escabroso suelo aparecía blanco aún en ciertos sitios; pero un ligero tinte verde contrastaba en algunos lugares con las deslumbradoras placas de nieve. Algunos arbustos descarnados se alzaban de trecho en trecho. En el horizonte, proyectábanse sobre el fondo gris del cielo los grandes icebergs, cuyos contornos dibujábanse con sorprendente pureza.

—¡Wapitis! ¡Wapitis! ¡Mírenlos ustedes allá! —exclamaron al mismo tiempo Marbre y Sabine, señalando, a un cuarto de milla de

distancia hacia el Este, un compacto grupo de animales a los que se podía reconocer fácilmente.

—Pero ¿qué hacen? —preguntó la viajera.

—Se pelean, señora —respondió Jasper Hobson—. ¡Ésta es su costumbre cuando el sol del Polo les enardece la sangre! ¡He aquí otro deplorable efecto del astro radiante!

Desde la distancia a que se hallaban, Jasper Hobson, Paulina Barnett y los dos cazadores podían distinguir perfectamente el grupo de wapitis. Eran éstos magníficos ejemplares de esa familia de gamos a los cuales se conoce con los diversos nombres de ciervos de cuernos redondos, ciervos americanos, corzos, alces grises y alces rojos.

Aquellos elegantes animales tenían las piernas finas. Algunos pelos rojizos, cuyo color debía acentuarse más aún durante la estación cálida, salpicaban su pardo ropaje. Por sus blancas cornamentas, soberbiamente desarrolladas, era fácil reconocer que se trataba de machos feroces, porque las hembras hállame en absoluto desprovistas de semejantes apéndices.

Los wapitis se hallaban en la antigüedad esparcidos por todos los territorios de la América Septentrional, existiendo gran número de ellos en los Estados Unidos; pero como en todas partes se efectuaban desmontes y caían los bosques bajo las hachas de los leñadores, tuvieron que refugiarse estos rumiantes en los tranquilos distritos del Canadá. Pronto les faltó también allí la seguridad, y se corrieron entonces hacia las proximidades de la bahía de Hudson. En resumen, el wapiti es, sin duda, un animal de los países fríos; pero, como había observado el teniente, no habita, por lo regular, los territorios situados más arriba del paralelo de 57°. Por consiguiente, aquéllos habían subido tanto en latitud huyendo de los chipewayos, que les hacían una guerra encarnizada, ganosos de recuperar esa tranquilidad que no falta jamás en el desierto.

Entretanto, el combate de los wapitis proseguía con encarnizamiento. Los animales no habían advertido la presencia de los cazadores, cuya intervención no habría probablemente paralizado su lucha. Marbre y Sabine, que sabían perfectamente cuan grande era la ceguedad con que estos animales combaten, podían, pues, aproximarse a ellos sin el menor temor, y disparar cuando les pareciese oportuno.

Jasper Hobson propuso que así lo hiciesen; pero Marbre le dijo:

—Dispense usted, mi teniente; pero mejor será que nos ahorremos las balas y la pólvora. Estos animales luchan hasta matarse, y llegaremos a tiempo de recoger los vencidos.

—¿Poseen esos wapitis algún valor comercial? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, y su piel, que es menos gruesa que la del alce propiamente dicho, produce un cuero muy estimado. Untando esta piel con la grasa y los sesos mismos del animal, adquiere una flexibilidad extremada, y soporta perfectamente lo mismo la humedad que la sequía. Por eso los indios no desperdician nunca la ocasión de procurarse pieles de wapitis.

—Y su carne, ¿es tan buena como su piel? —Su carne es muy mediana, señora. Es dura y muy poco sabrosa. Su grasa se congela en el momento mismo en que se la retira del fuego, y se adhiere a la dentadura. Es una carne, pues, poco estimada, e inferior ciertamente a la de los otros gamos. Sin embargo, a falta de otra mejor, durante los días de escasez, se come y nutre al hombre lo mismo que cualquier otra.

Conversaban de esta suerte desde hacía algunos minutos Paulina Barnett y Jasper Hobson, cuando se modificó de improviso la lucha de los wapitis. ¿Habíase aplacado la cólera de los rumiantes? ¿Habían descubierto a los cazadores y presagiaban un peligro inmediato? Cualquiera que fuese la causa, en el mismo momento, a excepción de los wapitis de alta talla, huyó todo el rebaño hacia el Este con celeridad sin igual. En algunos instantes desaparecieron aquellos animales sin que hubiese podido darles caza el caballo más veloz.

Pero dos ejemplares soberbios habían quedado en el campo de batalla. Con las cabezas bajas, las cornamentas fuertemente apretadas, y las patas traseras poderosamente apoyadas en tierra, pugnaban con ardor. Como dos luchadores que no abandonan su presa cuando han logrado apoderarse de ella, cuidaban de no soltarse, girando sobre sus patas delanteras cual si hubiesen estado clavados uno a otro.

—¡Qué encarnizamiento! —exclamó Paulina Barnett.

—Sí —respondió Jasper Hobson—. Los wapitis son muy

rencorosos, y estos dos ventilan, sin duda, alguna antigua querella.

—Pero ¿no sería éste el momento de aproximarse a ellos, mientras les ciega la rabia? —preguntó la viajera.

—Tiempo tenemos, señora —respondió Sabine—; esos gamos no pueden escapárseles. Aunque nos encontrásemos a tres pasos de ellos, apuntándoles con el fusil y el dedo en el disparador, no abandonarían el puesto.

—¿De veras?

—En efecto, señora —dijo Jasper Hobson, que había contemplado con mayor atención a los dos combatientes después de la observación del cazador—; y bien a nuestras manos, bien devorados por los lobos, esos dos animales morirán tarde o temprano en el mismo lugar que ocupan actualmente.

—No me explico por qué se expresa usted así, señor Hobson —dijo la viajera.

—Puede usted aproximarse, señora —le respondió el teniente—, sin temor de espantar a esos wapitis; porque no pueden huir, como ha dicho muy bien nuestro cazador.

Paulina Barnett, acompañada de Sabine, de Marbre y del teniente, bajó de la colina. Bastaron algunos minutos para salvar la distancia que les separaba del teatro del combate. Los wapitis no se habían movido. Empujábanse simultáneamente con la cabeza, cual hacen los carneros cuando luchan; pero parecían inseparablemente ligados uno al otro.

En efecto, en el ardor del combate, los cuernos de los dos wapitis habíanse enredado de tal modo que, sin romperse, no podían desligarse uno del otro. Es éste un hecho que se produce a menudo, no siendo raro en los territorios de caza encontrar en el suelo cornamentas fuertemente enlazadas entre sí. Los animales, inutilizados de esta suerte, no tardan en perecer de hambre, o en ser impunemente devorados por las fieras.

Dos balas pusieron fin al combate de los wapitis. Marbre y Sabine despojáronlos en el acto de sus pieles, para adobarlas más tarde, y abandonaron a los osos y los lobos un montón de carne palpitante.

EL CÍRCULO POLAR



La expedición siguió avanzando en dirección Noroeste; pero el arrastre de los trineos sobre un suelo tan escabroso fatigaba extraordinariamente a los perros. Estos animosos animales, a quienes las manos de sus conductores apenas podían refrenar al principio del viaje, carecían ya de bríos. Con tiros tan cansados no era posible avanzar más de ocho o diez millas por día. Jasper Hobson, sin embargo, procuraba apresurar lo más posible la marcha de su destacamento, deseoso de llegar cuanto antes al extremo del lago del Gran Oso y de verse en el fuerte Seguridad, donde esperaba recoger algunos informes necesarios para su expedición.

¿Habían recorrido ya los parajes cercanos al mar los indios que frecuentan las orillas septentrionales del lago? ¿Estaba libre en esta época del año el océano Ártico? He aquí dos cuestiones graves que, resueltas de un modo afirmativo, podían fijar la suerte de la nueva factoría.

La región que el destacamento cruzaba a la sazón hallábase caprichosamente surcada por un gran número de corrientes de agua, tributarias en su mayoría de los dos importantes ríos que, corriendo de Sur a Norte, van a desembocar en el océano Glacial Ártico, a saber: el Makenzie, al Oeste, y el Coppermine-River, al Este. Entre estas dos principales arterias existían numerosos lagos, lagunas y estanques. Sus ahora desheladas superficies no permitían a los trineos aventurarse en ellos, siendo, por consiguiente,

necesario el circundarlos, lo que aumentaba considerablemente la longitud del camino.

Decididamente tenía razón el teniente Jasper Hobson: el invierno es la verdadera estación de estos países hiperbóreos, porque facilita su recorrido. Paulina Barnett no tendría más remedio que reconocerlo en más de una ocasión.

Esta región, comprendida en la Tierra Maldita, estaba, por otra parte, completamente desierta, como lo están casi todos los territorios septentrionales del continente americano, habiéndose calculado, en efecto, que el promedio de la población no llega a un habitante por cada diez millas cuadradas. Estos habitantes son, sin contar los indígenas cuyo número es ya muy escaso, algunos millares de agentes y soldados pertenecientes a las diversas compañías dedicadas al tráfico de pieles.

Esta población se halla, por lo general, concentrada en los distritos del Sur y en los alrededores de las factorías. Por eso no se halló huella alguna de pasos humanos en la ruta del destacamento. Las únicas pisadas que se vieron en el suelo pertenecían a roedores y rumiantes.

Viéronse algunos osos, animales terribles cuando se trata de las especies polares. Sin embargo, la escasez de estos animales carnívoros causaba extraordinaria extrañeza a Paulina Barnett, quien creía, por haberlo leído en los relatos de los viajeros de las comarcas heladas, que en las regiones árticas debían abundar estos temibles animales, toda vez que los náufragos y los balleneros de la bahía de Baffin, así como los del Spitzberg y Groenlandia, se ven diariamente atacados por ellos. A pesar de todo esto, apenas si se mostraba alguno que otro muy raro a gran distancia del destacamento.

—Espere usted que llegue el invierno, señora —replicábale el teniente Hobson—; espere usted que llegue el frío, que engendra el hambre, y tal vez pueda usted disfrutar del espectáculo que tanto parece interesarle.

Por fin, tras un fatigoso y largo recorrido, el 23 de mayo la expedición llegó al límite del círculo polar. Sabido es que este paralelo, alejado 23° 27' 57" del Polo Norte, constituye el límite matemático en el que se detienen los rayos solares, cuando este radiante astro describe un círculo en el hemisferio opuesto. A partir

de este punto, la expedición penetró, pues, francamente en los territorios de las regiones árticas.

Esta latitud había sido escrupulosamente calculada con ayuda de instrumentos extraordinariamente precisos que el astrónomo Tomás Black y Jasper Hobson manejaban con igual habilidad. La señora Paulina Barnett, que presenció la operación, supo con satisfacción que iba a franquear al fin el círculo polar. Amor propio de viajera, bien disculpable en verdad.

—Ha pasado usted ya los dos trópicos en sus precedentes viajes —le dijo el teniente Hobson—, y ahora se encuentra usted en el límite del círculo polar. ¡Pocos exploradores se han aventurado, como usted, en zonas tan diferentes! Los unos tienen, por decirlo así, la especialidad de las tierras cálidas; el África y la Australia forman, principalmente, el campo de sus investigaciones, contándose entre ellos los Barth, los Burton, los Livingstone, los Speke, los Douglas, los Stuart, etc. Otros, por el contrario, sienten verdadera pasión por estas regiones árticas, tan imperfectamente conocidas aún, como los Mackenzie, los Franklin, los Penny, los Kane, los Parry y los Rae, cuyas huellas seguimos en estos precisos momentos. Felicitemos, pues, a la señora Paulina Barnett, por ser una viajera tan cosmopolita.

—Es preciso verlo todo, señor Hobson —respondió la viajera—, o intentar, por lo menos, verlo todo. Creo que las dificultades y peligros son próximamente iguales en todas partes, cualquiera que sea la zona en la cual se presenten. Si no tenemos que temer en estas tierras árticas las fiebres de los países cálidos, la insalubridad de las altas temperaturas y la crueldad de las tribus de raza negra, el frío es un enemigo no menos temible. En todas las latitudes existen animales feroces, e imagino que los osos blancos no acogerán al viajero mejor que los tigres del Tíbet o los leones del África. Así, pues, más allá de los círculos polares existen los mismos peligros que entre los trópicos. Hay regiones que se defenderán largo tiempo contra las tentativas de los exploradores más audaces.

—Sin duda, señora —respondió Jasper Hobson—; pero tengo motivos para creer que las tierras hiperbóreas resistirán más tiempo. En las regiones intertropicales son principalmente los indígenas los que constituyen el más insuperable obstáculo, ¡y no ignoro cuántos viajeros han perecido víctimas de esos bárbaros

africanos a quienes una guerra civilizadora reducirá necesariamente algún día! Por el contrario, en las regiones árticas o antárticas no son los habitantes los que detienen la marcha de los exploradores, sino la naturaleza misma; la insuperable barrera de hielos; el frío, implacable y cruel, que paraliza las energías humanas.

—¿Cree usted, pues, señor Hobson, que la zona tórrida será explorada hasta en sus territorios más secretos del África y de Australia, antes de que haya sido recorrida toda entera la zona glacial?

—Sí, señora —respondió el teniente—, y esta opinión mía se encuentra basada en hechos. Los más audaces descubridores de las regiones árticas, Parry, Penny, Franklin, Mac Clure, Kane, Morton, no han logrado avanzar más allá del paralelo de 83º, quedando de esta suerte detenidos a más de 7º del Polo. La Australia, por el contrario, ha sido varias veces explorada de Sur a Norte por el intrépido Stuart, y el África misma, tan temible para quien se aventura en ella, fue totalmente atravesada por el doctor Livingstone, desde la bahía de Loanga, hasta la desembocadura del Zambeze. Existe, pues, un fundado motivo para pensar que los países ecuatoriales están más próximos a ser geográficamente reconocidos que los territorios polares.

—¿Cree usted, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, que el hombre podrá algún día llegar al mismo Polo?

—Sin duda alguna, señora —replicó Jasper Hobson—; el hombre... o la mujer —añadió sonriendo—. Sin embargo, me parece que los medios hasta ahora empleados por los navegantes para llegar hasta ese punto, en el cual sabido es convergen todos los meridianos de la Tierra, deben ser modificados en absoluto. Se habla del mar libre que aseguran haber visto algunos observadores; pero este mar, libre de hielos, suponiendo que exista, es difícil de alcanzar, y nadie puede afirmar con pruebas fehacientes que se extiende hasta el Polo mismo. Estimo, por otra parte, que el mar Ubre sería una dificultad, lejos de constituir una facilidad para los exploradores. Por lo que toca a mí, preferiría contar durante todo el viaje con un terreno sólido, ya fuese de roca o de hielo. Entonces, por medio de expediciones sucesivas, haría establecer depósitos de carbón y de víveres cada vez más próximos al Polo, y, de esta suerte, contando con mucho tiempo y mucho dinero, y sacrificando

tal vez numerosas vidas humanas a la resolución de este trascendental problema científico, creo que llegaría a este punto inaccesible del Globo.

—Soy de su misma opinión, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, y si alguna vez intenta usted la aventura, no tendré inconveniente en compartir con usted fatigas y peligros para ir a enarbolar en el Polo Norte el pabellón de Inglaterra. Pero, en el momento actual, no es ése nuestro objetivo.

—En este momento, no, señora —respondió Jasper Hobson—. Sin embargo, una vez realizados los proyectos de la Compañía, cuando haya sido construido el nuevo fuerte en el límite extremo del continente americano, es posible que llegue a ser un punto de partida natural de toda expedición que se dirija hacia el Norte. Por otra parte, si los animales de pieles valiosas, al verse perseguidas de cerca, se refugiasen en el Polo, sería preciso ir hasta allí a buscarlos.

—A menos que no pase la costosa moda de las pieles —respondió Paulina Barnett.

—¡Ah, señora! —exclamó Jasper Hobson—, siempre habrá mujeres hermosas que sientan el capricho de poseer un manguito de cebellina, o una capa de bisonte, ¡y será necesario complacerlas!

—Lo creo —respondió, sonriendo, la viajera—; y es probable que el primer descubridor del Polo llegue a él persiguiendo a alguna marta o a alguna zorra argentada.

—Estoy convencido de ello, señora —respondió Jasper Hobson—. La naturaleza humana es así, y el cebo del lucro arrastrará siempre al hombre más lejos y más de prisa que el interés científico.

—¡Cómo!, ¿es usted quién se expresa de ese modo, señor Hobson?

—Pero ¿no soy yo, por ventura, señora, un empleado de la Compañía de la Bahía de Hudson? ¿Y hace ésta acaso otra cosa que arriesgar sus capitales y agentes con la única esperanza de acrecentar sus beneficios?

—Señor Hobson —replicó Paulina Barnett—, creo que lo conozco a usted lo bastante para afirmar que, en caso necesario, sabría usted consagrarse a la ciencia en cuerpo y alma. Si fuese necesario remontarse hasta el Polo con un fin puramente geográfico, tengo la seguridad de que no titubearía usted. Pero —añadió sonriendo—, es ésta una cuestión importante cuya solución

está todavía bien lejos. Por lo que a nosotros respecta, no hemos llegado aún más que al círculo polar, y espero que lo rebasaremos sin grandes dificultades.

—No lo veo yo tan seguro, señora —respondió Jasper Hobson, observando atentamente el estado de la atmósfera—. El tiempo presenta hace días cariz amenazador. Repare usted ese tinte uniforme gris del cielo. Esas brumas no tardarán en resolverse en nieve, y, por poco que el viento arrecie, podremos sufrir los embales de alguna tempestad formidable. ¡Siento vehementes deseos de verme de una vez en el lago del Gran Oso!

—Entonces, señor Hobson —respondió Paulina Barnett, levantándose—, no perdamos el tiempo, y dé usted la señal de partida cuanto antes.

El teniente no tenía necesidad de estímulo alguno. Solo, o acompañado de hombres tan enérgicos como él, hubiera proseguido su marcha hacia adelante sin perder ni un día ni una noche; pero no podía exigir a todos lo que era capaz de hacer él mismo. Tenía que tener en cuenta el cansancio de los demás, aunque prescindiese del suyo propio; y por eso, a fuer de hombre prudente, concedió algunas horas de reposo a su destacamento, el cual reanudó la interrumpida marcha hacia las tres de la tarde.

Jasper Hobson no se había equivocado al presagiar un cambio próximo en el estado atmosférico. Este cambio no se hizo esperar en efecto. Durante la tarde de aquel día, espesáronse las nubes y adquirieron un tinte rojizo de siniestro aspecto. El teniente sentía verdadera inquietud, aunque no la dejaba traslucir, y, mientras que los perros de su trineo le arrastraban, no sin grandes fatigas, conversaba con el sargento Long, a quien los síntomas de tempestad preocupaban bastante.

El terreno que el destacamento atravesaba entonces era, desgraciadamente, poco propicio para el deslizamiento de los trineos. Aquel suelo escabroso, cortado acá y allá por barrancos, erizado unas veces de grandes peñascos de granito, obstruido otras por voluminosos icebergs apenas pellizcados aún por el deshielo, retardaban mucho la marcha de los tiros y la hacían penosa en extremo. Los infelices perros no podían ya más, y los látigos de sus conductores no ejercían sobre ellos el más mínimo efecto.

El teniente y sus hombres se vieron obligados a apearse con

frecuencia a ayudar a los rendidos tiros, a empujar por detrás los trineos y hasta a sostenerlos en equilibrio cuando los bruscos desniveles del suelo amenazaban volcarlos. Esto era causa de incesantes fatigas que todos soportaban sin quejarse. Solamente Tomás Black, constantemente absorbido en sus ideas, jamás descendía de su trineo, porque su corpulencia no le hubiera permitido semejantes ejercicios. Después de rebasado el círculo polar, el suelo, como se ve, se había modificado del todo. Era evidente que alguna conmoción geológica había sembrado en él tan enormes peñascos. Sin embargo, su superficie presentaba una vegetación más completa. En los lugares en que las vertientes de las colinas ofrecían algún abrigo contra los vientos del Norte, crecían no sólo arbustos, sino árboles corpulentos, como pinos, abetos y sauces cuya presencia atestiguaba poseían aquellas tierras heladas cierta fuerza de vegetación.

Jasper Hobson abrigaba la esperanza de que aquellos productos de la flora ártica no desaparecerían al llegar a los límites del océano Glacial. Estos árboles significaban madera para construir un fuerte y para calentar después a sus habitantes. Todos pensaban como él al observar el contraste que presentaba esta región, relativamente menos árida, con las extensas llanuras blancas que se extienden entre el lago del Esclavo y el fuerte Empresa.

Llegada la noche, la bruma amarillenta tornóse más opaca. Aumentó la intensidad del viento y la nieve empezó a caer en gruesos copos, y en algunos instantes quedó el suelo cubierto de una muy espesa sábana. En menos de una hora alcanzó la capa de nieve el espesor de un pie, y como no se solidificaba ya, permaneciendo en estado de fango líquido, los trineos avanzaban con suma dificultad, quedando la parte curva que constituía su delantera profundamente hundida en aquella masa blanda que los paralizaba a cada instante.

Hacia las ocho de la noche comenzó a soplar el viento con una violencia extrema. La nieve, enérgicamente azotada, tan pronto se precipitaba sobre el suelo, como se levantaba en el aire, formando un espeso torbellino. Los perros, repelidos por las ráfagas, cegados por los remolinos de la atmósfera, no podían avanzar más. El destacamento caminaba, a la sazón por un estrecho desfiladero abierto a través de elevadas montañas de hielo, por el que se

encallejonaba la tempestad con inusitada violencia. Los trozos de icebergs, desgajados por el huracán, caían por las vertientes hasta el fondo del barranco, haciendo su travesía extraordinariamente peligrosa. Eran, en realidad, pequeñas avalanchas, la menor de las cuales habría bastado para aplastar los trineos y a los que los ocupaban.

En tales condiciones no era posible continuar avanzando, y Jasper Hobson no se obstinó en ello más tiempo. Después de aconsejarse con el sargento Long, mandó hacer alto. Pero era preciso encontrar un abrigo contra el huracán que entonces se desencadenaba con más furia. Esto no podía ofrecer grandes dificultades a unos hombres habituados a las expediciones polares. Jasper Hobson y sus compañeros sabían perfectamente cómo debían conducirse en semejantes circunstancias. No era la primera vez que les sorprendía la tempestad de esta suerte, a algunos centenares de millas de los fuertes de la Compañía, sin tener una cabaña de esquimales ni un mal chocín de indios en donde guarecerse.

—¡A los icebergs!, ¡a los icebergs! —exclamó Jasper Hobson.

El teniente fue comprendido por todos. Tratábase de horadar aquellas masas heladas formando casas de nieve, o, por mejor decir, verdaderos agujeros en donde cada cual se cobijara durante la tempestad. Las hachas y los cuchillos no tardaron en abrir brecha en las deleznales paredes de los icebergs. Tres cuartos de hora después habían practicado en ella diez guaridas de boca estrecha, cada una de las cuales podía contener dos o tres personas. Por lo que respecta a los perros, los desengancharon y dejaron en libertad, seguros de que su instinto les haría encontrar bajo la nieve un abrigo suficiente.

Antes de las diez, todo el personal de la expedición habíase cobijado en las casas de nieve, por grupos de dos o tres personas, siguiendo sus especiales simpatías. Paulina Barnett, Madge y el teniente Hobson ocupaban la misma guarida. Tomás Black y el sargento Long habíanse guarecido ambos en otro agujero. Los demás, a su capricho.

Estos orificios se conservan siempre calientes, aunque no sean muy cómodos, y es de advertir que los indios y los esquimales no poseen otros refugios, ni aun durante los fríos más intensos. Jasper Hobson y los suyos podían, pues, esperar tranquilamente que la

tempestad desfogase, cuidando, sin embargo, que no obstruyese la nieve las entradas de sus madrigueras. Por eso tenían la precaución de desembarazarlas de ella cada media hora.

Durante esta tormenta apenas si pudieron el teniente y sus soldados poner los pies fuera de sus refugios; pero, afortunadamente, cada uno había encerrado consigo provisiones suficientes, y pudieron soportar aquella existencia de castores sin padecer frío ni hambre.

La intensidad de la tempestad siguió creciendo por espacio de cuarenta y ocho horas. Mugía el viento en el estrecho desfiladero y desmoronaba las cumbres de los icebergs. Grandes estruendos, veinte veces repetidos por los ecos, indicaban en qué puntos se multiplicaban las avalanchas. Jasper Hobson podía temer con razón que su marcha entre aquellas montañas quedase erizada de insuperables obstáculos. A aquel estrépito mezclábanse también ciertos rugidos acerca de cuya naturaleza no podía engañarse el teniente, quien no ocultó a la animosa Paulina Barnett que los osos debían rondar el barranco. Por fortuna, sin embargo, estos temibles animales, harto ocupados de sí mismos, no descubrieron el rastro de nuestros viajeros. Ni los perros, ni los trineos, ocultos bajo una espesa capa de nieve, atrajeron su atención, y pasaron de largo sin sospechar cosa alguna.

La última noche, la del 25 al 26 de mayo, fue todavía más terrible. Hízose tan intensa la violencia del huracán, que temióse que sobreviniese un derrumbamiento general de los icebergs. En efecto, estas enormes masas se sentían temblar sobre su base de sustentación. Una muerte espantosa hubiera esperado entonces a los infelices sepultados por el hundimiento de estas montañas. Crujían los bloques de hielo con estrépito espantoso, y ya las oscilaciones iban abriendo grietas que comprometían su solidez. No ocurrió, sin embargo, ningún derrumbamiento. Resistió la masa entera, y, hacia el final de la noche, por uno de esos fenómenos tan frecuentes en los países árticos, decreció súbitamente la violencia de la tempestad, bajo la influencia de un frío riguroso, y serenóse la atmósfera con los primeros albos del día.

EL LAGO DEL GRAN OSO



ue una verdadera suerte. Esos fríos intensos, aunque poco duraderos, que se sienten de ordinario en ciertos días de mayo — hasta en los paralelos de la zona templada—, bastaron para solidificar la espesa capa de nieve. El estado del suelo hízose otra vez propicio. Jasper Hobson reanudó nuevamente la marcha, y el destacamento lanzóse detrás de él a toda velocidad de los tiros.

Entonces modificóse ligeramente la dirección del itinerario. En lugar de dirigirse directamente hacia el Norte, avanzó la expedición hacia el Oeste, siguiendo, por decirlo así, la curvatura del círculo polar. El teniente deseaba llegar al fuerte Seguridad, construido en la punta extrema del lago del Gran Oso. Aquellos pocos días de frío favorecieron extraordinariamente sus proyectos; su marcha fue muy rápida; no tropezó con ningún obstáculo, y, el día 30 de mayo, llegó a la factoría con su destacamento.

El fuerte Seguridad y el fuerte de Buena Esperanza, situados a orillas del Mackenzie, eran a la sazón, los puestos más avanzados hacia el Norte que la Compañía de la Bahía de Hudson poseía en aquella época.

El fuerte Seguridad, construido en el extremo septentrional del lago del Gran Oso, punto de extraordinaria importancia, hallábase, por las aguas mismas del lago, heladas en invierno y libres en verano, en fácil comunicación con el fuerte Franklin, situado en su extremidad Sur.

Aparte de los cambios que diariamente se llevaban a cabo con los cazadores indios de estas altas latitudes, estas factorías, y más especialmente el fuerte Seguridad, explotaban las orillas y las aguas del Gran Oso. Es este lago un verdadero mar Mediterráneo, y se extiende sobre una superficie que abarca varios grados de longitud y anchura. De configuración irregular, estrangulado en su centro por dos promontorios agudos, afecta por el Norte la forma de un triángulo ensanchado. En conjunto, se asemeja a la piel extendida de un inmenso rumiante al que faltase la cabeza toda entera.

En la extremidad de la pata derecha de esta supuesta piel era donde se había construido el fuerte Seguridad, a menos de 200 millas del golfo de la Coronación, uno de los numerosos estuarios que tan caprichosamente perfilan la costa septentrional de América. Encontrábase, pues, enclavado un poco por encima del Círculo Polar Ártico; pero aún distaba cerca de tres grados del paralelo 70°, más allá del cual la Compañía de la Bahía de Hudson tenía sumo interés en fundar un nuevo establecimiento.

El fuerte Seguridad presentaba, en conjunto, las mismas disposiciones que las otras factorías del Sur. Componíase de una casa para oficiales, alojamientos para los soldados y almacenes para las pieles, todo hecho de madera y rodeado de un recinto cercado por una empalizada. El capitán que lo mandaba encontrábase ausente a la sazón. Había partido con rumbo hacia el Este, acompañando a una expedición de indios y de soldados que habían ido a buscar territorios más abundantes en caza. La estación última no había sido buena por falta de pieles de alto precio. En compensación, sin embargo, y gracias a la proximidad del lago, habíase hecho buen acopio de pieles de nutria. Pero las existencias habían sido recientemente enviadas a las factorías centrales del Sur, de manera que los almacenes del fuerte Seguridad se hallaban en aquel momento vacíos.

En ausencia del capitán, fue un sargento quien hizo a Jasper Hobson los honores del fuerte. Este suboficial, que era precisamente cuñado del sargento Long, y se llamaba Felton, púsose enteramente a las órdenes del teniente, quien, deseoso de procurar algún descanso a sus compañeros, resolvió permanecer dos o tres días en el fuerte Seguridad.

Ausente la pequeña guarnición, no faltaban alojamientos.

Hombres y perros fueron cómodamente instalados. La habitación de la casa principal fue, naturalmente, reservada a Paulina Barnett, a quien el sargento Felton hubo de colmar de atenciones.

El primer cuidado de Jasper Hobson había sido preguntar a Felton si había a la sazón alguna partida de indios septentrionales batiendo las orillas del Gran Oso.

—Sí, mi teniente —respondió el sargento—. Recientemente hemos tenido noticia de que los indios liebres han establecido un campamento en la otra punta septentrional del lago.

—¿A qué distancia del fuerte? —preguntó Jasper Hobson.

—A treinta millas, aproximadamente —respondió el sargento Felton—. ¿Le convendría a usted quizá entrar en relaciones con esos indios?

—Sin duda de ningún género —respondió Jasper Hobson—. Estos indios pueden facilitarme muy útiles referencias relativas a los territorios que confinan con el mar polar y terminan en el cabo Bathurst. Si el lugar es propicio, pienso establecer allí nuestra nueva factoría.

—Pues bien, mi teniente —respondió Felton—, nada más fácil que trasladarse al campamento de los liebres.

—¿Por la orilla del lago?

—No; cruzando sus mismas aguas que en este momento están libres. El viento es favorable. Pondremos a la disposición de usted un bote y un marinero que lo guíe, y, antes de pocas horas, habrá usted llegado al campamento indio.

—Bien, sargento —dijo Jasper Hobson—. Acepto su ofrecimiento, y mañana por la mañana, si le parece bien...

—Cuando le convenga a usted, mi teniente —respondió el sargento Felton.

Fijóse la partida para el siguiente día por la mañana.

Cuando Paulina Barnett tuvo noticia del proyecto, pidió a Jasper Hobson permiso para acompañarle, el cual le fue concedido en seguida.

Con objeto de pasar lo más agradablemente posible el resto de la jornada, Paulina Barnett, Jasper Hobson, dos o tres soldados, Madge, y las esposas de

Mac-Nap

y Joliffe, guiados por el sargento Felton, marcharon a visitar las

orillas vecinas del lago, las cuales no se hallaban desprovistas del todo de verdura.

Los ribazos, libres ya de las nieves invernales, aparecían de trecho en trecho coronados de árboles resinosos, de la especie de los pinos de Escocia. Elevábanse estos árboles unos cuarenta pies sobre el suelo, y suministraban a los habitantes del fuerte todo el combustible que necesitaban durante los largos meses de invierno. Sus gruesos troncos revestidos de ramas flexibles, ofrecían un matiz ceniciento muy marcado. Pero, formando espesas masas, que descendían hasta las orillas del lago, uniformemente agrupados, rectos, casi todos de la misma altura, daban poca variedad al paisaje.

Entre estos grupos de árboles, una especie de hierba blanquecina cubría el suelo y perfumaba la atmósfera con un suave olor a tomillo. El sargento Felton dijo a sus huéspedes que aquella hierba tan odorífera era conocida con el nombre de hierba incienso, denominación que justificaba plenamente al ser arrojada sobre las ascuas.

Los paseantes abandonaron el fuerte, y, después de haber recorrido algunos centenares de pasos, llegaron cerca de un pequeño puerto natural, enclavado entre rocas de granito, que le defendían contra la resaca del lago. En él se hallaba amarrada toda la flota del fuerte Seguridad, consistente en un único bote de pesca, el mismo que al día siguiente debía transportar a Jasper Hobson y a Paulina Barnett al campamento de los indios. Desde aquel punto abarcaba la mirada una gran parte del lago: sus colinas pobladas de árboles, sus caprichosas márgenes, que formaban numerosos promontorios y ancones, y sus aguas suavemente onduladas por la brisa, por encima de las cuales algunos icebergs asomaban aún sus movibles siluetas. Hacia el Sur, perdíase la vista en un verdadero horizonte marítimo, un línea circular netamente trazada por el cielo y el agua, que se confundían entonces bajo el brillo de los rayos solares.

Aquel vasto espacio, ocupado por la superficie líquida del Gran Oso; las orillas sembradas de guijarros y trozos de granito; las rampas tapizadas de hierba; las colinas y los árboles que las coronaban, ofrecían por todas partes la imagen de la vida vegetal y animal.

Numerosas variedades de patos nadaban sobre las aguas, chillando ruidosamente. Veíanse gansos del Norte, silbadores, arlequines y viejas, aves éstas muy alborotadoras cuyo pico no se cierra jamás. Algunos centenares de petreles y urías escapaban a todo volar en diversas direcciones.

Por debajo de los árboles pavoneábanse los quebrantahuesos, aves de dos pies de altura, especie de halcones de vientre ceniciento, patas y picos azules y ojos anaranjados. Los nidos que estas aves construyen con hierbas marinas en las bifurcaciones de las ramas, presentan una enorme volumen. El cazador Sabine logró derribar una pareja de estos quebrantahuesos gigantescos, cuyas alas extendidas medían cerca de seis pies, magníficos ejemplares de estas aves migratorias exclusivamente ictiófagas, a quienes empuja el invierno hasta las orillas del golfo de México y regresan en verano hacia las más elevadas latitudes de la América septentrional.

Pero lo que más interesó a los paseantes fue la captura de una nutria, cuya piel valía muchos centenares de rublos.

Las pieles de estos anfibios eran antiguamente muy solicitadas en China; pero, aunque han sufrido cierta depreciación en los mercados del Celeste Imperio, disfrutaban todavía de gran favor en los de Rusia, donde hay siempre seguridad de poderlas vender a buen precio. Por eso los comerciantes rusos explotan todas las fronteras del Nuevo Cornualles, hasta el océano Ártico, y persiguen incesantemente a las nutrias marinas, cuya especie escasea más cada vez. Y ésta es la razón de que estos animales huyan siempre de los cazadores, que tienen que seguirles la pista hasta las costas de Kamchatka y las islas del archipiélago de Behring.

—Pero las nutrias americanas —añadió el sargento Felton, después de referir todos estos detalles a sus huéspedes— no son de desdeñar, y las que frecuentan el lago del Gran Oso salen aún de doscientos cincuenta a trescientos francos cada una.

Eran, efectivamente, unas nutrias magníficas las que vivían bajo las aguas del lago. Uno de estos mamíferos, hábilmente apuntado y muerto por el sargento mismo, valía casi tanto como los de Kamchatka. Medía dos pies y medio de longitud desde la punta del hocico hasta la extremidad de la cola; tenía los pies palmeados; las piernas cortas, y su pelo de color pardusco, más oscuro en el lomo que en el vientre, era largo, sedoso y brillante.

—¡Magnífico tiro, sargento! —exclamó el teniente Hobson, haciendo admirar a Paulina Barnett la piel soberbia del animal derribado.

—En efecto, mi teniente —respondió el sargento Felton—; y si cada día pudiera uno apoderarse de una piel de nutria, no habría motivo alguno de queja. Pero ¡cuánto tiempo se pierde en acechar a esos animales, que nadan y se zambullen con una velocidad prodigiosa! Sólo cazan durante la noche, y es muy raro que durante el día se aventuren fuera de sus guaridas, que esconden en los huecos de los árboles y en las quiebras de las peñas, siendo en extremo difícil el descubrirlas hasta para los más expertos cazadores.

—¿Y disminuye también gradualmente el número de estas nutrias? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió el sargento—; y el día que desaparezca la especie, disminuirán de un modo alarmante los beneficios de la Compañía. Todos los cazadores se disputan estas pieles, y los americanos, en especial, nos hacen una ruinosa competencia. ¿No ha encontrado usted, mi teniente, durante su viaje, algún agente de las compañías americanas?

—Ninguno —respondió Jasper Hobson—. ¿Frecuentan, por ventura, estos territorios de latitud tan elevada?

—A cada instante —respondió el sargento—; cuando se les ve por los alrededores conviene ponerse en guardia.

—¿Son, acaso, esos agentes, salteadores de caminos? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el sargento—; pero son rivales temibles, y, cuando la caza escasea, los cazadores se la disputan a tiros. Hasta me atrevería a asegurar que si el éxito corona la tentativa de la Compañía, y logra fundar un fuerte en el límite extremo del continente, no tardarán en imitar el ejemplo esos americanos a quienes el cielo confunda.

—¡Bah! —respondió el teniente—, los territorios donde abunda la caza son muy vastos y el sol sale para todos. Por lo que respecta a nosotros, comencemos desde luego. Marchemos hacia adelante mientras la tierra sólida no nos falte debajo de los pies, y, ¡Dios nos ayudará!

Al cabo de tres horas de paseo, los expedicionarios regresaron al

fuerte Seguridad. Una buena comida, compuesta de pescado y caza fresca, esperábales en el salón principal y todos hicieron honor a la mesa del sargento. Algunas horas de conversación pusieron fin a la jornada, y la noche procuró a los huéspedes del fuerte un excelente sueño.

Al día siguiente, 31 de mayo, Paulina Barnett y Jasper Hobson estaban ya de pie a las cinco de la mañana. El teniente debía consagrar todo aquel día a visitar el campamento de los indios y a recoger todas las noticias y datos que pudieran serle útiles.

Propuso a Tomás Black que lo acompañase en aquella excursión; pero el astrónomo prefirió quedarse en tierra. Deseaba hacer algunas observaciones astronómicas y determinar con precisión la longitud y latitud del fuerte Seguridad.

La señora Paulina Barnett y Jasper Hobson tuvieron, pues, que hacer solos la travesía del lago, guiados por un viejo marino apellidado Norman, que se hallaba ya hacía muchos años al servicio de la Cornpañía.

Los dos pasajeros, acompañados por el sargento Felton, trasladáronse al puertecillo, donde el anciano Norman esperábales en su embarcación. Era ésta un sencillo bote de pesca, sin cubierta, de diez y seis pies de eslora, aparejado de balandro, que podía ser manejado fácilmente por un solo hombre. El tiempo era magnífico. Soplabla una ligera brisa del Norte en extremo favorable para la travesía. El sargento Felton despidióse de sus huéspedes, rogándoles que le dispensaran que no les acompañase, por no poder abandonar la factoría en ausencia de su capitán. Largó la embarcación sus amarras, y, después de abandonar el puerto, amuró su vela a estribor, y comenzó a cruzar veloz las frescas aguas del lago.

Semejante viaje era, en realidad, un paseo delicioso. El viejo lobo de mar, de carácter bastante taciturno, manteníase silencioso en la popa, con la caña del timón debajo del brazo. Paulina Barnett y Jasper Hobson, sentados en los bancos laterales, examinaban el paisaje que se extendía ante sus ojos. El bote barajaba la costa septentrional del lago del Gran Oso, manteniéndose a una distancia de tres millas aproximadamente con objeto de navegar siempre al mismo rumbo. Podían, pues, observar fácilmente las grandes masas de cerros cubiertos de bosques que descendían poco a poco hacia el Oeste. Por este lado, la región que formaba la parte Norte del lago

parecía ser completamente llana, alejándose en ella la línea del horizonte a considerable distancia. Toda esta orilla contrastaba con la que constituía el ángulo agudo, en el cual se elevaba el fuerte Seguridad, que aparecía proyectado sobre un fondo de pinos verdes, y en cuyo torreón se veía aún ondear la bandera de la Compañía.

Hacia el Sur y el Oeste, las aguas del lago, heridas oblicuamente por los rayos solares, resplandecían a trechos; pero los que más deslumbraba la vista eran los icebergs móviles, que semejaban bloques de plata fundida, cuyas reverberaciones no podía sufrir la mirada. De los témpanos que el invierno había formado no quedaban ya vestigios. Sólo las montañas flotantes, que apenas podía fundir el astro del día, parecían protestar contra aquel sol polar, que describía un arco diurno muy prolongado, y que aún carecía de calor, aunque no de brillo.

Paulina Barnett y Jasper Hobson hablaban de todo esto, comunicándose uno a otro, como siempre, los pensamientos que en ellos provocaba aquella extraña naturaleza. Enriquecían su entendimiento de recuerdos, en tanto que la embarcación, balanceándose apenas sobre aguas tan apacibles, marchaba con celeridad.

En efecto, había partido a las seis de la mañana, y a las nueve se aproximaba ya a la orilla septentrional del lago, término de su destino. El campamento de los indios hallábase establecido en el ángulo Noroeste del lago del Gran Oso. Antes de las diez, el viejo Norman había llegado a este punto, varando su embarcación en una playa bastante empinada, al pie de un acantilado de regular altura.

El teniente y Paulina Barnett desembarcaron en seguida. Dos o tres indios salieronles al encuentro, entre ellos el jefe de la tribu, personaje muy engalanado de plumas que les dirigió la palabra en un inglés bastante inteligible.

Estos indios liebres, lo mismo que los indios cobres, los indios castores y otros, pertenecen todos a la raza de los chipewayos, y difieren, por lo tanto, muy poco de sus congéneres en lo tocante a sus costumbres y trajes. Mantienen, por otra parte, frecuente relación con las factorías, y este comercio lo han, por decirlo así, britanizado, hasta donde puede britanizarse un salvaje. Llevan los productos de sus cacerías a los futites, donde los cambian por objetos necesarios para la vida, que han dejado de elaborar por sí

mismos hace ya bastantes años. Puede decirse que viven a sueldo de la Compañía, y por eso no es de extrañar que hayan perdido toda originalidad. Para hallar una raza de indios en la que el contacto europeo no haya impreso ya sus huellas, es preciso remontarse a latitudes más elevadas, hasta las regiones glaciales frecuentadas por los esquimales. El esquimal, lo mismo que el groenlandés, es verdadero hijo de las regiones polares.

Paulina Barnett y Jasper Hobson trasladáronse al campamento indio, situado a media milla de la playa, en el cual encontraron a unos treinta indígenas, entre hombres, mujeres y niños, que vivían de la pesca y de la caza, y explotaban los alrededores del lago.

Estos indios acababan de llegar precisamente de los territorios situados al Norte del continente americano, y facilitaron a Jasper Hobson algunas noticias, aunque bastante incompletas, acerca del estado actual del litoral en los alrededores del paralelo 70°. El teniente supo, sin embargo, con cierta satisfacción, que ningún destacamento europeo ni americano había hecho su aparición por los confines del mar Polar, y que éste se hallaba libre en aquella época del año. En cuando al cabo Bathurst propiamente dicho, hacia el cual tenía intención de encaminarse el teniente, los indios liebres no lo conocían. Su jefe habló, además, de la región situada entre el lago del Gran Oso y el Cabo Bathurst como de un país difícil de atravesar, bastante quebrado, y cruzado por ríos deshelados en esta época. Aconsejó al teniente que descendiese la corriente del río Coppermine, que arranca del Nordeste del lago, con objeto de llegar a la costa por el camino más corto. Una vez en las orillas del mar Polar, sería mucho más fácil seguir la configuración de sus costas, y entonces sería dueño Jasper Hobson de detenerse en el punto que más le conviniese.

El teniente dio las gracias al jefe indio y se despidió de él, después de hacerle algunos regalos. Después visitó los alrededores del campamento, acompañado de Paulina Barnett, y no volvió a buscar su embarcación hasta eso de las tres de la tarde.

UNA TEMPESTAD EN EL LAGO



El viejo lobo de mar aguardaba con cierta impaciencia el regreso de sus pasajeros.

En efecto, hacía ya próximamente una hora que el tiempo había cambiado. El aspecto del cielo, que se había modificado de repente, no podía menos de inquietar a un hombre acostumbrado a consultar los vientos y las nubes. El sol, obscurecido por una espesa bruma, presentaba el aspecto de un disco blanquecino, sin brillo ni esplendor. La brisa había cesado, pero, por la parte del Sur, escuchábase el tempestuoso rugir de las olas. Estos síntomas, precursores de un cambio ya muy próximo del estado de la atmósfera, habíanse manifestado con esa rapidez peculiar de las latitudes elevadas.

—¡Partamos, mi teniente, partamos en seguida! —exclamó el anciano Norman, mirando con aire inquieto las brumas suspendidas sobre su cabeza—. ¡Partamos sin perder un instante! Hay grandes amenazas en el aire.

—En efecto —respondió Jasper Hobson—, el aspecto del cielo no es ya el mismo. No nos habíamos dado cuenta de este cambio, señora.

—¿Teme usted que sobrevenga alguna tempestad? —preguntó la viajera, dirigiéndose a Norman.

—Sí, señora —respondió el viejo marino—; las tempestades del lago del Gran Oso son terribles. El huracán desencadénase en él lo

mismo que en pleno Atlántico. Estas repentinas brumas no presagian nada bueno. Sin embargo, es muy posible que la borrasca no estalle hasta dentro de tres o cuatro horas, y de aquí a entonces, habremos llegado ya al fuerte Seguridad. Pero partamos sin dilación, porque el bote correría peligro al lado de estas rocas que se ven a flor de agua.

El teniente no podía discutir con Norman sobre asuntos en que no era tan entendido como su interlocutor. El viejo lobo de mar era, por otra parte, un hombre acostumbrado desde hacía mucho tiempo a estas travesías del lago; era preciso, pues, confiar en su experiencia. Paulina Barnett y Jasper Hobson se embarcaron.

Sin embargo, en el momento de ir a largar las amarras e izar la vela, Norman, cual si experimentase cierto presentimiento, murmuró estas palabras:

—¡Quién sabe si sería mejor esperar! Jasper Hobson, que las oyó, miró al viejo marino, que ya había tomado asiento junto a la caña del timón. Si hubiese estado solo no habría titubeado en partir; pero la presencia de Paulina Barnett exigía que obrase con más prudencia. La viajera comprendió la vacilación de su compañero.

—No se preocupe usted de mí, señor Hobson —le dijo—; proceda usted en todo como si yo no me encontrase a su lado. Supuesto que este experimentado marinero cree conveniente el partir, partamos sin demora.

—¡Dios sobre todo! —respondió Norman, largando las amarras —, y volvamos al fuerte por el camino más corto.

El bote se puso en marcha; pero, durante una hora, adelantó poco camino. La vela, apenas hinchada por brisas variables, que cambiaban de dirección a cada instante, chocaban sin cesar contra el palo. La bruma se espesaba por momentos. La embarcación comenzaba a sentir los efectos de una mar gruesa y tendida, precursora de próximo cataclismo. Los dos pasajeros permanecían silenciosos, en tanto que el viejo marino trataba de penetrar, con su perspicaz mirada, la espesura de la niebla; y, con la escota en la mano, manteníase alerta, preparado a largarla si alguna racha de viento huracanado le acometía de improviso.

Hasta entonces, sin embargo, los elementos no habían entrado en lucha, y todo habría marchado a pedir de boca si el bote hubiera caminado con la velocidad apetecida. Pero, al cabo de una hora de

viaje, no se habían apartado aún ni diez millas del campamento de los indios. Además, algunas brisas de tierra le habían distanciado de la orilla más de lo conveniente, y ya entonces, debido a la suciedad de la atmósfera, la costa no se distinguía apenas; lo cual constituía un gran peligro si el viento se fijaba al Norte, porque aquella frágil embarcación, en extremo sensible a la deriva y muy poco a propósito para ceñir el viento, corría riesgo de verse arrastrada hacia el centro del lago.

—Apenas caminamos —dijo el teniente Hobson al anciano Norman.

—Apenas, mi teniente —respondió el marino—. La brisa no quiere fijarse, y, cuando se decida a hacerlo, temo desgraciadamente que sea donde no nos convenga. En este caso —añadió, señalando hacia el Sur con la mano—, podría suceder muy bien que viésemos el fuerte Franklin antes que el fuerte Seguridad.

—Pues bien —observó bromeando la señora Paulina Barnett—, si así sucede, habremos dado un paseo más largo, con lo cual no perderíamos nada. Este lago del Gran Oso es magnífico, y merece, en verdad, ser visitado de Norte a Sur. Supongo, Norman, que de ese fuerte Franklin se puede siempre volver.

—Desde luego, si se ha logrado llegar a él —dijo el viejo marino—. Pero no son raras en este lago las tempestades que duran quince días, y, si nuestra mala suerte nos empujase hasta las orillas del Sur, no me atrevería a prometer al señor Hobson que pudiera encontrarse de regreso en el fuerte Seguridad antes de un mes.

—Si es así, pongámonos en guardia —respondió Jasper Hobson—; porque semejante retraso podría comprometer nuestros proyectos. Proceda con prudencia, amigo mío, y, si fuere necesario, procure usted ganar cuanto antes la orilla Norte del lago. La señora Paulina Barnett me parece que no retrocederá ante la perspectiva de un viaje de veinte o veinticinco millas por tierra.

—Aunque quisiera volver a la costa Norte, no me sería ya posible, mi teniente —respondió Norman—. Obsérvelo usted mismo. El viento tiene tendencia a fijarse en ese lado. Todo lo que puedo intentar es mantener la proa al Nordeste, y, si no arrecia el viento demasiado, espero que caminaremos bastante.

Pero, a eso de las cuatro y media, formalizóse la tempestad, resonando algunos silbidos en las capas elevadas del aire. El viento,

a quien el estado de la atmósfera mantenía en las capas superiores, aún no soplabá sobre la superficie del lago; pero esto no podía tardar mucho.

Oíanse los gritos de las aves asustadas, que cruzaban a través de la bruma. Después, repentinamente, desgarróse la niebla dejando ver gruesos nubarrones bajos, de perfiles caprichosos y como dislocados, verdaderos filones de vapor, violentamente empujados hacia el Sur. Los temores del viejo marino habíanse confirmado. El viento soplabá del Norte, y no tardaría en adquirir la fuerza del huracán, descendiendo sobre el lago.

—¡Cuidado! —gritó Norman, cazando la escota para poner la proa al viento por medio del timón.

Por fin llegó la ráfaga. El bote se tumbó sobre un costado primero, y se enderezó después, saltando sobre la cresta de una ola. A partir de este momento creció la marejada lo mismo que en el mar. En aquellas aguas, relativamente poco profundas, las olas, al chocar pesadamente sobre el fondo del lago, rebotaban en seguida a una prodigiosa altura.

—¡Ayudadme!, ¡ayudadme! —gritó el viejo marino, tratando de arriar rápidamente la vela.

Jasper Hobson y la misma Paulina Barnett trataron de ayudar a Norman, pero sin conseguirlo, porque se hallaban muy poco familiarizados con la maniobra de una embarcación.

Norman no podía abandonar el timón, y, como la driza se encontraba enredada en la garganta del mástil, la vela no descendía. El bote amenazaba hundirse a cada instante, y ya los golpes de mar reventaban sobre su costado. El cielo se ensombrecía más y más. Una lluvia fría, mezclada con nieve, caía a torrentes, y el huracán redoblaba su furor, cubriendo de siniestra espuma las crestas de las olas.

—¡Cortad!, ¡cortad la driza! —gritó el lobo de mar, entre los rugidos de la tempestad.

Jasper Hobson, a quien el viento había descubierto la cabeza, cegado por la lluvia, apoderóse del cuchillo de Norman y cortó la driza, que se hallaba tiesa como una cuerda de guitarra. Pero el cabo mojado no corría por la garganta de la polea, y la verga quedó embicada en el extremo del palo.

Norman quiso entonces huir delante de la tempestad; correr

hacia el Sur, ya que no podía mantenerse con la proa al viento; correr, aunque la maniobra fuese extremadamente peligrosa, en medio de aquellas olas cuya velocidad era muy superior a la de la embarcación; correr, aunque tuviese que ser irremisiblemente arrastrado hasta las costas meridionales del lago del Gran Oso.

Jasper Hobson y su animosa compañera se daban cuenta perfecta del peligro que les amenazaba. La frágil embarcación no podría resistir largo tiempo los embates de las embravecidas olas. Sería destrozada o se iría a pique. Las vidas de los que iban dentro estaban en manos de Dios.

Sin embargo, ni el teniente ni Paulina Barnett se entregaron a la desesperación. Agarrados a las bancadas, mojados de pies a cabeza por las olas y la lluvia, ateridos por el frío, azotados por las rachas de viento, miraban a través de la niebla, sin divisar tierra alguna. A un cable de distancia del bote se confundían por completo las nubes con las aguas. Después interrogaban sus ojos al viejo marinero, el cual, con los dientes apretados, y oprimiendo con crispadas manos la caña del timón, trataba todavía de seguir ciñendo el viento. Pero arreció de tal modo la violencia del huracán, que la embarcación no pudo seguir navegando en aquella forma. Las olas que chocaban contra sus amuras la habrían desbrozado sin remedio. Ya sus primeros forros comenzaban a desligarse, y cuando caía con todo su peso en los senos de las olas, parecía que no iba a levantarse jamás.

—¡Es preciso correr a toda costa! —murmuró el viejo marino.

Y, metiendo toda la caña a la banda y arriando casi en banda la escota, hizo virar el bote en redondo, que quedó con la proa al Sur. Hinchida entonces la vela con violencia, arrastró la embarcación con rapidez vertiginosa. Pero las imponentes olas caminaban con mayor velocidad, haciendo muy peligrosa aquella corrida en popa. Rompían sobre el coronamiento del bote y penetraban en su interior, amenazando inundarlo, siendo preciso achicar sin descanso el agua para que no zozobrase.

A medida que avanzaban hacia la parte más ancha del lago, alejándose de la costa, crecía la violencia del mar. No había allí cortinas de árboles, ni sucesión de colinas, ni abrigo alguno contra el desencadenado huracán. Durante algunos claros, debidos al desgarramiento de las brumas, entreveíanse enormes icebergs, que rodaban como boyas bajo la acción de las olas, empujados también

hacia la parte meridional del lago.

Eran las cinco y media. Ni Norman ni Jasper Hobson podían calcular el camino recorrido, ni tampoco la dirección que habían llevado. No eran ya dueños de su embarcación, y se hallaban abandonados a los caprichos de la tempestad.

En aquel preciso momento, a cien pies de distancia de la popa del bote, elevóse una ola enorme, coronada de blanca cresta. Por delante de ella, la desnivelación de la superficie líquida formaba como una especie de sima. Todas las pequeñas ondulaciones intermedias habían desaparecido, aplastadas por el viento. El agua presentaba un color negro en aquel móvil abismo, a cuyo fondo, cada vez más profundo, iba descendiendo el bote. La gran ola avanzaba dominando a todas las otras. Acercábase a la embarcación amenazando aplastarla. Norman la vio venir, por haber vuelto la cara. Jasper Hobson y Paulina Barnett la miraron también con los ojos desmesuradamente abiertos, esperando el momento en que se precipitase sobre ellos y sin poderla sortear.

Por fin se desplomó sobre el bote con espantoso estrépito, cubriendo por completo su popa. Sobrevino un choque espantoso. Escapóse un grito terrible de los labios del teniente y de su compañera, al verse sepultados bajo aquella montaña líquida, y debieron creer que había llegado el momento de irse a pique.

El bote, casi lleno de agua, volvió a flotar, sin embargo... ¡pero el viejo marino había desaparecido!

Jasper Hobson lanzó un grito de desesperación. Paulina Barnett le miró sobresaltada.

—¡Norman! —exclamó el teniente, mostrándole, vacío, el lugar que ocupaba el marino en la popa.

—¡Desdichado! —murmuró la viajera.

Jasper Hobson y ella se habían puesto de pie, corriendo el riesgo de ser despedidos fuera de la embarcación, que saltaba sobre las olas; pero no vieron nada. No se oyó ningún grito, ni voz alguna que demandara socorro, ni ningún cuerpo flotando sobre la blanca espuma... El viejo lobo de mar había hallado la muerte entre las olas.

Jasper Hobson y Paulina Barnett se dejaron caer nuevamente sobre las bancadas. Solos a bordo, de ellos exclusivamente dependía su propia salvación. Pero ni el teniente ni su compañera conocían el

manejo de las embarcaciones, y, en tan comprometidas circunstancias, hasta el más consumado marino se habría visto en gran aprieto. El bote era juguete de las olas. La vela, henchida por el huracán, lo arrastraba con velocidad increíble. ¿Cómo podría Jasper Hobson detenerle en su loca carrera?

¡Era una situación espantosa para aquellos desdichados, sorprendidos por la tempestad dentro de una frágil barquilla, que no sabían gobernar!

—¡Estamos perdidos! —exclamó el teniente.

—Nada de eso, señor Hobson —respondió la valerosa Paulina Barnett—. Ayudémonos nosotros primero, que el Cielo vendrá en nuestra ayuda después.

Jasper Hobson comprendió entonces lo que valía aquella animosa mujer, cuya suerte compartía en aquellos momentos. Lo más urgente era arrojar del interior del bote aquella masa de agua que amenazaba hundirlo. Otro golpe de mar podría acabarlo de llenar en el instante menos pensado, y entonces se iría a pique sin remedio. Era conveniente, además, que la embarcación se encontrase boyante para que se pudiese elevar fácilmente sobre las crestas de las olas, a fin de que el peligro de zozobrar fuese menor.

Jasper Hobson y Paulina Barnett vaciaron, pues, con presteza, aquel agua que, por su movilidad, constituía un peligro. No fue esto fácil tarea, porque a cada momento, embarcaba alguna ola, y era preciso estar siempre con el achicador en la mano. La viajera encargóse principalmente de este trabajo, mientras su compañero empuñaba la caña del timón y dirigía el bote lo mejor que le era dado, corriendo por delante del viento.

Para colmo de peligro, la noche, o si no la noche, ya que en esta latitud y en esta época del año dura algunas horas, la obscuridad, por lo menos, era cada vez mayor. Las nubes bajas, mezcladas con la bruma, formaban una densa niebla, apenas iluminada por una luz difusa. No se veía nada a una distancia de dos largos de bote, el cual se hubiera hecho astillas si hubiese tropezado contra algún hielo flotante, que podía surgir inopinadamente; y, a aquella velocidad, no habría medio de evitar el encuentro.

—¿No tiene usted confianza en sí mismo, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett durante un recalmón.

—No, señora —le respondió el teniente—; debe usted estar

preparada para cualquier acontecimiento.

—Ya lo estoy —respondió sencillamente la animosa mujer.

En aquel momento escuchóse un ensordecedor estrépito. La vela, desgarrada por el viento, huyó cual blanco vapor. El bote, impulsado por la velocidad adquirida, prosiguió todavía su carrera durante algunos instantes; detúvose después, y las olas lo agitaron como un cascarón de nuez. Jasper Hobson y Paulina Barnett se consideraron perdidos. Sentíanse sacudidos de una manera espantosa, arrojados de sus bancadas, contusionados, heridos. No había a bordo ni un mal pedazo de tela con que improvisar una vela.

Los dos infortunados apenas si se divisaban uno al otro en medio de aquella niebla espesísima, de aquellos abundantes chubascos de agua y nieve. No podían oírse tampoco, y permanecieron así por espacio de una hora, esperando a cada instante la muerte, y encomendándose a la Providencia, que era la única que podía salvarlos.

¿Cuánto tiempo erraron aún, zarandeados por las embravecidas olas? Ni el teniente Hobson ni Paulina Barnett hubieran podido decirlo, cuando hubo de producirse un choque extraordinariamente violento.

El bote acababa de estrellarse contra un enorme iceberg; un inmenso bloque flotante de hielo, de paredes resbaladizas y empinadas, en las cuales no hubiera encontrado la mano sitio alguno donde asirse.

A consecuencia de este choque, que no había podido ser evitado, entreabrióse la proa de la embarcación y empezó a penetrar en ella el agua a torrentes.

—¡Nos hundimos!, ¡nos hundimos! —gritó el teniente Hobson.

En efecto, el bote se sumergía, y el agua llegaba ya a la altura de las bancadas.

—¡Señora!, ¡señora! —exclamó Jasper Hobson—. Aquí estoy... ¡No me separaré de su lado!

—Eso no, señor Jasper —exclamó Paulina—. Solo, podrá usted salvarse... ¡Juntos, pereceremos ambos! ¡Apártese de mí! ¡Déjeme sola!

—¡Jamás! —exclamó Jasper Hobson.

Pero apenas acabó de pronunciar estas últimas palabras, cuando

la embarcación, sacudida por un nuevo golpe de mar, se fue a pique.

Ambos desaparecieron en el remolino causado por el hundimiento de la embarcación; pero, pocos instantes después, volvieron a la superficie. Jasper Hobson nadaba vigorosamente con un brazo, y sostenía a su compañera con el otro. Pero era evidente que su lucha contra las embravecidas olas no podría durar largo tiempo, y que perecería juntamente con la que quería salvar.

En aquel momento llamaron su atención ciertos sonidos extraños. No eran gritos de asustadizas aves, sino voces humanas que llamaban. Jasper Hobson, haciendo un esfuerzo supremo, elevóse sobre las olas y lanzó en torno suyo una rápida mirada; pero nada logró descubrir en medio de la densa niebla.

Los gritos, sin embargo, seguían escuchándose más próximos cada vez. ¿Quiénes eran los audaces que así osaban acudir en su auxilio? Pero, quienesquiera que fuesen, llegarían demasiado tarde. Embarazado por sus propios vestidos se sentía arrastrado hacia el fondo con aquella infeliz mujer a quien no podía ya sostener con la cabeza fuera del agua.

Entonces, impulsado por un postrer instinto, lanzó el teniente un grito desgarrador, y desapareció debajo de una enorme ola.

Pero Jasper Hobson no se había engañado. Tres hombres que voltejaban por el lago, habían acudido en su auxilio al presenciar el naufragio. Aquellos hombres, los únicos que podían desafiar con algunas probabilidades de éxito el embate del agua enfurecida, navegaban en las únicas embarcaciones capaces de resistir aquella tempestad. Eran tres esquimales, sólidamente atados cada uno a su kayak.

El kayak es una larga piragua, levantada por sus dos extremidades, formada por un armazón extraordinariamente ligero, sobre el cual se extienden pieles de foca bien cosidas con nervios de vaca marina. La parte superior del kayak se halla también recubierta de piel en toda su longitud, excepto en su parte céntrica, donde lleva una abertura. Por ella se introduce el esquimal, y, atando su chaqueta impermeable al borde que forma la piel en torno del orificio, queda formando una sola pieza con su embarcación, en la cual no puede entrar ni una sola gota de agua.

El kayak es flexible y ligero; insumergible, camina siempre sobre

las crestas de las olas, y, aunque un golpe de mar llegue a tumbarlo, lo endereza con facilidad el siguiente; de suerte que puede sostenerse incólume en lugares donde el embate de las olas destrozaría irremisiblemente otras embarcaciones.

Los tres esquimales llegaron a tiempo al lugar del naufragio, guiados por el último grito de desesperación que había lanzado el teniente. Jasper Hobson y Paulina Barnett, medio asfixiados ya, sintieron, sin embargo, que una mano vigorosa los extraía del abismo. Pero, en medio de aquella oscuridad, no podían reconocer a sus salvadores.

Uno de los esquimales cogió al teniente y lo colocó atravesado sobre su embarcación; otro hizo lo mismo con Paulina Barnett, y los tres kayaks, hábilmente empujados por finas palas de seis pies de longitud, avanzaron rápidamente en medio de las olas.

Media hora más tarde, los dos náufragos eran depositados sobre una playa de arena, a tres millas más abajo del fuerte Providencia.

¡El viejo lobo de mar era el único que faltaba!

OJEADA RETROSPECTIVA



eso de las diez de la noche, la señora Paulina Barnett y Jasper Hobson llamaban a la poterna del fuerte, cuyos ocupantes experimentaron extraordinaria alegría al volverlos a ver, porque los consideraban perdidos. Pero a este júbilo sucedió una profunda aflicción cuando tuvieron noticia de la muerte del anciano Norman. Este excelente hombre era querido por todos, y su memoria fue honrada con el más vivo dolor.

Por lo que toca a los valerosos y abnegados esquimales, después de haber recibido con la mayor flema las afectuosas muestras de agradecimiento del teniente y su compañera, no habían querido ni aun siquiera acompañarles al fuerte. Lo que habían hecho parecíales la cosa más natural del mundo. No era aquél el primer salvamento que habían llevado a cabo, y otra vez reanudaron, sin pérdida de tiempo, sus arriesgadas excursiones por el lago, que recorrían día y noche cazando nutrias y pájaros acuáticos.

La noche inmediata al regreso de Jasper Hobson, el día siguiente, 1.º de junio, y la noche del 1 al 2, fueron enteramente consagrados al reposo. Todos los que formaban la pequeña expedición se encontraban allí muy a gusto; pero el teniente se hallaba decidido a partir el día 2.º por la mañana, y, afortunadamente, la tempestad amainó.

El sargento Felton había puesto todos los recursos de la factoría a la disposición del destacamento. Fueron reemplazados algunos

tiros de perros, y, en el momento de emprender la marcha, encontró Jasper Hobson sus trineos formados en buen orden a la entrada del recinto.

Después de las despedidas de rúbrica, dieron todos las gracias al sargento Felton, que tan hospitalario habíase mostrado en aquella ocasión. No fue Paulina Barnett la última en manifestarle su gratitud; y puso fin a esta escena un vigoroso apretón de manos que dio el sargento a su cuñado Long.

Cada pareja subió al trineo que le estaba designado, y, esta vez, Paulina Barnett y el teniente Hobson ocuparon el mismo vehículo, seguidos por Madge y Long.

Siguiendo los consejos que el jefe indio le dijera, resolvió Jasper Hobson ganar la costa americana por el camino más corto, marchando en línea recta entre el fuerte Seguridad y el litoral.

Después de haber consultado sus cartas, que sólo daban de un modo aproximado la configuración del territorio, juzgó conveniente descender por el valle del Coppermine, río de bastante importancia que va a verter sus aguas en el golfo de la Coronación.

Entre el fuerte Seguridad y la desembocadura de este río, existe aproximadamente una distancia de grado y medio, es decir, unas ochenta y cinco o noventa millas. La profunda escotadura que forma el golfo termina al Norte con el cabo Krozenstern, y, después de este cabo, corre francamente Ja costa hacia el Oeste, hasta el momento en que se eleva más allá del paralelo de 70º, formando la punta de Bathurst.

Jasper Hobson modificó, pues, el camino que había seguido hasta entonces, y se dirigió hacia el Este, con objeto de llegar en algunas horas al río, marchando en línea recta, lo que lograron al siguiente día, 3 de junio, por la tarde.

El Coppermine, de aguas puras y rápidas, libre a la sazón de hielos, arrastraba su enorme caudal por un extenso valle, regado por multitud de arroyuelos caprichosos, fácilmente vadeables; de suerte que la marcha de los trineos no halló obstáculos formales, y hubo de desarrollarse con bastante velocidad.

Mientras les arrastraba su tiro, Jasper Hobson relató a su compañera la historia del país que atravesaban. Entre la viajera y el teniente habíase establecido una verdadera intimidad, una sincera amistad, autorizada por la situación y la edad de ambos. Paulina

Barnett era muy aficionada a instruirse, y, como poseía el instinto de los descubrimientos, gustaba de oír hablar de los descubridores.

Jasper Hobson, que se sabía de memoria su América Septentrional, pudo satisfacer por completo la curiosidad de su compañera.

—Hace próximamente unos noventa años —le dijo—, todo este territorio, surcado por el río Coppermine, era desconocido, siendo los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson quienes lo han descubierto. Sólo, señora, que, cual casi siempre acontece en el mundo científico, se descubren unas cosas cuando se buscan otras. Colón buscaba el Asia, y tropezó con América.

—Y, ¿qué buscaban los agentes de la Compañía? —preguntó Paulina Barnett—. ¿El famoso paso del Noroeste, por ventura?

—No, señora —respondió el joven teniente—. Hace un siglo, la Compañía no tenía interés en que se explotase esta nueva vía de comunicación, que entonces habría sido más ventajosa para sus competidores que para ella misma. Hasta se dice que, en 1741, un tal Cristóbal Middleton, encargado de explorar estos parajes, fue públicamente acusado de haber recibido 5000 libras de la Compañía por declarar que la comunicación por mar entre los dos océanos no existía ni podía existir.

—Esto no es muy glorioso para la célebre Compañía —respondió Paulina Barnett.

—En esto, no la defiendo —replicó Jasper Hobson—; y aun añadiré que el Parlamento inglés vituperó severamente sus manejos cuando, en 1746, prometió una prima de 20 000

libras a quienquiera que descubriese el paso en cuestión. Por eso vemos que este año mismo, dos intrépidos exploradores, Guillermo Moor y Francisco Smith, remontáronse hasta la bahía de la Repulsa con la esperanza de descubrir la ansiada comunicación. El éxito, sin embargo, no coronó sus esfuerzos; y, después de una ausencia de año y medio, tuvieron que regresar a Inglaterra.

—Pero ¿no se lanzaron sobre sus huellas otros capitanes decididos y audaces? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora; y, durante otros treinta años, a pesar de la recompensa ofrecida por el Parlamento, no se hizo la menor tentativa por reanudar la exploración geográfica de esta porción del

continente americano, o, mejor dicho, de la América inglesa, porque conviene conservarle este nombre. Hasta 1769 no trató un agente de la Compañía de reanudar los trabajos de Moor y de Smith.

—¿Había, pues, la Compañía renunciado a sus ideas egoístas y estrechas, señor Jasper?

—Todavía no, señora. Samuel Hearne, que así se llamaba el agente, no tenía otra misión que la de reconocer la situación de una mina de cobre que los indígenas habían denunciado. El 6 de noviembre de 1769, salió este agente del fuerte del Príncipe de Gales, emplazado en la orilla del río Churchill, cerca de la costa occidental de la bahía de Hudson. Samuel Hearne avanzó intrépidamente hacia el Noroeste; pero el frío se hizo tan intenso que, una vez concluidos los víveres, tuvo que regresar al fuerte del Príncipe de Gales. Afortunadamente, no era hombre que se desanimase fácilmente. El 23 de febrero del año siguiente, partió de nuevo, llevando en su compañía algunos indios. Las fatigas de este segundo viaje fueron inenarrables. La caza y el pescado, con los cuales contara Samuel Hearne, faltáronle con frecuencia. Hasta llegó una vez a estar siete días seguidos sin comer más que frutas silvestres, trozos de cuero viejo y huesos quemados; y de nuevo se vio precisado tan intrépido explorador a volver a la factoría sin haber obtenido el menor resultado. Mas no se arredró por eso. Partió por tercera vez el 7 de diciembre de 1770, y, después de diecinueve meses de luchas, el 13 de julio de 1772, descubrió el río Coppermine, cuyo curso descendió hasta su desembocadura, donde creyó ver el mar libre. Era la primera vez que llegaban los hombres a la costa septentrional de América.

—Pero el paso del Noroeste, es decir, la comunicación directa entre el Atlántico y el Pacífico, ¿no había sido descubierto? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el teniente—; y, ¡cuántos aventureros navegantes lo buscaron a partir de aquel momento! Phipps, en 1773; Jaime Kook, y Qerke, de 1776 a 1779; Kotzebue, de 1815 a 1818; Ross, Parry, Franklin y muchos otros consagraronse a esta difícil tarea; mas en vano; es preciso descender hasta los exploradores contemporáneos, hasta el intrépido Mac Clure, para encontrar al único hombre que ha pasado realmente de un océano al otro a través del mar Polar.

—En efecto, señor Jasper —respondió Paulina Barnett—, es un hecho geográfico del que debemos enorgullecemos nosotros, los ingleses; pero dígame usted: la Compañía de la Bahía de Hudson, después de cambiar sus antiguas ideas por otras más generosas, ¿no ha estimulado a ningún otro explorador después de Samuel Hearne?

—Sí, señora; y, gracias a ella, pudo el capitán Franklin realizar su viaje, de 1819 a 1822, precisamente entre el río de Hearne y el cabo Turnagain. Esta exploración no se llevó a cabo sin fatigas y sufrimientos. Las provisiones llegaron varias veces a faltar por completo a los viajeros. Dos canadienses fueron asesinados por sus camaradas, y devorados... A cambio de tantas torturas, logró el capitán Franklin recorrer un espacio de 5500 millas a través de esta porción, hasta entonces desconocida, del litoral de la América del Norte.

—Era un hombre de extraordinaria energía —exclamó Paulina Barnett—, y bien lo demostró cuando, a pesar de todo lo que ya había sufrido, lanzóse nuevamente a la conquista del Polo Norte.

—Es muy cierto —respondió Jasper Hobson—, y el audaz explorador halló una muerte cruel en el teatro mismo de sus descubrimientos. Pero se ha demostrado de una manera evidente que todos los compañeros de Franklin no perecieron con él. Muchos de estos desdichados andan todavía errantes en medio de estas soledades glaciales. ¡Ah!, ¡no puedo pensar en este terrible abandono sin que el corazón se me oprima! Día llegará, señora —añadió el teniente Hobson, lleno de confianza y emoción—, en que pueda yo recorrer estas tierras desconocidas en las cuales tuvo efecto la funesta catástrofe, y...

—Y ese día —dijo Paulina Barnett, estrechando la mano del teniente—, ese día seré yo su compañera de exploración. ¡Sí!, más de una vez he pensado yo en eso, lo mismo que usted, señor Jasper; y mi corazón se emociona, como el suyo, al pensar que compatriotas nuestros, ingleses como nosotros, esperan tal vez un socorro...

—Que llegará demasiado tarde para la mayoría de ellos, señora, pero que llegará al fin; ¡no lo dude usted un momento!

—¡Dios le escuche a usted, señor Hobson! —respondió Paulina Barnett—. Añadiré, además, que los agentes de la Compañía que viven en las proximidades del litoral, me parece que se hallan en

mejor situación que los otros para tratar de cumplir este deber de humanidad.

—Soy de su opinión, señora —replicó el teniente Hobson—, porque estos agentes están, además, acostumbrados a los rigores de los continentes árticos. Y bien lo han demostrado en muchas ocasiones. ¿No fueron ellos quienes auxiliaron al capitán Back, durante su viaje de 1834, que dio por resultado el descubrimiento de la Tierra del Rey Guillermo, en la cual ocurrió precisamente la catástrofe de Franklin? ¿No fue por ventura a dos de nuestros compañeros, a los valerosos Dease y Simpson, a quienes el gobernador de la bahía de Hudson, en 1838, encargó especialmente de explorar las costas del mar Polar, siendo reconocida por primera vez, durante esta exploración, la Tierra Victoria? Creo, pues, que el porvenir reserva a nuestra Compañía la conquista definitiva del continente ártico. Poco a poco, sus factorías irán subiendo hacia el Norte, refugio obligado de los animales de piel, y día llegará en que se construya un fuerte en el Polo mismo, en ese punto matemático donde se cruzan todos los meridianos del Globo.

Durante esta conversación, y muchas otras que le sucedieron, le refirió Jasper Hobson sus propias aventuras desde que se hallaba al servicio de la Compañía; sus luchas con los competidores de las agencias rivales y sus tentativas de exploración de los territorios desconocidos del Norte y del Oeste.

Por su parte, Paulina Barnett le relató también sus peregrinaciones a través de los países intertropicales. Dijo todo lo que había hecho y todo lo que pensaba hacer algún día. Habíase establecido entre el teniente y la viajera un agradable cambio de relatos que servían de entretenimiento mutuo durante las largas horas de viaje.

Durante este tiempo, los trineos arrastrados al galope de los perros, avanzaban sin cesar hacia el Norte. El valle del Coppermine se ensanchaba sensiblemente a medida que se aproximaba al mar Ártico. Las colinas laterales, algo menos abruptas, disminuían de altura poco a poco. Ciertos grupos de árboles reinosos rompían de trecho en trecho la monotonía de aquellos paisajes extraños.

Algunos trozos de hielo, arrastrados por la corriente del río, resistían aún la acción del sol; pero su número disminuía de un día para otro, y habría sido posible descender sin peligro la corriente en

una frágil barquilla, toda vez que su curso no se hallaba interrumpido por ninguna barrera natural ni ningún cantil de piedras.

El lecho del Coppermine era profundo y ancho. Sus aguas, cristalinas y puras, alimentadas por la fusión de las nieves, corrían con rapidez, aunque sin formar nunca tumultuosos raudales. Su cauce, muy sinuoso al principio, en la parte alta del río, tendía poco a rectificarse, corriendo sin sepentear por espacio de muchas millas. En cuanto a sus orillas, entonces anchas y llanas, formadas de arena dura y fina, y tapizadas en ciertos lugares de hierba seca y corta, prestábanse perfectamente a la marcha de los trineos y al desarrollo de la larga línea que formaba el destacamento.

No había cerros, y, por tanto, los tiros trabajaban con holgura sobre aquel nivelado terreno.

El destacamento avanzaba, pues, a gran velocidad. Se caminaba día y noche, si es que puede aplicarse esta expresión a un país sobre el cual trazaba el sol un círculo casi horizontal y apenas si desaparecía. La noche verdadera no duraba dos horas en aquella latitud, y el alba, en esta época del año, sucedía casi sin interrupción el crepúsculo. El tiempo, por lo demás, era hermoso, el cielo bastante despejado, aun cuando en el horizonte se observasen algunas brumas, y el destacamento realizaba su viaje en excelentes condiciones.

Por espacio de dos días siguieron orillando sin dificultad el curso del Coppermine. Las proximidades de este río eran poco frecuentadas por los animales de pieles; pero las aves abundaban en ellos, pudiéndoselas contar por millares. Esta ausencia casi completa de martas, de castores, de armiños, de zorras y de otros animales análogos no dejaba de preocupar al teniente, sospechando si aquellos territorios no habrían sido abandonados, como los del Sur, por los carnívoros y roedores demasiado perseguidos.

Esto parecía probable, porque se encontraban con frecuencia restos de campamentos, hogueras apagadas que delataban el paso más o menos reciente de cazadores indígenas o extranjeros. Jasper Hobson veía perfectamente que tendría que remontarse con su expedición más al Norte, y que, cuando llegase a la desembocadura del Coppermine, sólo habría efectuado una parte de su viaje. Urgía, pues, llegar al punto del litoral visto por Samuel Hearne, y activaba

cuanto le era posible la marcha del destacamento.

Por otra parte, todos participaban de la impaciencia de Jasper Hobson. Cada cual se apresuraba con objeto de llegar cuanto antes a las costas del mar Ártico. Una indefinible atracción impulsaba a aquellos atrevidos exploradores. El prestigio de lo desconocido ofuscaba sus ojos. Quizás las verdaderas fatigas comenzasen en aquella tan ansiada costa; pero no importaba: todos anhelaban desafiarlas, marchar directamente a su objetivo. El viaje que a la sazón realizaban no era más que un paso al través de un país que no podía interesarles de una manera directa; en las costas del mar Ártico darían principio las verdaderas exploraciones. Todos habrían deseado verse ya en aquellos parajes, cortados, a algunos centenares de millas más al este, por el paralelo de 70°.

Por fin, el 5 de junio, cuatro días después de haber abandonado el fuerte Seguridad, vio el teniente Jasper Hobson que el Coppermine se ensanchaba considerablemente. La orilla occidental se desarrollaba formando una línea ligeramente curva, y corría casi directamente hacia el Norte; en tanto que, por el Este, se redondeaba hasta los últimos límites del horizonte.

Jasper Hobson se detuvo en seguida y mostró a sus compañeros con la mano el mar sin límites.

EL PERFIL DE LA COSTA



El vasto estuario adonde el destacamento acababa de llegar, al cabo de seis semanas de viaje, formaba una escotadura trapezoidal, practicada con limpieza en el continente americano. En su ángulo Oeste abríase la desembocadura del Coppermine. Por el contrario, su ángulo oriental formaba una especie de embudo muy prolongado que ha recibido el nombre de entrada de Bathurst. Por este lado, la costa, caprichosamente festoneada, llena de ensenadas y ancones, erizada de cabos agudos y de abruptos promontorios, iba a perderse en ese confuso laberinto de estrechos, canales y pasos que dan a los mapas de las regiones polares un aspecto tan extraño. Por el lado opuesto, a partir de la misma desembocadura del Coppermine, la costa se remontaba hacia el Norte, rematando en el cabo Kruzenstern.

Este estuario llevaba el nombre de golfo de la Coronación, y sus aguas se hallaban sembradas de islas, cayos e islotes, los cuales constituyen el archipiélago del Duque de York.

Después de haber conferenciado con el sargento Long, Jasper Hobson decidió conceder en aquel lugar un día de reposo a sus compañeros.

La exploración propiamente dicha, que debía permitir al teniente determinar el paraje más propicio para el establecimiento de una factoría, iba entonces a comenzar realmente. La Compañía había recomendado a su agente que se mantuviese, mientras le

fuera posible, por encima del paralelo de 70° y en las costas del océano Glacial. Ahora bien, para cumplir esta orden, el teniente sólo podía buscar hacia el Oeste un lugar que, teniendo esa elevación en latitud, perteneciese al continente americano, toda vez que, hacia el Este, todas aquellas tierras tan divididas y fraccionadas, forman parte más bien de los territorios árticos, excepción hecha, tal vez, de la Tierra de Boothia, cortada indudablemente por el paralelo citado, pero cuya configuración geográfica es aún bastante indecisa.

Una vez tomadas la latitud y la longitud, Jasper Hobson, después de haberse situado en el mapa, vio que se encontraba aún a más de cien millas al Sur del paralelo de 70°. Pero más allá del cabo Kruzenstern, la costa se dirigía hacia el Nordeste y cortaba, formando con él un ángulo muy brusco, el mencionado paralelo, próximamente por el meridiano de 130°, y precisamente a la altura del cabo Bathurst, designado para lugar de reunión por el capitán Craventy. Aquél era, pues, el punto donde, con venía llegar para establecer el nuevo fuerte, si el paraje ofrecía los necesarios recursos para una factoría.

—Mire usted, sargento Long —dijo el teniente mostrando a su subordinado el mapa de las regiones polares— este punto reúne las condiciones que la Compañía nos ha impuesto. En este lugar, el mar, libre durante una gran parte del año, permitirá a los buques del estrecho de Behring llegar hasta nuestro fuerte, con objeto de abastecerlo y transportar sus productos.

—Sin contar con que nuestros hombres —añadió el sargento Long— tendrán entonces derecho a doble sueldo, toda vez que se habrán establecido más al Norte del paralelo de 70°.

—Por supuesto —respondió el teniente Hobson—, y me parece que lo aceptarán sin murmuraciones.

—Está bien, mi teniente; de este modo, sólo nos queda partir con rumbo al cabo Bathurst —dijo simplemente el sargento.

Pero, como se había concedido un día de descanso, la marcha no tuvo lugar hasta el siguiente día, 6 de junio.

Esta segunda parte del viaje debía ser, y fue en efecto, por completo diferente de la primera. Habían sido dejadas en suspenso las disposiciones que hasta entonces habían regularizado la marcha de los trineos. Cada tiro caminaba como le era más cómodo. Se

marchaba a pequeñas jornadas, deteniéndose en todos los ángulos que formaba la costa, y caminando a pie con frecuencia. Sólo una recomendación había hecho el teniente Hobson a sus compañeros: que no se separaran del litoral más de tres millas y que se incorporaran al destacamento dos veces al día, por lo menos: al mediodía y a caída de la tarde. Por la noche, se acampaba. El tiempo en esta época era siempre bueno, y la temperatura bastante elevada, toda vez que solía mantenerse a unos 59°

Fahrenheit, que equivalen a 15° centígrados sobre cero. En dos o tres ocasiones sobrevinieron rápidas tempestades de nieve; pero su duración fue muy corta, de suerte que no llegaron a modificar la temperatura de una manera sensible.

Toda esta parte de la costa americana comprendida entre el cabo Kruzenstern y el cabo Parry, que se extiende sobre un espacio de doscientas cincuenta millas, fue, pues, examinada con un cuidado extremo del 6 al 20 de junio, al mismo tiempo que el reconocimiento geográfico de esta región se llevó a cabo con toda escrupulosidad, pudiendo Jasper Hobson, eficazísimamente ayudado en esta empresa por Tomás Black, hasta rectificar algunos errores del trazado hidrográfico; los territorios vecinos fueron no menos minuciosamente explorados desde el punto de vista especial que directamente interesaba a la Compañía de la Bahía de Hudson.

¿Abundaba en aquellos territorios la caza, tanto comestible como productora de pieles? ¿Bastarían los recursos del país para abastecer por sí solos una factoría, durante el estío, por lo menos? Tal era la grave cuestión que preocupaba al teniente y que le interesaba esclarecer, y he aquí los resultados de sus observaciones.

La caza propiamente dicha, aquélla a que concedían marcada preferencia el cabo Joliffe y otros, no abundaba en aquellos parajes. Los volátiles, pertenecientes a la numerosa familia de los patos, no faltaban, sin duda; pero la tribu de los roedores se hallaba insuficientemente representada por algunas liebres polares, a las que era difícil acercarse.

Por el contrario, los osos debían ser bastante numerosos en aquella porción del continente americano. Sabine y

Mac-Nap

habían descubierto con frecuencia huellas frescas de estos

carnívoros. Hasta los descubrieron en más de una ocasión; pero, al verse perseguidos, tomaban las de Villadiego. En todo caso, resultaba probado que, durante la estación invernal, estos hambrientos animales debían frecuentar asiduamente las costas del mar Glacial, procedentes de latitudes más septentrionales.

—Hay que tener presente —decía el cabo Joliffe, a quien siempre preocupaba la cuestión de las provisiones—, que cuando el oso está en la despensa no es bocado despreciable; pero, cuando aún no está en ella, su caza es muy problemática y hay que andarse con tino; porque, si le es posible, hace sufrir a sus perseguidores la suerte que ellos le tenían reservada.

Imposible expresarse de un modo más razonable. No podía contarse con los osos, de una manera segura, para el abastecimiento de los fuertes. Por fortuna, aquel territorio era visitado, además, por numerosos rebaños de otros animales más útiles que los osos, cuyas excelentes carnes constituyen la base de la alimentación de muchas tribus de indios y esquimales. Aludimos a los renos, y el cabo Joliffe comprobó con evidente satisfacción que abundaban estos rumiantes en aquella parte del litoral. La naturaleza, en efecto, parecía haberlo dispuesto allí con ánimo de atraerlos, haciendo crecer con abundancia en la tierra esa especie de liquen que tanto agrada al reno, quien sabe desenterrarlo de debajo de la nieve, y que constituye su única alimentación durante todo el invierno.

No fue la satisfacción de Jasper Hobson menor que la del cabo al descubrir en muchos lugares las huellas de estos rumiantes, huellas que es posible reconocer fácilmente, porque la pezuña del reno, en vez de dejar impresa en su cara interior una superficie plana, deja una superficie convexa, disposición análoga a la del pie del camello. Hasta se vieron rebaños bastante considerables de estos animales que vagan en estado salvaje por ciertas regiones de América, y a menudo se reúnen formando piaras de muchos miles de cabezas.

Vivos, se dejan domesticar fácilmente, y prestan entonces inapreciables servicios a las factorías, ora suministrando una leche excelente y más substancial que la de vaca, ora sirviendo para tirar de los trineos. Muertos, no son menos útiles, porque su piel, que es muy gruesa, sirve para hacer vestidos; su pelo proporciona un hilo excelente; su carne es muy sabrosa y no existe un animal más precioso en aquellas latitudes. La presencia comprobada de los

renos debió, pues, animar a Jasper Hobson en sus proyectos de establecerse en un punto de aquel territorio.

También debió quedar satisfecho por lo que hace relación a los animales de pieles valiosas. En los riachuelos, veíanse numerosas cabañas de castores y de ratas almizcleras. Los tejones, los linces, los armiños, los glotones, las martas y bisontes, a quienes la ausencia de los cazadores había dejado hasta entonces tan tranquilos, frecuentaban también aquellos parajes, en los que la presencia del hombre no se había revelado aún por traza alguna; motivo por el cual habían encontrado en ellos un refugio seguro.

Descubriéronse así mismo huellas de esas magníficas zorras azules y argentadas, especie que se va haciendo más rara cada vez y cuya piel vale, por decirlo así, tanto como pesa en oro. Sabine y Mac-Nap

tuvieron durante esta exploración diversas ocasiones en que poder derribar una cabeza de precio; pero el teniente Hobson había tenido el buen acierto de prohibir toda caza de este género. No quería espantar a estos animales antes de que llegasen los meses de invierno durante los cuales sus pieles adquieren mayor valor por hallarse mucho, más pobladas de pelo. Por otra parte, era inútil sobrecargar los trineos. Sabine y

Mac-Nap

comprendieron estas buenas razones; pero se les iban las manos cuando veían al alcance de su fusil una marta cebellina o alguna zorra de precio. Sin embargo, las órdenes del teniente Hobson eran en extremo severas, y no consentía jamás que se infringiesen.

Los tiros de los cazadores durante este segundo período del viaje, sólo fueron, pues, dirigidos a los osos polares, que se dejaban ver algunas veces por los flancos del destacamento. Pero, como no se hallaban hostigados por el hambre, desaparecían prontamente sin que su presencia constituyese ningún peligro serio. Sin embargo, si bien los cuadrúpedos no tuvieron que sufrir a consecuencia de la llegada del destacamento, no sucedió lo propio a las aves, que pagaron por todo el reino animal.

Matáronse águilas de cabeza blanca, enormes volátiles que lanzan estridentes gritos; halcones pescadores, que anidan, por lo común, en los troncos de los árboles muertos y que durante el verano se remontan hasta las latitudes árticas; gansos de nieve, de

una blancura admirable; bernachos silvestres, los mejores ejemplares de la tribu de los ánsares desde el punto de vista alimenticio; patos de cabeza roja y pico negro; cornejas cenicientas, especies de grajos burlones de fealdad poco común; gansos del Norte, cercetas y otras muchas aves que ensordecían con sus gritos los ecos de aquellos acantilados árticos. Estas aves habitan por millones aquellas heladas comarcas, siendo su número muy superior a todo lo calculable en el litoral del océano Glacial.

Se comprenderá, pues, con qué ardor los cazadores, a quienes les estaba severamente prohibida la caza de los cuadrúpedos, se desquitarían con las aves. Durante aquellos quince primeros días fueron muertos muchos centenares de éstas, pertenecientes en su inmensa mayoría a las especies comestibles, lo que les permitió añadir a la ración ordinaria de carne en conserva y galleta un suplemento bastante apetitoso.

Así, pues, los animales no faltaban en este territorio. La Compañía podría fácilmente abarrotar sus almacenes, y el personal del fuerte no dejaría vacías sus despensas. Empero no bastaban estas dos condiciones para garantizar el porvenir de la factoría. No era posible establecerse en un país tan elevado en latitud si no se encontraba en él, con la abundancia necesaria, el combustible indispensable para combatir los rigores de los inviernos árticos.

Por fortuna, el litoral hallábase cubierto de bosques. Las colinas que se alzaban por detrás de la costa aparecían coronadas de verdes árboles, entre los cuales predominaba el pino. Tratábase de importantes aglomeraciones de especies resinosas, a las cuales se podía en ciertos lugares aplicar el nombre de selvas. Algunas veces también observó Jasper Hobson grupos aislados de sauces, álamos, abedules enanos y numerosos arbustos cargados de madroños.

En esta época del estío, todos estos árboles parecían verdes, lo que chocaba no poco a la vista acostumbrada ya a los perfiles ásperos y desnudos de los paisajes polares. El suelo, al pie de las colinas, hallábase tapizado de una hierba corta que los renos pacen con avidez y que constituiría su alimento en invierno. Como se ve, el teniente no podía menos de felicitarse de haber ido a buscar a la región Noroeste del continente americano el nuevo teatro de una exploración.

Hase dicho también que, si los animales no faltaban en este

territorio, los hombres, por el contrario, no habitaban en él. No se veían ni esquimales, cuyas tribus prefieren recorrer los distritos cercanos a la bahía de Hudson, ni indios, que, por lo general, no se aventuran tanto hacia el Norte del círculo polar. Y, en efecto, a estas distancias, los cazadores pueden ser sorprendidos por constantes malos tiempos, por un súbito recrudecimiento del invierno, y ver interceptadas de este modo sus comunicaciones.

Como es de suponer, al teniente no le pesaba la ausencia de sus semejantes, en los que sólo hubiera podido hallar rivales. Lo que él buscaba era un país no ocupado por nadie, un país desierto donde tuviese interés en refugiarse la caza; y, con este motivo, Jasper Hobson hacía a Paulina Barnett, que se interesaba muchísimo por el éxito de la empresa, las más atinadas observaciones. La viajera no olvidaba que era huésped de la Compañía de la Bahía de Hudson, y hacía votos por el éxito de los proyectos del teniente.

Juzgúese, pues, el desencanto de Hobson cuando, en la mañana del 20 de junio, tropezó de improviso con un campamento que acababa de ser más o menos recientemente abandonado.

Hallábase establecido en el fondo de una estrecha bahía, conocida con el nombre de bahía de Darnley, cuya punta más avanzada hacia el Oeste la forma el cabo Parry. Véanse en este lugar, en la falda de una pequeña colina, estacas que habían servido para trazar una especie de cerca, y cenizas, ya frías, amontonadas en los lugares donde habían ardido hogueras.

Todo el destacamento habíase reunido al pie de este campamento; a nadie se ocultó que este hallazgo debía desagradar grandemente a Jasper Hobson.

—¡He aquí un desagradable detalle! —dijo éste, en efecto—. ¡La verdad es que hubiera preferido encontrarme de manos a boca con toda una familia de osos polares!

—Pero las personas, quienesquiera que sean, que han acampado en este lugar —observó Paulina Barnett—, deben ya estar lejos, sin duda; y es posible que hayan ya regresado a sus habituales cazaderos, situados más hacia el Sur.

—No lo sabemos, señora —respondió el teniente—. Si aquéllos cuyas huellas contemplamos son esquimales, es probable que hayan proseguido su camino hacia el Norte. Pero si, por el contrario, son indios, es posible que se propongan explorar estos nuevos

cazaderos, como estamos haciendo nosotros, y repito que esto sería para mí una verdadera contrariedad.

—Pero ¿no puede conocerse a qué raza pertenecen esos viajeros? —preguntó Paulina Barnett—. ¿No es posible averiguar si se trata de esquimales o de indios del Sur? Me parece que tribus tan diferentes por su origen y costumbres no deben acampar de igual modo.

Paulina Barnett tenía razón, y era posible que tan importante punto quedase dilucidado después de una detenida inspección del campamento.

Jasper Hobson y algunos de sus compañeros dedicáronse a este examen, y buscaron minuciosamente cualquier traza, cualquier objeto olvidado, cualquier huella que pudiera darles luz; pero ni el terreno, ni aquellas frías cenizas habían conservado suficientes indicios. Tampoco revelaban nada algunos huesos de animales acá y allá esparcidos.

Despistado por completo el teniente, disponíase ya a abandonar aquel inútil examen, cuando oyó que le llamaba la señora Joliffe, la cual se había alejado, hacia la izquierda, un centenar de pasos.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, el sargento, el cabo y algunos otros más dirigieron en seguida hacia el punto donde se hallaba la joven canadiense, la cual permanecía inmóvil, examinando el suelo con la mayor atención. Cuando llegaron a su lado, dijo al teniente Hobson:

—¿No buscaba usted huellas? Pues bien, hélas aquí. Y la señora Joliffe mostrábele al mismo tiempo numerosas huellas de pasos conservadas con toda claridad sobre el suelo arcilloso.

Aquello podría ser un indicio característico, porque los pies de los indios y los de los esquimales, lo mismo que sus calzados respectivos, difieren completamente.

Mas, ante todo, llamó la atención de Jasper Hobson la disposición singular de aquellas huellas. Procedían indudablemente de la presión de un pie humano, y hasta de un pie calzado; pero ¡extraña circunstancia!, parecían no haber sido hechas más que con la punta del pie. Faltábales la señal del talón. Además, las repetidas huellas aparecían singularmente multiplicadas, próximas, entrecruzadas, aunque contenidas todas dentro de un estrecho círculo.

Jasper Hobson hizo observar a sus compañeros este detalle.

—No son pisadas de una persona que anda —dijo.

—Ni de una persona que salta, puesto que no hay señales del talón —añadió Paulina Barnett.

—No —respondió la señora Joliffe—, ¡son pasos de una persona que baila!

La señora Joliffe había dicho la verdad. Examinadas bien las pisadas, no era posible dudar de que pertenecían a un hombre que se hubiese entregado a algún ejercicio coreográfico; pero no a un baile pesado, rítmico, majestuoso, sino más bien a una danza ligera, simpática, alegre. Esto era indiscutible. Pero ¿quién podría ser el individuo lo bastante alegre de carácter para haberse dejado seducir por la idea de bailar tan alegremente en los límites del continente americano, varios grados más al Norte del Círculo Polar?

—¡No es un esquimal, ciertamente! —dijo el teniente Hobson.

—¡Ni un indio! —exclamó el cabo Joliffe.

—¡No!, ¡es un francés! —dijo tranquilamente el sargento Long.

¡Y todos convinieron en que sólo un francés habría sido capaz de bailar en semejante lugar de la Tierra!

EL SOL DE MEDIANOCHE



¿No era acaso demasiado aventurada esta observación del sargento Long? Era evidente que alguien había bailado; pero, por mucha que fuese su ligereza, ¿podía deducirse que solamente un francés hubiera podido ejecutar aquella danza?

Sin embargo, el teniente Hobson fue del mismo parecer que el sargento, y a nadie pareció esta opinión demasiado aventurada. Todos, por el contrario, dieron por descontado que una caravana de viajeros, de la cual formaba parte por lo menos un compatriota de Vestris, habíase recientemente detenido en aquel lugar.

Como es fácil comprender, semejante descubrimiento no satisfizo al teniente. Jasper Hobson debió temer que otros competidores le hubiesen tomado la delantera en los territorios de la América inglesa, y que el secreto que la Compañía había tratado de tener tan oculto, se hubiese divulgado por los centros comerciales del Canadá o de los Estados Unidos.

Al reanudar su marcha, un instante interrumpida, Jasper Hobson parecía muy preocupado; pero a la altura en que se hallaba ya de su viaje, no podía soñar en volver sobre sus pasos.

Después de este incidente, le hizo Paulina Barnett la siguiente pregunta:

—Pero, señor Jasper, ¿hay todavía franceses en los territorios del continente ártico?

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—; o si no talmente

franceses, canadienses al menos, que viene a ser casi lo mismo, pues descienden de los antiguos colonos del Canadá, en la época en que el Canadá era de Francia; y, a decir la verdad, estas gentes son nuestros más temibles rivales.

—Pues yo tenía entendido —replicó la viajera—, que, desde que absorbió a la Compañía del Noroeste, la Compañía de la Bahía de Hudson no tenía competidores en el continente americano.

—Señora —respondió Jasper Hobson—, aunque es cierto que no existe ninguna asociación importante, aparte de la nuestra, que se dedique ahora al tráfico de pieles, hay, sin embargo, sociedades particulares perfectamente independientes. Por regla general, son sociedades americanas, que conservan a su servicio agentes o descendientes de agentes franceses.

—¿Eran tenidos, pues, en alta estima estos agentes? —preguntó Paulina Barnett.

—Ciertamente, señora, y no sin justo motivo. Durante los noventa y cuatro años que duró la supremacía de Francia en el Canadá, mostráronse estos agentes franceses siempre superiores a los nuestros. Es preciso saber hacer justicia incluso a nuestros propios rivales.

—¡Sobre todo a nuestros rivales! —añadió Paulina Barnett.

—Sí... sobre todo... En aquella época, los cazadores franceses partían de Montreal, su principal establecimiento, y avanzaban hacia el Norte con más intrepidez que los nuestros. Vivían años enteros entre las tribus indias, en las cuales buscaban esposas a veces. Conocíaseles con los nombres de «recorredores de bosques» o «viajeros canadienses», y se trataban los unos a los otros de primos y de hermanos. Eran hombres audaces, hábiles, muy entendidos en cuestiones de navegación fluvial, muy valientes, muy poco reflexivos, allanándose a todo con esa flexibilidad propia de su raza, muy leales, muy alegres y dispuestos constantemente, en todas las circunstancias, lo mismo a cantar que a bailar.

—¿Y supone usted que esa partida de viajeros, cuyas huellas acabamos de descubrir, no puede haberse remontado a latitudes tan altas más que con el fin de cazar animales dotados de pieles?

—No hay manera de admitir otra hipótesis distinta, señora —respondió el teniente Hobson—. Es seguro que esas gentes van buscando nuevos territorios de caza. Pero, supuesto que no existe

ningún medio de detenerlos, tratemos de alcanzar cuanto antes nuestro objetivo, y lucharemos denodadamente contra toda competencia.

El teniente Jasper Hobson dio ya por descontado que tendría que luchar con una competencia probable, a la cual, por otra parte, no había medio de oponerse, y apresuró la marcha de su destacamento con objeto de rebasar lo antes posible el paralelo de 70º, animado por la esperanza de que sus rivales no le seguirían hasta allí.

Durante los días inmediatos, los expedicionarios volvieron a bajar unas veinte millas hacia el Sur, a fin de contornear más fácilmente la bahía de Franklin. El país conservaba siempre su aspecto verde y lozano, frecuentado por gran número de cuadrúpedos y aves de las clases ya observadas, y era muy probable que toda la extremidad Noroeste del continente americano se encontrase poblada de aquel modo.

El mar que bañaba aquel litoral extendíase ahora sin límites delante de la vista. Los mapas más recientes no señalaban, por otra parte, tierra alguna al Norte del litoral americano, siendo sólo los bancos de hielo los que habían impedido que los navegantes del estrecho de Behring se remontasen hasta el Polo.

El 4 de julio, el destacamento había contorneado otra bahía, que se internaba mucho en la tierra, denominada bahía de Whasburn, y llegaba a la punta extrema de un lago poco conocido hasta entonces, que sólo ocupaba una pequeña porción de territorio, que apenas llegaría a dos millas cuadradas. Era, verdaderamente, una laguna de agua dulce, un gran estanque, mas no un lago propiamente dicho.

Los trineos caminaban tranquila y fácilmente. El aspecto del país era tentador para la fundación de una factoría nueva, siendo probable que un fuerte, establecido en la extremidad del cabo Bathurst, con aquella laguna detrás y delante el gran camino del estrecho de Behring, o sea el mar libre a la sazón, y que debía estarlo también durante los cuatro o cinco meses de estío, se hallaría en una situación en extremo favorable para la exportación de sus productos y su propio aprovisionamiento.

Al siguiente día, 5 de junio, a eso de las tres de la tarde, detúvose el destacamento, por fin, al extremo del cabo Bathurst. Era

preciso determinar la posición exacta de este cabo, que los mapas situaban más arriba del paralelo de 70°; pero no había que fiarse de sus indicaciones, pues las costas aquellas no habían sido hidrográficamente estudiadas con la precisión suficiente. Entretanto, resolvió Jasper Hobson detenerse en aquel sitio.

—¿Quién nos impide el establecernos aquí definitivamente? —preguntó el cabo Joliffe—. Convendrá usted conmigo, mi teniente, en que el sitio es seductor.

—Más seductor le parecerá a usted, de seguro —respondió el teniente Hobson—, si le abonan a usted doble sueldo.

—Eso no cabe duda —respondió el cabo Joliffe—, y es preciso conformarse con las instrucciones de la Compañía.

—Tenga usted, pues, paciencia hasta mañana —respondió Jasper Hobson—, y si, como lo espero, este cabo Bathurst se encuentra situado a más allá de 70° de latitud Norte, fijaremos en él nuestros reales.

El lugar era favorable, en efecto, para fundar en él una factoría. Las orillas de la laguna, rodeadas de colinas pobladas de bosques, podían suministrar con abundancia los pinos, los abedules y otras maderas necesarias para la construcción, y, más tarde, para la calefacción del nuevo fuerte. El teniente avanzó con algunos de sus compañeros de viaje hasta el extremo del mismo cabo, y observó que, hacia el Oeste, recurvaba la costa formando un arco muy prolongado. Cantiles bastante elevados cerraban el horizonte algunas millas más lejos. En cuanto a las aguas de la laguna, viose que eran dulces, contra lo que hubiera podido esperarse dada su proximidad al mar. Pero, de todas maneras, el agua dulce nunca hubiera faltado a la colonia, ni aun en el caso de que las de la laguna hubiesen sido impotables; porque un riachuelo, fresco y límpido entonces, corría hacia el océano Glacial, en el que se vertía por una desembocadura muy estrecha, a algunos centenares de metros al Sudeste del cabo Bathurst. Esta desembocadura, protegida, no por rocas, sino por una acumulación bastante singular de tierras y arenas, formaba un puerto natural, en el que hubieran podido hallar seguro refugio contra los temporales dos o tres buques al menos. Esta disposición podría ser ventajosamente utilizada para la carga y descarga de los barcos que en lo sucesivo viniesen del estrecho de Behring. Jasper Hobson tuvo la galantería

de bautizar este arroyuelo con el nombre de Paulina Barnett, asignando además al puertecillo el nombre de Puerto Barnett, por lo que se mostró la viajera en extremo agradecida.

Construyendo el fuerte un poco detrás de la punta formada por el cabo Bathurst, lo mismo la casa principal que los almacenes quedarían perfectamente resguardados de los vientos más fríos. La elevación misma del cabo contribuiría a defenderlos contra aquellas borrascas de nieve que, en algunas horas, podían sepultar habitaciones enteras bajo sus espesas avalanchas. El espacio comprendido entre el pie del promontorio y el margen de la laguna era lo suficientemente amplio para que cupiesen en él las construcciones indispensables para la explotación de una factoría. Hasta podía rodeárselas de un recinto formado por una empalizada, que se apoyase en los primeros cantiles del promontorio, y coronar el cabo mismo con un reducto fortificado; trabajos puramente defensivos, pero útiles en el caso de que los competidores trataran de establecerse en aquel territorio. También observó con satisfacción Jasper Hobson, aunque sin hallarse resuelto a ejecutarlos aún, que la posición era fácil de defender.

El tiempo era entonces muy bueno y el calor considerable. Ninguna nube empañaba el cénit ni el horizonte; aunque, naturalmente, no era posible encontrar en aquellas latitudes el cielo esplendoroso de los países templados y cálidos.

Durante el estío, una ligera bruma permanecía de continuo suspendida en la atmósfera; pero, al llegar el invierno, cuando se inmovilizasen las montañas de hielo, cuando los roncós vientos del Norte azotasen de pleno los cantiles, cuando se extendiera sobre aquellos continentes una noche de cuatro meses, ¿qué sería el cabo Bathurst? Ninguno de los compañeros de Jasper Hobson pensaba en ello entonces, porque el tiempo era magnífico, la campiña se hallaba cubierta de verdura, la temperatura templada y el mar resplandeciente.

Preparóse para pasar la noche un campamento provisional, con material suministrado por los trineos, a la orilla misma de la laguna. Hasta el obscurecer, la señora Paulina Barnett, el teniente, Tomás Black y el sargento Long recorrieron los alrededores a fin de averiguar sus recursos. El paraje convenía por todos conceptos. Jasper Hobson ardía en deseos de que amaneciese el nuevo día para

determinar su situación exacta, y saber de este modo si llenaba las condiciones recomendadas por la Compañía.

—He aquí, señor teniente —exclamó Tomás Black cuando dieron por terminadas sus investigaciones—, una comarca realmente encantadora, como no creí jamás que pudiera existir en estas latitudes.

—¡Ah, señor Black!, ¡aquí es donde se ven los paisajes más bellos del mundo! —respondió Jasper Hobson—. Siento verdaderamente impaciencia por determinar sus coordenadas geográficas.

—¡Su latitud sobre todo! —respondió el astrónomo, que sólo pensaba siempre en su futuro eclipse—; y pareceme que sus bravos compañeros de usted sienten la misma impaciencia, señor Hobson. ¡Cómo que devengarán doble sueldo si se halla situado más al Norte del paralelo de 70º!

—Y usted también, señor Black —dijo Paulina Barnett—, ¿no tiene usted un gran interés, un interés puramente científico, se entiende, en rebasar el mentado paralelo?

—Indudablemente, señora —le respondió el astrónomo—, tengo gran interés en rebasarlo; pero no demasiado, sin embargo. Según los cálculos nuestros, que son de una exactitud absoluta, el eclipse de Sol, que tengo la misión de observar, no será total más que para los observadores situados un poco más al Norte del paralelo 70º. Comprenderá usted, por tanto, que tengo tanto interés e impaciencia por determinar la situación del cabo Bathurst como nuestro teniente.

—Pero, ahora que pienso en ello, señor Black —observó la viajera—, si mis noticias son ciertas, ese eclipse de Sol no ha de tener lugar hasta el día 18 de julio.

—Sí, señora; el 18 de julio de 1860.

—¡Y aún estamos a 5 de julio de 1859! ¡Entonces ese fenómeno no habrá de acontecer hasta dentro de más de un año!

—Desde luego, señora —respondió el astrónomo—; pero, convenga usted conmigo en que, si no hubiera emprendido el viaje hasta el año que viene, me habría expuesto a llegar demasiado tarde.

—En efecto, señor Black —replicó Jasper Hobson—, y ha hecho usted perfectamente en partir con un año de anticipación. De este

modo, puede usted estar seguro de que no se le escapará el eclipse. Porque le garantizo a usted que nuestro viaje del fuerte Confianza al cabo Bathurst se ha efectuado en condiciones tan extraordinariamente favorables, que constituyen una excepción. Hemos experimentado muy pocas fatigas, y, como consecuencia, el retardo ha sido escaso. Si le he de decir la verdad, no contaba con haber llegado a esta parte del litoral antes de mediados de agosto, y si el eclipse hubiera debido acontecer el 18 de julio de 1859, es decir, este año, se habría usted expuesto a perderlo. Aparte de que aún no sabemos si nos hallamos más al Norte del paralelo de 70°.

—Por eso, mi querido teniente —respondió Tomás Black—, no me arrepiento de haber hecho el viaje en compañía de usted, y esperaré con paciencia el eclipse hasta el año que viene. ¡Creo que la rubia Febe bien merece el honor de que se la espere!

Al día siguiente, 6 de julio, poco antes de mediodía, Jasper Hobson y Tomás Black habían tomado sus disposiciones para obtener con toda exactitud la situación geográfica del cabo Bathurst. Aquel día brillaba el sol con la claridad suficiente para que se precisasen bien sus contornos. Además, en esta época del año había adquirido ya su máxima altura sobre el horizonte, y, por consecuencia, su culminación, al hallarse sobre el meridiano, debía facilitar el trabajo de los observadores.

Ya la víspera, y aquella misma mañana, tomando diferentes alturas, y por medio de un cálculo de ángulos horarios, el teniente y el astrónomo habían obtenido con escrupulosa precisión la longitud del lugar. Pero su elevación en latitud era la circunstancia que sobre todo preocupaba a Jasper Hobson. Poco importaba, en efecto, cuál fuese el meridiano del cabo Bathurst, con tal de que se hallase situado más al Norte del paralelo de 70°.

Aproximábase el mediodía. Todos los hombres que componían el destacamento rodeaban a los observadores, que tenían en las manos sus sextantes. Aquellos exploradores intrépidos esperaban el resultado de la observación con una impaciencia bien fácil de comprender. En efecto, se trataba para ellos de saber si habían llegado al término de su viaje, o si debían seguir buscando en otro punto del litoral un territorio situado en las condiciones que la Compañía deseaba.

Ahora bien, esta última tentativa no hubiera dado

probablemente ningún resultado satisfactorio. En efecto, según los mapas que, aunque imperfectos, había de esta porción de la costa americana, a partir del cabo Bathurst, ésta se inflexionaba hacia el Oeste, descendía otra vez más abajo del paralelo de 70º, y no volvía a remontarlo hasta la América rusa, en la cual los ingleses no tenían aún el derecho de establecerse. No sin razón, Jasper Hobson, después de haber estudiado concienzudamente la cartografía de estas tierras boreales, habíase dirigido hacia el cabo Bathurst.

Este cabo, en efecto, avanza como una punta hasta más arriba del paralelo de 70º, y, entre los meridianos de 100 y 150º no existe otro promontorio que, perteneciendo al continente propiamente dicho, es decir, a la América inglesa, se proyecte más al Norte de este círculo. Quedaba, pues, por determinar si realmente el cabo Bathurst ocupaba la posición que le asignaban los mapas más modernos.

Tal era, en suma, la importante cuestión que las observaciones precisas de Tomás Black y Jasper Hobson iban a resolver.

El sol se aproximaba en aquel momento al punto culminante de su carrera. Los dos observadores dirigieron los anteojos de sus respectivos sextantes hacia el astro, que aún subía. Por medio de los espejos inclinados que poseen estos instrumentos, el sol debía ser aparentemente llevado hasta el horizonte mismo, y el momento en que pareciese tocarlo con el borde inferior de su disco, sería precisamente aquél en que ocupase el punto más elevado de su arco diurno, y, por consiguiente, el momento exacto de su paso por el meridiano, o sea el mediodía del lugar.

Todos les contemplaban, guardando religioso silencio.

—¡Mediodía! —exclamó de repente Jasper Hobson.

—¡Mediodía! —repitió en el mismo instante Tomás Black.

Bajaron los sextantes, y el teniente y el astrónomo leyeron en sus limbos graduados el valor de los ángulos que acababan de obtener, procediendo inmediatamente a efectuar los oportunos cálculos.

Pocos minutos después, levantóse el teniente Hobson, y, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Amigos míos: ¡a partir de este día, 6 de julio, la Compañía de la Bahía de Hudson contrae por mi mediación el compromiso de abonaros doble sueldo del que habéis cobrado hasta hoy!

—¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra por la Compañía! —exclamaron a una

voz los dignos compañeros del teniente Hobson.

En efecto, el cabo Bathurst y el territorio que con él confinaba hallábanse sin género alguno de duda situados más al Norte del paralelo de 70°.

He aquí, calculados con menos de un segundo de error, las coordenadas que debían tener más adelante una importancia tan grande en el porvenir del nuevo fuerte.

Longitud: 127° 36' 12" Oeste del meridiano de Greenwich.

Latitud: 70° 44' 37" Norte.

Y aquella misma noche, aquellos expedicionarios intrépidos, acampados tan lejos del mundo habitado, a más de 800 millas del fuerte Confianza, vieron al astro refulgente tangente los bordes, del horizonte occidental, sin que la más mínima porción de su esplendoroso disco fuese mordida por éste.

El sol de medianoche brillaba por primera vez antes sus ojos.

EL FUERTE ESPERANZA



El emplazamiento del fuerte estaba irrevocablemente fijado.

Ningún otro lugar podría ser más favorable que aquel terreno, naturalmente llano, situado al abrigo del cabo Bathurst, en la orilla oriental de la laguna. Jasper Hobson resolvió; pues, comenzar inmediatamente la construcción de la casa principal. Entretanto, tuvo cada uno que arreglárselas como mejor pudo, siendo utilizados los trineos de una manera ingeniosa para formar el campamento provisional. Por otra parte, gracias a la habilidad de sus agentes, Jasper Hobson contaba con que en el plazo de un mes, todo lo más, estaría construida la casa principal, la cual debería ser lo suficientemente amplia para cobijar provisionalmente a las diecinueve personas que formaban el destacamento. Más tarde, y antes de la llegada de los fríos intensos, si el tiempo no lo impedía, se construirían los salones destinados a los soldados, y los almacenes para el depósito de las pieles. Pero Jasper Hobson no suponía que estos trabajos pudiesen estar terminados antes de que finalizara septiembre; y como, a partir de este mes, las noches son ya largas, los malos tiempos frecuentes, el invierno se echa encima y aparecen los primeros hielos, habría necesidad de paralizar los trabajos. De los diez soldados elegidos por el capitán Craventy, dos eran ante todo cazadores: Sabine y Marbre. Los otros ocho manejaban el hacha con tanta habilidad como el fusil. A fuer de buenos marinos, servían para todo y no había cosa que no supiesen

hacer. Pero en aquellos momentos debían ser utilizados más bien como obreros que como soldados, toda vez que se trataba de la construcción de un fuerte que ningún enemigo trataba por entonces de atacar.

Petersen, Belcher, Rae, Garry, Pond, Hope y Kellet formaban un grupo de hábiles y celosos carpinteros que

Mac-Nap,

un escocés de Stirling, muy entendido en la construcción de casas y aun en la de buques, debía dirigir. Abundaban las herramientas, tales como hachas, de uno y dos filos, serruchos, azuelas, cepillos, sierras, mazos, martillos, formones, etc. Uno de aquellos hombres. Rae, cuyo oficio principal era el de herrero, podía fabricar, con auxilio de una fragua portátil, todos los tornillos, clavos, pasadores, pernos, clavijas y tuercas que se necesitasen para la debida trabazón de las maderas.

No había ni un solo albañil entre todos aquellos obreros; pero, en realidad, no hacía falta, puesto que todas las casas de las factorías del Norte se construyen de madera.

Afortunadamente, no faltaban los árboles en los alrededores del cabo Bathurst; pero, por una rareza que ya había observado Jasper Hobson, no había en aquel territorio ni una roca, ni una piedra, ni siquiera un guijarro: sólo había tierra y arena. La playa estaba sembrada de una multitud de conchas bivalvas, destrozadas por la resaca, y de plantas marinas o de zoófitos, consistentes principalmente en erizos y estrellas de mar. Pero, como el teniente hizo observar a Paulina Barnett, no había en los alrededores del cabo ni una sola piedra, ni un solo trozo de sílice, ni un solo pedazo de granito. El cabo mismo sólo estaba formado por un amontonamiento de tierras movedizas, cuyas moléculas se encontraban apenas acopladas por las raíces de algunos vegetales.

Aquella tarde, Jasper Hobson y el maestro carpintero

Mac-Nap

fueron a determinar el sitio que la casa principal debería ocupar en la meseta que se extendía al pie del cabo Bathurst. Desde allí, la mirada abarcaba la laguna y el territorio situado al Oeste, hasta una distancia de diez o doce millas. A la derecha, pero a cuatro millas de distancia, por lo menos, escalonábanse unos acantilados de bastante elevación, que las brumas no dejaban ver claramente. Por

la izquierda, por el contrario, extendíanse inmensas llanuras, prolongadas estepas que, durante el invierno, deberían confundirse en absoluto con las superficies heladas de la laguna y del mar.

Una vez elegido este lugar, Jasper Hobson y el maestro

Mac-Nap

trazaron con un cordel el perímetro de la casa. Este trazado formaba un rectángulo cuyo lado mayor medía sesenta pies, y treinta el más pequeño. La fachada principal debería, pues, medir sesenta pies de largo, y presentar cuatro huecos: una puerta y tres ventanas por el lado del promontorio, comunicando con lo que había de ser patio interior, y cuatro ventanas por la parte de la laguna. La puerta, en vez de abrirse en el centro de la fachada posterior, colocóse en el ángulo izquierdo, a fin de hacer más habitable la casa. En efecto, esta disposición no permitía a la temperatura exterior penetrar tan fácilmente hasta las últimas habitaciones, situadas en la parte opuesta del edificio.

El teniente y su carpintero decidieron dar a la nueva casa la siguiente distribución interior: una primera pieza, que formaría la antecámara, cuidadosamente defendida contra los embates del viento por una doble puerta; un segundo departamento reservado únicamente a los trabajos culinarios, a fin de que no trascendiese la humedad a los cuartos habitados; una vasta sala que serviría de comedor para todos, y, por último, un compartimiento dividido en varios camarotes, como la cámara de un barco.

Los soldados deberían ocupar provisionalmente el gran salón, en cuyo fondo se construiría una especie de cama de campaña.

El teniente, Paulina Barnett, Tomás Black, Madge, y las señoras Joliffe,

Mac-Nap

y Rae deberían alojarse en los camarotes del cuarto departamento. Valiéndonos de una expresión vulgar, pero exacta, podríamos decir que estarían amontonados los unos sobre los otros; pero este estado de cosas no debería durar mucho, y, en cuanto se hallase construido el alojamiento de los soldados, la casa principal quedaría reservada únicamente al jefe de la expedición, a su sargento, a Paulina Barnett, a quien no abandonaría su fiel Madge, y al astrónomo Tomás Black. Entonces tal vez fuese posible dividir el cuarto departamento en cuatro habitaciones solamente, y destruir los

camarotes provisionales, porque existe una regla que no deben olvidar las personas que tienen que invernar, y que puede traducirse en el grito de: ¡Guerra a los rincones!

En efecto, los rincones y ángulos son otros tantos receptáculos de hielo; los tabiques impiden que la ventilación se efectúe de un modo conveniente, y la humedad, pronto convertida en nieve, hace las habitaciones malsanas e inhabitables, y provoca las más graves enfermedades en los que las ocupan. Por eso ciertos navegantes, cuando se disponen a invernar en medio de los hielos, preparan una sala única en el interior de sus buques, donde toda la tripulación, oficiales y marineros, habitan en común. Empero Jasper Hobson no podía proceder de esta suerte por diversas razones fáciles de comprender.

Se ve, pues, por esta descripción anticipada de una casa que no existía aún, que la vivienda principal del fuerte sólo se componía de un piso bajo, sobre el cual debería elevarse un amplio techo, cuyas vertientes, extraordinariamente empinadas, facilitarían el desagüe. Por lo que respecta a las nieves, formarían sobre el techo una capa, la cual, una vez bien cuajada, tendría la doble virtud de cerrar herméticamente la habitación y de conservar constante su temperatura interior. La nieve es, en efecto, muy mala conductora del calor; y si bien es verdad que evita que éste penetre, impide también que se escape, lo cual es de extraordinaria importancia durante los inviernos árticos.

Por encima del techo deberían elevarse dos chimeneas: una correspondiente a la cocina, y la otra a la estufa del salón central, la cual debería calentar al mismo tiempo los camarotes del cuarto departamento. De este conjunto no resultaría ciertamente una obra arquitectónica notable; pero quedaría la casa en las mejores condiciones posibles de habitabilidad. ¿Qué más se podía pedir?

Por otra parte, bajo aquel sombrío crepúsculo, en medio de las ráfagas de nieve, medio enterrada bajo los hielos, blanca desde la base hasta la extremidad superior del tejado, con sus líneas grasientas, sus humos grises arremolinados por el viento, aquella casa de invernantes presentaría aún un aspecto extraño, sombrío, lamentable, que un artista no podría olvidar.

El plan de la nueva casa estaba, pues, concebido; faltaba solamente ejecutarlo, de lo cual se encargaron el maestro

Mac-Nap

y sus peones.

Mientras los carpinteros trabajaban, los cazadores de la expedición, los encargados de su aprovisionamiento, no permanecían ociosos. Para todos había ocupación.

El maestro Mac-Nap fue a elegir, ante todo, los árboles necesarios para su construcción. Encontró en lo alto de las colinas gran número de esos pinos que tanto recuerdan al pino escocés. Eran árboles de mediana altura, muy a propósito para la casa que se trataba de edificar. En efecto, en estas ordinarias viviendas, muros, suelos, techos, tabiques, puntales y refuerzos se hacen todos con tablas, maderos y vigas.

Como es fácil comprender, esta clase de construcciones sólo exige una mano de obra muy elemental, de suerte que

Mac-Nap

podía proceder sin muchos requisitos, lo cual no perjudicaría en nada la solidez de la casa.

El maestro Mac-Nap eligió árboles bien rectos, que hizo cortar a un pie del suelo. Despojados de sus ramas un centenar de estos pinos, sin descortezar ni escuadrar, quedaron convertidos en vigas de veinte pies de longitud. El hacha sólo los labró en sus extremidades, para formar en ellas las espigas y muescas que debían fijarlos los unos a los otros. Esta operación exigió solamente algunos días para quedar terminada, y pronto aquellos maderos, arrastrados por los perros, fueron transportados a la meseta que debía ocupar la casa principal, la cual había sido previamente nivelada.

El piso, formado por una mezcla de tierra y arena, fue perfectamente apisonado. Las hierbas cortadas y los desmirriados arbustos que lo tapizaban habían sido quemados de antemano, y las cenizas resultantes de su cremación formaron en la superficie una capa espesa, absolutamente impermeable a la humedad, obteniendo de esta suerte

Mac-Nap

un suelo limpio y seco, sobre el cual pudo establecer con toda seguridad los primeros cimientos.

Una vez terminados estos trabajos preliminares, en cada ángulo de la casa y en los puntos correspondientes a cada pared divisoria, colocáronse verticalmente los pilares que debían sostener el

armazón del edificio, haciendo penetrar algunos pies en la tierra sus extremidades, después de haberlas endurecido a fuego. Estas perchas, un poco escopleadas en sus caras laterales, recibieron las vigas que formaban la pared propiamente dicha, dejando entre ellas los huecos correspondientes a las puertas y ventanas. Por su parte superior fueron reunidas todas estas vigas por medio de largueros que, bien encastrados en sus mortajas, consolidaron así el conjunto de la construcción. Estos largueros figuraban las cornisas de las dos fachadas, y sobre sus extremidades descansáronse las viga del techo, cuya puntas inferiores sobresalían de la pared, como los aleros de un tejado. Sobre el cuadro del entablamento se alinearon las viguetas del techo, y sobre la capa de cenizas las del suelo.

Inútil es decir que lo mismo estas viguetas que las de las paredes exteriores e interiores, sólo fueron yuxtapuestas. En ciertos puntos, y para asegurar mejor su unión, el herrero Rae había las taladrado, ligándolas por medio de largas chavetas de hierro, a las que se forzó a entrar merced a fuertes golpes de mazo.

Pero la yuxtaposición no podía ser perfecta, y fue preciso tapar herméticamente los intersticios. Con este fin, empleó

Mac-Nap

con éxito el calafateado, que tan bien impermeabiliza los costados y fondo de los buques; y para el calafateo valióse, a guisa de estopa, de una especie de musgo seco que abundantemente alfombraba la vertiente oriental del promontorio que formaba el cabo Bathurst. Este musgo fue introducido en los intersticios por medio de botadores batidos a martillazos, y en cada ranura vertió el maestro carpintero varias capas de brea caliente que extrajeron de los pinos. Las paredes y los suelos contruidos de este modo presentaban una impermeabilidad perfecta, siendo su espesor una garantía contra los vientos huracanados y los fríos del invierno.

La puerta y las ventanas, abiertas en ambas fachadas, eran toscas, pero sólidas. Estas últimas tenían, en vez de cristales, esa substancia córnea, amarillenta, apenas diáfana, que produce la cola de pescado seca; pero forzosamente era preciso contentarse con aquello. Además, durante la buena estación era preciso tener constantemente abiertas las ventanas con objeto de ventilar la casa; y, durante el invierno, como no había que esperar claridad ninguna de aquel cielo obscurecido por la noche ártica, las ventanas debían

permanecer, por el contrario, siempre herméticamente cerradas por gruesas portezuelas provistas de resistentes herrajes capaces de soportar los embates de las tempestades.

En el interior de la casa quedó todo rápidamente arreglado. Una doble puerta, instalada detrás de la primera en el departamento que formaba la antecámara, permitía a las personas que entraban o salían pasar por una temperatura media entre la interior y la exterior. De esta manera, el viento, cargado de frialdades agudas y de humedades glaciales, no podía llegar tampoco directamente hasta las habitaciones.

Instaláronse además las bombas de aire traídas del fuerte Confianza, a fin de poder modificar en la proporción debida la atmósfera de la habitación, en el caso en que los fríos demasiado vivos impidiesen en absoluto la apertura de puertas y ventanas. Una de estas bombas debería arrojar el aire del interior cuando se hallase demasiado cargado de elementos deletéreos, y la otra introducir el aire puro del exterior, para renovar el viciado de todos los compartimientos. El teniente Hobson dedicó a esta instalación, que, en casos necesarios, debía prestar inestimables servicios, sus más exquisitos cuidados.

El principal utensilio de la cocina fue un amplio fogón de fundición que habían traído desarmado del fuerte Confianza. El herrero Rae sólo tuvo que tomarse el trabajo de montarlo, lo que no fue operación ni larga ni difícil; pero los tubos destinados a la salida del humo, lo mismo el de la cocina que el de la estufa del salón, reclamaron más tiempo e ingenio. No era posible utilizar los tubos de palastro, porque no hubieran resistido mucho tiempo los embates del viento equinoccial, y fue preciso emplear materiales de mayor resistencia. Después de varios ensayos, que no dieron el resultado apetecido, decidióse Jasper Hobson a utilizar otra materia distinta de la madera. Si hubiese tenido piedra a su disposición, la dificultad habría sido rápidamente vencida; pero ya se ha dicho que, por una rareza bastante inexplicable, no había piedras de ninguna clase en los alrededores del cabo Bathurst.

En cambio, también se ha consignado, las conchas se acumulaban por millones sobre la arena de las playas.

—Está bien —dijo el teniente Hobson al maestro Mac-Nap

—, fabricaremos con conchas marinas los tubos de nuestras chimeneas.

—¡De conchas marinas! —exclamó el carpintero.

—Sí, Mac-Nap —respondió Jasper Hobson—; de conchas trituradas, calcinadas y convertidas en cal, con la cual fabricaremos unas especies de losetas que utilizaremos como los ladrillos ordinarios.

—¡Bien! ¡Pues vaya por las conchas! —respondió el carpintero.

La idea del teniente Hobson era buena y fue puesta en práctica al punto. La playa se hallaba cubierta de un número incalculable de conchas calcáreas que formaban parte de las piedras calizas que constituyen la capa inferior de los terrenos terciarios. El carpintero Mac-Nap

hizo recoger varias toneladas de ellas, y construyó una especie de horno para descomponer, por medio de la cocción, al carbonato que entra en la composición de estas conchas marinas, obteniendo de esta suerte una cal muy a propósito para los trabajos de albañilería.

En esta operación se invirtieron doce horas. Tal vez exageraríamos si dijéramos que Jasper Hobson y Mac-Nap

obtuvieron por estos elementales procedimientos una cal de primera, grasa, exenta de toda materia extraña, que se deshacía al contacto del agua, aumentaba de volumen como los productos de buena calidad y podía formar una pasta aglutinante con un exceso de líquido; pero tal como era, pudo utilizarse convenientemente para la construcción de las chimeneas de la casa. En pocos días, elevábanse por encima del tejado dos tubos cónicos, cuyo espesor era una garantía contra los embates del viento.

Paulina Barnett felicitó al teniente y al carpintero por haber llevado a cabo felizmente y en poco tiempo aquella difícil obra.

—¡Ahora lo que es necesario es que las chimeneas tiren bien! —añadió con sonrisa picaresca.

—¡Ya lo creo que tirarán, señora! —respondió filosóficamente Jasper Hobson—. ¡No lo dude usted un momento! ¡Todas las chimeneas tiran!

La gran obra quedó en el plazo de un mes completamente acabada, señalándose el día 6 de agosto para celebrar la inauguración de la casa.

Pero, mientras que Mac-Nap y sus hombres trabajaban sin descanso, y la señora Joliffe organizaba los servicios culinarios, su esposo, el sargento Long y los cazadores Marbre y Sabine, dirigidos por Jasper Hobson, habían explorado los alrededores del cabo Bathurst, comprobando, con gran satisfacción, que abundaban en ellos los animales de pelo y pluma.

Las cacerías no estaban organizadas aún, tratando más bien los cazadores de explorar el país. Sin embargo, lograron apoderarse de algunas parejas de renos vivos, que resolvieron domesticar, con objeto de que se reprodujeran y les suministraran leche, encerrándolos, a tal fin, dentro de una empalizada, que se construyó al efecto, a unos cincuenta pasos de la casa, y encargando especialmente de su custodia y cuidado a la esposa del herrero Rae, que, por ser india, era muy entendida en todos estos asuntos.

Paulina Barnett quiso ocuparse, ayudada por su fiel Madge, en la organización interior, y no debía tardar en sentirse la bienhechora influencia de esta buena e inteligente mujer en una multitud de detalles en los que Jasper Hobson y sus compañeros jamás probablemente habríanse ocupado.

Después de haber explorado el territorio en un radio de varias millas, reconoció el teniente que formaba una vasta península cuya superficie medía una extensión de ciento cincuenta millas cuadradas, aproximadamente, unida al continente americano por un istmo de cuatro millas de ancho, cuando más, el cual se extendía desde el fondo de la bahía de Wasburn, al Este, hasta una escotadura correspondiente de la costa opuesta. La delimitación de esta península, a la que bautizó Jasper Hobson con el nombre de Península Victoria, quedaba de esta suerte perfectamente marcada.

Jasper Hobson quiso saber en seguida qué recursos ofrecían la laguna y el mar y no tardó en ver su curiosidad favorablemente satisfecha. Las aguas de la laguna, aunque muy poco profundas, eran muy abundantes en pesca y prometían una gran reserva de truchas, sollos y otros peces de agua dulce, con lo que debía contarse.

El riachuelo daba asilo a apetitosos salmones que remontaban con facilidad su corriente, y a familias bulliciosas de blancas y de esperinques.

El litoral del mar parecía menos ricamente poblado que la

laguna; pero, de vez en cuando, veíanse pasar a lo largo enormes cetáceos, ballenas y cachalotes, que huían sin duda alguna de los arpones de los pescadores que recorren el estrecho de Behring, y no parecía imposible que alguno de aquellos mamíferos viniese a varar en la costa, que era sin duda la única manera de que los colonos del cabo Bathurst se pudiesen apoderar de algunos ejemplares.

Por lo que respecta a la parte de la playa situada al Oeste, era a la sazón frecuentada por numerosas familias de focas; pero Jasper Hobson recomendó a sus compañeros que no diesen inútilmente caza a estos animales, pues más adelante verían si convenía sacar partido de ellos.

El 6 de agosto tomaron posesión los colonos del cabo Bathurst de su nueva residencia, asignándole previamente, por unanimidad, y tras una discusión en la que todos tomaron parte, un nombre de buen augurio.

Aquella apartada mansión, o, mejor dicho, aquel fuerte, que era entonces el puesto más avanzado con que contaba la Compañía en el litoral americano, fue bautizado con el nombre de fuerte Esperanza.

Y si en la actualidad no figura en los mapas más recientes de las regiones árticas, es porque le estaba reservada una suerte terrible, en un porvenir muy cercano, en detrimento de la cartografía moderna.

ALGUNAS EXCURSIONES



El arreglo de la nueva morada efectuóse rápidamente. La cama de campaña instalada en el gran salón quedó lista bien pronto. El carpintero

Mac-Nap

había fabricado una amplia mesa, de gruesos pies, pesada y maciza, que por grande que fuese el peso de los manjares jamás la haría crujir. Alrededor de esta mesa hallábanse dispuestos bancos no menos sólidos, pero fijos, y, por consiguiente, poco a propósito para justificar la denominación de muebles con que sólo son designados los objetos movibles. Algunos asientos sueltos y dos amplios armarios completaban, por último, el mobiliario de aquel departamento.

La cámara del fondo estaba lista también. Espesos tabiques dividíanla en seis camarotes, de los cuales únicamente dos recibían luz por las dos ventanas extremas abiertas en las fachadas anterior y posterior. El mobiliario de cada camarote componíase tan sólo de un lecho y de una mesa. Paulina Barnett y Madge ocuparon el que daba directamente a la laguna. Jasper Hobson había ofrecido a Tomás Black el otro camarote iluminado por la ventana que daba al patio, y el astrónomo no se hizo repetir la invitación, tomando posesión de él al instante. Por lo que respecta a él mismo, mientras no se alojaban sus soldados en nuevos departamentos contruidos ex profeso, contentóse con una especie de celda semiobscura,

inmediata al comedor, y que, mal que bien, recibía alguna luz por una claraboya abierta en la pared principal.

Las señoras Joliffe, Rae y

Mac-Nap

ocuparon, con sus respectivos esposos, los otros camarotes. Eran tres excelentes matrimonios, estrechamente unidos, a quienes hubiera sido una crueldad separar. Por lo demás, la pequeña colonia no debía tardar en contar con un nuevo miembro, toda vez que el maestro

Mac-Nap,

cierto día, no había titubeado en preguntar a Paulina Barnett si querría hacerle el honor de ser madrina para fines de año, a lo que accedió ella con gran satisfacción.

Los trineos habían sido descargados por completo, transportando los avíos de cama a las diversas habitaciones. Las herramientas, las provisiones y las municiones, de las cuales no había de hacerse un uso inmediato, almacenáronse en el desván, al cual se subía por una escalera situada en el fondo del corredor de entrada. Los vestidos de invierno, botas, abrigos y pieles fueron acondicionados en los amplios armarios, al abrigo de la humedad.

Terminados estos primeros trabajos, ocupóse el teniente en la calefacción de la casa. Mandó recoger, en las colinas próximas, una considerable provisión de combustible, por no ignorar que en ciertas semanas de invierno sería imposible salir al exterior. Pensó también en utilizar la presencia de las locas en el litoral para procurarse una abundante reserva de aceite, toda vez que los fríos polares es preciso combatirlos por los procedimientos más enérgicos. Por orden suya y bajo su dirección, estableciéronse en la casa unos condensadores destinados a recoger la humedad interior, aparatos que sería fácil desembarazar del hielo de que se llenarían en invierno.

La cuestión de la calefacción, que era de las más graves, preocupaba en extremo a Jasper Hobson.

—Señora —decía algunas veces a la viajera—, soy hijo de las regiones árticas, poseo alguna experiencia de las cosas, y, sobre todo, he leído y releído muchos relatos referentes a las invernadas. Todas las precauciones son pocas cuando se trata de pasar la estación fría en estas comarcas. Es preciso preverlo todo, porque un

olvido, uno solo, puede ocasionar irreparables catástrofes durante las invernadas.

—Lo creo, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, y veo con satisfacción que el frío tendrá en usted un adversario terrible. Pero ¿no asigna usted la misma importancia a la cuestión relativa a la alimentación?

—La misma, señora, y abrigo la esperanza de poder vivir a expensas de lo que produce el país con objeto de economizar nuestras reservas. Por eso, dentro de unos días, cuando nos encontremos completamente instalados, organizaremos cacerías para refrescar nuestros víveres. Por lo que respecta a la cuestión de los animales dotados de rica piel, trataremos de resolverla más tarde y de abarrotar los almacenes de la Compañía. No es, por otra parte, la época de cazar la marta, el armiño, la zorra ni otros animales análogos. Aún no han echado el pelo de invierno, y sus pieles perderían el veinticinco por ciento de su valor si las almacenásemos ahora. No. Limitémonos por lo pronto a rellenar la despensa del fuerte Esperanza. Los renos, los alces, los wapitis, si es que han avanzado algunos hasta estos elevados parajes, deben constituir el único objetivo de nuestros cazadores; porque, en efecto, me preocupa bastante la cuestión de alimentar a veinte personas y sesenta perros.

Bien se echa de ver en seguida que el teniente era un hombre de orden que en todo quería obrar con método, y, si sus compañeros le secundaban, tenía la seguridad de salir airoso de su difícil empresa.

El tiempo, en esta época del año, era casi siempre magnífico. El período de las nieves no debía comenzar antes de transcurrir cinco semanas. Cuando la casa principal estuvo terminada, mandó proseguir Jasper Hobson los trabajos de carpintería, haciendo construir una amplia perrera destinada a guarecer los tiros de perros, la cual fue emplazada al pie mismo del promontorio, apoyada sobre sus propios flancos, y a unos cuarenta pasos del costado derecho de la casa. A la izquierda, y enfrente de la perrera, debería emplazarse el alojamiento para los soldados, en tanto que los almacenes y el polvorín ocuparían la parte anterior del recinto.

Jasper Hobson, con prudencia tal vez exagerada, resolvió construir este recinto antes de la llegada del invierno. Una buena empalizada, sólidamente construida y hecha de troncos bien

aguzados, debería garantizar la factoría no solamente contra los ataques de los animales mayores, sino también contra las agresiones de los hombres, en caso de que se presentase alguna partida enemiga, ora fuese de indios, ora de cualquier otra raza. El teniente no había echado en olvido las huellas encontradas en el litoral, a menos de doscientas millas del fuerte Esperanza. Conocía los violentos procedimientos de los cazadores nómadas, y pensó que valía más, en todo caso, prevenirse contra un golpe de mano. Trazóse, pues, la línea de circunvalación de manera que rodease la factoría, y en los dos ángulos anteriores que miraban a la laguna, encargóse el maestro

Mac-Nap

de construir dos pequeñas garitas de madera, muy convenientes para abrigar a los centinelas.

Con un poco de diligencia, y con aquellos denodados obreros que trabajaban sin descanso, sería posible terminar estas nuevas construcciones antes de que llegase el invierno.

Durante este tiempo, organizó Jasper Hobson diversas cacerías. Aplazó por algunos días la expedición que proyectaba contra las focas del litoral, y ocupóse más especialmente en los rumiantes cuya carne, seca y conservada, debería asegurar la alimentación de los habitantes del fuerte durante la mala estación.

Así, pues, a partir del 8 de agosto, Sabine y Marbre, unas veces solos, otras acompañados por el teniente y el sargento Long, que eran también excelentes cazadores, batieron diariamente la campiña en un radio de varias millas. A menudo les acompañaba también la incansable Paulina Barnett, siempre con su fusil, que manejaba con extraordinaria destreza, y a quien nunca dejaban atrás sus compañeros de caza.

Durante todo el mes de agosto, estas expediciones fueron muy productivas, y el desván destinado a guardar las provisiones se iba llenando rápidamente. Es preciso decir que ni Sabine ni Marbre ignoraban todas esas astucias que conviene emplear en estos territorios, especialmente con los renos, cuya desconfianza es extraordinaria. ¡Con qué paciencia orientábanse para caminar siempre cara al viento, a fin de no ser husmeados por el sutil olfato de estos animales!

A veces los atraían agitando por encima de los jarales de

abedules enanos algún magnífico trofeo de las cacerías anteriores, y los renos, o por mejor decir, los caribúes, designándolos con el nombre que los indios les dan, engañados por la apariencia, se aproximaban al alcance de los cazadores, que nunca erraban el tiro.

Con frecuencia, también, un pájaro delator, bien conocido de Marbre y de Sabine, una especie de búho diurno, del tamaño de una paloma, señalábales la guarida de los caribúes. Llamaba a los cazadores lanzando un grito, parecido al de los niños pequeños, justificando de este modo el nombre de monitor con que le designaban los indios.

De este modo fueron muertos unos cincuenta rumiantes, cuya carne, cortada a largas tiras, formó una provisión considerable, en tanto que sus pieles deberían servir para la confección de calzados.

No fueron exclusivamente los caribúes quienes contribuyeron a acrecentar las reservas alimenticias; las liebres polares, que se habían multiplicado prodigiosamente en aquellos territorios, aportaron también su contingente. No se mostraban tan espantadizas como sus congéneres de Europa, y se dejaban matar de la manera más estúpida.

Eran grandes roedores, de orejas largas, ojos pardos, y pelo blanco como el plumón de los cisnes, y pesaban de diez a quince libras. Los cazadores mataron gran número de estos animales, cuya carne es realmente succulenta, ahumándose centenares de ellas, sin contar con las muchas que las hábiles manos de la señora Joliffe transformaron en apetitosos pasteles.

Pero, mientras se acumulaban así los recursos para lo porvenir, no se descuidaba tampoco la alimentación cotidiana. Muchas de aquellas liebres polares servían para plato del día, y ni los cazadores ni los obreros del maestro

Mac-Nap

eran gentes capaces de desdeñar un trozo de caza fresca y sabrosa. En el laboratorio de la señora Joliffe sufrían estos roedores las más variadas combinaciones culinarias, y la hábil mujercilla se daba excelentes trazas, con gran satisfacción de su esposo, que andaba siempre solicitando para ella elogios que, por otra parte, nadie le regateaba.

Algunas aves acuáticas servían así mismo para variar la comida diaria. Además de los patos que abundaban en las orillas de la

laguna, conviene citar otras aves que se dejaban caer en numerosas bandadas en los sitios donde crecían algunos raquíuticos sauces. Pertenecían a la especie de las perdices, las cuales no carecen de denominaciones zoológicas. Por eso, cuando Paulina Barnett preguntó por vez primera a Sabine cuál era el nombre de aquellas aves, le respondió el cazador:

—Señora, los indios las llaman tetraos de los sauces, pero, para nosotros, los cazadores europeos, son verdaderos gallos silvestres.

A decir verdad, parecían perdices blancas, con grandes plumas moteadas de negro en la extremidad de la cola. Constituían una caza excelente, que sólo necesitaba una ligera cochura en un fuego bastante vivo.

A estas diversas especies de caza añadieron su contingente las aguas del riachuelo y la laguna. El más entendido en materia de pesca era el cachazudo y pacífico sargento Long. Ya dejase que los peces mordiesen su anzuelo bien cebado, ya azotase las aguas con su sedal provisto de anzuelos sin cebo alguno, nadie podía rivalizar con él en habilidad y paciencia, si se exceptúa la fiel Madge, la compañera de Paulina Barnett. Estos dos aventajados discípulos del célebre Isaac Walton permanecían sentados, durante horas enteras, uno al lado de la otra, con la caña en la mano, acechando sus presas, sin pronunciar una sola palabra; pero, gracias a ellos, no faltó el pescado jamás, pues extraían diariamente del riachuelo y la laguna magníficos ejemplares de la familia de los salmones.

Durante estas excursiones, que hubieron de prolongarse casi diariamente hasta fines de agosto, tuvieron los cazadores que habérselas con frecuencia con animales muy peligrosos. Jasper Hobson comprobó, no sin cierta aprensión, que abundaban mucho los osos en aquella parte del territorio. En efecto, era raro que transcurriese un día sin que se advirtiese la presencia de alguna pareja de estos formidables carnívoros, contra los que se hicieron numerosos disparos. Unas veces, descubríase una manada de osos pardos, muy comunes en toda la región de la llamada Tierra Maldita; otras, una familia de osos polares, de talla gigantesca, a quienes los primeros fríos obligarían a aproximarse en mayor número a los alrededores del cabo Bathurst. En efecto, en los relatos de las grandes invernadas es fácil observar que los exploradores o los balleneros se hallan expuestos muchas veces al día a un

encuentro con estos feroces carnívoros.

Marbre y Sabine descubrieron también muchas veces grandes manadas de lobos que, al aproximarse los cazadores, huían como una ola que se desplaza. Se les oía ladrar, sobre todo cuando corrían en persecución de un reno o un wapiti. Eran grandes lobos grises, de tres pies de elevación, dotados, de larga cola, y cuya piel se blanquea cuando se aproxima el invierno. Aquel territorio tan poblado ofrecía una alimentación abundante y segura, y por eso abundaban en él.

No era raro encontrar en ciertos parajes cubiertos de bosque, madrigueras con varias entradas, en las que se guarecen estos animales lo mismo que las zorras. Sin embargo, en esta época, como se hallaban hartos, huían de los cazadores en cuanto advertían su presencia, con esa cobardía que distingue a los de su raza; pero, cuando les hostigase el hambre, aquellos animales podían constituir un serio peligro debido a su gran número; y aquellas madrigueras eran la demostración más palpable de que no abandonaban la región ni aun durante los fríos del invierno.

Un día, los cazadores llevaron al fuerte Esperanza un animal horrible, que todavía no habían visto ni Paulina Barnett, ni el astrónomo Tomás Black. Tratábase de un plantígrado que tenía bastante semejanza con el glotón de América; un espantoso carnívoro, de cuerpo abultado y piernas cortas, armado de garras encorvadas y de formidables mandíbulas, de ojos feroces y duros y lomo flexible como el de todos los felinos.

—¿Qué horrible animal es ése? —preguntó Paulina Barnett.

—Señora —respondió Sabine, que era siempre algo dogmático en sus respuestas—, un escocés le diría que es un quickhatch, un indio, que es un okelcoohaw-gew, un canadiense, que es un carcajou...

—¿Y vosotros, cómo le llamáis? —preguntó Paulina Barnett.

—Un glotón, señora —respondió Sabine, evidentemente satisfecho del giro que había dado a su respuesta.

En efecto, glotón era la verdadera denominación zoológica de aquel singular cuadrúpedo, temible roedor nocturno, que se cobija en los huecos de los árboles y en las quiebras de las peñas, gran destructor de castores, ratas almizcleras y otros roedores, enemigo declarado del lobo y de la zorra, a quienes no teme disputarles sus

presas; animal muy astuto, de musculatura de acero y finísimo olfato, que se encuentra hasta en las más elevadas latitudes, y cuya piel, de pelo corto, casi negra durante el invierno, da un contingente importante a las exportaciones de la Compañía.

Durante estas excursiones, la flora del país había sido estudiada con la misma atención que la fauna. Pero los vegetales eran necesariamente menos variados que los animales, por carecer de la facultad que poseen éstos de buscar durante la estación invernal otros climas más benignos.

El pino y el abeto eran los árboles que más abundaban en las colinas que bordeaban la orilla oriental de la laguna. Jasper Hobson observó también algunos tacamahacs, especies de álamos balsámicos de gran altura, cuyas hojas, amarillas al nacer, adquieren un matiz verdoso al final de la estación. Pero estos árboles eran raros, lo mismo que algunos alerces raquíuticos a quienes los rayos oblicuos del sol no lograban vivificar.

Ciertos abetos negros crecían más frondosos, sobre todo en las quebradas gargantas abrigadas contra los vientos del Norte. La presencia de este árbol fue acogida con satisfacción, porque con sus yemas se fabrica una cerveza bastante estimada, conocida en la América del Norte con el nombre de cerveza de abeto. Hízose una buena recolección de estas yemas, que fueron almacenadas en el desván del fuerte Esperanza.

Los otros vegetales consistían en abedules enanos, arbustos de dos pies de altura, propios de los climas muy fríos, y en grupos de cedros que suministran una leña excelente para la calefacción.

En cuanto a los vegetales silvestres que brotan espontáneamente en aquella tierra avara y podían ser utilizados para la alimentación, eran en extremo raros. La señora Joliffe, a quien la botánica positiva interesaba muy de cerca, no había encontrado nada más que dos plantas dignas de figurar en su cocina.

Una, una raíz bulbosa, difícil de descubrir, toda vez que pierde la hoja en el preciso momento en que entra en el período de floración, no era otra cosa que el puerro silvestre, el cual suministraba una abundante cosecha de cebollas, del tamaño de un huevo de gallina, que fueron acertadamente empleadas a manera de legumbres.

La otra planta, conocida en todo el Norte de América con el

nombre de té del labrador, crecía abundantemente a orillas de la laguna, entre los grupos de sauces y madroños, y constituye el alimento favorito de las liebres polares. Este té, hecho en efusión en agua hirviendo, y adicionándole algunas gotas de coñac o de ginebra, constituye una excelente bebida; y la provisión que se hizo de esta planta permitió economizar el té chino traído del fuerte Confianza.

Pero, para obviar la escasez de vegetales alimenticios, habíase previsto Jasper Hobson de cierta cantidad de granos que pensaba sembrar cuando llegase la ocasión oportuna. Consistían principalmente en semillas de coclearia y acederas, cuyas propiedades antiescorbúticas son muy apreciadas en aquellas latitudes. El teniente abrigaba la esperanza de que, eligiendo un terreno abrigado contra las brisas agudas que queman como una llama toda la vegetación, prevalecerían las semillas en la próxima estación.

Por lo demás, la farmacia del nuevo fuerte no se hallaba desprovista de sustancias antiescorbúticas. La Compañía había proporcionado algunas cajas de limones y limas, inestimables productos de los cuales no puede prescindir ninguna, expedición polar; pero importaba economizar estas reservas, lo mismo que otras muchas, porque una serie de temporales podría interrumpir las comunicaciones entre el fuerte Esperanza y las factorías del Sur.

A QUINCE MILLAS DEL CABO BATHURST



abían llegado los primeros días de septiembre. Dentro de tres semanas, aun en las más favorables circunstancias, los malos tiempos interrumpirían los trabajos. Era necesario, pues, darse prisa. Afortunadamente, las nuevas construcciones se habían llevado a cabo con notable rapidez. El maestro

Mac-Nap

y sus peones realizaban verdaderos prodigios de actividad. A la perrera sólo le faltaban ya los últimos martillazos, y la empalizada alzábase ya casi entera siguiendo el perímetro trazado previamente para el fuerte. Entonces procedióse a construir la poterna que debía dar acceso al patio interior. La empalizada, construida con gruesas estacas puntiagudas, de quince pies de altura, formaba una especie de bastión en su parte anterior; pero, a fin de completar el sistema de fortificación, era preciso coronar la cumbre del cabo Bathurst, que dominaba la posición.

Como se ve, el teniente Hobson era partidario del recinto continuo y los fuertes destacados, que constituyen un gran adelanto en el arte de los Váuban y de los Cormontaigne. Pero mientras no se coronaba el cabo, la empalizada era muy suficiente para poner las nuevas construcciones al abrigo de un golpe dé garra, si no de un golpe de mano.

El 4 de septiembre decidió Jasper Hobson que se dedicase el día a la caza de los anfibios del litoral. Tratábase, en efecto, de

abastecerse a la vez de combustible y de luz, antes que comenzasen los fríos.

El campamento de las focas hallábase a unas quince millas de distancia. Jasper Hobson propuso a Paulina Barnett que se incorporase a la expedición, cosa que aceptó la viajera, no porque la matanza proyectada ofreciese para ella atractivos, sino para ver el país y contemplar los alrededores del cabo Bathurst, pues precisamente aquella parte del litoral, con su costa acantilada, despertaba su curiosidad en un grado extraordinario.

El teniente Hobson designó para que le acompañasen al sargento Long y a los soldados Petersen, Hope y Kellet.

La expedición partió a las ocho de la mañana, seguida de dos trineos, tirados por seis perros cada uno, los cuales deberían transportar al fuerte los cuerpos de los anfibios.

Como los trineos iban vacíos, el teniente, Paulina Barnett y sus acompañantes tomaron asiento en ellos. El tiempo era bueno; pero las brumas concentradas en el horizonte tamizaban los rayos del sol, cuyo disco amarillento en esta época del año permanecía ya oculto durante algunas horas de la noche.

Esta parte del litoral, al Oeste del cabo Bathurst, presentaba una superficie absolutamente llana, que se elevaba apenas algunos metros sobre el nivel del océano Polar; y esta disposición del suelo llamó la atención del teniente Hobson, por la siguiente razón.

Las mareas son muy vivas en los océanos árticos, o, al menos, así se cree. Muchos navegantes que las han observado, como Parry, Franklin, los dos Ross, Mac Clure y Mac Clintock, han visto subir el mar, en la época de las sicigias, de veinte a veinticinco pies sobre su nivel medio. Si esta observación era exacta, y no existía motivo para poner en duda la veracidad de los expresados marinos, trataba el teniente Hobson de explicarse por qué causa el océano, hinchado bajo la acción de la Luna, no invadía aquel litoral tan poco elevado sobre el nivel del mar, ya que ningún obstáculo, ni dunas, ni protuberancia alguna del suelo, se oponía a la propagación de las aguas; por qué motivos el fenómeno de las mareas no iba acompañado de la sumersión completa del territorio hasta los límites más apartados del horizonte, y no provocaba la mezcla de las aguas del lago y del océano Glacial. Sin embargo, era evidente que esta sumersión no se producía y que nunca se había efectuado.

Jasper Hobson no pudo por menos de hacer esta observación, lo que indujo a su compañera a responderle que indudablemente, y a pesar de cuanto se hubiera dicho, las mareas eran insensibles en el océano Glacial Ártico.

—Al contrario, señora —respondió Jasper Hobson—, todas las noticias de los navegantes se hallan de acuerdo acerca de que el flujo y reflujo son muy pronunciados en los mares polares, y no es posible admitir que todas sus observaciones sean falsas.

—Entonces, señor Hobson —replicó Paulina Barnett—, ¿quiere usted explicarme por qué las olas del océano no inundan esta región que no se eleva arriba de diez pies sobre el nivel de la bajamar?

—¡Ah, señora! —exclamó Jasper Hobson—; eso es precisamente lo que en este momento me preocupa, que no sé cómo explicarme este hecho. Desde que hace un mes, nos hallamos en este litoral, he observado en varias ocasiones que el nivel del mar apenas si se eleva un pie en circunstancias ordinarias, y casi me atrevería a asegurar que, dentro de quince días, el 22 de septiembre, en pleno equinoccio, es decir, en el momento en que adquiere el fenómeno su máxima intensidad, el desplazamiento de las aguas no llegará a pie y medio en las playas del cabo Bathurst. Poco hemos de vivir para no verlo.

—Pero, en fin, señor Hobson, ¿cuál es la explicación de este hecho? Porque todo en el mundo tiene su explicación.

—Pues bien, señora —respondióle el teniente—, aquí ocurre una de estas dos cosas: o los navegantes han efectuado mal sus observaciones, lo que no puedo admitir tratándose de personajes de la altura de Franklin, Perry, Ross y otros, o las mareas son nulas en este punto preciso del litoral americano, tal vez por las mismas razones que las hacen insensibles en ciertos mares interiores, entre otros el Mediterráneo, donde la proximidad de los continentes que los cercan y la estrechez de los canales no dan suficiente acceso a las aguas del Atlántico.

—Admitamos esta última hipótesis, señor Jasper —respondió Paulina Barnett.

—No hay otro remedio —respondió el teniente, sacudiendo la cabeza—; y, sin embargo, no me satisface del todo, porque presumo que debe existir alguna singularidad natural que no atino a comprender.

A las nueve, los dos trineos, después de haber seguido una playa constantemente llana y arenosa, llegaron a la bahía ordinariamente frecuentada por las focas. Dejéronse atrás los tiros a fin de no espantar a estos animales, a quienes importaba sorprender en la orilla.

¡Cuán diferente era esta parte del territorio de la que confinaba con el cabo Bathurst!

En el punto donde los cazadores habíanse detenido, el litoral, caprichosamente quebrado y carcomido, por decirlo así, removido de un modo singular en toda su extensión, delataba evidentemente su origen plutónico, bien distinto, en efecto, de las formaciones sedimentarias que caracterizaban los alrededores del cabo.

El fuego de las épocas geológicas, y no el agua, había, sin duda alguna, formado aquellos terrenos. La piedra que faltaba en el cabo Bathurst, particularidad, digámoslo de paso, no menos explicable que la ausencia de las mareas, reaparecía allí bajo la forma de bloques erráticos y rocas profundamente encastradas en el suelo. Por todas partes, sobre una arena negruzca y en medio de lavas vesiculares, veíanse esparcidos guijarros pertenecientes a esos silicatos aluminosos comprendidos bajo el nombre colectivo de feldespato, cuya presencia demostraba de un modo irrefutable que aquel litoral no era más que un terreno de cristalización. Sobre su superficie brillaban innumerables labradoritas, guijarros variados, de vivos e irisados reflejos, azules, rojos y verdes; y después, de trecho en trecho, algunas obsidianas y trozos de piedras pómez. Por detrás extendíanse largos acantilados, que se elevaban a doscientos pies sobre el nivel del mar.

Jasper Hobson resolvió trepar hasta la cima de estos acantilados con objeto de examinar desde allí toda la parte oriental de la región. Tenía tiempo para ello, pues la hora de la caza de las focas no había llegado aún. Veíanse solamente algunas parejas de estos anfibios, retozando en la playa, y convenía esperar a que se reuniese el mayor número posible de ellos, a fin de sorprenderlos durante la siesta, es decir, durante el sueño que el sol del mediodía provoca en estos mamíferos marinos.

El teniente Hobson reconoció además que aquellos anfibios no eran focas propiamente dichas como sus gentes le habían anunciado. Pertenecían, ciertamente, al grupo de los pinnípedos;

pero eran en realidad vacas y caballos marinos, que forman en la nomenclatura zoológica el género de las morsas, distinguiéndose por sus caninos superiores, que forman largos colmillos dirigidos hacia abajo.

Los cazadores, contorneando la pequeña bahía, por la que tan gran predilección parecían sentir aquellos animales, y a la que dieron el nombre de bahía de las Morsas, treparon por los cantiles del litoral. Petersen, Hope y Kellet permanecieron sobre un pequeño promontorio a fin de vigilar a los anfibios; en tanto que Paulina Barnett, Jasper Hobson y el sargento llegaban a la cumbre de aquellas escabrosas prominencias desde donde se descubrían todos los accidentes de la región que los rodeaba; cuidando, empero, de no perder de vista a sus tres compañeros que tenían el encargo de prevenirles, por medio de una señal convenida, cuando el número de morsas reunidas fuese ya suficiente.

En un cuarto de hora, el teniente, su compañera y el sargento llegaron a la cumbre más alta, desde donde pudieron contemplar fácilmente todo el territorio que se extendía ante sus ojos.

A sus pies se extendía el mar inmenso que cerraba por el Norte el horizonte del cielo. No se descubría tierra alguna, ni bancos de hielo, ni icebergs. El océano se hallaba libre de hielos aún más allá de donde alcanzaba la vista, y, probablemente, bajo aquel paralelo, aquella porción del mar Ártico debía ser navegable hasta el estrecho de Behring. Durante el estío, los buques de la Compañía podrían, pues, fácilmente recalar en el cabo Bathurst por el paso del Noroeste.

Volviéndose hacia el Oeste, descubrió Jasper Hobson una comarca completamente nueva y halló la explicación de aquellos despojos volcánicos que infestaban realmente el litoral.

A unas diez millas alzábanse unas colinas ignívolas, en forma de conos truncados, que no podían verse desde el cabo Bathurst por ocultarlas el cantil, y cuyos contornos se destacaban muy confusamente sobre el cielo, cual si una mano trémula hubiese dibujado su perfil. Jasper Hobson, después de haberlas observado con atención, mostróselas con el dedo al sargento y a Paulina Barnett, y luego, sin decir nada, volvió la vista hacia la región opuesta.

Por el Este, prolongábase la playa hasta el cabo Bathurst, sin la

menor irregularidad, sin un solo movimiento del terreno. Un observador provisto de un buen anteojo hubiera podido descubrir a lo lejos el fuerte Esperanza, y hasta el humo blanquecino que en aquellos momentos deberían despedir los hornillos de la señora Joliffe.

Por detrás, ofrecía el territorio dos aspectos bien diferentes. De Este a Sur se extendía una vasta llanura de varios centenares de millas cuadradas, que confinaba con el cabo. Por el contrario, a espaldas de los cantiles, desde la bahía de las Morsas hasta las montañas volcánicas, el país, espantosamente abrupto, indicaba claramente que debía su origen a una sacudida eruptiva.

El teniente observaba el marcado contraste que presentaban aquellas dos porciones del territorio, que, preciso es confesarlo, le parecía muy extraño.

—¿Piensa usted, mi teniente —preguntóle el sargento Long de improviso— que esas montañas que cierran por el Oeste el horizonte son volcanes?

—Sin duda alguna, sargento —respondió Jasper Hobson—. Ellas son las que han lanzado hasta aquí estos trozos de piedra pómez, estas obsidianas, éstas, innumerables labradoritas, y, con sólo avanzar dos o tres millas, pisarían nuestros pies sobre lavas y cenizas.

—¿Y cree usted, mi teniente, que esos volcanes se encuentran todavía en actividad? —preguntó el sargento.

—A eso no me es posible responder.

—Sin embargo, en este momento no se descubre humo alguno sobre sus cráteres.

—Eso no es una razón, sargento Long. ¿Acaso lleva usted siempre la pipa en la boca? —No, señor, mi teniente.

—Pues bien, sargento Long; con los volcanes ocurre exactamente lo mismo. No humean constantemente.

—Le comprendo a usted, mi teniente —respondió el sargento Long—; pero lo que no me explico es que existan volcanes en los continentes polares.

—No hay muchos —observó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el teniente Hobson—; pero existe, sin embargo, cierto número de ellos: en la isla de Juan Mayen, en las Aleutianas, en Kamchatka, en la América rusa, en Islandia, y

además, en el Sur, en la Tierra del Fuego en los continentes australes. Estos volcanes no son más que las chimeneas de ese amplísimo laboratorio central donde se fabrican los productos químicos del Globo, y me parece que el Creador de todas las cosas ha abierto esas chimeneas en todos los lugares donde las ha creído necesarias.

—Sin duda, mi teniente —respondió el sargento—; ¡pero en el Polo, en estos climas glaciales!...

—¡Qué importa eso, sargento! ¡Qué más da que sea en el Polo o en el Ecuador! Hasta me atrevería a decir que estos respiraderos deberían ser más numerosos en los alrededores de los Polos que en ningún otro punto de la Tierra.

—Y, ¿por qué, mi teniente? —preguntó el sargento, a quien pareció sorprender extraordinariamente la afirmación de Hobson.

—Porque si estas válvulas se han abierto bajo la presión de los gases interiores, ha debido esto ocurrir en los lugares en que la corteza terrestre posee menor espesor; y, en virtud del aplastamiento de la tierra por los polos, parece natural que... Pero ya veo la señal que nos hace Kellet —exclamó de improviso el teniente, interrumpiendo su argumentación—. ¿Quiere usted acompañarnos, señora?

—Los esperaré a ustedes aquí, señor Hobson —respondió la viajera—. ¡Esa matanza de morsas no tiene verdaderamente ningún atractivo para mí!

—Entendido, señora —respondió Jasper Hobson—; y si quiere usted reunirse con nosotros dentro de una hora, emprenderemos juntos el camino de regreso.

Quedóse Paulina Barnett en la cumbre del cantil, contemplando el variado panorama que se extendía ante su vista, y un cuarto de hora después Jasper Hobson y el sargento Long llegaban a la playa.

Las morsas eran numerosas entonces, pudiéndose contar un centenar de ellas. Algunas se arrastraban por la arena con ayuda de sus pies palmeados y cortos; pero la mayor parte de ellas dormían, agrupadas por familias. Uno o dos de los machos mayores, que medían tres metros de longitud, de pelo poco espeso y de color pardusco, parecían vigilar, a modo de centinelas, el resto de la manada.

Los cazadores tuvieron que avanzar con suma prudencia,

aprovechando el abrigo de las rocas y las ondulaciones de la tierra, con objeto de cercar algunos grupos de morsas y cortarles la retirada hacia el mar, toda vez que estos animales son en tierra pesados, poco ágiles y torpes. Caminan a saltitos o produciendo con el lomo cierto movimiento de arrastre. Pero dentro del agua, que es su verdadero elemento, se convierten de nuevo en peces ágiles, en nadadores temibles que ponen en peligro con frecuencia a los botes que los persiguen.

Los grandes machos desconfiaban, sin embargo; parecían presentir un peligro próximo. Levantaban la cabeza y dirigían la mirada en todas direcciones; pero antes de que hubiesen tenido tiempo de dar la señal de alarma, Jasper Hobson y Kellet se lanzaron por un lado, y el sargento, Petersen y Hope por el otro, e hirieron con sus balas cinco morsas, rematándolas después con sus picas, mientras el resto de la piara se precipitaba en el mar.

La victoria había sido fácil. Los cinco anfibios eran de gran tamaño. El marfil de sus colmillos, aunque algo granoso, parecía ser de primera calidad; pero lo que más apreciaba Jasper Hobson eran sus cuerpos abultados y grasosos, que prometían suministrar una gran cantidad de aceite. Fueron inmediatamente colocadas en los trineos, y con ellas ya tenían carga suficiente los perros.

Era entonces la una, y en aquel momento reunióse con sus compañeros la señora Paulina Barnett, y todos emprendieron, por la playa, el camino de regreso, en demanda del fuerte Esperanza.

No es preciso decir que la vuelta se hizo a pie, por ir los trineos completamente cargados. Sólo había que recorrer unas diez millas, pero siempre en línea recta, y no hay nada que parezca tan largo como un camino que carezca de recodos, como dice muy acertadamente un antiguo proverbio inglés.

Por eso, para distraerse de la monotonía del viaje, hablaron los cazadores de una porción de asuntos. Paulina Barnett tomaba parte con frecuencia en su conversación, instruyéndose de este modo, gracias a los conocimientos especiales de aquellas buenas gentes. Pero la verdad era que no se caminaba muy de prisa.

Aquellas masas carnosas constituían para los perros una carga demasiado pesada, y los trineos se deslizaban en muy malas condiciones. Sobre una capa de nieve endurecida, los perros habrían franqueado en menos de dos horas la distancia que

separaba la bahía de las Morsas del fuerte Esperanza.

Varias veces tuvo Jasper Hobson que hacer alto para proporcionar algunos instantes de reposo a sus perros, que estaban casi agotados.

—Estas morsas —observó el sargento Long— hubieran hecho muy bien en establecer sus reales más cerca de nuestro fuerte, y así no nos darían tanto trabajo.

—No habrían encontrado allí ningún lugar favorable —respondió el teniente Hobson, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett, sorprendida de aquella respuesta.

—Porque estos anfibios sólo frecuentan las playas de pendiente suave, por las cuales se pueden arrastrar cuando salen del agua.

—¿Pero el litoral del cabo...?

—El litoral del cabo —respondió Jasper Hobson— está acantilado como el muro de una fortaleza, careciendo en absoluto de playa. Diríase que había sido cortado a pico. He aquí, señora, otra singularidad inexplicable de este territorio; y cuando nuestros pescadores quieran pescar en sus orillas, tendrán que usar sedales de trescientas brazas de longitud, cuando menos. ¿Cuál es la causa de esta disposición? No lo sé; pero me inclino a creer que, hace muchísimos siglos, una rotura violenta, debida a algún accidente volcánico, habrá separado del litoral una porción del continente, que se tragó el océano Glacial.

DOS DISPAROS



abía transcurrido la primera mitad del mes de septiembre.

Si el fuerte Esperanza hubiese estado situado en el Polo mismo, es decir, 20º más alto en la latitud, el 21 de aquel mes la noche polar hubiérale dejado ya sumido en las tinieblas. Pero en el paralelo de 70º, el sol seguiría describiendo diariamente su órbita circular por encima del horizonte durante más de un mes todavía. La temperatura, no obstante, empezaba ya a refrescar de una manera sensible. Durante la noche descendía el termómetro a

31°

Fahrenheit, que equivalen a 1º centígrado bajo cero, y empezaban a formarse nuevos hielos, que los últimos rayos solares se encargaban de disolver durante el día. Algunas borrascas de nieve descargaban entre los chubascos de agua y viento, y la estación invernal se aproximaba a pasos de gigante.

Pero los habitantes de la nueva factoría podían esperarla sin zozobra. Las provisiones que tenían almacenadas eran más que suficientes. Las reservas de caza seca habían sido acrecentadas; habían sido muertas otras veinte morsas más;

Mac-Nap

había tenido tiempo de construir un establo bien abrigado, con destino a los renos domésticos, y, a la espalda de la casa, un amplio cobertizo, que estaba abarrotado de leña. El invierno, es decir, la noche, el frío, la nieve, el hielo, podían venir cuando lo

considerasen oportuno, pues todo estaba dispuesto para recibirlos dignamente.

Pero después de haber proveído a las necesidades futuras de los habitantes del fuerte, pensó Jasper Hobson en los intereses de la Compañía. Se aproximaba el momento en que los animales dotados ya del pelo propio del invierno constituían presas magníficas. La época era favorable para batirlos a tiros, mientras no se cubriese la tierra uniformemente de nieve, permitiendo tenderles lazos. Jasper Hobson organizó, pues, cacerías.

En aquellas elevadas latitudes no era posible contar con el concurso de los indios, que son, por lo general, quienes proveen de pieles a las factorías; porque estos indígenas frecuentan los territorios más meridionales.

El teniente Hobson, Marbre, Sabine y dos o tres de sus compañeros tuvieron, pues, que cazar por cuenta de la Compañía; y, como se comprenderá, no les faltó ocupación.

Había sido señalada la presencia de una tribu de castores en un afluente del riachuelo, a seis millas, sobre poco más o menos, del fuerte, y contra ellos dirigió Jasper Hobson su primera expedición.

En épocas anteriores, cuando en la sombrerería se utilizaba principalmente el pelo de castor, solía éste valer hasta cuatrocientos francos el kilo; pero, si el empleo de su pelo ha disminuido mucho, sus pieles, sin embargo, conservan todavía en los mercados un precio considerable, superior al que antes obtenían; porque esta raza de roedores, cruelmente perseguida, tiende a desaparecer.

Los cazadores trasladáronse por el río al lugar indicado, donde el teniente hizo admirar a Paulina Barnett las ingeniosas disposiciones que estos animales adoptan para preparar convenientemente su ciudad submarina. Había un centenar de castores que ocupaban por parejas madrigueras construidas en las proximidades del afluente. Pero ya habían comenzado la construcción de su ciudad de invierno, en la que asiduamente trabajaban.

A través de este arroyuelo, de aguas rápidas y bastante profundas para que sus capas inferiores no se helasen ni aun en los más rigurosos inviernos, los castores habían construido un dique, un poco arqueado hacia arriba. Consistía este dique en una sólida trabazón de estacas clavadas verticalmente, entrelazadas con ramas

flexibles y troncos de árboles que se apoyaban transversalmente en ellas; el conjunto se hallaba ligado y cementado con tierra arcillosa, amasada previamente por los pies de los roedores, de cuya cola ovalada y larga, aplastada horizontalmente y recubierta de pelos escamosos se sirven a manera de paleta para formar pellas de arcilla, con la que revisten uniformemente toda la madera del dique.

—Este dique, señora —dijo Jasper Hobson—, ha tenido por objeto dar al río un nivel constante, y ha permitido a los ingenieros de la tribu establecer más arriba esas cabañas de forma redonda cuyas cúpulas está usted viendo. Son sólidas construcciones cuyas paredes de madera y arcilla miden dos pies de espesor, y no es posible penetrar en su interior más que por una estrecha puerta situada debajo del agua, lo que obliga a cada uno de sus habitantes a sumergirse, cuando quiere entrar o salir de su casa; pero, por otra parte, garantiza la seguridad de la familia. Si se destruye una de estas cabañas, se ve que está compuesta de dos pisos: uno inferior, que sirve de almacén para las provisiones de invierno, tales como ramas, cortezas y raíces, y otro superior, al cual no llega el agua, y donde el propietario habita con su familia.

—Pero no veo ninguno de estos industriosos animales —dijo Paulina Barnett—. ¿Habrán abandonado por ventura la construcción de la aldea?

—No, señora —replicó el teniente Hobson—; pero en estos momentos los obreros están descansando, entregados al sueño; porque estos animales sólo trabajan de noche, y los vamos a sorprender en sus mismas madrigueras.

Y, en efecto, la captura de aquellos roedores no ofreció la menor dificultad. En el transcurso de una hora, fueron apresados más de un centenar de ellos, entre los cuales había algunos de gran valor comercial, toda vez que sus pieles eran absolutamente negras. Los otros tenían un pelaje sedoso, largo, brillante, pero de un matiz rojo, tirando a castaño, bajo el cual se percibía un vello fino y tupido, de color gris argentado. Los cazadores regresaron al fuerte sumamente satisfechos del resultado de la cacería. Las pieles de los castores fueron almacenadas y registradas bajo la denominación de pergaminos o jóvenes castores, según su precio.

Durante todo el mes de septiembre y hasta mediados de octubre,

aproximadamente, prosiguieron estas expediciones, que dieron excelentes resultados.

Se cogieron algunos tejones; pero en corta cantidad. Éstos son muy buscados por su piel, que sirve para guarnecer los collerones de los caballos de tiro, y por su pelo, del que se fabrican pinceles y brochas. Estos carnívoros, que no son en realidad más que unos osos pequeños, pertenecen a la especie de los tejones carcajous, que son peculiares de la América del Norte.

Otros ejemplares de la tribu de los roedores, y casi tan industriosos como el castor, ingresaron en gran cantidad en los almacenes de la factoría. Eran ratas almizcleras, de más de un pie de longitud, sin contar con el rabo, y cuya piel es bastante estimada. Se las coge en sus propias madrigueras, sin trabajo, porque pululan con esa abundancia peculiar de su especie.

Algunas especies de la familia de los felinos, tales como los lince, exigieron el empleo de las armas de fuego. Estos animales, ágiles y flexibles, de pelaje rojo claro moteado de manchas negruzcas, a quienes temen hasta los mismos renos, no son, en realidad, más que lobos cervales que se defienden con intrepidez. Pero no eran aquéllos los primeros lince con que se las habían Sabine y Marbre, quienes mataron unas cinco docenas de ellos.

Algunos glotones, de piel bastante hermosa, fueron cazados también en las mismas condiciones.

Los armiños se mostraron raras veces. Estos animales, que forman parte de la tribu de las martas, lo mismo que los vesos, no lucían aún su bello ropaje de invierno, que es enteramente blanco, si se exceptúa un punto negro en la extremidad de la cola. Su pelaje era todavía rojo, por encima, y de un color gris amarillento, por debajo, y por este motivo Jasper Hobson había recomendado a sus compañeros que los respetaran por el momento. Era preciso esperar y dejar que madurasen, valiéndonos de la expresión del cazador Sabine, es decir, que se blanqueasen con el frío del invierno.

Por lo que respecta a los vesos, cuya caza es muy desagradable a causa del olor fétido que despiden, se cogieron gran número de ellos, unas veces sorprendiéndolos en los huecos de los árboles, que les sirven de madrigueras, y otras persiguiéndolos a tiros, cuando se escurrían por entre las ramas.

Las martas propiamente dichas fueron objeto de una caza

especial. Sabido es cuan estimadas son las pieles de estos carnívoros, aunque no alcancen tan elevado valor como las cebellinas, que ostentan un pelaje oscuro en invierno; pero las cebellinas sólo frecuentan las regiones septentrionales de Europa y del Asia, hasta Kamchatka, siendo los siberianos quienes con más actividad las persiguen. Sin embargo, en el litoral americano del mar Ártico se encuentran otras martas cuyas pieles conservan todavía un gran valor, tales como el visón y el pekán, conocidos también con el nombre de martas del Canadá.

Estas martas y visones, durante el mes de septiembre, sólo proporcionaron a la factoría un número muy escaso de pieles. Son animales tan ágiles como vivos, de cuerpo largo y delgado que les ha valido la denominación de vermiformes. Y, en efecto, pueden alargarse como un gusano, y escurrirse, en su consecuencia, por las más estrechas rendijas; de suerte que bien se comprende que pueden escapar fácilmente de la persecución de los cazadores, siendo mucho más fácil cazarlos por medio de trampas durante la estación invernal.

Marbre y Sabine sólo esperaban el momento favorable de convertirse en laceros, convencidos de que, al llegar la primavera, no faltarían ni martas ni visones en los almacenes de la Compañía.

Para terminar la relación de las pieles con que se enriqueció el fuerte Esperanza durante estas expediciones, conviene hablar de las zorras azules y de las argentadas, a las cuales se considera en los mercados de Rusia y de Inglaterra como los más valiosos animales de piel fina.

Por encima de todas ellas debemos colocar la zorra azul, conocida zoológicamente con el nombre de isatis. Este precioso animal tiene el hocico negro y el pelo ceniciento o rubio oscuro, pero jamás azul como pudiera creerse. Su pelaje es muy largo, tupido y suave; es admirable y posee todas las cualidades que constituyen la belleza de una piel: suavidad, solidez, longitud de pelo, espesor y color. La zorra azul es indiscutiblemente el rey de los animales de piel fina; y, por eso, su piel vale seis veces más que cualquier otra, y un manto perteneciente al emperador de Rusia, hecho todo entero con piel de cuello de zorra azul, que es la parte más estimada, fue tasado, en la exposición de Londres de 1851, en 3400 libras esterlinas, equivalentes a

francos.

Algunas de estas zorras habían sido vistas en los alrededores del cabo Bathurst; pero los cazadores no habían podido apoderarse de ellas, porque estos carnívoros son astutos, ágiles y difíciles de atrapar; pero se logró matar una docena de zorras argentadas, cuyo pelo, de un espléndido color negro, se halla punteado de blanco. Aunque la piel de estas últimas no tenga tanto valor como la de las zorras azules, es, no obstante, un rico despojo que alcanza un alto precio en los mercados de Rusia e Inglaterra.

Una de estas zorras argentadas era un animal soberbio, cuya talla sobrepujaba un poco a la de la zorra común. Tenía las orejas, el lomo y la cola de un color negro de humo; pero el extremo de su apéndice caudal y la parte superior de sus cejas eran blancos.

Las especiales circunstancias en que fue muerta esta zorra merecen ser relatadas con todos sus detalles, porque justificaron ciertas aprensiones del teniente Hobson, así como ciertas precauciones que había creído conveniente adoptar.

En la mañana del 24 de septiembre, dos trineos habían conducido a Paulina Barnett, al teniente, al sargento Long, a Marbre y a Sabine a la bahía de las Morsas. La víspera de aquel día, algunos hombres del destacamento habían descubierto huellas de zorras sobre las rocas entre las cuales crecían raquíuticos arbustos, e indicios indiscutibles que delataban su paso. Excitada la codicia de los cazadores, trataron de volver a encontrar aquella pista que les prometía despojos de alto precio, y, en efecto, sus pesquisas no resultaron estériles. Dos horas después de su llegada, una hermosa zorra argentada rodaba por el suelo sin vida.

Viéronse después dos o tres ejemplares más de estos carnívoros, y los cazadores dividiéronse entonces. Mientras Marbre y Sabine se lanzaban sobre la pista de una zorra, el teniente Hobson, Paulina Barnett y el sargento Long trataron de cortar la retirada a otro hermoso animal que procuraba esconderse tras las rocas.

Fue naturalmente preciso rivalizar en astucia con aquel animal que se arrastraba prudentemente con objeto de no exponer parte alguna de su cuerpo al choque de las balas.

Prolongóse la persecución por espacio de una hora sin resultado alguno. Sin embargo, el animal hallábase cercado por tres flancos, y

el mar le cerraba el cuarto; y haciéndose cargo bien pronto de lo comprometido de su situación, resolvió escapar de ella dando un salto prodigioso que no dejase a los cazadores otro recurso que no fuese tirarle al vuelo.

Brincó, pues, salvando una roca; pero Jasper Hobson, que la estaba acechando, en el momento mismo en que la vio pasar como una sombra, saludóla con una bala.

En el mismísimo instante, escuchóse otro disparo, y la zorra, mortalmente herida, cayó al suelo.

—¡Hurra!, ¡hurra! —gritó Jasper Hobson—. ¡Es mía!

—¡Y mía! —respondió un extranjero, hollando con su pie el cuerpo del animal en el momento en que el teniente la iba a coger con la mano.

Jasper Hobson retrocedió, estupefacto. Había creído que la segunda bala había partido del fusil del sargento, y se hallaba en presencia de un cazador desconocido cuya escopeta humeaba todavía.

Los dos rivales miráronse cara a cara.

Paulina Barnett y el sargento Long llegaron entonces, y Marbre y Sabine no tardaron en reunírseles, mientras una docena de hombres, contorneando las peñas, se aproximaban al extranjero, que se inclinó cortésmente ante la viajera.

Era un hombre de elevada estatura, que ofrecía el tipo perfecto de esos viajeros canadienses cuya competencia tanto temía Jasper Hobson. Llevaba aquel cazador el traje tradicional que el novelista americano Washington Irving ha descrito de un modo tan exacto: manta dispuesta en forma de capote, camisa de algodón a rayas, anchos pantalones de paño, polainas de cuero, mocasines de piel de gamuza, cinturón de lana abigarrada, del cual pendían el cuchillo, la bolsa del tabaco, la pipa y algunos utensilios de campamento; en una palabra, un traje medio salvaje, medio civilizado. Cuatro de sus compañeros estaban vestidos como él, aunque no con tanta elegancia. Los otros ocho, que les servían de escolta, eran indios chipewayos.

Jasper Hobson no se equivocó; tenía frente a sí a un francés, o, por lo menos, a un descendiente de los franceses del Canadá, y tal vez un agente de las compañías americanas, encargado de vigilar el establecimiento de la nueva factoría.

—Esta zorra me pertenece, caballero —dijo el teniente, después de algunos momentos de silencio, durante los cuales su adversario y él se habían contemplado de hito en hito.

—Le pertenecerá a usted si es usted quien la ha matado —respondió el desconocido, en correcto inglés, aunque con ligero acento extranjero.

—Se equivoca usted, caballero —replicó con bastante viveza Jasper Hobson—. Este animal me pertenece aun cuando lo haya matado su bala de usted, y no la mía.

Una desdeñosa sonrisa acogió esta respuesta, henchida de todas las pretensiones que la Compañía se arrogaba sobre los territorios de la bahía de Hudson, del Atlántico al Pacífico.

—Según eso, caballero —replicó el desconocido, apoyándose con elegancia sobre su escopeta—, ¿usted considera que la Compañía de la Bahía de Hudson es la dueña absoluta de todo este dominio del Norte de América?

—Sin duda de ningún género —respondió el teniente Hobson—; y si usted, caballero, pertenece, cual supongo, a alguna sociedad americana...

—A la Compañía de Peletería de San Luis —dijo el cazador, inclinándose.

—Creo —prosiguió el teniente— que le sería a usted muy difícil mostrar una disposición soberana que le otorgue el menor privilegio sobre parte ninguna de este territorio.

—¡Disposiciones soberanas! ¡Privilegios! —dijo el canadiense con desdén—. Ésas son palabras de la vieja Europa que suenan mal en América.

—¡Es que no está usted en América, sino sobre el suelo mismo de Inglaterra! —respondió, con altivez, Jasper Hobson.

—Señor teniente —respondió el cazador, animándose un poco—, no es éste el momento indicado para entablar semejante discusión. Conocemos desde hace larga fecha cuáles son las pretensiones de Inglaterra en general y de la Compañía de la Bahía de Hudson en particular acerca de estos territorios de caza; pero creo que, tarde o temprano, se encargarán los acontecimientos de modificar este estado de cosas, y que América será americana desde el estrecho de Magallanes hasta el Polo Norte.

—No lo creo —respondió secamente Jasper Hobson.

—Como quiera que sea —replicó el canadiense—, le propongo que dejemos a un lado la cuestión internacional. Sean cuales fueren las pretensiones de la Compañía, es evidente que, en las comarcas más septentrionales del continente, y especialmente en este litoral, pertenece la tierra a quien la ocupe. Ustedes han fundado una factoría en el cabo Bathurst; pues bien, nos abstendremos de cazar en sus tierras, y ustedes, por su parte, respetarán las nuestras cuando las Peleterías de San Luis hayan establecido otro fuerte en otro punto enclavado en los límites septentrionales de América. La frente del teniente arrugóse, porque no se le ocultaba que, dentro de un porvenir no lejano, la Compañía de la Bahía de Hudson tendría que luchar con formidables rivales hasta en el litoral; que sus pretensiones relativas a la posesión de todos los territorios de la América del Norte no serían respetados y que surgirían frecuentes tiroteos entre los competidores. Pero comprendió al mismo tiempo que no era, efectivamente, el momento oportuno para discutir una cuestión de privilegios, y observó sin disgusto que el cazador, con cortesía exquisita, conducía el debate por otro derrotero.

—Por lo que hace referencia —dijo el viajero canadiense— al asunto que ventilamos de momento, su importancia es muy escasa, y creo que debemos zanjarlo como buenos cazadores. Su escopeta de usted y la mía son de diferente calibre, de suerte que sus balas es fácil reconocerlas. ¡Llévese, pues, la zorra quien la haya, de los dos, muerto realmente!

La proposición era justa. La cuestión relativa a la propiedad del animal derribado podía resolverse de aquel modo con certeza.

Examinado minuciosamente el cadáver de la zorra, viose que tenía alojadas en su cuerpo las balas de los dos cazadores: una, en un costado; la otra, en el corazón, siendo esta última la del canadiense.

—Este animal es de usted —dijo Jasper Hobson, disimulando mal su despecho, al ver pasar tan magnífica pieza a manos de un extranjero.

El viajero tomó la zorra, y, en el momento en que todos creyeron que se la iba a echar al hombro y a marcharse con ella, exclamó, adelantándose hacia Paulina Barnett:

—Las señoras son muy aficionadas a las pieles hermosas. ¡Si supiesen con qué fatigas, y, a menudo, con qué peligros se las

obtiene, tal vez no las codiciarían tanto! Pero el hecho es que les gustan con pasión. Permítame, pues, señora, que le ofrezca ésta, en recuerdo de nuestro encuentro.

Paulina Barnett no se atrevía a aceptar; pero el cazador canadiense habíale ofrecido aquella magnífica piel con tanta gracia y de un modo tan sincero, que su negativa hubiera constituido una ofensa.

La viajera aceptó, pues, y dio al extranjero las gracias.

En seguida, inclinóse éste ante Paulina Barnett, saludó después a los ingleses, y desapareció entre las rocas del litoral, seguido de sus compañeros.

El teniente y los suyos emprendieron el regreso al fuerte Esperanza; empero, Jasper Hobson marchaba muy pensativo. La situación del nuevo establecimiento, fundado con tanto cariño por él, era ya conocida por una compañía rival, y aquel encuentro con el viajero canadiense le dejaba entrever grandes dificultades para lo porvenir.

LA APROXIMACIÓN DEL INVIERNO



orría ya el 21 de septiembre. El sol pasaba entonces por el equinoccio de otoño, es decir, que el día y la noche tenían igual duración para el mundo entero.

Las sucesivas alternativas de obscuridad y de luz habían sido acogidas con gran satisfacción por los habitantes del fuerte, quienes dormían mejor durante las horas de la noche. En efecto, la vista reposa y se rehace en las tinieblas, sobre todo cuando algunos meses de perpetuo sol la han fatigado de una manera obstinada.

Durante el equinoccio se sabe que las mareas son ordinariamente muy vivas, porque, cuando el Sol y la Luna se encuentran en conjunción, súmase su doble influencia para acreditar la intensidad del fenómeno. Aquélla era, pues, la ocasión de observar con cuidado la amplitud de las mareas que iban a producirse sobre el litoral del cabo Bathurst.

Jasper Hobson había establecido algunos días antes una especie de mareógrafo, a fin de evaluar exactamente la diferencia de nivel de las aguas entre la bajamar y la pleamar; y pudo comprobar también esta vez que, a pesar de las observaciones de los navegantes, la influencia solar y lunar apenas se dejaban sentir en aquella porción del océano Glacial. La marea era casi nula, lo cual estaba en abierta contradicción con las noticias que acerca de este asunto se tenían.

—¡Aquí hay algo que no es natural! —se dijo el teniente

Hobson.

La verdad es que no sabía qué pensar; pero otros nuevos cuidados absorbieron su atención, y no trató por más tiempo de explicarse aquélla anomalía.

El día 29 de septiembre modificóse el estado de la atmósfera. El termómetro descendió a

41°

Fahrenheit (5° centígrados bajo cero); cubrióse el cielo de brumas, que pronto se resolvieron en lluvia, y la mala estación avanzaba a grandes pasos.

La señora Joliffe, antes de que la nieve cubriese el suelo, ocupóse en las siembras. Era de esperar que las semillas de acederas y codearías, abrigadas bajo las capas de nieve, resistieran la crudeza del clima y germinasen al llegar la primavera. Un terreno de varios acres de extensión, situado al abrigo de los cantiles del cabo, había sido labrado de antemano, y fue cubierto de simiente en los últimos días de septiembre.

No quiso esperar Jasper Hobson la llegada de los grandes fríos para hacer que sus compañeros se vistiesen de invierno; de suerte que no tardaron en estar convenientemente abrigados, llevando ropa de lana a raíz de la carne, capotes de piel de gamuza, pantalones de cuero de foca, gorros de piel de abrigo y botas impermeables. Puede decirse que lo mismo se hizo con las habitaciones, tapizando con pieles sus paredes, a fin de impedir que, debido a ciertos descensos de la temperatura, se formasen capas de hielo en sus superficies.

El maestro Rae instaló entonces los condensadores destinados a recoger el vapor de agua suspendido en el aire, los cuales deberían ser vaciados dos veces por semana. En cuanto a la estufa, se fue graduando el fuego, según las variaciones de la temperatura exterior, de modo que la interior se mantuviera a

50°

Fahrenheit, que equivalen a 10° centígrados sobre cero. Por otra parte, la casa no tardaría en ser recubierta por una espesa capa de nieve, que evitaría toda pérdida del calor interno, abrigándose la esperanza de poder combatir eficazmente por todos estos medios los dos principales enemigos de los invernantes: el frío y la humedad.

El 2 de octubre, la columna termométrica había bajado aún más,

y las primeras nieves invadieron todo el territorio que rodea al cabo Bathurst. La brisa era suave, así que no formó esos torbellinos, tan comunes en las regiones polares, a los que dan los ingleses la denominación de *drifts*. Una vasta alfombra blanca, uniformemente dispuesta, confundió bien pronto en un mismo color el cabo, el recinto del fuerte y la dilatada playa del litoral.

Sólo las aguas del mar y de la laguna, que no estaban heladas todavía, contrastaban por su tinte grisáceo, opaco y sucio. Sin embargo, en la parte septentrional del horizonte distinguíanse los primeros icebergs que se destacaban sobre el cielo brumoso. Aún no se había formado el gran banco de hielo; pero ya la naturaleza acopiaba los materiales que el frío se encargaría de cimentar bien pronto para formar esta impenetrable barrera.

Los primeros hielos no tardaron, por otra parte, en solidificar las superficies líquidas del mar y de la laguna. El fenómeno comenzó por esta última, apareciendo de trecho en trecho, sobre su superficie, grandes manchas de un color blanco grisáceo, precursoras de una helada próxima que favorecía la calma de la atmósfera.

En efecto, habiéndose mantenido el termómetro durante toda la noche a

15°

Fahrenheit (9° centígrados bajo cero), la laguna amaneció al día siguiente con una superficie lisa que hubiera satisfecho a los más exigentes patinadores de la Serpentina. Además, en el horizonte, el cielo presentaba un color especial que designan los balleneros con el nombre de *blink*, producido por la reverberación de los campos de hielo.

El mar no tardó tampoco en helarse en una extensión inmensa. Formóse poco a poco un vasto campo de hielo, mediante la agregación de los témpanos esparcidos, y se soldó al litoral. Pero la superficie de este campo de hielo oceánico no era ya tersa y lisa como la de la laguna. La agitación de las olas había alterado su pureza. Ondeaban acá y allá grandes piezas solidificadas, imperfectamente reunidas por sus bordes, algunos de esos hielos flotantes conocidos bajo la denominación de *drift-ices*, y, en fin, en muchos lugares notábanse protuberancias, extumescencias a menudo muy pronunciadas, producidas por la presión, a las que los

balleneros designan con el nombre de hummocks, que quiere decir montículo.

El aspecto del cabo Bathurst y de sus alrededores transformóse por completo en pocos días. Paulina Barnett, perpetuamente extasiada, asistía a aquel espectáculo tan nuevo para ella. ¡Cuántos padecimientos y fatigas no hubiera dado por bien empleados su alma de viajera por poder contemplar tamañas maravillas! ¡Nada tan sublime como aquella invasión del invierno, como aquella toma de posesión de las regiones hiperbóreas por el frío invernal! Ninguno de los puntos de vista, ninguno de los sitios hasta entonces observados por ella podía ser reconocido. La comarca se metamorfoseaba, y un país nuevo nacía ante sus miradas; un país impregnado de una tristeza grandiosa.

Desaparecían los detalles, y las nieves no dejaban al paisaje más que sus grandes líneas, que apenas se esfumaban en medio de las brumas. Era una decoración que reemplazaba a otra con una intrepidez mágica. Ya no existía mar alguno en el sitio donde antes se extendía el vasto océano; el suelo de colores variados había desaparecido bajo una deslumbradora alfombra de nieve. Las selvas de diversos árboles habíanse convertido en una confusión de siluetas retorcidas, cubiertas por la escarcha. Del sol radiante ya no quedaba más que un pálido reflejo: un disco descolorido que, arrastrándose a través de las nieblas, describía en el cielo un arco de escasísima altura durante bien pocas horas. Por fin, el horizonte del mar, que antes se dibujaba netamente sobre el cielo, había sido reemplazado por una interminable cadena de icebergs, caprichosamente descantillada, que formaba esa banca infranqueable que la naturaleza ha interpuesto entre el Polo y sus audaces exploradores.

¡A cuántas conversaciones dieron pie las maravillosas transformaciones de aquella región ártica! Tomás Black fue el único tal vez que permaneció insensible a las sublimes bellezas de aquel espectáculo. Pero ¿qué podía esperarse de un astrónomo tan absorto, y que, hasta entonces, no había formado parte realmente del personal de la pequeña colonia? Aquel sabio exclusivo vivía sólo para la contemplación de los fenómenos celestes; no se paseaba más que por las azules vías del firmamento, y sólo abandonaba una estrella para dirigirse a otra. Y precisamente se le cerraba su cielo,

las constelaciones desaparecían de su vista, un velo impenetrable de brumas se extendía entre sus ojos y el cénit. ¡Estaba verdaderamente furioso! Pero Jasper Hobson lo consoló prometiéndole que no tardarían en llegar las hermosas noches frías tan propicias para las observaciones astronómicas, para el estudio de las auroras boreales, los halos, las paraselenes y tantos otros fenómenos peculiares de las regiones polares, dignos de provocar su admiración.

Sin embargo, la temperatura era todavía soportable. No hacía viento, que es el que agudiza los efectos del frío; así que las cacerías prolongáronse algunos días más, encerrándose nuevas pieles en los almacenes de la Compañía, y nuevas provisiones de boca en la despensa del fuerte. Las perdices y chochas pasaban en grandes bandos, en su huida a regiones más templadas, proporcionando a la pequeña colonia una carne fresca y sana. Pululaban las liebres polares, luciendo ya su pelaje invernal. Un centenar de estos roedores, cuyo paso se reconocía fácilmente por las huellas que dejaban en la nieve, acrecentaron pronto las reservas del fuerte.

Pasaron así mismo numerosas bandadas de cisnes silbadores, una de las especies más bellas de la América del Norte, derribando los cazadores algunas parejas de ellos. Eran aves magníficas, de cuatro a cinco pies de longitud, y de blanco plumaje, si bien en la cabeza y en la parte superior del cuello presentaban un tinte cobrizo, las cuales iban a buscar, bajo una zona más hospitalaria, las plantas acuáticas y los insectos necesarios para su alimentación, volando con una rapidez extraordinaria, porque el aire y el agua son sus verdaderos elementos.

Otros cisnes, denominados cisnes trompetas, cuyo grito recuerda el toque de un clarín, observóse así mismo que emigraban en bandos numerosos. Eran blancos también, como los silbadores, y tenían aproximadamente igual tamaño que éstos, diferenciándose de ellos por tener las patas y el pico negros. Ni Marbre ni Sabine tuvieron la suerte de derribar ninguno de estos trompetas, aunque los saludaron con sus tiros, despidiéndose de ellos hasta la vista; porque estas aves debían regresar, en efecto, con las primeras brisas de la primavera, siendo en esta época del año cuando se dejan atrapar más fácilmente. Su piel, su pluma y su plumón son causa de que los persigan con encarnizamiento los cazadores y los indios,

habiendo años en que las factorías envían a los mercados del antiguo continente muchas decenas de millar de estos cisnes, que se venden a media guinea cada uno.

Durante estas excursiones, que no duraban más que algunas horas, y que los malos tiempos interrumpían con frecuencia, tropezaron a menudo con bandadas de lobos, sin necesidad de ir muy lejos, pues estos animales, cuya audacia se acrecienta cuando los hostiga el hambre, aproximábanse ya a la factoría. Tienen el olfato muy fino y los atraen las apetitosas emanaciones de las cocinas. Durante la noche, oíaseles aullar de una manera siniestra. Estos carnívoros, poco peligrosos cuando se encuentran aislados, son temibles cuando se reúnen en considerable número; por eso los cazadores no salían del recinto del fuerte sin ir perfectamente armados.

Los osos, por otra parte, mostrábanse más agresivos. No pasaba un solo día sin que se dejase ver alguno de estos animales, que avanzaban hasta el pie mismo de la empalizada cuando llegaba la noche. Algunos fueron heridos a tiros y se alejaron regando con su sangre la nieve; pero hasta el 10 de octubre, ninguno había aún entregado su preciosa piel en manos de los cazadores. Además, Jasper Hobson no permitía a sus soldados que atacasen a estas formidables fieras. Era preferible con ellas permanecer a la defensiva que atacarlas. Tal vez se aproximaba el momento en que, aguijoneadas por el hambre, intentasen alguna agresión contra el fuerte Esperanza, y entonces sería ocasión de defenderse y de abastecerse a la vez.

Durante algunos días el tiempo permaneció seco y frío. La nieve presentaba una superficie dura, muy favorable a la marcha; circunstancia que se aprovechó para emprender algunas excursiones por el litoral y la región situada al Sur del fuerte. El teniente deseaba saber si los agentes de las Peleterías de San Luis habían abandonado el territorio, dejando algunas huellas de su paso; pero todas las pesquisas fueron infructuosas. Era de suponer que aquellos americanos se habrían retirado hacia algún fuerte meridional, con objeto de pasar en él los meses de invierno.

Aquellos hermosos días no duraron mucho tiempo, y, durante la primera semana de noviembre, roló el viento al Sur, y, si bien la temperatura se hizo más soportable, la nieve cayó en abundancia,

no tardando en cubrir el suelo y en alcanzar una altura de muchos pies. Era necesario despejar diariamente los alrededores de la casa, y desembarazar el camino que conducía a la poterna, al cobertizo, al establo de los renos y a la perrera. Las excursiones fueron cada vez menos frecuentes, y fue preciso recurrir al empleo de las raquetas, o calzado propio para caminar sobre la nieve; porque, cuando ésta se endurece por efecto del frío, soporta sin ceder el peso de un hombre, presentando un sólido punto de apoyo, lo que permite caminar por su superficie sin dificultad alguna; pero cuando está blanda, sería imposible dar un paso sobre ella sin hundirse hasta las rodillas. Para evitar este grave inconveniente, recurren los indios al empleo de las raquetas.

El teniente Hobson y sus compañeros estaban acostumbrados a servirse de estos *snow-shoes*, corriendo con la ayuda de ellos sobre la nieve blanda con la misma rapidez que un patinador sobre el hielo. Paulina Barnett habíase ya acostumbrado a esta clase de calzado, y no tardó en poder rivalizar en velocidad con sus compañeros.

Diéronse también rápidos paseos lo mismo sobre la superficie de la laguna, ya helada, que por el litoral, y aún fue posible internarse varias millas por encima de la superficie del océano, porque el hielo medía entonces un espesor de varios pies. Pero fue ésta una excursión en extremo fatigosa, porque el campo de hielo era escabroso, y había por todas parte témpanos de hielo superpuestos, formando pequeñas colinas, que era preciso contornear; más lejos, la cadena de icebergs, o, mejor dicho, el gran banco de hielo, presentaba un obstáculo infranqueable, porque su cresta se elevaba a una altura de quinientos pies. Estos icebergs, pintorescamente amontonados, resultaban magníficos. Semejaban aquí las blancas ruinas de una ciudad, con sus monumentos, columnas y murallas derribadas; allá, una región volcánica, de superficie abrupta; un amontonamiento de témpanos formando cadenas de montañas, con su línea de vértices en forma de sierra, sus contrafuertes y valles; ¡toda una Suiza de hielo!

Algunas aves retrasadas, como petreles, alcas y urías, animaban aún aquella soledad y lanzaban estridentes gritos. Grandes osos blancos aparecían entre los montículos de hielo, confundiéndose con su deslumbradora blancura. A decir verdad, no faltaron a la viajera emociones, de las que participó su fiel Madge, que la

acompañaba. ¡Qué lejos estaban ambas de las zonas tropicales de India y Australia!

Hiciéronse varias excursiones sobre aquel océano congelado, cuya espesa corteza hubiera soportado sin hundirse parques de artillería e inmensos monumentos; pero pronto aquellos paseos se hicieron tan penosos que hubo necesidad de suspenderlos en absoluto. En efecto, la temperatura descendía sensiblemente, y el menor trabajo, el menor esfuerzo producía una sofocación que casi paralizaba. La intensa blancura de la nieve atacaba también los ojos, siendo imposible soportar mucho tiempo aquella reverberación que provoca numerosos casos de ceguera entre los esquimales. Y, en fin, por un singular fenómeno debido a la refracción de los rayos luminosos, las distancias, profundidades y espesores no aparecían con sus dimensiones reales; sucediendo con frecuencia que, cuando era preciso salvar la distancia de cinco o seis pies existente entre dos témpanos, la vista no medía más que uno o dos, ocasionando esta ilusión óptica caídas muy numerosas, y de serios resultados a veces.

El 14 de octubre, el termómetro acusó 3º Fahrenheit bajo cero (16º centígrados por debajo del punto de congelación del agua), temperatura difícil de soportar, y mucho más difícil aún porque el viento soplabá con fuerza. El aire parecía hecho de agujas, y el que permaneciese fuera de la casa corría grave peligro de helarse instantáneamente, si no se lograba restablecer la circulación de la sangre en la parte atacada por medio de fricciones de nieve. Varios de los huéspedes del fuerte viéronse atacados de esta congelación súbita, entre otros Garry, Belcher y Hope; pero, friccionados a tiempo, lograron escapar del peligro.

Se comprenderá fácilmente que, en estas condiciones, todo trabajo manual resultaba imposible. Además, en esta época, los días eran extremadamente cortos. El sol sólo permanecía algunas horas encima del horizonte, sucediéndole un largo crepúsculo. Iba a comenzar la verdadera invernada, es decir, la secuestración. Las últimas aves polares habían abandonado el litoral sombrío, no quedando ya más que algunas parejas de esos halcones moteados, a quienes los indios designan con el nombre de invernantes, porque permanecen en las regiones heladas hasta que principia la noche polar, y aun estos mismos no tardarían en desaparecer.

Esto hizo que el teniente Hobson activase el establecimiento de las trampas y lazos que debían quedar tendidos para el invierno en los alrededores del cabo Bathurst.

Estas trampas consistían simplemente en pesados maderos, sostenidos por otros tres que formaban una especie de número 4, dispuestos en equilibrio inestable, de suerte que el más ligero roce provoca su caída. Eran, en gran tamaño, las mismas trampas que se emplean para coger los pájaros en el campo. La extremidad del madero horizontal se cebaba con despojos de caza, y todo animal de mediano tamaño, zorra o marta, que en ellos pusiese su garra, quedaba sin remisión aplastado. Tales son las trampas que los famosos cazadores cuya vida de aventuras ha descrito Cooper de un modo tan poético, tienden durante el invierno en un espacio que comprende con frecuencia varias millas. Por fin, quedaron establecidas unas treinta de estas trampas alrededor del fuerte Esperanza, las cuales habría que inspeccionar a intervalos no muy largos.

El 12 de noviembre acrecentóse con un nuevo miembro la pequeña colonia. La señora

Mac-Nap

dio a luz un robusto niño, perfectamente constituido, que fue el orgullo del maestro carpintero. Paulina Barnett fue madrina del recién nacido, a quien se impuso el nombre de Miguel Esperanza. La ceremonia del bautizo llevóse a cabo con cierta solemnidad, celebrándose en la factoría una gran fiesta en honor de aquel ser que acababa de venir al mundo más al Norte del paralelo de 70º de latitud.

Algunos días después, el 20 de noviembre, hubo de ocultarse el sol debajo del horizonte para no reaparecer antes de seis meses. ¡La noche polar había dado comienzo!

LA NOCHE POLAR



Comenzó esta larga noche con una tempestad espantosa. El frío quizá fuese menos vivo; pero la humedad de la atmósfera era terrible. A pesar de todas las precauciones, esta humedad penetraba en la casa, y al limpiar cada mañana los condesadores, sacábanse de ellos varias libras de hielo.

En la parte exterior, pasaban las ventiscas girando como trombas. La nieve, en vez de descender verticalmente, caía casi en sentido horizontal. Jasper Hobson tuvo que prohibir que abriesen la puerta, porque penetraba tal cantidad de ella, que el corredor se hubiera obstruido casi instantáneamente. Los invernantes se encontraban ya presos.

Las hojas de las ventanas habían sido herméticamente cerradas, teniendo las lámparas que permanecer continuamente encendidas durante las horas de aquella larga noche invernal que no se consagraban al sueño.

Pero si bien la obscuridad reinaba fuera, el ruido de la tempestad había reemplazado al silencio casi absoluto de las altas latitudes. El viento, que se encallejonaba entre la casa y el cantil del promontorio, mugía con gran ímpetu, azotando de través la habitación, que temblaba sobre sus pilares; y, a no ser por la gran solidez con que se la había edificado, no hubiera resistido sus embates. Afortunadamente, la nieve, al amontonarse alrededor de sus paredes, amortiguaba el ímpetu de las huracanadas rachas. Mac-

Nap sólo temía por las chimeneas, cuyo cañón exterior, construido con ladrillos de cal, podía ceder a la presión del viento. No fue así, sin embargo, pues resistieron bien; pero había que desatascar con frecuencia su orificio obstruido por la nieve.

En medio de los bramidos de la tormenta, oíanse algunas veces extraordinarios estruendos, con cuya explicación no daba Paulina Barnett. Reconocían por causa ciertos derrumbamientos de icebergs, que se producían en el mar. Repetidos por los ecos, estos ruidos recordaban el redoblar del trueno. Incesantes crepitaciones acompañaban las dislocaciones de ciertas partes de icebergs, desprendidas a consecuencia de la caída de estas montañas. Era preciso tener el alma ya muy hecha a las violencias de estos ásperos climas para no experimentar una siniestra impresión. El teniente Hobson y sus compañeros estaban ya avezados a ello, y Paulina Barnett y Madge no tardaron en acostumbrarse también. No era, por otra parte, la primera vez que experimentaban, durante sus viajes, los embates de estos vientos terribles que alcanzan una velocidad de cuarenta leguas por hora y arrastran cañones de veinticuatro. Pero allí, en el cabo Bathurst, el fenómeno se verificaba con las circunstancias agravantes de la continuidad de la noche y de la nieve. Aquel viento, que no demolía, enterraba, y era probable que a las doce horas de iniciada la tempestad, la casa, la perrera, el cobertizo y la empalizada hubiesen desaparecido bajo una capa de nieve de extraordinario espesor.

Durante el encierro, habíase organizado la vida interior de la casa. Todas aquellas gentes esforzadas se entendían entre sí perfectamente, y la existencia en común, en tan reducido espacio, deslizábase sin el menor rozamiento. ¿No estaban por ventura acostumbrados a vivir en estas condiciones lo mismo en el fuerte Empresa que en el fuerte Confianza? Por eso a Paulina Barnett no le causó extrañeza el verlos tan bien avenidos.

El trabajo por una parte, y la lectura y los juegos, por otra, ocupaban todos los instantes de su vida. El trabajo consistía en la confección y repaso de la ropa, limpieza de las armas, elaboración de calzados, redacción del diario que llevaba el teniente Hobson al día, y en el cual anotaba los menores acontecimientos de la internada, el estado del tiempo, la temperatura, la dirección de los vientos, la aparición de meteoros, tan frecuentes en las regiones

polares, etc., sin olvidar la limpieza de la casa, el barrido de las habitaciones y salas, el examen diario de las pieles almacenadas, con objeto de evitar que la humedad las alterase; la vigilancia del fuego y del buen funcionamiento de las estufas y del tiro de las chimeneas, y la incesante persecución de las moléculas de humedad que se deslizaban en los rincones.

Cada cual tenía asignado su cometido especial con arreglo a un reglamento fijo en el salón central. Sin estar recargados de trabajo, los habitantes del fuerte no se hallaban jamás desocupados. Durante este tiempo, Tomás Black cuidaba incesantemente sus instrumentos y repasaba sus cálculos astronómicos; casi siempre encerrado dentro de su camarote, renegaba de la tempestad, que le impedía toda observación nocturna. En cuanto a las tres mujeres casadas, la esposa de

Mac-Nap

se hallaba dedicada a su hijo, que se desarrollaba de un modo maravilloso, en tanto que la del cabo Joliffe, ayudada por la de Rae y aguijoneada por el cazolero de su marido, presidía las operaciones culinarias.

Para las distracciones, que se verificaban en común, habíanse reservado ciertas horas del día y los domingos enteros. Consistían, ante todo, en la lectura de la Biblia y de algunos libros de viajes, pues no contaba con otros la biblioteca del fuerte: mas con ellos tenían suficientes sus tan poco exigentes habitantes. Por regla general, era Paulina Barnett la encargada de leer, y sus oyentes experimentaban un verdadero placer en escucharla. Tanto las historias bíblicas, como las aventuras de viajes, adquirían un encanto especial cuando su voz penetrante y persuasiva leía algún capítulo de los libros santos. Los personajes imaginarios, los héroes legendarios se animaban, adquiriendo una vida sorprendente; por eso todos sentían una gran satisfacción cuando la amable mujer tomaba el libro a la hora acostumbrada.

Era, por otra parte, el alma de aquel mundo pequeño, instruyéndose e instruyendo a los otros, dando y recibiendo consejos, y dispuesta siempre y a todas horas a prestar a su prójimo sus inestimables servicios. Reunía en sí todas las bondades y gracias peculiares a la mujer, combinadas con la energía moral propia del hombre, cualidades inestimables que realizaban su valer ante

aquellos rudos soldados que, entusiasmados, locos, hubiesen sacrificado gustosos por ella su existencia.

Conviene advertir que Paulina Barnett hacía vida común con todos los habitantes del fuerte; que no vivía encerrada en su camarote; que trabajaba en medio de sus compañeros de invernada; y que, por último, con sus amables preguntas, daba ocasión a todos para que tomaran parte en la conversación general. Ni las manos ni la lengua permanecían, pues, nunca ociosas en el fuerte Esperanza. Se trabajaba, se conversaba, y es preciso añadir que todos se encontraban satisfechos y gozaban de un excelente humor que les ayudaba a conservar una envidiable salud y a triunfar del aburrimiento de aquel prolongado encierro.

La tempestad no amainaba, sin embargo: Hacía tres días que los invernantes se hallaban encerrados en la casa sin que disminuyese la intensidad de la ventisca. Jasper Hobson se impacientaba. Urgía renovar la atmósfera interior de las habitaciones, tan demasiado cargada de ácido carbónico, que ya las lámparas empezaban a palidecer en aquel medio malsano. Cuando se quiso hacer uso de las bombas de aire, viose que sus tubos estaban llenos de hielo y que no funcionaban, por lo tanto; de suerte que sólo servían para el caso en que la casa no se hallase sepultada bajo masas de nieve tan grandes. Era, pues, necesario adoptar una determinación. El teniente aconsejóse con el sargento Long y decidieron abrir, el 23 de noviembre, una de las ventanas situadas en la fachada anterior, que era el lado menos combatido por el viento.

No fue operación sencilla; porque, si bien los batientes se abrieron con facilidad hacia dentro, no sucedió lo mismo con las hojas exteriores, que oprimidas por la nieve cuajada, resistieron los mayores esfuerzos, siendo preciso desmontarlas de sus goznes, y atacar después la nieve con los pico y las palas. Medía la capa de hielo por lo menos diez pies de espesor, y hubo necesidad de abrir una especie de zanja que dio bien pronto acceso al aire exterior.

Jasper Hobson, el sargento, algunos soldados y Paulina Barnett aventuráronse en seguida a salir por aquella zanja, lográndolo a duras penas, pues el viento penetraba por ella con una velocidad extraordinaria.

¡Qué aspecto el del cabo Bathurst y el de la llanura limítrofe! Eran las doce del día y apenas si algunos resplandores crepusculares

matizaban el horizonte del Sur. El frío no era tan intenso como hubiera podido creerse, pues el termómetro sólo indicaba 15°

Fahrenheit sobre cero (9° centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada); pero la ventisca seguía desencadenándose con incomparable violencia, y el teniente y sus compañeros, lo mismo que la viajera, habrían sido derribados sin remedio si la capa de nieve, en la cual se habían hundido hasta la cintura, no les hubiera defendido contra la impetuosidad del viento. No podían hablar ni veían, cegados por un torbellino de blancos copos de nieve. En menos de media hora se habrían visto sepultados. Todo a su alrededor estaba blanco; la empalizada se hallaba enterrada del todo; el techo de la casa y sus muros desaparecían bajo un promontorio de nieve, y, a no ser por dos torbellinos de humo azulado que se retorcían en el aire, nadie hubiera podido sospechar la existencia en aquel sitio de una cabaña habitada.

En estas condiciones, el paseo fue muy corto; pero la viajera había tenido tiempo de echar una ojeada rápida sobre aquel desolado paisaje. Había entrevisto el horizonte polar, batido por las nieves, y el sublime horror de las tempestades árticas, y regresó a su prisión llevando consigo un imperecedero recuerdo.

El aire de la casa había sido renovado en algunos instantes, disipándose los vapores perjudiciales bajo la acción de una corriente atmosférica vivificante y pura. El teniente Hobson y sus compañeros apresuráronse, a su vez, a refugiarse en ella, cerrando la ventana tras ellos; pero, en lo sucesivo, tuvieron buen cuidado de dejar expedita cada día la abertura, en interés de la ventilación.

Así transcurrió la semana. Afortunadamente, los renos y los perros tenían comida abundante y no fue necesario visitarlos. Los invernantes viéronse de esta suerte aprisionados por espacio de ocho días, lo cual resultaba bastante desagradable para hombres acostumbrados a vivir al aire libre, como soldados y cazadores que eran. Por eso sucedió que, poco a poco, la lectura perdió para ellos buena parte de su encanto, y que el cribbage acabara por resultarles monótono. Acostábanse con la esperanza de oír, al despertar, los últimos mugidos de la tempestad, mas todo en vano. La nieve seguía amontonándose contra los vidrios de las ventanas, el viento

rugía huracanado, los icebergs se quebraban con ensordecedor estruendo, el humo retrocedía a las habitaciones, provocando incesantes toses, y no sólo no amainaba la borrasca, sino que parecía que nunca iba a terminar.

Por fin, el 28 de noviembre el barómetro aneroide, colocado en el salón principal, subió de un modo sensible, presagiando una próxima modificación del estado atmosférico. Al mismo tiempo, el termómetro colocado en el exterior bajó casi repentinamente a menos de 4º Fahrenheit bajo cero (20º centígrados bajo cero), síntomas ambos que no permitían dudar. En efecto, el 29 de noviembre los habitantes del fuerte Esperanza pudieron reconocer, por la calma que en el exterior reinaba, que la tempestad había cesado.

Todos trataron entonces de salir más que de prisa, porque el encierro había durado bastante; pero la puerta se hallaba por completo obstruida, siendo preciso salir por la ventana y desembarazarla de los últimos montones de nieve. Pero esta vez no se trataba de taladrar una capa blanda; porque el intenso frío había solidificado toda la masa y fue necesario atacarla con los picos.

Empleóse media hora en esta operación, al cabo de la cual todos los invernantes, a excepción de la señora Mac-Nap, que aún no se levantaba, retozaban por el patio interior.

Era el frío extremadamente vivo; pero como no hacía viento, era fácil soportarlo. Sin embargo, al salir de un recinto caliente, todo el mundo debe adoptar precauciones para afrontar una diferencia de temperatura de 54º aproximadamente (30º centígrados).

Eran las ocho de la mañana. Constelaciones de admirable pureza resplandecían desde el cénit, donde brillaba la estrella Polar, hasta los últimos límites del horizonte. El ojo del observador creía descubrir millones de ellas; pero sabido es que el número de estrellas visibles a simple vista en toda la esfera celeste no pasa de 5000. Tomás Black se deshacía en exclamaciones de admiración, aplaudiendo, lleno de entusiasmo, aquel estrellado firmamento no velado por ningún vapor ni bruma. ¡Jamás habían contemplado los ojos del astrónomo un cielo tan admirablemente bello!

Mientras que Tomás Black, indiferente a cuanto acontecía en la tierra, se extasiaba en la contemplación del espacio, sus compañeros

alejábanse hasta los límites del recinto fortificado. La capa de nieve tenía la dureza de la piedra, pero era resbaladiza en extremo, de manera que hubo algunas caídas, aunque sin consecuencias.

No es preciso decir que el patio del fuerte estaba lleno de nieve hasta la altura de la cerca, sobresaliendo tan sólo el techo de la casa sobre la masa blanca, que presentaba una perfecta horizontalidad, pues el viento había pasado sobre su superficie su nivelador rasero. Sólo se veían de la empalizada los extremos de las estacas, de tal suerte que no hubiera servido para contener ni al menos flexible de los roedores. Pero ¿qué remedio quedaba? No era posible pensar en arrancar de un espacio tan amplio diez pies de nieve endurecida. Lo más que podía hacerse era tratar de desembarazar la parte exterior de la cerca a fin de formar un foso cuya contraescarpa protegiese aún el recinto; pero el invierno no había hecho más que empezar, y era muy de temer que una nueva tempestad cegase en pocas horas el foso.

Mientras el teniente examinaba las obras que ya no podrían defender la casa principal, en tanto que los rayos del sol no fundiesen aquella capa de nieve, exclamó la señora Joliffe:

—¿Y nuestros perros? ¿Y nuestros renos? Y, en efecto, era preciso preocuparse de la suerte de estos animales. La perrera y el establo, menos elevados que la casa, debían estar completamente enterrados, siendo muy de temer que les hubiese faltado el aire a estos animales. Todos se precipitaron entonces, los unos hacia la perrera, los otros hacia el establo; pero la tranquilidad no tardó en renacer en el espíritu de todos. La muralla de hielo, que enlazaba el ángulo norte de la casa con el promontorio, había protegido en parte las dos construcciones alrededor de las cuales la altura de la capa de nieve no pasaba de cuatro pies, de suerte que los postigos abiertos en sus paredes no se hallaban obstruidos. Los animales todos se encontraban en excelente estado de salud, y, en cuanto se les abrió las puertas a los perros, lanzáronse al exterior ladrando alegremente.

El frío, sin embargo, empezaba a hacerse sentir vivamente, y, después de un paseo de una hora, acordáronse todos de la bienhechora estufa que chisporroteaba en el salón central; y, como no había nada que hacer allí fuera en aquellos momentos, toda vez que las trampas, enterradas bajo diez pies de nieve, no podían ser

visitadas, regresaron a la casa, cerraron la ventana y se sentaron en seguida a la mesa, pues la hora de comer había llegado.

Como podrá comprenderse, la conversación versó sobre aquel súbito frío que tan rápidamente había solidificado la espesa capa de nieve. Era una circunstancia lamentable que comprometía, hasta cierto punto, la seguridad del fuerte.

—Pero, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, ¿no podemos esperar que sobrevengan algunos días de más dulce temperatura que convierta en agua este hielo?

—No, señora —replicó Jasper Hobson—; un deshielo en esta época del año no es probable. Creo más bien que aumentará todavía la intensidad del frío, siendo sensible que no hayamos podido retirar esta nieve cuando aún estaba blanda.

—¡Cómo!, ¿suponéis que la temperatura habrá de sufrir aún un descenso considerable?

—Sin duda ninguna, señora. Cuatro grados bajo cero (20º centígrados bajo el punto de congelación del agua destilada) no es nada para una latitud tan elevada.

—Pues, ¿qué sería si nos encontrásemos en el Polo? —preguntó Paulina Barnett.

—El Polo, señora, no es probablemente el punto más frío de la tierra, toda vez que la mayoría de los navegantes coinciden en la opinión de que en él existe el mar libre. Hasta parece que, a consecuencia de ciertas disposiciones geográficas e hidrográficas, el punto donde la temperatura media es más baja se halla situado a los 95º de longitud y los 78º de latitud, es decir, en las costas de la Georgia septentrional. Allí, esta temperatura media sería solamente de 2º bajo cero (19º centígrados bajo cero) para todo el año, dándose comúnmente a este punto el nombre de polo del frío.

—Pero señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, nos hallamos a más de 8º de latitud de ese temible lugar.

—Por eso abrigo la esperanza de que no hemos de padecer tanto en el cabo Bathurst como padeceríamos en la Georgia septentrional. Pero si le hablo a usted del polo del frío, es para decirle que no hay que confundirlo con el Polo propiamente dicho, cuando de temperatura se trata. Conviene tener en cuenta, además, que en otros lugares del Globo se han experimentado también grandes fríos, solamente que no han sido duraderos.

—¿En qué puntos, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett—. Le aseguro que en estos precisos momentos la cuestión del frío me interesa de un modo extraordinario.

—Si no recuerdo mal —respondió el teniente Hobson—, los viajeros árticos han comprobado que en la isla de Melville la temperatura ha bajado hasta 61° bajo cero, y hasta 65° bajo cero en Puerto Félix.

—Pero esa isla de Melville y ese Puerto Félix, ¿no están más elevados en latitud que el cabo Bathurst?

—Sin duda alguna, señora; pero, después de cierto límite, la latitud no significa nada. Basta el concurso de diversas circunstancias atmosféricas para producir fríos considerables. Y, si no me es infiel la memoria, en 1845... Sargento Long, ¿no estaba usted entonces en el fuerte Confianza?

—Sí, mi teniente —respondió el aludido.

—Pues bien, ¿no fue en enero de aquel año cuando experimentamos un frío extraordinario?

—En efecto —respondió el sargento—; me acuerdo muy bien de que el termómetro descendió a 70° bajo cero (50° centígrados bajo cero).

—¡Cómo! —exclamó Paulina Barnett—, ¿70° bajo cero en el fuerte Confianza, en el lago del Esclavo?

—Sí, señora —respondió el teniente—; ¡a los 65° de latitud solamente, que no llega a ser ni la de Cristianía ni la de San Petersburgo!

—Entonces, señor Hobson, debemos estar preparados para todo.

—Sí, para todo, en verdad, cuando se inverna en las regiones árticas.

Durante los días 29 y 30 de noviembre no decreció la intensidad del frío, y fue necesario activar el fuego de la estufa, porque, de lo contrario, la humedad se habría convertido en hielo en todos los rincones de la casa. Pero, como había gran abundancia de combustible, no se economizó, lográndose de este modo sostener en el interior una temperatura media de 52°

Fahrenheit (10° centígrados sobre cero).

A pesar del descenso de la temperatura, tentado Tomás Black por la pureza de aquel cielo, quiso hacer algunas observaciones de

estrellas, con la esperanza de desdoblar algunos de aquellos magníficos astros que centelleaban en el cénit; pero tuvo que renunciar a sus planes, porque sus instrumentos le quemaban las manos. Quemar es la única palabra que puede dar la impresión producida por un cuerpo metálico sometido a tales fríos. Por otra parte, el fenómeno, físicamente considerado, es idéntico. La impresión es la misma, ya sea introducido bruscamente el calor en la carne, por medio de un cuerpo ardiente, ya sea violentamente retirado de ella por un objeto helado; y el digno sabio comprobó esta verdad de una manera tan práctica, que dejó la piel de sus dedos pegada al anteojó, viéndose, naturalmente, precisado a suspender sus observaciones.

Pero el cielo recompensólo con creces ofreciéndole el espectáculo indescriptible de dos de sus más bellos meteoros: de una paraselene, primero, y de una aurora boreal, después.

La paraselene, o halo lunar, formaba un círculo blanco, orlado de un tinte rojo pálido alrededor de la Luna. Este aro luminoso, debido a la refracción de los rayos lunares a través de los cristalitos prismáticos de hielo que flotan en la atmósfera, presentaba un diámetro de unos 45° aproximadamente. El astro de la noche brillaba con su más vivo fulgor en el centro de aquella corona, semejante a esas bandas lechosas y diáfanas de los arcos iris lunares.

Quince horas después, desplegóse sobre la parte septentrional del horizonte una magnífica aurora boreal, que describía un arco de más de 100° geográficos, y cuyo vértice se encontraba sensiblemente situado sobre el meridiano magnético; y, por una rareza que algunas veces se observa, hallábase adornado el meteoro por todos los colores del prisma, entre los que se destacaba el rojo. En ciertos lugares del cielo las constelaciones parecían estar sumergidas en sangre. De la aglomeración brumosa que formaba, en el horizonte, el centro del meteoro, se irradiaban ardientes efluvios, algunos de los cuales rebasaban el cénit y hacían palidecer la luz de la luna, que aparecía sumergida en aquellas ondas eléctricas. Estos rayos vibraban como si una corriente de aire agitase sus moléculas. No hay palabras con que describir la sublime magnificencia de aquella aurora que radiaba en todo su esplendor en el polo boreal del mundo. Después de media hora de incomparable brillo, sin que

se hubiera estrechado ni reducido, sin que siquiera hubiese disminuido su luz, extinguióse de repente el espléndido meteoro, cual si una invisible mano hubiese de improviso agotado las fuentes eléctricas que lo vivificaban.

¡Y ya era hora por cierto!, porque cinco minutos más tarde, el estudioso astrónomo se habría helado en el sitio desde donde lo contemplaba.

UNA VISITA ENTRE VECINOS



El día 2 de diciembre, la intensidad del frío había disminuido. Los fenómenos paraselénicos eran un síntoma que no hubieran dejado dudar a ningún meteorólogo, puesto que demostraban la presencia en la atmósfera de cierta cantidad de vapor; y, en efecto, el barómetro bajó ligeramente al mismo tiempo que subía la columna termométrica a 15º sobre cero (9º centígrados).

Aunque esta temperatura habría parecido rigurosa todavía en las regiones de la zona templada, los invernadores de profesión la soportaban fácilmente. La atmósfera, además, estaba en calma.

Habiendo observado Jasper Hobson que las capas superiores de la nieve helada habíanse ablandado, mandó despejar de ella la parte exterior de la cerca, formando de esta suerte un foso. Mac-Nap y sus peones acometieron la empresa con bríos, quedando terminada en pocos días.

Al mismo tiempo, descubriéronse las trampas hundidas y se las puso de nuevo en estado de funcionar. Numerosas huellas probaban que los animales dotados de pieles codiciables se habían aglomerado en los alrededores del cabo Bathurst, y, como quiera que la tierra negábales todo alimento, debían dejarse coger fácilmente, atraídos por el cebo de los lazos.

Siguiendo los consejos del cazador Marbre, construyóse también una trampa para renos por el método de los esquimales. Consistía

en un hoyo que medía diez pies de ancho y largo, y doce de profundidad, recubierto por una plancha, dotada de movimiento bascular, que podía volver automáticamente a su posición natural cuando se la separaba de ella. El animal, atraído por las hierbas depositadas en la extremidad de la plancha, se precipitaba inevitablemente en el hoyo, del cual no podía salir. Se comprenderá fácilmente que por este sistema de báscula, la trampa se armaba en seguida automáticamente, y que, después de un reno, podían caer otros varios.

Marbre no encontró más dificultad para construir su trampa que la de tener que perforar un suelo excesivamente duro; pero experimentó gran sorpresa —y no fue menor la de Hobson— cuando su piqueta, después de haber perforado cuatro o cinco pies de tierra y arena, tropezó debajo con una capa de nieve, dura como la roca, que parecía tener gran espesor.

—Es preciso —dijo el teniente, después de haber observado esta disposición geológica— que esta parte del litoral haya estado sometida, hace ya muchos años, a un frío excesivo durante un lapso de tiempo muy largo; y después, las arenas y la tierra habrán cubierto poco a poco esa masa de hielo que debe descansar probablemente sobre un lecho de granito.

—En efecto, mi teniente —respondió el cazador—; pero eso no quitará mérito a nuestra trampa. Al contrario, los renos tropezarán con una pared resbaladiza, sobre la que no encontrarán ningún punto de apoyo.

Marbre tenía razón, y los acontecimientos vinieron a justificar sus previsiones.

El 5 de diciembre, al ir él y Sabine a examinar la trampa, y oír que de su interior se escapaban amenazadores rugidos, detuviéronse.

—Ése no es el bramido del reno —dijo Marbre—; capaz soy de apostar doble contra sencillo a que acierto la clase de animal que ha caído en nuestra trampa.

—¿Un oso? —preguntó Sabine.

—Sí —dijo Marbre, cuyos ojos brillaban de satisfacción.

—Pues a fe que nada perderemos en el cambio —replicó Sabine—. Los bistecs de oso son tan sabrosos como los de reno, y su piel vale bastante más. Vamos a apoderarnos de la presa.

Los dos cazadores, que iban naturalmente armados, metieron una bala en sus escopetas, ya cargadas con perdigones, y avanzaron hacia la trampa. La báscula estaba armada nuevamente, pero el cebo había desaparecido. Cuando Marbre y Sabine llegaron cerca de ella, escudriñaron con la vista el fondo de la fosa. Los rugidos redobláronse entonces. Se trataba de un oso, en efecto.

En un rincón de la fosa veíase agazapada una masa gigantesca, un verdadero fardo de lanas blancas, apenas visible en la sombra, en medio de la cual brillaban dos ojos relucientes. Las paredes de la fosa estaban arañadas a zarpazos, y, sin duda alguna, si hubiesen sido de tierra, el oso habría logrado abrirse camino hacia afuera; pero, en el resbaladizo hielo, sus garras no habían podido asirse, y si bien había conseguido ensanchar su prisión, no logró escapar de ella.

En estas condiciones, la captura del animal no ofrecía grandes dificultades. Hiriéronle dos balas en el fondo de la fosa, quedando después la parte más difícil, que era sacarle de ella.

Los dos cazadores volvieron a la factoría para buscar refuerzos. Una docena de compañeros suyos, provistos de fuertes cuerdas, siguiéronles hasta la trampa, no costando poco trabajo sacar de la fosa a la fiera. Era un animal gigantesco, que medía seis pies de altura y pesaba por lo menos seiscientas libras, y cuyas fuerzas debieron ser prodigiosas. Pertenecía al subgénero de los osos blancos a juzgar por su cráneo aplastado, su cuerpo prolongado, sus uñas cortas y poco recurvadas, su hocico fino y su pelaje completamente blanco. En cuanto a las partes comestibles del animal, fueron llevadas a la señora Joliffe y figuraron como plato de refuerzo en la comida de aquel día.

Las semanas siguientes funcionaron las trampas con bastante fortuna. Cayeron en ellas veinte martas, cuyas pieles se hallaban entonces en toda la esplendidez que adquieren en el invierno; pero sólo dos o tres zorras. Estos astutos animales adivinan el lazo que se les ha tendido, siendo lo más frecuente que socaven el suelo junto a la trampa, logrando de este modo apoderarse del cebo y salirse en seguida de debajo del tablón que ha caído sobre ellas. Esto desesperaba a Sabine y le hacía montar en cólera, pues decía que «semejante subterfugio era indigno de zorras honradas». Hacia el 10 de diciembre, roló el viento al Sudoeste y volvió a nevar otra vez,

no con copos espesos, sino una nieve fina y poco abundante, pero que se helaba en seguida, porque hacía un frío muy intenso; y como la brisa era fuerte, no se le podía resistir. Fue necesario, pues, acuartelarse de nuevo y reanudar los trabajos interiores.

Por precaución, repartió Jasper Hobson a todo el mundo pastillas de cal y zumo de limón, porque la persistencia de aquel frío húmedo aconsejaba el empleo de estos antiescorbúticos. Sin embargo, hasta entonces, ningún síntoma de escorbuto se había manifestado entre los habitantes del fuerte Esperanza. Gracias a las precauciones higiénicas adoptadas, la salud había sido siempre excelente.

La noche polar era entonces profunda. Aproximábase el solsticio de invierno, época en que el astro del día alcanzaba su máximo descenso debajo del horizonte para el hemisferio boreal. Durante el crepúsculo de medianoche, el borde meridional de las vastas llanuras blancas teñíase apenas de matices menos sombríos. Una verdadera impresión de tristeza desprendíase de aquel territorio que las tinieblas envolvían por todas partes.

Pasáronse en la casa algunos días. Jasper Hobson se hallaba más tranquilo en lo tocante al peligro de un ataque de las fieras desde que se formó el foso alrededor de la empalizada; y a fe que no fue poca suerte, pues se oían rugidos siniestros acerca de cuya naturaleza no era posible dudar. En cuanto a la visita de los cazadores indios o canadienses, no era de temer en aquella época.

Sin embargo, sobrevino un incidente, que podríamos llamar un episodio en aquella larga internada, y que vino a demostrar que ni aun en el rigor del invierno se hallaban aquellas soledades enteramente despobladas. Algunos seres humanos recorrían aún el litoral, cazando morsas y acampando sobre la nieve. Pertenecían a la raza de los devoradores de pescado crudo, que es lo que significa, literalmente traducida, la palabra esquimal, los cuales se hallan caprichosamente esparcidos por el continente americano, desde el mar de Baffin hasta el estrecho de Behring, y a quienes parece servir de límite meridional el lago del Esclavo.

En la mañana del 14 de diciembre, o, para hablar con mayor propiedad, a las nueve antes del mediodía, el sargento Long, al volver de una excursión a lo largo del litoral, terminó la relación que de ella hizo al teniente diciéndole que, si sus ojos no le habían

engañado, una tribu de nómadas debía estar acampada a cuatro millas del fuerte, cerca de un pequeño cabo que allí formaba la costa.

—¿Quiénes son esos nómadas? —preguntó Jasper Hobson.

—O son hombres o son morsas —respondió el sargento Long—. ¡No existe otro medio!

Grande habría sido la sorpresa del valiente sargento si le hubiesen dicho que ciertos naturalistas han admitido precisamente la existencia del medio que él no admitía. Y, en efecto, algunos sabios, más o menos formalmente, han mirado a los esquimales como una especie de ser intermedio entre el hombre y la vaca marina.

En seguida el teniente Hobson, Paulina Barnett, Madge y algunos otros decidieron ir a comprobar la presencia de los visitantes. Perfectamente abrigados para evitar los efectos de una congelación súbita, armados de fusiles y de hachas, calzados con botas forradas de pieles que hallaban en la nieve helada sólido punto de apoyo, salieron por la poterna y siguieron el litoral, cuyo borde estaba sembrado de témpanos de hielo.

La luna, que se hallaba en su cuarto menguante, derramaba vagos resplandores a través de las brumas del cielo. Después de caminar por espacio de una hora, debió creer el teniente que se había equivocado su sargento o, por lo menos, que sólo había visto morsas, las cuales habían sido sin duda regresado a su elemento por los orificios que mantienen siempre abiertos en medio de los campos de hielo.

Pero el sargento Long, señalando un remolino grisáceo que salía de una intumescencia cónica que se elevaba a algunos centenares de pasos sobre el campo de hielo, limitóse a decir tranquilamente:

—¡He ahí el humo de las morsas! En aquel momento salieron de la cabaña algunos seres humanos, arrastrándose por la nieve. Eran sin duda esquimales, pero sólo un indígena habría sido capaz de decir si eran hombres o mujeres, pues su vestimenta era idéntica.

A decir verdad, y sin que nuestro ánimo sea aprobar la opinión de los naturalistas citados más arriba, parecían focas reales, verdaderos anfibios, cubiertos de vellos y pelos. Eran seis, cuatro grandes y dos pequeños, anchos de espaldas, a pesar de su mediana estatura, con la nariz aplastada, los ojos cubiertos por párpados

enormes, la boca grande, los labios gruesos, los cabellos negros, largos y rudos, y la cara desprovista de barba. Su vestido consistía en una túnica redonda de piel de morsa, y un capuchón, botas y mitones de igual naturaleza.

Aquellos seres medio salvajes habíanse acercado a los europeos y los contemplaban en silencio.

—¿Nadie sabe hablar entre ustedes el lenguaje de los esquimales? —preguntó a sus compañeros Jasper Hobson. Nadie conocía dicho idioma; pero de improvisto escuchóse una voz que les daba la bienvenida en inglés:

—*¡Welcome! ¡Welcome!*

Era un esquimal, o, por mejor decir, pues no se tardó en saberlo, una esquimal, que, avanzando hacia Paulina Barnett, la saludó con la mano.

Sorprendida la viajera, contestó con algunas palabras que la indígena pareció comprender fácilmente, y la familia de esquimales fue invitada a seguir a los europeos hasta el fuerte.

Los esquimales se miraron unos a otros como si se consultaran si deberían aceptar, y después, tras algunos instantes de vacilación, acompañaron al teniente Hobson caminando en compacto grupo.

Al llegar a la empalizada, la mujer esquimal, viendo la casa cuya existencia no sospechaba siquiera, exclamó:

—*¡House!, ¡house! ¿Snow-house?*

Preguntaba si era aquello una casa hecha de nieve; y bien podía creerlo, porque la habitación perdíase entonces bajo aquella masa blanca que cubría todo el suelo.

Se le dio a comprender que era una casa de madera; la esquimal dijo entonces algunas palabras a sus compañeros; hicieron éstos un signo afirmativo, pasaron todos la poterna, y, un instante después, eran introducidos en el salón principal, donde se quitaron los capuchones, pudiéndose entonces reconocer sus respectivos sexos.

Había dos hombres de cuarenta a cincuenta años de edad, de tez amarilla-rojiza, dientes agudos y pómulos abultados, lo que les daba una vaga semejanza con los carnívoros; dos mujeres, jóvenes todavía, cuyos trenzados cabellos hallábanse adornados con dientes y uñas de osos polares; y, por último, dos niños de cinco a seis años, pobres seres de rostro despejado, que miraban con ojos desmesuradamente abiertos.

—Como los esquimales deberemos suponer que tienen siempre hambre —dijo el teniente Hobson—, creo que un buen trozo de caza no desagradará a nuestros huéspedes.

Al oír estas palabras, trajo el cabo Joliffe algunas tajadas de reno, sobre las que se arrojaron aquellas pobres gentes con una avidez bestial. Sólo la joven esquimal que se había expresado en inglés dio muestras de cierta reserva, mirando, sin separar la vista de ella, a Paulina Barnett y a las otras mujeres de la factoría. Después, como advirtiese que la señora

Mac-Nap

tenía en los brazos un niño recién nacido, levantóse, y, aproximándose a él, se puso a acariciarlo con cariño, dirigiéndole al mismo tiempo las palabras más dulces del mundo.

Aquella joven indígena parecía ser, si no superior a sus compañeros, por lo menos más civilizada que ellos, lo cual se echó de ver más claramente cuando, acometida por un ligero acceso de tos, se colocó la mano delante de la boca, según las reglas más elementales de la buena educación.

Este detalle no pasó para nadie inadvertido. Paulina Barnett, hablando con la esquimal y empleando las palabras inglesas más usuales, supo, por algunas frases, que esta joven había servido durante un año en casa de un gobernador danés de Uppernawick, cuya esposa era inglesa; pero más tarde había abandonado la Groenlandia para seguir a su familia por los territorios de caza.

Los dos hombres eran hermanos suyos, y la otra mujer, esposa de uno de ellos, era madre de aquellas dos criaturas, y cuñada suya, naturalmente.

Venían todos de la isla de Melbourne, situada al Este, en el litoral de la América inglesa, y dirigíanse al Oeste, en demanda de la punta Barrow, en la Georgia occidental de la América rusa, donde habitaba su tribu, causándoles extraordinaria sorpresa el hallar una factoría instalada en el cabo Bathurst. Los dos esquimales habían sacudido la cabeza al ver el establecimiento. ¿Era que desaprobaban tal vez la construcción de un fuerte en aquel punto del litoral? ¿Encontraban acaso el sitio mal elegido? A pesar de su gran paciencia, no logró el teniente Hobson que se explicasen acerca de este particular, o, al menos, no comprendió sus respuestas.

En cuanto a la joven esquimal, llamábase Kalumah, y tomó al

parecer, gran afecto a Paulina Barnett. Sin embargo, la pobre muchacha, por muy sociable que fuese, no echaba de menos la posición que en otro tiempo ocupara en casa del gobernador de Uppernawick, y daba muestras de sentir gran apego a su familia.

Después de atracarse a su gusto y de haber apurado media pinta de aguardiente, del que también bebieron los pequeños, despidiéronse los esquimales de sus huéspedes; pero, antes de partir, invitó la joven indígena a Paulina Barnett a visitar su cabaña de nieve, prometiéndole la viajera ir a ella al día siguiente, si no lo impedía el tiempo.

Al día siguiente, en efecto, acompañada de Madge, del teniente Hobson y de algunos soldados armados —no para defenderse de aquellas pobres gentes, sino de los osos blancos, si tropezaban con ellos—, trasladóse Paulina Barnett al cabo Esquimal, nombre con que fue bautizada la punta en cuyas proximidades alzábase el campamento de los indígenas. Corrió Kalumah al encuentro de su amiga de la víspera, y mostróle su cabaña con aire satisfecho. Era un gran cono de nieve, con una estrecha abertura en su vértice que daba salida al humo de un hogar interior, en el que los esquimales habían excavado su transitoria vivienda. Estas casas de nieve que ellos hacen con rapidez extremada, reciben el nombre de iglú en la lengua del país. Son maravillosamente apropiadas para el clima de las regiones polares, y sus habitantes soportan dentro de ellas, sin fuego muchas veces y sin padecer demasiado, fríos de 40º bajo cero. Durante el estío, los esquimales acampan bajo las tiendas de piel de reno y de foca, que reciben el nombre de tupie.

No era operación fácil penetrar en aquella cabaña. Sólo tenía una entrada a ras del suelo, y era preciso deslizarse por una especie de corredor, de tres a cuatro pies de longitud, porque las paredes de nieve medían cuando menos este espesor. Pero una exploradora de profesión, laureada por la Real Sociedad, no podía titubear, y Paulina Barnett no vaciló un momento. Seguida de Madge, introdujose valerosamente por la estrecha abertura, detrás de la joven indígena. El teniente y sus soldados renunciaron a esta visita.

No tardó en comprender Paulina Barnett que no era lo más difícil el penetrar en aquella cabaña, sino el permanecer en su interior. Su atmósfera caldeada por un hogar en el que ardían huesos de morsas, infectada por el fétido aceite de una lámpara,

impregnada por las emanaciones de las grasientas ropas y de la carne de anfibio que constituye el alimento principal de los esquimales, resultaba realmente intolerable. Madge no la pudo resistir y salió inmediatamente. Paulina Barnett dio muestras de un valor sobrehumano, por no causar dolor a la joven indígena, y prolongó su vista por espacio de cinco interminables minutos que hubieron de parecerle cinco siglos.

Sólo halló en el interior a los dos niños y su madre; la caza de las morsas había dejado a los dos hombres a cuatro o cinco millas del campamento.

Paulina Barnett, una vez fuera de la cabaña, aspiró con embriaguez el aire fresco y puro del ambiente, que devolvió a sus mejillas los perdidos colores.

—¿Qué le han parecido a usted las casas de los esquimales? —preguntóle el teniente Hobson.

—La ventilación en ellas deja mucho que desear —respondió simplemente la viajera.

La interesante familia indígena permaneció acampada en aquel mismo lugar por espacio de ocho días. De cada veinticuatro horas, los esquimales pasaban doce cazando morsas. Iban, con una paciencia que sólo los cazadores de oficio podrán comprender, a acechar a los anfibios al borde de los orificios por donde salen a respirar a la superficie de los campos de hielo, y, tan pronto como aparecía la morsa, la enlazaban con un nudo corredizo, por debajo de las aletas pectorales, y, no sin grandes trabajos, la izaban inmediatamente y la remataban a hachazos. Realmente, esto puede decirse que es más bien una pesca que una caza. Después el gran regalo consistía en beberse la sangre caliente del anfibio, que constituye para los esquimales un embriagador placer.

Kalumah iba cada día al fuerte Esperanza, a pesar de lo desapacible de la temperatura. Agradábale en extremo recorrer las diversas habitaciones de la casa, viendo coser y siguiendo todos los detalles de las manipulaciones culinarias de la señora Joliffe. Preguntaba cómo se llamaban en inglés todas las cosas y conversaba con Paulina Barnett durante horas enteras, si la palabra conversar puede emplearse cuando se trata de un sencillo cambio de vocablos largo tiempo rebuscados por una u otra parte. Cuando la viajera leía en alta voz, Kalumah la escuchaba con extraordinaria atención, a

pesar de no comprender nada.

Kalumah cantaba también, con voz bastante dulce, canciones de ritmo extraño, melancólicas, frías, glaciales. Paulina Barnett tuvo la paciencia de traducir una de esas sagas groenlandesas, curiosa muestra de la poesía hiperbórea, a la que una música triste, que procedía por intervalos singulares, prestaba un indefinible color. He aquí una traducción literal y en prosa de esta poesía copiada en el álbum mismo de la viajera.

CANCIÓN GROENLANDESA

¡El cielo está negro y el sol se arrastra apenas! ¡Mi pobre e incierta alma está llena de desesperación! ¡La rubia niña se ríe de mis canciones, y el invierno pasea sus témpanos de hielo sobre su corazón!

¡Mi Ángel soñado! ¡Tu amor vivificante me embriaga, y he desafiado la escarcha por verte, por seguirte! ¡Pero!, ¡ah!, ¡qué no he logrado disipar las nieves de tu corazón con el dulce calor de mis besos!

¡Ah! ¡Ojalá llegue el día en que se compenetren nuestras almas, y mi mano estreche amorosamente la tuya! ¡El sol brillará en nuestro cielo y derretirá las nieves de tu corazón!

El 20 de diciembre la familia esquimal fue al fuerte Esperanza a despedirse de sus habitantes. Kalumah le había tomado cariño a la viajera, quien, de muy buena gana, la hubiera retenido a su lado; pero la joven indígena no quiso abandonar a los suyos, prometiendo, no obstante, volver el verano próximo al fuerte Esperanza.

La despedida fue conmovedora. La esquimal regaló a Paulina Barnett una sortija de latón, recibiendo de ésta un collar de azabache que se puso en seguida entusiasmada. Jasper Hobson no dejó partir a aquellas pobres gentes sin una buena provisión de víveres, que cargaron en su trineo; y, después de algunas palabras de agradecimiento, pronunciadas por Kalumah, la interesante familia emprendió la marcha dirigiéndose hacia el Oeste, y no tardó en desaparecer en medio de las espesas brumas del litoral.

DONDE EL MERCURIO SE HIELA



La sequedad del tiempo y la serenidad de la atmósfera favorecieron aún a los cazadores durante algunos días. Sin embargo, no se alejaban del fuerte, porque la abundancia de la caza les permitía operar en un radio restringido.

Así pues, el teniente Hobson no podía por menos de felicitarse por haber fundado su establecimiento en aquel punto del continente. Las trampas aprisionaron un gran número de animales dotados de piel fina, pertenecientes a todas las especies. Sabine y Marbre mataron una buena cantidad de liebres polares, y fueron derribados a tiros unos veinte lobos hambrientos.

Estos carnívoros mostrábanse demasiado agresivos, y, reuniéndose en grandes bandos alrededor del fuerte, atronaban el aire con sus roncós ladridos. Por el lado del campo de hielo pasaban con frecuencia, entre las pequeñas colinas, grandes osos, cuya aproximación se vigilaba con el mayor cuidado.

El 25 de diciembre fue preciso abandonar otra vez todo proyecto de excursión. Saltó el viento del Norte y el frío se dejó sentir nuevamente con extraordinaria viveza. No era posible permanecer al aire libre sin riesgo de congelarse instantáneamente. El termómetro Fahrenheit descendió a 18º bajo cero (28º centígrados bajo cero). La brisa silbaba como una descarga de metralla. Antes de encerrarse en la casa, Jasper Hobson tuvo la precaución de suministrar a los animales comida suficiente para varias semanas.

El 25 de diciembre era el día de Navidad, esa fiesta del hogar doméstico que tanto se celebra en Inglaterra, la cual solemnizóse en el fuerte con el más religioso celo. Los invernantes dieron gracias a la Providencia por haberlos protegido hasta entonces; los trabajadores holgaron en tan sagrado día, y se reunieron después en espléndido festín, en el que figuraban dos gigantescos budines.

Por la noche, un abundante ponche flameó sobre la amplia mesa, en medio de los vasos relucientes. Apagáronse las lámparas, y el salón, iluminado por la lívida luz del alcohol, adquirió un aspecto fantástico. Los rostros de aquellos excelentes soldados animáronse, a sus trémulos reflejos, con una animación que iba a acrecentar más todavía la absorción del brillante líquido.

Después, amortiguóse la llama, esparcióse alrededor del pastel nacional en forma de lengüetas azuladas, y extinguióse.

¡Fenómeno inaudito! A pesar de no haberse vuelto a encender aún las luces, el salón no quedó a oscuras. Penetraba por la ventana una viva luz rojiza que el brillo de las lámparas no había dejado ver hasta entonces.

Todos los convidados pusieron de pie, extraordinariamente sorprendidos, interrogándose unos a otros con la mirada.

—¡Un incendio! —exclamaron algunos.

Pero, a menos que la casa misma no ardiese, no había posibilidad de que estallase un incendio en los alrededores del cabo Bathurst.

El teniente corrió hacia la ventana y reconoció en seguida la causa de aquel fenómeno: era una erupción volcánica.

En efecto, por detrás de los acantilados del Oeste, más allá de la bahía de las Morsas, aparecía encendido el horizonte. No podían descubrirse las cumbres de las montañas ignívolas, situadas a treinta millas del cabo Bathurst; pero el penacho de llamas elevábase a una prodigiosa altura, y cubría todo el territorio con sus rojizos reflejos.

—¡Esto es todavía más bello que una aurora boreal! —exclamó Paulina Barnett.

Tomás Black protestó contra esta afirmación. ¡Un fenómeno terrestre más bello que un meteoro! Pero, en vez de discutir esta tesis, a pesar del intenso frío y de la aguda brisa, todos abandonaron la sala y salieron a contemplar el maravilloso

espectáculo de aquel refulgente penacho que se proyectaba sobre el fondo oscuro del cielo.

Si Jasper Hobson y las personas que le acompañaban no hubiesen llevado las bocas y las orejas cubiertas por densas pieles, hubieran podido oír los ruidos sordos de la erupción que se propagaban a través de la atmósfera, y se habrían comunicado las impresiones que en ellos engendraba tan sublime espectáculo. Pero iban tan tapados, que no podían hablar ni oír, teniendo que contentarse con ver.

Pero ¡qué imponente escena se presentó ante sus ojos!, ¡qué recuerdo para su entendimiento! Entre la profunda obscuridad del firmamento y la blancura de la inmensa alfombra de nieve, la expansión de las llamas volcánicas producía efectos de luz que el más acabado pincel no sería capaz de imitar, ni la pluma más experta podría describir.

La intensa reverberación se extendía hasta más allá del cénit, apagando gradualmente todas las estrellas, El blanco suelo revestíase de dorados matices. Los montículos del campo de hielo, y, en el fondo, los enormes icebergs, reflejaban sus diversos resplandores como otros tantos espejos ardientes. Los haces luminosos venían a quebrarse o refractarse en todos estos ángulos, y los planos, diversamente inclinados, reflejábanlos con fulgores más vivos y matices más variados. Era un choque de rayos verdaderamente mágico, que semejaba la inmensa decoración de espejos de algún cuento de hadas preparada ex profeso para aquella fiesta de luz.

Pero el frío excesivo no tardó en obligar a los espectadores a encerrarse de nuevo en su caldeada vivienda, y más de una nariz estuvo a punto de pagar demasiado caro el placer que los ojos se habían dado, en detrimento suyo, exponiéndola a semejante temperatura.

Durante los días inmediatos acrecentóse la intensidad del frío, haciendo temer que el termómetro de mercurio no bastase para señalar la temperatura reinante y que fuese preciso recurrir al empleo del de alcohol. Y, en efecto, en la noche del 28 al 29 de diciembre la columna descendió a 32º bajo cero (37º centígrados bajo cero).

Las estufas fueron abarrotadas de combustible, pero no huno

manera de mantener en el interior de la casa una temperatura superior a 20º (7º centígrados bajo cero). Sentíase un intenso frío hasta en los dormitorios, y fuera de un círculo de diez pies de radio alrededor de la estufa, desaparecía el calor por completo; por eso en aquel sitio, que era el mejor de la casa, había sido colocada la cuna del recién nacido, que se complacían en mecer todos los que se aproximaban a la lumbre.

Prohibióse en absoluto el abrir ninguna puerta o ventana, porque el vapor concentrado en las habitaciones se hubiera convertido instantáneamente en nieve. Ya, en los corredores, la respiración de los hombres producía un fenómeno idéntico. Oíanse por todas partes detonaciones secas, que sorprendían a las personas que no estaban acostumbradas a los fenómenos propios de estos climas. Eran los troncos de árboles que formaban las paredes de la casa, que crujían bajo la acción del frío. La provisión de licores, coñac y ginebra, fue preciso bajarla del desván al salón principal, porque todo el alcohol se hallaban concentrado en el fondo de las botellas formando una especie de bola. La cerveza fabricada por las yemas de los abetos, hacía estallar los barriles al helarse. Todos los cuerpos sólidos, como petrificados, resistían a la penetración del calor. La madera ardía con dificultad, y Jasper Hobson tuvo que sacrificar cierta cantidad de aceite de morsa para activar su combustión. Afortunadamente, las chimeneas tiraban bien, impidiendo toda emanación desagradable en el interior; pero, fuera, debía señalarse a lo lejos la presencia del fuerte Esperanza por el olor acre y fétido de sus humos, mereciendo, además, ser clasificado entre los establecimientos insalubres.

Un síntoma notable era la extraordinaria sed de que todos se sentían devorados por aquel intenso frío, siendo preciso para satisfacerla, deshelar constantemente los líquidos al lado del fuego, porque, bajo la forma de hielo, habrían sido impropios para apagar la sed.

Otro síntoma contra el cual el teniente Hobson encargaba a sus compañeros que se defendiesen con tenacidad era una somnolencia obstinada que algunos no lograban vencer. Paulina Barnett, tan animosa como siempre, combatía esta tendencia, no sólo en su propia persona, sino en las de los otros, alentándolos con su conversación y sus consejos. Leía con frecuencia algún libro de

viajes, o cantaba conocidas canciones inglesas, que todos coreaban luego; y estos cantos despertaban, de grado o por fuerza, a los dormidos, que no tardaban en acompañarles también.

De esta suerte transcurrían las largas jornadas en un encierro absoluto, y Jasper Hobson, consultando a través de los vidrios el termómetro colocado en el exterior, observaba que el frío crecía cada vez más. El 31 de diciembre el mercurio se heló por completo dentro de la cubeta del instrumento, lo cual quería decir que la temperatura ambiente era inferior a 44° bajo cero (42° centígrados bajo cero).

Al día siguiente, 1.º de enero de 1860, el teniente Jasper Hobson felicitó por la entrada del nuevo año a Paulina Barnett, aplaudiendo el valor y buen humor con que soportaba las fatigas y privaciones de la internada. Los mismos cumplimientos dedicó después al astrónomo, quien no veía en aquel cambio de 1859 a 1860 más que la entrada del año en que su famoso eclipse había de tener efecto.

Todos los individuos de aquella pequeña colonia, tan estrechamente unidos los unos a los otros, cambiaron también entre sí las felicitaciones propias del día. Su salud, gracias al Cielo, seguía siendo excelente; pues, si bien se habían presentado algunos síntomas de escorbuto, habían cedido en seguida al oportuno empleo del zumo de limón y de las pastillas de cal.

¡Pero todavía era pronto para cantar victoria! La mala estación debía durar aún tres meses. El sol, sin duda, no tardaría en reaparecer sobre el horizonte; pero nada probaba que el frío hubiese alcanzado su máxima intensidad; y, por regla general, en todas las zonas boreales, los mayores descensos de la temperatura ocurren en el mes de febrero.

Sea de ello lo que quiera, el rigor de la atmósfera disminuyó durante los primeros días del año nuevo, y el 6 de enero el termómetro de alcohol colocado en la parte exterior de la ventana del corredor, marcó 66° bajo cero (52° centígrados bajo cero). Algunos grados más, y la temperatura mínima observada en el fuerte Confianza, en 1835, iba a ser alcanzada y aun tal vez excedida.

La persistencia de un frío tan violento inquietaba más y más cada vez a Jasper Hobson. Temía que los animales de pieles valiosas se vieran obligados a buscar más al Sur un clima más benigno, lo

que hubiera contrariado sus proyectos de caza en la próxima primavera. Oía además con frecuencia, a través de las capas subterráneas, ciertos ruidos sordos relacionados evidentemente con la erupción volcánica. El horizonte occidental seguía alumbrado por el fuego terrestre y no cabía duda de que un formidable trabajo plutónico se estaba llevando a cabo en las entrañas del Globo. ¿No sería peligroso para la nueva factoría la vecindad de aquel volcán? Este pensamiento asaltaba con insistencia a Jasper Hobson cada vez que sorprendía alguno de aquellos rugidos internos. Pero estas aprensiones, muy vagas por otra parte, se las reservó para sí.

Con semejante frío, nadie pensaba en abandonar la casa, como se comprenderá fácilmente. Los perros y los renos se hallaban abundantemente abastecidos, de suerte de estos animales, que se hallan además habituados a sufrir largos ayunos durante la estación invernal, no reclamaban los servicios de sus amos. No existía, pues, motivo alguno para exponerse a las inclemencias de la atmósfera. Era ya suficiente el padecer los rigores de una temperatura que apenas si la combustión de la madera y del aceite lograba hacer soportable.

A pesar de todas las precauciones adoptadas, deslizábase la humedad en las salas no ventiladas, depositando sobre las maderas brillantes capas de hielo que se iban espesando por días. Los condensadores se hallaban obstruidos, y hasta estalló uno de ellos bajo la presión del agua solidificada.

En estas condiciones, no pensó el teniente Hobson en economizar el combustible, sino que, por el contrario, prodigábalo a fin de sostener la temperatura que, en cuanto aflojaban los fuegos de la estufa y del hornillo, por muy poco que fuese, descendía a veces a

15°

Fahrenheit (9° centígrados bajo cero). Por eso se estableció una guardia, que se relevaba de hora en hora, cuya única misión era vigilar y sostener la lumbre.

—La leña se acabará pronto —dijo un día el sargento Long al teniente.

—¿Qué se acabará la leña? —exclamó Jasper Hobson.

—Quiero decir —replicó el sargento— que la provisión que tenemos en la casa se va agotando ya, y que dentro de poco será

preciso salir para ir a buscar al cobertizo; y sé por propia experiencia que exponerse al aire ambiente, con un frío tan intenso, es arriesgar la vida.

—Sí, sí —respondió el teniente—; hemos cometido la falta de construir el cobertizo aislado de la casa principal y sin comunicación directa con ella; pero lo advierto ya tarde. Debí tener en cuenta que íbamos a invernar más arriba del paralelo de 70°; pero, en fin, ya no tiene remedio. Dígame, Long, ¿qué cantidad de leña queda en casa?

—La suficiente para alimentar la estufa y el fogón durante dos o tres días a lo sumo —respondió el sargento.

—Esperemos que de aquí a entonces —dijo el teniente Hobson— haya disminuido el rigor de la temperatura, y sea posible atravesar sin gran riesgo el patio del fuerte.

—Lo dudo, mi teniente —replicó el sargento Long, moviendo sentenciosamente la cabeza—. La atmósfera está despejada, el viento se mantiene fijo al Norte y no me sorprenderá que este frío se prolongue durante quince días más, es decir, hasta la nueva luna.

—Pues bien, valiente Long —replicó Jasper Hobson—, me parece que no es cosa de dejarnos morir de frío; de suerte que el día que sea necesario exponer el pellejo...

—Lo expondremos, mi teniente —respondió el valeroso sargento.

Jasper Hobson estrechó la mano de Long, cuya abnegación le era bien conocida.

Alguien podrá decir que Jasper Hobson y el sargento Long exageraban al creer que la súbita impresión de semejante frío sobre el organismo podía causar la muerte; pero, habituados como estaban a las violencias de los climas polares, habían adquirido con la práctica una gran experiencia. Habían visto a hombres robustos, en circunstancias idénticas, caer desvanecidos sobre el hielo en el mismo momento de salir al exterior. Faltábales la respiración, y se les levantaba asfixiados. Estos hechos, por increíbles que parezcan, se han producido muchas veces durante ciertas invernadas. En su viaje por las costas de la bahía de Hudson, en 1746, Guillermo Moor y Smith han citado varios accidentes de este género, habiendo perdido algunos de sus compañeros muertos súbitamente por el frío. No cabe la menor duda de que el atreverse a afrontar una

temperatura cuya intensidad no puede medir ni aun la misma columna mercurial, es exponerse a sufrir una muerte repentina.

Tal era la situación, bastante inquietante por cierto, de los habitantes del fuerte Esperanza, cuando vino un incidente a agravarla más aún.

LOS GRANDES OSOS POLARES



La única de las cuatro ventanas que permitía ver el patio del fuerte era la que se abría en el fondo del corredor de entrada, cuyas puertas exteriores no habían sido cerradas. Pero para que la mirada pudiese atravesar sus vidrios velados a la sazón por la espesa capa de hielo, era preciso lavarlos con agua hirviendo previamente; operación que se efectuaba varias veces al día, por orden del teniente, pudiéndose así observar cuidadosamente el estado del cielo y el termómetro de alcohol colocado en el exterior al mismo tiempo que los alrededores del cabo Bathurst.

Pues bien, el día 6 de enero, a eso de las once de la mañana, el soldado Kellet, encargado de la observación, llamó de improviso al sargento y mostróle ciertas masas que se movían confusamente en la sombra.

Acercóse el sargento a la ventana, y exclamó imperturbable:

—¡Son osos!

Y, en efecto, media docena de estos animales habían logrado salvar la empalizada, y, atraídos por las emanaciones del humo, avanzaban hacia la casa.

Tan luego como tuvo noticia Jasper Hobson de la presencia de los formidable carnívoros, dispuso que atrancaran bien por dentro la ventana del corredor; y como que aquélla era la única entrada practicable, una vez ejecutada su orden, parecióle imposible que pudieran los osos penetrar en el interior de la casa. La ventana,

pues, fue cerrada por medio de fuertes barrotes que el carpintero Mac-Nap sujetó sólidamente, no sin antes haber practicado una estrecha abertura para poder observar las maniobras de los inoportunos visitantes.

—Ahora —dijo el maestro carpintero—, esos señores no entrarán en nuestra casa sin nuestro consentimiento. Tenemos tiempo, pues, de celebrar un consejo de guerra.

—Ahora sí que podremos decir, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, que nada habrá faltado a nuestra invernada; después del frío, los osos.

—Después, no —respondió el teniente—, sino durante él, lo cual es mucho más grave; porque se trata de un frío que nos impide salir al exterior, de suerte que no sé cómo vamos a librarnos de tan maléficas fieras.

—Supongo que se les acabará la paciencia —respondió la viajera—, y que se marcharán por donde mismo vinieron.

Jasper Hobson sacudió la cabeza como hombre que no está convencido, exclamando:

—¡No conoce usted a esos animales, señora! Este riguroso invierno los tiene medio locos de hambre, y no abandonarán este lugar si no les obligamos a ello.

—¿Y eso le inquieta a usted, señor Hobson? —replicó Paulina Barnett.

—Sí, y no —respondió el teniente—. Sé muy bien que los osos no entrarán en nuestra casa; pero ignoro al mismo tiempo cómo saldremos de ella si es necesario.

Dicho esto, Jasper Hobson dirigióse de nuevo a la ventana.

Durante este tiempo, Paulina Barnett y las otras mujeres, congregadas en torno del sargento, escuchaban al valiente soldado que disertaba acerca de los osos, como hombre experimentado en estos lances. Muchas veces el sargento se las había tenido que haber con aquellos carnívoros, cuyo encuentro es frecuente, hasta en los territorios del Sur; pero siempre había sido en circunstancias propicias para atacarlos con éxito. En el caso actual, hallábanse sitiados, y el frío les impedía intentar ninguna salida.

Durante todo el día vigiláronse atentamente las idas y venidas de los osos. De vez en cuando, alguno de aquellos animales

acercaba su gruesa cabeza a la ventana, dejando oír un sordo rugido de cólera. El sargento y el teniente celebraron una conferencia, y resolvieron que, si los osos no se marchaban, se practicarían algunas aspilleras en las paredes de la casa a fin de ahuyentarlos a tiros. Pero decidieron al mismo tiempo esperar un día o dos antes de recurrir a este medio; porque Jasper Hobson quería evitar el establecer toda comunicación entre la temperatura ambiente y la del interior de la casa, que era ya bastante fría. El aceite de morsa que se introducía en las estufas estaba helado, y, tan duro, que era preciso partirlo a hachazos.

La jornada terminó sin otro incidente notable. Los osos iban y venían y daban constantes vueltas alrededor de la casa, pero sin intentar contra ella ningún ataque directo. Se veló toda la noche, y, a eso de las cuatro de la madrugada, llegó a creerse que los asaltantes habían abandonado el patio, porque ya no se veían por ningún sitio. Pero, a eso de las siete, Marbre, que había subido al desván con objeto de recoger provisiones, bajó inmediatamente diciendo que los osos se estaban paseando por el tejado de la casa.

Jasper Hobson, el sargento,

Mac-Nap

y dos o tres soldados, cogieron sus armas y se dirigieron precipitadamente a la escalera del corredor que comunicaba con el desván por medio de un escotillón. En esta pieza era tal la intensidad del frío que, al cabo de algunos minutos, el teniente y sus compañeros no podían ni aun sostener en las manos los cañones de sus fusiles. El aire húmedo que al respirar expelían, caía convertido en nieve alrededor de ellos.

Marbre no se había engañado; los osos ocupaban el techo de la casa. (Oíaseles correr y gruñir, y sus uñas a veces, después de atravesar la capa de la nieve, incrustábanse en las tablas de la techumbre, siendo muy de temer que tuviesen las fuerzas necesarias para arrancarlas).

El teniente y sus hombres, al verse acometidos por el aturdimiento que aquel frío insostenible provocaba, decidieron bajar, dando cuenta a los otros Jasper Hobson de lo serio de la situación.

—Los osos —dijo— se encuentran sobre el tejado, lo cual es una circunstancia en extremo desagradable. Sin embargo, no hay nada

que temer todavía, por lo que a nosotros mismos respecta; porque esos animales no podrán penetrar en las habitaciones; pero sí es muy posible que fuercen la entrada del desván y devoren las pieles que en él hay depositadas; y como quiera que estas pieles pertenecen a la Compañía, tenemos el deber de conservarlas intactas. Os pido, pues, amigos míos, que me ayudéis a colocarlas en lugar seguro.

Al instante, todos los compañeros del teniente escalonáronse a lo largo de la sala, la cocina, el corredor y la escalera. Dos o tres que se relevaban a cortos intervalos, pues no hubiesen podido resistir por mucho tiempo un trabajo sostenido, afrontaron la temperatura del desván, y, en una hora, las pieles, pasando de mano en mano, quedaron almacenadas en el salón central.

Durante esta operación, los osos proseguían sus maniobras y trataban de levantar las vigas principales del techo. En algunos puntos era fácil ver las tablas cimbreadas bajo su peso. El maestro Mac-Nap

se hallaba bastante inquieto, pues, no habiendo contado al construir la casa con que el techo hubiese de soportar una carga semejante, temía que pudiese ceder.

Aquel día transcurrió, sin embargo, sin que los asaltantes lograsen penetrar en el desván; pero otro enemigo no menos formidable introdujose poco a poco en las habitaciones: este enemigo era el frío. El fuego languidecía en las estufas; la reserva de combustible se hallaba casi agotada. Antes que transcurriesen doce horas, el último trozo de leña sería devorado por las llamas y se apagaría la estufa.

Esto sería la muerte, la muerte por el frío, que es la más espantosa de todas. Ya aquellos infelices, apretados los unos contra los otros alrededor de aquella estufa que se enfriaba por grados, sentían que les abandonaba su propio calor también. Pero nadie profería la menor queja. Hasta las mismas mujeres soportaban heroicamente aquellas horribles torturas. La esposa de Mac-Nap

oprimía convulsivamente a su tierno hijo contra su helado pecho. Algunos soldados dormían, o languidecían más bien en un sombrío estupor que distaba bastante de ser sueño.

A las tres de la mañana consultó Jasper Hobson el termómetro

colgado en la parte interior de la pared del salón, a menos de diez pies de la estufa, y observó que marcaba 4º Fahrenheit bajo cero (20º centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada).

El teniente pasóse la mano por la frente, miró a sus compañeros que formaban un grupo silencioso y compacto, y permaneció inmóvil durante algunos momentos. El vapor medio condensado de su respiración rodeábalo de una nube blancuzca.

En aquel instante sintió que sobre su hombro se posaba una mano; dio vuelta a la cabeza, estremecido, y sus ojos tropezaron con los de Paulina Barnett.

—Es preciso hacer algo, señor Hobson —le dijo la valerosa mujer—; ¡no podemos dejarnos morir de este modo, sin siquiera defendernos!

—Sí —respondió el teniente, sintiendo despertarse en él la energía moral—, ¡es preciso hacer algo!

Jasper Hobson llamó al sargento Long, a Mac-Nap y al herrero Rae, es decir, a los hombres más valientes de su tropa, y, acompañados de Paulina Barnett, aproximáronse a la ventana, lavaron con agua hirviendo su vidrio y consultaron al termómetro colocado en la parte exterior.

¡Setenta y dos grados! (40º centígrados bajo cero) —exclamó Jasper Hobson—. Amigos míos, nos quedan solamente dos partidos que tomar: o arriesgar nuestras vidas para renovar la provisión de combustible, o quemar poco a poco los bancos, los tabiques, las camas y todo lo que tenemos dentro de la casa que pueda alimentar las estufas. Pero es éste un recurso supremo, porque el frío puede durar, toda vez que no hay nada que presagie un próximo cambio de tiempo.

—¡Arriesguémonos! —respondió el sargento Long. Ésta fue también la opinión de sus otros dos camaradas. Sin pronunciar ninguna otra palabra, cada cual aprestóse a poner manos a la obra.

He aquí lo que se convino, y las precauciones que se adoptaron para salvaguardar en lo posible las vidas de los que iban a sacrificarse por la salvación de todos.

El cobertizo en que estaba almacenada la leña se elevaba a unos cincuenta pasos a la izquierda y por detrás de la casa principal, y se

decidió que un hombre tratase de llegar hasta él a la carrera. Debía llevar una cuerda arrollada a la cintura, y además otra suelta, uno de cuyos extremos conservarían sus compañeros. Una vez llegado al cobertizo, cargaría de combustible uno de los trineos a cuya parte anterior ataría la cuerda últimamente nombrada, haciendo firme además a su parte posterior el otro extremo de la que llevaba arrollada a la cintura, con ayuda de la cual podría atraer nuevamente hacia él el trineo una vez descargado; quedando de este modo establecida una comunicación entre el cobertizo y la casa, que permitiría renovar, sin demasiado peligro, la provisión de madera. Una sacudida impresa a cualquiera de las dos cuerdas indicaría que el trineo estaba, o cargado en el cobertizo, o descargado en la casa.

El plan estaba sagazmente meditado; pero dos circunstancias podían hacerlo abortar; por una parte, era posible que la puerta del cobertizo, obstruida por el hielo, fuese muy difícil de abrir; y, por otra, era de temer que los osos, descendiendo del techo de la casa, acudiesen presurosos al patio. Eran, pues, dos azares que había que arrostrar sin remedio.

El sargento Long, Mac-Nap y Rae ofreciéronse los tres de una manera espontánea a afrontar todo el peligro; pero alegó el primero que los otros dos eran casados, insistiendo en ejecutar él la tarea.

También pretendía el teniente intentar en persona la aventura; pero la viajera le dijo:

—Señor Jasper, usted es nuestro jefe, y su vida es tan útil para todos que no tiene usted derecho a arriesgarla. Deje usted, pues, que vaya el sargento Long.

Jasper Hobson comprendió los deberes que su posición le imponía, y, llamado a decidir entre sus compañeros, pronuncióse en favor del sargento. Paulina Barnett estrechó con entusiasmo la mano del valeroso Long.

Los demás habitantes del fuerte, dormidos o amodorrados, ignoraban la tentativa que iba a hacerse.

Preparáronse dos largas cuerdas. El sargento arrollóse la una alrededor de su cuerpo, por encima de los cálidos abrigos con que se revistió, consistentes en pieles que sumaban un valor de más de 1000 libras esterlinas. La otra se la ató a la cintura, de la cual se colgó además un puñal y un revólver cargado. Después, en el

momento de partir, se echó al pecho medio vaso de coñac, a lo que llamaba él beber un buen trago de combustible.

Jasper Hobson, Long,

Mac-Nap

y Rae salieron entonces de la sala común. Pasaron por la cocina, cuyo hogar acababa de apagarse, y llegaron al corredor. Allí, Rae, subiendo hasta el escotillón del desván, y entreabriéndolo, aseguró que los osos permanecían aún en el tejado de la casa. Era, pues, el momento de obrar.

Abrieron la primera puerta del corredor, y Jasper Hobson y sus compañeros, a pesar de sus gruesos abrigos, se sintieron helados hasta la medula de los huesos. Abrieron en seguida la segunda puerta, que daba directamente al patio, y todos, por instinto, retrocedieron un momento, medio sofocados. El vapor húmedo que el aire del corredor contenía en suspensión, condensóse instantáneamente, y una nieve finísima cubrió entonces el suelo y las paredes.

El tiempo en el exterior era en extremo seco. Las estrellas resplandecían con brillo extraordinario.

El sargento Long, sin perder un instante, lanzóse en medio de la obscuridad, arrastrando en su carrera el extremo de la cuerda cuyo cabo conservaban sus compañeros. Empujaron éstos en seguida la puerta exterior hasta dejarla encajada, y Jasper Hobson,

Mac-Nap

y Rae retrocedieron al corredor, cuya segunda puerta cerraron herméticamente, y esperaron llenos de impaciencia.

Si Long no volvía transcurridos algunos minutos, debía suponerse que su empresa marchaba por buen camino, y que, instalado en el cobertizo, preparaba la primera carga de leña. Mas para esta operación debían bastar diez minutos en el caso de que la puerta del almacén no hubiese resistido. Cuando partió el sargento, Jasper Hobson y

Mac-Nap

regresaron al fondo del corredor, en tanto que Rae vigilaba el desván y los osos.

Dada la obscuridad de la noche, podía esperarse que no hubiesen advertido estos últimos el rápido paso de Long.

Diez minutos después de la partida de éste, Jasper Hobson,

Mac-Nap

y Rae volvieron al estrecho espacio comprendido entre las dos puertas del corredor, y esperaron en él que fuese hecha la señal de halar el trineo.

Transcurrieron aún cinco minutos más. La cuerda cuyo extremo sostenían continuaba en reposo. ¡Juzgúese la ansiedad de aquellos hombres!

Hacía más de un cuarto de hora que había partido el sargento, tiempo más que suficiente para cargar el trineo, sin haberles transmitido la señal convenida.

Jasper Hobson esperó todavía algunos instantes, y después, tirando del extremo de la cuerda, hizo señas a sus compañeros para que le ayudasen a halar. Si el trineo no estuviese aún cargado, ya sabría el sargento impedir que continuasen tirando.

Halaron, pues, vigorosamente de la cuerda, y sintieron que un objeto pesado era arrastrado por ella sobre la superficie de la nieve, el cual no tardó en llegar a la puerta exterior...

Era el cuerpo del sargento, atado por la cintura. El desdichado Long no había podido llegar al cobertizo siquiera. Había caído en el camino como herido por el rayo. ¡Su cuerpo, expuesto por espacio de cerca de veinte minutos a tan irresistible temperatura, debía ser sólo un cadáver!

Mac-Nap

y Rae lanzaron un grito de desesperación y transportaron el cuerpo al corredor; pero en el instante preciso en que pretendió el teniente cerrar la puerta exterior, sintió que era violentamente rechazada, oyéndose al mismo tiempo un espantoso rugido.

—¡Socorro! —gritó Jasper Hobson.

Mac-Nap

y Rae iban a precipitarse en su auxilio; pero se les adelantó Paulina Barnett que vino a sumar sus esfuerzos a los del teniente Hobson para cerrar la puerta. Pero la monstruosa fiera, haciendo pesar sobre ella todo el peso de su cuerpo, la hacía retroceder poco a poco, e iba a forzar la entrada del corredor...

Entonces Paulina Barnett apoderándose de una de las pistolas que pendían de la cintura del teniente, esperó con serenidad el instante en que el oso introdujera la cabeza entre la puerta y el quicio, y, cuando lo hubo hecho, disparóla a boca de jarro en las

fauces abiertas de la fiera.

El oso desplomóse hacia atrás herido mortalmente sin duda, y la puerta, después de cerrada, quedó sólidamente apuntalada.

En seguida condujeron el cuerpo del sargento al salón y lo extendieron ali lado de la estufa. ¡Pero las últimas brasas se extinguían en aquel momento! ¿Cómo reanimar a aquel desventurado? ¿Cómo devolverle una vida cuyos síntomas todos parecían haber desaparecido?

—¡Yo iré!, ¡yo iré! —exclamó, consternado, el herrero Rae—; yo iré a buscar la leña o...

—Sí, sí —dijo a su lado una voz—, ¡iremos juntos por ella!

Era su valerosa mujer quien de aquella manera se expresaba.

—¡No, amigos mío, no! —exclamó el teniente Hobson—. No podríais libraros del frío ni de los osos. ¡Quememos todo lo que pueda arder aquí dentro, y después que Dios nos ampare!

Y en seguida, todos aquellos infelices, medio helados, levantáronse como locos, con las hachas en la mano. Los bancos, las mesas, los tabiques, todo fue demolido y destrozado y convertido en leña; y la estufa del salón, y el hogar de la cocina zumbaban al poco rato bajo la acción de una ardiente llama que algunas gotas de aceite de morsa activaron más aún.

La temperatura interior subió pronto doce grados, Prodigáronse al sargento los más exquisitos cuidados. Frotáronsele los brazos con coñac caliente, y, poco a poco, se fue restableciendo la circulación de la sangre. Las manchas blanquecinas de que se habían cubierto ciertas partes de su cuerpo empezaron a desaparecer; pero el desdichado Long había padecido cruelmente, así que transcurrieron varias horas antes de que pudiese articular una palabra. Acostáronle en un lecho bien caldeado, y Paulina Barnett y Madge le velaron hasta el día siguiente.

Entretanto, Jasper Hobson,

Mac-Nap

y Rae meditaban la manera de salvar la situación tan horribilmente comprometida. Era evidente que, a los dos días, a lo sumo, faltaría también aquel nuevo combustible que habían encontrado dentro de la misma casa. ¿Qué sería entonces de ellos todos si persistían los fríos?

La luna era ya nueva hacía cuarenta y ocho horas; mas su

reaparición no había provocado ningún cambio de tiempo. El viento Norte asolaba el país con su hálito glacial, el barómetro se mantenía por las nubes, y, de aquel suelo que no formaba ya más que un inmenso campo de hielo, no se desprendía el menor vapor, siendo muy de temer que el frío tardase en cesar. ¿Qué partido adoptar, pues? ¿Debía repetirse la tentativa de volver al cobertizo, más peligrosa ahora todavía por hallarse los osos sobre aviso? ¿Era posible dar a estos animales la batalla al aire libre? No por cierto; hubiera sido un acto de locura que habría dado por resultado la pérdida de todos.

Entretanto, la temperatura de las habitaciones se había hecho más soportable. Aquella mañana la señora Joliffe sirvióles un almuerzo compuesto de carnes calientes y té. No se economizaron los humeantes grogs, y el valiente sargento Long pudo ya participar en el festín.

El fuego bienhechor de las estufas, al elevar la temperatura, animaba al mismo tiempo a aquellas pobres gentes, que sólo esperaban la orden de Jasper Hobson para atacar a los osos. Pero el teniente no quiso exponer su gente, por no parecerle igual la partida. El día iba, por tanto, a transcurrir, al parecer, sin ningún otro incidente, cuando, a eso de las tres de la tarde, sintióse un gran ruido en el techo de la casa.

—¡Ya los tenemos ahí! —exclamaron a coro dos o tres soldados, armándose precipitadamente de pistolas y de hachas.

Era evidente que los osos, después de arrancar una de las vigas maestras del techo, habían forzado la entrada del desván.

—¡Qué no se mueva nadie! —gritó con voz tranquila el teniente—. ¡Rae el escotillón!

El herrero corrió hacia el pasillo, subió a saltos la escalera y sujetó el escotillón sólidamente.

Se sentía un ruido espantoso sobre el techo, que parecía cimbrarse bajo los pies de los osos; una confusa mezcla de gruñidos, patadas y zarpazos.

¿Cambiaría aquel incidente la situación? ¿Se agravaba el mal, o no? Jasper Hobson y algunos de sus compañeros celebraron una consulta acerca del particular. La mayoría estimaba que su situación se había mejorado. Si los osos se hallaban todos reunidos dentro del desván, lo que parecía probable, tal vez fuese posible atacarlos en

aquel reducido espacio sin temor a que el frío asfixiase a los combatientes o les arrebataste las armas de las manos. Es verdad que un combate cuerpo a cuerpo con semejantes fieras era peligroso en extremo; pero, en fin, ya no existía una imposibilidad física que impidiera en absoluto intentarlo.

Quedaba por resolver si se atacaría o no a los asaltantes en el lugar que ocupaban, operación tanto más peligrosa cuanto que los soldados no podían entrar más que uno a uno en el desván por el estrecho escotillón.

Se comprende fácilmente que el teniente vacilase en iniciar el ataque. Después de reflexionarlo mucho y de escuchar los consejos del sargento y de otros cuya valor no admitía discusión, decidióse a esperar. Tal vez pudiera sobrevenir un incidente que acrecentase las probabilidades de éxito.

Por otra parte, era casi imposible que los osos lograsen levantar las vigas del techo, que eran mucho más sólidas que las del tejado; de suerte que no parecía probable que lograsen bajar al piso bajo.

Aguardaron, pues, todos, y el día transcurrió sin otra novedad. Por la noche fue tan grande el alboroto que armaron las enfurecidas fieras, que nadie pudo dormir.

Al día siguiente vino a complicar la situación un nuevo acontecimiento que obligó a obrar al teniente. Sabido es que las chimeneas de la estufa y del hogar atravesaban el desván en toda su altura. Estas chimeneas, hechas con ladrillos de cal e imperfectamente cimentadas, no podían resistir una fuerte presión lateral. Ocurrió, pues, que los osos, sea que las atacasen directamente, sea que se apoyaran en ellas para mejor percibir el calor que despedían, el hecho es que las fueron destruyendo poco a poco. Se oyó caer por su interior los trozos de ladrillos, y bien pronto dejaron de tirar la estufa y el fogón.

Era aquella desgracia irreparable que hubiera arrebatado la esperanza sin duda a gentes menos enérgicas, y que trajo consigo una nueva complicación; porque, al par que los fuegos se apagaban, un humo negro, acre y nauseabundo, producido por la combustión imperfecta de la leña y el aceite, invadió toda la casa, haciéndose tan espeso en algunos minutos, que eclipsó la luz de las lámparas.

Jasper Hobson se veía precisado a abandonar la casa, so pena de perecer asfixiado; ¡y abandonar la casa era perecer de frío!

Empezaron las mujeres a dar gritos, y entonces el teniente, empuñando un hacha, gritó con enérgico acento:

—¡A los osos, amigos míos!, ¡a los osos!

No quedaba otra solución. Urgía exterminar a aquellos animales. Todos, sin excepción, corrieron hacia el pasillo y se lanzaron por la escalera arriba con Jasper Hobson a la cabeza. Levantóse el escoten y oyéronse varios tiros en medio de los torbellinos de humo negro. Hubo gritos mezclados de rugidos y la sangre corrió en abundancia. Batíanse con los osos en medio de la obscuridad más espantosa...

Pero en aquel momento escucháronse terribles estruendos y violentas sacudidas agitaron el helado suelo. Inclínóse la casa como si hubiese sido arrancada de sus pilares. Los maderos que constituían las paredes desuniéronse, y, por sus aberturas, Jasper Hobson y sus compañeros pudieron contemplar, estupefactos, que los osos, espantados como ellos, huían lanzando aullidos a través de las tinieblas.

DURANTE CINCO MESES



Un terremoto terrible acababa de conmover aquella parte del continente americano. Semejantes sacudidas debían, a no dudarlo, ser frecuentes en aquel suelo volcánico. La conexión que existe entre los fenómenos sísmicos y los eruptivos quedaba una vez más patentizada.

Jasper Hobson comprendió lo que había acontecido, aguardó con terrible inquietud, temeroso de que se abriera el suelo y le tragara con todos sus compañeros. Pero afortunadamente se produjo una sola sacudida que fue más bien una repercusión que no un golpe directo. A consecuencia de ella, inclinóse la casa hacia el lado del lago, destrabándose las paredes; pero el suelo recuperó en seguida su estabilidad y quietud.

Era preciso pensar en lo más urgente. La casa, aunque desvencijada, estaba todavía habitable. Tapáronse rápidamente las aberturas producidas por la disyuntura de las vigas, y se repararon, lo mejor que fue posible, las chimeneas.

Las heridas que algunos soldados habían recibido durante la lucha con los osos eran, afortunadamente, ligeras, y no exigieron más que una sencilla cura.

Aquellas pobres gentes pasaron dos días terribles en semejantes condiciones, quemando la madera de las camas y las tablas de los tabiques, y durante este tiempo

Mac-Nap

y sus peones hicieron en el interior las reparaciones más urgentes. Las columnas, sólidamente clavadas en el suelo, no habían cedido, y el conjunto se mantenía firme.

Lo que resultaba evidente era que el terremoto había provocado una desnivelación extraña en la superficie del litoral, y que se habían efectuado grandes cambios en aquella porción del territorio. Jasper Hobson ardía en impaciencia por conocer estos resultados que, hasta cierto punto, podían comprometer la seguridad de la factoría; pero el frío cruel no permitía a nadie salir al exterior.

Observáronse, sin embargo, algunos síntomas que indicaban un cambio de tiempo bien próximo. Podía observarse, a través de la ventana, una disminución apreciable en el brillo de las constelaciones. El día 11 de enero el barómetro bajó algunas líneas. Formábanse vapores en el aire y su condensación debía producir una elevación más o menos importante de la temperatura.

En efecto, el 12 de enero rolóse el viento al Sudoeste, acompañado de nieve intermitente. El termómetro interior subió casi de repente a 15° sobre cero (9° centígrados bajo cero), temperatura que, para aquellos invernantes tan cruelmente tratados, resultaba primaveral.

Aquel día, a las once de la mañana, todos estaban fuera de la casa. Parecían un grupo de cautivos que inesperadamente hubieran recobrado su libertad; pero se prohibió en absoluto el salir del recinto, por temor a malos encuentros.

En esta época del año no había reaparecido aún el sol; pero se aproximaba al horizonte lo bastante para producir un largo crepúsculo que permitía distinguir con bastante claridad los objetos situados dentro de un radio de dos millas.

La primera mirada de Jasper Hobson fue para aquel territorio que tan modificado habría debido quedar a causa del terremoto.

En efecto, se habían producido varios cambios. El promontorio en que terminaba el cabo Bathurst encontrábase, en parte, desmochado, habiéndose desprendido grandes trozos del acantilado, que cayeron hacia el lado del río. Parecía también como si toda la masa del cabo se hubiese inclinado hacia el lago, sin exceptuar la meseta sobre la cual descansaba la casa. Todo el suelo, en general, se había hundido por el Oeste y levantado por el Este.

Esta desnivelación debía traer consigo una consecuencia grave, a

saber: que las aguas del lago y del río Paulina, tan pronto como el deshielo las dejase en libertad, mudarían de sitio buscando el nivel más bajo, siendo probable que se inundase una porción del territorio del Oeste; y el riachuelo, además, cambiaría de cauce, lo cual comprometería la existencia del puerto natural formado en su desembocadura.

Las colinas de la costa oriental parecían haber disminuido considerablemente la altura; pero, por lo que respecta a los acantilados del Oeste, no era posible juzgar, a causa de su mucha distancia. En una palabra, la importante modificación provocada por el terremoto consistía en que, en una superficie de cuatro o cinco millas al menos, la horizontalidad del suelo había sido destruida, adquiriendo un pronunciado declive de Este a Oeste.

—Ya ve usted, señor Hobson —dijo la viajera riendo—, usted, en su amabilidad, había dado mis nombres al río y al puerto, y ahora ya no existe ni río Paulina ni puerto Barnett. Es preciso reconocer que no tengo gran suerte.

—En efecto, señora —respondió el teniente—; pero si ha desaparecido el río, el lago continúa en su mismo puesto; de suerte que, si me lo permite usted, le llamaremos desde hoy el lago Barnett. Me complace en creer que éste le será a usted fiel.

El cabo Joliffe y su esposa, en cuanto salieron de la casa, dirigieron el uno a la perrera y la otra al establo de los renos. Los perros no habían padecido demasiado durante su largo encierro, y se lanzaron dando saltos de alegría al patio interior. Un reno había fallecido, datando su muerte de muy pocos días; los otros, aunque alguno más delgados, parecían encontrarse en buen estado de conservación.

—Bien, señora —dijo el teniente Hobson a Paulina Barnett, que caminaba a su lado—, hemos salido del paso bastante mejor de lo que hubiéramos podido esperar.

—Jamás perdí la esperanza, señor Hobson —respondió la viajera—. Hombres como usted y sus compañeros no creí nunca que se dejaran vencer por las penalidades y fatigas de una invernada.

—Señora, desde que vivo en las regiones polares —replicó Jasper Hobson— jamás he experimentado un frío semejante, y, para no ocultarle nada, creo firmemente que si hubiera persistido algunos días más estábamos perdidos sin remedio.

—¿Entonces ese terremoto ha venido como llovido del cielo para ahuyentar a los osos, y ha contribuido tal vez a modificar los rigores de la temperatura? —preguntó la viajera.

—Es posible, señora; muy posible, en verdad —respondió el teniente—. Todo estos fenómenos de la naturaleza guardan relación entre sí y se modifican mutuamente. Pero le he de confesar que me inquieta la composición volcánica de este suelo. La vecindad de ese volcán en actividad me parece dañosa para nuestra factoría. Si sus lavas no pueden alcanzarle, provoca, por lo menos, sacudidas que la comprometen. ¡Mire usted el aspecto que presenta nuestra pobre casa!

—Ya la hará usted reparar, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, en cuanto comience el buen tiempo, aprovechando la lección recibida para aumentar su solidez.

—Sin duda alguna, señora; pero, tal como hoy se encuentra, temo mucho que no la halle usted muy cómoda.

—¿A mí me dice usted eso, señor Hobson? —respondió Paulina Barnett, riendo—. ¡A mí! ¡A una exploradora! Me figuraré que vivo en el camarote de un buque que va escorado, y, desde el momento en que su casa de usted no se balancea, no temo marearme.

—¡Bien, señora, muy bien! —respondió Jasper Hobson—. ¡No hay palabras bastante elevadas para calificar su carácter de usted, que es de todos conocido! Con su energía moral y su buen humor delicioso, ha contribuido usted a sostenernos a todos durante estas duras pruebas, y le doy a usted las gracias en mi nombre y en el de mis compañeros.

—Le aseguro, señor Hobson, que exagera usted...

—No, no; lo que digo a usted se lo repetirán todos... Pero permítame usted que le haga una pregunta. Ya sabe usted que, en el mes de junio próximamente, el capitán Craventy debe enviarnos un convoy de víveres que se llevará, a su regreso, nuestras existencias de pieles al fuerte Confianza. Es probable que nuestro amigo Tomás Black, que ya habrá observado su eclipse, regrese en julio con este destacamento. ¿Me permitirá usted, señora, que le pregunte si tiene usted intención de acompañarle?

—¿Es que me despidе usted, señor Hobson? —preguntó, sonriendo, la viajera.

—¡Oh señora!...

—Pues bien, mi teniente —respondió Paulina Barnett, tendiéndole la mano a Jasper Hobson—, me voy a permitir la libertad de pedirle a usted permiso para pasar otro invierno en el fuerte Esperanza. Es probable que el año próximo venga algún buque de la Compañía a fondear al abrigo del cabo Bathurst, y lo aprovecharé para irme; porque me agradaría, después de haber venido por tierra, marcharme por el estrecho de Behring.

El teniente escuchó con extraordinaria alegría la determinación de la viajera, a quien conocía ya a fondo y apreciaba como merecía. Una inmensa simpatía ligábale a aquella animosa mujer, quien a su vez tenía formado de él un elevado concepto. A decir verdad, ninguno de los dos habría visto venir sin gran pena la hora de la separación. ¿Quién sabe, por otra parte, si el Cielo no les tenía reservadas aún terribles pruebas, durante las cuales debiera unirse su doble influencia para la común salvación?

El 20 de enero reapareció por primera vez el sol y terminó la noche polar. Sólo permaneció breves instantes encima del horizonte, y fue saludado por los invernantes con clamorosos hurras. A partir de esta fecha, la duración del día creció incesantemente.

Durante el mes de febrero, y hasta el 15 de marzo, hubo aún transiciones muy bruscas de bueno y de mal tiempo. Los días buenos fueron muy fríos y en los malos nevó mucho.

Durante los primeros, el frío impedía a los cazadores salir; y durante los últimos, eran las tempestades de nieve las que les obligaban a permanecer dentro de casa. Hubo, pues, que contentarse con ejecutar en los días indecisos ciertos trabajos exteriores, sin intentar siquiera ninguna excursión lejana.

Por otra parte, ¿a qué alejarse del fuerte, si las trampas funcionaban con excelente éxito? Durante el final de aquel invierno, las martas, las zorras, los armiños, los glotones y otros animales dotados de valiosísimas pieles se dejaron cazar en gran número, de suerte que los cazadores no permanecieron ociosos a pesar de no alejarse de los alrededores del cabo Bathurst.

Una sola excursión llevada a efecto en marzo a la bahía de las Morsas dio a conocer que el terremoto había modificado de una manera notable la forma de los acantilados, cuya elevación había disminuido mucho. Más lejos, las montañas ignívolas, coronadas

de ligeros vapores, parecían momentáneamente apaciguadas.

Hacia el 20 de marzo, señalaron los cazadores la presencia de los primeros cisnes, que emigraban de los territorios meridionales y se dirigían hacia el Norte, lanzando agudos silbidos. También se vieron algunos verdrones de las nieves y halcones invernantes; pero el suelo se hallaba cubierto todavía de una inmensa alfombra blanca, y los rayos del sol no poseían aún la suficiente fuerza para fundir la superficie sólida del mar y de la laguna.

El desastre no llegó hasta los primeros días de abril. La ruptura de los hielos se operaba con espantoso estruendo, que a veces semejaba descargas de artillería. En el banco de hielo producíanse bruscas alteraciones. Más de un iceberg, derruido por los choques, socavado por su base, desplomábase con estrépito terrible, a consecuencia del desplazamiento sufrido por su centro de gravedad, siendo ésta la causa principal de los desmoronamientos que precipitaban la rotura del gran campo de hielo.

En esta época la temperatura media era de treinta y dos grados sobre cero (0° centígrados), de suerte que los primeros hielos de la playa no tardaron en fundirse, y la banca, arrastrada por las corrientes polares, retiróse poco a poco entre las brumas del horizonte.

El día 15 de abril el mar estaba ya libre, y un buque procedente del océano Pacífico, después de atravesar el estrecho de Behring y barajar la costa americana, habría podido fondear perfectamente al abrigo del cabo de Bathurst.

Al mismo tiempo que el océano Ártico libróse el lago Barnet de su coraza de hielo, con gran satisfacción de los millares de patos y otras aves acuáticas que pululaban en sus orillas; pero, como lo había previsto Jasper Hobson, sus contornos se habían modificado a consecuencia del nuevo declive del suelo. La porción de su playa que se extendía delante de la empalizada del fuerte y que limitaban por el Este las colinas cubiertas de bosque, habíanse ensanchado considerablemente. Jasper Hobson calculó en ciento cincuenta pasos el retroceso de las aguas del lago en su orilla oriental. En la parte opuesta habían debido desplazarse otro tanto hacia el Oeste, e inundar el país, si no las había contenido alguna barrera natural.

En resumen, que había sido una suerte que la desnivelación del suelo se hubiera efectuado de Este a Oeste, pues si se hubiese

producido en sentido contrario, la factoría se hubiera sumergido irremisiblemente.

Por lo que respecta al riachuelo, secóse en cuanto el deshielo restableció su corriente, pudiéndose afirmar que las aguas remontaron su curso, retrocediendo hacia su propia fuente, por haberse establecido en su lecho de Norte a Sur la pendiente.

—He aquí —dijo Jasper Hobson al sargento— un río que hay que borrar de los mapas de las regiones polares. Si no hubiésemos contado más que con ese arroyuelo para surtirnos de agua, nos veríamos a estas horas en un formidable aprieto. Afortunadamente, nos queda todavía el lago Barnett, y me atrevo a asegurar que entre todos no lograremos agotarlo por mucho que bebamos.

—En efecto —respondió el sargento Long—, el lago... Pero ¿seguirán siendo dulces sus aguas?

Jasper Hobson miró fijamente al sargento y sus cejas contrajéronse. No se le había ocurrido pensar en que una fractura del suelo podía haber establecido una comunicación entre la laguna y el mar; desgracia irreparable que hubiera forzosamente traído aparejada la ruina y abandono de la naciente factoría.

El teniente y el sargento Long corrieron presurosos hacia el lago... ¡Sus aguas seguían siendo dulces!

En los primeros días de mayo, la tierra, limpia de nieve en algunos parajes, empezó a reverdecer bajo la influencia de los rayos solares. Algunas gramíneas y musgos asomaron tímidamente sus puntas fuera del suelo. Las semillas de acederas y de codearías, sembradas por la señora Joliffe, germinaron también. La capa de nieve habíalas protegido contra los rigores del frío de aquel riguroso invierno; pero ahora era preciso protegerlas contra los picos de los pájaros y los dientes de los roedores, importante tarea que le fue encomendada al digno cabo Joliffe, el cual desempeñó a conciencia y con la seriedad de un maniquí colocado a guisa de espantajo en un huerto, su difícil cometido.

Cuando se hicieron más largos los días, reanudáronse las partidas de caza.

Jasper Hobson quería completar la existencia de pieles que debían ser entregadas a los agentes del fuerte Confianza dentro de algunas semanas. Marbre, Sabine y otros cazadores pusiéronse en campaña. Sus excursiones, empero, no fueron fatigosas ni largas.

Jamás se apartaban arriba de las dos millas del cabo Bathurst. No habían visto jamás territorios donde tanto abundase la caza, y se hallaban naturalmente tan sorprendidos como satisfechos. Las martas, los renos, las liebres, los caribúes, las zorras y los armiños venían materialmente a colocarse delante de los cañones de sus escopetas.

Sólo tenían una queja, y era ésta que, con inmenso sentimiento de todos los invernantes, que les guardaban implacable rencor, no vieron un solo oso, ni aun siquiera encontraron sus huellas. Parecía como si al huir los que les atacaron la casa hubieran arrastrado tras ellos a todos sus congéneres. Tal vez aquel terremoto habría asustado más particularmente a estos animales, cuya organización es delicada en extremo y que son muy nerviosos, si es que se puede aplicar a un sencillo cuadrúpedo este calificativo.

El mes de mayo fue bastante lluvioso, cayendo alternativamente agua y nieve. La temperatura media fue de 41^º sobre cero (5^º centígrados sobre cero). Las nieblas fueron frecuentes, y a veces tan espesas que habría ido una imprudencia el separarse del fuerte. Kellet y Petersen, perdidos por espacio de cuarenta y ocho horas, causaron las más vivas inquietudes a sus compañeros. Un error en la dirección, que no pudieron rectificar, los había llevado hacia el Sur, cuando se creían en las proximidades de la bahía de las Morsas. Cuando regresaron venían completamente extenuados y medio muertos de hambre.

Llegó junio, por fin, y con él el buen tiempo, y hasta verdadero calor en algunas ocasiones. Los habitantes del fuerte habíanse despojado de sus vestidos de invierno. Trabajábase activamente en la reparación de la casa, que se pretendía enderezar, y al mismo tiempo hacía construir Jasper Hobson un amplio almacén en el ángulo Sur del patio. La abundancia de caza que había en el territorio justificaba plenamente la oportunidad de esta nueva construcción. La cantidad de pieles acopiadas era considerable, y se hacía necesario disponer de un local destinado especialmente para su almacenaje.

Entretanto, Jasper Hobson esperaba de un día a otro la llegada del destacamento que debía enviarle el capitán Craventy. Faltaban todavía numerosos objetos en la nueva factoría, y era necesario renovar las municiones. Si dicho destacamento había salido del

fuerte Confianza a primeros de mayo, debía llegar al cabo Bathurst hacia mediados de junio. Como se recordará, éste era el punto de reunión convenido entre el capitán y el teniente; y, como Jasper Hobson había establecido el nuevo fuerte en el cabo mismo, los agentes enviados en su busca no tendrían más remedio que encontrarle.

A partir del 15 de junio hizo vigilar el teniente los alrededores del cabo. El pabellón británico había sido arbolado en la cumbre del promontorio para que fuera visto desde lejos. Era de suponer, por otra parte, que el convoy de abastecimiento seguiría el mismo itinerario, sobre poco más o menos, que había seguido el teniente, costearo el litoral desde el golfo de la Coronación hasta el cabo Bathurst. Era la vía más segura, si no la más corta, en una época del año en que el mar, libre de hielos, delimitaba perfectamente las orillas, permitiendo seguir sus contornos.

A pesar de todo esto, terminó el mes de junio sin que apareciese el convoy. Jasper Hobson sintió alguna inquietud, sobre todo cuando las nieblas envolvieron de nuevo el territorio. Temía por los agentes que se habían aventurado en aquel desierto, y a quienes aquellas persistentes brumas podían oponer serios obstáculos.

Jasper Hobson hablaba con frecuencia con Paulina Barnett, el sargento,

Mac-Nap

y Rae de aquel estado de cosas. El astrónomo Tomás Black no ocultaba sus temores, porque, una vez observado el eclipse, contaba con volverse con el destacamento; y si éste no llegaba, veríase condenado a una nueva invernada, perspectiva que no le entusiasmaba. Aquel abnegado sabio, no deseaba otra cosa que marcharse una vez cumplida su misión; por eso, con frecuencia, solía comunicar sus temores a Jasper Hobson, quien no sabía, en verdad, qué responderle.

Llegó el 4 de julio, y seguían sin noticias. Algunos hombres enviados a reconocer la costa a tres millas de distancia, regresaron sin hallar vestigio alguno.

Era, pues, necesario admitir que los agentes del fuerte Confianza, o no habían salido de él, o se había extraviado por el camino. Por desgracia, esta última hipótesis era la más probable. Jasper Hobson conocía muy a fondo al capitán Craventy, y no

dudaba de que la expedición hubiese salido del fuerte Confianza en la época convenida.

¡Fácil es comprender cuan vivas se harían entonces sus inquietudes! La buena estación transcurría insensiblemente. Dentro de un par de meses, el cruel invierno ártico, con sus vientos huracanados, sus torbellinos de nieve y sus noches interminables descendería nuevamente sobre aquella desolada región.

No era el teniente Hobson hombre a propósito para permanecer en aquella incertidumbre. Era preciso adoptar una resolución, y he aquí lo que decidió, después de haber consultado con todos sus compañeros, no siendo necesario decir que el astrónomo apoyó el plan con todas sus energías.

Estaban a 5 de julio. Dentro de 14 días, el 18 de aquel mismo mes, se verificaría el eclipse solar, y al día siguiente mismo podría Tomás Black abandonar el fuerte Esperanza. Acordóse, por consiguiente, que si, de allí a entonces, los agentes esperados no llegaban, saldría de la factoría un convoy, compuesto de algunos hombres y cuatro o cinco trineos, con dirección al lago del Esclavo. Conduciría este convoy la parte más valiosa de las pieles almacenadas, y, en seis semanas lo más, es decir, hacia fines de agosto, podría llegar al fuerte Confianza.

Una vez decidido esto, volvió a ser Tomás Black el hombre absorto siempre en sus meditaciones, que sólo esperaba el momento en que la Luna, matemáticamente interpuesta entre él y el astro radioso, eclipsase el disco del Sol totalmente.

EL ECLIPSE DEL 18 DE JULIO DE 1860



Las brumas, entretanto, no acababan de disiparse. El sol sólo se mostraba a través de una opaca cortina de vapores, lo que no dejaba de atormentar al astrónomo, acordándose de su eclipse. La niebla era a menudo tan intensa que desde el patio del fuerte no se alcanzaba a ver la cumbre del promontorio.

La inquietud del teniente Hobson era cada vez mayor, y no dudaba ya de que el convoy salido del fuerte Confianza se había extraviado en el desierto. Su espíritu se sentía agitado por vagas aprensiones y tristes presentimientos. Aquel enérgico ser miraba el porvenir con ansiedad. ¿Por qué? El mismo no hubiera sabido explicarlo.

Todo, no obstante, parecía salir bien. A pesar de los rigores de aquel invierno cruel, su pequeña colonia gozaba de excelente salud. Entre sus compañeros no existía el menor desacuerdo, cumpliendo cada cual su cometido con intachable celo. El territorio era abundante en caza. La recolección de pieles había sido magnífica, y la Compañía no podría menos de mostrarse satisfechísima de los resultados obtenidos por su agente. Y, aún admitiendo que el fuerte Esperanza no fuese abastecido de nuevo, ofrecía el país los suficientes recursos para que pudiese afrontarse sin temor la perspectiva de una segunda invernada. ¿Por qué el teniente Hobson perdía, pues, la confianza?

Más de una vez Paulina Barnett y él conversaron acerca de este

asunto, tratando la primera de tranquilizarle, haciéndole ver las razones arriba enumeradas. Aquel día, paseándose con él por la playa, defendió con más insistencia que nunca la causa del cabo Bathurst y de la factoría fundada a costa de tantos trabajos.

—Sí, señora, sí; tiene usted mucha razón —le respondió Jasper Hobson—; pero los presentimientos no dependen de la voluntad. No crea usted, por eso, que yo sea un visionario. Veinte veces, en mi larga carrera de soldado, me he visto en circunstancias muy críticas sin haberme conmovido un solo instante; y, sin embargo, ahora, por primera vez en mi vida, me inquieta el porvenir. Si viera frente a mí un peligro cierto, no lo temería: se lo aseguro a usted; pero se trata de un peligro indeterminado, vago, que no hago más que presentir...

—Pero ¿qué peligro? —preguntó Paulina Barnett. ¿Teme usted a los hombres, a los animales o a los elementos?

—¿A los animales? De ninguna manera —respondió Jasper Hobson—. Ellos son los que han de temer a los cazadores del cabo Bathurst. ¿A los hombres? Tampoco. Estos territorios sólo son frecuentados por los esquimales, y los indios se aventuran en ellos raras veces...

—Y fíjese usted señor Hobson —añadió Paulina Barnett—, que esos canadienses, cuya visita hubiera usted podido temer durante la buena estación, no han venido siquiera...

—Bastante lo siento, señora.

—¡Cómo!, ¿siente usted que no hayan venido esos competidores cuyas intenciones hacia la Compañía son hostiles sin género de duda?

—Señora —respondió el teniente—, lo siento, y no lo siento, a un tiempo mismo... Esto es bastante difícil de explicar. Observe usted que el convoy del fuerte Confianza debía haber llegado y no ha llegado. Lo mismo ocurre con los agentes de las Peleterías de San Luis, que podían venir y no han venido. Ni un esquimal siquiera ha visitado esta parte del litoral durante todo el verano...

—¿Y qué deduce usted de ahí, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Que no se llega tal vez al cabo Bathurst y al fuerte Esperanza con la facilidad que se quisiera, señora.

La viajera miró al teniente Hobson, cuya frente se hallaba

evidentemente ensombrecida, y que había subrayado con singular acento la palabra facilidad.

—Teniente Hobson —le dijo—, puesto que no teme usted nada de los hombres ni de los animales, preciso será que crea que son los elementos...

—Señora —respondió Jasper Hobson—, no sé si tengo la razón perturbada, si mis presentimientos me ciegan; pero creo que nos hallamos en un país muy extraño. Si lo hubiera conocido mejor, me parece que no me habría establecido en él. Le he hecho observar a usted ya ciertas particularidades que me han parecido inexplicables, tales como la falta absoluta de piedras en todo el territorio, y el corte del litoral, tan limpio y tan marcado. La formación primitiva de este extremo del continente no me parece muy clara. Sé muy bien que la vecindad de un volcán puede producir ciertos fenómenos... ¿Recuerda usted lo que le he dicho acerca de las mareas?

—Perfectamente, señor Hobson.

—En un lugar donde el mar, según las observaciones practicadas por los exploradores de estas regiones, debería elevarse de quince a veinte pies, apenas si se eleva uno solo.

—Sin duda —respondió Paulina Barnett—; pero ya explicó usted ésta anomalía por la configuración especial de las costas, la falta de amplitud de los estrechos...

—He tratado de explicarlo nada más —respondió el teniente Hobson—; pero anteayer observé un fenómeno todavía más inverosímil, que no sabré explicar, y dudo que puedan hacerlo las personas más doctas e ilustradas.

—¿Qué fenómeno es éste? —preguntó Paulina Barnett, contemplando al teniente con curiosidad no exenta de inquietud.

—Anteayer, señora, correspondió el plenilunio, y la marea, según el calendario, debía ser muy viva: Pues bien, el mar no se ha elevado ni un pie siquiera, como otras veces. ¡No ha sufrido la menor elevación!

—¿No se habrá usted equivocado? —preguntó Paulina al teniente.

—No; no, señora; la he observado yo mismo. Anteayer, 4 de julio, la marea ha sido nula, ¡absolutamente nula en el litoral del cabo Bathurst!

—Y, ¿qué deduce usted de ello, señor Hobson?

—Deduzco, señora —respondió el teniente—, que, o las leyes de la naturaleza han cambiado, o que este país se encuentra en una situación especial... O, mejor dicho, yo no deduzco nada... yo no comprendo nada... yo no sé explicar nada... pero... ¡siento una gran inquietud!

Paulina Barnett no quiso insistir más.

Evidentemente, aquella ausencia total de marea era inexplicable, extranatural, como lo sería la ausencia del sol en el meridiano a mediodía. A menos que el terremoto no hubiese modificado por completo la configuración del litoral y de las tierras árticas... Pero esta hipótesis no podía satisfacer a ningún observador serio de los fenómenos terrestres.

En cuanto a suponer que el teniente se hubiese equivocado en sus observaciones, no era en modo alguno admisible; y además, aquel mismo día, 6 de julio, Paulina Barnett y él comprobaron, por medio de señales practicadas en el litoral, que la marea, que un año antes subía un pie por lo menos, era en la actualidad nula, ¡completamente nula!

Acerca de esta extraña observación guardóse el mayor secreto. Jasper Hobson no quería, y con razón, despertar la menor inquietud en el ánimo de sus compañeros; pero éstos le veían con frecuencia solo, inmóvil, silencioso, en la cumbre del promontorio, observando el mar, libre a la sazón, que se extendía ante sus ojos.

Durante aquel mes de julio hubo de suspenderse la caza de los animales de piel de abrigo, porque las martas, las zorras y otros varios habían perdido ya su pelo de invierno. Fue preciso limitarse a perseguir la caza comestible, como los caribúes, las liebres polares y otros animales análogos, que, por un capricho cuando menos extraño, como observó la misma Paulina Barnett, pululaban materialmente en los alrededores del cabo Bathurst, a pesar de que los tiros parecía natural que los hubiesen ido ahuyentando lentamente.

El día 15 de julio la situación no había cambiado. Seguía sin noticias del fuerte Confianza. El anhelado convoy no acababa de presentarse. Jasper Hobson resolvió poner en práctica su proyecto, e ir al capitán Craventy, ya que el capitán Craventy no venía a él.

Como era natural, el jefe del pequeño destacamento no podía ser

otro más que el sargento Long. Bien hubiera deseado éste no separarse de su teniente. Tratábase, en efecto, de una ausencia bastante prolongada; porque no era posible volver al fuerte Esperanza antes del verano próximo, y el sargento tendría necesidad de pasar la mala estación dentro del fuerte Confianza. Era, pues, una ausencia de ocho meses por lo menos.

Cierto que Rae o Mac-Nap habrían podido reemplazar al sargento Long; pero estos dos bravos hombres eran casados. Además,

Mac-Nap,

como carpintero, y Rae, como herrero, eran necesarios en la factoría, donde no era posible prescindir de sus servicios.

Tales fueron las razones que le expuso el teniente Hobson al sargento, y ante las cuales éste tuvo que capitular. Para acompañarle fueron designados los soldados Belcher, Pond, Petersen y Kellet, quienes manifestaron que se hallaban dispuestos a partir.

Preparáronse para emprender el viaje cuatro trineos con sus correspondientes tiros, los cuales debían conducir los víveres necesarios y las pieles más valiosas que había almacenadas, como martas, armiños, zorras, cisnes, linceos, ratas almizcleras y glotones.

Para fecha de partida fijóse la mañana del 19 de julio, es decir, el mismo día siguiente al eclipse. No es necesario decir que Tomás Black acompañaría al sargento Long, y que uno de los trineos serviría para transportar su persona e instrumentos.

Precisó es confesar que el digno astrónomo padeció extraordinariamente durante los días que precedieron al fenómeno tan anhelado por él. Las intermitencias de buenos y malos tiempos; la frecuencia de las brumas; la atmósfera unas veces cargada de lluvia, otras, de niebla; la inconstancia del viento, que no acababa de fijarse en ningún punto preciso del horizonte inquietábale con razón. No comía, ni dormía, ni vivía. Si durante los escasos minutos que había de durar el eclipse el cielo se cubría de vapores; si el astro de la noche y el del día se ocultasen tras un opaco velo; si él, Tomás Black, enviado expresamente para observar la corona luminosa y las protuberancias rojizas, no lograba cumplir su cometido, ¡qué contrariedad!, ¡qué chasco!, ¡qué lástima de fatigas tan infructuosamente sufridas!, ¡qué dolor de peligros con tanta

intrepidez desafiados!

—¡Venir tan lejos para ver la Luna —exclamaba con acento cómico—, y tenerse que marchar sin verla!

¡No!, ¡no podía acostumbrarse a semejante idea! En cuanto obscurecía, trepaba el digno sabio a la cumbre del promontorio y escudriñaba el cielo. No tenía ni siquiera el consuelo de poder contemplar la rubia Febe en aquellos momentos; porque sólo faltaban tres días para el novilunio, y acompañaba, por consiguiente, al Sol en sus revoluciones alrededor de la Tierra, no permitiendo ver su melancólica faz los deslumbrantes fulgores del astro rey.

Tomás Black desahogaba con frecuencia sus penas en el corazón de Paulina Barnett. La bondadosa señora no podía menos de compadecerle, y un día le tranquilizó lo mejor que pudo asegurándole que el barómetro mostraba cierta tendencia a subir, y repitiéndole que se hallaban precisamente en el centro de la buena estación.

—¡La buena estación! —repitió Tomás Black, encogiéndose de hombros—; ¿existe por ventura ninguna estación buena en semejante país?

—Pero, en fin, señor Black —respondió Paulina Barnett—, aun admitiendo que tuviese usted la desgracia de que se le escapase este eclipse, supongo que ocurrirán otros. ¡El 18 de julio no es el último del siglo!

—No, señora —respondió el astrónomo—. Después de éste se verificarán todavía cinco eclipses totales de aquí al año de 1900; el primero, el 31 de diciembre de 1861, que será total para el Océano Atlántico, el mar Mediterráneo y el desierto de Sahara; el segundo, el 22 de diciembre de 1870, total para las Azores, España meridional, Argelia, Sicilia y Turquía; el tercero, el 19 de agosto de 1887, total para el Nordeste de Alemania, Rusia meridional y Asia central; el cuarto, el 9 de agosto de 1896, visible en Groenlandia, Laponia y Siberia, y, en fin, el quinto, el

28 de

mayo de 1900, que será total para los Estados Unidos, España, Argelia y Egipto.

—Pues bien, señor Black —replicó Paulina Barnett—, si pierde usted el eclipse del 18 de julio de 1860, se puede consolar con el

del 31 de diciembre de 1861. ¿Qué son diecisiete meses?

—Para consolarme, señora —respondió gravemente el astrónomo—, no son diecisiete meses, sino treinta y seis años los que tendré que aguardar. —Y, ¿por qué?

—Porque de todos estos eclipses, sólo el del 9 de agosto de 1896 será total para lugares situados en altas latitudes, tales como Laponia, Siberia o Groenlandia.

—Pero ¿qué interés tiene usted en efectuar una observación de un eclipse en latitudes tan altas? —preguntó Paulina Barnett.

—¿Qué que interés, señora? —exclamó Tomás Black—. Un interés científico de la más trascendental importancia. Rara vez han sido observados los eclipses en regiones cercanas al Polo, donde el Sol, tan poco elevado sobre el horizonte, presenta, en apariencia, un disco considerable. Lo mismo ocurre con la Luna que lo oculta, y es posible que en estas condiciones el estudio de la corona luminosa y de las protuberancias pueda ser más completo. He aquí, señora, el motivo de que haya venido a operar más arriba del paralelo de 70°. Ahora bien, estas condiciones no volverán a reproducirse hasta el año de 1896, y, ¿me asegura usted, señora, que viviré para entonces?

Ante esta argumentación, nada había que responder. Tomás Black siguió estando de un humor insoportable, porque la inconstancia del tiempo amenazaba jugarle una mala pasada.

El 16 de julio hizo un tiempo magnífico; pero, en cambio, al siguiente día, permaneció el cielo cubierto de espesas brumas. ¡Era para perder la paciencia!

Tomás Black estuvo enfermo realmente todo el día. El estado febril en que pasaba la vida desde algún tiempo atrás, amenazaba degenerar en una verdadera enfermedad. Jasper Hobson y Paulina Barnett procuraban en vano calmarle. En cuanto al sargento Long y sus otros compañeros no podían comprender que el amor a la Luna hiciese tan desgraciado al astrónomo.

Llegó, por fin, el gran día, ¡el 18 de julio! El eclipse total debía durar, según los cálculos de los almanaques, cuatro minutos treinta y siete segundos, es decir, desde las once cuarenta y tres minutos y quince segundos, hasta las once, cuarenta y siete minutos y cincuenta y siete segundos de la mañana.

—Pero ¿tanto es lo que pido? —exclamaba con lastimero acento

el astrónomo, mesándose las cabellos—; pido tan solamente que un pedazo de cielo, nada más que el pequeño rincón donde se ha de verificar el eclipse, quede limpio de nubes. ¿Y por cuánto tiempo lo pido? ¡Durante cuatro tristes minutos! ¡Y después que nieve, que truene, que se desencadenen todos los elementos! ¡Todo me importará un bledo!

Tomás Black tenía algunas razones para desesperar por completo. Parecía probable que la observación no pudiera efectuarse. Al amanecer, los horizontes estaban cubiertos de brumas. Elevábanse espesas nubes por la parte del Sur, precisamente en la región del cielo en que el eclipse debía verificarse. Pero, sin duda alguna, el dios de los astrónomos tuvo piedad de Black; porque, a eso de las ocho de la mañana, saltó una brisa bastante fresca del Norte que barrió todas las brumas y despejó el firmamento.

¡Ah!, ¡qué gritos de gratitud!, ¡qué exclamaciones de júbilo se escaparon del pecho del abnegado sabio! En medio de un cielo puro resplandecía un magnífico sol esperando que la Luna, cuya faz eclipsaba aún sus rayos, lo fuese obscureciendo poco a poco.

Se llevaron enseguida a la cumbre del promontorio los instrumentos de Tomás Black, quien después de instalarlos debidamente, dirigió sus objetivos hacia el horizonte del Sur, y esperó.

Había recuperado toda su acostumbrada paciencia, toda la sangre fría necesaria para su observación. ¿Qué podía temer ahora? Nada, a no ser que el cielo se desplomase sobre su cabeza. A las nueve, no había ni una sola nube, ni el más ligero vapor del horizonte al cénit. ¡Jamás una observación astronómica habíase presentado en condiciones más favorables!

Jasper Hobson, Paulina Barnett y todos los habitantes del fuerte habían querido presenciar la operación. La colonia entera hallábase reunida sobre el cabo Bathurst, alrededor del astrónomo. El Sol se elevaba lentamente, describiendo un arco muy amplio sobre la inmensa planicie que se extendía hacia el Sur. Nadie se atrevía a hablar, esperando todos con solemne ansiedad la realización del fenómeno.

A eso de las nueve y media comenzó la ocultación. El disco de la Luna mordió el disco del Sol; pero el primero no debía cubrir por

completo al segundo más que desde las once, cuarenta y tres minutos y quince segundos; hasta las once, cuarenta y siete minutos y cincuenta y siete segundos, que era el tiempo señalado por el almanaque para el eclipse total; y nadie ignora que no puede haber ningún error en estos cálculos hechos, comprobados y revisados por los astrónomos de todos los observatorios del mundo.

Tomás, Black había traído en su equipaje cierta cantidad de cristales ennegrecidos que distribuyó entre sus compañeros, de suerte que todos pudieron seguir los progresos del fenómeno sin detrimento de su vista.

El pardo disco de la Luna avanzaba lentamente. Ya los objetos terrestres adquirían un tinte especial anaranjado. La atmósfera en el cénit había cambiado de color. A las diez y cuarto, la mitad del disco solar hallábase obscurecido. Algunos perros, que gozaban de libertad, iban y venían de un lado para otro, dando muestras de cierta inquietud y ladrando en ocasiones de un modo lastimero. Los patos, inmóviles en las orillas del lago, gritaban como en la hora del crepúsculo y buscaban un lugar a propósito para entregarse al sueño. Las madres llamaban a sus pequeñuelos, que se refugiaban debajo de sus alas. Para todos aquellos animales se aproximaba la noche, y con ella la hora del sueño.

A las once, las dos terceras partes del disco solar hallábanse cubiertas. Los objetos habían adquirido un tinte vinoso. Reinaba entonces una semiobscuridad que debía hacerse completamente durante los cuatro minutos que el eclipse total iba a durar. Pero ya se distinguían algunos planetas, como Mercurio y Venus, y las principales estrellas de ciertas constelaciones, sobresaliendo entre ellas las del Toro y Orion. Las tinieblas aumentaban de minuto en minuto.

Tomás Black, sin apartar la pupila del ocular de su potente antejo, seguía los progresos del fenómeno inmóvil y silencioso. A las once y cuarenta y tres los dos discos debían encontrarse colocados exactamente el uno delante del otro.

—¡Las once y cuarenta y tres! —dijo Jasper Hobson, que observaba atentamente el segundero de su cronómetro.

Tomás Black, inclinado sobre el instrumento, no se movía en absoluto. Transcurrió medio minuto.

Tomás Black enderezóse con los ojos desmesuradamente

abiertos. Colocóse en seguida otra vez delante del ocular durante otro medio minuto, y, enderezándose de nuevo, gritó con voz ahogada:

—¡Se va! ¡Se va! ¡La Luna! ¡La Luna se marcha! ¡Huye! ¡Desaparece! Y, en efecto, el disco lunar deslizábase sobre el del Sol sin haberlo cubierto todo entero. ¡Solamente las dos terceras parte habían sido obscurecidas!

¡Tomás Black se había quedado estupefacto! Los cuatro minutos habían transcurrido ya. La luz iba aumentando. ¡La corona luminosa no se había producido!

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Jasper Hobson.

—¡Qué que ocurre! —exclamó el astrónomo—. ¡Ocurre que el eclipse no ha sido total para este lugar del Globo!

¿Me entiende usted? ¡Qué no ha sido total!

—En ese caso, las indicaciones de su almanaque de usted son falsas.

—¡Falsas! ¡Vamos, hombre! ¡A otro con ese cuento, señor Hobson!

—Pero, entonces... —exclamó Jasper Hobson, cuya fisonomía modificóse de súbito.

—Entonces —respondió Tomás Black—, es que no nos hallamos en el paralelo de 70°.

—¿Cómo es posible eso! —exclamó Paulina Barnett.

—¡Pronto saldremos de dudas! —exclamó el astrónomo, cuyos ojos respiraban a la vez ira, rabia y decepción—. Dentro de algunos minutos el sol pasará por el meridiano... ¡Mi sextante!, ¡pronto!, ¡pronto!

Corrió un soldado a la casa, y no tardó en regresar con el instrumento pedido.

Tomás Black dirigió el anteojo hacia el astro del día, esperó que pasase por el meridiano, y, abandonando en seguida su sextante y efectuando con rapidez algunos cálculos en su libro de memorias, preguntó:

—¿Cuál era la latitud del cabo Bathurst cuando, hace un año, a nuestra llegada a este sitio, calculamos sus coordenadas geográficas?

—70° 44' y 37" —respondió el teniente Hobson.

—Pues bien, señor teniente, ahora su latitud es de 73° 1' y 20".

¡Ya ve usted cómo no estamos en el paralelo de 70º!

—Mejor haría usted en decir que ya no estamos —murmuró el teniente Hobson.

Una revelación repentina se había verificado en su mente. Todos los fenómenos hasta entonces inexplicables se explicaban ahora de la manera más clara...

El territorio del cabo Bathurst había derivado tres grados hacia el Norte desde la llegada a él del teniente y sus compañeros.

SEGUNDA PARTE

UN FUERTE FLOTANTE



¡El fuerte Esperanza, fundado por el teniente Jasper Hobson en los límites del océano Glacial Ártico, había derivado! ¿Se había hecho acreedor el valeroso agente de la Compañía a algún reproche? No, por cierto. Cualquier otro hubiérase engañado como él. Ninguna previsión humana podía haberle puesto en guardia contra una eventualidad semejante. ¡Creyendo edificar sobre roca había edificado sobre arena! La porción de territorio que forma la península Victoria, y que los mapas más exactos de la América inglesa representaban unido al continente americano habíase separado de él bruscamente. La península no era en realidad más que un inmenso témpano de 150 millas cuadradas de superficie, sobre el cual los aluviones sucesivos habían formado en apariencia un terreno sólido, en el que no faltaba ni vegetación ni tierra vegetal. Ligado al litoral hacía millares de siglos, el terremoto del 3 de enero había roto sin duda sus lazos, y la península se había convertido en isla; pero en isla vagabunda y errante, arrastrada desde tres meses atrás por las corrientes a través del océano Ártico.

¡Sí!, ¡aquello no era más que un témpano inmenso sobre el que navegaban el fuerte Esperanza y sus habitantes! Jasper Hobson había comprendido en seguida que no se podía explicar de otra suerte el desplazamiento en latitud observado. El istmo, es decir, la lengua de tierra que unía la península Victoria al continente, habíase evidentemente roto bajo el esfuerzo de una convulsión

subterránea, provocada por la erupción volcánica de algunos meses atrás. Mientras duró el invierno boreal y el mar permaneció solidificado bajo el intenso frío, esta rotura no produjo cambio alguno en la posición geográfica de la península. Pero cuando, sobrevino el deshielo, cuando se fundieron los témpanos bajo la influencia de los rayos del sol, cuando la inmensa banca de hielo, repelida mar adentro, retrocedió más allá de los últimos límites del horizonte, cuando el mar, en fin, quedó libre, este territorio, que reposaba sobre su base de hielo, marchóse a la deriva con sus bosques, sus acantilados, su promontorio, su laguna y su litoral bajo la influencia de alguna corriente desconocida.

Hacia varios meses que era de este modo arrastrado, sin que los invernantes, que durante sus cacerías no se habían alejado mucho del fuerte Esperanza, lo hubiesen advertido. La falta de puntos de referencia, pues las espesas brumas no permitían ver a algunas millas de distancia, y la inmovilidad aparente del suelo, fueron causa de que ni el teniente Hobson ni sus compañeros se diesen cuenta de que, de continentales que eran, se habían convertido en insulares. Era extraño que la orientación de la península no se hubiese alterado, a pesar de su desplazamiento; pero esto era debido sin duda a su gran extensión y a la dirección rectilínea de la corriente. En efecto, si la situación de los puntos cardinales respecto del cabo Bathurst se hubiese modificado, si la isla hubiera girado sobre sí misma, si la Luna y el Sol hubiesen salido o se hubiesen puesto por un horizonte nuevo, Jasper Hobson, Tomás Black, Paulina Barnett o cualquiera otro se hubiesen dado cuenta de lo que había ocurrido. Pero, por alguno razón ignorada, el desplazamiento se había verificado hasta entonces según uno de los paralelos del Globo, y, por rápido que fuese, nadie lo había notado.

Aunque no dudase Jasper Hobson del valor, la serenidad y la energía moral de sus compañeros, no quiso, sin embargo, manifestarles la verdad. Tiempo habría de exponerles la nueva situación en que se hallaban, cuando hubiese sido debidamente estudiada. Afortunadamente, aquellas animosas gentes no entendían gran cosa de observaciones astronómicas ni de cuestiones de longitud y latitud; de suerte que del cambio que en algunos meses habían experimentado las coordenadas de la península no podían deducir las consecuencias que con tanta razón preocupaban a

Jasper Hobson. Resuelto el teniente a guardar silencio en tanto que le fuese posible, y a ocultar una situación para la que no encontraba remedio de momento, puso a contribución todas sus energías. Mediante un supremo esfuerzo de su voluntad, que no pasó inadvertido para Paulina Barnett, volvió a ser dueño de sí mismo, y se dedicó a consolar lo mejor que pudo a Tomás Black, quien se lamentaba amargamente mesándose el cabello.

Porque el astrónomo no sospechaba lo más mínimo el fenómeno de que era víctima. No habiéndose fijado, como el teniente Hobson, en las anomalías que se observaban en el territorio, no podía comprender ni imaginar cosa alguna fuera del hecho funesto de no haber cubierto aquel día y a la hora indicada la Luna el disco del Sol. Pero ¿qué era lo natural que pensase? ¿Qué, con mengua de los observatorios, las indicaciones de los almanaques eran falsas; y que aquel eclipse tan anhelado, el eclipse que él, Tomás Black, había venido a observar tan lejos y a costa de tantas fatigas, nunca debió ser total para la zona del esferoide terrestre situado en el paralelo 70º? ¡No!, ¡jamás hubiera admitido esto! ¡Jamás! Por eso su desorientación era inmensa. Pronto sabría la verdad el astrónomo.

Entretanto, Jasper Hobson, dejando creer a sus compañeros que el incidente del malogrado eclipse no podía interesar más que al astrónomo, y que a ellos les tenía sin cuidado, habíales inducido a reanudar sus tareas, lo cual se disponían a hacer ellos. Pero, en el momento mismo en que se preparaban para descender de la cima del cabo Bathurst, para regresar a la factoría, detúvose de pronto el cabo Joliffe, y, aproximándose al teniente, con la mano en la gorra, le dijo con respeto:

—¿Me permite usted, mi teniente, que le haga una pregunta?

—Sí, cabo —respondió Jasper Hobson, sin sospechar adonde iba a ir a parar su subordinado—. Vamos a ver; hable usted.

Pero el cabo no despegó los labios. Parecía dudar. Por fin, como le tocase su mujer con el codo, dijo:

—Pues bien, mi teniente, mi pregunta ha de referirse a ese paralelo 70º. Si no he comprendido mal, resulta que no nos hallamos donde usted creía que estábamos... El teniente frunció el entrecejo.

—En efecto —respondió evasivamente—, nos hemos equivocado en los cálculos... nuestra primera observación ha sido errónea...

Pero ¿por qué le preocupa a usted eso?

—A causa de la paga, mi teniente —respondió el cabo con aire picaresco—. Sabe usted perfectamente que la doble paga prometida por la Compañía...

Jasper Hobson respiró. En efecto, recordará el lector que sus gentes tenían derecho a un sueldo más elevado si lograban establecerse del paralelo 70º de latitud para arriba; y el cabo Joliffe, qué seguía siendo tan interesado como siempre, no había visto en todo aquello más que una cuestión de dinero, y recelaba que el derecho a la ventaja ofrecida no hubiese sido adquirido todavía.

—Tranquilícese usted, cabo —respondió Jasper Hobson, sonriendo—, y tranquilice usted también acerca de este particular a sus compañeros. Nuestro error, que resulta verdaderamente inexplicable, no les reportará a ustedes, afortunadamente, ningún perjuicio. No estamos más abajo, sino más arriba del paralelo 70º, y, por tanto, tienen ustedes todos derecho al doble sueldo.

—Muchas gracias, mi teniente —dijo entonces el cabo, en cuyo rostro pintóse el mayor júbilo—, muchas gracias. No es que se tenga apego al dinero, pero, sin el oro maldito, la vida es imposible.

Tras esta reflexión, el cabo y sus compañeros retiráronse sin abrigar la más leve sospecha acerca de la terrible y extraña modificación que la naturaleza y la situación de aquel territorio habían experimentado.

También Long disponíase a bajar hacia la factoría, cuando le detuvo Jasper Hobson diciéndole:

—No se vaya usted, sargento.

El suboficial giró sobre sus talones, y esperó respetuosamente que el teniente le dirigiese la palabra.

Las únicas personas que a la sazón ocupaban la cumbre del promontorio eran Paulina Barnett, Madge, Tomás Black, el teniente y el sargento.

Desde el incidente del eclipse, la viajera no había despegado sus labios, interrogando a cada momento con los ojos a Jasper Hobson, quien parecía evitar el encuentro de aquella mirada. El rostro de Paulina Barnett reflejaba más sorpresa que inquietud. ¿Lo había adivinado todo? ¿Habíase hecho la luz bruscamente ante sus ojos lo mismo que ante los del teniente? ¿Conocía la situación y su espíritu práctico había deducido las consecuencias de ella? Como quiera que

fuese, permanecía en silencio, apoyada sobre Madge, cuyo brazo rodeaba su talle.

El astrónomo iba y venía sin poder estarse quieto. Tenía los cabellos erizados. Gesticulaba de una manera espantosa. Retorcíase las manos y en seguida la dejaba caer con furor, lanzando al mismo tiempo exclamaciones de desesperación. Miraba al sol de hito en hito, con riesgo de abrasarse los ojos, y le mostraba los puños con gesto amenazador.

Por fin, al cabo de algunos minutos, calmóse su agitación interior. Sintió que ya podía hablar, y, con los brazos cruzados, el rostro encendido de cólera, la frente amenazadora, fue a cuadrarse ante el teniente Hobson, exclamando:

—¡Ahora ajustaremos cuentas los dos, señor agente de la Compañía de la Bahía de Hudson!

El tono y la actitud del astrónomo parecían una provocación. Jasper Hobson, no obstante, no quiso parar mientes en ello, y se contentó con mirar al pobre hombre, de cuya contrariedad se hacía exacto cargo.

—Señor Hobson —dijo Tomás Black con acento de mal contenida irritación—, ¿me hará usted el favor de explicarme lo que esto significa? ¿Es usted quién me ha preparado esta burla? En éste casó, señor mío, sus tiros de usted llegarían mucho más arriba de mí, y tal vez tenga usted que arrepentirse de ello.

—¿Qué quiere usted decir, señor Black? —preguntó Jasper Hobson con calma.

—Quiero decir, señor mío —respondió Tomás Black—, que usted se había comprometido a conducir su destacamento al límite del grado 70 de latitud...

—O más allá —le interrumpió Jasper Hobson.

—¡Más allá! —exclamó el astrónomo—. ¿Y que se me había perdido a mí más allá? Para observar este eclipse de Sol no debía apartarme de la línea circular de sombra que tenía por límite, en esta parte de la América inglesa, el paralelo 70º, ¡y he aquí que nos hallamos tres grados más al Norte!

—Pues bien, señor Black —respondió Jasper Hobson, con acento tranquilo—, esto quiere decir que nos hemos equivocado, y nada más.

—¿Nada más? —exclamó el astrónomo, exasperado por la calma

del teniente.

—Le advierto a usted, además —replicó Jasper Hobson—, que si yo me he equivocado, usted, señor Black, ha cometido el mismo error que yo; porque a nuestra llegada al cabo Bathurst calculamos los dos al mismo tiempo sus coordenadas geográficas, usted con sus instrumentos y yo con los míos; de suerte que no tiene usted derecho a hacerme responsable de un error que ha cometido usted lo mismo que yo.

Esta respuesta anonadó a Tomás Black, quien no supo qué replicar a pesar de su profunda irritación. ¡No había excusa posible! Si había habido falta, él también era culpable, y entonces, ¿qué pensaría la Europa científica?, ¿qué el observatorio de Greenwich de un astrónomo tan torpe que se equivocaba de un modo tan grosero en la determinación de una simple latitud? ¡Un Tomás Black cometer un error nada menos que de tres grados al tomar la altura del Sol! ¡Y en qué circunstancias! ¡Cuándo la determinación exacta de un paralelo debía darle ocasión para observar un eclipse total de Sol, en condiciones que no debía reproducirse en muchos años! ¡Tomás Black era un astrónomo deshonrado!

—Pero ¿cómo he podido equivocarme de este modo? —exclamó nuevamente, mesándose otra vez los cabellos—. ¿Es, por ventura, que he olvidado ya cómo se maneja un sextante?, ¿qué no sé calcular una altura? ¡Si es así, no me queda más solución que arrojarme de cabeza desde este promontorio!...

—Señor Black —dijo entonces Jasper Hobson, con voz grave—, no se acuse usted a sí mismo. No ha cometido usted ningún error de observación, ali tiene que reprocharse nada absolutamente...

—Entonces ha sido usted...

—Tampoco yo soy culpable, señor Black. Hágame el favor de escucharme, y usted también, señora —añadió dirigiéndose a Paulina Barnett—, y usted también, Madge, y usted, sargento Long. Les ruego únicamente que guarden el más absoluto secreto acerca de lo que les voy a comunicar. Es inútil asustar, desesperar tal vez a nuestros compañeros de internada.

Paulina Barnett, su compañera, el astrónomo y el sargento se aproximaron más aún al teniente. No respondieron nada, pero hubo un modo de consentimiento tácito respecto a guardar el secreto relativo a la revelación que les iba a hacer el teniente.

—Amigos míos —díjoles Jasper Hobson—, cuando, hace un año, llegamos a este lugar de la América inglesa, y determinamos la situación del cabo Bathurst, vimos que se encontraba exactamente sobre el paralelo mismo de 70º; por consiguiente, si ahora su latitud es superior a 73º, es decir, que se hallaba tres grados más al Norte, es porque ha derivado.

—¿Derivado! —exclamó Tomás Black—. ¡A otro con ese cuento, caballero! ¿Desde cuándo derivan los cabos?

—No le quepa a usted duda, señor Black —respondió gravemente Jasper Hobson—. Toda esta península no es más que una isla de hielo. El terremoto la ha separado del litoral americano, y ahora navega arrastrada por una de las grandes corrientes árticas...

—¿Hacia dónde? —preguntó el sargento Long.

—¡Hacia donde Dios quiera! —respondió Jasper Hobson Los compañeros del teniente permanecieron silenciosos. Sus miradas se dirigieron involuntariamente hacia el Sur, más allá de las vastas llanuras, hacia el lado del istmo roto; pero desde el lugar que ocupaban, no podían divisar el horizonte del mar, que ahora les rodeaba por todas partes. Si el promontorio se hubiese elevado algunos centenares de pies más sobre el nivel del océano, claramente habrían observado que se hallaban sobre una isla.

Una viva emoción apoderóse de todos al ver el fuerte Esperanza, juntamente con sus moradores, arrastrado por las corrientes, lejos de toda costa hospitalaria, y juguetes del viento y de las olas.

—De este modo se explican fácilmente —dijo Paulina Barnett— todas las anomalías que había usted observado en este territorio, ¿no es cierto, señor Hobson?

—Sí, señora —respondió el teniente—, ahora todo se explica. Esta expenínsula Victoria, isla en la actualidad, que debíamos creer inalterablemente fija sobre su base, no era más que un inmenso témpano soldado desde hace muchos siglos al continente americano. Poco a poco, los vientos han ido depositando sobre él tierra y arena, y sembrando los gérmenes que han producido estos musgos y estos bosques. Las nubes fueron arrojando sobre su superficie el agua dulce que formó el arroyuelo y la laguna. La vegetación, después, lo ha transformado. Pero debajo de este lago y de esta tierra, y de esta arena, y de nuestros pies, en fin, existe un

suelo de hielo que flota sobre el mar, por razón de su ligereza específica. ¡Sí, sí! No les quepa duda, es un témpano de hielo que nos sostiene y arrastra, y por eso, desde que lo habitamos, no hemos encontrado ni una piedra, ni un guijarro sobre su superficie. Y he aquí por qué sus orillas están cortadas a pico; por qué cuando cavamos la fosa para construir la trampa destinada a cazar renos, tropezamos con el hielo a diez pies de profundidad; y por qué, en fin, las mareas no son sensibles en este litoral, supuesto que toda la península elévase y descende con el flujo y el reflujo.

—Todo se explica, en efecto, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, y no le han engañado a usted sus presentimientos. Sólo desearía preguntarle ¿por qué estas mareas?, bulas en la actualidad, eran aún ligeramente sensibles a nuestra llegada al cabo Bathurst.

—Precisamente señora —respondió el teniente Hobson—, porque, a nuestra llegada, la península se encontraba ligada todavía, por un istmo flexible, al continente americano, oponiendo de esta suerte cierta resistencia al flujo, de suerte que, en su litoral Norte, desplazábase de la superficie del agua dos pies poco más o menos, en vez de veinte pies que hubiera debido elevarse. Y de este modo, desde el momento en que el terremoto ha producido la ruptura, desde el instante en que la península, libre ya por completo, ha podido subir y bajar con las aguas, la marea se ha hecho nula en absoluto, como ambos hemos podido comprobar hace unos días, en el momento del novilunio.

Tomás Black, a pesar de su natural desesperación, había escuchado con extraordinario interés las explicaciones de Jasper Hobson. Las consecuencias deducidas por el teniente debieron parecerle acertadas; pero furioso por el hecho de que semejante fenómeno, tan raro, tan inesperado, tan absurdo, según decía él, se hubiese producido precisamente para impedirle la observación del eclipse, no despegó los labios, permaneciendo sombrío y, por decirlo así, avergonzado.

—¡Pobre señor Black! —dijo Paulina Barnett—. ¡Preciso en convenir en que nunca astrónomo alguno, desde que el mundo existe, ha sido víctima de semejante infortunio!

—En todo caso, señora —observó Jasper Hobson—, nosotros no hemos tenido la culpa. La Naturaleza lo ha hecho todo, y ella es la única culpable. El terremoto ha roto el lazo que retenía la península

unida al continente, y no cabe duda de que vamos navegando sobre una isla flotante. Y esto explica, además, por qué los animales dotados de pieles de abrigo y otros, presos como nosotros en un territorio pequeño, abundan tanto en los alrededores del fuerte.

—Y por qué —dijo Madge— no hemos recibido este verano esos competidores cuya presencia tanto temía usted, señor Hobson.

—Y por qué —añadió el sargento— no ha podido llegar al cabo Bathurst el destacamento enviado por el capitán Craventy.

—¡Y por eso, en fin —dijo Paulina Barnett, mirando al teniente Hobson—, tengo que renunciar, al menos por este año, a toda esperanza de regresar a Europa!

La viajera había hecho esta última reflexión con acento que hacía comprender que se resignaba a su suerte con más filosofía de lo que hubiera sido de esperar. Parecía haber tomado de repente su partido ante aquella situación tan extraña, que le reservaba, sin duda, una serie de interesantes observaciones. Por otra parte, aunque se desesperase, y se quejaban sus compañeros y recriminasen a alguien, ¿podrían impedir un hecho ya consumado? ¿Podían dirigir el rumbo de la isla errante? ¿Podían, en virtud de alguna maniobra, unirla de nuevo al continente? No por cierto. Sólo Dios era dueño del porvenir del fuerte Esperanza, y no quedaba otro recurso que someterse a su voluntad.

LA SITUACIÓN DE LA ISLA



a nueva e imprevista situación creada a los agentes de la Compañía necesitaba ser estudiada con el mayor cuidado, y Jasper Hobson dedicóse a esta tarea con los planos a la vista. Pero era indispensable esperar al siguiente día para hallar la longitud de la isla Victoria, nombre con que en lo sucesivo designáronla, toda vez que para ello era preciso tomar dos alturas de sol, antes y después de su paso por el meridiano, y medir dos ángulos horarios.

A las dos de la tarde, el teniente Hobson y Tomás Black midieron con sus sextantes la altura del sol sobre el horizonte; al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, contaban con reanudar la operación, a fin de deducir de las dos alturas la longitud del punto que en aquellos momentos ocupaba la isla en el océano Polar.

Pero no regresaron inmediatamente al fuerte, sino que la conversación prosiguió por espacio de bastante tiempo entre Jasper Hobson, el astrónomo, el sargento, Paulina Barnett y Madge. Esta última no se acordaba siquiera de sí misma, hallándose resignada con la voluntad de la Providencia. En cuanto a su señora, a su hija Paulina, como solía llamarla, no podía mirarla sin emoción, pensando en las rudas pruebas y quizá en las catástrofes que le estaban reservadas para lo porvenir. Madge estaba dispuesta a dar por Paulina su vida; pero ¿salvaría este sacrificio a la que amaba sobre todas las cosas del mundo? Como quiera que fuese, constábele que Paulina Barnett no era mujer que con facilidad desmayase; su

Valeroso espíritu contemplaba ya el porvenir sin terror, y, preciso es decirlo, aún no tenía ningún motivo para desesperar.

No existía, en efecto, ningún peligro inminente para los habitantes del fuerte Esperanza, y todo inducía a creer que podría conjurarse la catástrofe suprema, como les explicó Jasper Hobson con toda claridad.

Dos peligros amenazaban a la isla flotante: que las corrientes del mar libre la impeliesen a esas latitudes polares de las que no se vuelve, o que la arrastrasen hacia el Sur, a lo largo tal vez del estrecho de Behring, hasta el océano Pacífico.

En el primer caso, aprisionados los invernantes por los hielos, detenidos por la barrera infranqueable que éstos forman y sin ninguna comunicación posible con sus semejantes, perecerían de hambre o frío en las soledades hiperbóreas.

En el segundo caso, arrastrada la isla Victoria por las corrientes hasta las aguas más cálidas del Pacífico, se iría lentamente fundiendo por su base, y acabaría por hundirse bajo los pies de sus habitantes.

En ambos casos, significaría la pérdida inevitable del teniente Hobson, de todos sus compañeros y de la factoría construida a costa de tantas fatigas.

Pero ¿se presentaría alguno de ellos? No; no era lo probable.

En efecto, la estación estaba muy avanzada. Antes de que transcurrieran tres meses, los primeros fríos del polo congelarían la superficie del mar. Formaríase el campo de hielo sobre todo el océano, y, por medio de los trineos, podrían llegar a las tierras más próximas, bien fuese a la América rusa, si la isla se había sostenido en la región oriental, bien a las costas asiáticas, si había sido arrastrada hacia el Oeste.

—Porque —decía Jasper Hobson— no somos dueños de nuestra isla flotante. Como no nos es posible izar en ella una vela, cual si se tratase de un buque, no podemos imprimirle una determinada dirección. Iremos adonde nos lleve.

La argumentación del teniente Hobson era bien clara y precisa, y fue admitida sin el más leve reparo. Era indudable que los grandes fríos del invierno la soldarían al inmenso campo de hielo, siendo de presumir que no derivase entretanto ni demasiado hacia el Norte ni demasiado hacia el Sur; y la perspectiva de tener que caminar

algunos centenares de millas sobre el campo de hielo no podía arredrar a aquellos hombres animosos y resueltos, acostumbrados a los climas polares y a las largas excursiones de las regiones árticas. Claro es que habría que abandonar aquel fuerte Esperanza, objeto de sus desvelos, y perder los beneficios de tantos trabajos; pero ¿qué hacer si no? La factoría establecida sobre aquel suelo movable no podía prestar el menor beneficio a la Compañía de la Bahía de Hudson. Por otra parte, un día u otro, más tarde o más temprano, el movimiento de la isla arrastraría al fondo del océano. Era, pues, necesario abandonarla tan pronto como lo permitieran las circunstancias.

La única probabilidad desfavorable, y el teniente insistió sobre este punto de una manera especial, era que durante las ocho o nueve semanas que faltaban aún para la solidificación del mar Ártico, fuese la isla Victoria arrastrada demasiado hacia el Norte o hacia el Sur; pues se leen, en efecto, en los relatos de los invernantes, ejemplos de arrastres muy rápidos a considerables distancias, sin que haya habido medio de atajarlos.

Todo dependía, pues, de las corrientes desconocidas que existiesen en la entrada del estrecho de Behring, e importaba estudiar su dirección en los planos del océano Ártico. Jasper Hobson poseía uno de estos mapas, y rogó a sus interlocutores que le siguiesen a su camarote; pero antes de abandonar la cumbre del cabo Bathurst, recomendóles de nuevo que guardasen el más absoluto secreto acerca de lo que ocurría.

—La situación no es tan desesperada —les dijo—, y, por tanto, paréceme inútil el sembrar la zozobra y la inquietud en el ánimo de nuestros compañeros, que tal vez no supieran verla más que por su lado adverso.

—Sin embargo —observó Paulina Barnett—, ¿no sería prudente construir desde luego una embarcación lo suficientemente grande para contenernos a todos, y que pudiese permanecer en el mar durante una travesía de algunos centenares de millas?

—Sería prudente, en efecto —respondió el teniente Hobson—, y pondremos la idea en práctica. Inventaré un pretexto para comenzar en seguida los trabajos, y daré al carpintero las órdenes oportunas para que proceda a la construcción de una embarcación sólida. Pero tengo para mí que este recurso es el menos seguro y el último a que

debemos recurrir, por lo tanto. Lo importante es evitar que nos coja en Ja isla la dislocación de los hielos, y debemos hacer lo imposible para llegar al continente tan pronto como solidifiquen los fríos la superficie del océano.

Era, en efecto, éste el mejor procedimiento. Hacían falta por lo menos tres meses para construir una embarcación de treinta o treinta y cinco toneladas, y cuando estuviese terminada resultaría inútil, porque entónese el mar se hallaría ya congelado. Pero si para esa misma época lograrse el teniente Hobson repatriar su pequeña colonia, guiándola hasta el continente a través del campo de hielo, sería éste un feliz desenlace de tan embarazosa situación; porque el embarcar a toda aquella gente en la época del deshielo sería un medio demasiado peligroso. Razón tenía, pues, Jasper Hobson en considerar la embarcación proyectada como último y menos seguro recurso, y de su ilustrada opinión hubieron de participar todos.

De nuevo le ofrecieron todos guardarle su secreto, y, algunos minutos después de haber abandonado la cumbre del cabo Bathurst, las dos mujeres y los tres hombres se sentaban a la mesa en la sala del fuerte Esperanza, en la que no había nadie en aquellos momentos, por hallarse cada cual ocupado en los trabajos exteriores.

Sacó el teniente una excelente carta de las corrientes atmosféricas y oceánicas, y procedióse a un examen minucioso de la parte del océano Glacial que se extiende desde el cabo Bathurst hasta el estrecho de Behring.

Dos corrientes principales dividen los peligrosos parajes comprendidos entre el círculo polar y la zona poco conocida, llamada paso del Noroeste desde el audaz descubrimiento de Mac Clure; al menos, las observaciones hidrográficas no señalan otras.

La una, que recibe el nombre de corriente de Kamchatka, nace frente a la península de este mismo nombre, sigue la costa asiática y atraviesa el estrecho de Behring lamiendo el cabo Oriental, punta avanzada del país de los Chukchis. Su dirección general de Sur a Norte se inflexiona bruscamente a unas seiscientas millas más allá del estrecho, y se dirige francamente hacia el Este, siguiendo aproximadamente el paralelo del paso de Mac Clure, contribuyendo a hacerlo navegable durante los pocos meses que dura la estación cálida.

La otra, llamada corriente de Behring, se dirige en sentido contrario. Después de seguir la costa americana de Este a Oeste, a cien millas a lo sumo del litoral, va, por decirlo así, a chocar con la corriente de Kamchatka a la entrada del estrecho; y descendiendo después hacia el Sur y aproximándose a las playas de la América rusa, acaba por precipitarse a través del mar de Behring, yendo a estrellarse contra esa especie de dique circular que forman las islas Aleutianas.

La carta era un resumen de las observaciones náuticas más recientes; de suerte que merecía confianza.

Jasper Hobson la examinó atentamente antes de emitir su parecer; y después de pasarse la mano por la frente, como si hubiese querido desterrar un triste presentimiento, dijo:

—Debemos esperar, amigos míos, que la fatalidad no nos lleve hasta esos lejanos parajes, de donde nuestra isla errante correría el peligro de no salir jamás.

—Y, ¿por qué, señor Hobson? —preguntó vivamente la viajera.

—¿Por qué, señora? —replicó el teniente—. Mire usted esta parte del océano Ártico y lo comprenderá fácilmente. Dos corrientes peligrosas para nosotros corren en sentido inverso. En el punto donde se encuentran quedaría nuestra isla forzosamente inmovilizada y a gran distancia de toda tierra; invernaría allí, y, cuando sobreviniese el deshielo, seguiría la corriente de Kamchatka hacia las regiones ignotas del Noroeste, o bien sufriría la influencia de la corriente de Behring, e iría a abismarse en las profundidades del Pacífico.

—Eso no ocurrirá, señor teniente —dijo Madge, con profunda convicción—; Dios no lo permitirá.

—Mas no puedo comprender —dijo Paulina Barnett— en qué parte del mar Polar nos hallamos en este momento; porque, frente al cabo Bathurst, sólo veo esa peligrosa corriente de Kamchatka que va directamente hacia el Nordeste. ¿No es de temer que nos haya arrastrado en su curso y naveguemos con rumbo a las tierras de la Georgia septentrional?

—No lo creo —respondió Jasper Hobson, después de reflexionar un momento.

—¿Por qué no?

—Porque esa corriente es muy rápida, señora; y si fuésemos

navegando en su seno hace tres meses, tendríamos ya alguna costa a la vista, lo que, como usted ve, no sucede.

—¿Dónde supone usted que nos encontramos, entonces? —preguntó la viajera.

—Sin duda alguna —replicó Jasper Hobson—, entre la corriente de Kamchatka y la costa; probablemente en una especie de extenso remolino que debe haber en las proximidades del litoral.

—Eso no puede ser, señor Hobson —replicó vivamente Paulina Barnett.

—¿Qué no puede ser? Y, ¿por qué razón, señora?

—Porque si la isla Victoria se hallase en un remolino y errase, por consiguiente, sin una dirección fija, hubiera experimentado algún movimiento de rotación; y como su orientación sabemos que no ha cambiado en estos últimos tres meses, la hipótesis no es admisible.

—Tiene usted razón, señora —respondió Jasper Hobson—. Veo que se hace usted perfecto cargo de las cosas y nada tengo que objetar a su observación... a menos que no exista alguna corriente desconocida que no esté marcada aún en esta carta. Verdaderamente, esta incertidumbre es espantosa. Quisiera que fuere ya mañana para salir de dudas de una vez acerca de la situación de la isla.

—Ya llegará el día de mañana —dijo Madge.

Era preciso esperar. Separáronse y cada cual reanudó sus habituales quehaceres. El sargento Long previno a sus compañeros que la salida para el fuerte Confianza no sería al día siguiente, como se había fijado. Les dijo, a modo de excusa, que, tras largas reflexiones, habíase pensado que la estación estaba demasiado avanzada para poder llegar a la factoría antes de los grandes fríos; que el astrónomo sé había decidido a sufrir una nueva internada, con objeto de completar sus observaciones meteorológicas; que la reposición de los víveres del fuerte Esperanza no era indispensable, etc., cosas todas que a aquellas buenas gentes les tenían muy sin cuidado.

Jasper Hobson ordenó a los cazadores que respetasen en lo sucesivo a los animales de piel fina, y que persiguiesen en cambio a la caza comestible, a fin de refrescar las provisiones de la factoría. Prohibióles además que se alejasen más de dos millas del fuerte,

para evitar que Marbre, o Sabine, u otro cazador cualquiera descubriesen a lo mejor el horizonte del mar en el sitio donde hacía algunos meses estaba el istmo que unía la península Victoria al continente americano; toda vez que el descubrimiento de la desaparición de esta estrecha lengua de tierra les hubiera revelado la situación.

Aquel día parecióle interminable al teniente. Volvió repetidas veces a la cumbre del cabo Bathurst, unas acompañado de Paulina Barnett, otras solo. Poseía la viajera un alma vigorosamente templada, difícil de intimidar. El porvenir no le parecía pavoroso, y hasta solía bromear diciéndole a Jasper Hobson que aquella isla errante, sobre la cual caminaban, tal vez fuese el único vehículo para llegar al Polo. Con una corriente favorable, ¿por qué no habrían de llegar a este punto inaccesible del Globo?

El teniente sacudía la cabeza al escuchar las extrañas reflexiones de su amiga; pero sus ojos no se apartaban del horizonte, por ver si descubriría en lontananza alguna tierra conocida o ignota. Mas el cielo y la tierra confundíanse en una línea circular y continua, lo cual confirmaba a Jasper Hobson en su idea de que la isla Victoria marchaba a la deriva hacia el Oeste.

—Señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, ¿no piensa usted dar una vuelta a nuestra isla lo más pronto posible?

—Sí por cierto, señora —le contestó el teniente—. Tan pronto como hayamos fijado su situación exacta, pienso reconocer su forma y extensión. Considero que es esto una medida indispensable para poder apreciar en lo porvenir las modificaciones que sufra. Pero todo induce a creer que la rotura debe haberse efectuado por el istmo, y que, por consiguiente, la península toda entera se ha transformado en isla.

—¡Singular es, en verdad, nuestro destino, señor Hobson! —exclamó Paulina Barnett—. Otros vuelven de sus viajes después de haber añadido nuevas tierras al continente geográfico; nosotros, por el contrario, lo habremos disminuido, borrando de los planos la que se llamó hasta ahora península Victoria.

Al día siguiente, 18 de julio, a las diez de la mañana, con un cielo sereno y despejado, tomó el teniente Hobson una buena altura de Sol; y, efectuando luego los cálculos debidos con ésta y la de la víspera, determinó con exactitud matemática la longitud del lugar.

Durante la observación permaneció el astrónomo encerrado en su camarote, llorando como un chiquillo.

La longitud calculada era de 157° 37' al Oeste del meridiano de Greenwich, y se recordará que la latitud encontrada la víspera había sido de 73° T 20".

El punto fue situado en la carta, en presencia de Paulina Barnett y del sargento Long.

Fue aquél un momento de verdadera ansiedad.

La isla errante había sido arrastrada hacia el Oeste, como lo había previsto Jasper Hobson; pero una corriente no marcada en la carta, una corriente desconocida de los hidrógrafos que levantaron el plano, la arrastraba evidentemente hacia el estrecho de Behring. Eran, pues, de temer todos los peligros presentidos por el teniente, si, antes de la llegada del invierno, no se soldaba otra vez al litoral la isla Victoria.

—Pero ¿a qué distancia exacta nos hallamos del continente americano? —preguntó la viajera—. Esto es por el momento lo que más nos interesa saber.

Tomó el compás Jasper Hobson; midió sobre la carta la menor distancia existente entre el litoral y el paralelo 73°, y respondió después:

—Nos hallamos actualmente a más de doscientas cincuenta millas de la extremidad septentrional de la América rusa formada por la punta Barrow.

—¿Cuántas millas ha derivado, pues, la isla desde su antigua posición en el cabo Bathurst? —preguntó el sargento Long.

—Setecientas lo menos —respondió Jasper Hobson, después de consultar nuevamente la carta.

—Y, ¿en qué época puede calcularse, sobre poco más o menos, que comenzó su viaje?

Sin duda, a fines de abril —respondió el teniente Hobson—; porque en estos días disgregóse el campo de hielo, y fueron arrastrados hacia el Norte los témpanos de hielo que el sol no logró fundir. Puede, pues, admitirse que la isla Victoria, solicitada por la corriente paralela al litoral, navega hacia el Oeste desde hace aproximadamente tres meses, lo que prueba que se halla animada de una velocidad media de nueve a diez millas diarias.

—Pero ésa es una velocidad bastante considerable, ¿no es

cierto? —preguntó Paulina Barnett.

—Considerable, en efecto —respondió Jasper Hobson—, y puede usted calcular hasta dónde podrá arrastrarnos en los dos meses que restan aún de estío, durante los cuales permanecerá libre esta porción del océano Ártico.

El teniente, el sargento y la viajera permanecieron silenciosos durante algunos instantes, sin levantar la vista del mapa de aquellas regiones polares que tan obstinadamente se defienden contra las investigaciones del hombre, y hacia las cuales se sentían tan irresistiblemente arrastrados.

—¿De suerte —preguntó la viajera— que en esta situación no es posible intentar ni hacer nada?

—Nada, señora —respondió el teniente Hobson—, nada absolutamente. Es preciso esperar, llamar a voz de grito a ese invierno ártico tan justa y generalmente temido por todos los navegantes, y que es el único que a nosotros puede salvarnos. El invierno es el hielo, señora, y el hielo es nuestra ancla de salvación, nuestra ancla de la esperanza, la única que puede detener la marcha de la isla errante.

UNA VUELTA ALREDEDOR DE LA ISLA



partir de aquel día, decidióse hallar diariamente la situación de la isla, como es costumbre hacer en los barcos, a no ser que el estado de la atmósfera impidiese toda observación astronómica. ¿No era acaso la isla Victoria un bajel desamparado, que erraba a la aventura, sin velas y sin timón?

Al día siguiente, después de las observaciones de rúbrica, comprobó el teniente Hobson que la isla, sin haber variado de latitud, había sido arrastrada algunas millas más hacia el Oeste.

Mac Nap recibió orden de construir una amplia embarcación, dándole Jasper Hobson por pretexto que deseaba reconocer, el verano próximo, el litoral de la América rusa. El carpintero, sin meterse en más averiguaciones, dedicóse a elegir las maderas y dispuso su astillero en la playa situada al pie del cabo Bathurst, a fin de poder botar al agua fácilmente su nave.

Aquel mismo día hubiera Jasper Hobson deseado poner en ejecución el proyecto que había concebido de reconocer el territorio sobre el cual sus compañeros y él se hallaban aprisionados. Podían verificarse cambios considerables en la configuración de aquella isla de hielo, expuesta a la influencia de la temperatura variable de las aguas, e importaba determinar su forma actual, su superficie y hasta su espesor en algunos lugares. Era preciso examinar con detenimiento y cuidado la línea de ruptura, que debía hallarse en el istmo, y sobre la fractura aún reciente tal vez fuese posible

distinguir las capas estratificadas de hielo y de tierra que constituían el suelo de la isla.

Pero aquel día el cielo se nubló súbitamente, y, una fuerte borrasca, acompañada de nieblas espesísimas, se desencadenó por la tarde, no tardando en llover torrencialmente. El granizo chocaba con estrépito contra el techo de la casa, y hasta oyéronse algunos truenos lejanos, fenómeno que se observa raras veces en latitudes tan altas.

El teniente Hobson tuvo que aplazar su viaje en espera de que los elementos se calmasen; pero durante los días 20, 21 y 22 de julio no se modificó el estado de la atmósfera. La tempestad fue violenta, cargóse extraordinariamente el cielo y las olas azotaron el litoral con ensordecedor estruendo. Las avalanchas líquidas estrellábanse contra el cabo Bathurst con tan extraordinaria violencia, que hacían temer por su solidez, que era bien problemática, toda vez que se trataba únicamente de una masa de tierra y arena sin una base estable. ¡Desdichados los buques a quienes cogiese en el mar aquel temporal deshecho! Pero la isla errante se mantenía en reposo, porque su enorme masa hacía la insensible a la agitación de las aguas.

Durante la noche del 22 al 23 amainó la tempestad súbitamente. Una fuerte brisa de Nordeste barrió las últimas brumas acumuladas en el horizonte; el barómetro subió algunas líneas y el teniente juzgó favorables las condiciones atmosféricas para emprender el viaje.

Paulina Barnett y el sargento Long deberían acompañarle en el reconocimiento. Tratábase de una ausencia de uno o dos días, que no podía despertar sospecha alguna en los habitantes del fuerte, y se proveyeron para ella de cierta cantidad de cecina, de galleta y de algunos frascos de aguardiente, sin recargar excesivamente las mochilas de los exploradores. Los días eran a la sazón muy largos y el sol no abandonaba el horizonte más que contadas horas.

No era de temer, probablemente, ningún encuentro con fieras; pues los osos, guiados por su instinto, parecían haber abandonado la península Victoria antes de que se convirtiese en isla. Sin embargo, Jasper Hobson, el sargento y Paulina Barnett armáronse de fusiles, por pura precaución. Además, el teniente y el suboficial llevaban consigo el hacha y el cuchillo de nieve, instrumentos que

no abandona jamás un buen explorador de las regiones polares.

Durante la ausencia del teniente Hobson y del sargento Long, recaía el mando del fuerte, según jerarquía militar, en el cabo Joliffe, es decir, en su mujer, y Jasper Hobson sabía perfectamente que podía tener en ésta una confianza absoluta. En cuanto a Tomás Black, no podía contarse ya con él para nada, ni aun siquiera para acompañar a los exploradores. Sin embargo, el astrónomo prometió vigilar cuidadosamente los parajes del Norte, durante la ausencia del teniente, y anotar cuantos cambios pudieran producirse, ya en el mar, ya en la orientación de la isla.

Paulina Barnett había tratado de hacer entrar en razón al pobre sabio, pero sin conseguirlo. Considerábase engañado por la Naturaleza, y no perdonaba a ésta que se hubiese burlado de él.

Después de vigorosos apretones de manos cambiados entre los expedicionarios y los que se quedaban, a guisa de despedida, Paulina Barnett y sus dos compañeros abandonaron la casa del fuerte, traspusieron la poterna y se dirigieron hacia el Oeste, siguiendo la curva prolongada que formaba el litoral desde el cabo Bathurst hasta el cabo Esquimal.

Eran las ocho de la mañana. Los oblicuos rayos del sol animaban la costa matizándola con sus dorados efluvios. El mar se serenaba lentamente. Los petreles, urías, chochas, alcas y demás aves dispersadas por la tempestad, habían vuelto por millares. Grandes bandadas de patos acudían presurosos a las orillas del lago Barnett, yendo a caer, incautos, en la cacerola de la señora Joliffe. Algunas liebres polares, martas, ratas almizcleras y armiños salían de entre los pies de los viajeros, huyendo, aunque no con demasiada precipitación. Los animales se sentían evidentemente impulsados a buscar la compañía del hombre por el presentimiento instintivo de un inmediato peligro.

—Saben perfectamente que se hallan rodeados por el mar —dijo Jasper Hobson; y que no pueden ya abandonar la isla.

—Estos roedores —preguntó Paulina Barnett—, ¿no tienen la costumbre de trasladarse hacia el Sur, antes de la llegada del invierno, en busca de otros climas más benignos?

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, pero esta vez, a menos que no puedan huir a través de los campos de hielo, tendrán que permanecer presos como nosotros, siendo muy de temer que,

durante la estación invernal, la mayor parte de ellos mueran de inanición o de frío.

—Me parece que estos animales nos harán el favor de alimentarnos —observó el sargento Long—; y a fe que ha sido suerte que su instinto no les haya iducido a escapar antes de la ruptura del istmo.

—Pero los pájaros sí nos abandonarán, ¿no es cierto, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—. Todos estos ejemplares de la especie de los volátiles huirán con los primeros fríos. Pueden cruzar, sin cansarse, considerables distancias, y más felices que nosotros, lograrán alcanzar la tierra firme.

—Y, ¿por qué no los utilizamos como mensajeros? —propuso Paulina Barnett.

—Es una idea excelente, señora —dijo el teniente Hobson—. Nada nos impedirá atrapar algunos centenares de estos pájaros y amarrarles al cuello un papel donde se indique el secreto de nuestra situación. Ya Juan Ross, en 1848, trató, por un medio análogo, de dar a conocer la presencia de sus buques, la *Entreprise* y el *Investigator*, en los mares polares, a los supervivientes de la expedición de Franklin. Cogió, por medio de lazos, algunos centenares de zorras blancas, colocóles al cuello collares de latón que llevaban grabadas las oportunas indicaciones, y soltólas después en todas direcciones.

—¿Y caerían, por ventura, algunos de esos animales en manos de los náufragos? —preguntó Paulina Barnett.

—Tal vez —respondió Jasper Hobson—. En todo caso, recuerdo que una de estas zorras, ya vieja, fue capturada por el capitán Hatteras durante su viaje de exploración, y llevaba aún en el cuello un collar ya en mal estado, oculto entre su blanco pelo. Nosotros, como no nos es posible repetir el expediente con cuadrúpedos, lo haremos con estas aves.

Conversando de esta suerte y forjando proyectos para lo porvenir, los dos exploradores y su compañera seguían el litoral de la isla, sin observar en él cambio alguno. Eran siempre las mismas playas, bastante acantiladas, recubiertas de tierra y arena, las cuales no presentaban ninguna nueva fractura que hiciera sospechar que el perímetro de la isla se había modificado en época reciente. Sin

embargo, era de temer que el inmenso témpano, al atravesar corrientes más cálidas, se desgastase por su base, disminuyendo, por tanto, su espesor, hipótesis que con razón inquietaba al teniente.

A las once de la mañana habían los exploradores salvado las ocho millas que los separaban del cabo Esquimal, sobre cuyo litoral encontraron vestigios del campamento que ocupara la familia de Kalumah. Las casas de nieve habían desaparecido, como es fácil suponer; mas las cenizas y los huesos de foca delataban aún el paso de los esquimales.

Paulina Barnett, Jasper Hobson y el sargento Long hicieron alto en aquel lugar, con el propósito de pasar las cortas horas de noche en la bahía de las Morsas, adonde esperaban llegar algunas horas más tarde. Almorzaron sentados sobre un pequeño cerro, cubierto de raquítica hierba. Ante sus ojos extendíase un bello horizonte de mar cuya línea destacábase con notable nitidez. Ni un iceberg, ni una vela animaban aquel inmenso desierto de agua.

—¿Le sorprendería a usted, señor Hobson, que algún buque se presentase a la vista? —preguntó Paulina Barnett.

—No me sorprendería demasiado, señora —respondió el teniente Hobson—; y, sobre todo, confieso que la sorpresa sería muy agradable. Durante la buena estación, no es raro que los balleneros de Behring se remonten hasta estas latitudes, en especial desde que el océano Ártico se ha convertido en vivero de cachalotes y ballenas. Pero estamos a 23 de julio y el verano está ya muy avanzado. Toda la flotilla pescadora se encuentra, sin duda alguna, en los presentes momentos, en el golfo de Kotzebue, a la entrada del estrecho. Los balleneros desconfían, con razón, de las sorpresas del mar Ártico. Temen sus hielos y procuran no dejarse aprisionar por ellos. Y, ¡oh contraste!, esos icebergs, esos témpanos, ese banco de hielo que ellos tanto temen, son precisamente los que anhelamos nosotros con todo nuestro corazón.

—Ya vendrán, mi teniente —exclamó el sargento Long—; armémonos de paciencia, que, antes de un par de meses, dejarán de azotar las olas las tierras del cabo Esquimal.

—¡El cabo Esquimal! —dijo Paulina Barnett, sonriendo—; ese nombre, como todos los que hemos dado a las bahías y puntas de la península, me parece un poco aventurado. Hemos perdido ya el puerto Barnett y el río Paulina, ¿quién sabe si el cabo Esquimal y la

bahía de las Morsas no desaparecerán a su vez?

—También desaparecerán, señora —dijo el teniente Hobson—, y tras ellos, la isla Victoria entera, supuesto que nada la liga ya al continente y se halla fatalmente condenada a perecer. Este resultado es inevitable, de suerte que hemos creado en balde toda una nomenclatura geográfica. Menos mal que nuestras denominaciones no habían sido aún adoptadas por la Real Sociedad, y su digno presidente, Roderico Murchison, no tendrá que hacer borrar ningún nombre de sus mapas.

—¡Sí, uno solo! —dijo el sargento.

—¿Cuál? —preguntó Jasper Hobson.

—El cabo Bathurst —respondió el sargento.

—En efecto, tiene usted razón, sargento; hay que hacer desaparecer el cabo Bathurst de la cartografía polar.

Dos horas de reposo habían bastado a los exploradores, quienes se dispusieron a proseguir su viaje a la una de la tarde.

En el momento de partir, Jasper Hobson dirigió una última mirada, desde lo alto del cabo Esquimal, al mar que les rodeaba; y, después, como no viene nada que le llamase la atención, volvió a bajar y se unió a Paulina Barnett y al sargento que le esperaban.

—Señora —preguntó a la primera—, ¿ha olvidado usted la familia de esquimales que encontramos en este lugar algo antes de terminar el invierno?

—No, señor Hobson —respondió la viajera—; por el contrario, he conservado de aquella simpática Kalumah un excelente recuerdo. Por cierto que ya no podrá cumplir la promesa que nos hizo de hacernos una visita este año en el fuerte Esperanza. Pero ¿a propósito de qué me dirige usted esa pregunta?

—Porque recuerdo un hecho, señora, al cual entonces no concedí mucha importancia, y que ahora acude a mi mente.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda usted de aquel asombro, no exento de inquietud, de que los esquimales dieron muestras al ver que habíamos fundado una factoría en el cabo Bathurst?

—Perfectamente, señor Hobson.

—¿Se acuerda usted que hice cuanto me fue posible por comprender, por adivinar el pensamiento de aquellos indígenas, sin lograrlo?

—En efecto.

—Pues bien, ahora —dijo el teniente Hobson— me explico perfectamente todos sus aspavientos. Por tradición, experiencia u otro motivo cualquiera, conocían, sin duda, la naturaleza de la península Victoria. Sabían que no habíamos edificado sobre un terreno sólido; pero como aquel estado anómalo de cosas debía datar de muchos siglos, no han debido considerar el peligro inminente y por eso no se han explicado de un modo más categórico.

—Así debe ser, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—; pero seguramente Kalumah ignoraba las sospechas de sus compañeros, porque, si la pobre niña hubiese estado en el secreto, no habría titubeado en decírmelo.

Acerca de este particular fue Jasper Hobson de la misma opinión que Paulina Barnett.

—¡Preciso es reconocer —dijo el sargento— que ha sido una gran fatalidad que hayamos venido a instalarnos en esta península precisamente en la época en que había de separarse del continente para navegar por los mares! Porque la verdad es, mi teniente, que hacía mucho tiempo que las cosas permanecían en este estado. ¡Tal vez siglos!

—Ya puede usted decir millares y millares de años, sargento —respondió Jasper Hobson—. Considere usted que esta tierra vegetal que pisamos ha sido traída aquí por los vientos, que esta arena ha volado hasta aquí grano a grano. ¡Considere usted el tiempo que han necesitado las simientes de pinos, abedules y madroños para germinar, multiplicarse y convertirse en arbustos y árboles! ¡Es posible que el témpano que nos sostiene y arrastra se soldase al continente aun antes de la aparición del hombre sobre la tierra!

—¡Bien podía haber esperado algunos siglos más este caprichoso témpano antes de marcharse a la deriva! —dijo el sargento Long—. Así nos hubiera evitado numerosas inquietudes y tal vez muchos peligros.

Con esta razonable reflexión del sargento terminó la pequeña plática, y los tres exploradores reanudaron su viaje. Desde el cabo Esquimal a la bahía de las Morsas corría la costa sensiblemente de Norte a Sur, siguiendo la proyección del meridiano 127°. Por detrás divisábase, a una distancia de cuatro a cinco millas, la extremidad

puntiaguda de la laguna, que reflejaba los rayos del sol, y, un poco más allá, las laderas cubiertas de bosque cuya verdura formaban marco a sus aguas.

Algunas águilas silbadoras cruzaban el firmamento atronando el espacio con el ruido de sus alas. Numerosos animales de piel fina, como martas, visones y armiños, agazapados tras las dunas u ocultos entre los raquíuticos matorrales de sauces y madroños, contemplaban confiados a los viajeros, cual si comprendiesen que no tenían que temer de ellos ningún tiro. Jasper Hobson descubría también algunos castores que erraban a la aventura, desorientados, sin duda, desde la desaparición del riachuelo. Sin cabañas donde abrigarse, ni corrientes de agua donde construir sus viviendas, estaban destinados a perecer de frío en cuanto se presentasen las grandes heladas. El sargento Long vio igualmente una banda de lobos que corría a través de la planicie.

Había, pues, motivos suficientes para creer que en la isla flotante había aprisionados animales de todas las especies polares, y que los carnívoros, cuando llegase el invierno, hacíanse temibles para los habitantes del fuerte, toda vez que les sería imposible ir a buscar su alimento a otros climas más templados.

Sólo los osos blancos parecían haber desaparecido de la isla, lo cual no era poca suerte; sin embargo, el sargento creyó distinguir, a través de un grupo de abedules, una enorme masa blanca que se movía lentamente; pero, después de un más detenido examen, creyó haberse equivocado. Esta parte del litoral, que confinaba con la bahía de las Morsas, era, por lo general, poco elevada sobre el nivel del mar. En determinados puntos apenas sobresalía sobre la masa líquida, de suerte que las últimas ondulaciones de las olas corrían, espumosas, sobre su superficie, como si se tratase de una extensísima playa. Era, pues, de temer que en esta parte de la isla hubiese descendido el suelo en época reciente; pero, como no existían puntos de referencia, era imposible comprobar esta modificación y determinar su importancia. Jasper Hobson arrepintióse de no haber establecido en los alrededores del cabo Bathurst, antes de su partida, señales que le hubiesen permitido apreciar los hundimientos, y deformaciones del litoral, y resolvió adoptar esta precaución a su regreso.

El carácter explorador de la excursión no permitía a los viajeros

caminar con rapidez, pues se detenían con frecuencia a examinar el suelo, a indagar si había motivo para temer alguna fractura del litoral, teniendo que internarse a veces media milla en el interior de la isla. En ciertos puntos tuvo la precaución el sargento de clavar estacas de madera, que debían, en lo porvenir, desempeñar el papel de jalones especialmente en los parajes más abruptos cuya solidez parecía problemática. De este modo, sería fácil reconocer los cambios que se produjesen.

No obstante, se avanzaba siempre, aunque poco, y a eso de las tres de la tarde, la bahía de las Morsas distaba sólo tres millas hacia el Sur; pudiendo desde luego Jasper Hobson hacer observar a Paulina Barnett la importante modificación que la ruptura del istmo había ya producido.

Antes, el horizonte hallábase limitado por una larga línea de alturas ligeramente arqueada, que forman el litoral de la extensa bahía de Liverpool. Ahora se hallaba formado por una línea de agua. El continente había desaparecido. La isla Victoria terminaba en un ángulo brusco, en el paraje mismo donde la fractura debió tener lugar, comprendiéndose claramente que, al doblar aquel ángulo, el mar inmenso se presentaría ante la vista, bañando la parte meridional de la isla en toda aquella línea, sólida en otro tiempo, que se extendía desde la bahía de las Morsas a la de Washburn.

Paulina Barnett contempló este nuevo aspecto no sin cierta emoción. Aunque ya se lo esperaba, su corazón latió con violencia. Buscó con la mirada aquel continente que faltaba en el horizonte, aquel continente que se encontraba ahora a más de doscientas millas de distancia, y sintió perfectamente que sus pies no se apoyaban ya en la tierra americana. Para todos los que poseen un alma sensible, es inútil insistir sobre este punto, y es justo hacer constar que Jasper Hobson y el sargento participaron de esta emoción.

Todos aligeraron el paso, con objeto de llegar cuanto antes al ángulo brusco que aún cerraba la parte Sur. El terreno se elevaba algo en aquella porción del litoral. La capa de tierra y arena era más espesa, lo que se explicaba por la proximidad de aquella parte al verdadero continente del cual formó parte la isla durante tanto tiempo. El espesor de la corteza helada y de la capa de tierra en

aquellos lugares, aumentado probablemente cada siglo, demostraba por qué el istmo había resistido mientras un fenómeno geológico no provocó la ruptura. El terremoto del 8 de enero sólo había agitado el continente americano; pero la sacudida había bastado para segregar la península, entregándola a los caprichos del Océano.

Por fin, llegaron al ángulo a las cuatro de la tarde. La bahía de las Morsas, formada por una escotadura de la tierra firme, había desaparecido, por haber quedado unida al continente.

—A fe mía, señora —dijo el sargento Long a Paulina Barnett—, que es suerte para usted que no le hubiésemos dado su nombre a esta bahía.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—; porque empiezo a convencerme de que soy una madrina desgraciada en materia de nomenclatura geográfica.

UN CAMPAMENTO DE NOCHE



sí, pues, Jasper Hobson no se había equivocado en lo tocante al punto de ruptura. Era el istmo el que había cedido a las sacudidas del terremoto. No quedaba traza alguna del continente americano; volcanes y acantilados habían desaparecido al Oeste de la isla. Sólo el mar ser veía por todas partes.

El ángulo producido al Sudoeste de la isla por el desgajamiento del témpano formaba en la actualidad un cabo bastante agudo que, socavado por las aguas más cálidas y expuesto a todos los choques, no podía evidentemente escapar a una destrucción bien próxima.

Los exploradores reanudaron, pues, su marcha siguiendo la línea de ruptura que corría casi recta de Oeste a Este. La sección aparecía limpia, cual si hubiese sido producida por un instrumento cortante. Podíase en ciertos puntos observar la disposición del suelo que, formado en parte de hielo y en parte de tierra y arena, emergía unos diez pies fuera del agua. Era el corte acantilado, careciendo de latitud y presentando en algunos puntos señales evidentes y frescas de desmoronamientos recientes.

El sargento Long señaló dos o tres pequeños témpanos, desprendidos de la orilla, que se iban acabando de disolver en el mar. Era evidente que en sus movimientos de resaca, el agua más templada socavaría con mayor facilidad aquel corte reciente que el tiempo todavía no había tenido lugar de revestir, como el resto del litoral, de una especie de mortero de nieve y arena. No resultaba,

pues, muy tranquilizador aquel estado de cosas.

Paulina Barnett, el teniente Hobson y el sargento Long, antes de entregarse al reposo, quisieron terminar el examen de esta arista meridional de la isla. El sol no debía ocultarse hasta las once de la noche, de suerte que no les faltaría claridad. Su disco brillante arrastrábase con lentitud sobre el horizonte del Oeste, y sus oblicuos rayos proyectaban de un modo desmesurado las sombras de los exploradores ante sus propios pasos. En ciertos instantes, animábase la conversación de aquéllos, permaneciendo silenciosos después por espacio de largos intervalos, escudriñando el mar con la vista y pensando en lo porvenir.

La intención del teniente Hobson era acampar aquella noche en la bahía de Washburn. Al llegar a este punto habrían caminado aproximadamente unas dieciocho millas, es decir, la mitad de su viaje circular, si sus suposiciones eran justas. Después, tras algunas horas de reposo, cuando su compañera se hubiese repuesto de la natural fatiga, pensaba regresar, por la orilla occidental, al fuerte Esperanza.

Ningún incidente notable hubo que señalar durante la exploración del nuevo litoral comprendido entre la bahía de las Morsas y la de Washburn. A las ocho de la noche llegó Jasper Hobson al sitio donde había resuelto acampar, encontrando allí también modificaciones análogas. De la bahía de Washburn sólo quedaba la amplia curva formada por la costa de la isla, la cual antiguamente la limitaba por el Norte, y que se extendía sin alteración y en una longitud de siete millas, hasta el cabo que había sido bautizado con el nombre de cabo Miguel. Esta porción de la isla no parecía haber sufrido lo más mínimo a consecuencia de la ruptura del istmo. Los bosques de pinos y sauces, que se extendían algo adentro, hallábanse cubiertos de verdes hojas en esta época del año. Veíanse aún gran número de animales de piel fina retozar a través de la planicie.

Los tres exploradores detuviéronse en aquel lugar, donde, si bien sus miradas se hallaban limitadas por el Norte, al menos por el Sur podían abrazar la mitad del horizonte. El sol describía un arco tan extraordinariamente abierto, que sus rayos, interceptados por los relieves del suelo, que se hacían más pronunciados hacia el Oeste, no llegaban hasta las playas de la bahía de Washburn. Pero aún no

era de noche, ni aun siquiera había llegado la hora del crepúsculo, toda vez que el astro radiante no había desaparecido.

—Mi teniente —dijo entonces el sargento Long, con el tono más serio del mundo—, si en virtud de un milagro, sonase una campana ahora mismo, ¿a qué cree usted que tocaría?

—A comer —respondió Jasper Hobson—. Creo, señora, que usted será también de mi opinión, ¿no es verdad?

—Por completo —respondió la viajera—; y supuesto que, para disponernos a comer sólo tenemos que sentarnos, sentémonos. He aquí una alfombra de musgo, algo estropeada, es verdad, pero que la Providencia parece haber extendido para nosotros de intento.

Abierto el saco de las provisiones, pusiéronse a devorar un pastel de liebre, preparado por la señora Joliffe, cecina y algunas galletas.

Terminada la comida en un cuarto de hora, volvió el teniente Hobson al ángulo Sudeste de la isla, mientras Paulina Barnett permanecía sentada al pie de un raquíptico abeto, que casi no tenía ramas, y el sargento Long preparaba el campamento para pasar la noche.

Deseaba Jasper Hobson examinar la estructura del témpano que constituía la isla, y estudiar, si era posible, de qué modo se había formado. Un pequeño declive producido por un derrumbamiento permitióle descender hasta el nivel del mar, desde donde pudo observar el acantilado que formaba el litoral.

En aquel punto, el suelo se elevaba tres pies apenas sobre el nivel del Océano. Componíase, en su parte superior, de una capa bastante delgada de tierra y arena, mezcladas con conchas reducidas a polvo. Su parte inferior consistía en un bloque de hielo duro, compacto y como metalizado, que servía de base a la tierra vegetal de la isla.

La capa de hielo sobresalía sólo un pie sobre el nivel del mar, pudiéndose distinguir de la manera más clara en aquel corte reciente las estratificaciones que dividían uniformemente el campo de hielo, las cuales parecían indicar que las heladas sucesivas que las habían formado habíanse producido en aguas relativamente tranquilas.

Sabido es que la congelación se inicia en la parte superior de los líquidos, y después, si el frío persevera, el espesor de la corteza sólida va aumentado de arriba abajo. Esto es lo que ocurre, al

menos, con las aguas tranquilas. Por el contrario, en las aguas corrientes se ha observado que se forman en el fondo hielos que suben a la superficie en seguida.

Pero, por lo que respecta al témpano base de la isla Victoria, estaba fuera de duda que su congelación habíase efectuado en aguas tranquilas, habiéndose evidentemente producido de arriba abajo, siendo necesario admitir, en buena lógica, que se operaría su deshielo comenzando por su parte inferior. El témpano disminuiría de espesor cuando fuese disuelto por aguas más calientes, y entonces descendería proporcionalmente la superficie de la isla con respecto al nivel del mar.

Éste era el peligro más grave.

Repetimos que Jasper Hobson había observado que la capa solidificada de la isla, el témpano propiamente dicho, elevábase tan sólo un pie aproximadamente sobre la superficie del mar. Ahora bien, es sabido que las cuatro quintas partes del volumen de cualquier hielo flotante permanecen sumergidas; es decir, que por cada pie de elevación que presente un iceberg o campo de hielo sobre la superficie del mar, tiene cuatro debajo del agua. Conviene advertir, sin embargo, que la densidad, o, si se quiere, el peso específico de los témpanos flotantes varía con su origen o manera como se han formado. Los constituidos por el agua del mar, porosos, opacos, matizados de verde o azul, según los rayos luminosos que los atraviesan, son más ligeros que los formados por el agua dulce; de suerte que sobresalen más sobre la superficie del Océano. Teniendo, pues, en cuenta que el témpano que servía de base a la isla Victoria habíase formado de agua salada, dedujo Jasper Hobson, habida consideración del peso de la capa mineral y vegetal que lo cubría, que su espesor bajo el nivel del mar debía ser de cuatro a cinco pies sobre poco más o menos. En cuanto a los diversos relieves de la isla, a sus protuberancias y eminencias, no afectaban evidentemente más que a su superficie terrosa, debiéndose admitir, por tanto, de un modo general, que la isla errante no tenía de profundidad arriba de cinco pies.

Esta observación dio bastante que pensar a Jasper Hobson. ¡Solamente cinco pies! Y, además, aparte de las causas de disolución a que el témpano podía hallarse sometido, ¿no podría ocasionar el menor choque la ruptura de su superficie? Una violenta agitación

de las aguas, producida por una tempestad, por un viento huracanado, ¿no podría provocar la dislocación del campo de hielo, su ruptura en varios témpanos y su completa descomposición? ¡Ah!, ¡el invierno, el frío, la columna mercurial helada dentro de su cubeta de vidrio! ¡He aquí lo que Jasper Hobson anhelaba con toda su alma! Sólo el terrible frío de las regiones polares, el frío de un invierno ártico podría consolidar, aumentar el espesor de la base de la isla, estableciendo al mismo tiempo una vía de comunicación entre ella y el continente.

El teniente Hobson regresó después al lugar donde se habían detenido. El sargento trabajaba en la organización de un campamento, porque no tenía intención de pasar la noche al raso, a lo que la viajera, sin embargo, no hubiera puesto reparo, y consultó al teniente su intención de cavar en el suelo una gruta de hielo que les preservaría del frío de la noche de un modo maravilloso.

—En el país de los esquimales —le dijo—, nada más natural que conducirse como ellos.

Jasper Hobson le dio su aprobación, pero recomendó que no profundizara demasiado el hielo, pues éste no debía medir arriba de cinco pies de espesor.

Long comenzó su tarea. Valiéndose del hacha y el cuchillo de nieve, practicó en la tierra una especie de corredor de pendiente suave, que iba a parar a la base de hielo, y empezó a perforar en seguida aquella masa deleznable que la tierra y arena cubrían desde muchos siglos atrás.

Una hora bastaría para construir aquella madriguera de paredes de hielo, tan propia para conservar el calor, y, por lo tanto, de una habitabilidad suficiente para pasar en ella algunas horas.

Mientras trabajaba el sargento sin descanso, comunicaba el teniente Hobson a su compañera el resultado de sus observaciones relativas a la constitución física de la isla Victoria, sin ocultarle los temores que el examen había dejado en su espíritu. El poco espesor del témpano debía provocar, según él, antes que transcurriese mucho tiempo, grietas en su superficie, y rupturas después que no era posible prever ni, por consiguiente, evitar. La isla errante podía a cada momento, o sumergirse poco a poco, por efecto de la alteración de su peso específico, o dividirse en islotes, más o menos numerosos, cuya duración debía ser necesariamente efímera.

Resolvió, pues, ordenar que los habitantes del fuerte Esperanza no se alejasen de la factoría y permaneciesen siempre reunidos en el mismo punto a fin de participar todos juntos de los mismos azares.

Estando en esta conversación, oyéronse de repente unos gritos.

Paulina Barnett y él levantáronse presurosos y escudriñaron con la vista el bosque, el mar, la llanura.

Nadie.

Los gritos, sin embargo, se hacían más angustiosos cada vez.

—¡El sargento!, ¡el sargento! —exclamó Jasper Hobson.

Y, seguido de Paulina Barnett, corrió hacia el campamento.

Apenas llegaron a la abertura anchurosa de la gruta de nieve, vieron el sargento Long, fuertemente agarrado con ambas manos al mango de su cuchillo, cuya hoja había hundido en la pared de hielo, y que pedía socorro con estentórea voz, aunque sin perder su serenidad.

No se veían más que la cabeza y los brazos del sargento. Mientras ahondaba, había cedido el piso de hielo de repente debajo de sus pies, quedando sumergido en el agua hasta la cintura.

Jasper Hobson contentóse con decirle:

—¡Agárrese usted bien!

Y, arrastrándose por la rampa, llegó al borde del agujero y tendió la mano al sargento que, apoyándose en ella, logró salir de la excavación.

—¡Dios mío, sargento Long! —exclamó Paulina Barnett—, ¿qué le ha sucedido a usted?

—Me ha sucedido, señora —respondió el sargento Long, sacudiéndose como un perro de aguas—, que el piso de hielo ha cedido bajo el peso de mi cuerpo y he tomado un baño a la fuerza.

—Pero —observó Jasper Hobson—, ¿no ha tenido usted en cuenta mi recomendación de no ahondar demasiado debajo de la capa de tierra?

—Sí, señor, mi teniente; ya puede usted mismo ver que apenas he profundizado unas quince pulgadas en el hielo; pero sin duda habría debajo alguna voluminosa ampolla, formando una especie de bóveda interior, de manera que el hielo no reposaba sobre el agua, y me he hundido como por escotillón. Si no tengo la suerte de poderme asir al mango de mi cuchillo, me hallaría a estas horas debajo de la isla, lo cual hubiera sido bastante lamentable, ¿no es

cierto, señora?

—¡Muy lamentable, sargento! —respondió la viajera, tendiéndole la mano al valeroso militar.

La explicación dada por el sargento Long era exacta. En aquel punto, a consecuencia, sin duda, de algún almacenamiento de aire, o por otra causa cualquiera, el hielo había formado por su parte inferior una verdadera bóveda, y, por eso, su pared ya poco espesa, debilitada además por la labor del sargento, no había tardado en romperse bajo el peso de este último.

Esta disposición especial, que debía reproducirse, sin duda, en otros muchos puntos del campo de hielo, no era muy tranquilizadora. ¿Dónde sentar el pie en lo sucesivo con entera confianza? ¿No podía el suelo hundirse a cada paso? Y al pensar que debajo de aquella delgada capa de tierra y hielo abríanse, voraces, los abismos del Océano, ¿qué corazón no había de sentirse oprimido, por enérgico que fuese?

Entretanto, el sargento Long sin dar la menor importancia al baño que acababa de tomar, quería reanudar en otro punto sus trabajos de minero; pero, en esta ocasión, Paulina Barnett no quiso tolerarlo. Importábase muy poco el pasar una noche al raso. El abrigo del bosque vecino bastaría, lo mismo que a sus compañeros, y se opuso en absoluto a que el sargento Long reanudase su tarea. El bravo militar tuvo que obedecer y resignarse.

Establecieron, pues, el campamento a un centenar de pies de la orilla, sobre un pequeño cerro donde crecían algunos grupos aislados de pinos y abedules, cuyo conjunto no merecía ciertamente el nombre de bosque, y encendieron una buena hoguera, alimentada con ramas secas, a eso de las diez de la noche, en el momento preciso en que el sol lamía los bordes de aquel horizonte bajo el cual iba a ocultarse sólo por muy pocas horas.

El sargento aprovechó la ocasión para secarse las piernas, y conversó con el teniente hasta el momento en que el crepúsculo reemplazó a la luz del día. Paulina Barnett metía baza en la conversación de vez en cuando, tratando de hacer olvidar a Jasper Hobson sus ideas un tanto sombrías.

Aquella hermosa noche, sumamente estrellada en el cénit, como todas las noches polares, era muy a propósito para infundir tranquilidad al espíritu. El viento murmuraba a través de los abetos.

El mar parecía dormir en el litoral. Apenas si alteraba la paz de su superficie alguna anchurosa ola, que venía a expirar, silenciosa, en las playas de la isla. No se oía ni un grito de ave en el aire, ni un gemido en la llanura. Sólo los chisporroteos que producían al arder las resinosas ramas de abeto, y también, de vez en cuando, el murmullo de las voces que se perdía en el espacio, turbaban el silencio de la noche, acrecentando su sublimidad.

—¡Quién diría —exclamó Paulina Barnett— que vamos navegando sobre la superficie del océano! La verdad es, señor Hobson, que necesito hacer un gran esfuerzo para rendirme a la evidencia; porque ese mar nos parece que está inmóvil, y, no obstante, nos arrastra con irresistible poder.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, y confieso que si el fondo de nuestro vehículo fuese sólido, si la obra viva no debiese faltar, tarde o temprano, a nuestro buque, si no debiese algún día abrirse su cascarón, y si supiera, por último, a donde nos ha de llevar, me agradaría no poco navegar de esta manera a través de estos océanos.

—En efecto, señor Hobson —replicó la viajera—; ¿existe, por ventura, un medio de locomoción más cómodo y agradable que el nuestro? Navegamos sin darnos cuenta de ello. Nuestra isla se halla animada de la misma velocidad exactamente que la corriente que la arrastra. ¿No es éste un fenómeno análogo al de un globo en el aire? ¡Qué encanto no sería el poder navegar de este modo, en compañía de su casa, su jardín, su parque y hasta su propio país! Una isla errante, pero entiéndase bien, una isla verdadera, con una base sólida, insumergible, sería verdaderamente el más cómodo y maravilloso vehículo que pudiera imaginarse. La historia nos habla de jardines suspendidos en el aire; pues bien, ¿por qué, con el tiempo, no se llegará a hacer parques flotantes que puedan transportarnos a todos los países del mundo? Su colosal magnitud los haría insensibles a los movimientos del mar y nada tendrían que temer de las tempestades. ¿Quién sabe si, con vientos favorables, podría dirigírseles con colosales velas orientadas convenientemente? ¡Qué milagros de vegetación contemplarían los viajeros cuando de las zonas templadas pasasen a las tropicales! Hasta creo que, con hábiles pilotos, conocedores de las corrientes oceánicas, sería posible mantenerse en latitudes convenientemente

elegidas donde se disfrutase de una eterna primavera. Jasper Hobson no podía reprimir una sonrisa al oír los ensueños de la entusiasta Paulina. La viva imaginación de aquella audaz mujer transportaba su mente a las regiones de la fantasía, cual la isla flotante arrastraba su cuerpo a través del océano de una manera insensible. Dada su situación, no había ciertamente motivo para quejarse de aquella extraña manera de cruzar los mares; pero con la condición de que la isla no amenazase a cada instante con fundirse y sepultarse para siempre en el abismo.

Llegada la noche, durmieron algunas horas. Al despertar, almorzaron con excelente apetito. El calor de una hoguera encendida con malezas reanimó sus piernas, entumecidas por el frío de la noche.

A las seis de la mañana, los tres reanudaron la marcha.

La costa, desde el cabo Miguel hasta el antiguo puerto Barnett, corría casi en línea recta de Sur a Norte, en una longitud de once millas aproximadamente, no ofreciendo ninguna particularidad ni presentando señales de haber sufrido ninguna variación desde la ruptura del istmo. Formaba una ladera generalmente baja y poco ondulada, en la que el sargento Long, por orden del teniente, clavó algunas señales, algo apartadas de la playa, que permitirían más tarde hacerse cargo de sus modificaciones.

Jasper Hobson, con su cuenta y razón, deseaba llegar aquella misma tarde al fuerte Esperanza. Por su parte, Paulina Barnett sentía prisa por volver a ver sus compañeros y amigos, y, en las condiciones en que se hallaban, no debía prolongarse la ausencia del jefe de la factoría.

Caminaron, pues, aprisa, cortando por una línea oblicua, y, a mediodía, daban vuelta al pequeño promontorio que defendía en otro tiempo el Puerto Barnett contra los vientos del Este...

Desde allí al fuerte Esperanza había sólo ocho millas, las cuales quedaron salvadas antes de las cuatro de la tarde, siendo saludada la vuelta de los expedicionarios por los entusiastas mirras del cabo Joliffe.

DEL 25 DE JULIO AL 20 DE AGOSTO



El primer cuidado de Jasper Hobson al volver al fuerte fue preguntar a Tomás Black por el estado de la pequeña colonia. Ningún cambio había ocurrido en las veinticuatro horas últimas; mas la isla, según puso de manifiesto una nueva observación, había descendido un grado en latitud, es decir, que había bajado hacia el Sur, avanzando al mismo tiempo hacia el Oeste. Encontrábase a la altura del cabo de los Hielos, pequeña punta de la Georgia occidental, y a doscientas millas de la costa americana.

La velocidad de la corriente en aquellos parajes parecía ser algo menor que en la parte oriental del mar Ártico; pero la isla seguía desplazándose, y con gran contrariedad de Jasper Hobson, avanzaba hacia el estrecho de Behring. Corría el 24 de julio y bastaría una corriente algo rápida para arrastrarla en menos de un mes a través del estrecho de Behring hasta las cálidas aguas del Pacífico, donde se fundiría como un terrón de azúcar dentro de un vaso de agua.

Paulina Barnett dio cuenta a Madge del resultado de la exploración alrededor de la isla, indicándole la disposición de las capas estratificadas en la parte quebrada del istmo, el espesor el campo de hielo, apreciado en cinco pies bajo el nivel del mar, el incidente del sargento Long y su baño involuntario, y, en fin, todas las razones que podían provocar a cada instante la rotura o la depresión de la isla.

En la factoría reinaba, entretanto, la idea de una seguridad completa. Jamás se le hubiese ocurrido a aquellas buenas gentes la idea de que el fuerte Esperanza flotaba sobre un abismo, y que la vida de todos sus habitantes se hallaba a cada minuto en inminente peligro. Disfrutaban de excelente salud, el tiempo era magnífico, el clima vivificante y sano, y hombres y mujeres rivalizaban en alegría y buen humor.

El pequeño Miguel medraba maravillosamente; comenzaba ya a hacer pinos por el recinto del fuerte, y el cabo Joliffe, que estaba loco con él, quería enseñarle ya el manejo del fusil y los primeros principios de la instrucción del soldado. ¡Ah!, ¡si la señora Joliffe hubiérale obsequiado con un hijo como aquél!, ¡qué gran guerrero hubiera hecho de él! Pero la interesante familia Joliffe no procreaba, y el Cielo, hasta entonces, al menos, habíales rehusado la bendición que imploraban cada día.

En cuanto a los soldados, nunca les faltaba qué hacer. El carpintero

Mac-Nap

y sus peones Petersen, Balcher, Garry, Pond y Hope, trabajaban con ardor en la construcción de la barca, tarea larga y difícil que debía durar varios meses. Pero como esta embarcación no podía ser utilizada hasta el verano próximo, después del deshielo, no se desatendieron por ella los trabajos más especialmente relacionados con la factoría. Jasper Hobson dejábales obrar como si la duración del fuerte estuviese asegurada por tiempo ilimitado, resuelto a mantener en sus gentes la ignorancia de su situación.

Varias veces había sido tratada esta grave cuestión por lo que podríamos llamar el estado mayor del fuerte Esperanza. Paulina Barnett y Madge no participaban, en este punto concreto, de las ideas de Hobson, pareciéndoles que sus compañeros, decididos y enérgicos, no desesperarían fácilmente; y que, en todo caso, el golpe sería más rudo cuando los peligros de la situación se hicieran tan patentes, que fuese necesario revelárselos. Pero, a pesar del valor de este argumento, no se dio por vencido Jasper Hobson, siendo el sargento Long de su mismo parecer. Y tal vez tuvieran razón ambos, porque, bien considerado, poseían la experiencia de las cosas y de los hombres.

Prosiguiéronse también los trabajos de consolidación y defensa.

Reforzóse la empalizada con nuevas estacas supletorias, y se elevó en muchos puntos su altura, quedando así formado un recinto formidable. Mac-Nap llegó a ejecutar uno de los proyectos que más acariciaba y que mereció, por fin, la aprobación de su jefe. En los dos ángulos que avanzaban hacia el lago, construyó dos garitas, de techo puntiagudo, que completaron su obra, y el cabo Joliffe anhelaba que llegase el momento de efectuar en ellas el relevo de los centinelas. Esto daba al conjunto de los edificios un aspecto militar que le prestaba mayor animación.

Una vez concluida la empalizada, recordando

Mac-Nap

los rigores del invierno anterior, construyó, un nuevo cobertizo de madera apoyado en el costado derecho de la casa principal, de tal suerte que podía comunicarse con él por medio de una puerta sin necesidad de aventurarse al exterior. De este modo los habitantes del fuerte tendrían siempre a mano el combustible.

Adosada al costado izquierdo, construyó el carpintero después una amplia sala destinada a alojar a los soldados, con objeto de poder quitar el camastro de campaña que había en el salón de la casa, el cual, en lo sucesivo, dedicóse exclusivamente a las comidas, los juegos y el trabajo. El nuevo alojamiento sirvió exclusivamente de habitación a los tres matrimonios, para los que se construyeron alcobas separadas, y a los otros soldados que constituían la colonia. Construyóse además un almacén especial para las pieles, detrás de la casa, cerca del polvorín, con lo que quedó desembarazado todo el desván, cuyas tablas y vigas sujetáronse por medio de grapas de hierro a fin de prevenir toda agresión.

Mac-Nap

tenía intención de construir una capillita de madera. Este edificio formaba parte también de los planos primitivos de Jasper Hobson, y debía completar el conjunto de la factoría; pero se aplazó su erección para el verano inmediato.

¡Con qué cuidado, qué celo y qué actividad hubiera el teniente Hobson seguido, en otro tiempo, todos estos detalles de su establecimiento! Si hubiese sido edificado sobre un terreno sólido, ¡con qué placer habría visto aquellas casas, aquellos cobertizos, elevarse en torno suyo! ¡Y el proyecto, inútil ya, de coronar el cabo Bathurst con una obra de fortificación que hubiese asegurado la

defensa del fuerte Esperanza! ¡El fuerte Esperanza! ¡Este nombre le oprimía el corazón! El cabo Bathurst había abandonado para siempre el continente americano, y el tal fuerte hubiera debido ser rebautizado con el nombre de fuerte Desesperación.

Estos trabajos ocuparon la estación toda entera, y los brazos no permanecieron ociosos. La construcción del buque marchaba regularmente. Según los cálculos de

Mac-Nap

debería desplazar unas treinta toneladas, capacidad suficiente para que, a la llegada del buen tiempo, pudiese transportar unos veinte pasajeros durante algunos centenares de millas. El carpintero había tenido la suerte de encontrar algunas maderas curvadas que le permitieron colocar las primeras cuadernas de la embarcación, y bien pronto la roda y el codaste se irguieron en las extremidades de la quilla, dando aspecto de astillero a la explanada que existía al pie del cabo Bathurst, donde se ejecutaban las obras.

Mientras los carpinteros no daban paz a las hachas, las sierras y las azuelas, los cazadores dedicábanse a la captura de la caza doméstica, consistente en renos y liebres polares que abundaban en los alrededores de la factoría.

Jasper Hobson ordenó previamente a Marbre y a Sabine que no se alejaran del fuerte, dándoles por excusa que, mientras el establecimiento no se hallase terminado, no quería dejar huellas en los alrededores que pudiesen atraer a alguna partida enemiga; pero, en realidad, porque no quería que nadie sospechase los cambios que había experimentado la península.

Llegó, por fin, un día en que, preguntándole Marbre si no había llegado el momento de ir a la bahía de las Morsas con objeto de reanudar la caza de estos anfibios, cuya grasa suministraba un combustible excelente, respondióle Jasper Hobson con viveza:

—No, no; es inútil, Marbre.

El teniente sabía perfectamente que la bahía de las Morsas demoraba a más de doscientas millas al Sur, que aquellos anfibios no frecuentaban actualmente las playas de la isla.

No se crea, sin embargo, que Jasper Hobson consideraba la situación como desesperada. Lejos de ello, en más de una ocasión se había desahogado con entera franqueza, bien con Paulina Barnett, bien con el sargento Long, afirmándoles del modo más categórico

que abrigaba la convicción de que la isla resistiría hasta que los fríos del invierno viniesen a un mismo tiempo a espesar la capa de hielo que la sostenía y a detener su marcha.

En efecto, después de su viaje de exploración, Jasper Hobson había trazado con toda exactitud el plano de la isla, que medía más de cuarenta millas (unos 52 kilómetros o 13 leguas) de perímetro, con una superficie de 140 millas cuadradas, por lo menos. Es decir, que la isla Victoria era un poco mayor que la de Santa Elena. Su perímetro igualaba casi al de la línea de fortificaciones de París. Aun en el caso de que se dividiesen en fragmentos, podrían éstos conservar una gran extensión que los haría habitables durante algún tiempo.

Admirábase Paulina Barnett de que un campo de hielo tuviese una superficie tan grande; pero Hobson le respondía con las observaciones mismas de los navegantes árticos. En más de una ocasión, Parry, Penny y Franklin, en sus travesías por las regiones polares, habían encontrado campos de hielo de 100 millas de longitud por 50 de ancho. El capitán Kellet abandonó su buque en un campo de hielo que no medía menos de 300 millas cuadradas. ¿Qué era, en comparación de esto, la isla Victoria?

Su extensión, sin embargo, era ya suficiente para que resistiese hasta la llegada de los fríos del invierno, antes de que las corrientes de agua templada hubiesen disuelto su base. Jasper Hobson no dudaba de ello, y es preciso confesar que el único pesar que sentía era el ver tantos trabajos inútiles, tantos esfuerzos perdidos, tantos planes deshechos, y sus ensueños frustrados cuando estaban ya a punto de realizarse. Se comprenderá fácilmente que no le interesaran lo más mínimo los trabajos actuales, limitándose simplemente a dejar que los otros obrasen.

Paulina Barnett hacía de tripas corazón, como suele decirse. Animaba a sus compañeros en sus trabajos y aun tomaba parte en ellos como si el porvenir le hubiese pertenecido. Así, al ver el interés con que la señora Joliffe se ocupaba en sus siembras, ayudábala diariamente con sus consejos. Las acederas y las coclearias habían producido una buena cosecha, gracias al cabo, quien, con la tenacidad y el fiero continente de un verdadero maniquí, defendía las sementeras contra los obstinados ataques de millares de aves.

La domesticación de los renos se había llevado a cabo de una manera perfecta. Varias hembras habían tenido crías, y Miguelito fue criado, en parte, con leche de estos animales. El rebaño componíase a la sazón de unas treinta cabezas, y se le llevaba a pastar al cabo Bathurst, almacenándose además una buena provisión de la hierba corta y seca que crecía en sus vertientes, para las necesidades del invierno. Estos renos, familiarizados ya con los habitantes del fuerte, y muy fáciles de domesticar, no se alejaban mucho del recinto, habiéndose utilizado algunos de ellos en el tiro de los trineos para el arrastre de la leña.

Además, cierto número de sus congéneres que erraban por las cercanías del fuerte cayeron en la trampa cavada a la mitad del camino que conducía al Puerto Barnett. Recordará el lector que el año precedente había caído en esta trampa un oso gigantesco; pero durante la temporada actual sólo renos fueron cazados en ella. La carne de estos animales fue salada y secada para la alimentación futura. Cogiéronse a lo menos veinte de estos rumiantes, a quienes el invierno debería pronto acosar hacia las regiones de más baja latitud.

Pero un día, a consecuencia de la conformación del suelo, quedó inutilizada la trampa, y, el 5 de agosto, al volver el cazador Marbre de pasarle revista, encaróse con Jasper Hobson, diciéndole con acento especial:

—Vengo de pasar la revista cotidiana a la trampa, mi teniente.

—Bien, Marbre —respondió Jasper Hobson—; supongo que habrá usted sido hoy tan afortunado como ayer, y que habrá usted hallado en ella una pareja de renos.

—No, mi teniente, no —respondió el cazador algo turbado.

—¡Cómo!, ¿no ha rendido la trampa su producto acostumbrado?

—No; y si algún animal hubiese caído en ella, habría perecido ahogado.

—¡Ahogado! —exclamó el teniente, mirando al cazador con inquietud.

—Sí, mi teniente —respondió Marbre, que observaba atentamente a su jefe—; el hoyo está lleno de agua.

—No es extraño —respondió Jasper Hobson, con el acento del hombre que no da importancia al hecho—; ya sabe usted que ese hoyo estaba abierto, en parte, en el hielo. Las paredes se habrán

derretido con el calor del sol...

—Perdone usted que le interrumpa, mi teniente —respondió Marbre—; pero el agua que hay dentro del hoyo no puede provenir de la fusión del hielo.

—¿Por qué, Marbre?

—Porque si el hielo la hubiese producido, esta agua sería dulce, como en cierta ocasión me explicó usted, en tanto que la que llena el hoyo es salada.

Por muy dueño que fuese de sí mismo, Jasper Hobson palideció ligeramente y nada respondió.

—Además —añadió el cazador—, he querido sondar el hoyo para averiguar la altura del agua, y, con gran sorpresa mía, no he podido hallarle el fondo.

—Pues bien, Marbre, ¿qué quiere usted que le diga? —respondió vivamente Jasper Hobson—; no encuentro en este fenómeno motivo para asombrarse. Alguna fractura del suelo habrá establecido una comunicación entre la trampa y el mar. Eso ocurre algunas veces... hasta en los terrenos más sólidos. No se inquiete usted, pues, amigo mío; renuncie por el momento al empleo de esa trampa, y conténtese con tender lazos alrededor del fuerte.

Marbre saludó militarmente, y, girando sobre sus talones, alejose del teniente, no sin haber dirigido a su jefe una extraña mirada.

Jasper Hobson permaneció pensativo durante algunos instantes. Era una noticia muy grave la que acababa de darle el cazador. Evidentemente, el fondo del hoyo, adelgazado de continuo por las aguas más calientes, se había hundido, formando en la actualidad la superficie del mar la parte inferior de la trampa.

Jasper Hobson buscó al sargento Long y le comunicó la noticia, y ambos, sin que los demás lo advirtiesen, trasladáronse al lugar de la playa, al pie del cabo Bathurst, donde habían colocado las señales.

Al consultarlas, vieron con la natural alarma que el nivel de la isla flotante había bajado seis pulgadas desde la última observación.

—¡Nos hundimos poco a poco! —murmuró el sargento Long—. El campo de hielo se gasta por la parte inferior.

—¡Oh, el invierno!, ¡el invierno! —exclamó Jasper Hobson, golpeando con el pie aquel suelo maldito.

Pero ningún síntoma anunciaba todavía la aproximación de los

fríos. El termómetro marcaba por término medio 59°

Fahrenheit (15° centígrados sobre cero), y durante las pocas horas que duraba la noche, la columna mercurial apenas si bajaba de tres a cuatro grados.

Los preparativos para la próxima internada se siguieron haciendo con gran celo. No se carecía de nada, y, a decir verdad, aunque el fuerte Esperanza no había sido aprovisionado por el destacamento del capitán Craventy, podían esperarse con toda tranquilidad las interminables horas de la noche ártica. Sólo hubo que economizar las municiones. En cuanto a las bebidas alcohólicas, cuyo consumo, por otra parte, no era grande, y a la galleta, que no podían ser reemplazadas, aún quedaban existencias bastante considerables. Pero la caza fresca y la carne conservada renovábanse sin cesar, y esta alimentación abundante y sana, a la que se agregaban algunas plantas antiescorbúticas, mantenía en excelente estado de salud a todos los miembros de la pequeña colonia.

Hiciéronse importantes talas en los bosques que bordeaban la costa oriental del lago Barnett. Numerosos abedules, abetos y pinos cayeron bajo la hacha de

Mac-Nap,

encargándose los renos de conducir al almacén todo aquel combustible. El carpintero talaba sin piedad, convencido de que la madera no faltaría en lo que él consideraba aún como península; y, en efecto, toda la comarca vecina al cabo Miguel era rica en diversas especies.

Por eso el maestro Mac-Nap se extasiaba con frecuencia, y solía felicitar a su teniente por haber descubierto aquel territorio bendecido por el cielo, donde el nuevo establecimiento tendría que prosperar forzosamente. Madera, caza, animales de pieles preciosas que acudían voluntariamente a llenar los almacenes de la Compañía, una laguna para pescar, cuyos productos variaban de manera agradable la comida ordinaria, pasto para los animales y doble paga para los hombres, como hubiera añadido en seguida el cabo Joliffe, ¿no era aquel cabo Bathurst un rincón privilegiado de la tierra, como no se encontraría jamás otro igual en los dominios del continente ártico? ¡Ah!, verdaderamente el teniente Hobson

había tenido buena mano, y era preciso dar por ello las gracias a la Providencia; porque, como aquel territorio, no debía existir ningún otro en el mundo.

¡Desdichado Mac-Nap!, ¡qué ajeno estaba de las espantosas angustias que despertaban sus palabras en el corazón de su teniente, al expresarse así!

Tampoco se descuidó en la pequeña colonia la confección de la ropa dé invierno. Paulina Barnett y Madge, las señoras Mac-Nap

y Rae, y la esposa de Joliffe, cuando el fogón les dejaba ratos desocupados, trabajaban asiduamente. La viajera sabía que el fuerte tendría que ser abandonado, y en previsión de una larga marcha sobre los hielos, cuando, en el corazón del invierno, tratasen de llegar al continente americano, quería que todos fuesen perfectamente vestidos y abrigados. Tendrían que afrontar fríos terribles durante la larga noche polar, por espacio de muchos días, si la isla Victoria se detenía a gran distancia del litoral. Para atravesar centenares de millas en estas condiciones, era preciso no olvidar ni el vestido ni el calzado. Por eso Paulina Barnett y Madge pusieron sus cinco sentidos en estas confecciones.

Como probablemente sería imposible salvar las pieles, empleáronlas en todas las formas imaginables. Las cosieron en doble, de manera que los vestidos presentasen el pelo lo mismo al interior que al exterior; de suerte que, cuando llegase el momento de ponérselas, aquellas dignas esposas de unos simples soldados, y los soldados mismos, al igual que los oficiales, irían vestidos con pieles valiosísimas que les hubieran envidiado las más acaudaladas inglesas y las más opulentas princesas rusas. Sin duda causó extrañeza a las señoras

Mac-Nap,

Rae y Joliffe aquel inusitado derroche de las riquezas de la Compañía; pero la orden del teniente Hobson no podía ser más terminante. Por otra parte, bien veían que las martas, los visones, las ratas almizcleras, los castores y las zorras pululaban por el territorio, de suerte que sería bien fácil reemplazar las pieles que se utilizaban. Sobre todo, cuando vio la mujer de

Mac-Nap

el soberbio traje de armiño que Madge le hizo a su hijo, parecióle

todo aquello lo más natural del mundo.

Así transcurrieron los días hasta mediados de agosto. El tiempo había sido bueno siempre; y aunque en ciertas ocasiones las brumas empañaron el cielo, el sol las había disipado con presteza.

Jasper Hobson calculaba cada día la situación de la isla, teniendo buen cuidado de alejarse del fuerte para efectuar las observaciones, a fin de no despertar las sospechas de sus compañeros. Visitaba también las diversas partes de la isla, sin que, afortunadamente, observase ninguna modificación importante.

El día 16 de agosto se encontraba la isla Victoria a 167° 27' de longitud y 70° 47' de latitud, es decir, que había derivado algo hacia el Sur, aunque sin aproximarse a la costa, pues ésta recurvaba también en la misma dirección y seguía distando aún más de doscientas millas de ella, en dirección Sudoeste.

En cuanto al camino recorrido por la isla desde la ruptura del istmo, o por mejor decir, desde el último deshielo, podía ya calcularse en unas mil doscientas millas hacia el Oeste.

Pero ¿qué era esta distancia comparada con la inmensidad de los mares? ¿No se habían visto ya a ciertos buques derivar, bajo la acción de las corrientes, varios miles de millas, como, por ejemplo, el navío inglés *Resolute*, el bergante americano *Advance* y, por último, el *Fox*, que fueron arrastrados con los campos de hielo que los aprisionaban por espacio de varios grados, hasta el instante en que el invierno detúvolos en su marcha?

DIEZ DÍAS DE TEMPESTAD



urante los cuatro días comprendidos entre el 17 y el 20 de agosto, el tiempo se mantuvo hermoso y la temperatura elevada. Las brumas del horizonte no se trocaron en nubes. Era raro que la atmósfera se mantuviese en semejante estado de pureza en una zona tan elevada en latitud. Se comprenderá fácilmente que tales condiciones climáticas no podían satisfacer a Jasper Hobson.

Pero el 21 de agosto el barómetro anunció un cambio próximo del estado atmosférico. La columna de mercurio bajó súbitamente algunos milímetros. Volvió a subir, no obstante, al día siguiente, y a descender después, y hasta el día 23 no acentuó el descenso de una manera continua.

En efecto, el 24 de agosto, los vapores acumulados lentamente, en vez de disiparse, se elevaron hacia la atmósfera. El sol quedó velado por completo en el instante de su culminación, de suerte que Jasper Hobson perdió la observación y no pudo calcular la situación de la isla. Al día siguiente entablóse el viento del Nordeste, soplando con bastante fuerza, y, en ciertos recalmones, llovió con abundancia. La temperatura, no obstante, no hubo de modificarse de una manera sensible, sosteniéndose el termómetro en 54°

Fahrenheit (12º centígrados sobre cero).

Afortunadamente, los trabajos proyectados estaban ya concluidos, y

Mac-Nap

acababa de terminar el esqueleto de la embarcación, faltando sólo forrarla. Podía también, sin ningún inconveniente, suspenderse la caza de los animales comestibles, por ser ya suficientes las reservas acumuladas. El tiempo, por otra parte, se hizo pronto tan malo, y el viento tan violento y la lluvia tan penetrante, y las nieblas tan intensas, que hubo que renunciar a salir del recinto del fuerte.

—¿Qué piensa usted de este cambio de tiempo, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett, en la mañana del 27 de agosto, viendo que el furor de la tempestad crecía de hora en hora—. ¿No nos será favorable?

—No me atrevería a afirmarlo —respondió el teniente Hobson—; pero no le negaré que cualquier cosa es mejor para nosotros que ese tiempo magnífico durante el cual el sol calienta las aguas de los mares. Además, observo que el viento se ha fijado al Noroeste, y, como sopla con fuerza, nuestra isla, por su masa misma, no puede substraerse a su influencia; de manera que no me extrañaría que se acercase al continente americano.

—Por desgracia —dijo el sargento Long—, no podremos calcular nuestra situación diariamente. En medio de esta atmósfera de brumas no hay sol, ni luna, ni estrellas. ¡Cualquiera es capaz de tomar una altura en estas condiciones!

—Tiene usted razón, sargento —respondió Paulina Barnett—; pero yo le garantizo que si nos aparece la tierra sabremos reconocerla. Cualquiera que ella fuese será bien recibida, pues tendrá necesariamente que ser una porción cualquiera de la América rusa, y probablemente la Georgia occidental.

—Es de presumir, en efecto —añadió Jasper Hobson—; porque, por desgracia nuestra, no hay en toda esta porción del océano Glacial Ártico ni una isla, ni un islote, ni aun siquiera una roca a la cual pudiéramos asirnos.

—¡Bah! —dijo Paulina Barnett—, ¿y por qué nuestro vehículo no nos habría de llevar derechamente a la costa de Asia? ¿No podría, por ventura, arrastrado por las corrientes, pasar por delante de la embocadura del estrecho de Behring para ir a soldarse al país de los Chukchis?

—No, señora, no —respondió el teniente Hobson—; nuestro témpano tropezaría bien pronto con la corriente de Kamchatka, y

sería arrastrado en seguida hacia el Nordeste, lo cual sería muy sensible. No; es mucho más probable que, impelidos por el viento del Noroeste, nos aproximemos a las costas de la América rusa.

—Será preciso estar alerta, señor Hobson —dijo la viajera—; hacer todo lo posible por conocer en todo instante cuál es nuestra situación.

—Estaremos alerta, señora —respondió Jasper Hobson—; aunque esas densas brumas limitan de manera extraordinaria el campo de nuestra visión. Por más que, si somos arrojados contra la costa, el choque será violento y habremos de sentirlo irremisiblemente. ¡Quiera el Cielo que entonces nuestra isla no se rompa en pedazos! Pero, en fin, si tal ocurre, trataremos de buscarle solución. Entretanto, nada podemos hacer. Inútil es advertir que esta conversación no tenía lugar en la sala común, donde la mayor parte de los soldados y las mujeres se hallaban instalados durante las horas de trabajo. Paulina Barnett hablaba de estas cosas en su propia habitación, cuya ventana daba a la parte anterior del recinto, y por cuyos opacos vidrios apenas si penetraba la insuficiente luz del día. Por la parte de fuera se oía pasar la borrasca a manera de avalancha. Afortunadamente, el cabo Bathurst defendía la casa contra las rachas del Nordeste. Sin embargo, la tierra y la arena, arrebatadas de la cúspide del promontorio, caían sobre el techo produciendo un ruido semejante al del granizo. Mac-Nap sintió otra vez inquietud por sus chimeneas, y muy en especial por la de la cocina, que debía funcionar incesantemente. A los rugidos del viento mezclábanse los espantosos estruendos producidos por las embravecidas olas al estrellarse contra el litoral. La tempestad se convertía en huracán.

A pesar de la violencia del viento, Jasper Hobson, el 28 de agosto, quiso a toda costa subir al cabo Bathurst, a fin de observar el horizonte y el estado del cielo y del mar. Arropóse perfectamente y se aventuró al exterior.

Llegó sin grades trabajos, después de atravesar el patio interior, al pie del promontorio. La tierra y la arena cegábanle; pero, al menos, protegido por el acantilado, no tuvo que luchar directamente con el viento.

Lo más difícil para Jasper Hobson fue trepar por los flancos del macizo cortados casi a pico; sin embargo, asiéndose a las malezas,

logró llegar hasta la cresta del cabo. Era tal en aquel punto la fuerza del huracán, que no hubiera podido sostenerse ni de pie ni sentado; tuvo, pues, que echarse de bruces, al borde del mismo veril, y que agarrarse a los arbustos, no dejando expuesta a las huracanadas rachas más que la parte superior de la cabeza.

Jasper Hobson se puso a mirar a través de las rociadas que pasaban por encima de él cual sábanas líquidas. El aspecto del océano y del cielo era verdaderamente terrible, contundiéndose ambos entre las nieblas a media milla del cabo. Veía el teniente negros nubarrones, bajos y desgarrados, correr sobre su cabeza con velocidad espantosa, en tanto que anchas fajas de vapores permanecían inmóviles en el cénit. Sobrevenían por momentos intensos recalmones en la atmósfera, durante los cuales sólo se oía el estruendo del mar embravecido y el estrépito de las olas al reventar en las playas. En seguida volvía a soplar el viento con un furor sin igual, y sentía el teniente Hobson temblar sobre su base el promontorio. En algunos instantes la lluvia era tan violentamente empujada por las rachas, que sus gotas corrían con vertiginosa rapidez casi horizontalmente, formando una especie de metralla.

Era un verdadero huracán cuyo vórtice se hallaba situado en el punto más desfavorable del cielo. Aquel viento Nordeste podía durar mucho tiempo, manteniendo perturbada la atmósfera. Pero Jasper Hobson no exhalaba una queja; él, que en otras circunstancias hubiera deplorado los desastrosos efectos de semejante tempestad, la bendecía ahora. Si la isla resistía, lo cual era de esperar, sería inevitablemente empujada hacia el Sudoeste bajo el impulso de aquel viento superior al de las corrientes del mar, y en esta dirección se hallaba el continente, que era la salvación. Sí; para él, para sus compañeros, para todos era preciso que la tempestad durase hasta el momento en que los arrojara a la costa, cualquiera que ésta fuese. Lo que hubiera causado la pérdida de un buque era la salvación de la isla errante.

Durante un cuarto de hora permaneció Jasper Hobson inclinado bajo la violencia del huracán, empapado por los rociones de agua dulce y del mar, agarrándose al suelo con las ansias del que se siente ahogar y tratando de descubrir las probabilidades de salvación que la tempestad podía proporcionarles. Después, bajó de nuevo, deslizándose por las laderas del promontorio, atravesó el

patio en medio de los torbellinos de arena, y entró otra vez en la casa.

El primer cuidado de Jasper Hobson fue anunciar a sus compañeros que la tempestad no había alcanzado aún su máxima intensidad, y que era de esperar que se prolongase por espacio de varios días. Pero el teniente dijo esto con acento de júbilo, como si se tratase de alguna buena noticia, y los habitantes de la factoría no pudieron menos de mirarle con cierta sorpresa. Su jefe parecía contemplar con regocijo aquella lucha de los elementos.

El día 30, Jasper Hobson, desafiando de nuevo el huracán, volvió, si no a la cresta del cabo Bathurst, a los altozanos de la playa; y allí, en el límite adonde llegaban las olas, que la barrían de través, descubrió unas hierbas largas que no pertenecían a la flora de la isla.

Dichas hierbas estaban todavía frescas, y se hallaban constituidas por largos filamentos de algas que, sin duda de ningún género, habían sido recientemente arrancadas del continente americano. Este continente, pues, no se encontraba muy lejos. El viento del Nordeste había empujado la isla fuera de la corriente que hasta entonces la arrastrara en su seno. ¡Ah!, ¡no fue mayor el gozo que Cristóbal Colón sintió en su pecho cuando descubrió las hierbas flotantes que le anunciaron la proximidad de la tierra!

Jasper Hobson volvió al fuerte y dio parte en seguida de su descubrimiento a Paulina Barnett y al sargento Long. En aquellos instantes, sintió ganas de confesárselo todo a sus compañeros. ¡Tan segura veía su salvación! Pero le hizo al fin callar un postrer pensamiento.

Durante aquellos interminables días de encierro, los habitantes del fuerte no permanecían inactivos, ocupados todo el tiempo en trabajos interiores. A veces practicaban también canalizos en el patio a fin de dar salida a las aguas que se acumulaban entre los almacenes y la casa. Mac-Nap, con un clavo en una mano y un martillo en la otra, tenía siempre algo que hacer en algún sitio. Se trabajaba, pues, todo el día sin preocuparse demasiado de la violencia de la tempestad. Pero, llegada la noche, parecía que la violencia del huracán se redoblase, siendo imposible dormir. Las rachas azotaban la casa como golpes de maza. A veces se establecía una especie de remolino entre el promontorio y el fuerte; algo así

como una tromba o un tornado parcial que abarcaba toda la casa. Las tablas crujían entonces, las vigas amenazaban desligarse y parecía que todo el edificio iba a hacerse pedazos. Por eso el carpintero sufría continuas angustias, y sus hombres tenían que permanecer siempre alerta.

En cuanto a Jasper Hobson, no era precisamente la solidez de la casa lo que le preocupaba, sino la del suelo sobre el cual se hallaba construida. La tempestad se hacía tan extraordinariamente violenta, y la mar tan imponente, que era muy de temer una dislocación del campo de hielo. Parecía imposible que aquel enorme témpano, cuyo espesor había disminuido, socavado por su base, sometido a las incesantes desnivelaciones del océano, pudiera resistir mucho tiempo. Sin duda sus habitantes no sentían las agitaciones del mar, a consecuencia de la gran magnitud de su masa; mas no por eso la isla dejaba de sufrir sus efectos. La cuestión se reducía, pues, a esto: ¿duraría la isla hasta el momento en que fuese arrojada a la costa? ¿No se haría pedazos antes de tocar la tierra firme?

Sin duda alguna había resistido hasta entonces, como el teniente Hobson explicó a Paulina Barnett de un modo categórico. En efecto; si se hubiese producido alguna dislocación, si el témpano se hubiera dividido en otros más pequeños, si de la isla se hubiesen formado islotes más reducidos, los habitantes del fuerte Esperanza se habrían dado cuenta de ello en seguida; porque el trozo de isla que los sostenía aún, no hubiera permanecido insensible a la agitación del mar; habría sufrido los embates de las olas, y los que navegaban en él se habrían visto sometidos a los mismos movimientos de balance y cabezada que los pasajeros que navegan a bordo de un buque; cosa que no había ocurrido. Tampoco el teniente Hobson había advertido jamás en sus observaciones cotidianas ni el más leve movimiento o vibración de la isla, la cual parecía tan firme, tan inmóvil como si se encontrase todavía sólidamente unida al continente por medio del istmo.

Pero la fractura que no se había verificado hasta entonces podía tener lugar de un momento a otro.

La gran preocupación de Jasper Hobson era el saber si la isla Victoria, sacada del cauce de la corriente e impelida por el viento del Nordeste, se había aproximado a la costa, pues todas las esperanzas estribaban en esta probabilidad; pero fácil es

comprender que sin sol, sin luna, sin estrellas, los instrumentos resultaban inútiles, no existiendo manera de calcular la situación actual de la isla. Si, pues, se aproximaban a la tierra, no habría medio de averiguarlo más que cuando se avistasen sus costas, y ni aun así podría saberlo a tiempo el teniente, si no se trasladaba a la parte meridional de aquel peligroso territorio, a menos que no se produjese un gran choque.

En efecto, la orientación de la isla Victoria no había cambiado de una manera apreciable. El cabo Bathurst formaba todavía su extremo septentrional, como en los tiempos en que constituía una punta avanzada del continente americano. Era, pues, evidente que la isla, en caso de tropezar con la costa, lo haría por su parte Sur, comprendida entre el cabo Miguel y el ángulo que en otro tiempo se apoyaba en la bahía de las Morsas. En una palabra, que la reunión se verificaría nuevamente por el antiguo istmo. Era, pues, esencial y conveniente averiguar lo que ocurría en esta costa.

Jasper Hobson resolvió trasladarse al cabo Miguel, por espantosa que fuese la tempestad; pero decidió al mismo tiempo emprender esta expedición ocultando a sus compañeros el verdadero motivo de ella. Sólo el sargento Long debería acompañarle mientras rugía el huracán con inusitada furia.

Aquel día, 31 de agosto, hacia las cuatro de la tarde, a fin de estar dispuesto a toda eventualidad, Jasper Hobson mandó llamar al sargento, que vino a verlo a su cuarto.

—Sargento —le dijo—, es preciso que sepamos en seguida a qué atenernos sobre la situación de la isla Victoria, o, por lo menos, que averigüemos si este viento huracanado la ha impulsado hacia el continente, como me parece probable.

—También yo lo considero necesario —respondió el sargento—, y cuanto más pronto, mejor.

—Tenemos la obligación, por lo tanto —prosiguió Jasper Hobson—, de trasladarnos al Sur de la isla.

—Dispuesto estoy, mi teniente.

—Ya sé, sargento Long, que está usted siempre dispuesto a cumplir con su deber; pero no irá usted solo. Conviene que seamos dos para caso de que estuviese la tierra a la vista y fuese preciso avisar a los compañeros con urgencia. Además, conviene que yo mismo vea... Iremos los dos juntos.

—Cuando usted lo disponga, mi teniente: ahora mismo, si lo estima usted oportuno.

—Partiremos esta noche, a las nueve, cuando todos estén dormidos...

—En efecto, la mayor parte de nuestros hombres querrían acompañarnos, y no conviene que sepan el motivo que nos lleva lejos de la factoría.

—No; no conviene —replicó el teniente Hobson—; y, como me sea posible, les evitaré hasta el fin las inquietudes de esta terrible situación.

—Convenido, mi teniente.

—Llevará usted un eslabón y yesca para poder hacer señales, si fuese necesario, en el caso en que descubriésemos alguna costa hacia el Sur.

—Muy bien.

—Nuestra expedición será ruda, sargento.

—No importa, mi teniente. Y, a propósito, ¿y nuestra viajera?

—No pienso decirle nada, porque querría acompañarnos.

—¡Eso sería imposible!, ¡una mujer no podría luchar contra esta tempestad! ¡Mire usted cómo crece su furia en este momento!

En efecto, la casa temblaba sacudida por el huracán, que amenazaba arrancarla de patilla.

—¡No! —dijo Jasper Hobson—, esa valerosa mujer no puede ni debe acompañarnos. Pero, bien pensado, vale más comunicarle nuestros proyectos. Conviene que los conozca, a fin de que si nos ocurriere en el camino una desgracia...

—¡Sí, mi teniente, sí! —respondió el sargento Long—. No debemos ocultarle nada... y si no volviésemos...

—Así, pues, hasta las nueve, sargento.

—Hasta las nueve, mi teniente.

El sargento Long, después de saludar militarmente, retiróse.

Algunos instantes después conversaba Jasper Hobson con Paulina Barnett, explicándole su proyectada exploración. Como él ya se temía, la valerosa mujer insistió en acompañarle, deseosa de desafiar con él las furias de la tempestad. El teniente no trató de disuadirla ponderándose los peligros de una expedición emprendida en semejantes condiciones, sino que se contentó con decirle que, durante su ausencia, consideraba indispensable la presencia de

Paulina Barnett en el fuerte, dependiendo de ello el que él pudiera marcharse con alguna tranquilidad de espíritu. Si ocurriese una desgracia, tendría al menos la seguridad de que su valerosa compañera encontrarbase allí para reemplazarle en medio de su gente.

Comprendiéndole Paulina Barnett, no insistió; pero suplicó a Jasper Hobson que no se aventurase más de lo razonable, recordándole que era el jefe de la factoría, y que, por consiguiente, no le pertenecía su vida, por ser necesaria para la salvación de los otros. Jasper Hobson prometióle ser tan prudente como la situación lo exigía; pero era indispensable que el reconocimiento de la parte Sur de la isla se hiciese y sin demora, y no lo aplazaría. Al día siguiente, Paulina Barnett se limitaría a decir a sus amigos que el teniente y el sargento habían partido con objeto de llevar a cabo un postrer reconocimiento antes de la llegada del invierno.

UN GRITO Y UNA LUZ



El teniente y el sargento Long pasaron la velada en el salón del fuerte Esperanza hasta la hora de acostarse. Todos se hallaban reunidos en dicha pieza, a excepción del astrónomo, que permanecía, por decirlo así, continua y herméticamente encerrado en su camarote. Los hombres se dedicaban a diversas ocupaciones: los unos limpiaban sus armas, los otros reparaban o afilaban sus herramientas. Las señoras

Mac-Nap,

Rae y Joliffe cosían en compañía de Madge, mientras Paulina Barnett leía en alta voz. Su lectura se veía interrumpida con frecuencia, no sólo por los embates del viento, que azotaba, cual ariete, las paredes de la casa, sino también por los llantos del niño. El cabo Joliffe, encargado de entretenerlo, no tenía pequeña tarea. Sus rodillas, convertidas en fogosos caballos, no eran ya suficiente y se sentía cansado. Fue preciso que el cabo se decidiese a depositar sobre la mesa su infatigable jinete, donde el niño revolcóse a su gusto hasta el momento en que el sueño vino a calmar su agitación.

A las ocho, según era costumbre, rezaron en común las oraciones de la noche, apagaron las luces y cada cual metióse en su cama.

Cuando se durmieron todos, el teniente Hobson y el sargento Long atravesaron sin ruido la gran sala desierta, y llegaron al corredor, donde encontraron ya a Paulina Barnett, deseosa de estrecharles por última vez la mano.

—Hasta mañana —dijo al teniente.

—Hasta mañana, señora —respondióle Jasper Hobson—, sí... hasta mañana... sin falta...

—Pero ¿y si tardan ustedes?

—En ese caso, tendrán ustedes que esperarnos con paciencia —respondió el teniente Hobson—; porque después de examinar el horizonte del Sur durante la obscuridad de la noche, en medio de la cual pudiera tal vez descubrirse alguna luz, en el caso de que nos hubiésemos aproximado a las costas de Georgia, por ejemplo, tendré que reconocer nuestra situación de día claro. Es posible que esta exploración se prolongue por espacio de veinticuatro horas; pero si podemos llegar al cabo Miguel antes de medianoche, estaremos de regreso en el fuerte mañana al anochecer. Tenga usted, pues, paciencia, señora, y crea que no nos exponremos sin un fin justificado.

—Pero —observó la viajera—, ¿y si no regresasen ustedes mañana... ni pasado... ni el otro...?

—¡Será señal de que no volveremos jamás! —respondió simplemente Jasper Hobson.

La puerta abrióse entonces, y Paulina volvió a cerrarla después de haber salido los dos intrépidos hombres, regresando después, inquieta y pensativa, a su cuarto, donde le esperaba Madge.

Jasper Hobson y el sargento Long atravesaron el patio interior en medio de un torbellino que amenazaba derribarles; pero, sosteniéndose el uno al otro y apoyados en sus bastones herrados, franquearon la poterna y avanzaron entre las colinas y la orilla oriental de la laguna.

Un vago resplandor crepuscular se extendía sobre el territorio. La luna, que había sido nueva la víspera, no debía salir en toda la noche, dejando a ésta todo su sombrío horror; pero la obscuridad absoluta no debía durar sino contadas horas. En aquel preciso momento, se veía lo bastante para poder avanzar.

Pero ¡qué viento y qué lluvia! El teniente Hobson y su compañero llevaban los pies calzados con botas impermeables y sus cuerpos cubiertos con capotes encerados, fuertemente sujetos a la cintura, y cuyos capuchones les envolvían por completo la cabeza. Protegidos de este modo, marchaban rápidamente, pues el viento, que recibían de espaldas, empujábales con extremada violencia; y

en algunos momentos, era tanta la fuerza de las rachas, que les hacía correr contra su voluntad. No podían, sin embargo, cambiar sus impresiones; pues, ensordecidos con el estruendo de la tempestad, no hubieran logrado entenderse.

No tenía Jasper Hobson intención de seguir el litoral, cuyas irregularidades hubieran alargado inútilmente su camino, exponiéndoles además al embate directo de las rachas del huracán. Su propósito era marchar en línea recta, caso de serles posible, desde el cabo Bathurst hasta el cabo Miguel, habiéndose provisto al efecto de una brújula para poder orientarse. De esta suerte, sólo tendría que franquear unas diez u once millas para alcanzar su objetivo, y contaba con llegar al término de su viaje próximamente a la hora en que el crepúsculo se extinguiría por completo por espacio de dos horas apenas, durante las cuales quedaría toda la Naturaleza sumida en la obscuridad.

Jasper Hobson y su sargento, encorvados por la fuerza del viento, con el espinazo arqueado, la cabeza encogida entre los hombros, y apoyándose en sus bastones, avanzaban con bastante rapidez. Mientras caminaron por la orilla oriental del lago, no recibieron el viento de pleno, y no tuvieron que padecer demasiado. Las colinas y los árboles que coronaban a éstas les abrigan en parte. Silbaba el viento con sin igual violencia a través de la enramada, amenazando romper o descuajar algún tronco mal asegurado; pero, al pasar, perdía gran parte de su fuerza. La lluvia misma llegábales ya reducida a polvo impalpable; de suerte que, durante cuatro millas, viéronse los exploradores menos maltratados por los elementos de lo que hubieran podido temer.

Cuando llegaron a la extremidad meridional de la línea de colinas, donde el suelo, completamente liso, sin el más pequeño cerro ni arboleda de ninguna clase, era barrido por el viento del mar, detuviéronse un instante. Tenían que recorrer aún seis millas antes de llegar al cabo Miguel.

—¡Esto va a ser algo duro! —gritó el teniente Hobson al oído del sargento Long.

—Sí —respondió este último—; el viento y la lluvia se van a coligar contra nosotros.

—Temo que de vez en cuando les ayude también el granizo —añadió el teniente Hobson.

—Siempre será menos mortífero que la metralla —replicó filosóficamente el sargento Long—. Pero lo mismo usted que yo, mi teniente, la hemos desafiado muchas veces; desafiemos también los elementos. ¡Adelante sin vacilación! —¡Adelante, bizarro soldado! Eran entonces las diez. Empezaban a extinguirse los últimos fulgores del crepúsculo, cual si los ahogase la niebla o los apagase la lluvia o el viento; sin embargo, todavía se notaba una cierta luz difusa. El teniente golpeó con su eslabón el trozo de pedernal, consultó la brújula, paseando por su superficie la yesca encendida, y después, encerrado herméticamente en su capote, cuyo capuchón sólo dejaba paso a los rayos visuales, se lanzó, seguido del sargento, a través del espacio descubierto, no protegido por el más insignificante obstáculo.

En el primer instante, fueron ambos derribados; pero se levantaron en seguida, y, apoyándose el uno contra el otro y encorvados como dos ancianos, comenzaron a andar con acelerado paso.

Soberbio era el espectáculo que en su magnífico horror ofrecía la tempestad. Grandes jirones de brumas desgarradas barrían la superficie del suelo. La arena y la tierra volaban, como metralla, y por la sal que se adhería a sus labios, comprendieron el teniente y el sargento que el agua del mar, que distaba dos o tres millas lo menos, llegaba pulverizada hasta ellos.

Durante ciertos recalmones, bien raros y cortos por cierto, deteníanse a respirar. El teniente rectificaba entonces el rumbo, lo mejor que le era posible, calculando de un modo aproximado el camino recorrido, y reanudaban la marcha.

Pero la tempestad arreciaba con la noche. Los dos elementos, aire y agua, parecían estar absolutamente confundidos. Formaban en las regiones bajas del cielo una de esas formidables trombas que derriban edificios y descuajan bosques enteros, y de las que a cañonazos tienen que defenderse los buques. Parecía que el océano, arrancado de su lecho, iba a pasar todo entero por encima de la isla errante. Jasper Hobson no podía explicarse cómo el témpano que les soportaba, sometido a semejante cataclismo, podía resistir; cómo no se había roto ya en cien pedazos bajo la acción de las olas. La marejada debía ser formidable, y el teniente la oía rugir desde lejos. En aquel instante, el sargento, que le precedía algunos pasos,

detúvose de repente, y, acercándose al teniente Hobson, y hablándole al oído con voz entrecortada le dijo:

—¡Por ahí no! —¿Por qué?

—¡El mar!...

—¡Cómo!, ¿el mar? Pero si no hemos llegado a la playa del Sudoeste.

—Mire usted, mi teniente.

Y en efecto, una gran extensión de agua advertíase a la sombra y las olas se estrellaban con violencia a los pies de Jasper Hobson.

Entonces este último encendió otro trozo de yesca y consultó de nuevo la brújula.

—No —dijo—; el mar está más a la izquierda. Aún no hemos atravesado el gran bosque que nos separa del cabo Miguel.

—Pero, entonces...

—Es que la isla se ha roto —respondió el teniente Hobson, quien como su compañero, había tenido que echarse sobre el suelo, para resistir la borrasca—. O una enorme porción de la isla se ha separado de ella, o se trata tan sólo de una simple escotadura que podremos rodear. ¡En marcha, pues!

Jasper Hobson y el sargento Long dirigiéronse hacia la derecha, siguiendo el perfil que dibujaban las aguas espumosas. Caminaron así durante unos diez minutos, temiendo hallar cortada toda comunicación con la parte meridional de la isla. Después cesó el ruido de la resaca que se unía al estruendo de la tempestad.

—Se trata solamente de una escotadura —dijo el teniente Hobson al oído del sargento—. ¡Vamos a dar la vuelta!

Y de nuevo se dirigieron hacia el Sur, exponiéndose a un peligro terrible, como ninguno de los dos ignoraba; pues aquella parte de la isla Victoria en la que se aventuraban ahora, dislocada ya en una gran extensión, podía separarse de ella de un momento a otro. Si la grieta se prolongaba más bajo la acción del mar enfurecido, se los llevaría irremisiblemente a la deriva. Pero no titubearon y se lanzaron en la obscuridad, sin siquiera pensar si al regreso hallarían el camino cortado.

¡Qué de inquietantes pensamientos asaltaban entonces al teniente Hobson! ¿Podría, en lo sucesivo, abrigar la esperanza de que la isla tirase hasta el invierno? ¿No sería aquello el comienzo de la temida fractura? Si el viento no la empujaba hacia la costa, ¿no

estaba condenada a perecer dentro de poco tiempo?, ¿a hundirse?, ¿a disolverse? ¡Qué espantosa perspectiva y qué suerte esperaba a los desdichados habitantes de aquel campo de hielo!

Entretanto, abatidos y quebrantados por el viento, aquellos dos hombres enérgicos, a quienes sostenía la conciencia de un deber que tenían que cumplir, caminaban sin detenerse, y llegaron por fin al veril del anchuroso bosque que terminaba en el cabo Miguel. Entonces se trataba de cruzarlo a fin de llegar lo más pronto posible al litoral. Jasper Hobson y el sargento Long internáronse, pues, en la espesura, en medio de la más profunda obscuridad y del estruendo que el viento producía al pasar a través del arbolado. Todo crujía en torno de ellos. Las ramas desgajadas azotábanles el rostro. A cada instante corrían el riesgo de perecer aplastados por la caída de un árbol, o de estrellarse al tropezar con los troncos derribados que no podían distinguir en la sombra.

Mas ya no caminaban al azar, pues los rugidos del mar guiaban sus pasos a través de la selva. Oían el pesado caer de las olas, que reventaban con espantoso estrépito, y en más de una ocasión sintieron que el suelo, evidentemente adelgazado ya, temblaba al recibir sus impetuosos choques. Por fin, agarrados de la mano, para no extraviarse, cayendo y levantándose, llegaron al margen opuesto del bosque.

Pero allí un torbellino horrible separólos violentamente, y fueron ambos a estrellarse contra el suelo.

—¡Sargento!, ¡sargento! —gritó Jasper Hobson.

—¡Presente, mi teniente! —gritó el sargento Long.

Y arrastrándose los dos por la tierra, trataron de reunirse.

Parecía, sin embargo, que una mano poderosa mantenía los adosados a la tierra. Por fin, después de inauditos esfuerzos, lograron de nuevo reunirse, y, con objeto de evitar cualquier separación ulterior, atáronse por la cintura uno al otro; hecho lo cual, arrastráronse sobre el suelo con el fin de llegar a un montículo que dominaba un pequeño grupo de abetos. Una vez llegados a él, cavaron un orificio en el cual se agazaparon rendidos y agotados por completo. Eran las once y media de la noche. Jasper Hobson y su compañero permanecieron así por espacio de varios minutos, sin pronunciar una sola palabra. Con los ojos medio cerrados, no podían moverse; una especie de torpeza, de irresistible somnolencia

apoderóse de ellos, en tanto que la borrasca sacudía sobre sus cabezas los abetos que crujían cual los huesos de un esqueleto. Lograron, sin embargo, sobreponerse al sueño, y algunos tragos de aguardiente, tomados de la cantimplora del sargento, infundiéronles nuevos bríos.

—¡Con tal de que estos árboles aguanten! —exclamó el teniente Hobson.

—¡Y con tal de que nuestro agujero no se vaya con ellos! —añadió el sargento Long, procurando empotrarse en la movediza arena.

—En fin —dijo Jasper Hobson—, puesto que ya estamos aquí, a algunos pasos solamente del cabo Miguel, y puesto que hemos venido para observar, observemos. Tengo una especie de presentimiento de que no nos encontramos ya muy lejos de la tierra firme; pero esto no deja de ser más que un presentimiento.

En la posición que ocupaban, las miradas del teniente y de sus compañeros habrían abrazado las dos terceras partes del horizonte del Sur, si hubiera estado visible. Pero, en aquel momento, la obscuridad era absoluta, y, a menos que no apareciese una luz, tendrían precisión de esperar la llegada del día para descubrir la costa, en caso de que el huracán los hubiese empujado hacia el Sur lo suficiente.

Ahora bien, como el teniente Hobson había dicho ya a Paulina Barnett, las pesquerías no son raras en la parte de la América septentrional denominada Nueva Georgia. En esta costa hay también numerosos establecimientos en los cuales recogen los indígenas dientes de mamuts, porque estos parajes ocultan numerosos esqueletos de estos monstruosos animales antediluvianos, reducidos al estado fósil. Algunos grados más abajo elévase Nuevo Arcángel, centro de administración que abarca todo el archipiélago de las Aleutianas, y capital de la América rusa. Pero los cazadores frecuentan más asiduamente las playas del océano Glacial, sobre todo desde que la Compañía de la Bahía de Hudson ha tomado en arriendo los territorios de caza explotados antiguamente por Rusia.

Jasper Hobson, aunque desconocía el país, no ignoraba las costumbres de los agentes que lo visitaban en esta época del año, teniendo fundados motivos para creer que encontraría allí

compatriotas, quién sabe si hasta colegas, o al menos alguna partida de los indios nómadas que suelen recorrer el litoral.

Pero ¿tenía Jasper Hobson motivos para esperar que la isla Victoria hubiese sido impelida hacia la costa?

—Sí, y cien veces sí —le respondió al sargento—. Hace ya siete días que sopla el viento Nordeste con fuerza huracanada. Bien sé yo que la isla es muy baja; pero tiene también sus colinas y sus bosques que hacen las veces de velas. Además, el mar que nos sostiene experimenta también esta influencia, y es bien cierto que las grandes olas corren hacia la costa. Me parece, pues, imposible que no hayamos abandonado la corriente que nos arrastraba hacia el Oeste, para dirigirnos al Sur. La última vez que nos situamos nos hallábamos sólo a doscientas millas de tierra, y al cabo de siete días...

—Todos sus raciocinios de usted son exactos, mi teniente —respondió el sargento Long—. Además de la ayuda del viento, contamos con la de Dios, que no permitirá que tantos infelices perezcan, y en Él cifro mi esperanza.

El estruendo de la tempestad hacía que se perdieran muchas de las palabras de Hobson y el sargento. Sus miradas trataban de penetrar las espesas sombras de la noche, cuya negra obscuridad aumentaba la cerrazón. Pero ni un solo punto luminoso brillaba en las tinieblas.

A eso de la una y media de la madrugada calmóse el huracán durante algunos minutos. Sólo el mar, furiosamente desencadenado, no pudo refrenar sus espantosos rugidos. Las olas reventaban las unas sobre las otras con una violencia extrema.

De repente asió Jasper Hobson del brazo a su compañero, exclamando:

—¡Oiga usted, sargento...!

—¿Qué?

—¿El ruido del mar?

—Sí, mi teniente —respondió el sargento Long, escuchando con más atención—; hace algunos instantes me parece que ese estruendo de las olas...

—No es el mismo... ¿no es cierto, sargento?... Escuche usted... escuche usted... es como el ruido de unas rompientes... como si las olas se estrellasen contra unas piedras... Jasper Hobson y el

sargento escucharon con extremada atención. No era ya evidente el ruido sordo monótono de las olas que chocan entre sí, sino el atronador estruendo de las grandes masas líquidas, lanzadas contra un cuerpo duro, que los ecos de las rocas repercuten; y sabido es que no había una sola piedra en todo el litoral de la isla, formado de tierra y arena, substancias bien poco sonoras.

¿Se habían equivocado Jasper Hobson y el sargento? Este último trató de levantarse para poder oír mejor; pero fue derribado por el viento, que soplaba de nuevo con inusitada violencia. El recalmón había cesado y los silbidos del huracán no dejaban oír los rugidos del mar.

Juzgúese la ansiedad de los dos observadores, que se agazaparon de nuevo en su agujero, dudando si abandonarían prudentemente aquel abrigo; porque sentían desmoronarse la arena y crujir hasta las raíces del grupito de abetos. Pero no cesaban de mirar hacia el Sur. Toda su vida se hallaba reconcentrada en sus ojos que trataban de penetrar aquellas espesas tinieblas que los primeros resplandores del alba no tardarían ya mucho en disipar.

De repente, un poco antes de las dos y media de la madrugada, exclamó el sargento Long:

—Me parece haber visto...

—¿Qué?

—¡Una luz!

—¿Una luz?

—¡Sí!... ¡allí!, ¡en esta dirección!

Y el dedo del sargento señalaba el Sudoeste.

¿Se había equivocado? No; porque el teniente Hobson, al mirar en la misma dirección, vio también un resplandor indeciso.

—¡Sí! —exclamó—; ¡sí, sargento!, ¡una luz!, ¡ya tenemos ahí la tierra!

—¡A menos que no sea la luz de algún buque!

—¡Un buque en el mar con este tiempo! —exclamó Jasper Hobson—. ¡Imposible! ¡No!, ¡no! ¡Le repito que tenemos ahí la tierra, a pocas millas de distancia de nosotros!

—Pues bien, hagamos una señal.

—Sí, sargento; ¡respondamos a esta luz del continente con otra de nuestra isla!

Pero ni Jasper Hobson ni el sargento disponían de antorcha

alguna para poderla encender. Sin embargo, encima de ellos se alzaban los abetos resinosos que el huracán retorció.

—¡El eslabón, sargento! —dijo el teniente Hobson.

El sargento encendió un trozo de yesca, y, trepando por la arena, llegó hasta el pie del grupito de árboles. El teniente no tardó en reunirse a él. No faltaba leña seca. Amontonáronla sobre las raíces mismas de los abetos, prendieronle fuego, y, con la ayuda del viento, no tardó en comunicarse la llama al bosque entero.

—¡Ah! —exclamó Jasper Hobson—, ¡puesto que los hemos visto, deben vernos a nosotros también!

Los abetos ardían con lívido resplandor y proyectaban una gran llama fuliginosa, cual una enorme antorcha. La resina chisporroteaba en aquellos viejos troncos que fueron rápidamente consumidos. Oyéronse bien pronto las últimas crepitaciones, y todo se apagó.

Jasper Hobson y el sargento Long miraron si algún nuevo fuego respondía a la señal que habían hecho...

Pero nada. Durante diez minutos aproximadamente observaron, con la esperanza de volver a descubrir aquel punto luminoso que había brillado un instante, y desesperaban ya de volver a ver ninguna otra señal, cuando, repentinamente, se oyó un grito bien distinto, un grito desesperado, que procedía del mar.

Jasper Hobson y el sargento, presas de terrible ansiedad, deslizáronse hasta la playa...

El grito no volvió a oírse.

Entretanto, empezaba a amanecer. Parecía que la violencia de la tempestad amainaba con la reaparición del sol. Pronto fue la claridad suficientemente intensa para que la mirada pudiese escudriñar el horizonte...

No había tierra alguna a la vista. El mar y el cielo seguían confundiéndose en una sola línea que formaba el horizonte.

UNA EXCURSIÓN DE PAULINA BARNETT



urante toda la mañana, Jasper Hobson y el sargento Long anduvieron recorriendo toda aquella parte del litoral. El tiempo se había modificado de una manera notable, cesando casi por completo la lluvia; pero el viento, con una brusquedad extraordinaria, acababa de rolar al Sudoeste, sin que disminuyera su violencia; circunstancia fatal que hizo que Jasper Hobson renunciase desde entonces a toda esperanza de alcanzar la tierra firme, toda vez que alejando a la isla de la costa americana, empujaría hacia las peligrosas corrientes que se dirigen hacia el norte del océano Glacial.

Pero ¿había motivos para afirmar que la isla se había aproximado al continente americano durante aquella noche terrible? ¿Tratábase solamente de un presentimiento del teniente Hobson, que no se había realizado? La atmósfera estaba entonces bien clara, descubría la mirada un radio de muchas millas, y, no obstante, no se veía la menor apariencia de tierra. ¿No sería preciso recurrir a la hipótesis del sargento, y suponer que un buque había pasado la noche precedente a la vista de la isla, que se había distinguido desde ésta alguna de sus luces, y que el grito que oyeron había sido lanzado por algún marinero en un momento de angustia? Y este buque, ¿no habría naufragado durante la tempestad?

En todo caso, y cualquiera que fuese la causa, no se veía casco alguno en el mar ni restos del naufragio en las playas. El océano,

barrido ahora por el viento de tierra, hervía en olas enormes que difícilmente hubiera podido sortear ningún buque.

—Mi teniente —dijo el sargento Long—, aquí no hay más remedio que tomar una resolución decisiva.

—Sí —respondió Jasper Hobson—, tiene usted razón, sargento; y esta resolución no puede ser otra que permanecer en la isla, esperando la llegada del invierno, que es el único que puede salvarnos.

Era entonces mediodía, y Jasper Hobson, que deseaba llegar antes de obscurecer al fuerte Esperanza, emprendió con su compañero el viaje de regreso al cabo Bathurst, ayudados por el viento que recibían por la espalda. Sentían gran inquietud, temerosos de que la isla se hubiese acabado de dividir en dos partes durante, aquella desenfundada lucha de todos los elementos. La grieta observada la víspera, ¿no se habría prolongado en toda su amplitud? ¿No se hallarían ahora separados de sus amigos? ¡Todo era de temer!

No tardaron en llegar a la selva que habían atravesado la víspera. Gran número de árboles yacían sobre la tierra, tronchados unos por el tronco, arrancados otros de raíz de aquella tierra vegetal cuyo ligero espesor no les ofrecía un punto de apoyo suficiente. Los que quedaban en pie, privados de sus hojas por el huracán, crujían ruidosamente azotados por el viento del Sudoeste.

Dos millas después de atravesar este devastado bosque llegaron los exploradores al borde de la grieta cuyas dimensiones no les había permitido reconocer la obscuridad de la víspera, y la examinaron con cuidado. Tratábase de una fractura de unos cincuenta pies de ancho que cortaba el litoral a la mitad aproximadamente del camino que iba del cabo Miguel al antiguo Puerto Barnett, la cual formaba una especie de estuario que se internaba en la isla por espacio de más de milla y media. Cada vez que una nueva tempestad viniese a agitar el mar, la grieta tendría que abrirse más y más.

Habiéndose acercado a la orilla Jasper Hobson, vio que un enorme témpano se desgajaba en aquel preciso instante de la isla y se alejaba de ella.

—¡Ése!, ¡ése es el peligro! —murmuró el sargento Long.

Ambos retrocedieron entonces con rápido paso hacia el Oeste a

fin de contornear la enorme grieta, y, a partir de aquel momento, dirigiéronse directamente hacia el fuerte Esperanza.

Durante todo el camino, no observaron ningún otro cambio. A las cuatro franqueaban la poterna del recinto, encontrando a todos sus compañeros dedicados a sus habituales tareas.

Díjoles Jasper Hobson que, por última vez antes de la llegada del invierno, había querido ver si encontraba algunas huellas del convoy prometido por el capitán Craventy; pero que sus pesquisas habían resultado estériles.

—Me parece, mi teniente —dijo Marbre—, que es preciso renunciar, al menos por este año, a ver a nuestros compañeros del fuerte Confianza.

—También yo lo creo así, Marbre —respondió simplemente Jasper Hobson, y entró en la sala común.

En seguida enteró a Paulina Barnett de los hechos más notables de la exploración: la luz que percibieron sus ojos, y el grito que escucharon sus oídos, aseguráronle que ni su sargento ni él habían sido víctimas de una alucinación. La luz había sido vista realmente y el grito oído sin género alguno de duda. Por fin, tras muchas reflexiones, todos fueron de opinión de que un buque en situación apurada había pasado durante la noche a muy corta distancia de la isla; pero que ésta no se había aproximado al continente americano.

Entretanto, el viento del Sudoeste despejó rápidamente el firmamento y limpió de vapores la atmósfera, lo cual hizo concebir al teniente la esperanza de poder hallar al día siguiente la situación de la isla.

En efecto; la noche fue más fría y cayó una nieve menuda que cubrió por completo la superficie de la isla. Al siguiente día al levantarse, pudo Jasper Hobson dar la más cordial bienvenida a este primer síntoma del invierno.

Era el 2 de septiembre. El cielo despejóse poco a poco de las brumas que lo empañaban, e hizo el sol su aparición. El teniente, que lo esperaba con ansia, efectuó a mediodía una buena observación de latitud, y, a eso de las dos de la tarde, calculó un ángulo horario que le dio la longitud. El resultado de sus observaciones fue el siguiente: Latitud: 70° 57'. Longitud: 170° 30'.

Así, pues, a pesar de la violencia del huracán, la isla errante habíase mantenido, aproximadamente, en el mismo paralelo; sólo

que la corriente habíala arrastrado algo más hacia el Oeste. Hallábase en aquellos momentos tanto avante con el estrecho de Behring, pero a 400 millas, lo menos, al norte del cabo Oriental y del cabo del Príncipe de Gales, que formaban la parte más angosta del estrecho.

La nueva situación era aún más grave. La isla se aproximaba cada día más a aquella gran corriente de Kamchatka que, si la envolvía en sus rápidas aguas, podía llevarla muy lejos hacia el Norte. Era evidente que antes de muy poco tiempo se decidiría su destino: o quedaría inmóvil entre las dos corrientes contrarias, hasta que se solidificase el mar en torno suyo, o iría a perderse en las soledades de las regiones hiperbóreas.

Jasper Hobson, extraordinariamente afectado, pero queriendo ocultar sus inquietudes, entró solo en su cuarto y no se dejó ver en todo el resto del día. Con los planos ante la vista, hizo un llamamiento supremo a todo su talento, a toda su ingeniosidad e inventiva con objeto de hallar alguna solución.

La temperatura bajó algunos grados más durante aquel día, y las brumas, que a la caída de la tarde habíanse elevado por encima del horizonte, por la parte Sudoeste, cayeron convertidas en nieve durante la noche inmediata. A la mañana siguiente, la capa de nieve alcanzaba una altura de dos pulgadas. El invierno se aproximaba al fin.

Aquel día, 3 de septiembre, resolvió Paulina Barnett recorrer, alejándose algunas millas, la porción del litoral que se extendía entre el cabo Bathurst y el cabo Esquimal, deseosa de examinar los cambios que la tempestad hubiera podido producir durante los días precedentes. Si le hubiese propuesto al teniente que la acompañase en aquella exploración, éste lo hubiera hecho sin duda, sin titubear un momento; pero, no queriendo arrancarle de sus preocupaciones, decidióse a partir sin él, llevando consigo a Madge.

No había, por otra parte, que temer ningún peligro. Los únicos animales realmente temibles, que eran los osos, parecían haber abandonado toda la isla en la época del terremoto; de suerte que bien podían dos mujeres, sin que ello constituyese imprudencia, arriesgarse por los alrededores del cabo para hacer una excursión que sólo debía durar algunas horas.

Madge aceptó sin reparo de ninguna especie la proposición de

Paulina Barnett, y ambas, sin decírselo a nadie, a las ocho de la mañana, armadas con un simple cuchillo para cortar nieve, y provistas de cantimplora y morral, dirigiéronse hacia el Oeste, después de haber bajado las cuestas del cabo Bathurst.

Ya el sol se atrastraba lánguido por encima del horizonte, pues sólo se elevaba algunos grados en su culminación; pero sus oblicuos rayos eran claros, penetrantes, y fundían aún la ligera capa de nieve en ciertos sitios directamente expuestos a su disolvente acción.

Numerosísimas aves volaban en grandes bandadas, animando el litoral, atronando con sus gritos el espacio, y pasando sucesivamente del mar a la laguna, y al contrario, según se lo dictaba el capricho.

Paulina Barnett pudo entonces observar cuánto abundaban en los alrededores del fuerte Esperanza los animales de pieles preciosas, tales como los armiños, las martas, las zorras y las ratas almizcleras. La factoría hubiera podido abarrotar sin gran trabajo todos sus almacenes. Pero ahora, ¿con qué objeto?

Aquellos inofensivos animales, comprendiendo que no los cazarían, acercábanse sin temor hasta el pie de la empalizada, familiarizándose cada vez más con la presencia del hombre. Su instinto les había enseñado, sin duda, que se hallaban prisioneros en la isla, lo mismo que sus habitantes, y que la misma suerte les esperaba a todos.

Lo más extraño era, y Paulina Barnett se hubo de fijar en ello, que Marbre y Sabine, aquellos dos empedernidos cazadores, obedecían, sin tener que violentarse, las órdenes del teniente, que les había prohibido atacasen en absoluto a los animales de pieles valiosas, no pareciendo experimentar el menor deseo de descargar sus escopetas sobre ellos. Es cierto que las zorras y otros varios animales no habían echado aún el pelo del invierno, lo cual disminuía su valor de una manera notable; pero este motivo no bastaba para explicar la extraordinaria indiferencia de los dos cazadores.

Mientras que caminaban a buen paso Paulina Barnett y Madge, hablando de su extraña situación, observaban atentamente el pequeño cantil de arena que formaba la playa. Los desgastes que el mar había causado recientemente en ella eran bien visibles por cierto. Los últimos desmoronamientos dejaban ver, de trecho en

trecho, fracturas nuevas perfectamente reconocibles. La playa, descarnada en ciertos parajes, había descendido de una manera alarmante, y ahora, las amplias olas extendíanse por donde la ribera, acantilada antes, les había ofrecido hasta entonces una insuperable barrera. Era evidente que se habían hundido algunas porciones de la isla, sobresaliendo ahora apenas sobre la superficie del mar.

—Mira, querida Madge —dijo Paulina Barnett, mostrando a su compañera vastas extensiones de terreno sobre el cual corrían las olas, desplegándose—, nuestra situación ha empeorado durante esta funesta tempestad. No hay duda de que el nivel de la isla desciende en general. Nuestra salvación es, de aquí en adelante, sólo cuestión de tiempo. ¿Llegara el invierno suficientemente de prisa? En eso consista todo.

—El invierno llegará, hija mía —respondió Madge con su inquebrantable confianza—. Hace ya dos noches que nieva; el frío empieza a fraguarse allá arriba, en el cielo, y, creo firmemente que es Dios quien nos lo envía.

—Tienes mucha razón, Madge, hay que tener confianza. Nosotras, las mujeres, que no buscamos la razón física de las cosas, no debemos desesperar en circunstancias en que desesperarían tal vez los hombres instruidos. Esto es una ventana. Por desgracia, Jasper Hobson no puede razonar como nosotras. Conoce la razón de los hechos, reflexiona, calcula, mide el tiempo que nos falta y le veo muy en peligro de perder toda esperanza.

—Sin embargo, es un hombre enérgico, un corazón animoso —respondió Madge.

—Sí —añadió Paulina—, y nos salvará sin duda, si es que nuestra salvación depende todavía de los hombres.

A las nueve, Paulina Barnett y Madge habían recorrido una distancia de cuatro millas lo menos. Varias veces se vieron obligadas a abandonar la línea del litoral e internarse algo en la isla, a fin de contornear ciertas porciones bajas del terreno invadidas ya por las olas. En algunos lugares se hallaban señales del mar a más de media milla, debiendo ser en ellos en extremo reducido el espesor del campo de hielo. Era, pues, de temer que cediese en varios puntos, y que, a consecuencia de esta fractura, se formasen nuevas calas y bahías en el litoral.

Observó Paulina Barnett que, a medida que se alejaba del fuerte Esperanza, disminuía de una manera notable el número de animales de pieles valiosas, los cuales se consideraban, sin duda, más seguros en las proximidades del hombre, a quien tanto temían antes, y por eso se agrupaban voluntariamente en los alrededores de la factoría.

Por lo que respecta a las fieras a quienes el instinto no hubiese inducido a abandonar la isla cuando todavía era tiempo, debían ser muy escasas. Sin embargo, Paulina Barnett y Madge divisaron algunos lobos que erraban a lo lejos, en la llanura, salvajes carnívoros a quienes el peligro común no parecía haber amansado aún. Pero, lejos de acercarse, huyeron despavoridos, desapareciendo bien pronto detrás de las colinas meridionales del lago.

—¿Qué será de estos animales, presos como nosotros en la isla, y qué harán cuando, al llegar el invierno, se les acabe la comida y se encuentren hambrientos? —dijo Madge.

—¡Hambrientos! —repitió Paulina Barnett—; no pienses eso, Madge. Por esta parte, bien puedes estar tranquila, que nada tendremos que temer de ellos. Por lo tanto, no tenemos que temer sus agresiones. ¡No! ¡El peligro no es ése! El peligro está en este frágil suelo que nos sustenta, que se hundirá, que puede hundirse bajo nuestros pies a cada instante. Mira, Madge; ¡fíjate cómo avanza el mar en este punto hacia el interior de la isla! Ya cubre una parte considerable de esta llanura, que sus aguas, relativamente cálidas todavía, socavarán a la vez por encima y por debajo. Si los fríos no lo evitan, dentro de poco tiempo el mar se habrá unido al lago, y nos quedaremos sin él, como ya nos quedamos sin puerto y sin riachuelo.

—¡Pero, si tal ocurriese —dijo Madge—, sería verdaderamente una irreparable desgracia!

—¿Por qué, Madge? —preguntó Paulina Barnett, mirando a su compañera.

—¡Por qué ha de ser! Porque nos veríamos privados en absoluto de agua dulce —respondió Madge.

—¡Ah!, no nos faltará el agua dulce; tranquilízate, Madge. La lluvia, la nieve, el hielo, los icebergs del océano, el suelo mismo de la isla que nos sostiene... ¡todo eso es agua dulce! No, no; te lo repito; el peligro no es ése.

A eso des las diez, Paulina Barnett y Madge encontrábanse a la

altura del cabo Esquimal; pero a dos millas, lo menos, hacia el interior de la isla, porque les había sido imposible seguir el litoral, profundamente carcomido por las olas. Las dos mujeres, un tanto fatigadas por el efecto de un viaje alargado por tantos rodeos, resolvieron descansar unos instantes antes de emprender el camino de regreso al fuerte Esperanza. En aquel lugar existía un bosquecillo de abedules y madroños que coronaba un cerro de escasa elevación. Un montículo guarnecido de amarillento musgo, cuya exposición directa a los rayos del sol había desembarazado de nieves, ofrecíales un paraje a propósito para descansar.

Paulina Barnett y Madge sentáronse una al lado de la otra, al pie del grupo de árboles; abrieron el zurrón y repartieron como hermanas su frugal contenido.

Media hora más tarde, Paulina Barnett, antes de emprender el camino de la factoría, propuso a su compañera llegar hasta el litoral, con objeto de reconocer el estado actual del cabo Esquimal. Deseaba saber si aquella punta avanzada había resistido o no los embates de la tempestad. Madge se mostró dispuesta a acompañar a su hija a donde quisiese, pero le hizo observar que las separaba del cabo Bathurst una distancia de ocho a nueve millas, y que no convenía que su ausencia despertase inquietudes en el teniente Hobson.

Paulina Barnett, no obstante, impulsada, sin duda, por un secreto presentimiento, insistió en su deseo, e hizo perfectamente, como se verá bien pronto. Después de todo, la satisfacción de aquel sencillo capricho no podría prolongar arriba de media hora la duración de su ausencia.

Paulina Barnett y Madge levantáronse, pues, y dirigieron hacia el cabo Esquimal.

Pero aún no habían avanzado siquiera un cuarto de milla, cuando la viajera, deteniéndose de improviso, mostró a Madge unas huellas perfectamente regulares y claramente impresas en la nieve. Eran tan recientes, que no podían datar de más de nueve o diez horas, pues, de lo contrario, la nevada de la noche anterior las habría evidentemente recubierto.

—¿Qué animal ha pasado por aquí? —preguntó Madge.

—No ha sido un animal —le respondió Paulina Barnett, agachándose para examinar mejor las huellas—. Todo animal que

camina sobre cuatro patas deja huellas muy diferentes de éstas. Fíjate, Madge; estas pisadas son idénticas, se comprende en Seguida que pertenecen a un ser humano.

—Pero ¿quién puede haber pasado por aquí? —respondió Madge—. Ninguno de los habitantes del fuerte se ha alejado de él, y, supuesto que nos hallamos en una isla... Debes engañarte, hija mía... Pero, en fin, sigamos estas huellas y veamos adonde nos conducen.

Paulina Barnett y Madge reanudaron la marcha, observando atentamente las pisadas.

Cincuenta pasos más lejos detuviéronse de nuevo.

—¡Espera... —dijo la viajera, deteniendo a su compañera—, fíjate bien y dime si estoy equivocada! Junto a las huellas y en un lugar en que la nieve había sido recientemente aplastada por un cuerpo pesado, se veía con entera claridad la impresión de una mano.

—¡Una mano de mujer o de niño! —exclamó Madge.

—Sí —respondió Paulina Barnett—, una mujer o una niña han debido caer en este sitio, rendidos de dolor y de cansancio, completamente agotados... Después, se ha levantado quien fuese, y ha reanudado su marcha... Mira cómo siguen las huellas... más allá existen nuevas señales de caídas...

—Pero ¿quién puede ser? —insistió Madge.

—¿Lo sé yo, por ventura? —respondió Paulina Barnett—. Tal vez algún ser desdichado, preso como nosotros desde hace cuatro meses en la isla. Quizá también algún náufrago arrojado por la tempestad a la playa... Acuérdate de la luz y del grito de que nos han hablado el sargento y el teniente... Ven, ven, Madge, tal vez podamos salvar a algún infortunado...

Y Paulina Barnett arrastró a su compañera a lo largo de aquella dolorosa vía, impresa sobre la nieve, sobre la que no tardó en descubrir gotas de sangre.

«¡Tal vez podamos salvar a algún infortunado!», había dicho la compasiva y valerosa mujer. ¿Había olvidado, acaso, que en aquella isla, medio socavada por las aguas, y destinada a hundirse, más tarde o más temprano, en las profundidades del océano, no había salvación para otros ni para ella?

Las huellas existentes en el suelo dirigíanse hacia el cabo

Esquimal. Paulina Barnett y Madge seguíanlas atentamente; mas bien pronto multiplicáronse las manchas de sangre y desaparecieron las huellas, quedando sólo un sendero irregular trazado sobre la nieve. A partir de aquel momento, la víctima, sin fuerzas para tenerse de pie, había proseguido su camino arrastrándose, con ayuda de los brazos y las piernas, dejando detrás de sí trozos de sus vestiduras, consistentes en fragmentos de varias pieles.

—¡Vamos!, ¡vamos! —repetía Paulina Barnett, cuyo corazón latía con extraordinaria violencia.

Madge la seguía. El cabo Esquimal sólo distaba ya quinientos pasos. Veíasele emerger de la mar y dibujarse sobre el fondo del cielo; pero estaba desierto.

Evidentemente, las huellas seguidas por las dos mujeres iban a parar al cabo. Paulina Barnett y Madge, corriendo sin cesar, siguiéronlas hasta el fin, sin hallar absolutamente nada. Pero, al pie mismo del cabo, en la base del montículo que lo formaba, torcían a la derecha y trazaban un sendero hacia el mar.

Paulina Barnett dirigióse a la carrera en esta dirección; pero, en el momento dé desembocar en la playa, Madge, que la seguía y lo examinaba todo con inquieta mirada, retúvola con la mano.

—¡Detente! —le dijo en voz baja.

—¡No, Madge, no! —exclamó Paulina Barnett, a quien una especie de instinto impulsaba a su pesar.

—¡Detente, hija mía, y mira! —respondió Madge, reteniendo con mayor vigor aún a su compañera.

A cincuenta pasos del cabo Esquimal, en el mismo veril de la playa, agitábase una masa blanca, lanzando formidables gruñidos.

Era un oso polar de gigantesca talla. Las dos mujeres, inmóviles, contempláronlo con espanto. El gigantesco animal giraba alrededor de una especie de fardo de pieles que yacía sobre la nieve; levantólo después, dejólo caer en seguida, y lo olió repetidas veces. Cualquiera hubiera dicho que aquel bulto era el cuerpo inanimado de una morsa.

Paulina Barnett y Madge no sabían qué pensar, ni si deberían seguir avanzando, cuando, en uno de los movimientos impresos por el animal a aquel cuerpo, cayósele el capuchón que le cubría la cabeza, dejando al descubierto una hermosa cabellera negra.

—¡Una mujer! —exclamó Paulina Barnett, queriendo lanzarse

hacia la desdichada, ansiosa de saber si estaba viva o muerta.

—¡Detente! —repitió Madge, reteniéndola—. ¡Detente! ¡No le causará ningún mal!

El oso, efectivamente, miraba con atención el cuerpo, contentándose con girar en torno de él, sin pensar en despedazarlo con sus formidables garras. Después se alejaba de él y volvía a aproximarse de nuevo. Parecía dudar acerca de la conducta que debería seguir. No había visto a las dos mujeres que le observaban con terrible ansiedad.

De repente sintióse un crujido. El suelo experimentó una especie de trepidación, y se hubiera podido creer que el cabo Esquimal se hundía todo entero en el agua.

Era un enorme trozo de isla que se desgajaba de la costa, un vasto témpano cuyo centro de gravedad habíase desplazado a consecuencia de una alteración de su peso específico, y que se marchaba a la deriva, llevándose consigo al oso y el cuerpo de la mujer. Paulina Barnett lanzó un grito terrible y quiso lanzarse hacia el témpano antes que se alejase demasiado.

—¡Detente!, ¡detente, hija mía! —repitió con frialdad Madge, estrechando a su compañera con mano convulsa.

Al ruido producido por la ruptura del témpano, el oso había retrocedido de repente, y, lanzando un gruñido formidable, abandonó su presa y se precipitó hacia el lado de la playa, de la que le separaba ya una distancia de unos cuarenta pies; después, como despavorido, dio la vuelta al islote marchando a carrera abierta, arañó con sus garras el suelo, hizo volar en torno suyo la nieve y la arena, y volvió en seguida a la vera del inanimado cuerpo.

Entonces, con gran estupefacción de ambas mujeres, cogió por los vestidos el cuerpo, suspendiólo de su fauces, se aproximó al borde del témpano inmediato a la orilla de la isla, y precipitóse en el mar.

Vigoroso nadador, cual son todos sus congéneres de las regiones polares, llegó en pocos momentos a la playa de la isla, y depositó en ella el cuerpo que traía en la boca.

Paulina Barnett no pudo contenerse, y, sin pensar en el peligro de encontrarse frente a frente con el feroz carnívoro, escapóse de las manos de Madge y se lanzó hacia la playa.

Al verla venir el oso, alzóse sobre sus patas traseras y vino

derecho hacia ella. Sin embargo, a diez pasos de distancia, se detuvo; sacudió su enorme cabeza, y después, como si hubiese perdido su ferocidad natural bajo la influencia de aquel terror que parecía haber metamorfoseado toda la fauna de la isla, volvió grupas, lanzó un sordo gruñido, y marchóse tranquilamente hacia el interior, sin volver la vista siquiera.

Paulina Barnett corrió inmediatamente hacia el cuerpo que yacía tendido sobre la nieve.

Un grito de terror escapóse de su pecho.

—¡Madge! ¡Madge! —exclamó.

Madge aproximóse entonces y contempló aquel cuerpo inanimado.

¡Era el cuerpo de la joven esquimal Kalumah!

AVENTURAS DE KALUMAH



¡Kalumah, en la isla flotante, a doscientas millas del continente americano! ¡Parecía increíble!

Pero, ante todo, ¿respiraba aún la infeliz? ¿Había medio de volverle a la vida? Paulina Barnett entreabrió los vestidos de la joven esquimal, pareciéndole que su cuerpo no estaba frío del todo. Escuchóle el corazón, y advirtió que latía, aunque fuese muy débilmente. La sangre derramada por la infeliz mujer procedía de una herida, relativamente leve, que se había causado en la mano. Madge comprimió la herida con su propio pañuelo, deteniendo así la hemorragia.

Al mismo tiempo, Madge, arrodillada cerca de Kalumah, y apoyada sobre ella, había levantado la cabeza de la joven indígena, y, a través de sus labios entreabiertos, consiguió introducirle algunas gotas de aguardiente, bañándole después la frente y las sienes con un poco de agua fría.

Transcurrieron algunos minutos. Ni Paulina Barnett ni Madge osaban pronunciar una palabra. Ambas esperaban, presas de terrible ansiedad, porque la poca vida que quedaba a la esquimal podía a cada momento extinguirse.

Pero un ligero suspiro escapóse del pecho de Kalumah. Sus manos se agitaron débilmente, y, aun antes de que se abriesen sus ojos y pudiese reconocer a la que le prodigaba tan exquisitos cuidados, murmuró estas palabras:

—¡Señora Paulina! ¡Señora Paulina!

La viajera se quedó estupefacta al oír pronunciar su nombre en aquellas circunstancias. ¿Acaso había venido Kalumah voluntariamente a la isla errante, sabiendo que encontraría en ella a la europea cuyas bondades no había podido olvidar? Pero ¿cómo lo había sabido, y cómo había podido llegar a la isla Victoria, situada a tan enorme distancia de toda tierra? ¿Cómo, en fin, había podido adivinar que aquel inmenso témpano se llevaba lejos del continente a Paulina Barnett y a todos sus compañeros del fuerte Esperanza? Todo esto resultaba verdaderamente inexplicable.

—¡Vive y vivirá! —exclamó Madge, que sentía, bajo su mano, volver el calor y el movimiento a aquel pobre cuerpo desfallecido.

—¡Pobre criatura! —murmuraba Paulina Barnett con el corazón enternecido—. ¡Y pronunciar mi nombre en el momento de morir!

Pero entonces los ojos de Kalumah se entreabrieron. Su mirada, vaga e indecisa aún, brilló bajo sus párpados. De repente animáronse sus ojos, porque se habían posado sobre los de la viajera. Un instante había visto Kalumah a Paulina Barnett; pero le había bastado. La joven indígena había reconocido a «su bondadosa señora», cuyo nombre se escapó nuevamente de sus labios, en tanto que su mano, que logró levantar lentamente, descansaba sobre la de su protectora.

Los cuidados de las dos mujeres no tardaron en reanimar por completo a la joven esquimal, cuya extrema debilidad provenía no sólo de la fatiga, sino del hambre también. Según dijo a Paulina Barnett, no había comido nada en las últimas cuarenta y ocho horas. Algunos trozos de caza fresca y un poco de aguardiente le devolvieron las fuerzas, y, una hora más tarde, Kalumah se sentía capaz de emprender, en unión de sus amigas, el camino de regreso hacia el fuerte. Pero durante aquella hora, sentada en la arena entre Madge y Paulina Barnett, Kalumah había podido prodigarles su gratitud y los testimonios de su afecto. ¡No! La joven esquimal no había olvidado a los habitantes europeos del fuerte Esperanza, y la imagen de Paulina Barnett sé había conservado siempre fresca en su memoria. ¡No! No había sido el azar, como en seguida veremos, quien la había arrojado a las playas de la isla Victoria.

He aquí, en pocas palabras, lo que contó Kalumah a la viajera.

Se recordará la promesa que había hecho la joven esquimal, en

su primera visita, de volver al año siguiente, durante la buena estación, a ver a sus amigos del fuerte Esperanza. Pasó la larga noche polar, y, llegado el mes de mayo, dispúsose Kalumah a cumplir su promesa. Dejó, pues, los establecimientos de la Nueva Georgia, en los que había invernado, y, en compañía de uno de sus cuñados, dirigióse hacia la península Victoria.

Seis semanas después, hacia mediados de junio, llegó a los territorios de la Nueva Bretaña, cercanos al cabo Bathurst. Reconoció perfectamente las montañas volcánicas cuyas alturas coronan la bahía de Liverpool, y, veinte millas más lejos, llegó a la bahía de las Morsas, en la que ella y su familia se habían con tanta frecuencia dedicado a la caza de estos anfibios.

Pero al Norte de esta bahía no había nada. La costa se dirigía hacia el Sur, formando una línea recta. ¡Lo mismo el cabo Bathurst que el cabo Esquimal habían desaparecido!

Kalumah comprendió entonces lo que había sucedido. O todo el territorio, que se llamó después isla Victoria, se había sumergido en el mar, o habíase marchado, flotando sobre su superficie.

Kalumah lloró al no encontrar a aquéllos a quienes había venido a buscar desde tan lejos.

Pero a su cuñado no le causó la catástrofe una sorpresa excesiva. Una especie de leyenda, una tradición esquimal, esparcida entre las tribus nómadas de la América septentrional, rezaba que el territorio del cabo Bathurst habíase soldado al continente hacía millares de siglos; pero que el día menos pensado se separaría de él merced a un gran esfuerzo de la Naturaleza; siendo ésta la causa de la sorpresa que los esquimales habían manifestado al ver fundada una factoría europea al pie del cabo Bathurst. Pero, con esa deplorable reserva peculiar a toda su raza, o inducidos, tal vez, por ese sentimiento hostil que inspira a todo indígena el extranjero que toma posesión de su país, los esquimales nada dijeron al teniente Hobson. Kalumah ignoraba en absoluto esta tradición, que, por otra parte, no tenía por fundamento ningún documento serio, y que no era, sin duda, más que una de esas numerosas leyendas de la cosmogonía hiperbórea; y por eso los habitantes del fuerte Esperanza no fueron prevenidos del peligro que corrían al establecerse en aquel territorio.

Indudablemente, Jasper Hobson, que había observado ya en el

terreno irregularidades extrañas, habría buscado más lejos un sitio más seguro donde fundar su factoría, si los esquimales lo hubiesen iniciado en sus tradiciones.

Cuando hubo comprobado Kalumah la desaparición del cabo Bathurst, prosiguió su exploración hasta más allá de la bahía Washburn; mas no hallando vestigio alguno de los que había venido a visitar no le quedó más remedio que volverse a las pesquerías de la América rusa.

Su cuñado y ella abandonaron, pues, la bahía de las Morsas en los últimos días del mes de junio; tomaron el camino del litoral, y a fines de julio, después de tan infructuoso viaje, llegaron a los establecimientos de la Nueva Georgia.

Kalumah no tenía esperanzas de volver a ver más a Paulina Barnett ni a sus compañeros del fuerte, convencida de que se los habrían tragado los abismos del océano Ártico.

Al llegar a este punto de su relato, la joven esquimal volvió sus ojos húmedos hacia Paulina Barnett, y, estrechándole afectuosamente la mano, murmuró una plegaria, dando gracias a Dios por haberla salvado por mediación de su amiga.

Kalumah, de regreso en su casa, reanudó, entre los suyos, su habitual existencia. Trabajaba con su familia en las pesquerías del cabo de los Hielos, que se halla situado aproximadamente en el paralelo 70°, a más de 600 millas del cabo Bathurst.

Durante toda la primera mitad del mes de agosto no ocurrió ningún incidente; pero a fines de dicho mes estalló la violenta tempestad que tanto inquietó a Jasper Hobson, y que, por lo visto, sus ramalazos se habían dejado sentir en todo el océano Glacial y hasta más allá del estrecho de Behring. En el cabo de los Hielos fue espantosa también, y desencadenóse con la misma violencia que en la isla Victoria. En aquella época, la isla errante no se hallaba a una distancia superior a 200 millas de la costa, según había comprobado en sus observaciones Jasper Hobson.

Al oír hablar a Kalumah, Paulina Barnett que, como es bien sabido, se hallaba perfectamente al corriente de la situación, iba haciendo en su mente deducciones que le darían, por fin, la clave de aquellos singulares acontecimientos, y a explicarle, sobre todo, la llegada a la isla de la joven indígena.

Durante los primeros días de la tempestad, los esquimales del

cabo de los Hielos habían permanecido encerrados en sus chozas, sin poder salir de ellas y mucho menos dedicarse a la pesca. Sin embargo, en la noche del 31 de agosto al 1.º de septiembre, movida por una especie de presentimiento, quiso Kalumah aventurarse por la playa, y desafiando la lluvia y el viento huracanado observó con inquieta mirada el irritado mar cuyas olas se elevaban en la sombra como una cadena de montañas.

De repente, algo después de medianoche parecióle ver una masa enorme que corría, impelida por el huracán, a lo largo de la costa. Sus ojos, dotados de un extraordinario poder visual, cosa común entre todos los indígenas nómadas, habituados a las tinieblas de las largas noches del invierno ártico, no podían engañarla. Una masa enorme pasaba a dos millas del litoral, y esta masa no podía ser ni un cetáceo, ni un buque, ni un iceberg en esta época del año.

Kalumah no se detuvo siquiera a reflexionar. En su espíritu se hizo como una revelación. Ante su cerebro excitado presentáronse de improviso las imágenes de sus amigos. Los volvió a ver a todos: Paulina Barnett, Madge, el teniente Hobson, el niño, a quien cubriera de caricias en el fuerte Esperanza. Sí, eran ellos los que pasaban, arrastrados por la tempestad, sobre aquel témpano flotante.

Kalumah no tuvo ni un instante de duda, ni un momento de vacilación. Pensó que era preciso avisar a los naufragos que la tierra estaba próxima. Corrió a su choza, tomó una de esas antorchas hechas de estopa y resina que los esquimales emplean para sus pescas nocturnas, la encendió y fue a agitarla en la cumbre del cabo de los Hielos.

Ésta fue la luz que el teniente Hobson y el sargento Long vieron desde el cabo Miguel, durante la noche del 31 de agosto, en medio de las negras brumas.

¡Qué emoción la de la joven esquimal cuando vio que respondían con otra señal a la suya!, ¡cuándo la luz del grupo de abetos incendiados por el teniente Hobson llegó hasta el continente de América, de cuyas costas no se creía tan cercano!

Mas todo extinguióse bien pronto. La calma duró apenas unos cuantos minutos, y la espantosa borrasca, rolándose al Sudeste, reprodujose con inusitada violencia.

Kalumah comprendió que su presa, como ella llamaba, íbasele a

escapar; ¡qué la isla no chocaría con la tierra! La veía, la sentía, por decirlo así, alejarse en la obscuridad de la noche, perderse en alta mar.

Fue aquél un momento terrible para la joven indígena. Pensó que era preciso a toda costa avisar a sus amigos, hacerles conocer su situación, decirles que aún estaban a tiempo de obrar, que cada hora perdida los alejaba más y más del continente.

Y no vaciló un instante. Allí estaba su kayak, la frágil embarcación en la que tantas veces había desafiado las tempestades del océano Ártico. Botólo, rápida, al mar, atóse a la cintura la chaqueta de piel de foca que la unía a la embarcación, y se aventuró, animosa, en el proceloso piélago.

Al llegar a este punto de su relato, Paulina Barnett estrechó fuertemente contra el pecho a la valerosa joven. Madge lloraba, escuchándola.

Kalumah, una vez sobre las olas irritadas, dirigióse, ayudada por el viento, hacia la masa negruzca que distinguía aún confusamente en medio de la obscuridad.

Los golpes de mar cubrían su kayak, pero eran impotentes contra la insumergible embarcación que flotaba como una paja en la cresta de las olas. Varias veces dio la vuelta; pero un golpe de pala bastaba para enderezarla.

Por fin, después de una hora de titánicos esfuerzos, Kalumah descubrió más claramente la isla errante: Ya no dudaba de conseguir su objetivo, pues no distaba más que un cuarto de milla.

Entonces fue cuando lanzó aquel grito que oyeron Jasper Hobson y el sargento en la obscuridad de la noche.

Pero entonces también Kalumah sintióse arrastrada hacia el Oeste por una irresistible corriente que, por su mayor ligereza, le imprimía mayor velocidad que a la isla. En vano trató de luchar contra ella. Lanzó nuevos gritos, que no fueron oídos, porque se encontraba ya lejos, y, cuando el alba vino a derramar alguna claridad por el espacio, las tierras de la Nueva Georgia, que acababa de abandonar, y las de la isla flotante no formaban más que dos masas confusas en el horizonte.

¿Desesperó por eso la joven indígena? No. Volver al continente americano era de todo punto imposible, porque tenía el viento de proa: un viento huracanado, el mismo que, impulsando a la isla,

iba, en treinta y seis horas, a arrastrarla doscientas millas más adentro, con la ayuda, además, de la corriente del litoral.

Kalumah no tenía más que una sola solución: llegar a la isla, manteniéndose en la misma corriente que ella, y en aquellas mismas aguas que la arrastraban irresistiblemente.

Pero ¡ay!, las fuerzas hicieron traición al valor de la pobre criatura. El hambre no tardó en atormentarla. El cansancio y el desfallecimiento paralizaron la pala entre sus manos.

Luchó durante varias horas, y parecióle que se aproximaba a la isla, desde donde no era posible verla, porque no era más que un punto en la inmensidad del océano. Luchó, aun cuando sus brazos destrozados y sus manos ensangrentadas negábanse a obedecerla. Luchó hasta que, agotada, perdió el conocimiento, quedando a merced de las olas su frágil kayak.

¿Qué ocurrió entonces? No lo podía decir. ¿Cuánto tiempo erró a la aventura cual inerte despojo de un naufragio? No lo sabía en absoluto, pues no recuperó sus facultades mentales hasta que su embarcación, bruscamente sacudida, abrióse debajo de ella.

Kalumah quedó sumergida en el agua, cuya frialdad reanimóla, y, algunos instantes más tarde, una ola la arrojó, moribunda, sobre una playa de arena.

Esto había sucedido la noche precedente, próximamente a la hora en que asomaba el alba; es decir, de dos a tres de la mañana.

Desde el momento, pues, en que Kalumah se embarcó en su kayak, hasta que éste se hundió, habían transcurrido más de setenta horas.

Entretanto, la joven indígena, salvada de los peligros del mar, no sabía a qué costa la había el huracán arrojado. ¿La habría devuelto al continente? ¿La habría, por el contrario, conducido a la isla hacia la cual se encaminaba con tan singular audacia? Así lo deseaba ella, y así lo creía además; porque el viento y la corriente habían debido arrastrarla hacia alta mar y no hacia el continente.

Esta idea infundióle nuevos bríos. Levantóse, y, toda quebrantada, echó a andar por la playa.

Sin duda alguna, la joven esquimal había sido providencialmente arrojada en la parte de la isla Victoria que antiguamente formaba el ángulo superior de la bahía de las Morsas; pero, en las actuales condiciones, no podía reconocer el litoral,

socavado por las aguas, después de las alteraciones ocurridas a consecuencia de la ruptura del istmo.

Kalumah caminó cierto trecho, y, no pudiendo ya más, detúvose y reanudó después la marcha con nuevos bríos. El camino se hacía interminable a cada milla que recorría, érale necesario contornear las partes de la playa invadidas ya por el mar; y así, de esta manera, arrastrándose, levantándose aquí, cayendo allá, llegó no lejos del bosquecillo donde aquella misma mañana habían descansado Paulina Barnett y Madge; y ya se sabe que estas dos mujeres, dirigiéndose al cabo Esquimal, habían descubierto, no lejos de este bosque, las huellas de sus pasos impresas sobre la nieve. Después, a algunos pasos de allí, la desdichada Kalumah había caído por vez postrera.

A partir de este punto, agotada por el cansancio y el hambre, sólo pudo avanzar arrastrándose.

Pero una inmensa esperanza había nacido en el corazón de la joven indígena. A algunos pasos del litoral había reconocido, por fin, el cabo Esquimal, a cuyo pie acampara con los suyos el año precedente. Sabía, pues, que sólo se encontraba a ocho millas de la factoría, para llegar a la cual bastaría seguir el camino que tantas veces había recorrido cuando iba a visitar a sus amigos del fuerte Esperanza.

Esta idea sostúvola algún tiempo; pero al llegar a la playa, agotada ya por completo, cayó sobre la nieve y perdió por última vez el conocimiento; y, a no ser por Paulina Barnett, hubiera perecido.

—Pero, querida señora —dijo al fin de su relato—, sabía perfectamente que vendría usted en mi auxilio, y que mi Dios me salvaría por mediación de usted.

El resto, ya lo sabe el lector. Un providencial presentimiento impulsó aquel mismo día a Paulina Barnett y a Madge a explorar aquella porción del litoral, y a visitar el cabo Esquimal después de su descanso y antes de regresar a la factoría.

Después, Paulina Barnett refirió a la joven indígena cómo tuvo lugar la ruptura del témpano, y lo que el oso hizo entonces: y añadió después, sonriendo:

—No he sido yo quien te ha salvado, hija mía, sino ese honrado animal. Sin él, estabas perdida, y si en alguna ocasión vuelve a

nosotras, se le respetará como a tu salvador.

Durante este relato, Kalumah, fortalecida ya, había recuperado sus perdidas energías. Paulina Barnett propuso volver al fuerte en seguida, con objeto de no prolongar tanto su ausencia. La joven esquimal se levantó de un salto, dispuesta a emprender el camino.

Paulina Barnett sentía verdadera impaciencia por referir a Jasper Hobson los diversos incidentes de aquella mañana y hacerle saber lo ocurrido la noche de la tempestad, cuando se aproximó la isla al continente americano.

Pero ante todo recomendó a Kalumah la viajera que guardase un secreto absoluto acerca de todos aquellos acontecimientos y de la situación de la isla. Diría sencillamente que había venido por el litoral, con objeto de cumplir la promesa que hiciera a sus amigos de hacerles una visita durante la buena estación. Su llegada confirmaría a los habitantes del fuerte en su idea de que no había ocurrido ningún acontecimiento extraordinario en el territorio del cabo Bathurst, en el caso de que alguno de ellos hubiese concebido sospechas con respecto a este particular.

Eran poco más o menos las tres cuando Paulina Barnett, con Kalumah apoyada en su brazo, y Madge emprendieron el camino del Este, y antes de las cinco de la tarde llegaron al fuerte Esperanza.

LA CORRIENTE DE KAMCHATKA



ácil es imaginar la acogida que los habitantes del fuerte dispensaron a Kalumah. Parecióles que, con su llegada, se habían reanudado los lazos que les unía con el resto del mundo, rotos hacía mucho tiempo. Las señoras

Mac-Nap,

Joliffe y Rae prodigáronle sus caricias. Kalumah corrió hacia el niño, en cuanto lo divisaron sus ojos, cubriéndolo de besos.

Los obsequios y atenciones de sus amigos europeos conmovieron verdaderamente a la joven esquimal. Todos la agasajaron a porfía, y recibieron extraordinario placer al enterarse de que pasaría todo el invierno en el fuerte toda vez que la estación, ya demasiado avanzada, no le permitiría regresar a los establecimientos de la Nueva Georgia.

Pero si los habitantes de la factoría se mostraron agradablemente sorprendidos por la llegada de la joven indígena, ¿qué debió pensar Jasper Hobson al ver aparecer a Kalumah del brazo de Paulina Barnett? No podía dar crédito a sus ojos. Un pensamiento súbito, que tuvo sólo la duración de un relámpago, atravesó su mente: la idea de que la isla Victoria, sin que nadie lo hubiese advertido, y a pesar de las situaciones diariamente calculadas, había tocado tierra en algún punto del continente.

Paulina Barnett leyó en los ojos del teniente Hobson esta inverosímil hipótesis y sacudió la cabeza con ademán negativo.

Entonces comprendió Jasper Hobson que la situación no se había alterado, y esperó a que Paulina Barnett le explicase la presencia allí de Kalumah.

Algunos instantes después, Jasper Hobson y la viajera paseábanse al pie del cabo Bafhurst, escuchando el primero con verdadera avidez el relato de las aventuras de Kalumah.

Así, pues, ¡todas las suposiciones de Jasper Hobson se habían realizado! Durante la tempestad, el huracán del Nordeste había sacado a la isla errante fuera de la corriente. En aquella terrible noche del 31 de agosto el témpano se había aproximado a menos de una milla de distancia del continente americano. No habían sido la luz de un buque ni el grito de un naufrago los que a la vez impresionaron los ojos y los oídos del teniente. La tierra había estado junto a ellos, y si el viento hubiera seguido soplando siquiera una hora más en la misma dirección, la isla Victoria habría tropezado contra el litoral de la América rusa.

Pero en aquel instante, un funesto cambio de dirección del viento había empujado a la isla hacia alta mar. La irresistible corriente habíala recibido nuevamente en su seno, y, desde entonces, animada de una velocidad excesiva, imposible de contrarrestar, impulsada por las violentas brisas del Sudeste, había derivado hasta el punto peligroso en que se hallaba, situada, entre dos corrientes contrarias, que podían ocasionar ambas su pérdida y la de todos los desdichados seres que sobre su superficie llevaba. Por centésima vez, el teniente y Paulina Barnett conversaron largamente acerca de todo esto. Después preguntó Jasper Hobson si entre el cabo Bathurst y la bahía de las Morsas se habían producido importantes modificaciones.

Respondióle Paulina Barnett que en ciertas partes el nivel litoral habíase, al parecer, deprimido, y que bañaban las olas parajes adonde no llegaban antes. Refirióle también el incidente del cabo Esquimal, dándole a conocer la importante rotura que sé había producido en esta parte del litoral de la isla.

Ninguna de estas noticias era tranquilizadora. Era evidente que el campo de hielo que constituía la base de la isla se disolvía poco a poco; que las aguas, relativamente más cálidas, carcomían su superficie inferior. Lo que había sucedido en el cabo Esquimal podía reproducirse en el instante menos pensado en el cabo Bathurst. Las

casas de la factoría podían a cada momento del día o de la noche hundirse para siempre en el abismo, y el único remedio para tan apurada situación era el invierno, con todos sus rigores; el invierno, que no tardaría ya en llegar.

Al siguiente día, 4 de septiembre, una observación hecha por el teniente Hobson puso de manifiesto que la situación de la isla Victoria no se había modificado sensiblemente desde la víspera. Permanecía inmóvil entre las dos corrientes contrarias, lo cual, en las circunstancias presentes, era lo mejor que podía suceder.

—Que nos sorprenda aquí el frío, qué el gran banco polar se oponga a nuestro paso —dijo Jasper Hobson—, que el mar se solidifique alrededor de nosotros, ¡y nos habremos salvado! La costa en este momento sólo dista de nosotros escasamente 200 millas, de suerte que, aventurándonos sobre el campo de hielo endurecido, será posible llegar, bien a la América rusa, bien a las costas asiáticas. Pero ¡qué venga el invierno, y que venga a toda prisa!

Entretanto, y siguiendo las órdenes del teniente, terminábanse los últimos preparativos para la invernada. Se almacenaba todo lo necesario para la alimentación de los animales domésticos durante la interminable noche polar. Los perros disfrutaban de excelente salud y engordaban en fuerza de estar ociosos; pero había que tratarlos muy bien, pues tendrían que trabajar mucho cuando se abandonase el fuerte Esperanza para llegar al continente a través del campo de hielo. Era, pues, necesario velar porque conservasen sus fuerzas, y por eso no se les escatimaba la carne ensangrentada, y, en especial, la de los renos que se dejaban matar en los alrededores de la factoría.

En cuanto a los renos domésticos, marchaban perfectamente. Había sido su establo convenientemente instalado, encerrándose en los almacenes del fuerte gran cantidad de musgo para su sostenimiento. Las hembras suministraban abundante leche a la señora Joliffe, quien la empleaba diariamente en sus preparaciones culinarias.

El cabo y su mujer habían repetido la siembra que durante la estación cálida tan opimos frutos había dado, habiéndose preparado el terreno antes de la llegada de las nieves para las plantaciones de acederas, codearías y té del Labrador. Estos preciosos antiescorbúticos no debían faltar a la colonia.

Por lo que respecta a la leña, los cobertizos se hallaban llenos hasta los topes. Ya podía llegar el invierno, por duro y glacial que fuese, y helarse en la cubeta del termómetro el mercurio, sin temor a verse en el caso de tener que quemar el mobiliario de la casa, como el invierno anterior. El carpintero

Mac-Nap

y sus peones, aleccionados por la experiencia, habían adoptado las medidas oportunas con objeto de evitarlo, siendo de advertir, además, que los despojos de la madera empleada en la construcción del buque proporcionaron también abundante combustible.

Por esta época empezaron a cazarse algunos animales que habían echado ya el espléndido pelo de invierno, como martas, visones, zorras azules y armiños. Marbre y Sabine habían sido autorizados por el teniente para establecer algunas trampas en los alrededores del recinto. Jasper Hobson no había creído conveniente negarles este permiso, temeroso de excitar la desconfianza de sus hombres, porque no había ningún pretexto serio que alegar para interrumpir la recolección de pieles; sin embargo, no ignoraba que trabajaban en balde, y que aquella destrucción de animales preciosos e inofensivos a nadie aprovecharía. Por otra parte, como se alimentaba a los perros con carne de estos roedores, se iba economizando una gran cantidad de la de reno.

Todo se preparaba, pues, para el invierno como si el fuerte Esperanza hubiera estado construido sobre el terreno firme, y los soldados trabajaban con un celo que no hubiesen tenido, por cierto, si hubiesen estado en el secreto de la situación.

Durante los días sucesivos, las operaciones verificadas con el mayor esmero no acusaron cambio alguno apreciable en la situación de la isla Victoria. Jasper Hobson, al verla inmóvil, recobraba la esperanza. Si bien es cierto que los síntomas invernales no habían hecho todavía su aparición en la naturaleza inorgánica, y que la temperatura media seguía manteniéndose a

49°

Fahrenheit (9° centígrados sobre cero), habíanse visto ya algunos cisnes que se dirigían hacia el Sur en busca de regiones más templadas. Otras aves, excelentes voladoras, a quienes las grandes travesías por encima de los mares no arredran, abandonaban poco a poco las costas de la isla. Sabían perfectamente que los continentes

americano y asiático, con su temperatura menos áspera, sus territorios más hospitalarios, sus recursos de todas clases, no se hallaban muy lejos, y que sus alas eran lo suficientemente vigorosas para conducirles a ellos. Cogiéronse varios de estos pájaros, y, siguiendo los consejos de Paulina Barnett, atóles Jasper Hobson al cuello un trozo de tela engomada, en el cual se escribía previamente la situación de la isla errante y los nombres de los que la habitaban, dejándoles después que emprendiesen su vuelo hacia el Sur, y viéndoles marchar no sin envidia.

Excusado es decir que estas operaciones realizábanse en secreto y sin otros testigos que Paulina Barnett, Madge, Kaluirían, Jasper Hobson y el sargento Long.

En cuanto a los cuadrúpedos aprisionados en la isla, no les era posible buscar en las regiones del Sur sus acostumbrados refugios invernales. Ya en esta época del año, pasados los primeros días de septiembre, los renos, las liebres polares y hasta los mismos lobos, habrían abandonado, en circunstancias normales, los alrededores del cabo Bathurst, para ir a refugiarse en las proximidades del lago del Gran Oso; o del lago del Esclavo, situados muy debajo del Círculo Polar. Pero ahora oponíales el mar una infranqueable barrera, y tendrían que esperar a que el frío lo solidificase para trasladarse a las expresadas regiones. Sin duda estos animales, impulsados por su instinto, habrían tratado de dirigirse hacia el Sur; pero, detenidos en el litoral de la isla, habían, instintivamente, también regresado a las proximidades del fuerte Esperanza, al lado de aquellos hombres, sus más temidos enemigos de ayer, y presos hoy como ellos.

Las observaciones de los días 5, 6, 7, 8 y 9 no acusaron ninguna modificación en la situación de la isla Victoria. Aquel amplio remolino situado entre las dos corrientes, cuyas aguas no habían abandonado, la mantenía estacionaria. Con quince días más, tres semanas a lo sumo, en aquel *status quo*, Jasper Hobson podría considerarse salvado.

¡Pero la mala suerte no se había cansado aún, y todavía reservaba a los habitantes del fuerte Esperanza otras pruebas sobrehumanas!

En efecto, el 10 de septiembre acusaron las observaciones astronómicas un desplazamiento hacia el Norte, aunque poco rápido

aún, de la isla Victoria.

¡Jasper Hobson quedóse aterrado! ¡La corriente de Kamchatka habíase apoderado, al fin, de la isla, y la arrastraba hacia los desconocidos parajes donde se formaban los grandes bancos de hielo! ¡Caminaban hacia esas espantosas soledades del océano Glacial cerradas a las navegaciones del hombre! ¡Hacia esas regiones de las que jamás se regresa! El teniente Hobson no ocultó este nuevo peligro a los que se hallaban iniciados en el secreto de la situación; empero todos ellos recibieron con resignación la fatídica noticia.

—¡Puede ser —dijo la viajera— que la isla se detenga todavía! ¡Quizá su movimiento sea lento! ¡No perdamos la esperanza...! ¡Aguardemos! El invierno ya está cerca, y, además, marchando hacia el Norte, le salimos al encuentro. Sobre todo, ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

—Amigos míos —dijo el teniente Hobson—, ¿creen ustedes que debo prevenir a nuestros compañeros? ¡Ya ven ustedes en qué situación nos hallamos, y lo que puede ocurrirnos! ¿No es incurrir en una responsabilidad espantosa el ocultarles los peligros que les amenazan?

—Yo esperaré algo más —respondió sin vacilar Paulina Barnett—. Mientras no hayamos perdido todas las esperanzas, no debemos hacer que ellos las pierdan.

—Ésa es también mi opinión —añadió simplemente el sargento.

Jasper Hobson quedó muy satisfecho al oír el parecer de sus compañeros, porque él era también de este modo de pensar.

En los días 11 y 12 acentuóse más el desplazamiento hacia el Norte. La isla Victoria caminaba con una velocidad de doce a trece millas por día; es decir, que se alejaba diariamente esta distancia de toda tierra, elevándose hacia el Norte, siguiendo la curva que forma la corriente de Kamchatka en aquella latitud. No tardaría en rebasar el paralelo 70° que cortaba en otro tiempo la extremidad del cabo Bathurst, más allá del cual no existe tierra alguna en aquella porción de las regiones árticas.

Jasper Hobson marcaba diariamente en la carta la situación de la isla, pudiendo apreciar de este modo los abismos infinitos que recorría. La única circunstancia menos adversa consistía en que marchaban al encuentro del invierno, como acertadamente había

dicho Paulina Barnett. Al derivar hacia el Norte, tropezarían más pronto con el frío y con las aguas heladas que debían consolidar y robustecer poco a poco el témpano inmenso que les servía de base.

Pero si los habitantes del fuerte podían abrigar la esperanza de no hundirse en el mar, ¡qué camino interminable, impracticable tal vez, tendrían que recorrer para regresar de aquellas profundidades hiperbóreas! ¡Ah!, si la embarcación, por deficiente que fuese, hubiera estado lista, no hubiese vacilado Jasper Hobson ante la idea de embarcarse con todo el personal de la colonia; pero, a pesar de la diligencia desplegada por los carpinteros, no estaba concluida ni lo estaría en mucho tiempo; porque

Mac-Nap

tenía que desplegar gran esmero en la construcción de un casco al que debía confiarse la vida de Veinte personas en mares en extremo tormentosos.

El 16 de septiembre la isla Victoria se encontraba de 75 a 80 millas más al norte del punto donde había quedado estacionada durante algunos días, entre las corrientes de Behring y la de Kamchatka; pero se acentuaron entonces los síntomas de la aproximación del invierno. La nieve caía a menudo, siendo a veces sus copos apretados y abundantes. La columna mercurial descendía lentamente; y, si bien el promedio de la temperatura era aún de 44°

Fahrenheit (de 6° a 7° centígrados sobre cero), durante la noche solía descender a 32°, que es el cero del termómetro centígrado. El sol describía una curva sumamente deprimida por encima del horizonte. A mediodía sólo se elevaba algunos grados, permaneciendo ya oculto por espacio de once horas de las veinticuatro del día.

Por fin, del 16 al 17 de septiembre, los primeros indicios de hielos viéronse sobre el mar. Eran pequeños cristales aislados, que semejaban una especie de nieve, los cuales formaban manchas sobre la superficie límpida del agua. Era fácil comprobar que, según una observación hecha ya por el célebre navegante Scoresby, el efecto inmediato de esta nieve era calmar las olas, como hace el aceite que los marineros derraman para calmar momentáneamente la agitación del mar. Estos pequeños carámbanos tenían una tendencia especial a soldarse, y así lo hubieran hecho en aguas tranquilas; pero las

ondulaciones en las olas quebrábanlos, desuniéndolos tan pronto como formaban superficies algo considerables.

Jasper Hobson observó con extraordinaria atención la primera aparición de estos nuevos hielos. Sabía perfectamente que bastaban veinticuatro horas para que la capa de hielo, creciendo por su parte inferior, alcanzase un espesor de dos o tres pulgadas, el cual era suficiente para resistir el peso de un hombre, y abrigaba, por tanto, la esperanza de que la isla Victoria no tardaría en verse detenida en su movimiento hacia el Norte.

Pero hasta entonces, el día desbarataba el trabajo de la noche, y si bien es cierto que la marcha de la isla se retardaba durante las horas de tinieblas por el obstáculo que le ponían la acumulación de los hielos, rotos éstos o fundidos por el calor del sol, dejaban de embarazar su desplazamiento, cuya rapidez aceleraba una corriente de notable intensidad.

Así, pues, el avance hacia las regiones septentrionales proseguía sin que nada pudiera detenerlo.

El 21 de septiembre, en el momento del equinoccio, el día se igualó con la noche, y, a partir de aquel momento las horas de esta última se fueron alargando a expensas de las del primero. El invierno avanzaba sensiblemente pero no era riguroso ni temprano. Por entonces, la isla Victoria se había aproximado ya al paralelo 71º, y experimentó por primera vez un movimiento de rotación sobre sí misma que evaluó Jasper Hobson aproximadamente en un cuarto de circunferencia.

Fácil es concebir las inquietudes del teniente Hobson. La naturaleza amenazaba revelar, hasta a los menos clarividentes, el secreto de una situación que por todos los medios a su alcance había tratado de ocultarles; pues, a consecuencia de este movimiento de rotación, habíanse trastocado los puntos cardinales de la isla. El cabo Bathurst no demoraba ya al Norte, sino al Este. El sol, la luna y las estrellas no salían y se ocultaban por los mismos puntos que antes, y era imposible que personas que todo lo observaban, tales como

Mac-Nap,

Marbre, Rae y otros, no advirtiesen este cambio que los pondría al corriente de todo.

Pero, con gran satisfacción de Jasper Hobson, aquellos valerosos

soldados no se dieron, al parecer, cuenta de nada. El desplazamiento, con respecto a los puntos cardinales, no había sido considerable, y la atmósfera, cubierta casi siempre de brumas, no permitía observar exactamente los lugares por donde se verificaban el orto y el ocaso de los astros.

Este movimiento de rotación pareció coincidir con otro de traslación más rápido todavía. A partir de aquel día caminó la isla Victoria con una velocidad de cerca de una milla por hora elevándose siempre hacia las latitudes superiores y alejándose de la tierra. Jasper Hobson no se desanimaba por eso, pues no era hombre que perdiese fácilmente la esperanza; pero se consideraba perdido y clamaba a toda costa por el frío, es decir, por el invierno.

Entretanto, la temperatura había bajado más aún. Nevó abundantemente los días 23 y 24 de septiembre, y, soldándose: los copos a la superficie de los témpanos, que ya el frío había consolidado, aumentó su volumen. La inmensa llanura de hielos formábase poco a poco. La isla, aún se abría camino entre ellos; pero su resistencia aumentaba de hora en hora. El mar se iba congelando hasta donde alcanzaba la vista.

Por fin, la observación del 27 de septiembre demostró que la isla Victoria, aprisionada en medió de un inmenso campo de hielo, había permanecido inmóvil desde la víspera, siendo su situación de 177° 22' de longitud y 72° 57' de latitud; es decir, que se hallaban a más de 600 millas de todo continente.

UNA COMUNICACIÓN DE JASPER HOBSON



al era la situación. La isla había fondeado sus anclas, según la expresión del sargento Long, y, habiéndose detenido, permanecía estacionaria, como en la época en que se hallaba unida al continente americano; pero la separaban más de 600 millas de las tierras habitadas, y esta enorme distancia sería necesario recorrerla en trineos, sobre la superficie solidificada del mar, en medio de las montañas de hielo que iba el frío a acumular, siendo preciso realizar este viaje en los meses más crudos del invierno ártico.

Era una empresa terrible, y, sin embargo, no se podía vacilar. El invierno, por quien tanto había suspirado Jasper Hobson, había llegado al fin, deteniendo la funesta carrera emprendida hacia el Norte por la isla, e iba a tender un puente de 600 millas entre ella y los continentes vecinos. Era, pues, necesario aprovechar estas nuevas circunstancias para repatriar a toda aquella colonia perdida en las regiones hiperbóreas.

En efecto, como el teniente Hobson había explicado a sus amigos, no era posible aguardar a que la primavera inmediata provocase el deshielo, porque ello equivaldría a abandonarse de nuevo a los caprichos de las corrientes del mar de Behring. Tratábase, pues, solamente de esperar que la superficie del mar se encontrase suficientemente sólida, lo cual ocurriría al cabo de tres o cuatro semanas. Entretanto, pensaba el teniente Hobson realizar reconocimientos frecuentes a través del campo de hielo que

aprisionaba la isla, a fin de determinar su estado de solidificación, las facilidades que ofrecería al resbalamiento de los trineos, y qué camino ofrecería mayores facilidades, si el de las costas asiáticas o el de las americanas.

—No hay para qué decir —añadió el teniente Hobson, conversando acerca de todo esto con Paulina Barnett y el sargento Long— que preferiremos siempre las costas de la Nueva Georgia a las asiáticas, y que, por consiguiente, en igualdad de circunstancias, encaminaremos nuestros pasos hacia la América rusa.

—Kalumah, en este caso, podrá sernos de suma utilidad —respondió Paulina Barnett—; porque, en su calidad de indígena, conoce perfectamente estos territorios de la Nueva Georgia.

—Muy útil, en efecto —dijo el teniente Hobson—; su llegada hasta nosotros ha sido realmente providencial. Gracias a ella, nos será fácil llegar a los establecimientos del fuerte Miguel, en el golfo de Norton, o bien a la ciudad de Nuevo Arcángel, situada más al Sur, en donde pasaremos el resto del invierno.

—¡Pobre fuerte Esperanza! —exclamó Paulina Barnett—. ¡Construido con tantas fatigas, y con tantas ilusiones dirigido por usted, señor Hobson! ¡Me partirá el corazón el tener que abandonarlo en esta isla, en medio de estos campos de hielo, más allá quizá del infranqueable banco polar! ¡Sí! ¡Cuándo llegue la hora de partir, derramaré mi corazón lágrimas de sangre al darle el postrer adiós!

—No será menor mi pesar, señora —respondió Jasper Hobson—; tal vez supere al de usted. ¡Era la obra más importante de mi vida! Había puesto a contribución toda mi inteligencia y todas mis energías para construir este fuerte, en mal hora bautizado con el nombre de Esperanza, y jamás podré consolarme de tenerlo que abandonar Además, ¿qué dirá la Compañía que me había confiado esta empresa?

—Dirá, señor Hobson —exclamó Paulina Barnett—, que ha cumplido usted con su deber; que no puede usted ser responsable de los caprichos de la Naturaleza, más poderosa siempre y en todas partes que la mano y la inteligencia del hombre. Comprenderá que usted no podía prever lo que ha ocurrido, porque estaba fuera de las previsiones humanas. Sabrá, en fin, que, gracias a la prudencia y energía moral por usted desplegadas, no tendrá que lamentar la

pérdida de uno siquiera de los seres que le había confiado.

—Gracias, señora —respondió el teniente Hobson estrechando la mano de Paulina Barnett—; le agradezco en el alma esas lisonjeras palabras que le inspira la nobleza de su corazón; pero conozco un poco a los hombres, y, créame usted a mí, vale mil veces más un éxito que un fracaso. En fin, ¡Dios sobre todo!

Deseoso el sargento Long de alejar de la mente del teniente aquellas tristes ideas, trajo la conversación otra vez a las circunstancias presentes. Habló de los preparativos que era preciso hacer para la próxima marcha, y preguntó a Jasper Hobson si pensaba, por fin, revelar a sus compañeros la situación real de la isla Victoria.

—Esperemos aún —respondióle el teniente—. Nuestro silencio ha evitado hasta ahora numerosas inquietudes a esas pobres gentes; aguardemos a que el día de la marcha esté definitivamente fijado, y entonces será ocasión de decirles la verdad toda entera.

Una vez acordado esto, prosiguieron los trabajos ordinarios de la factoría durante las siguientes semanas.

¿Cuál era, un año antes, la situación de los entonces felices y satisfechos habitantes del fuerte Esperanza?

Un año antes, los primeros síntomas de la estación invernal presentáronse como entonces. Los nuevos hielos formáronse poco a poco en el litoral. La laguna, cuyas aguas estaban más tranquilas que las del mar, congeláronse antes que éstas. La temperatura se conservaba durante el día a uno o dos grados por encima del punto de fusión del hielo, y descendía durante la noche dos o tres por debajo de él. Jasper Hobson comenzaba a hacer que sus hombres se vistiesen de invierno, colocándose las pieles y los trajes de lana. Se instalaban los condensadores en el interior de la casa. Se limpiaba el depósito de aire y las bombas de ventilación. Se construían trampas alrededor de la empalizada, en las proximidades del cabo Bathurst, y Marbre y Sabine envanecíanse con los triunfos que obtenían como cazadores. En resumen, tocaban a su fin los trabajos que se estaban realizando en el interior de la casa principal con objeto de prepararla para el invierno.

Este año, aquellas animosas gentes procedieron de idéntica manera. Aunque el fuerte Esperanza ocupase una latitud superior en dos grados a la que tenía al principio del invierno anterior, esta

diferencia no debía producir una modificación sensible en el estado medio de la temperatura. En efecto, entre los paralelos 70 y 72 la distancia no es lo bastante considerable para que la temperatura media varíe de un modo apreciable. Más bien parecía que el frío era menos intenso que al principio del invierno anterior; pero esto era debido, sin duda, a que los invernantes se habían familiarizado ya con aquel clima tan rudo.

Es preciso observar, sin embargo, que la mala estación no se presentó con su acostumbrado rigor. El tiempo estaba húmedo, y la atmósfera se cargaba diariamente de vapores que se resolvían una vez en lluvia, otras en nieve; pero no hacía tanto frío como hubiese deseado Jasper Hobson.

Por lo que al mar respecta, congelábase alrededor de la isla; mas no de una manera continua y regular. Amplias manchas negruzcas, diseminadas por la superficie del nuevo campo de hielo, indicaban que los témpanos no se hallaban aún entre sí muy bien acoplados. Oíanse casi incesantemente retumbantes ruidos debidos a la fractura del gran banco polar, que se hallaba formado de un número infinito de trozos imperfectamente soldados, y cuyas aristas superiores disolvía la lluvia. No se sentía esa enorme presión que de ordinario se produce cuando los hielos nacen rápidamente bajo la influencia de un frío sumamente intenso, y se acumulan los unos sobre los otros. Los icebergs eran raros y la gran barrera de hielos no se elevaba todavía en el horizonte.

—He aquí un invierno ideal para los exploradores del paso del Noroeste y para los descubridores del Polo —repetía el sargento Long con frecuencia—; pero en extremo desfavorable para nuestros proyectos, y perjudicial en extremo para nuestra repatriación.

Este estado de cosas prolongóse durante todo el mes de octubre, pudiendo comprobar Jasper Hobson que la temperatura media no pasó de

32°

Fahrenheit, que corresponden al cero del termómetro centígrado, y sabido es que hace falta que la temperatura descienda a siete u ocho grados bajo cero y se mantenga así durante varios días para que el mar se congele.

Además, una circunstancia que no pasó inadvertida para el teniente Obson, ni tampoco para Paulina Barnett, demostraba de

una manera evidente que el campo de hielo no estaba todavía practicable.

Los animales presos en la isla, lo mismo los dotados de pieles valiosas que los renos, lobos, etc., se habrían indudablemente marchado a otras latitudes más bajas si les hubiese sido posible, es decir, si el mar solidificado hubiéraseles ofrecido un camino seguro. Pero lejos de ello, pululaban alrededor de la factoría, y buscaban cada vez con más insistencia la vecindad del hombre. Hasta los mismos lobos se acercaban a tiro de fusil de la empalizada para devorar a las martas y las liebres polares que constituían su única alimentación. Los renos, impulsados por el hambre, careciendo de hierba y de musgo que pacer, erraban formando rebaños por los alrededores del cabo Bathurst. Un oso, sin duda alguna aquél con quien Paulina Barnett y Kalumah habían contraído una deuda de gratitud, pasaba frecuentemente entre los árboles del bosque que había a la orilla del lago. Por consiguiente, el hecho de que aquellos animales, y en especial los rumiantes que precisan una alimentación exclusivamente vegetal, permaneciesen aún en la isla Victoria durante el mes de octubre, era señal evidente de que no podían huir.

Se ha dicho ya que la temperatura media era de cero grados centígrados; pues bien, cuando Jasper Hobson consultó su diario, vio que el invierno anterior, por aquellos mismos días, el termómetro marcaba

20°

Fahrenhteit bajo cero, que equivalen a 10° centígrados bajo cero también. ¡Qué diferencia tan grande, y de qué caprichosa manera se distribuye el calor en estas regiones polares!

Los invernantes no sentían verdadero frío, de suerte que no se vieron obligados a encerrarse en la casa. Sin embargo, la humedad era grande, porque cellisqueaba con frecuencia, y el descenso del barómetro ponía de manifiesto que la atmósfera se hallaba saturada de vapores.

Durante todo aquel mes de octubre Jasper Hobson y el sargento Long realizaron frecuentes excursiones con objeto de reconocer el estado en que se hallaba el campo de hielo alrededor de la isla. Fueron un día al cabo Miguel; otro al ángulo de la antigua bahía de las Morsas, deseosos de saber si el paso estaba ya practicable, bien

hacia el continente americano, o bien hacia el asiático, y si podía fijarse el día de la marcha.

Pero la superficie del campo de hielo hallábase sembrada de charcas, y, en determinados lugares, llena de grietas que hubieran indudablemente detenido la marcha de los trineos. Ni aun siquiera un viajero solo hubiera sido posible que se aventurase a pie a través de aquel desierto casi tan líquido como sólido. La multitud de puntas, de cristales, de prismas, de poliedros de todas clases que erizaban la superficie del campo de hielo, dándole la apariencia de una amplia concreción de estalactitas, demostraba de una manera evidente que un frío insuficiente y mal regulado, que una temperatura intermitente había producido aquella solidificación incompleta. Parecía más bien un ventisquero que un campo de hielo, lo cual hubiera hecho la marcha excesivamente penosa, caso de ser practicable.

El teniente Hobson y el sargento Long, aventurándose en el campo de hielo, avanzaron hacia el Sur una o dos millas; pero a costa de infinitas fatigas y de emplear en ello un tiempo considerable. Convenciéronse, pues, de que era necesario aguardar más todavía, y regresaron al fuerte Esperanza abatidos por un gran desaliento.

Llegaron los primeros días de noviembre. La temperatura descendió solamente algunos grados, lo cual no era bastante. Espesas y húmedas nieblas envolvían la isla Victoria, haciéndose preciso mantener todo el día las luces encendidas en el interior de la casa cuando precisamente debía economizarse el aceite, toda vez que las existencias no habían sido repuestas por el convoy del capitán Creventy, y la caza, por otra parte, de las morsas habíase hecho imposible, supuesto que estos anfibios no frecuentaban ya la isla errante. De suerte que, si se prolongaba la invernada en aquellas condiciones, no tardarían los Habitantes del fuerte en verse precisados a emplear la grasa de los animales o la resina de los pinos para procurarse la luz.

Ya en esta época se habían hecho los días excesivamente cortos, y el sol, que no era más que un disco pálido, sin calor y sin brillo, sólo se paseaba algunas horas por encima del horizonte. Sí, sí; aquello era verdaderamente el invierno con su acompañamiento de brumas, lluvias, nieves... ¡pero un invierno sin frío!

El 11 de noviembre fue un día señalado para los habitantes del fuerte Esperanza, y la señora Joliffe no dejó de festejarlo sirviendo a sus comensales algunos extraordinarios en la comida del mediodía. En efecto, era el natalicio de Miguelito

Mac-Nap,

que cumplió en dicho día su primer año de edad. Gozaba de excelente salud y era el encanto de todos, con sus cabellos rubios y ensortijados y sus ojos azules. Tenía con su padre una extraña semejanza, de la que el honrado carpintero mostrábase en extremo orgulloso. A los postres pesaron al pequeño. ¡Era cosa de ver cómo se agitaba en la balanza y qué gritos lanzaba de alegría! ¡Pesaba 34 libras! ¡Qué éxito para la señora

Mac-Nap!

¡Con qué hurras fue acogido aquel peso soberbio y qué de enhorabuenas recibió la excelente mujer, como nodriza y como madre! Pero, aunque parezca extraño, el cabo Joliffe consideró como dirigidas a su persona una parte no escasa de aquellas congratulaciones, no se sabe si en su calidad de padre nutricio o de niño. El digno militar había tantas veces mecido, paseado y dormido en sus brazos al niño, que creía, tal vez con razón, haber contribuido al aumento de su peso.

Al día siguiente, 12 de noviembre, dejó el sol de mostrarse por encima del horizonte. Comenzaba la noche polar, y por cierto 9 horas antes que el invierno anterior lo cual era debido a la diferencia en latitud existente entre el lugar que ocupaba actualmente la isla y el de su emplazamiento en el continente americano.

La desaparición del sol no produjo cambio alguno en el estado de la atmósfera. La temperatura permaneció lo mismo que hasta entonces, caprichosa e indecisa. El termómetro bajaba un día para subir de nuevo al siguiente. Llovía y nevaba alternativamente. La brisa era suave y no se fijaba nunca en ningún punto determinado del horizonte, pasando en un solo día muchas veces por todos los rumbos de la aguja. Era temible la constante humedad de aquel clima, pues podía determinar afecciones escorbúticas entre los invernantes. Afortunadamente, aunque si bien es cierto que, a causa de no haber llegado el convenido convoy empezaban a escasear el zumo del limón y de lima y las pastillas de cal, al menos las

cosechas de acederas y coclearias habrían sido abundantes, y, siguiendo las recomendaciones del teniente Hobson, hacíase de ellas un uso cotidiano.

Era, sin embargo, preciso intentarlo todo para salir del fuerte Esperanza. En las condiciones en que se hallaban, tal vez no bastasen tres meses para llegar al continente más próximo, y no era posible exponer la expedición a que la sorprendiese el deshielo en medio de los témpanos antes de llegar a la tierra firme. Era, pues, necesario, partir antes que finalizase noviembre, si se decidían a partir.

Acerca de esta cuestión no había la menor duda; pero si durante un invierno riguroso, que hubiese endurecido bien todas las partes del campo de hielo, el viaje habría sido difícil, júzguese su gravedad con aquel tiempo indeciso.

El 13 de noviembre, Jasper Hobson, Paulina Barnett y el sargento Long reuniéronse para fijar el día de la partida. El sargento era de opinión de que se abandonase la isla lo más pronto posible.

—Porque —decía— debemos contar con todos los retardos que pueden presentarse en una travesía de seiscientas millas. Es necesario que antes del mes de marzo hayamos sentado el pie en el continente americano, porque, de lo contrario, nos exponemos a que comience el deshielo y a encontrarnos en este caso en una situación peor aún que en nuestra isla.

—Pero ¿está el mar por ventura —preguntó Paulina Barnett— lo bastante solidificado para que sea posible viajar sobre su superficie?

—Sí, señora —replicó el sargento Long—, y cada día se irá espesando más el hielo. Además, el barómetro sube lentamente, y esto es un indicio de descenso de temperatura, de suerte que de aquí al momento en que estén terminados todos los preparativos que tenemos que ejecutar para ponernos en marcha, calculo han de embargarnos al menos una semana, espero que el tiempo se habrá puesto completamente frío.

—¡No importa! —exclamó Jasper Hobson—; el invierno se presenta mal; y todo, verdaderamente, parece conspirar contra nosotros. Hay precedentes de inviernos muy extraños en estos mares, y de balleneros que han podido navegar por parajes donde, ni aun durante el verano, hubieran encontrado otros años ni una sola pulgada de agua debajo de su quilla. De cualquier modo que

sea, no hay que perder ni un día. Siento sólo que la temperatura habitual de estos climas no nos haya ayudado.

—Ya nos ayudará —dijo Paulina Barnett—. En todo caso, es preciso estar preparados para aprovechar las circunstancias favorables que puedan presentarse. ¿Cuál es la fecha extrema en que se cree usted que puede emprenderse la marcha, señor Hobson?

—A fines de noviembre, lo más tarde —respondió el teniente Hobson—; pero si de aquí a ocho días, hacia el 20 de este mes, nuestros preparativos estuviesen terminados y se pudiese caminar sobre el hielo, consideraría en extremo favorable esta última circunstancia y partiríamos al punto.

—Bien dicho —exclamó el sargento—. Debemos, pues, prepararnos sin desperdiciar un instante.

—Entonces, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, ¿va usted a revelar a nuestros compañeros la situación en que nos encontramos?

—Sí, señora. Ha llegado el momento de hablar, toda vez que el de obrar se ha presentado.

—Y, ¿cuándo piensa usted revelarles lo que ignoran?

—Ahora mismo, sargento Long —añadió el teniente Hobson, dirigiéndose a su subordinado, que se cuadró militarmente en el acto—, mande usted que se reúnan todos nuestros hombres en el salón principal para recibir mis órdenes.

El sargento Long giró automáticamente sobre sus talones, y salió con paso rítmico, después de saludar militarmente.

Durante algunos minutos, Jasper Hobson y Paulina Barnett permanecieron solos, sin despegar los labios.

El sargento volvió al poco tiempo y anunció al teniente Hobson que sus órdenes habían sido ejecutadas.

En seguida, Jasper Hobson y la viajera penetraron en el salón principal. Todos los habitantes de la factoría, hombres y mujeres, hallábanse allí reunidos, vagamente alumbrados por la incierta luz de las lámparas.

Avanzó Jasper Hobson hasta colocarse en el centro de sus compañeros, y, con acento grave, les dijo:

—Amigos míos, hasta ahora, y con el fin de evitaros inútiles inquietudes, he creído deber mío el ocultaros la situación en que se encuentra nuestro establecimiento del fuerte Esperanza... Un

terremoto nos ha separado del continente... El cabo Bathurst ha sido descuajado de la costa americana... Nuestra antigua península no es ahora más que una isla de hielo, una isla errante...

En este preciso momento, avanzó Marbre hacia Jasper Hobson, y, con acento firme, le dijo:

—¡Lo sabíamos, mi teniente!

UNA TENTATIVA AUDAZ



¡Lo sabían aquellas gentes animosas, y, para no aumentar la amargura de su jefe, habían fingido ignorarlo, entregándose con idéntico ardor a los preparativos de la gran invernada!

Los ojos del teniente Hobson se llenaron de lágrimas de ternura. Sin tratar de ocultar su emoción, tomó la mano que el cazador le tendía, y la estrechó con cariño.

Sí; aquellos soldados intrépidos no ignoraban nada, porque Marbre lo había adivinado todo hacía ya mucho tiempo. La trampa de los renos llena de agua salada; el no haberse presentado el destacamento que esperaban, procedente del fuerte Confianza; las observaciones astronómicas practicadas diariamente con objeto de hallar la latitud y longitud del lugar, que hubieran sido inútiles en tierra firme; las precauciones que adoptaba el teniente Hobson, con objeto de no ser visto, cuando se preparaba a tomar las alturas del sol; y, por último, el cambio de orientación sobrevenido durante los últimos días, y del cual se habían dado exacta cuenta; todos estos indicios reunidos habían hecho comprender su situación a los habitantes del fuerte Esperanza. Tan sólo la llegada de Kalumah habíales parecido inexplicable, suponiendo, como era en efecto verdad, que los azares, de la tempestad habían arrojado a la playa a la joven indígena.

Marbre, que fue el primero en cuya inteligencia se había hecho la luz, manifestó sus sospechas al carpintero

Mac-Nap

y al herrero Rae. Los tres consideraron fríamente la cuestión y acordaron que debían revelar la verdad, no sólo a sus compañeros, sino a las mujeres también; hecho lo cual, comprometiéronse todos a aparentar ante su jefe que no sabían nada, y a obedecerle ciegamente como siempre.

—¡Sois unos valientes, amigos míos! —exclamó Paulina Barnett, profundamente conmovida al escuchar las explicaciones de Marbre —; ¡sois unos soldados honrados y valerosos!

—Nuestro teniente puede contar con nosotros —añadió

Mac-Nap

—. Él ha cumplido con su deber, y nosotros sabremos cumplir con el nuestro.

—Sí, sí, mis queridos compañeros —exclamó Jasper Hobson—; el Cielo no nos abandonará, y nosotros le ayudaremos a salvarnos.

Después les refirió Jasper Hobson todo lo que había ocurrido desde el día en que el terremoto provocó la fractura del istmo, convirtiendo en isla errante los territorios continentales del cabo Bathurst. Explicóles cómo sobre aquel mar libre de hielos, en medio de la primavera, la nueva isla había sido arrastrada por una corriente desconocida a más de doscientas millas de la costa; cómo el huracán la había vuelto a traer a la vista de la tierra, alejándola nuevamente durante la noche del 31 de agosto; cómo, en fin, la valerosa Kalumah había expuesto su vida por venir en auxilio de sus amigos europeos. Después les dio a conocer los cambios que había experimentado la isla, que se disolvía lentamente en las aguas más cálidas, y el temor que había tenido de ser arrastrados, ora por la corriente de Kamchatka, ora hasta el mar Pacífico. Por último, manifestó a sus compañeros que la isla errante había quedado inmovilizada definitivamente a partir del día 27 de septiembre último.

Fue traída, por fin, la carta de los mares árticos, y Jasper Hobson marcóles la posición que ocupaba la isla, a más de 600 millas de toda tierra.

Terminó diciéndoles que la situación era en extremo peligrosa, que la isla quedaría necesariamente pulverizada cuando sobreviniese el deshielo, y que, antes de recurrir a la embarcación, que no podría ser utilizada hasta el próximo estío, convenía

aprovechar el invierno para llegar al continente americano, dirigiéndose a él a través del campo de hielo.

—Tendremos que recorrer seiscientas millas en medio de grandes fríos y de impenetrables tinieblas. La prueba será dura, amigos míos; pero comprenderéis como yo que no hay medio de retroceder.

—Estamos todos dispuestos a seguirle, mi teniente —respondióle Mac-Nap

—, tan pronto como dé usted la señal de partida.

Quedó así convenido, y a partir de aquel día empezaron a hacerse, con toda rapidez, los preparativos de la peligrosa expedición. Los hombres habían adoptado valerosamente la resolución de recorrer 600 millas en aquellas condiciones. El sargento Long dirigía los trabajos, en tanto que Jasper Hobson, los dos cazadores y Paulina Barnett iban a reconocer con frecuencia el estado del campo de hielo. Kalumah les acompañaba la mayoría de las veces, y sus consejos, basados en la experiencia, podían ser muy útiles al teniente. Habiéndose fijado la fecha de partida, salvo algún acontecimiento imprevisto, para el 20 de noviembre, no había tiempo que perder.

Según lo había previsto Jasper Hobson, tan pronto se roló el viento, descendió la temperatura, aunque no mucho, y la columna de mercurio marcó

24°

Fahrenheit (4° 44' centígrados bajo cero). La nieve reemplazó a la lluvia de los días precedentes, y el suelo endurecióse. Con que se sostuviera aquel frío durante algunos días, el arrastre de los trineos haríase posible. La grieta abierta por delante del cabo Miguel encontrábase rellena de nieve y hielo; pero no debe olvidarse que sus aguas más tranquilas habían debido helarse más de prisa. Buena prueba de ello era que las aguas del mar no presentaban un estado tan satisfactorio.

El viento soplaba casi incesantemente con extremada violencia, oponiéndose las olas a la formación regular de los hielos, de suerte que no adquirirían la debida consistencia. Grandes charcas de agua separaban en muchos lugares los témpanos y no era posible intentar aún el paso a través del campo de hielo.

—El tiempo se pone decididamente frío —dijo Paulina Barnett al

teniente, el día 15 de noviembre, durante un reconocimiento practicado hasta la costa Sur de la isla—; la temperatura desciende de una manera sensible, y estos espacios líquidos no tardarán en solidificarse.

—Así lo creo yo también —respondió el teniente Hobson—; pero, desgraciadamente, la marea, como se verifica la congelación, es poco favorable para nuestros proyectos. Los témpanos son pequeños, sus bordes forman numerosas asperezas que erizan la superficie del mar; de tal suerte que, auní suponiendo que nuestros trineos se puedan deslizar sobre ella, habrán de tropezar con grandes dificultades.

—Pero, si no me engaño —respondió la viajera—, bastarían algunos días, tal vez algunas horas de copiosas nevadas, para nivelar toda su superficie.

—Sin duda —respondió el teniente—; pero, para que nieve, será necesario que suba la temperatura; y si aumenta el calor, volverá a dislocarse el banco de hielo. ¡He aquí, pues, un dilema cuyas dos consecuencias nos son desfavorables!

—Veamos, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, hay que reconocer que sería el colmo de la mala suerte que tropezásemos en el lugar donde nos encontramos, en pleno océano Glacial, con un invierno templado en vez de un invierno ártico.

—No sería la primera vez que así ocurriese, señora —replicó Jasper Hobson—. Debe usted, además, tener en cuenta que el invierno anterior, que pasamos en el continente americano, fue extremadamente rudo, y que se ha observado que es muy raro que se sucedan uno a otro dos inviernos de idéntico rigor y duración, como los balleneros de los mares boreales saben perfectamente. ¡No cabe duda alguna de que esto constituiría el colmo de la mala suerte! ¡Un invierno crudísimo cuando hubiéramos deseado un invierno moderado, y un invierno benigno, cuando nos hace falta un invierno excesivamente frío! ¡Es preciso reconocer que, hasta ahora, no hemos tenido gran fortuna! ¡Cuándo pienso que habrá que franquear una distancia de más de 600 millas, y con mujeres y un niño!

Y, extendiendo la mano hacia el Sur, mostraba Jasper Hobson el espacio infinito que se extendía ante sus ojos: una vasta planicie caprichosamente recortada en forma de encaje. ¡Triste aspecto el de

aquel mar, imperfectamente solidificado, cuya superficie crujía con siniestro ruido! Una luna turbia, medio oculta entre las húmedas brumas, elevábase apenas algunos grados sobre el horizonte sombrío, derramando una luz macilenta sobre todo aquel conjunto.

La semiobscuridad, ayudada por ciertos fenómenos de refracción, duplicaba el tamaño de los objetos. Algunos icebergs de mediana altitud adquirirían en apariencia dimensiones colosales, tomando a veces formas de monstruos apocalípticos. Algunas aves pasaban agitando con estrépito sus alas, y la menor de ellas, por efecto de esta ilusión óptica, parecía mayor que un cóndor.

En ciertas direcciones, en medio de las montañas de hielo, parecían abrirse inmensos túneles negros, en los cuales el hombre más audaz hubiera temido arriesgarse. Sentíanse, además, súbitos movimientos, debidos al desplome de los icebergs, los cuales, socavados por sus bases, buscaban una nueva posición de equilibrio, produciendo en su caída gran estruendo, que los ecos sonoros repetían. De este modo cambiaba con frecuencia el aspecto de la escena, cual la decoración de una función de magia. ¡Con qué sentimiento de espanto debían contemplar aquellos terribles fenómenos los desdichados invernantes que tenían que aventurarse a través de aquel campo de hielo!

A pesar de su valor y de su energía moral, la viajera sentíase invadida de involuntario terror. Helábase su alma lo mismo que su cuerpo. Sentía tentaciones de cerrar los ojos, de taparse los oídos para no ver ni oír nada. Cuando, en ciertos instantes, se velaba la luna tras una bruma más densa, el aspecto siniestro de aquel paisaje polar acentuábase aún más, y Paulina se imaginaba entonces la caravana de hombres y mujeres caminando a través de aquellas soledades, en medio de las nieves, en medio de las tempestades, en medio de las avalanchas, sumida en las tinieblas horribles de la imponente noche ártica.

Entonces Paulina Barnett hacía esfuerzos para ver. Deseaba habituar su mirada a aquellos imponentes aspectos, acostumbrar su alma a aquel terror. De repente un grito agudo escapóse de su pecho, y su mano oprimió convulsivamente la del teniente Hobson, mostrándole a la par con la otra un enorme objeto blanco, de contornos mal definidos, que se movía en la penumbra a cien pasos apenas de ellos.

Era un monstruo de deslumbradora blancura, de talla gigantesca, cuya altura pasaba de 50 pies. Caminaba lentamente sobre los esparcidos témpanos, saltando de unos a otros, y agitando sus patas formidables que habrían podido abrazar diez enormes encinas a un tiempo. Parecía que, a su vez, trataba también de buscar un paso practicable a través del campo de hielo para huir de aquella isla funesta. Hundíanse los témpanos bajo su enorme peso, y no recuperaban su equilibrio sino después de desordenados movimientos.

El monstruo avanzó así durante un cuarto de milla sobre el campo de hielo; mas después, no encontrando sin duda paso alguno, volvió grupas y se dirigió hacia el punto de la playa ocupado por el teniente y Paulina.

Jasper Hobson requirió el fusil, que llevaba en bandolera, y se dispuso a hacer fuego. Pero después de tener bien enfilado al animal, dejó caer el arma, y dijo a Paulina Barnett muy de quedo:

—Es un oso, señora; un oso cuyas dimensiones ha aumentado la refracción de un modo exagerado.

Era un oso polar en efecto, y Paulina Barnett reconoció en seguida la ilusión óptica de que acababa de ser juguete. Respiró con holgura, y exclamó poco después:

—¡Es mi oso! ¡Un oso filantrópico! ¡El único, probablemente, que ha quedado en la isla! Pero ¿qué hace, señor Hobson?

—Trata de escapar, señora —exclamó Jasper Hobson, sacudiendo la cabeza—. ¡Trata de huir de esta maldita isla! Y no puede lograrlo, demostrándonos así que el camino está cerrado para él y para nosotros.

Jasper Hobson no se engañaba. El temible animal, al verse preso, había tratado de abandonar la isla para llegar al continente; y no habiéndolo logrado, regresaba otra vez al litoral. El oso pasó a veinte pies del teniente y su compañera, moviendo la cabeza y gruñendo sordamente; y, o no los vio realmente, o no los creyó dignos de fijar su vista en ellos, pues prosiguió su marcha con pesado paso, y se dirigió hacia el cabo Miguel, no tardando en desaparecer tras un cerro.

Aquel día, el teniente y Paulina Barnett regresaron al fuerte tristes y silenciosos.

Entretanto, proseguían activamente en el fuerte los preparativos

para la marcha cuando la travesía de los campos de hielo hubiera sido posible. La seguridad de la expedición exigía que no se descuidase nada, que se viese todo y que se tuviese en cuenta, no sólo las fatigas y sus dificultades naturales, sino también los caprichos de aquella naturaleza polar, que con tanta energía se defiende contra las investigaciones humanas.

Los perros habían sido objeto de particulares cuidados. Déjeseles correr por los alrededores del fuerte, a fin de que el ejercicio les devolviese las fuerzas algo entorpecidas por un prolongado reposo. Los expresados animales encontrábanse todos en un estado satisfactorio y aptos para realizar una larga marcha, si no se les hacía trabajar demasiado.

Examináronse los trineos con cuidado. La superficie abrupta del campo de hielo debía necesariamente exponerlos a choques violentos, de suerte que fue preciso reforzar sus patas principales, encargándose de este trabajo el carpintero

Mac-Nap

y sus peones.

Construyéronse además dos trineos-carretas de grandes dimensiones, destinados, el uno, al transporte de las provisiones, y el otro, al de las pieles, debiendo ser tirados los dos por los renos domesticados, a quienes adiestróse al efecto. Es muy cierto que las pieles eran una impedimenta de lujo, que tal vez hubiese sido prudente abandonar; pero Jasper Hobson quería, mientras fuera posible, salvar los intereses de la Compañía, decidido, por otra parte, a abandonarlas durante el camino, si comprometían o estorbaban la marcha de la caravana. Nada, por otra parte, se arriesgaba con ello, toda vez que si se abandonaban en el fuerte aquellas valiosísimas pieles, se perderían sin remedio.

Por lo que respecta a los víveres, la cosa era muy distinta. Las provisiones debían ser abundantes y fáciles de transportar. No se podía contar en modo alguno con los productos de la caza. Los animales comestibles les tomarían la delantera, tan luego como el campo de hielo se hallase practicable, dirigiéndose a toda prisa a las regiones del Sur. Así, pues, colocáronse en un carro especial carnes conservadas, cecina, pasteles de liebre, pescados secos, galletas, cuya existencia era desgraciadamente bastante reducida, gran cantidad de acederas y de codearías, aguardiente, espíritu de vino

para la confección de las bebidas calientes, etc., etc. Bien hubiera querido Jasper Hobson llevar también combustible, porque durante las 600 millas no encontrarían un árbol, ni un arbusto, ni una mata de musgo, y no había que contar con que el mar arrojara maderas ni despojos de buques; pero no podía admitirse semejante sobrecarga y fue preciso renunciar a ella. Afortunadamente, los vestidos de abrigo no habían de faltar; serían abundantes y cálidos, y, si fuese preciso, se haría uso de las pieles que conducía el otro carro.

En cuanto a Tomás Black, que después de su infausta aventura habíase retirado en absoluto del mundo, huyendo de sus compañeros, encerrándose en su camarote y no tomando parte jamás en los consejos que el teniente, el sargento y la viajera celebraban, reapareció tan pronto como se hubo fijado el día de la partida; pero fue para ocuparse únicamente del trineo que debía transportar su persona, sus instrumentos y sus libros de apuntes. Mudo siempre, no había medio de arrancarle una sola palabra. Habíalo olvidado todo, hasta su condición de sabio inclusive; y desde que quedó en ridículo con las protuberancias lunares, no había prestado la menor atención al estudio de los fenómenos peculiares de las altas latitudes, tales como las auroras boreales, los halos, las paraselenes, etc.

En fin, durante los últimos días cada cual se había aplicado a su tarea con tal diligencia y celo, que, en la mañana del 18 de noviembre, todo estaba dispuesto para la partida. Por desgracia, el campo de hielo no se hallaba todavía practicable. Si bien es cierto que la temperatura había descendido, el frío no había sido lo suficiente intenso para solidificar de una manera uniforme la superficie del mar. La nieve, además de ser muy fina, no caía de un modo uniforme y continuo. Jasper Hobson, Marbre y Sabine habían recorrido diariamente el litoral de la isla, desde el cabo Miguel hasta la punta de la antigua bahía de las Morsas, y hasta se habían aventurado por el campo de hielo, alejándose de la costa milla y media aproximadamente, viéndose en la necesidad de reconocer que estaba lleno de hoyos, cortaduras y grietas. Era materialmente imposible que por su superficie pudiesen caminar, no digamos ya los trineos, sino ni aun siquiera los hombres dueños de sus movimientos. Las fatigas del teniente Hobson y de sus hombres

durante estas excursiones habían sido terribles, y más de una vez creyeron que no podrían volver a la isla Victoria a través de aquellos témpanos movibles todavía.

Parecía verdaderamente que la Naturaleza se cebaba en aquellos desdichados invernantes. Durante los días 18 y 19 de noviembre subió el termómetro en tanto que el barómetro descendía. Esta modificación del estado atmosférico debía producir fatales resultados. A la par que disminuía el frío, llenábase de vapores el cielo. Con una temperatura de

34°

Fahrenheit (1° 11' centígrados sobre cero), lo que cayó en abundancia no fue nieve, sino agua. La lluvia, relativamente cálida, fundía en muchos lugares la capa de nieve blanca.

Fácil es imaginar el efecto que estas aguas del cielo producirían sobre el campo de hielo, disgregándolo de un modo que cualquiera hubiera creído que se aproximaba el deshielo. Jasper Hobson, que a pesar del mal tiempo reinante iba frecuentemente a la costa meridional de la isla, volvió un día desesperado.

El día 20, una nueva tempestad, casi igual en violencia a la que un mes atrás había azotado a la isla, desencadenóse en aquellas funestas regiones del océano Glacial. Los invernantes tuvieron que renunciar a salir al exterior, y durante dos días viéronse en la precisión de permanecer encerrados dentro del fuerte Esperanza.

A TRAVÉS DEL CAMPO DE HIELO



or fin, el 22 de noviembre, el tiempo empezó a mejorar, calmándose la tempestad en pocas horas. Rolóse el viento al Norte y el termómetro descendió varios grados. El hecho de haber desaparecido algunas aves de largo vuelo hizo concebir la esperanza de que la temperatura iba a descender francamente hasta alcanzar el grado que correspondía en aquella época, del año y en tal alta latitud. Los invernantes lamentaban verdaderamente que no hiciese el mismo frío que el invierno anterior, cuando bajó el termómetro a 72°

Fahrenheit, bajo cero, equivalente a 55° centígrados bajo el punto de congelación del agua destilada.

Jasper Hobson resolvió partir sin tardanza, y, en la mañana del día 22, toda la pequeña colonia se encontraba preparada para abandonar el fuerte Esperanza y la isla, que ahora formaba una pieza con el campo de hielo y se hallaba enlazada, por tanto, al continente por una llanura sólida de 600 millas de extensión.

A las once y media de la mañana, en medio de una atmósfera grisácea, pero serena, que una espléndida aurora boreal iluminaba del horizonte al cénit, Jasper Hobson dio la señal de partida. Los perros hallábanse enganchados a los trineos. Tres parejas de renos domesticados habían sido uncidos a los trineos-carretas, y se emprendió silenciosamente la marcha hacia el cabo Miguel, lugar por donde deberían pasar de la isla propiamente dicha al campo de

hielo.

La caravana siguió al principio la ladera de la colina cubierta de arbolado, situada al Este del lago Barnett; pero en el momento de ir a doblar su punta, volviéronse todos para dirigir una última mirada al cabo Bathurst que abandonaban para siempre. En medio de la incierta claridad de la aurora boreal dibujábanse algunas de sus aristas cubiertas de nieve, y dos o tres líneas blancas limitaban el recinto de la factoría. Una masa blanquecina, que, dominando el conjunto, se alzaba de trecho en trecho, y el humo que se escapaba aún de sus dos chimeneas, postrimeros alientos de un fuego que se iba a extinguir para siempre, fue lo único que pudieron ver del fuerte Esperanza, de aquel establecimiento fundado a costa de tantas penalidades y trabajos que resultaban ahora por completo infructuosos.

—¡Adiós!, ¡adiós para siempre, casa que nos has cobijado contra los fríos polares! —exclamó Paulina Barnett, agitando, no sin pena, por última vez la mano.

Y todos, después de este adiós postrimero, reanudaron, silenciosamente y tristes, el viaje de regreso.

A la una el destacamento había llegado al cabo Miguel, después de haber contorneado la grieta que el frío insuficiente del invierno no había podido cerrar otra vez por completo. Hasta entonces, las dificultades del camino no habían sido grandes, porque el suelo de la isla Victoria presentaba una superficie relativamente lisa; pero en el campo de hielo sería muy diferente. En efecto, sometido este último a la enorme presión de los bancos del Norte, hallaríase sin duda erizado de icebergs, de grandes protuberancias, de verdaderas montañas heladas entre las cuales sería necesario buscar pasos practicables a costa de los mayores esfuerzos, de las más extraordinarias fatigas.

A la caída de la tarde habíase avanzado ya algunas millas sobre el campo de hielo y se procedió a organizar un campamento donde pasar la noche, al estilo de los esquimales y los indios de la América del Norte, practicando orificios donde guarecerse en los bloques de hielo. Los cuchillos para la nieve hábilmente manejados, empezaron a funcionar, y, a las ocho, después de una cena compuesta de carnes secas, todo el personal de la factoría habíase introducido dentro de estos agujeros, que son más abrigados de lo que pudiera imaginarse.

Pero, antes de dormirse, Paulina Barnett había preguntado al teniente si podía calcular el camino recorrido desde el fuerte Esperanza hasta allí.

—Creo que hemos recorrido más de diez millas —respondió Jasper Hobson.

—¡Diez millas de seiscientas! —exclamó la viajera—. ¡A este paso, tardaremos tres meses en franquear la distancia que nos separa del continente americano!

—Tres meses y acaso más —respondió Jasper Hobson—; pero no es posible caminar más aprisa. No viajamos, como el año anterior, por las llanuras heladas que separan el fuerte Confianza del cabo Bathurst, sino sobre un campo de hielo deforme, quebrantado por la presión, que no puede ofrecernos ningún camino fácil. Espero tropezar con grandes dificultades durante esta expedición. ¡Ojalá podamos vencerlas! En todo caso, lo importante no es llegar pronto, sino llegar con salud, y me consideraría dichoso si ninguno de mis compañeros faltase cuando entremos en el fuerte Confianza. Quiera el cielo que en el plazo de tres meses hayamos podido llegar a cualquier punto de la costa americana, señora, que entonces cuantos himnos de acción de gracias entonemos parecerán mezquinos.

La noche transcurrió sin incidentes; pero Jasper Hobson, durante su largo insomnio, creyó sentir en el suelo sobre el cual se había organizado el campamento algunas trepidaciones de mal augurio, que delataban una falta de cohesión en todas las partes del campo de hielo. Parecióle que éste no se hallaba por completo consolidado en toda su extensión, de suerte que debía hallarse cortado en muchos puntos por grietas enormes, lo cual era una circunstancia en extremo perjudicial, toda vez que aquel estado de cosas hacía muy problemática la comunicación con la tierra firme.

Por otra parte, había observado Jasper Hobson, antes de su partida, que ni los animales de piel fina ni tampoco los carnívoros de la isla Victoria habían abandonado las proximidades de la factoría; y cuando estos animales no habían ido a buscar regiones más templadas donde pasar el invierno en las regiones del Sur, era sin duda alguna porque les decía su instinto que habrían de tropezar en su camino con insuperables obstáculos.

Sin embargo, Jasper Hobson había obrado muy acertadamente

al realizar aquella tentativa para repatriar a la pequeña colonia, lanzándose a través del campo de hielo. Era imprescindible realmente correr aquel albur antes de que comenzase el deshielo, y siempre le quedaba el recurso de volver sobre sus pasos.

Al día siguiente, 23 de noviembre, no pudo el destacamento avanzar ni diez millas hacia el Este, porque las dificultades del camino crecieron notablemente. Presentábase el campo de hielo horriblemente convulsionado, pudiendo deducir, por ciertas capas fáciles de reconocer, que se habían superpuesto varios bancos de hielo, empujados sin duda hacia aquel amplio embudo del océano Glacial por el irresistible empuje de la gran barrera polar. De aquí las colisiones de unos témpanos con otros, la aglomeración de icebergs, que semejaban un gran hacinamiento de montañas que una mano imponente hubiera dejado caer en aquel espacio y que se hubiesen esparcido durante el descenso.

Era evidente que aquella caravana formada por los trineos y sus tiros no podía pasar por encima de aquellos bloques colosales, ni menos abrirse un camino a hachazos o a cuchilladas a través de sus moles inmensas. Los icebergs aquellos afectaban las formas más diversas, figurando ciudades que se hubiesen desplomado por entero. Muchos de ellos medían trescientos o cuatrocientos pies de altura sobre el nivel del campo de hielo, agitándose en sus cumbres enormes cantidades de carámbanos que no esperaban más que una sacudida, un choque, una vibración del aire para precipitarse cual avalanchas enormes.

Por eso, al contornear aquellas montañas de nieve, era preciso adoptar las mayores precauciones. Habíase dado orden de no levantar la voz ni excitar a los tiros con crujidos de látigos en aquellos peligrosos parajes. Y no eran exageradas semejantes precauciones, pues la menor imprudencia hubiera podido provocar una terrible catástrofe.

Pero dando estos rodeos y buscando los pasos practicables perdíase mucho tiempo, se agotaban las fuerzas, y no se adelantaba nada en la dirección apetecida, pues a veces, para avanzar una milla, había que dar una vuelta de diez. Menos mal que aún tenían bajo sus pies un suelo firme.

Sin embargo, el día 24 tropezaron con otros obstáculos que temió con razón Jasper Hobson no poder superar en absoluto.

En efecto, después de haber franqueado una primera barrera de hielos, que se alzaba a unas veinte millas de la isla Victoria, encontré el destacamento sobre un campo de hielo mucho menos escabroso y cuyas diversas piezas no habían sido sometidas a una fuerte presión. Era evidente que, a consecuencia de la dirección de las corrientes marinas, el empuje del gran banco polar no se dejaba sentir por aquel lado. Pero Jasper Hobson y sus compañeros no tardaron en ver su camino cortado por anchas grietas que no se habían solidificado aún. La temperatura era relativamente templada, no indicando por término medio el termómetro menos de 34°

Fahrenheit (1° 11' centígrados sobre cero); y como es bien sabido que el agua salada resiste más a la congelación que la dulce, la superficie del mar no se había solidificado por completo. Todas las porciones endurecidas que formaban el gran banco polar y el campo de hielo procedían de latitudes más altas, conservándose por sí mismas y nutriéndose, por decirlo así, con su propio frío; pero aquel espacio meridional del mar Ártico no se hallaba uniformemente helado, y caía, además, una lluvia templada que traía consigo nuevos elementos de disolución.

Aquel día quedó el destacamento detenido en absoluto delante de una grieta llena de aguas tumultuosas, sembradas de pequeños hielos; porque, si bien su anchura no parecía ser superior a cien pies, su longitud, en cambio, debía medir varias millas.

Por espacio de dos horas recorrieron el borde occidental de esta grieta con la esperanza de llegar a su extremo y reanudar la marcha hacia el Este; pero todo fue en vano, y hubo al fin que detenerse. Se hizo alto y se organizó el campamento.

Jasper Hobson avanzó otro cuarto de milla, seguido del sargento Long, observando la interminable grieta, y maldiciendo la benignidad de aquel invierno que tanto les perjudicaba.

—Hay que pasar, sin embargo —dijo el sargento Long—; porque no podemos estacionarnos aquí.

—Sí, es preciso pasar —respondió el teniente Hobson—, y pasaremos, bien remontándonos hacia el Norte, bien descendiendo hacia el Sur, pues, al fin, acabaremos de rodear esta grieta; pero después de ella se presentarán otras, y tendremos siempre lo mismo, durante centenares de millas tal vez, mientras dure esta indecisa y

deplorable temperatura.

—Pues bien, mi teniente —replicó el sargento—; eso debemos averiguarlo antes de proseguir nuestro viaje.

—Tiene usted razón, sargento —dijo resueltamente Jasper Hobson—, porque, de lo contrario, nos expondríamos a encontrarnos con que, después de haber recorrido quinientas o seiscientas millas a fuerza de rodeos, no habríamos franqueado ni siquiera la mitad de la distancia que nos separa de la costa americana. Sí, sí; es preciso, antes de alejarnos más, reconocer la superficie del campo de hielo, y eso es lo que voy a hacer.

Y en seguida, sin añadir palabra, desnudóse Jasper Hobson, arrojóse a aquel agua semihelada, y, a fuer de vigoroso nadador, llegó en pocos instantes al borde opuesto de la grieta, y desapareció entre las sombras, en medio de los icebergs.

Algunas horas más tarde, Jasper Hobson, completamente agotado, regresaba al campamento, donde ya se encontraba el sargento. Llamó a éste aparte y le manifestó, lo mismo que a Paulina Barnett, que el campo de hielo era completamente impracticable.

—Tal vez un hombre solo —les dijo—, sin trineo y sin bagajes, lograrse pasarlo a pie; pero una caravana... ¡imposible! Las grietas multiplícanse hacia el Este, y, en realidad, más útil nos sería una embarcación que un trineo para llegar al continente americano.

—Pues bien —dijo el sargento—, si un hombre solo cree usted que podría atravesarlo con algunas probabilidades de éxito, ¿no debiera uno de nosotros tratar de hacer el viaje para ir a buscar socorro?

—He pensado partir... —respondió Jasper Hobson.

—¡Usted, señor Jasper!

—¡Usted, mi teniente!

Este par de respuestas, simultáneas demostraron cuan inesperada era la idea del teniente y cuan inoportuna parecía a sus interlocutores. ¡Partir él, el jefe de la expedición! ¡Abandonar a los que le estaban confiados, aunque fuera en interés de ellos y para correr mayores peligros aún! ¡No!, ¡eso no era posible! Por eso Jasper Hobson no insistió.

—Sí, amigos míos —dijo entonces—, os comprendo perfectamente, y no os abandonaré. Pero es inútil también que

cualquiera de vosotros quiera hacer la tentativa. No lo lograría, sin duda; perecería en el camino y, más tarde, cuando el camino de hielo se disuelva, su cuerpo no tendría más tumba que el abismo que existe debajo de nuestros pies. Por otra parte, aun dando por supuesto que pudiese llegar a Nuevo Arcángel, ¿qué adelantaría con ello? ¿Cómo vendría a socorrernos? ¿Fletaría un buque para venir a buscarnos? Pero ese barco no podría venir hasta después del deshielo, y, pasada esa época, ¿quién es capaz de saber si habrá sido la isla Victoria arrastrada al océano Glacial o al mar de Behring?

—Tiene usted razón, mi teniente —respondió el sargento Long—. Permanezcamos unidos, y, si está escrito que hayamos de salvarnos, en un buque, la embarcación de

Mac-Nap

está en el cabo Bathurst, y, al menos, no tendremos que esperar.

Paulina Barnett había escuchado sin decir una palabra. También ella comprendía perfectamente que, puesto que no ofrecía el campo de hielo ningún paso practicable, era preciso cifrar toda esperanza en la embarcación de

Mac-Nap,

y esperar sin desmayos la época del deshielo.

—Y entonces —dijo al fin—, señor Jasper, ¿qué piensa usted hacer?

—Volver a la isla Victoria.

—Volvamos, pues, y, ¡qué el Cielo nos proteja!

Hizo reunir Jasper Hobson a todo el personal de la colonia, y le propuso volver, en vista de las circunstancias.

La primera impresión producida por la declaración del teniente no fue buena. Aquellas pobres gentes tenían tal confianza en su repatriación inmediata a través del campo de hielo, que el desengaño fue inmenso. Pero pronto reaccionaron mostrándose dispuestas a obedecer.

Jasper Hobson les dio a conocer entonces el resultado de la exploración que acababa de efectuar; manifestóles que por el Este acumulábanse insuperables obstáculos, que era materialmente imposible pasar con todo el material de la caravana, del cual no se podía prescindir en modo alguno tratándose de un viaje que debía durar varios meses.

—Tenemos en este momento todas las comunicaciones cortadas

con la costa americana —añadió—; y si nos empeñamos en seguir avanzando hacia el Este a costa de incalculables fatigas, corremos el riesgo, además, de no poder regresar a la isla, que es nuestro postrer y único refugio. Si el deshielo nos sorprende en estos parajes, estaremos perdidos sin remedio. Os he dicho la verdad toda entera, amigos míos, sin tratar de disimularla, ni tampoco de agravarla. Sé que me dirijo a personas enérgicas que saben que no soy capaz de retroceder ante los mayores peligros; y por eso mismo os repito que nos hallamos delante de un imposible.

Aquellos soldados tenían una confianza absoluta en su jefe. Conocían su valor y su energía, y cuando les aseguraba que no se podía pasar, era sin duda alguna porque el campo de hielo estaba impracticable.

El regreso al fuerte Esperanza hubo de fijarse, pues, para la mañana siguiente, y realizóse en las más tristes condiciones. El tiempo era espantoso. Violentas rachas de viento barrían la superficie del campo de hielo; llovía torrencialmente. ¡Juzgúese la dificultad de orientarse en medio de una obscuridad profunda entre aquel laberinto de icebergs!

El destacamento empleó nada menos que cuatro días y cuatro noches en recorrer la distancia que le separaba de la isla. Varios trineos y sus tiros hundiéronse en las grietas. Sin embargo, el teniente Hobson tuvo la satisfacción de no perder ninguno de sus compañeros, gracias a su abnegación y prudencia. Pero ¡cuántas fatigas y peligros, y qué porvenir tan sombrío esperaba a aquellos infelices condenados a pasar otro invierno en la isla errante!

LOS MESES DE INVIERNO



asper Hobson y sus compañeros no estuvieron de regreso en el fuerte Esperanza hasta el día 28, tras de inenarrables fatigas. Ya no podían contar más que con la embarcación, que sería imposible utilizar antes de que transcurrieran seis meses, es decir, cuando el mar hubiese quedado otra vez ubre.

La invernada dio comienzo. Se descargaron los trineos, y se guardaron los víveres en la despensa, y las ropas, los utensilios, las armas y las pieles en los almacenes. Los perros reingresaron en las perreras y los renos domesticados en sus establos.

Tomás Black tuvo que ocuparse también en su reinstalación. ¡Estaba desesperado! El infeliz astrónomo volvió a instalar sus libros y sus cuadernos en su camarote, y, más irritado que nunca contra la fatalidad que en él se ensañaba, permaneció, como antes, absolutamente extraño a cuanto en la factoría pasaba.

Bastó un día para la reinstalación general, dando comienzo en seguida aquella existencia invernal tan poco variada y que tan espantosamente monotonía hallarían los habitantes de las grandes ciudades. Los trabajos de aguja, el repaso de la ropa, y hasta la conservación de las pieles, pues tal vez fuera posible salvar alguna parte de ellas, juntamente con la observación del tiempo, la vigilancia del campo de hielo y la lectura constituían las ocupaciones y los entretenimientos cotidianos de la desdichada colonia.

Paulina Barnett lo dirigía todo y en todo se notaba su influencia. Si a veces sobrevenía una rencilla entre aquellos sufridos soldados, que tenían el carácter agriado por las penalidades presentes y las inquietudes relativas a lo porvenir, las palabras de Paulina Barnett pronto la disipaban. La viajera ejercía un gran imperio sobre aquella buena gente, aunque sólo lo explotaba en beneficio de todos.

Kalumah le había tomado cada día más afecto. Todos, por otra parte, sentían especial cariño por la joven esquimal, que se mostraba siempre dulce y servicial. Paulina Barnett se había propuesto educarla, y todos le auguraban un buen éxito, porque su discípula era verdaderamente inteligente y sentía deseos de saber. Perfeccionóla en el estudio de la lengua inglesa y le enseñó a leer y escribir. Además, en estas materias, Kalumah encontró diez maestros que se disputaban el placer de enseñarla; porque, de todos aquellos soldados educados en las posesiones inglesas o en la misma Inglaterra, no había ni uno solo que no supiese leer, escribir y al menos las cuatro reglas.

Dióse especial impulso a la construcción de la barca, la cual quedó forrada y con cubiertas antes de fin de mes. En medio de aquellas tinieblas,

Mac-Nap

y sus peones trabajaban asiduamente a la luz de sus antorchas, en tanto que los otros se ocupaban en el arreglo de los almacenes de la factoría. La estación, aunque ya muy avanzada, conservábase indecisa. El frío, muy intenso a veces, no se sostenía, lo cual debía evidentemente atribuirse a la persistencia de los vientos del Oeste.

Todo el mes de diciembre transcurrió entre lluvias y nieves, con una temperatura que osciló entre 27° y

34°

Fahrenheit (3° 33' bajo cero, y 1° 11' sobre cero del termómetro centígrado). El gasto de combustible fue bastante moderado, a pesar de no haber ninguna razón que aconsejase su economía, pues había abundantes reservas. Con la luz, por desgracia, no sucedía lo mismo. El aceite amenazaba acabarse, por lo cual decidió Jasper Hobson que no se encendiera la lámpara más que durante algunas horas del día. Practicóse un ensayo con la grasa del reno; pero el olor que despedía esta substancia era tan insoportable, que valía

más permanecer a obscuras. Suspendíanse entonces los trabajos y las horas se hacían interminables.

Presentáronse en el horizonte algunas auroras boreales y dos o tres paraselenes en las épocas de los plenilunios. Tomás Black tuvo ocasión de observar estos meteoros con minucioso cuidado; de obtener datos preciosos sobre su intensidad, su coloración, sus relaciones con el estado eléctrico de la atmósfera, su influencia sobre la aguja imantada, etc.; pero ni por un momento abandonó siquiera su cuarto. ¡Era un alma completamente extraviada!

El día 30 de diciembre pudo verse, a la claridad de la luna, que una larga línea circular de icebergs cerraba el horizonte por el Norte y el Este. Era el gran banco polar cuyas masas heladas elevábanse las unas sobre las otras. Su altura podía calcularse entre 300 y 400 pies. Aquella enorme barrera rodeaba ya la isla en los dos tercios de su circunferencia, y era muy de temer que se prolongase aún más.

El cielo permaneció sumamente despejado durante la primera semana de enero. El nuevo año de 1861 había debutado con un frío bastante intenso, bajando la columna de mercurio a 8º Fahrenheit (13º 33' centígrados bajo cero), que era la temperatura más baja de aquel extraño invierno que se había observado hasta entonces. De todos modos, el descenso era poco considerable para tan elevada latitud.

Jasper Hobson calculó nuevamente la situación de la isla, por medio de observaciones de estrellas, comprobando que no había experimentado el menor desplazamiento.

Por esta época iba a faltar el aceite, a pesar de las economías que se habían realizado; y como el sol no se dejaría ver aún hasta los primeros días de febrero, los invernantes se hallaban amenazados de quedarse en la obscuridad más completa, cuando, gracias a la joven esquimal, pudo hallarse el aceite necesario para la alimentación de las lámparas.

Era el día 3 de enero, Kalumah había ido al pie del cabo Bathurst con el fin de observar el estado de los hielos. En aquel lugar, lo mismo que en toda la parte septentrional de la isla, el campo de hielo presentábase más compacto. Los témpanos que lo constituían se hallaban más unidos, no dejando intervalos líquidos entre ellos. Su superficie, aunque muy escabrosa, aparecía toda

sólida; lo cual era debido, sin duda, a que el campo de hielo, empujado hacia el Sur por el gran banco polar, había sido fuertemente comprimido entre aquél y la isla.

Sin embargo, la joven esquimal descubrió, a falta de grietas, varios agujeros redondos perfectamente marcados en la superficie del hielo, cuyo uso conocía perfectamente. Eran agujeros de focas, es decir, que por aquellas aberturas, que no dejaban cerrar, los anfibios, presos bajo la corteza sólida, salían a respirar a la superficie y a buscar, bajo la nieve, los musgos del litoral.

Kalumah sabía que los osos, durante el invierno, pacientemente apostados cerca de estos orificios, acechaban el momento en que sale del agua el anfibio, le echan la garra, lo matan y se lo llevan. Sabía también que los esquimales, no menos pacientes que los osos, esperan del mismo modo la aparición de estos animales, los enlazan por medio de un nudo corredizo, y se apoderan de ellos sin demasiado trabajo.

Ahora bien, lo que hacían los esquimales y los osos, podían practicarlo también hábiles cazadores, y, supuesto que existían los agujeros, era señal evidente que había focas que los utilizaban; y estas focas podían suministrarles aceite, y el aceite la luz que faltaba en la factoría.

Kalumah volvió al fuerte en seguida; previno a Jasper Hobson; llamó éste a Sabine y Marbre; explicóles la joven el procedimiento que los esquimales empleaban para capturar a las focas durante el invierno, y los indujo a seguirlo.

Aún no había acabado de hablar, cuando ya tenía preparada Sabine una resistente cuerda, provista de su nudo corredizo.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, los cazadores, Kalumah y otros dos o tres soldados trasladáronse al cabo Bathurst; y, mientras las mujeres permanecían en la playa, avanzaron los hombres, arrastrándose, hasta el lugar indicado, y, provisto cada cual de una cuerda, apostáronse en acecho cada uno en las proximidades de un orificio distinto.

La espera fue bien larga. Una hora transcurrió sin que nada anunciase la aproximación de los anfibios; pero, al fin, se agitó el agua en uno de los agujeros, que Marbre vigilaba por cierto, asomando por él una cabeza armada de largos colmillos: la cabeza de una morsa. Lanzóle Marbre con maña el nudo corredizo, y tiró

de la cuerda con viveza. Acudieron en su ayuda todos sus compañeros, y, no sin bastante trabajo y a pesar de su gran resistencia, el gigantesco anfibio fue extraído del agua y arrastrado sobre el hielo, donde lo remataron a hachazos.

Aquello había sido un gran triunfo. Los habitantes del fuerte Esperanza aficionáronse a esta clase de pesca, y cogieron otras morsas por igual procedimiento, las cuales proporcionaron aceite en abundancia, que, aunque de origen animal, era de calidad muy suficiente para el entretenimiento de las lámparas, y, a partir de aquella fecha, no faltó nunca la luz a los trabajadores de ambos sexos en la sala común. El frío, entretanto, no se acentuaba, permaneciendo la temperatura soportable. Si los invernantes se hubiesen hallado sobre el sólido terreno del continente, no hubieran podido menos de felicitarse por poder pasar un invierno en tales condiciones. Hallábanse además abrigados por la gran barrera de hielos contra las brisas del Norte y del Oeste, cuya influencia no experimentaban apenas, y avanzaba el mes de enero sin que marcase el termómetro nada más que algunos grados bajo cero.

Pero precisamente el resultado de una temperatura tan benigna había sido impedir que se solidificase el mar por completo alrededor de la isla. Hasta estaba comprobado que el campo de hielo no se había consolidado en toda su extensión, y que aún existían grietas, de mayor o menor importancia, que lo hacían impracticable, toda vez que ni los rumiantes ni los animales de piel fina habían abandonado la isla. Estos cuadrúpedos se habían familiarizado y amansado de una manera increíble, hasta el extremo de que parecían formar parte del contingente de animales del fuerte.

Con arreglo a las órdenes del teniente Hobson, se respetaba a estos animales, a quienes hubiera sido absolutamente inútil matar. Sólo se derribaban los renos para procurarse carne fresca y variar el alimento ordinario; pero se dejaba tranquilos a los armiños, los lince, las martas, las ratas almizcleras, los castores y las zorras que frecuentaban sin el menor temor los alrededores del fuerte. Algunos llevaban su audacia hasta penetrar en el recinto, de donde nadie trataba de echarlos.

Las martas y las zorras presentaban un magnífico aspecto con el pelo del invierno, y algunas tenían gran valor. Estos roedores,

gracias a la benignidad de la temperatura, encontraban con facilidad el apetecido alimento vegetal debajo de la capa de nieve blanda y de poco espesor, y no tenían que vivir a expensas de las provisiones de la factoría.

Esperábase, no sin temor, que finalizase el invierno, en medio de una existencia extremadamente monótona, que Paulina Barnett procuraba variar por todos los medios posibles.

Un único incidente señaló tristemente el mes de enero. El día 7, el hijo del carpintero

Mac-Nap

fue acometido de una fiebre bien alta. Dolores de cabeza, sed ardiente, alternativas de calor y de frío pusieron en poco tiempo a la infeliz criatura en lamentable estado. ¡Juzgúese la aflicción de sus padres y de todos sus amigos! Nadie sabía lo que hacer, pues se ignoraba qué clase de enfermedad padecía; pero, por consejo de Madge, que no se desconcertaba, y que en estos achaques era un poco entendida, fue combatido el mal con tisanas refrescantes y cataplasmas. Kalumah se multiplicaba, pasando los días y las noches al lado del niño, sin que fuese posible proporcionarle un momento de reposo.

Pero, hacia el tercer día, no hubo ya duda alguna acerca de la naturaleza de la enfermedad. Una erupción característica cubrió el cuerpo del niño. Tratábase de una escarlatina de especie maligna, que necesariamente debía producir una inflamación interna.

Es raro que los niños de un año de edad se vean atacados de este mal y con tan extraordinaria violencia; pero esto no quiere decir que no suceda a veces. El botiquín del fuerte no era, desgraciadamente, muy completo; pero Madge, que había asistido a varios enfermos de escarlatina, conocía la eficacia de la tintura de belladona, y administraba cada día una o dos gotas al enfermito, adoptándose al mismo tiempo las mayores precauciones con objeto de evitar en absoluto el contacto del aire.

El niño había sido transportado a la habitación que ocupaban sus padres. La erupción no tardó en adquirir toda la fuerza, presentándosele en la lengua, en los labios y hasta en los globos de los ojos pequeñas manchas rojas, que dos días más tarde adquirieron un matiz violado, después blanco, y cayeron, por fin, convertidas en escamas.

Entonces es cuando existe mayor necesidad de redoblar la prudencia y combatir la inflamación interior delatora del carácter maligno de la enfermedad. No se descuidó un detalle, y bien puede decirse que la pobre criatura fue admirablemente cuidada. Por eso, hacia el 20 de enero, doce días después de la invasión del mal, se pudo concebir la legítima esperanza de salvarla.

Fue un júbilo general para toda la factoría, porque aquel niño era el hijo del fuerte, el hijo del regimiento. Había nacido en aquel rudo clima y en medio de aquellos valientes, que le habían bautizado con el nombre de Miguel Esperanza, y lo consideraban, en medio de tan rudas pruebas, como una especie de talismán que el Cielo no querría arrebatárles. Por lo que respecta a Kalumah, bien se puede afirmar que la muerte del niño le hubiera costado a ella la vida; pero Miguelito fue recobrando poco a poco la salud, con lo cual pareció que recobraban todos la esperanza.

En medio de tantas inquietudes, habíase llegado al 23 de enero. La situación de la isla Victoria no se había modificado lo más mínimo. La interminable noche cubría aún con su velo el océano Glacial. Durante algunos días nevó copiosamente, adquiriendo la nieve sobre el suelo de la isla y sobre el campo de hielo un espesor de dos pies.

El día 27 recibió el fuerte una visita inesperada. Hallándose de guardia en el frente del recinto los soldados Belcher y Pen, descubrieron, por la mañana, un oso gigantesco que se dirigía tranquilamente hacia el fuerte. Entraron en la sala común y advirtieron a Paulina Barnett la presencia del temible carnívoro.

—¡Ese oso no puede ser sino el nuestro! —dijo Paulina Barnett al teniente Hobson; y los dos, seguidos del sargento, de Sabine y de algunos soldados armados de fusiles, dirigieron a la poterna.

El oso se encontraba a 200 pasos y caminaba tranquilamente, sin vacilación, como si hubiese tenido un plan bien meditado.

—Lo reconozco, Kalumah —exclamó Paulina Barnett—. ¡Es tu oso!, ¡tu salvador!

—¡Oh!, ¡no matéis a mi oso! —exclamó la joven indígena.

—No lo matarán —respondió el teniente Hobson—. Amigos míos, no le causéis ningún mal, que es probable que se marche lo mismo que ha venido.

—Pero si quiere penetrar en el recinto... —dijo el sargento Long,

que tenía muy poca confianza en los sentimientos de los osos polares.

—Déjelo usted entrar, sargento —respondió Paulina Barnett—. Ese animal ha perdido toda su ferocidad. Está preso, lo mismo que nosotros, y ya sabe usted que los prisioneros...

—No se devoran entre sí —terminó Jasper Hobson—. Es muy cierto, señora; pero con la condición de que sean de la misma especie. Pero, en fin, atendiendo la recomendación de usted, le perdonaremos la vida, limitándonos a defendernos si nos ataca. Creo, sin embargo, prudente que entremos en la casa. No conviene tentar a las fieras.

Como el consejo era bueno, todos entraron en la casa, cerrando después las puertas, pero dejando abiertos los postigos de las ventanas.

De este modo fue posible observar, a través de los vidrios, los movimientos del oso. Al llegar a la poterna, que habían dejado abierta, empujó suavemente la puerta, introdujo la cabeza, examinó el interior del patio y entró. Al encontrarse en medio del recinto, pasó una minuciosa revista a todas las construcciones; dirigióse al establo y la perrera; escuchó breves instantes los gruñidos de los perros, que lo habían olfateado, y los gemidos de los renos que no se consideraban seguros; prosiguió su inspección a lo largo de la empalizada; llegó cerca de la casa principal, y vino, por último, a apoyar su enorme cabeza sobre una de las ventanas de la sala principal.

Todo el mundo retrocedió, si Hemos de hablar con franqueza; algunos soldados requirieron sus fusiles, y empezó a temer Jasper Hobson que la broma le fuera a costar cara.

Pero entonces Kalumah apoyó su dulce rostro sobre el frágil vidrio; el oso pareció reconocerla, según dijo luego ella, y, satisfecho, sin duda, con haber lanzado un estentóreo gruñido, retrocedió, dirigióse hacia la poterna, y, como pronosticó Jasper Hobson, marchóse como había venido.

En esta forma sencilla se desarrolló este incidente, que no se repitió más, volviendo a marchar todo por su curso ordinario.

Entretanto, la curación del niño avanzaba, y en los últimos días del mes había recobrado ya los colores de sus abultadas mejillas y la viveza de su inteligente mirada.

El día 3 de febrero, a eso de mediodía, un tinte pálido matizó por espacio de una hora el horizonte del Sur. Un disco amarillento dejóse ver un instante. Era el astro radiante que reaparecía por primera vez después, de la larga noche polar.

UNA ÚLTIMA EXPLORACIÓN



partir de esta fecha, el sol se fue elevando cada día más por encima del horizonte. Pero, si bien la noche interrumpióse durante algunas horas, el frío se acrecentó, como ocurre con frecuencia en febrero, y el termómetro marcó 1.4 Fahrenheit (17º centígrados bajo cero). Era la temperatura más baja que había habido durante todo aquel singular invierno.

—¿En qué época sobreviene el deshielo en estos mares? —preguntó un día la viajera a Jasper Hobson.

—En general, señora —le respondió el teniente—, no se opera la rotura de los hielos hasta los primeros días de mayo; pero el invierno ha sido tan benigno, que si no sobrevienen nuevos fríos muy intensos, podría presentarse el deshielo en los comienzos de abril; yo, al menos, así lo supongo.

—¿De suerte que tendremos que esperar dos meses todavía? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí señora, dos meses —respondió Jasper Hobson—; porque será prudente no aventurarnos con nuestra pequeña embarcación en medio de los hielos demasiado prematuramente; y abrigo la esperanza de que, para dicha época, estén a nuestro favor todas las probabilidades de éxito, sobre todo si podemos esperar el momento en que la isla se encuentre en la parte más angosta del estrecho de Behring, cuya anchura no pasa de cien millas.

—Pero ¿qué dice usted, señor Jasper? —replicó la viajera,

sorprendida al oír la respuesta del teniente—. ¿Olvida usted, por ventura, que ha sido la corriente de Kamchatka, la corriente que tira hacia el Norte, la que nos ha traído hasta aquí, y que, cuando llegue el deshielo, podrá cogernos de nuevo y arrastrarnos más lejos todavía?

—No lo espero, señora —respondió el teniente Hobson—, y hasta me atrevo a asegurar que no ocurrirá tal cosa. El arrastre de los témpanos tiene siempre lugar de Norte a Sur, ora porque la corriente de Kamchatka se invierta, ora porque los hielos tomen la corriente de Behring, ora, en fin, por cualquier otra razón que a mí no se me alcance; pero lo cierto es que los icebergs descienden invariablemente hacia el Pacífico, en donde se disuelven en sus más cálidas aguas. Pregúnteselo a Kalumah, que conoce estos parajes, y ella le dirá a usted, como yo, que el arrastre de los hielos se efectúa de Norte a Sur.

Interrogada Kalumah, confirmó las palabras del teniente. Parecía, pues, probable que la isla, arrastrada en los primeros días de abril, fuese impelida hacia el Sur como un inmenso témpano, es decir, hacia la parte más angosta del estrecho de Behring, frecuentada durante el estío por los pescadores de Nuevo Arcángel y los prácticos de la costa.

Pero, teniendo en cuenta todos los retardos posibles, y, por consiguiente, el tiempo que la isla tardaría en volver a bajar hacia el Sur, no había que soñar con llegar al continente antes del mes de mayo. Por otra parte, aunque el frío no hubiese sido intenso, la isla Victoria se habría consolidado sin duda, acrecentándose el espesor de su base de hielo, pudiéndose esperar que resistiese durante varios meses todavía. Los invernantes no tenían, pues, más remedio que armarse de paciencia, y esperar, ¡esperar siempre!

La convalecencia del niño proseguía sin retroceso. El 20 de febrero salió por primera vez después de cuarenta días de enfermedad; es decir, que lo sacaron de su cuarto al salón, donde todos le prodigaron sus caricias. Su madre, cuya intención había sido despecharlo al cumplir un año, siguió amamantándolo por consejo de Madge, y la leche materna, mezclada algunas veces con la de reno, devolvióle bien pronto las fuerzas. Se encontró con numerosos juguetes que para él habían hecho los soldados durante la enfermedad, y no hay para qué decir que fue el niño más feliz de

la tierra. Durante la última semana de febrero llovió y nevó de una manera terrible, soplando fuerte viento del Noroeste. Algunos días, la temperatura descendió lo bastante para que la nieve cayese en abundancia, sin que por ello amainase la violencia de la tempestad. Por el lado del cabo Bathurst y del gran banco de hielo, los ruidos de la borrasca eran ensordecedores. Al chocar unos con otros los icebergs, desplomábanse destrozados con estrépito semejante al del trueno. Los hielos del Norte, que se iban acumulando sobre el litoral de la isla, ejercían una presión que amenazaba derribar el mismo cabo Bathurst, que no era, en realidad, más que una especie de iceberg recubierto de tierra y arena. Algunos voluminosos témpanos, a pesar de su gran peso, fueron impelidos hasta el mismo pie de la empalizada. Por fortuna para la factoría, se mantuvo el cabo firme, preservando los edificios de un completo aplastamiento.

Fácil es comprender cuan peligrosa era la situación de la isla Victoria, a la entrada de un angosto estrecho hacia el cual se agolpaban los hielos. Podía ser barrida por una especie de avalancha horizontal, y aplastada por los témpanos que venían de alta mar, antes de sumergirse en el abismo. Era un peligro nuevo que venía a sumarse a tantos otros. Viendo Paulina Barnett la fuerza prodigiosa de la presión, y la irresistible violencia con que se amontonaban los témpanos, se dio cuenta del nuevo peligro que amenazaba a la isla con una ruina inmediata. Habló de ello varias veces al teniente Hobson, y éste sacudía la cabeza, como hombre que no tiene nada que contestar.

La borrasca amainó completamente hacia los primeros días de marzo, y pudo apreciarse entonces qué modificación tan grande había sufrido el aspecto del campo de hielo. Parecía, en efecto, como si a consecuencia de una especie de deslizamiento sobre la superficie de éste, el gran banco polar se hubiese aproximado a la isla Victoria. En ciertos puntos, no distaba arriba de dos millas, y se desplazaba como los ventisqueros, con la diferencia de que éstos descienden, en tanto que él avanzaba horizontalmente. Entre aquella elevada barrera y el litoral, el suelo, o por mejor decir, el campo de hielo, espantosamente removido, erizado de protuberancias, de agujas quebradas, de trozos derribados, de pirámides caídas, lleno de concavidades cual un mar que se hubiese congelado de súbito en medio de una tempestad espantosa, estaba

desconocido. Semejaba las ruinas de una inmensa ciudad de la que no hubiese quedado piedra sobre piedra. Sólo el alteroso banco, con su extraño perfil, destacando sobre el cielo sus conos, sus crestas fantásticas y sus picos agudos, manteníase firme y servía de espléndido marco a aquella pintoresca confusión.

Por esta época ya estaba la embarcación terminada por completo. Su forma era algo grotesca, pero hacía honor a Mac-Nap;

y, con su proa en forma de galeota, debía resistir perfectamente el choque de los hielos. Parecía una de esas barcas holandesas que se aventuran por los mares del Norte. Su aparejo, que también estaba listo, componíase, como el de las balandras, de una cangreja y un foque, sostenidos por un solo palo. Para hacer el velamen habíanse utilizado las telas de las tiendas de campaña que había en la factoría.

La embarcación podía contener cómodamente al personal de la isla Victoria, siendo evidente que si, como era de esperar, la isla embocaba en el estrecho de Behring, podía franquear fácilmente la mayor distancia que podía separarla en este caso de la costa americana. Restaba, pues, solamente esperar la llegada del deshielo.

Jasper Hobson concibió entonces la idea de emprender una excursión bastante más larga al Sur de la isla, con objeto de reconocer el estado del campo de hielo, de observar si presentaba señales de una próxima disolución, de examinar el gran banco polar, de ver, en fin, si en el estado actual del mar, seguían obstruidos aún todos los pasos hacia el continente americano. Numerosos incidentes y azares podían producirse aún antes que la ruptura de los hielos hubiera dejado el mar libre, siendo, por consiguiente, un acto de reconocida prudencia efectuar el reconocimiento propuesto. Acordada la expedición, fijóse como fecha de partida el día 7 de marzo. Componíanla el teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah, Marbre y Sabine. Convínose en que si el camino estaba practicable, se buscaría un paso a través del gran banco polar, pero que, en todo caso, los expedicionarios no prolongarían su ausencia arriba de cuarenta y ocho horas.

Preparáronse los víveres, y el pequeño destacamento, bien armado a prevención, salió del fuerte Esperanza en la mañana del día 7 de marzo e hizo rumbo hacia el cabo Miguel.

El termómetro marcaba entonces

32°

Fahrenheit, o sea cero centígrados. La atmósfera se hallaba ligeramente cubierta de brumas, pero en calma. El sol permanecía sobre el horizonte, describiendo su arco diurno, durante siete u ocho horas, y sus oblicuos rayos proyectaban una claridad suficiente sobre toda la inmensa masa que constituían los hielos.

A las nueve, después de un pequeño descanso, Jasper Hobson y sus compañeros descendían por las laderas del cabo Miguel, y avanzaban por el campo de hielo en dirección Sudoeste. Por este lado no distaba la gran barrera polar ni tres millas del cabo.

La marcha fue bastante lenta, como podrá comprenderse. A cada instante era preciso rodear bien una profunda grieta, bien un infranqueable montículo. Era evidente que ningún trineo hubiera podido aventurarse por aquel escabroso camino, formado por un amontonamiento de témpanos de todos tamaños y formas, algunos de los cuales se mantenían en pie sólo por un milagro de equilibrio. Otros se habían recientemente derrumbado, como lo demostraba la limpieza de sus secciones y lo afilado de sus aristas, que semejaban cuchillos. Por en medio de aquel laberinto no se veía una huella que delatase el paso de un hombre o de un animal. No existía ningún ser viviente en aquellas soledades que hasta los mismos pájaros habían abandonado.

Paulina Barnett preguntábase, llena de estupor, cómo, si hubiesen partido en diciembre, hubieran podido franquear aquel campo de hielos tan revueltos; pero el teniente Hobson hubo de hacerle observar que en la época expresada aquél no presentaba este aspecto. La enorme presión provocada por la gran barrera polar no se había aún producido, y habrían encontrado la superficie del campo de hielo relativamente lisa. El único obstáculo había sido la falta de solidificación. Ciertamente que el paso no estaba practicable, a consecuencia de las escabrosidades de la superficie; pero al principio del invierno no existían semejantes asperezas.

Entretanto, se iban acercando a la gran barrera de hielos, Kalumah precedía casi siempre a sus compañeros de excursión, caminando con paso seguro en medio de los témpanos como un gamo entre las rocas alpestres. Maravillaba al verla correr de aquel modo, sin vacilar jamás, sin equivocarse nunca, y seguir de un

modo instintivo el camino mejor entré aquel laberinto de icebergs. Iba, venía, gritaba y podía seguísela con toda confianza.

A eso del mediodía habían llegado a la base de la gran barrera polar; pero habían empleado nada menos que tres horas en recorrer igual número de millas.

¡Qué masa tan enorme era aquella imponente barrera, algunas de cuyas crestas se elevaban a más de cuatrocientos pies sobre el campo de hielo! Las capas que la constituían dibujábanse con gran claridad. Tintes diversos, matices de delicadeza exquisita coloreaban sus heladas paredes. Véasela a largos trechos, ya irisada, ya jaspeada, surcada por todas partes de arabescos o salpicada de luminosas lentejuelas. Ningún acantilado, por extraordinariamente bien recortado que estuviese, podría dar una idea de aquella gran barrera, opaca en unos lugares, diáfana en otros, sobre la qué la sombra y la luz producían maravillosos efectos.

Pero era preciso cuidar de no aproximarse a aquellas inestables masas, cuya solidez era muy problemática y en cuyo interior ocurrían con frecuencia desgarros acompañados de espantosos estruendos. Efectuábase un trabajo de disgregación formidable. Las burbujas de aire aprisionadas en su masa precipitaban su destrucción, y bien se echaba de ver la fragilidad de aquel edificio elevado por el frío, que no sobreviviría al invierno ártico, y que estaba destinado a convertirse en agua bajo los rayos del sol, en cantidad suficiente para alimentar varios ríos caudalosos.

El teniente Hobson previno a sus compañeros contra los peligros de las avalanchas, que a cada instante descendían de las cumbres de la gran barrera, de suerte que ya tenían buen cuidado de no aproximarse a su base. Y hacían bien en proceder con prudencia, porque, a eso de las dos, en el ángulo de un valle que se disponían a cruzar, desgajóse de una de las crestas un enorme témpano, cuyo peso no sería inferior a cien toneladas, y cayó sobre el campo de hielo con formidable estruendo. Saltó en pedazos la costra bajo aquel choque tremendo y el agua fue proyectada a gran altura. Por fortuna, a nadie alcanzaron los fragmentos del témpano, que estalló como una bomba.

Desde las dos hasta las cinco siguieron caminando por un valle sinuoso y estrecho que se internaba en la gran barrera de hielos. ¿La

atravesaba en toda su longitud? Era imposible saberlo. De esta suerte pudo ser examinada la estructura interior del gran banco polar. Los bloques que lo componían hallábanse superpuestos con mayor simetría que en su revestimiento exterior. En diferentes lugares veíanse troncos de árboles tropicales incrustados en su masa, los cuales indudablemente habían sido arrastrados por la corriente del Golfo, o Gulf-Stream, hasta las regiones árticas; y aprisionados ahora entre los hielos, volverían al océano con ellos. También se vieron varios restos y despojos de buques.

A las cinco de la tarde, la obscuridad, que era ya bastante intensa, detuvo la exploración. Habían avanzado dos millas próximamente a lo largo del valle; pero sus sinuosidades impedían evaluar la distancia recorrida en línea recta.

Jasper Hobson dio entonces la señal de alfo, y, en menos de media hora, Marbre y Sabine, armados de cuchillos para la nieve, abrieron una gruta en el macizo del hielo, donde se cobijó el destacamento; y, después de cenar, rendidos de fatiga, durmiéronse profundamente.

Al día siguiente, a las ocho, todos estaban de pie, y Jasper Hobson prosiguió el camino del valle durante media hora aún, a fin de reconocer si atravesaba el gran banco en toda su extensión. A juzgar por la situación del sol, su dirección, después de haber sido Nordeste, parecía inclinarse al Sudeste.

A las once, el teniente y sus compañeros desembocaban en la parte opuesta de la gran barrera; de suerte que no podía dudarse de que el paso existía.

Toda esta parte oriental del campo de hielo presentaba el mismo aspecto que su porción occidental. El mismo hacinamiento de bloques, el mismo erizamiento de témpanos, Los icebergs y montículos extendíanse hasta perderse de vista, separados por algunos espacios llanos, pero estrechos, y cortados por numerosas grietas cuyos bordes se hallaban ya en descomposición. Reinaba allí también la misma soledad, idéntico abandono. Ni un cuadrúpedo, ni un ave.

Paulina Barnett permaneció una hora entera en la cima de un montículo contemplando aquel paisaje polar, de tan desolado aspecto. Pensaba, a su pesar, en la marcha que intentaron cinco meses atrás. Veía en su imaginación a todo el personal de la

factoría, a toda aquella miserable caravana, perdida en medio de aquellos desiertos helados, en su tentativa de llegar al continente americano a través de tantos peligros y obstáculos.

Jasper Hobson vino, al fin, a arrancarla de sus sueños.

—Señora —le dijo—, hace más de veinticuatro horas que salimos del fuerte. Ahora ya conocemos cuál es el espesor de la gran barrera, y como hemos prometido no prolongar nuestra ausencia más de cuarenta y ocho horas, me parece que es tiempo de que retrocedamos.

Paulina Barnett fue de su misma opinión. Habíase logrado el objetivo de la expedición. La gran barrera tenía sólo un mediano espesor, de suerte que indudablemente se disolvería bien pronto, dejando en seguida paso a la embarcación construida por Mac-Nap.

Urgía, pues, el regreso, porque el tiempo podía variar y los torbellinos de nieve obstruir el valle transversal.

Almorzaron tranquilamente, y reanudaron la marcha hacia el fuerte. A las cinco, acamparon, como la víspera, en una gruta de hielo, en la que pasaron la noche, y al día siguiente, 9 de marzo, Jasper Hobson, a las ocho de la mañana, daba la señal de marcha. El tiempo era magnífico. El sol, que se elevaba en el cielo, dominaba ya las Crestas de la gran barrera, y lanzaba algunos rayos a través del valle. Jasper Hobson y sus compañeros los recibían por la espalda, pues marchaban hacia el Oeste; mas sus ojos percibían el resplandor de los rayos reflejados por las paredes de hielo que ante ellos se estre cruzaban.

Paulina Barnett y Kalumah caminaban un poco a retaguardia, conversando, observándolo todo y siguiendo los estrechos pasos indicados por Sabine y por Marbre. Abrigaban la esperanza de haber concluido de atravesar el gran banco a mediodía y recorrido las tres millas que los separaban de la isla Victoria antes de la una o las dos. De este modo estarían los excursionistas de regreso en el fuerte a eso de la puesta del sol, y estas escasas horas de retraso no llegarían a causar excesiva inquietud a sus compañeros.

Pero no contaban con un incidente que el hombre más perspicaz no habría podido prever.

Serían próximamente las diez, cuando Marbre y Sabine, que marchaban a vanguardia, detuviéronse, discutiendo, al parecer. Al

llegar a su altura el teniente, Paulina Barnett y la joven indígena vieron que Sabine mostraba la brújula que tenía en la mano a su compañero, y el cual la contemplaba asombrado.

—¡He aquí una cosa extraña! —exclamó, dirigiéndose al teniente Hobson—. ¿Me dirá usted, mi teniente, hacia qué lado demora nuestra isla con relación al gran banco? ¿Al Este o al Oeste?

—Al Oeste —respondió Jasper Hobson, bastante sorprendido por semejante pregunta—; bien lo sabe usted, Marbre.

—¡Bien lo sé!... ¡bien lo sé!... —respondió Marbre moviendo la cabeza—. ¡Pero, entonces, si demora al Oeste, vamos por camino falso y nos alejamos de ella!

—¡Cómo!, ¡qué nos alejamos de la isla! —exclamó el teniente, algo desconcertado por el tono de firmeza con que el cazador se expresaba.

—Sin duda, mi teniente —respondió Marbre—; consulte usted la brújula, y que pierda hasta el nombre que tengo si no indica que caminamos hacia el Este y no hacia el Oeste.

—¡No es posible! —dijo la viajera.

—¡Mírelo usted misma, señora! —repuso Sabihe.

En efecto, la aguja imantada señalaba el Norte en una dirección absolutamente opuesta a la en que se suponía que se hallaba. Jasper Hobson reflexionó y se abstuvo de contestar.

—Es preciso que nos hayamos equivocado esta mañana al abandonar nuestra gruta —dijo Sabine—. Habremos tomado la izquierda en lugar de tomar hacia la derecha.

—¡No! —exclamó Paulina Barnett—; ¡eso sí que no es posible! ¡No nos hemos engañado!

—Pero... —dijo entonces Marbre.

—Pero mire usted el sol —le interrumpió la viajera—. ¿Acaso no sale ahora por Oriente? Pues si sigue saliendo por Oriente, y lo hemos recibido de espalda durante toda la mañana y lo seguimos recibiendo aún del mismo modo, es evidente que caminamos hacia el Oeste. Por tanto, como la isla se encuentra al Oeste, la hallaremos al salir de este valle, en la parte occidental del gran banco.

Estupefacto Marbre al oír este argumento, contra el que no tenía ninguna objeción que oponer, cruzóse de brazos.

—Muy bien —dijo Sabine—; pero entonces la brújula y el sol están en completa contradicción.

—Sí, en este momento al menos —respondió Jasper Hobson—. La explicación es sencilla; en las altas latitudes boreales, y en los parajes cercanos al polo magnético, sucede algunas veces que las brújulas se perturban, ofreciendo su aguja indicaciones absolutamente falsas.

—En ese caso —dijo Marbre—, ¿debemos proseguir nuestra ruta volviendo la espalda al sol?

—Sin duda de ningún género —respondió el teniente Hobson—. Me parece que entre el sol y la brújula no es dudosa la elección. ¡El sol jamás se altera!

El argumento era de los que no tienen réplica, y se reanudó la marcha caminando de espaldas al sol.

Él pequeño destacamento avanzó a través del valle; pero tardaron en atravesarlo más tiempo del calculado. Jasper Hobson contaba con haberlo franqueado antes de mediodía, y eran más de las dos cuando llegaron, por fin, a su desembocadura.

Inquietóle no poco este inexplicable retraso; pero ¡júzguese de su asombro y el de sus compañeros, cuando, al sentar el pie sobre el campo de hielo que se extendía al pie de la gran barrera, no vieron la isla Victoria, que debía encontrarse frente a ellos!

¡No! ¡La isla, perfectamente reconocible por aquel lado, gracias a los árboles que coronaban el cabo Miguel, no estaba allí! En su lugar se extendía una inmensa llanura de hielo, bañada hasta perderse de vista, por los rayos solares, que pasaban por encima de la gran barrera.

El teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah y los dos cazadores se miraban los unos a los otros asombrados.

—¡La isla debía estar ahí! —exclamó Sabine.

—¡Y no está! —respondió Marbre—. Mi teniente, ¿qué habrá sido de ello?

Paulina Barnett, por completo atolondrada, no sabía qué responder. Jasper Hobson no desplegó los labios.

En aquel momento, Kalumah aproximóse al teniente, y, tocándole en el brazo, le dijo:

—Nos hemos extraviado en el valle, caminando en sentido inverso, y por eso nos hallamos ahora en el mismo lugar donde estábamos ayer, cuando atravesamos por primera vez la gran barrera de hielos. ¡Venga usted! ¡Venga usted!

Y, maquinalmente, por decirlo así, el teniente Hobson, Paulina Barnett, Marbre y Sabine, fiándose del instinto de la joven indígena, dejáronse guiar por ella, penetrando de nuevo en el estrecho desfiladero, y volviendo sobre sus pasos. Las apariencias, no obstante, estaban contra Kalumah, a juzgar por la posición del sol.

Pero la joven no se había explicado, contentándose con decir, sin dejar de caminar:

—¡Vamos! ¡Vamos de prisa!

El teniente, la viajera y sus compañeros estaban extenuados y apenas podían arrastrarse, cuando, llegada la noche, después de tres horas de marcha se encontraron al otro lado del gran banco. La oscuridad impedía ver si la isla estaba allí; pero no duró su incertidumbre mucho tiempo.

En efecto, a algunos centenares de pasos veíanse sobre el campo de hielo antorchas encendidas que caminaban en todos sentidos, y en el aire resonaban algunos tiros. Los llamaban, sin duda.

Contestaron a estas señales los expedicionarios, y pronto se unieron a ellos el sargento Long, Tomás Black, a quien la inquietud por la suerte de sus amigos había hecho que, al fin, sacudiese su apatía, y algunos otros más. La pequeña colonia había experimentado gran zozobra, suponiendo, como en realidad había ocurrido, que Jasper Hobson y sus compañeros se habrían extraviado al tratar de regresar a la isla.

Y, ¿por qué temieron esto los que habían permanecido en el fuerte Esperanza?

Porque desde veinticuatro horas antes el inmenso campo de hielo y la isla que de él formaban parte habíanse desplazado, girando sobre su eje 180º, y como consecuencia de este desplazamiento, no era en lo sucesivo al Oeste, sino al Este de la gran barrera donde había que buscar la isla errante.

EL DESHIELO



Los horas más tarde entraban todos de nuevo en el fuerte Esperanza. Al siguiente día, 10 de marzo, el sol alumbró primero aquella parte del litoral que antes formaba la porción occidental de la isla. El cabo Bathurst apuntaba ahora al Sur, en vez de señalar, como hasta entonces, al Norte. La joven Kalumah, que conocía este fenómeno, había tenido razón; y si el sol no se había equivocado, la brújula tampoco había sufrido error.

Así, pues, la orientación de la isla Victoria habíase alterado de nuevo y de un modo más completo. Desde el momento en que se desprendió de la costa americana, había dado media vuelta sobre sí misma, juntamente con el campo de hielo que la rodeaba. Este movimiento sobre su propio eje demostraba que el campo de hielo no se hallaba ya ligado al continente, que se había desprendido del litoral, y que, por consiguiente, el deshielo no tardaría en presentarse.

—En todo caso —dijo el teniente Hobson a Paulina Barnett—, este cambio de frente tiene forzosamente que sernos favorable. El cabo Bathurst y el fuerte Esperanza se han vuelto ahora hacia el Sur, es decir, hacia el punto más próximo al continente, y ahora, la gran barrera de hielos, que sólo habría dejado un paso difícil y estrecho a nuestra embarcación, no se interpone ya entre el continente americano y nosotros.

—¿De suerte que todo va bien? —preguntó Paulina Barnett,

sonriendo.

—Todo va bien, señora —respondió Jasper Hobson que había acertadamente advertido las consecuencias del cambio de orientación de la isla.

Del 10 al 21 de marzo no ocurrió ningún incidente; pero ya empezó a presentirse la llegada de la nueva estación. Manteníase la temperatura entre 43° y

53°

Fahrenheit (6° y 10° centígrados sobre cero). La rotura de los hielos tendía a hacerse de una manera súbita bajo la influencia del deshielo. Abríanse nuevas grietas, por las que se precipitaba el agua, que se esparcía sobre la superficie del campo. Según la expresión de los balleneros, estas grietas eran otras tantas heridas por las que se desangraba el campo de hielo. El estruendo de los tímpanos al quebrarse recordaba las detonaciones de la artillería de grueso calibre. Una lluvia bastante templada que cayó durante varios días contribuyó a activar el deshielo de la superficie del mar.

Las aves que habían abandonado la isla errante al comienzo del invierno, empezaron a regresar a ella en gran número. Marbre y Sabine mataron no pocas de ellas, algunas de las cuales traían aún en el cuello el mensaje que el teniente y la viajera confiáranles algunos meses atrás. Volvieron a verse también bandadas de cisnes blancos que atronaban el aire con sus ruidosas trompetas. En cuanto a los cuadrúpedos, carnívoros y roedores, seguían frecuentando, como de costumbre, las proximidades de la factoría como verdaderos animales domésticos.

Todos los días, a no ser que lo, privase el estado del firmamento, tomaba el teniente Hobson varias alturas de sol. A veces Paulina Barnett, que se había hecho muy hábil en el manejo del sextante, le ayudaba o reemplazaba en estas observaciones. Era de suma importancia, en efecto, conocer las más insignificantes alteraciones que experimentasen la latitud o longitud de la isla. La grave cuestión de las dos corrientes estaba siempre pendiente, e importaba mucho saber si, después del deshielo, sería arrastrada la isla hacia el Norte o hacia el Sur, siendo ésta la constante preocupación de Jasper Hobson y Paulina Barnett.

Conviene advertir que esta valerosa mujer daba siempre muestras de una energía muy superior a su sexo. Sus compañeros

veíanla desafiar las fatigas, los temporales, las lluvias y las nieves, realizando reconocimientos en diversos lugares de la isla, aventurándose a través del campo de hielo, ya casi descompuesto, y empuñando después, a su regreso, las riendas de la casa, y prodigando sus cuidados y consejos, secundada siempre activamente por Madge.

Paulina Barnett había contemplado cara a cara y con sereno valor el porvenir, no dejando jamás traslucir los temores que de vez en cuando la asaltaban y ciertos presentimientos que no podía alejar de su alma. Seguía siendo la mujer animosa y confiada que el lector conoce ya, y nadie hubiera sido capaz de adivinar bajo su constante buen humor las vivas preocupaciones que sin cesar la asaltaban. Jasper Hobson sentía por ella una admiración sin límites.

Tenía también en Kalumah una entera confianza, y solía guiarse a menudo por el instinto natural de la joven, de la misma manera que el cazador se guía por el instinto de su perro. Kalumah, que era inteligente además, se hallaba familiarizada con todos los incidentes y fenómenos de las regiones polares. A bordo de un ballenero habría reemplazado con ventaja al *ice-master*, ese piloto a quien se confía especialmente la dirección de la nave a través de los hielos. Kalumah iba diariamente a reconocer el estado del campo de hielo, y el ruido sólo de los icebergs que a lo lejos se rompían, dábale a conocer los progresos de la descomposición. Jamás, por otra parte, pie más seguro que el suyo habíase posado sobre el hielo. El instinto decíale cuándo éste, carcomido por su parte inferior, presentaba un punto de apoyo demasiado frágil, y por eso caminaba sin vacilación alguna a través del campo de hielo completamente agrietado.

Del 20 al 30 de marzo hizo el deshielo extraordinarios progresos. Llovió con abundancia, circunstancia que facilitó y activó la disolución de los témpanos. Era de esperar que en breve se dividiera el campo de hielo, y tal vez no transcurriesen quince días sin que el teniente Hobson, aprovechando las aguas libres, pudiese lanzar su buque a través de los hielos. No era hombre que vacilase, y mucho menos cuando existía el temor de que la isla pudiese ser arrastrada hacia el Norte, a poco que la corriente de Kamchatka dominase la de Behring.

—Pero eso no es de temer —decía con frecuencia Kalumah—. Los témpanos de hielo no suben jamás hacia el Norte, sino que

descienden hacia el Sur, que es donde está el peligro. ¡Allí precisamente! —añadía, señalando con la mano hacia el lugar por donde se extendía el inmenso océano Pacífico.

Kalumah lo aseguraba de un modo terminante. Jasper Hobson conocía su opinión bien firme y decidida sobre este particular, pero estaba tranquilo; porque no consideraba como un peligro que la isla fuese a perderse en las aguas del Pacífico. Antes que esto ocurriese, todo el personal de la factoría habríase embarcado a bordo de su embarcación, y el trayecto que tendrían que recorrer para llegar a uno de los dos continentes sería necesariamente corto, toda vez que el estrecho forma un verdadero embudo entre el cabo Oriental, en la costa asiática, y el del Príncipe de Gales, en la americana.

Así, pues, se comprenderá fácilmente con qué atención sería preciso vigilar los menores movimientos de la isla, y la necesidad de determinar su situación diariamente, a menos que lo privase el estado del firmamento. A partir de aquella época, el teniente y sus compañeros adoptaron todas las precauciones necesarias en previsión de un embarque próximo y tal vez precipitado.

Como es de suponer, los trabajos especiales relativos a la explotación de la factoría, tales como la caza, el cuidado de las trampas, etc., fueron abandonados por completo. Los almacenes estaban abarrotados de pieles, la mayoría de las cuales no se podrían salvar. Holgaban, pues, cazadores y laceros. En cuanto al maestro carpintero y sus peones, habían acabado la embarcación, y, en tanto no llegaba el momento de botarla al agua, cuando el mar estuviese libre, ocupáronse en consolidar la casa principal del fuerte que, durante el deshielo, se vería expuesta tal vez a sufrir una presión considerable por parte de los témpanos del litoral, si el cabo Bathurst no les oponía un obstáculo suficiente. Aplicáronse a las paredes fuertes puntales de madera, y en el interior de las habitaciones instaláronse verticalmente varios pies derechos con objeto de multiplicar los puntos de apoyo de las vigas del techo. La casa, cuyas partes firmes fueron reforzadas por medio de jabalcones y arbotantes, quedó entonces en estado de resistir grandes pesos, porque había quedado, por decirlo así, blindada. Estos diversos trabajos dieron fin en los primeros días de abril, y pronto hubo ocasión de comprobar no sólo su utilidad, sino su oportunidad.

Entretanto, los síntomas de la nueva estación hacíanse cada día

más patentes. Aquella primavera era singularmente precoz, porque sucedía a un invierno extraordinariamente benigno para las regiones polares. Ya aparecían en los árboles algunos tímidos brotes, y la corteza de los salces, abedules y madroños hinchábanse en muchos sitios al impulso de la savia deshelada. Los musgos matizaban de color verde pálido las laderas de las colinas bañadas por el sol; pero no producirían muy abundante cosecha, porque los roedores, apiñados en las proximidades del fuerte y ávidos de alimento, apenas los dejaban brotar.

Si alguien en aquellos momentos sintióse desgraciado, fue sin disputa alguna el cabo Joliffe, encargado, como es sabido, de cuidar los plantíos de su esposa. En otras circunstancias, sólo habría tenido que defender contra los picos de los pájaros sus sembrados de acederas y coclearias. Un simple maniquí hubiera bastado para espantar a las voraces aves, y con mayor razón el mismo cabo; pero, ahora, conjurábanse con aquéllas todos los roedores y rumiantes de la fauna ártica. El invierno no les había alejado; el instinto del peligro reteníales en las proximidades de la factoría y los renos, las liebres polares, las ratas almizcleras, musarañas, martas, etc., se burlaban de las amenazas del cabo Joliffe. El pobre hombre no podía atender a todo, y, mientras defendía un extremo de su sementera, le devoraban el otro.

Es cierto que hubiera sido mucho más acertado el abandonar a aquellos numerosos enemigos una cosecha que no sería posible utilizar, toda vez que la factoría tendría que ser abandonada antes de poco, siendo éste también el consejo que daba la viajera al terco cabo cuando a cada momento venía a lamentarse con ella; pero él no pasaba por eso.

—¡Tanto trabajo perdido! —repetía—. ¡Abandonar un establecimiento como éste, cuando empieza a dar su fruto! ¡Sacrificar estos plantíos que mi mujer y yo hemos sembrado!... ¡Ah, señora! ¡A veces me salta la idea de dejarla a usted partir, en compañía de los otros, y de quedarme aquí con mi esposa! Tengo la seguridad de que la Compañía no tendría inconveniente en cedernos esta isla que se halla en tan próspero estado...

Al escuchar semejante sarta de despropósitos, Paulina Barnett no podía contener la risa, y enviaba al cabo con su esposa, quien había hecho desde mucho tiempo atrás dejación de sus acederas,

coclearias y demás antiescorbúticos en lo sucesivo inútiles.

Conviene añadir aquí que la salud de todos los invernantes, hombres y mujeres, era excelente. Las enfermedades, al menos, habíanles respetado. Hasta el niño se había repuesto del todo y se desarrollaba de un modo maravilloso bajo el benéfico influjo de la primavera.

Durante los días 2, 3, 4 y 5 de abril continuó el deshielo francamente. El calor era sensible, pero el tiempo estaba cubierto. Llovía con frecuencia a gruesas gotas. El viento soplaba del Sudoeste y venía cargado de las cálidas moléculas del continente. Pero con la atmósfera cargada de brumas fue imposible realizar ninguna observación. A través de tan opaca cortina no era posible ver el sol, ni la luna, ni las estrellas; circunstancia lamentable, pues importaba mucho observar los menores movimientos de la isla Victoria.

En la noche del 7 al 8 de abril fue cuando puede decirse que comenzó verdaderamente el deshielo. Por la mañana, el teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah y el sargento Long trasladáronse a la cumbre del cabo Bathurst, y observaron cierta modificación en la gran barrera polar, la cual se había partido casi por su centro, y formaba dos partes distintas, pareciendo como si la porción superior tratase de elevarse hacia el Norte.

¿Sería, por ventura, la influencia de la corriente de Kamchatka que se dejaba sentir? ¿Iba a tomar la isla errante aquella dirección? Fácil es adivinar cuan terribles serían las inquietudes del teniente y sus compañeros. Su suerte podía decidirse en pocas horas, porque, si la fatalidad les arrastraba hacia el Norte, algunos centenares de millas más, costaríales gran trabajo llegar al continente en una embarcación tan pequeña como era la de ellos.

Por desgracia, no tenían los invernantes medio alguno de apreciar el valor y la naturaleza del desplazamiento que se estaba produciendo. Sin embargo, se pudo comprobar que la isla no se movía aún, por lo menos en la misma dirección que el gran banco, toda vez que el movimiento de éste era sensible. Parecía, pues, probable que una parte del campo de hielo se había separado y subía hacia el Norte, en tanto que el que envolvía la isla permanecía estacionado.

Por lo demás, este desplazamiento de la alta barrera de hielos no

había modificado en modo alguno las ideas de la joven esquimal. Kalumah sostenía que el arrastre de los témpanos se efectuaría hacia el Sur, y que el gran banco mismo no tardaría en experimentar la influencia de la corriente de Behring. Dibujó con una ramita en la arena la disposición del estrecho, a fin de que la comprendiesen mejor, y, después de haber trazado la dirección de la expresada corriente, afirmó que, al seguirla la isla, se aproximaría a la costa americana. No hubo forma de hacer que se apease de esta idea, y, verdaderamente, renacía la confianza al oír a la inteligente indígena expresarse con tan gran convencimiento.

Esto no obstante, los días 8, 9 y 10 de abril parecieron quitar la razón a Kalumah; porque, durante ellos, la porción septentrional del gran banco se alejó más y más hacia el Norte. El deshielo se operaba en gran escala y con grandísimo estrépito. La dislocación efectuábase en todos los puntos del litoral con ensordecedor estruendo. Era materialmente imposible entenderse al aire libre. Resonaban incesantemente formidables detonaciones, comparables a las continuas descargas de potente y numerosa artillería. A media milla de la playa, en todo el sector dominado por el cabo Bathurst, comenzaban a elevarse ya los témpanos los unos sobre los otros. El gran banco se había quebrado ya entonces en pedazos numerosos que formaban otras tantas montañas y se dirigían hacia el Norte. Por lo menos, éste era el movimiento aparente de los icebergs. Jasper Hobson, sin decírselo a nadie, sentía cada vez más inquietud, sin que le tranquilizasen las manifestaciones de Kalumah. Hacíale constantes objeciones, que la esquimal refutaba con gran convencimiento. Por fin, en la mañana del día 11 de abril, mostró el teniente a Kalumah los últimos icebergs que iban a desaparecer por el Norte, y acosóla de nuevo con argumentos que los hechos hacían al parecer irrefutables.

—¡Pues, no!, ¡no! —respondió la joven, más convencida que nunca—. ¡No!, ¡no es el gran banco el que se remonta hacia el Norte! ¡Somos nosotros los que descendemos hacia el Sur!

¡Quién sabe si tendría razón Kalumah!

Respuesta tan categórica sorprendió a Jasper Hobson extraordinariamente. Era, en efecto, posible que el desplazamiento del gran banco fuese sólo aparente, y que, por el contrario, la isla Victoria, arrastrada por el campo de hielo, navegase a la deriva

hacia el estrecho. Empero aunque esta deriva existiese, no podía ser comprobada, ni había medio de apreciar su importancia, porque no era posible calcular las coordenadas geográficas del lugar en que se hallaban.

En efecto, el tiempo no sólo se mantenía cubierto e impropio para toda clase de observaciones astronómicas, sino que, por desgracia, un fenómeno peculiar de las regiones polares obscureció la atmósfera aún más, restringiendo en absoluto el campo de la visión.

En el preciso momento del deshielo, había descendido la temperatura varios grados, y una niebla muy densa no tardó en envolver todos aquellos parajes del océano Glacial; pero no una niebla ordinaria. La superficie del suelo cubrióse de una costra blanca muy distinta de la escarcha, que no es más que un vapor acuoso que se congela después de su precipitación. Las partículas sutiles que componían esta niebla adheríanse a los árboles, a los arbustos, a las paredes del fuerte, a todo lo que sobresalía, formando en poco tiempo sobre todos estos objetos una espesa capa erizada de fibras prismáticas o piramidales, cuyas puntas hallábanse orientadas en la dirección del viento.

Jasper Hobson reconoció en seguida este meteoro cuya aparición han observado con frecuencia balleneros e invernantes en las regiones polares al llegar la primavera.

—No es niebla —dijo a sus compañeros—, es un *frost-rime*, un humo helado, un vapor denso que se mantiene en estado de absoluta congelación.

Pero, niebla o humo helado, no era menos lamentable la aparición de este meteoro; porque ocupaba una altura de cien pies, por lo menos, sobre el nivel del mar, y era su opacidad tan completa, que, a tres pasos de distancia, no podían distinguirse dos personas.

Grande fue la contrariedad que experimentaron los invernantes. Parecía como si la Naturaleza no hubiera querido ahorrarles ninguna penalidad. En el momento mismo en que se producía el deshielo, en que iba la isla errante a quedar libre de los lazos que la encadenaban desde tantos meses atrás, y en que sus movimientos debían ser vigilados con mayor escrupulosidad, venía aquella niebla a impedir toda observación.

Este estado de cosas prolongóse durante cuatro días. La *frost-rime* no se disipó hasta el día 15 de abril, durante cuya mañana la desgarró, aniquilándola, una fuerte brisa del Sur.

El sol volvió a brillar. Jasper Hobson requirió sus instrumentos; tomó una serie de alturas, y halló que la situación de la isla errante era la siguiente:

Latitud: 69° 57'.

Longitud: 179° 33'.

Kalumah tenía razón. La isla Victoria, arrastrada por la corriente de Behring, derivaba hacia el sur.

LA AVALANCHA



Los invernantes se aproximaban, por fin, a parajes más frecuentados del mar de Behring. Ya no existía el temor de ser arrastrados hacia el Norte; restaba sólo vigilar los movimientos de la isla, y calcular su velocidad, que, habida cuenta de los obstáculos existentes, debía ser muy desigual. De ello se encargó Jasper Hobson, que tomaba alternativamente alturas de estrellas y de sol. Al día siguiente, 16 de abril, después de la observación, calculó que si la velocidad de la isla se mantenía uniforme, llegarían a principios de mayo al círculo polar, del que sólo distaban cuatro grados.

Era de suponer que la isla entonces, empeñada en la parte más angosta del estrecho, permanecería estacionaria hasta que el deshielo le dejase el paso franco, momento que se aprovecharía para botar al mar la embarcación y embarcarse con rumbo al continente americano.

Sabido es que, gracias a las precauciones adoptadas, todo estaba preparado para un embarque inmediato.

Los habitantes de la isla esperaron, pues, con más impaciencia, y, sobre todo, con más confianza que nunca. Después de haber soportado tan espantosas pruebas, sentían que se acercaba el desenlace de aquel horrible drama, y que pasarían tan cerca de una de las dos costas, que nada les podría impedir el desembarcar en ellas dentro de algunos días.

Esta dulce perspectiva reanimó los corazones y almas de los invernantes, los cuales recuperaron la alegría natural que las penalidades sufridas habían alejado de ellos. Volvió el júbilo a imperar en las comidas, con tanta mayor razón cuanto que no faltaban los víveres, ni había que economizarlos; al contrario. Además, la influencia de la primavera hacía sentir, y todos aspiraban con verdadera embriaguez las brisas más templadas que traía la nueva estación.

Durante los días inmediatos, realizáronse numerosas excursiones al interior de la isla y por su litoral. Ni los animales dotados de pieles valiosas, ni los rumiantes, ni los carnívoros podían pensar en abandonarla, porque separado ya de la costa americana el campo de hielo que la rodeaba, como lo demostraba su movimiento de deriva, no les habría permitido llegar hasta el continente.

Ni en la isla, ni en los cabos Esquimal y Miguel, ni en ninguna otra porción del litoral habíase producido ningún cambio, como tampoco en el interior, ni en los bosques ni en las orillas del lago. La gran brecha que se abría junto al cabo Miguel durante la tempestad, habíase cerrado por completo durante los fríos del invierno, no viéndose ninguna otra grieta en toda la superficie de la isla.

Durante estas excursiones divisáronse manadas de lobos que recorrían en tropel las diversas regiones de la isla. De toda su varia fauna, estos feroces carnívoros eran los únicos a quienes el sentimiento de un peligro común no había familiarizado con los hombres.

Volviéron a ver varias veces al salvador de Kalumah. El digno oso paseábase melancólicamente por las desiertas llanuras, deteniéndose cuando los exploradores pasaban. Algunas veces seguía los hasta el fuerte, convencido de que nada tenía que temer de aquellas valerosas gentes a quienes no diera motivo para que le guardasen rencor.

El día 20 de abril comprobó Jasper Hobson que la isla no había suspendido su movimiento de deriva hacia el Sur. Los restos de la gran barrera, es decir, los icebergs de su parte sur, la seguían en su desplazamiento; pero no disponían de puntos de referencia, de suerte que no había medio de comprobar los cambios de posición más que por las observaciones astronómicas.

Jasper Hobson mandó practicar varias sondas en diversos lugares de la isla, y muy en especial al pie del cabo Bathurst y en las orillas del lago, a fin de averiguar cuál era el espesor de la capa de hielo que soportaba la tierra vegetal, comprobándose por este medio que el indicado espesor no había aumentado nada durante el invierno, y que el nivel de la isla sobre la superficie del mar tampoco había sufrido alteración; de lo cual se dedujo que era preciso abandonar cuanto antes aquel frágil suelo que se disolvería rápidamente tan pronto como lo bañasen las aguas más calientes del Pacífico.

Por esta época, el día 25 de abril, alteróse nuevamente la orientación de la isla. El movimiento general de todo el campo de hielo se verificó de Este a Oeste, siendo su amplitud de un cuarto y medio de circunferencia. El cabo Bathurst proyectó desde entonces su punta hacia el Noroeste. Los últimos restos de la gran barrera polar cerraban entonces el horizonte del Norte, quedando así demostrado que el campo de hielo se movía libremente en el estrecho sin tocar a ninguna costa.

El momento fatal se aproximaba. Las observaciones diurnas y nocturnas daban con exactitud la situación de la isla, y, por lo tanto, la de todo el campo de hielo. El día 30 de abril navegaba todo el conjunto por el través de la bahía de Kotzebue, amplia escotadura triangular que muerde profundamente la costa americana, en cuya parte sur se alza el cabo del Príncipe de Gales, que detendría, tal vez, a la isla errante si no embocaba el estrecho por su centro exactamente.

El tiempo era magnífico, marcando con frecuencia el termómetro

50°

Fahrenheit (10° centígrados sobre cero). Los invernantes habíanse despojado, hacía ya varias semanas, de sus vestidos de invierno, y se encontraban siempre dispuestos para emprender la marcha. El astrónomo Tomás Black, había ya acondicionado en la embarcación que seguía en el astillero, su equipaje de sabio: sus instrumentos y libros. Habíanse embarcado también una buena cantidad de provisiones, juntamente con algunas de las pieles de más precio.

Una muy minuciosa observación, hecha el día 2 de mayo, dio a conocer que la isla Victoria tenía cierta tendencia a dirigirse hacia

el Este, es decir, hacia el continente americano. Era ésta un circunstancia feliz, porque, como es sabido, la corriente de Kamchatka lame el litoral asiático; de suerte que, de este modo, desaparecería el peligro de ser arrastrados por ella. ¡La suerte se declaraba, por fin, a favor de los invernantes!

—Creo que nuestro hado adverso se ha cansado, señora —dijo el sargento Long a la viajera—. Me parece que se aproxima el término de nuestras desgracias, y que, en lo sucesivo, debemos rechazar todo recelo.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—, también lo creo yo así, sargento Long, y considero una suerte el queuviésemos que renunciar, hace unos meses, al viaje que emprendimos a través del campo de hielo. La Providencia protegiónos, sin duda, haciéndolo impracticable.

Paulina Barnett tenía razón al expresarse así; porque, ¡cuántos peligros y obstáculos entorpecían el camino durante los meses de invierno! ¡Qué de fatigas en medio de la larga noche ártica, y a 600 millas de la costa!

El día 5 de mayo, Jasper Hobson anunció a sus compañeros que la isla Victoria acababa de cortar el círculo polar ártico, penetrando de esta suerte en la zona del esferoide terrestre que el sol no abandona jamás, ni aun durante los días de su mayor declinación austral. Pareció a los invernantes que entraban nuevamente en el mundo habitado.

Aquel día se bebieron buenos tragos, festejando el acontecimiento de haber cortado el círculo polar, como se celebra en los buques la primera vez que éstos cortan la línea equinoccial.

En lo sucesivo, sólo habría que esperar el momento de que los hielos, dislocados y medio fundidos, pudiesen dejar paso a la embarcación que había de conducir a su bordo a toda la colonia.

Durante el día 7 de mayo experimentó la isla otro cambio de orientación de un octavo de circunferencia. El cabo Bathurst señalaba ahora al Norte, teniendo delante de sí las masas que aún quedaban en pie del gran banco polar. Había recuperado, pues, la orientación que le asignaban las cartas geográficas cuando aún formaba parte del continente americano. La isla había dado una vuelta completa sobre su propio eje, habiendo el sol levante saludado sucesivamente todos los puntos de su litoral.

La observación del día 8 de mayo dio a conocer también que la isla se hallaba inmovilizada, aproximadamente en el centro del estrecho, a menos de 40 millas del cabo del Príncipe de Gales; de suerte que la tierra estaba a corta distancia, y la salvación de todos parecía asegurada.

Ya bien obscurecido, celebróse una espléndida cena en el salón, brindándose al final por el teniente Hobson y por Paulina Barnett.

Aquella misma noche decidió Jasper Hobson ir a observar las alteraciones que se hubieran podido producir al Sur del campo de hielo, donde tal vez existiera algún canal practicable.

Quiso Paulina Barnett acompañar al teniente en esta expedición; pero obstinóse este último en que se quedase en el fuerte, y partió con sólo el sargento. Resignóse la viajera, y regresó a la casa principal con Madge y Kalumah. Los soldados y las mujeres, por su parte, retiráronse a descansar a sus alojamientos respectivos, instalados, como ya se sabe, en el edificio contiguo.

La noche era hermosísima. En ausencia de la luna, brillaban las constelaciones con magnífico resplandor. Una especie de luz extremadamente difusa, reflejada por el campo de hielo, alumbraba ligeramente la atmósfera y aumentaba el alcance de la vista. El teniente Hobson y el sargento Long, al abandonar el fuerte, dirigieron hacia la porción del litoral comprendido entre el puerto Barnett y el cabo Miguel. Ambos exploradores caminaron por la playa durante dos o tres millas. Mas ¡qué aspecto presentaba todavía el campo de hielo!, ¡qué confusión!, ¡qué caos! Imagínese una inmensa concreción de cristales caprichosos, un más súbitamente congelado en el preciso momento en que el huracán más lo agita. Sin embargo, los hielos no dejaban aún paso libre ninguno, siendo imposible que una embarcación pudiera navegar entre ellos.

Jasper Hobson y el sargento Long, conversando y observándolo todo, permanecieron en la playa hasta medianoche; y, viendo que todo seguía en el mismo estado, decidieron regresar al fuerte Esperanza, a fin de descansar ellos también algunas horas.

Habían andado apenas un centenar de pasos, y se encontraban ya en el antiguo cauce del desaparecido río Paulina, cuando les detuvo un ruido inesperado, algo así como un trueno lejano que se hubiese producido en la parte septentrional del campo de hielo. Su

intensidad creció rápidamente y alcanzó en poco tiempo formidables proporciones. Algún poderoso fenómeno ocurría indudablemente en aquellos parajes, y, detalle poco tranquilizador ciertamente, Jasper Hobson creyó notar que el suelo de la isla temblaba bajo sus pies.

—¡Ese ruido procede del banco polar! —dijo el sargento Long—. ¿Qué sucede?

Jasper Hobson no respondió, y, lleno de inquietud, arrastró hacia el litoral a su compañero.

—¡Al fuerte!, ¡al fuerte! —exclamó—. ¡Tal vez haya ocurrido alguna dislocación de hielos y podamos botar al agua nuestro buque!

Y ambos, en desenfrenada carrera, dirigieron por el camino más corto hacia la factoría.

Mil pensamientos distintos asaltaban sus mentes inquietas. ¿Qué nuevo fenómeno producía aquel inesperado ruido? Los dormidos habitantes del fuerte, ¿tendrían conocimiento de aquel extraño incidente? Sin duda alguna, sí; porque las detonaciones, cuya intensidad crecía por momentos, hubieran sido capaces, según el dicho vulgar, de despertar a un difunto.

En veinte minutos, Jasper Hobson y el sargento Long salvaron las dos millas que les separaban del fuerte Esperanza; pero aun antes de llegar a la empalizada, habían distinguido ya a sus compañeros que huían en desorden, y como desatentados, lanzando gritos de horror.

El carpintero Mac-Nap corrió al encuentro del teniente Hobson, con su hijo entre los brazos.

—¡Mire usted, mi teniente! —gritó llevando a Jasper Hobson a un cerro que se elevaba a algunos pasos detrás de la empalizada.

El teniente Hobson miró.

Los últimos restos del gran banco polar que, antes de su partida, se encontraban aún a dos millas de distancia, habíanse precipitado sobre el litoral. El cabo Bathurst había desaparecido, y su masa de tierra y arena, barrida por los icebergs, cubría el recinto del fuerte. La casa principal y sus dependencias del Norte hallábanse sepultadas bajo la enorme avalancha. En medio de un ruido espantoso veíase a los témpanos levantarse los unos sobre los otros, y caer nuevamente aplastándolo todo a su paso. La isla parecía

asaltada por grandes moles de hielo.

En cuanto a la embarcación construida al pie del cabo, había sido aniquilada por completo... ¡El último recurso, la postrer esperanza había desaparecido!

En aquel preciso momento, el edificio que momentos antes ocupaban los soldados y mujeres hundiéndose bajo el peso de un enorme témpano. Aquellos desdichados prorrumpieron en gritos de desesperación.

—¿Y los otros?, ¿y nuestros compañeros...? —exclamó el teniente Hobson con acento consternado.

—¡Allí! —respondió Mac-Nap, mostrándole la masa de arena, tierra y hielo bajo la que había desaparecido la casa principal por completo.

¡Sí!, ¡bajo aquel montón de detritus hallábanse sepultados Tomás Black, Paulina Barnett, Madge y Kalumah, a quienes la avalancha había sorprendido durante el sueño!

¡A TRABAJAR TODO EL MUNDO!



abíase producido un cataclismo espantoso. El gran banco polar se había precipitado sobre la isla errante. Sumergido a una gran profundidad por debajo del nivel de las aguas, a una profundidad cinco veces mayor que la altura de la parte que emergía, no había podido resistir la acción de las corrientes submarinas; y, abriéndose camino a través de los hielos quebrantados, habíase precipitado sobre la isla Victoria, que, impelida por tan poderoso motor, derivaba hacia el Sur rápidamente...

En los primeros momentos, advertidos por el estruendo de la avalancha que destrozaba la perrera, el establo y la casa principal de la factoría,

Mac-Nap

y sus compañeros habían tenido tiempo de abandonar su amenazado alojamiento; mas ya se había completado la obra de destrucción. De aquellas airoas construcciones no quedaban ya vestigios, y ahora arrastraba la isla a sus infortunados habitantes hacia los abismos del Océano. Pero ¿quién era capaz de afirmar que bajo los destrozos causados por la avalancha no alentaban aún con vida Paulina y su fiel criada, la joven esquimal y el astrónomo? Era preciso llegar hasta ellos, aunque sólo se encontrasen sus cadáveres.

Aterrado al principio Jasper Hobson, no tardó en recuperar su serenidad de siempre, y gritó con voz de trueno:

—¡A los picos y las palas! ¡La casa era bien sólida y puede haber resistido! ¡Pronto! ¡Manos a la obra!

Herramientas y picos no faltaban; pero en aquel momento no había posibilidad de aproximarse a la empalizada. Los témpanos rodaban sobre ella desde la cumbre de los icebergs desmochados, algunos de los cuales se elevaban aún 200 pies sobre el nivel de la isla. ¡Imagínese el poder destructor de aquellas masas desgajadas que parecían surgir de toda la parte septentrional del horizonte! La porción del litoral comprendida entre los cabos Bathurst y Esquimal, hallábase no sólo dominada, sino invadida por aquellas móviles montañas. Impelidas con fuerza irresistible, habían avanzado ya un cuarto de milla hacia dentro de la playa. A cada instante, un estremecimiento del suelo y una detonación espantosa anunciaban el derrumbamiento de alguna de aquellas masas, siendo muy de temer que se sumergiese la isla bajo tan enorme peso. Un desnivel muy sensible indicaba que toda aquella parte de la costa se hundía poco a poco, y el mar avanzaba ya en anchas olas hasta las proximidades de la laguna.

Terrible era en verdad la situación de los invernantes, teniendo que aguardar toda la noche, presas de mortal inquietud, sin poder intentar nada para salvar a sus compañeros, rechazados del recinto por las avalanchas, e incapaces de detener su invasión o desviarla.

Por fin amaneció el día. ¡Qué terrible aspecto ofrecían los alrededores del cabo Bathurst! Dondequiera que se dirigía la mirada hallábase cerrado el horizonte por la barrera de hielos; mas la invasión parecía detenida, al menos por el momento. Sin embargo, algunos témpanos mal equilibrados desprendíanse aún de las cumbres de los icebergs. Pero la masa entera, profundamente sumergida en el agua por su base, comunicaba a la isla toda la impulsión que recibía de las corrientes profundas empujándola hacia el Sur, es decir, hacia el abismo, con considerable velocidad.

Aquéllos a quienes arrastraba consigo no se daban cuenta de nada. Tenían que salvar varias víctimas, y entre ellas a la valerosa y estimada mujer por la que hubieran dado toda la vida. Era ya hora de obrar, pues podía llegarse hasta la cerca, y no convenía perder ni un solo instante. Hacía ya diez horas que aquellos infelices permanecían sepultados bajo los destrozos de la avalancha.

Ya se ha dicho que el cabo Bathurst no existía. Empujado por un

enorme iceberg, habíase desplomado sobre la factoría, aplastando la embarcación, y cubriendo en seguida el establo y la perrera, que quedaron destrozados, juntamente con los animales encerrados en ellos. Después, la casa principal había desaparecido bajo una capa de tierra y arena, que se hallaba cubierta por un montón de témpanos, los cuales se elevaban a una altura de cincuenta o sesenta pies y la oprimían con su peso. El patio del fuerte estaba abarrotado, y de la empalizada no se veía ni siquiera una estaca. De debajo de aquella masa enorme de témpanos, tierra y arena, y a costa de incalculables trabajos, era preciso sacar a las víctimas de aquella catástrofe.

Antes de comenzar la tarde, Jasper Hobson llamó al carpintero, preguntándole:

—Mac-Nap, ¿cree usted que la casa habrá podido resistir el peso de la avalancha?

—Lo creo, mi teniente —respondió

Mac-Nap

—, y casi estoy tentado de afirmarlo de un modo terminante. Ya sabe usted que la habíamos reforzado. Estaba perfectamente apuntalada, y los maderos colocados verticalmente entre las vigas del tejado y las del techo han debido resistir. Observe usted, además, que la casa ha sido recubierta primero con una capa de tierra y arena que ha podido amortiguar el choque de los témpanos desplomados desde lo alto de los icebergs.

—¡Dios quiera que acierte usted,

Mac-Nap

—respondió Jasper Hobson—, y no nos haga pasar por semejante dolor!

Después mandó llamar a la señora Joliffe, preguntándole:

—¿Hay víveres en la casa?

—Sí, señor Jasper —respondió la interpelada—; la despensa y la cocina encierran todavía cierta cantidad de conservas.

—¿Y agua?

—Y agua y coñac también.

—Bueno —dijo el teniente— no perecerán de hambre ni de sed; pero ¿les faltará el aire?

A esta pregunta no pudo contestar el carpintero. Si la casa había resistido, como suponía él, la falta de aire era entonces el peligro

más grave que amenazaba a las cuatro víctimas. Pero, en fin, este peligro podía conjurarse sacándolas rápidamente, o por lo menos, estableciendo lo más pronto posible una comunicación entre la casa sepultada y la atmósfera exterior.

Todos, hombres y mujeres, habían puesto manos a la obra, manejando con febril ardor los picos y los azadones. Todos se habían colocado sobre la masa de arena, tierra y hielos, con riesgo de provocar nuevos derrumbamientos,

Mac-Nap

había asumido la dirección de los trabajos, y lo hacía con inteligencia.

Parecióle lo más conveniente atacar por su cumbre la masa, porque de esta manera podrían echar a rodar hacia la laguna los témpanos de hielo. Con las palas y palancas dieron pronto buena cuenta de los bloques de mediano tamaño; pero los grandes témpanos fue preciso destrozarlos con los picos. Algunos cuya masa era demasiado grande hubo necesidad de fundirlos por medio de grandes hogueras alimentadas con árboles resinosos. Recurríase a la vez a todos los medios imaginables para destruir o apartar aquella gran masa de témpanos en el más corto plazo posible.

Pero el hacinamiento era enorme, y, a pesar de haber trabajado aquellos animosos obreros sin, permitirse más descanso que el indispensable para tomar algún alimento, apenas había disminuido, al parecer para la cantidad de hielos, cuando el sol se ocultó detrás del horizonte. Sin embargo, la parte superior del montón empezaba ya a nivelarse, y se resolvió proseguir durante toda la noche el trabajo de nivelación. Una vez logrado esto, no serían ya de temer los derrumbamientos, y había proyectado

Mac-Nap

abrir un pozo vertical a través de la masa compacta, que permitiese llegar con mayor rapidez al lugar apetecido y dar acceso al aire exterior.

Jasper Hobson y sus hombres no cesaron en toda la noche en su tarea, valiéndose del hierro y del fuego para conseguir su objetivo. Los hombres manejaban los azadones y picos; las mujeres atizaban el fuego. A todos dominaba un mismo pensamiento y deseo: salvar a sus cuatro infelices compañeros.

Pero cuando amaneció hacía ya treinta horas que aquellos

infelices permanecían sepultados bajo la espesa capa de tierra, arena y hielo, en medio de una atmósfera sin duda enrarecida.

El carpintero, terminados los trabajos de la noche, pensó en seguida en perforar el pozo vertical que debía ir a parar directamente al tejado de la casa, el cual, según sus cálculos, no debía medir menos de cincuenta pies de profundidad. El trabajo sería fácil, sin duda, en el hielo, es decir, durante unos veinte pies; pero después se tropezaría con grandes dificultades para perforar la capa de tierra y arena, necesariamente deleznable, y sería preciso apuntalarlo en toda la extensión de los treinta pies restantes. Preparáronse, pues, al efecto largas piezas de madera, y dio principio la perforación del pozo, en el que no podían trabajar a la vez más que tres hombres. Los soldados tenían, pues, la posibilidad de relevarse a menudo, así que era de esperar que la perforación se realizase en poco tiempo.

Como suele ocurrir en estas terribles circunstancias, aquellas pobres gentes pasaban por todas las alternativas de la esperanza y la desesperación. Cada vez que tropezaban con alguna dificultad, o destruía algún desmoronamiento parte del trabajo realizado, el desaliento se apoderaba de ellos, y era preciso que la voz firme y confortadora del maestro carpintero les reanimase. Mientras trabajaban los hombres, las esposas de

Mac-Nap,

Joliffe y Rae, agrupadas al pie de un montículo, esperaban sin apenas hablar, elevando sus plegarias al Cielo. No tenían más ocupación que preparar los alimentos que los trabajadores devoraban en los instantes de reposo.

Entretanto, iba perforándose el pozo sin grandes dificultades; pero el hielo era extremadamente duro y el trabajo no se podía efectuar con la rapidez deseada. Al finalizar la jornada, sólo se había logrado llegar a la capa de tierra y arena, la cual no podía esperarse que quedara perforada hasta el anochecer del día siguiente.

Cuando llegó la noche, decidióse trabajar a la luz de las antorchas, a fin de no interrumpir la perforación del pozo. Practicaron a toda prisa una especie de gruta en uno de los cerros del litoral, para que sirviese de abrigo a las mujeres y al niño. El viento habíase rolado al Sudoeste, y caía una lluvia helada,

intercalada a veces de copioso aguacero. Ni el teniente ni sus compañeros pensaron en suspender el trabajo.

Entonces comenzaron las grandes dificultades, porque no se podía perforar la arena movediza, haciéndose preciso practicar una entibación con maderos que contuviesen las tierras en el interior del pozo. Después, los obreros situados en la boca de éste elevaban, por medio de un cubo suspendido en una cuerda, las tierras que se desprendían. Se comprende que en estas condiciones el trabajo no podía ser muy rápido. Eran siempre de temer los desmoronamientos, siendo preciso adoptar minuciosas precauciones para que los trabajadores no quedasen sepultados.

El maestro carpintero permanecía a menudo en el fondo del pozo, dirigiendo los trabajos y sondando frecuentemente con un pico bien largo, pero sin tropezar con ninguna resistencia que le anunciase la proximidad del techo de la casa.

Cuando llegó la mañana, sólo se había profundizado diez pies en la masa de tierra y arena, faltando por lo tanto otros veinte para llegar a la altura que ocupaba la cumbre del tejado antes de la avalancha, suponiendo que no hubiese cedido.

¡Hacía ya cincuenta y cuatro horas que Paulina Barnett, Madge, Kalumah y el astrónomo permanecían sepultados!

Varias veces habían pensado el teniente y

Mac-Nap

si intentarían las víctimas abrirse una comunicación con el exterior. Dado su carácter intrépido y su serenidad, no cabía la menor duda de que, si Paulina Barnett era dueña de sus movimientos, lo habría intentado ya. Algunas herramientas habían quedado en la casa, y Kellet recordaba muy bien que había dejado su azadón en la cocina. ¿No habrían destrozado los presos una de las puertas de la casa y comenzado la perforación de una galería a través de la capa de tierra? Pero esta galería sólo podía perforarse en dirección horizontal, y representaba un trabajo mucho más largo y penoso que el del pozo ideado por

Mac-Nap;

porque el amontonamiento producido por la avalancha, que no medía menos de sesenta pies de altura, cubría una extensión de más de 500 pies de diámetro. Los presos ignoraban esta disposición, de suerte que, aun admitiendo que hubiesen logrado abrir la galería

horizontal, no podrían perforar la última capa de hielo antes de ocho días, por lo menos; y antes, si no los víveres, el aire tes habría faltado.

Sin embargo, Jasper Hobson vigilaba por sí mismo todas las partes del macizo, escuchando si algún ruido delataba un trabajo subterráneo. Pero no logró oír nada.

Los operarios reanudaron al amanecer, con más actividad que nunca, su penoso trabajo. La tierra subía sin cesar a la boca del pozo, que se hacía cada vez más profundo. La tosca entibación sostenía suficientemente la deleznable arena. Sin embargo, produjéronse algunos derrumbamientos que fueron rápidamente contenidos, y durante aquel día no hubo que deplorar ninguna nueva desgracia. Sólo el soldado Garry fue herido en la cabeza por la caída de un trozo de hielo; mas su herida fue tan leve que no aun quiso abandonar el trabajo.

A las cuatro había adquirido el pozo una profundidad total de cincuenta pies, o sea, veinte de hielo y treinta de tierra y arena.

A esta profundidad esperaba

Mac-Nap

encontrar la techumbre de la casa, en el caso de haber resistido la presión de la avalancha.

Encontrábase en aquel momento en el fondo del pozo y, júzguese su contrariedad y decepción cuando, al hundir profundamente el pico, no encontró la menor resistencia.

Permaneció un instante con los brazos cruzados, mirando a Sabine que se hallaba con él.

—¿Nada? —preguntó el cazador.

—¡Nada! —respondió el carpintero—. ¡Absolutamente nada! Pero continuemos. El techo habrá cedido sin duda; pero no es posible que el piso del desván se haya hundido. Antes de ahondar seis pies tropezaremos necesariamente con este suelo... de lo contrario...

Mac-Nap

no acabó de expresar su pensamiento, y, con la ayuda de Sabine, reanudó su trabajo con desesperado ardor.

A las seis de la tarde habíanse ahondado diez o doce pies más.

Mac-Nap

sondeó de nuevo. Nada aún. Su pico se hundía siempre en la tierra

movediza.

El carpintero, abandonando un instante su herramienta, cogióse la cabeza entre ambas manos.

—¡Desdichados! —murmuró.

Y, subiendo después por los puntales que sostenían la entibación, llegó hasta la boca del pozo.

Allí encontró al teniente y al sargento, más ansiosos que nunca, y, llevándolos aparte, refirióles el horrible desengaño que acababa de sufrir.

—Pero, entonces —le dijo Jasper Hobson—, la casa ha sido aplastada por la avalancha, y esos infortunados...

—¡No! —respondió el carpintero con acento de íntima convicción—; ¡no!, la casa no ha sido aplastada. Con lo reforzada que estaba, ha debido resistir. ¡No! ¡No ha sido aplastada! ¡Es imposible!

—Pues, entonces, ¿qué ha sucedido, Mac-Nap?

—preguntó el teniente Hobson, de cuyos ojos se escaparon dos lágrimas.

—El suelo sobre el cual reposaba la casa ha cedido evidentemente, hundiéndose a la vez ambas cosas, y pasando a través de la corteza de hielo que forma la base de la isla. La casa no ha sido aplastada, sino engullida... Y las desdichadas víctimas...

—¡Ahogadas! —exclamó el sargento Long.

—¡Ahogadas! ¡Sí, sargento! ¡Ahogadas antes de que pudiesen hacer un movimiento! ¡Ahogadas como los pasajeros de un buque que zozobra!

Durante algunos instantes, los tres permanecieron en silencio. La hipótesis de Mac-Nap

era muy verosímil. Nada más lógico que suponer que la capa de hielo que formaba la base de la isla habíase hundido bajo tan enorme presión. La casa, gracias a los puntales que sostenían las vigas del techo, apoyadas sobre las del piso, había debido horadar el suelo de hielo y hundirse en el abismo.

—Bueno, Mac-Nap —dijo el teniente Hobson—, si no podemos encontrarlos vivos...

—Sí —respondió el carpintero—, ¡es preciso a toda costa que los

encontremos muertos!

Dicho esto, Mac-Nap, sin comunicar a sus compañeros sus terribles hipótesis, descendió nuevamente al fondo del pozo en donde reanudó su interrumpido trabajo. Jasper Hobson también bajó con él.

Durante toda la noche prosiguió la perforación, relevándose los hombres de hora en hora, pero todo este tiempo, mientras dos soldados sacaban la tierra y la arena,

Mac-Nap

y Jasper Hobson permanecieron algo más arriba, de pie sobre un puntal.

A las tres de la mañana, el pico de Kellet, tropezando de repente con un cuerpo duro, produjo un ruido seco. El maestro carpintero más bien lo sintió qué lo oyó.

—¡Ya llegamos! —exclamó el soldado—. ¡Ya están salvados!

—¡Cállate y continúa! —respondió el teniente Hobson con voz sorda.

Hacía en aquel instante cerca de setenta y seis horas que la avalancha se había precipitado sobre la casa.

Kellet y su compañero, el soldado Poúd, habían reanudado el trabajo. La profundidad del pozo debía casi haber alcanzado el nivel del mar, y, por consiguiente,

Mac-Nap

no conservaba la menor esperanza.

En menos de veinte minutos, el cuerpo duro con que el pico tropezara quedó al descubierto. Era uno de los maderos del tejado. El carpintero lanzóse al fondo del pozo, cogió un azadón e hizo saltar las tablas del techo, quedando en algunos instantes practicada una bien amplia abertura.

Por ella apareció un rostro apenas reconocible en medio de las sombras.

¡Era el rostro de Kalumah!

—¡Socorro!, ¡socorro! —murmuraba débilmente la desdichada joven.

Jasper Hobson deslizóse por la abertura, y, al hacerlo, sintióse sobrecogido por un intenso frío. El agua le llegaba a la cintura. Contra lo que se esperaba, el techo no había sido aplastado; mas, como supusiera

Mac-Nap,

la casa habíase hundido a través del suelo, penetrando el agua en ella; pero, afortunadamente, no había llenado por completo el desván, elevándose un pie escaso sobre el piso de éste. ¡Aún quedaba una esperanza...!

El teniente avanzó en la obscuridad, y tropezó con un cuerpo privado de movimiento. Lo arrastró hacia la abertura, a través de la cual Pond y Kellet lo sacaron. Era el astrónomo Black.

Después extrajo otro cuerpo, que resultó ser Madge. Ambos fueron izados, por medio de cuerdas, a la boca del pozo, y al sentir el benéfico contacto del aire puro exterior, recobraron poco a poco el sentido.

Quedaba por salvar todavía Paulina Barnett. Jasper Hobson, guiado por Kalumah, llegó a la extremidad del desván, encontrando allí, por fin, a la que buscaba, privada de movimiento y con la cabeza que apenas sobresalía del agua. El teniente tomóla en sus brazos y la transportó a la abertura, y, pocos instantes después, él y ella, Kalumah y

Mac-Nap

llegaban a la boca del pozo.

Paulina Barnett estaba como muerta.

Todos los compañeros de la valerosa mujer contemplábanla en silencio, dando muestra de profundo dolor.

La joven esquimal, a pesar de hallarse tan débil, habíase arrojado sobre el cuerpo de su amiga.

Paulina Barnett respiraba y su corazón aún latía. El aire puro, absorbido por sus enjutos pulmones, devolvióle lentamente la vida.

Por fin, abrió los ojos, y un grito se escapó de todos los pechos. ¡Un grito de acción de gracias que debió llegar hasta el cielo, donde fue, sin duda, escuchado!

En aquel momento amanecía, y el sol inundaba el espacio con sus primeros rayos.

Haciendo un supremo esfuerzo, incorporóse Paulina; y, contemplando después lo alto de aquella montaña, formada por la avalancha y que dominaba la isla, cuanto la rodeaba, murmuró con extraño acento:

—¡El mar!, ¡el mar!

Y, en efecto, a ambos lados del horizonte, al Este y al Oeste, el

mar, libre de hielos, rodeaba a la isla Victoria.

EL MAR DE BEHRING



sí, pues, empujada la isla por el gran banco polar, había retrocedido, con velocidad excesiva, hasta las aguas del mar de Behring, después de haber pasado el estrecho sin adherirse a sus costas, engolfándose cada vez más en aquellas aguas tibias que no podían tardar en convertirse en abismo para ella. ¡Y la embarcación, aplastada por la avalancha, estaba en absoluto inservible!

Cuando Paulina Barnett recuperó por completo el uso de sus sentidos, pudo en pocas palabras referir la historia de las setenta y cuatro horas pasadas en las profundidades de la sepultada casa. Tomás Black, Madge, Kalumah y ella habían sido sorprendidas por la avalancha. Todos se precipitaron hacia las puertas y ventanas; pero no hallaron salida. La capa de tierra y arena que algunos momentos antes formaba el cabo Bathurst, cubría la casa entera. Casi inmediatamente oyeron los prisioneros el choque de los témpanos enormes que el gran banco polar arrojaba sobre la factoría.

No había transcurrido siquiera un cuarto de hora, cuando Paulina Barnett y sus tres compañeros de desdicha sintieron que la casa, que resistía tan enorme presión, hundíase en el suelo de la isla. ¡La base de hielo cedía, y el agua del mar penetraba!

Apoderarse de algunas provisiones que habían quedado en la despensa y refugiarse en el desván, fue obra de un momento, que

ejecutaron guiados por un vago instinto de conservación. Pero ¿podían abrigar un átomo de esperanza? En todo caso, el desván parecía resistir, siendo probable que dos bloques de hielo, apuntalándose uno contra otro por encima del techo, lo hubiesen salvado de un aplastamiento inmediato.

Encerrados en el desván, oían sobre sus cabezas el estruendo de la avalancha, en tanto que el agua subía de una manera constante. ¡Ahogados o aplastados! ¡No había otra disyuntiva!

Pero por un milagro patente, el techo, sólidamente apuntalado, resistió, y la casa, después de sumergirse hasta cierta profundidad, se detuvo, cuando ya el agua había alcanzado un pie de elevación sobre el suelo del desván.

Paulina Barnett, Madge, Kalumah y Tomás Black tuvieron que refugiarse entre los tirantes y puntales que sostenían el tejado, donde permanecieron por espacio de tantas horas. La abnegada Kalumah hubo de constituirse en criada de todos, llevándoles las comidas a través de la capa de agua. ¡Y pensar que nada podían intentar para salvarse! ¡El socorro sólo podía llegarles de fuera! ¡Qué situación angustiosa! ¡La respiración se hacía difícil en aquella atmósfera comprimida, que no tardó en hacerse casi irrespirable por su escasez de oxígeno y exceso de ácido carbónico...! ¡Algunas horas más de permanencia en aquel reducido espacio, y el teniente Hobson sólo hubiera encontrado los cadáveres de las víctimas!

Además, a las torturas físicas habíanse sumado los padecimientos morales. Paulina Barnett habíase dado cuenta, sobre poco más o menos, de todo lo ocurrido. Había adivinado que el gran banco polar se había precipitado sobre la isla, y, a juzgar por la agitación del agua que rugía debajo de la casa, era evidente que la isla era irresistiblemente arrastrada hacia el Sur. Por eso, en cuanto abrió los ojos, miró a su alrededor y pronunció las palabras que la destrucción de la pequeña nave hacía tan terribles en aquellas circunstancias:

—¡El mar!, ¡el mar!

Pero, en aquellos momentos ninguno de los que la rodeaban quería oír ni entender más que una cosa: que habían salvado a la mujer por quien hubieran sacrificado la vida, y, juntamente con ella, a Madge, a Tomás Black y a Kalumah; y, por último, que hasta entonces, y a pesar de tan rudas pruebas y peligros, no faltaba

ninguno de los animosos seres que el teniente Jasper Hobson había llevado consigo a tan desastrosa expedición.

Pero las circunstancias iban a agravarse más que nunca y a precipitar sin duda la catástrofe final cuyo desenlace no podía estar ya lejos.

El primer cuidado del teniente Hobson durante aquella jornada fue calcular de nuevo la situación de la isla. No había ya que pensar en abandonarla, puesto que la embarcación había sido destrozada, y el mar, libre, por fin, no ofrecía en torno de ella ningún punto sólido de apoyo. En cuanto a los icebergs, ya no quedaba, al Norte, nada más que aquel resto del gran banco polar, cuya cresta acababa de destruir el cabo Bathurst, y cuya base, profundamente Sumergida, empujaba la isla al Sur.

Registrando las ruinas de la casa principal, se había logrado encontrar los instrumentos y planos que el astrónomo Tomás Black había llevado consigo al desván, y que, afortunadamente, no sufrieron grandes daños. El cielo estaba cubierto de nubes; pero el sol aparecía de vez en cuando, y Jasper Hobson pudo tomar su altura a su debido tiempo y con una aproximación suficiente.

Resultó de esta observación que aquel mismo día, 12 de mayo, a mediodía, se hallaba la isla Victoria en la situación siguiente:

Longitud, 168° 12' Oeste del meridiano de Greenwich.

Latitud, 63° 37' Norte.

Marcado este punto en el mapa, viose que se encontraba la isla frente al golfo de Norton, entre la punta asiática de Tchaplín y el cabo americano de Stephens; pero a más de cien millas de ambas costas.

—¿Será, pues, necesario renunciar a tomar tierra en el continente americano? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—; por este lado, no queda la más mínima esperanza. La corriente nos arrastra hacia alta mar con velocidad prodigiosa, y sólo podemos contar con el venturoso encuentro de algún ballenero que pasase a la vista de la isla.

—Pero, si ya no es posible tocar en el continente —replicó la viajera—, ¿por qué no ha de arrojarlos la corriente contra alguna de las islas del mar de Behring?

Débil era la esperanza, pero a ella se agarraron aquellos infelices

como el hombre que va a ahogarse a la tabla que le arrojan. No faltaban las islas en aquellas regiones, existiendo entre otras las de San Lorenzo, San Mateo, Nuniwak, San Pablo, Georges, etc. Precisamente la isla errante no se hallaba muy lejos de la de San Lorenzo, cuya superficie es extensa y se halla rodeada de islotes; y, en último caso, si no se tropezaba con ella, aún quedaba la esperanza de que la detuviese en su marcha ese semillero de islas conocidas con el nombre de Aleutianas, que cierran el mar de Behring.

¡Sí, sí!, ¡sin duda alguna! La isla de San Lorenzo podía ser un puerto de refugio para los invernantes; y de no ser así, quedábales la esperanza de la de San Mateo y los numerosos islotes que la rodean; pero no había que pensar en llegar a las Aleutianas, de las que les separaban aún más de ochocientas millas. ¡Mucho antes, la isla Victoria, minada, derretida por las aguas calientes, fundida por el sol, que se aproximaba ya al signo zodiacal de Los Gemelos, se sepultaría en el abismo!

Así era de suponer, toda vez que la distancia hasta donde descienden los hielos en su marcha hacia el Ecuador es bastante variable, aproximándose más a éste en el hemisferio austral que en el boreal. Háseles encontrado en ocasiones a la altura del cabo de Buena Esperanza, o sea en el paralelo 36° sobre poco más o menos; en tanto que los icebergs que descienden del océano Glacial Ártico no han rebasado jamás los 40° de latitud. Pero el límite de la fusión de los hielos se halla evidentemente relacionado con la temperatura, dependiendo de las condiciones climáticas. Cuando los inviernos son largos, alcanzan naturalmente los hielos latitudes más bajas que cuando se presentan las primaveras precoces.

Ahora bien, esta precocidad de la estación cálida en el año 1861, debía precipitar la disolución de la isla Victoria. Las aguas del mar de Behring eran ya verdes y no azules, como suelen generalmente ser en las proximidades de los icebergs, según las observaciones de Hudson. Debía, pues, esperarse a cada instante una catástrofe, ahora que no existía la embarcación.

Jasper Hobson resolvió prevenirla, haciendo construir una balsa suficientemente grande para sostener a toda la colonia, y que, mejor o peor, pudiese navegar hasta el continente. Hizo acopiar las maderas necesarias para la construcción de un aparato flotante

sobre el cual se pudiese surcar el mar sin peligro de irse al fondo. Bien mirado, existían probabilidades de encontrar algún buque en una época en que los balleneros se remontan hacia el Norte persiguiendo a los grandes cetáceos. Mac-Nap recibió, pues, el encargo de construir una balsa grande y sólida, que sobrenadase en el momento en que la isla Victoria se sumergiese en el mar.

Pero antes era preciso preparar de cualquier modo una vivienda que cobijase a los desdichados habitantes de la isla. Parecía lo más sencillo desembarazar de hielo el antiguo alojamiento de los soldados, dependencia de la casa principal, cuyas paredes podrían servir aún. Todos pusieron manos a la obra, trabajando con verdadero ardor, y, en unos cuantos días, hubo donde refugiarse contra los rigores de un clima caprichoso, que los vientos y las lluvias ensombrecían con frecuencia.

Practicáronse también registros en la casa principal, lográndose extraer de las habitaciones sumergidas numerosos objetos de mayor o menor utilidad, como herramientas, armas, ropa de cama, muebles, las bombas de ventilación, los depósitos de aire, etc.

Al día siguiente, 13 de mayo, hubo que renunciar a la esperanza de tropezar con la isla de San Lorenzo, pues las observaciones astronómicas dieron a conocer que la isla errante pasaba muy al Este de ella. Las corrientes no van, generalmente, a estrellarse contra los obstáculos naturales, sino que, por el contrario, los evitan, contorneándolos; por eso comprendió Jasper Hobson que no había más remedio que renunciar a la esperanza de llegar a tierra de este modo. Sólo las islas Aleutianas, tendidas como una especie de red semicircular en un espacio de varios grados, habrían podido detener la isla; pero ¿podía abrigarse la esperanza de llegar a ellas? La isla Victoria era arrastrada con una velocidad extraordinaria, sin duda; pero ¿no era probable que esta velocidad decreciese cuando los icebergs del Norte, que eran los que la empujaban, se separasen de ella por una razón cualquiera, o se disolviesen, lo cual no se haría esperar toda vez que no contaban con una capa de tierra que los protegiese contra los rayos del sol?

El teniente Hobson, Paulina Barnett, el sargento Long y el carpintero

Mac-Nap

hablaban frecuentemente de esto, y, después de maduras

reflexiones, convinieron en que la isla Victoria no podría en ningún caso llegar hasta el grupo de las Aleutianas, ya porque su velocidad disminuyera, ya porque fuese arrojada fuera de la corriente de Behring, ya, en fin, porque se fundiese bajo la doble influencia combinada de las aguas y del sol.

El 14 de mayo, el maestro

Mac-Nap

y sus peones iniciaron la construcción de una gran balsa. Era preciso mantener este aparato a la mayor altura posible sobre el nivel del mar, con objeto de impedir que lo arrebatasen las olas. Era obra que ofrecía terribles dificultades; mas el celo de los trabajadores no retrocedió ante ellas. El herrero Rae había hallado, por fortuna, en un almacén inmediato a la casa, una gran cantidad de clavijas de hierro que habían sido traídas del fuerte Confianza, y que sirvieron para unir entre sí sólidamente las diversas piezas que formaban el armazón de la balsa.

En el lugar donde fue construida, adoptáronse, por iniciativa del teniente Hobson, las precauciones siguientes. En vez de colocar las vigas y traviesas sobre el suelo, emplazólas

Mac-Nap

sobre la superficie del agua. Las diferentes piezas, después de taladradas y conformadas, en la orilla, eran aisladamente lanzadas a la superficie del pequeño lago, donde se las acoplaba con gran facilidad. Este modo de operar ofrecía dos ventajas: Primero, que el carpintero podía hacerse cargo del lugar que habría de ocupar la línea de flotación y de la estabilidad que convenía dar al artefacto; y, segundo, que cuando se disolviese la isla Victoria, flotaría ya la balsa, y no se vería sometida a las desnivelaciones y choques que la dislocación del suelo pudiera imprimir a la tierra. Tan atendibles razones indujeron, pues, a

Mac-Nap

a proceder de esta suerte.

Durante estos trabajos, Jasper Hobson, ya solo, ya acompañado de Paulina Barnett, recorría el litoral, observando el estado del mar y las sinuosidades de la orilla, que las olas socavaban lentamente. Su mirada escudriñaba el horizonte, completamente desierto. Por el Norte no se dibujaban ya los perfiles de las montañas de hielo. Vanamente buscaba, como todos los náufragos, el buque que no se

presentaba jamás. La soledad del océano tan sólo era turbada por el paso de algunos sopladores, que frecuentan las aguas verdes en las cuales pululaban miríadas de animálculos microscópicos que constituyen su único alimento. Veíanse también algunos troncos flotantes, procedentes de las países cálidos, y que las grandes corrientes marinas del Globo arrastran hasta aquellos parajes.

Un día, el 16 de mayo, Paulina Barnett y Madge se paseaban juntas por la parte de la isla comprendida entre el cabo Bathurst y el antiguo puerto. El tiempo era magnífico y la temperatura cálida, haciendo ya muchos días que la nieve había desaparecido por completo de la isla. Sólo los témpanos que el gran banco polar acumulara en su parte septentrional recordaban el aspecto polar de aquellos climas. Pero estos mismos témpanos se disolvían poco a poco, produciendo cada día nuevas cascadas que se desprendían de las cumbres y corrían por las vertientes de los icebergs. Era indudable que el sol no tardaría en disolver estas últimas masas aglomeradas por el frío.

Curioso era el aspecto que ofrecía la isla Victoria. Otros ojos menos tristes habríanla contemplado con verdadero interés. La primavera manifestábase en ella con singular vigor. En su suelo, transportado a más benigno clima, desbordábase la vida vegetal. Los musgos, las florecillas, las plantaciones de la señora Joliffe, crecían y se desarrollaban de un modo exuberante. Toda la potencia vegetativa de aquella tierra, substraída a la crudeza del clima ártico, manifestábase al exterior, no sólo por la profusión de plantas que brotaban sobre su superficie, sino también por la variedad de sus colores. Los antiguos matices apagados y pálidos habían cedido el puesto a otros tonos brillantes de color, dignos del sol que los alumbraba entonces. Las diversas especies de árboles, madroñeros y sauces, abedules y pinos, cubríanse de obscuro verdor. Abríanse sus yemas bajo la savia caldeada a ciertas horas por una temperatura de 68°

Fahrenheit (20° centígrados sobre cero). La naturaleza ártica transformábase bajo una latitud igual ya a la de Cristianía y Estocolmo, en Europa, que es la de las más verdes campiñas de las zonas templadas.

Pero Paulina Barnett no quería fijarse en estas risueñas manifestaciones de la naturaleza. ¿Podía cambiar el estado de su

efímero dominio? ¿Le era dado ligar aquella isla errante a la corteza sólida del Globo? No, por cierto; y por eso el sentimiento de una suprema catástrofe no se apartaba de ella. Se la pronosticaba su instinto, como a aquellos centenares de animales que pululaban por los alrededores de la factoría. Aquellos armiños, y linceos, y castores, y zorras, y martas, y visones, y ratas almizcleras, y hasta lobos, a quienes el sentimiento de una próxima e inevitable catástrofe hacía menos feroces, acercábanse más y más a sus antiguos enemigos, los hombres, como si éstos pudiesen salvarlos. Era una especie de reconocimiento tácito e instintivo de la superioridad de la raza humana, precisamente en unas circunstancias en que esta superioridad era impotente.

¡No! Paulina Barnett no quería ver nada de esto; sus miradas no se apartaban de aquel despiadado mar, inmenso, infinito, sin otro horizonte que el cielo que con él se confundía.

—Pobre Madge —dijo ésta un día—, yo soy quien te ha traído a esta catástrofe, ¡a ti que me has seguido a todas partes y me has demostrado siempre una adhesión y amistad que merecían otro pago! ¿Me perdonas?

—Sólo hay una cosa en el mundo que no te hubiera perdonado jamás, hija mía —respondió la excelente mujer—: el no morir contigo.

—¡Madge! ¡Madge! —exclamó la viajera—, si mi vida pudiese salvar la de esos desdichados, la daría sin vacilar.

—Pero, hija mía, ¿has perdido toda la esperanza?

—¡No!... —exclamó Paulina Barnett, arrojándose en los brazos de su fiel compañera.

La mujer acababa de revelarse un instante en aquella naturaleza viril. Mas ¿quién no disculparía un momento de desmayo en medio de tan rudas pruebas?

Paulina prorrumpió en sollozos. Su corazón desbordóse, y las lágrimas corrieron, abundantes, de sus ojos.

—¡Madge! ¡Madge! —dijo la viajera, levantando la cabeza—, ¡no les digas, al menos, que he llorado!

—No —respondió la criada—. Sería inútil, además, porque no me creerían. Esto ha sido un instante de debilidad. Levántate, hija mía; porque tú eres aquí el alma de todos nosotros. ¡Levántate y recobra tu indomable valor!

—Pero ¿aún tienes esperanzas? —exclamó Paulina Barnett, contemplando de hito en hito a su fiel compañera.

—¡Yo no la pierdo jamás! —respondió sencillamente Madge.

Pero ¿quién hubiera sido capaz de conservar aún un átomo de esperanza cuando, algunos días después, dejó atrás la isla errante el grupo de San Mateo, no quedándole ya ninguna tierra con que poder tropezar en todo el mar de Behring?

EN ALTA MAR



La isla Victoria flotaba por entonces en la parte más ancha del mar de Behring, a 600 millas aún de las primeras Aleutianas, y a más de 200 de la costa más cercana del Este. Su desplazamiento seguía verificándose con una velocidad relativamente considerable; pero, aun suponiendo que ésta no experimentase ninguna disminución, le serían necesarias tres semanas más, por lo menos, para llegar a esta barrera meridional del mar de Behring.

¿Podría durar hasta entonces aquella isla, cuya base se adelgazaba diariamente bajo la acción de las aguas tibias, y en un ambiente cuya temperatura media era de 50°

Fahrenheit (10° centígrados sobre cero)? ¿No podía su suelo entreabrirse a cada instante?

El teniente Hobson activaba cuanto le era posible la construcción de la balsa, cuya armazón inferior flotaba ya sobre las aguas del lago. Mac-Nap quería dar a este artefacto una gran solidez, a fin de que pudiese resistir durante largo tiempo, caso de ser necesario, las sacudidas del mar; porque era de suponer que si no encontraban algún ballenero en el mar de Behring, tendrían que recorrer a la deriva la considerable distancia que les separaba de las islas Aleutianas.

Entretanto, la isla Victoria no había experimentado ningún cambio de cierta importancia en su configuración general.

Practicábanse diariamente reconocimientos; pero los exploradores no se atrevían a alejarse demasiado, porque a cada momento, una fractura del suelo, o el desprendimiento de un trozo de isla podía aislarlos del centro común. Nunca había seguridad de volver a ver a los que partían para estas exploraciones.

La profunda grieta abierta en las proximidades del cabo Miguel, que los fríos invernales habían vuelto a cerrar, se había abierto de nuevo poco a poco, extendiéndose en la actualidad por espacio de una milla hacia el interior, hasta el enjuto lecho del antiguo arroyuelo, y siendo de temer que se prolongase a lo largo de este cauce, donde la capa de hielo tenía menor espesor. En este caso, toda la porción comprendida entre el cabo Miguel y el puerto Barnett, limitada al Oeste por el lecho del riachuelo, es decir, un trozo enorme, de una superficie de varias millas cuadradas, habría desaparecido. El teniente Hobson recomendó, pues, a sus compañeros que no se aventurasen en él sin necesidad; porque bastaría un movimiento brusco del mar para desprender esta importante porción de la isla.

Practicáronse sondas en varios lugares, a fin de conocer cuáles eran los que ofrecían mayor resistencia a la disolución, a causa de su espesor, averiguándose así que este espesor era más considerable que en ningún otro lugar precisamente en las proximidades del cabo Bathurst, donde estuvo emplazada la antigua factoría; pero no el espesor de la capa de tierra, que esto no hubiera sido ninguna garantía, sino el de la base de hielo, lo cual era una circunstancia feliz. Mantuviéronse abiertos los orificios practicados para efectuar las sondas, y de este modo fue posible averiguar diariamente la disminución que experimentaba el espesor de la base de la isla. Esta disminución era lenta, pero incesante y continua. Podía calcularse que la isla no resistiría arriba de tres semanas más, teniendo en cuenta la circunstancia adversa de irse internando en aguas cada vez más caldeadas por la acción de los rayos solares.

Durante la semana comprendida entre el 19 y 25 de mayo, reinó un tiempo malísimo, declarándose una violenta tempestad. Los relámpagos iluminaron el cielo y los truenos atronaron el espacio. Agitado el mar por un fuerte viento Noroeste, formó elevadas olas que fustigaron extraordinariamente a la isla, imprimiéndole sacudidas poco tranquilizadoras. Toda la pequeña colonia

permaneció constantemente alerta, dispuesta siempre a embarcarse en la balsa, cuya cubierta estaba ya casi terminada, habiéndose acondicionado en ella cierta cantidad de víveres y de agua dulce fin de prevenir cualquier eventualidad. Durante este tiempo, llovió copiosamente; y las tibias y anchas gotas de esta lluvia tempestuosa penetraron profundamente en el suelo y debieron atacar la base de la isla. Estas filtraciones disolvieron el hielo inferior en algunos lugares, produciéndose en su consecuencia sospechosas depresiones. La lluvia descarnó las laderas de algunos cerros, dejando al descubierto el hielo de la base; por lo cual fue preciso rellenar estas excavaciones con tierra y arena, a fin de substraer aquélla a la acción del calor. Sin esta precaución, el suelo hubiera quedado bien pronto agujereado como una espumadera.

Aquella tempestad causó también irreparables daños a las colinas cubiertas de bosque que rodeaban la orilla oriental del pequeño lago. Las abundantes lluvias arrastraron la tierra y la arena, desplomándose de esta suerte muchos árboles por faltarles apoyo a sus raíces. En una sola noche quedó transformado el aspecto de la porción de la isla comprendida entre el lago y el antiguo puerto Barnett. Apenas si quedaron algunos grupos de abedules y de pinos aislados que habían resistido a la tormenta. Eran éstos síntomas evidentes de descomposición que era imposible dejar de reconocer, pero contra los cuales la inteligencia humana era impotente. Jasper Hobson, Paulina Barnett, el sargento y todos en general veían bien que la efímera isla se deshacía poco a poco; todos se daban cuenta de ello, excepto, tal vez, Tomás Black, que, mudo siempre y sombrío, no parecía pertenecer ya a este mundo.

El día 23 de mayo, durante la tempestad, el cazador Sabine, que salió del alojamiento común una mañana en que la niebla era muy densa, estuvo a punto de ahogarse en un amplio orificio que se había abierto durante la noche en el preciso lugar que antes ocupaba la casa principal de la factoría.

Hasta entonces esta casa, sepultada bajo la espesa capa de tierra y arena, y hundida en sus tres cuartas partes, parecía haberse adherido fuertemente a la base de hielo de la isla; mas, sin duda, las ondulaciones del mar, al chocar contra la parte inferior de esta amplia escotadura, la agrandaron, y la casa, sobre la cual gravitaba el peso enorme de todas aquellas materias que un día constituyeron

lo que fue cabo Bathurst, hundióse en el abismo. Tierra y arena deslizáronse en el enorme orificio, en cuyo fondo se precipitaron las agitadas aguas del mar.

A los gritos de Sabine, acudieron sus compañeros, quienes lograron sacarle de aquella improvisada trampa, a cuyas resbaladizas paredes trataba de agarrarse con desesperación, sin haber recibido otro mal que un baño inesperado que pudo tener muy mal fin.

Más tarde se vieron las vigas y tablas de la casa que, resbalando por la parte inferior de la isla, flotaban frente a la orilla, cual restos de un buque náufrago. Éste fue el último destrozo causado por la tempestad, el cual vino a comprometer más aún la solidez de la isla, permitiendo que las aguas la fuesen disolviendo también por su interior, y viniendo a constituir una especie de cáncer que debía destruirla lentamente.

Durante la jornada del 25 de mayo, roló el viento al Nordeste, disminuyendo de intensidad al propio tiempo; cesó la lluvia y el mar comenzó a calmarse. La noche deslizóse tranquila, y, habiendo reaparecido el sol a la mañana siguiente, pudo efectuar Jasper Hobson una buena observación, viéndose al mediodía que la situación de la isla era la siguiente:

Longitud, 170° 23'.

Latitud, 56° 13'.

La velocidad de la isla era, pues, excesiva, toda vez que había avanzado cerca de 800 millas desde el lugar que ocupaba dos meses atrás, al comenzar el deshielo, en el estrecho de Behring.

Esta gran velocidad de desplazamiento hizo concebir una ligera esperanza a Jasper Hobson.

—Amigos míos —dijo a sus compañeros, mostrándoles la carta del mar de Behring—; ¿veis las islas Aleutianas? ¡Distan ya de nosotros menos de 200 millas! ¡Tal vez lleguemos a ellas dentro de ocho días!

—¡Ocho días! —respondió el sargento Long sacudiendo la cabeza—. ¡Largo me parece el plazo!

—Debo añadir —prosiguió el teniente Hobson— que si nuestra isla hubiese seguido en su descenso el meridiano 178°, estaríamos ya en el paralelo de estas islas; pero evidentemente se desvía hacia el Sudoeste, siguiendo el eje de la corriente de Behring.

La observación era justa. La corriente tendía a llevarse la isla Victoria a gran distancia de las tierras, y a apartarla quizá de las islas Aleutianas, que, sólo se extienden hasta el meridiano 170º.

Paulina Barnett examinó la carta en silencio, contemplando el punto trazado con un lápiz que indicaba la posición de la isla, el cual, dada la gran extensión de la región representada, parecía casi imperceptible. ¡Tan inmenso parecía el mar de Behring! Siguió con la mirada el camino recorrido desde el comienzo del deshielo, camino que la fatalidad, o, por mejor decir, la inmutable dirección de las corrientes marinas, había dibujado a través de tantas islas, a gran distancia de los continentes, sin tocar en ninguna parte, abriéndose ante sus ojos entonces la infinita inmensidad del océano Pacífico.

Por fin, como arrancándose, por un supremo esfuerzo, a aquellos triste sueños y meditaciones sombrías, acabó por decir:

—Pero ¿no habría medio de dirigir esta isla? Con ocho días más a esta misma velocidad, podríamos tal vez llegar a la última de las Aleutianas.

—¡Esos ocho días sólo Dios puede otorgárnoslos! —respondió el teniente Hobson—. ¿Nos los querrá conceder? Le digo a usted, señora, con toda sinceridad, que nuestra salvación sólo puede llegarnos del Cielo.

—Participó de esa misma opinión, señor Jasper —replicó Paulina Barnett—; pero el Cielo quiere siempre que los hombres se ayuden a sí propios para hacerse acreedores a su protección. ¿Hay, pues, algo que hacer, algo que intentar que yo ignore?

Jasper Hobson sacudió la cabeza con aire de duda. Para él no existía más medio de salvación que la balsa; pero ¿convendría embarcarse en ella sin demora, e improvisando una vela cualquiera con sábanas y mantas, tratar de ganar la costa más cercana?

Jasper Hobson consultó la cuestión con el sargento, con el carpintero

Mac-Nap,

en quien tenía gran confianza, con el herrero Rae y con los cazadores Marbre y Sabine; y todos ellos, después de haber pesado el pro y el contra, fueron de parecer que no debía abandonarse la isla mientras no fuera absolutamente imprescindible. En efecto, tan sólo como un último y supremo recurso podría recurrirse a aquella

balsa, que barrerían incensantemente las olas, y que no tendría ni siquiera la velocidad de la isla, cuyo avance hacia el Sur activaban los icebergs. En cuanto al viento, soplabo generalmente del Este, y tendería más bien, por lo tanto, a alejar la balsa de toda tierra.

Era preciso, pues, esperar; esperar más aún, toda vez que la isla corría rápidamente hacia las Aleutianas. Cuando ya se encontrasen próximos a este grupo, se estudiaría la resolución que más conviniese adoptar.

Éste era, efectivamente, el partido más acertado que podía tomarse, siendo indudable que si en el plazo de ocho días no decrecía la velocidad de la isla, o se detendría ésta en la frontera meridional del mar de Behring, o, arrastrada hacia el Sudoeste, entraría en las aguas del Pacífico y se perdería sin remedio.

Pero la fatalidad, que tanto se había cebado, y durante tanto tiempo, en aquellos infelices invernantes, iba a herirlos aún con otro nuevo golpe. La velocidad de traslación con la que siempre contaban iba a faltarle en breve.

En efecto, durante la noche del 26 al 27 de mayo, sufrió la isla Victoria un último cambio de orientación cuyas consecuencias fueron extraordinariamente graves. Efectuóse sobre sí misma medio giro, quedando los icebergs, restos del gran banco polar, que la impulsaban por el Norte, adosados a su costa Sur.

Por la mañana, los náufragos —¿cometemos alguna impropiedad al aplicarles tal nombre?— vieron salir el sol por la parte del cabo Esquimal y no por el horizonte del puerto Barnett, como estaban acostumbrados.

¿Cuáles iban a ser las consecuencias de este cambio de orientación? ¿No se separarían de la isla aquellas montañas de hielo?

Todos presintieron una nueva desgracia, y se dieron perfecta cuenta de la verdad que encerraban las palabras del soldado Kellet, al exclamar:

—¡Antes que llegue la noche nos habremos quedado sin hélice!

Kellet quería dar a entender que los icebergs, que ya no se hallaban detrás, sino delante de la isla, no tardarían en separarse de ésta; y eran ellos los que le imprimían aquella extraordinaria velocidad, pues por cada pie de elevación sobre el nivel del mar, medían seis o siete de profundidad bajo el mismo; de suerte que, al

hallarse mucho más sumergidos que la isla en la corriente submarina, encontrábanse ipso jacto más directamente sometidos a su influencia, siendo muy de temer que la expresada corriente los separase de ella, ya que no se hallaban unidos por lazos de ninguna especie.

Sí, el soldado Kellet tenía mucha razón, y la isla quedaría entonces como un buque desarbolado, que hubiese perdido su hélice.

Las palabras del soldado quedaron sin contestación; pero antes que transcurriese siquiera un cuarto de hora, oyóse un crujido espantoso. Las cumbres de los icebergs bamboleáronse, desprendiéndose sus masas, e, irresistiblemente impelidos por la corriente submarina, emprendieron veloz marcha hacia el Sur, dejando tras ellos la isla.

DONDE LA ISLA SE CONVIERTE EN ISLOTE



res horas más tarde, los últimos restos del gran banco polar habían desaparecido detrás del horizonte. Esta rápida desaparición demostraba que la isla había permanecido casi estacionaria, por residir toda la fuerza de la corriente en sus capas inferiores, y no en la superficie del mar.

Calculóse a mediodía, por medio de observaciones astronómicas, la situación de la isla, y repetida la operación veinticuatro horas después, vióse que sólo había avanzado una milla.

No quedaba, por consiguiente, nada más que una esperanza de salvación, ¡una sola! Que un ballenero, que cruzase por aquellos parajes, recogiera a los náufragos, bien se hallasen todavía sobre la isla, bien a bordo de la balsa por haber aquélla fundido.

La isla se encontraba entonces en 54° 33' de latitud y 177° 19' de longitud, a varios centenares de millas de la tierra más cercana, es decir, de las Aleutianas.

Jasper Hobson congregó a sus compañeros aquel día y pidióles consejo por la postrera vez.

Todos fueron del mismo parecer: permanecer en la isla mientras ésta no se hundiese, porque su magnitud la hacía todavía insensible al estado del mar; y después, cuando amenazara disolverse por completo, embarcar toda la pequeña colonia en la balsa, y esperar.

¡Esperar!

La balsa estaba ya concluida. Mac-Nap había construido a su

bordo una amplia cámara donde podría cobijarse todo el personal del fuerte. No se había olvidado hacer su palo correspondiente, para arbolarlo si se consideraba necesario, y las velas que habían de impulsar el artefacto estaban listas también desde mucho tiempo atrás. El aparato era sólido, y, si el viento soplaba en dirección conveniente, quizá aquel conjunto de tablas y maderos salvase a la colonia entera.

—¡Nada!, ¡nada es imposible —exclamó Paulina Barnett— para aquel que dispone de los vientos y las olas!

Jasper Hobson había hecho el inventario de los víveres. Las reservas no eran demasiado abundantes, pues los destrozos producidos por la avalancha las habían disminuido considerablemente; mas no faltaban rumiantes ni roedores, y la isla, llena de arbustos y de musgos que la cubrían de verdor, los alimentaría fácilmente. Juzgóse necesario aumentar las provisiones de carne en conserva, y los cazadores mataron al efecto un número prudente de renos y de liebres.

En resumen, la salud de los colonos era buena. Habían padecido bien poco en un invierno tan benigno como el último, y los sufrimientos morales no habían doblegado aún su vigor físico. Sin embargo, preciso es decirlo, no veían sin extrema aprensión, sin siniestros presentimientos, el momento en que tuviesen que abandonar la isla, o, hablando con mayor propiedad, el instante en que la isla los abandonase a ellos. Aterrábales la idea de flotar sobre la superficie de aquel inmenso mar, en una frágil balsa de madera que sería juguete de las caprichosas olas y la barrerían a su antojo haciendo en ella la vida punto menos que imposible.

Téngase también en cuenta que aquellos hombres no eran realmente marinos; no pertenecían a esa clase de viejos lobos de mar, avezados a sus azares, que no temen aventurarse en unas tablas; eran soldados habituados a los sólidos territorios de la Compañía. Ciertamente su isla era frágil, que sólo descansaba sobre un delgado campo de hielo; pero sobre éste había tierra, y sobre ella verdeaba una frondosa vegetación, y crecían arbustos y árboles. Poblábanla además numerosos animales y permanecía indiferente a los movimientos del mar, hasta el extremo de parecer inmóvil. Le habían tomado cariño a aquella isla Victoria en la cual habitaban hacía cerca de dos años; a aquella isla que habían recorrido tantas

veces, en todas direcciones, explorando hasta sus más escondidos rincones; cuyo suelo habían cultivado y que había resistido hasta entonces tan frecuentes cataclismos. Por eso no podrían dejarla sin pena, ni la abandonarían hasta el momento mismo en que materialmente les faltase de debajo de los pies.

Conocía Jasper Hobson la disposición de ánimo en que se hallaban sus gentes, juzgándola muy lógica. No ignoraba con qué gran repugnancia se embarcarían sus compañeros en la balsa; pero los acontecimientos iban a precipitarse, pues en aquellas aguas calientes no podría tardar en disolverse la isla. En efecto, presentáronse graves síntomas que sembraron entre la colonia la alarma.

La balsa era cuadrada, midiendo treinta pies de lado, lo que hacía una superficie de 900 pies cuadrados. Su suelo se elevaba dos pies sobre el nivel del agua, defendiéndola una especie de borda contra las pequeñas olas; pero era evidente que tan pronto se alborotase el mar pasarían aquéllas por encima de esta insuficiente barrera. En medio de la balsa había construido

Mac-Nap

una verdadera cámara, capaz para veinte personas; y a su alrededor grandes cofres destinados a las provisiones y aljibes para el agua, todo sólidamente fijo a la plataforma por medio de chavetas de hierro. El mástil, que medía unos treinta pies de altura, apoyábase sobre la cámara central, y era sostenido en equilibrio por obenques que iban a hacerse firmes a los cuatro ángulos del aparato, y estaba destinado a soportar una vela cuadrada que no servía, naturalmente, más que para navegar en popa, a pesar de haberse dotado al artefacto de una especie de timón, muy deficiente, sin duda.

Tal era la balsa sobre la cual deberían refugiarse veinte personas, sin contar con el niño de

Mac-Nap,

y que flotaba tranquilamente sobre las aguas de la laguna, retenida cerca de la playa por una fuerte amarra. Es muy cierto que había sido construida con mucho más esmero que las balsas improvisadas a toda prisa por los náufragos a quienes, de repente, sorprende la destrucción de su buque, y era, por tanto, más sólida y acabada; mas no por eso dejaba de ser una frágil balsa.

El 1.º de junio produjese un nuevo incidente. El soldado Hope había ido a traer agua de la laguna para las necesidades de la cocina, y, al probarla la señora Joliffe, notó que era salada. Entonces llamó a Hope y le dijo que ella le había pedido agua dulce, y no agua del mar.

Contestóle Hope que la había sacado de la laguna, y no del mar, entablándose entonces una especie de discusión entre ambos, en medio de la cual intervino Jasper Hobson, quien, al oír las manifestaciones de Hope, palideció intensamente y se dirigió hacia el pequeño lago...

¡Sus aguas se habían vuelto completamente saladas! Era evidente que su suelo se había hundido, penetrando en su interior las aguas del mar.

Tan luego como se conoció esta noticia, todos los ánimos quedaron sobrecogidos por idéntico temor.

—¡Se acabó el agua dulce! —exclamaban aquellos desdichados.

Y, en efecto, después del río Paulina, acababa de desaparecer a su vez el lago Barnett.

Pero el teniente Hobson apresuróse a tranquilizar a sus compañeros acerca del agua potable.

—El hielo no nos falta, amigos míos —les dijo—, así que no temáis nada. Bastará con fundir algunos trozos de nuestra isla, y me atrevo a asegurar que no nos la beberemos entera —añadió, procurando sonreír.

En efecto, el agua salada, bien se evapore, bien se solidifique, abandona por completo la sal que contiene en disolución. Desenterráronse, pues, si nos es permitida la expresión, algunos trozos de hielo, los cuales fueron fundidos, no sólo para las necesidades diarias, sino para llenar los aljibes de la balsa.

Sin embargo, no había que olvidar este nuevo aviso que acababa la Naturaleza de darles. La isla se disolvía evidentemente por su base, como lo demostraba la invasión del mar en la laguna a través de su fondo. El suelo podía hundirse a cada instante, y Jasper Hobson no permitió ya a sus gentes que se alejasen, porque habrían corrido el riesgo de ser arrastrados mar adentro.

También los animales parecían presentir un peligro muy próximo, y se apiñaban alrededor de la antigua factoría. Desde que desapareció el agua dulce, veíaseles venir a lamer los bloques de

hielo extraídos de la tierra. Mostrábanse muy inquietos, y algunos de ellos parecían atacados de locura, en especial los lobos que llegaban en grandes tropeles, y desaparecían en seguida lanzando roncós aullidos. Los animales dotados de pieles valiosas permanecían aglomerados alrededor del hoyo circular por donde la casa se hundiera, pudiéndose contar varios centenares de ellos de diferentes especies. El oso rondaba por los alrededores, tan inofensivo para los animales como para los hombres. Parecía instintivamente inquieto, y hubiera de buena gana pedido protección contra el inevitable peligro que presentía sin poderlo evitar.

Los pájaros, hasta entonces muy numerosos, fueron disminuyendo también poco a poco. Durante aquellos últimos días, bandos considerables de grandes voladores, dotados de alas vigorosas que les permitían atravesar largos espacios, los cisnes, entre otros, emigraron hacia el Sur, con dirección, sin duda, a las primeras tierras de las islas Aleutianas que les ofrecerían un abrigo seguro.

Paulina Barnett y Madge, que se paseaban por el litoral, observaron esta emigración, en la que creyeron ver un mal presagio.

—Estas aves —dijo Paulina— encuentran en la isla una alimentación suficiente, y, sin embargo, se marchan. ¡No será sin motivo, pobre Madge mía!

—Sí, su instinto les guía —respondió Madge—; pero si nos avisan debemos estar alerta. Me parece también que los otros animales se muestran más inquietos que nunca.

Aquel día resolvió Jasper Hobson trasladar a la balsa la mayor parte de los víveres y efectos del campamento, y se decidió también que todos embarcasen en ella.

Pero, precisamente, el mar estaba agitado, y, en aquel Mediterráneo formado en la actualidad por las aguas de Behring en el interior del lago, reproducíanse ahora todos los movimientos de las olas con gran intensidad; y encerradas éstas en aquel espacio relativamente pequeño, estrellábanse contra sus playas, reventando allí con furor. Era una tempestad en un lago, o, por mejor decir, en un abismo tan profundo como el mar circunvecino. Las olas agitaban la balsa de una manera violenta, y barrían su cubierta sin cesar, habiendo necesidad de suspender el embarque de los víveres

y efectos.

Ante semejante estado de cosas, no quiso el teniente Hobson imponer su voluntad a sus compañeros. Lo mismo daba pasar una noche más en tierra, y al día siguiente, si el mar estaba tranquilo, se proseguiría el embarque.

No se obligó, pues, a nadie a dejar su alojamiento y abandonar la isla, pues refugiarse en la balsa era abandonarla realmente.

Por lo demás, la noche fue mejor de lo que hubiera podido esperarse. Calmó el viento y el mar se tranquilizó poco a poco. La borrasca había pasado con esa rapidez especial de los meteoros eléctricos. A las ocho de la noche, el mar se había serenado casi por completo, y sólo pequeñas olas agitaban el interior de la laguna.

Cierto que la isla no tenía más remedio que hundirse en plazo breve; mas siempre era preferible que se hundiese poco a poco, que no súbitamente, destrozada por una tempestad, como podía ocurrir el momento menos pensado cuando el mar se agitaba iracundo en torno suyo, y las olas inmensas, tan altas como montañas, se precipitaban rugientes, contra sus frágiles costas.

A la tempestad había seguido una ligera niebla, que amenazaba hacerse más espesa cuando llegase la noche. Procedía del Norte, y, por lo tanto, debido a la nueva orientación de la isla, cubría la mayor parte de ésta.

Antes de irse a acostar, examinó Jasper Hobson las amarras de la balsa, perfectamente atadas a fuertes troncos de abedules, y para mayor seguridad, diéseles otra vuelta. En realidad, lo peor que podía ocurrir era que la balsa se marchase a la deriva por el lago, pero éste no era tan grande que pudiera perderse.

LOS CUATRO DÍAS SIGUIENTES



La noche, es decir, una hora apenas de crepúsculo y de alba, fue tranquila. Levantóse el teniente Hobson, y, decidido a ordenar que embarcase aquel mismo día la colonia, dirigióse hacia la laguna.

La niebla era aún espesa; pero, por encima de ella, sentíanse ya los rayos del sol. La tempestad de la víspera había despejado el cielo, y el día prometía ser cálido.

Cuando llegó Jasper Hobson a la orilla de la laguna, no pudo distinguir su superficie, que se hallaba velada todavía por densas brumas.

En aquel mismo momento, Paulina Barnett, Madge y algunas otras personas aproximáronse a él.

La niebla comenzaba a disiparse, alejándose hacia el fondo del pequeño lago y descubriendo cada vez mayor porción de su superficie. La balsa, sin embargo, no se divisaba aún.

Por último, una racha de viento barrió por completo la niebla...

¡La balsa no estaba allí! ¡El lago ya no existía! ¡Sólo la inmensidad de los mares extendíase ante las miradas atónitas de aquellos desventurados!

Jasper Hobson no pudo reprimir un gesto de desesperación; y, cuando sus compañeros y él recorrieron con la vista el horizonte, un grito se escapó de sus pechos... ¡La isla no era ya más que un islote!

Durante la noche, las seis séptimas partes del antiguo territorio

del cabo Bathurst, socavado ya por las olas, habíase hundido en el mar, sin ruido, sin convulsiones, y la balsa, al quedar en libertad, había sido arrastrada por las olas, sin que los húmedos ojos de los que en ella cifraban sus últimas esperanzas pudieran distinguirla siquiera sobre la superficie de aquel desierto océano.

Los desdichados náufragos, suspendidos sobre un abismo que amenazaba tragárselos, sin recursos ni medio alguno de salvación, quedaron sobrecogidos de espanto. Algunos soldados quisieron arrojar al mar, enloquecidos; pero Paulina Barnett se interpuso, y desistieron de su idea, retrocediendo llorosos.

¡Juzgúese cuál era ahora la situación de los náufragos y si podían conservar un átomo de esperanza! ¡Considérese la situación de Jasper Hobson en medio de aquellos desdichados que parecían atacados de demencia! ¡Veintiuna personas sobre un islote de hielo, que no podía tardar en abrirse debajo de sus pies!

Con la parte de la isla hundida habían desaparecido las colinas cubiertas de bosques, de suerte que ya no quedaban árboles, ni había más madera que las escasas tablas que formaban el alojamiento, insuficientes a ojos vistas para la construcción de una nueva balsa que pudiese recibir a su bordo a la colonia. La vida de los náufragos se hallaba, pues, estrictamente limitada a la duración del islote, es decir, a algunos días a lo sumo; porque corría ya el mes de julio y la temperatura media era superior a 68°

Fahrenheit, equivalente a 20° centígrados sobre cero.

Durante aquella jornada, Jasper Hobson creyó conveniente reconocer el islote. Tal vez fuese conveniente refugiarse en otro punto cuyo espesor le asegurase más larga duración. Paulina Barnett y Madge acompañáronle en esta exploración.

—¿Conservas esperanzas todavía? —preguntó Paulina Barnett a su fiel compañera.

—¡Jamás perderé la esperanza! —contestóle Madge.

Paulina no respondió. Jasper Hobson y ella marchaban con rápido paso, recorriendo el litoral. Toda la costa había sido respetada desde el cabo Bathurst hasta el cabo Esquimal, es decir, en una longitud de ocho millas. En este último cabo era donde se había operado la fractura, siguiendo una línea curva que, pasando por la punta extrema de la laguna dirigíase hacia el interior de la

isla. A partir de esta punta, el nuevo litoral hallábase formado por la orilla misma de la laguna, bañado ahora por las aguas del mar. Hacia la parte superior de aquélla, prolongábase otra fractura hasta el litoral comprendido entre el cabo Bathurst y el antiguo puerto Barnett. El islote presentaba, pues, la forma de una faja prolongada, cuya anchura media era sólo de una milla.

¡De las 140 millas cuadradas que medía en otro tiempo la superficie de la isla, no quedaban ni veinte!

Jasper Hobson reconoció con sumo cuidado la nueva formación del islote, comprobando que su parte más espesa seguía siendo el lugar que ocupara la antigua factoría; así que juzgó conveniente no abandonar el campamento actual, que era también el sitio donde los animales habían permanecido por instinto.

Observóse, no obstante; que una notable cantidad de rumiantes y roedores, así como la mayoría de los perros que erraban a la ventura, habían desaparecido con la parte más importante de la isla; pero quedaban aún cierto número de ellos, en especial de roedores. El oso erraba, alocado, por el pequeño islote, dándole incesantes vueltas, como fiera encerrada en una jaula.

Hacia las cinco de la tarde, Jasper Hobson y sus compañeras regresaron al alojamiento común, donde encontraron reunidos y silenciosos a los hombres y mujeres, que ya no querían oír ni ver cosa alguna. La esposa de Joliffe preparaba algunos alimentos. El cazador Sabine, menos abatido que los otros, iba y venía tratando de procurarse un poco de carne fresca. Por lo que respecta al astrónomo, habíase sentado aparte y dirigía hacia el mar una mirada vaga y casi indiferente. ¡Parecía que nada le asombrase!

Jasper Hobson manifestó a sus compañeros el resultado de su expedición. Díjoles que el campamento actual ofrecía mayor seguridad que ningún otro punto de la isla; y les recomendó que no se alejaran, porque se observaban ya síntomas de una nueva rotura a la mitad de la distancia existente entre el campamento y el cabo Esquimal, siendo probable que la superficie del islote no tardase en reducirse considerablemente. ¡Y pensar que no era posible hacer absolutamente nada!

El día fue realmente caluroso. Los témpanos desenterrados para obtener agua potable, derretíanse sin necesidad de recurrir al fuego. En las partes acantiladas de la orilla, la capa congelada deshacíase

en delgados chorros de agua, que caían al mar. Era palpable que el nivel medio del islote había descendido. Las aguas cálidas desgastaban incesantemente su base.

Durante la noche siguiente, nadie pegó los ojos. ¿Quién hubiera sido capaz de conciliar el sueño sabiendo que, de un momento a otro, el abismo podía abrirse y tragárselos, aparte de aquella infeliz criatura, que sonreía a su madre, la cual no se separaba de él ni un solo instante?

Al día siguiente, 4 de junio, volvió a brillar el sol en un cielo sin nubes. Ningún cambio se había producido durante la noche. La forma del islote no se había modificado.

Aquel día, una zorra azul se refugió, espantada, en el alojamiento, negándose a salir. Las martas, los armiños, las liebres polares, las ratas almizcleras y los castores hormigueaban en el sito de la antigua factoría. Parecían un rebaño de animales domesticados. Sólo faltaban los lobos, porque como erraban dispersos por la parte opuesta de la isla, habían evidentemente desaparecido con ella. Como si tuviese algún presentimiento siniestro, el oso no se alejaba del cabo Bathurst, y, presas de gran inquietud, los animales de piel valiosa no parecían advertir siquiera su presencia. Los mismos náufragos familiarizados ya con el gigantesco animal, le dejaban ir y venir, sin preocuparse de él. El peligro común, sentido por todos, había nivelado los instintos y las inteligencias.

Algunos momentos antes de mediodía experimentaron los náufragos una viva emoción, que debía trocarse en desengaño.

El cazador Sabine que, subido en el punto más alto del islote, escudriñaba el horizonte hacía algunos instantes, gritó con inmenso júbilo:

—¡Un barco! ¡Un barco a la vista!

Todos al punto, como galvanizados, corrieron hacia el cazador, y el teniente le interrogó con la mirada.

Sabine señaló entonces una especie de blanca nubécula en el horizonte del Este. Todos dirigieron sus miradas hacia el punto indicado, sin despegar los labios, y todos creyeron ver aquel barco cuya silueta acentuábase cada vez más.

Era un buque, en efecto; un ballenero, sin duda. No había medio de engañarse, y, al cabo de una hora, se hizo visible su casco.

Por desgracia, dicho buque divisábase por el Este, es decir, en la parte opuesta al punto adonde la balsa, arrastrada por la corriente, había debido dirigirse. La casualidad era, pues, la única que le traía por aquellos parajes; y, supuesto que no había podido ver la balsa, no era posible admitir que fuese en busca de los náufragos, ni que sospechase siquiera su presencia.

Ahora bien, ¿divisaría el islote, cuya elevación sobre la superficie del mar era tan escasa? ¿Lo aproximaría hacia ellos el rumbo que llevaba? ¿Distinguiría las señales que se hiciesen? En pleno día y con aquel espléndido sol era poco probable. Cuando llegase la noche, podría encenderse una hoguera, visible a gran distancia, quemando las pocas tablas que formaban el alojamiento. Pero ¿no desaparecería el buque antes de que llegase la noche, que sólo duraría una hora apenas? Por si acaso, se hicieron numerosas señales y se dispararon petardos.

Entretanto, aproximábase el buque, viéndose perfectamente que era un hermoso velero de tres palos, evidentemente un ballenero de Nuevo Arcángel, que, después de haber remontado la península de Alaska, dirigíase hacia el estrecho de Behring. Hallábase a sotavento del islote, y, con las velas bajas, los juanetes y los sobres amurados a estribor, dirigíase hacia el Norte. Cualquier marino hubiera conocido en seguida, al ver su orientación, que aquel buque no se dirigía hacia el islote. Pero ¿lo vería al menos?

—Si lo ve —murmuró el teniente Hobson, al oído del sargento Long—, huirá de él rápidamente.

Jasper Hobson tenía razón al expresarse así. No hay nada, en estas regiones, que tanto tema el marino como la vecindad de los icebergs y de las islas de hielo. Son escollos errantes contra los que teme siempre estrellarse, sobre todo de noche; y por eso se apresuran a cambiar de rumbo en cuanto los distinguen. ¿No procedería de igual modo aquel buque tan pronto diese vista al islote? Parecía lo probable.

Imposible pintar las alternativas de desesperación y esperanza por que pasaron los náufragos. Hasta las dos de la tarde creyeron que la Providencia se apiadaba al fin de ellos, que los socorros venían, que la salvación se acercaba. El buque se había aproximado, siguiendo una línea oblicua, y ya sólo distaba seis millas del islote. Multiplicáronse las señales, disparáronse numerosos petardos, y

hasta produjeron una gran humareda quemando alguna tablas del alojamiento...

¡Todo en vano! O el buque no vio nada, o se apresuró a alejarse del islote en cuanto le dio vista.

A las dos y media, orzó ligeramente, y se alejó del islote con rumbo al Nordeste.

Una hora después, era sólo una nubécula blanca en el remoto horizonte, y pronto desapareció por completo.

Entonces el soldado Kellet prorrumpió en espantosas carcajadas, y empezó a revolcarse por el suelo, creyendo todos que se había vuelto loco.

Paulina Barnett miró a Madge de hito en hito, como para preguntarle si seguía esperando aún.

Madge volvió la cabeza...

En la noche de aquel día funesto oyóse un crujido terrible producido por la parte mayor del islote al desprenderse y sumergirse en el mar, escuchándose al mismo tiempo aullidos espantosos de animales. ¡El islote había quedado reducido a la punta que se extendía desde el emplazamiento de la casa tragada por el mar hasta el cabo Bathurst!

¡No era ya más que un sencillo témpano!

SOBRE UN TÉMPANO DE HIELO



¡Un témpano! ¡Un témpano irregular, en forma de triángulo, que medía 100 pies de base, y apenas 150 en su lado mayor, sobre el cual se encontraban veintiún seres humanos, un centenar de animales de piel valiosa, algunos perros y un oso gigantesco, agazapado en aquel momento en la punta extrema del islote!

¡Sí! Por fortuna, todos los náufragos se hallaban allí reunidos. El abismo no se había tragado ni uno solo. La rotura se había operado en un instante en qué todos se hallaban reunidos en el alojamiento común. ¡La suerte los había respetado una vez más, deseosa, sin duda, de que pudiesen todos juntos!

Pero ¡qué situación! Nadie hablaba ni se movía, temerosos de que el menor movimiento, la más ligera sacudida hubiera bastado para romper la base de hielo.

¡Nadie quiso ni pudo tocar los trozos de cecina que distribuyó, como cena, la señora Joliffe! ¿Con qué objeto? La mayor parte de aquellos infortunados seres pasaron la noche al aire libre, prefiriendo ser tragados por el mar, libres de toda traba, y no encerrados en una estrecha cabaña de tablas.

Al siguiente día, 5 de junio, un sol esplendoroso elevóse sobre el triste grupo. Los sin ventura, apenas cambiaban entre sí palabra. Aguzaban la inteligencia buscando la manera de escapar, y escudriñaban con ojos extraviados el horizonte circular en cuyo

centro se hallaba aquel miserable témpano.

El mar estaba completamente desierto. Ni una vela, ni siquiera una isla de hielo o un islote. ¡Aquel témpano era el último, sin duda, que flotaba sobre el mar de Behring!

La temperatura seguía siendo cada vez más elevada, y reinaba en la atmósfera una calma desesperante. La mar tendida mecía dulcemente aquel último trozo de tierra y hielo que quedaba de la isla Victoria, que subía y bajaba sin desplazarse, cual despojo de una embarcación naufraga. Pero los despojos de un buque, los restos de su casco, los trozos de sus mástiles, sus vergas destrozadas, sus tablones, resisten, sobrenadan, no pueden hundirse nunca; en tanto que aquel témpano de hielo, de agua solidificada, iba a ser en breve plazo disuelto por los rayos del sol...

Aquel témpano constituía la porción más espesa de la antigua isla, y por esta razón había resistido tanto tiempo. Cubríalo una capa de tierra y vegetación, y era de suponer que su base congelada midiese un espesor bastante grande. Los persistentes fríos del océano Glacial habrían ido, sin duda acumulando sobre él hielo y más hielo, cuando, durante períodos seculares, formaba el cabo Bathurst la punta más avanzada del continente americano.

En aquellos momentos, aún se elevaba el témpano unos cinco o seis pies, término medio, sobre el nivel del mar, de suerte que podía calcularse que su base tendría un espesor próximamente igual. Por tanto, si en aquellas aguas tranquilas no corría de momento peligro de quebrarse, se iría por lo menos licuando lentamente. Y bien se echaba de ver esto en sus bordes que se iban desgastando poco a poco bajo la acción de las olas, y, casi incesantemente, algún pedazo de tierra, con su frondosa vegetación, se precipitaba en el agua.

Aquel mismo día ocurrió un desprendimiento de esta naturaleza, hacia la una de la tarde, en la parte ocupada por el alojamiento, que se hallaba emplazado en la orilla misma del témpano. Afortunadamente, la improvisada cabaña hallábase vacía en el momento de la catástrofe; pero no fue posible salvar más que, algunas de las tablas que la formaban, y dos o tres vigas del techo. La mayor parte de las herramientas y los instrumentos astronómicos se perdieron, y toda la pequeña colonia tuvo que refugiarse entonces en la parte más elevada del islote, sin protección alguna

contra las inclemencias del cielo.

Aún conservaban algunas herramientas, las bombas y el depósito de aire, que utilizó Jasper Hobson para recoger algunos litros de agua de lluvia, que caía en abundancia, a fin de no descarnar más el suelo sacando los trozos de hielo que hasta entonces les habían suministrado el agua potable. Era preciso economizar a toda costa hasta las más insignificantes partículas de témpano.

A eso de las cuatro, Kellet, el soldado en quien ya se habían observado síntomas de locura, presentóse a Paulina Barnett y le dijo:

—Señora, voy a ahogarme.

—¡Kellet! —le gritó la viajera.

—¡Le digo a usted que voy a ahogarme! —repitió el soldado—. Lo he reflexionado muy bien, y no hay medio de salir de esta ratonera; así que prefiero acabar de una vez por mi propia voluntad.

—¡No, Kellet, no! —dijo Paulina Barnett, apoderándose con dulzura de la mano del soldado, cuya mirada brillaba de una manera siniestra—. ¡Usted no hará tal cosa!

—¡Ya lo creo que lo haré! Pero, como usted siempre ha sido tan buena para nosotros, no he querido morir sin despedirme de usted. ¡Adiós, señora, adiós!

Y Kellet encaminóse hacia el mar. Paulina Barnett, aterrada, asíóle fuertemente, y a sus gritos acudieron Jasper Hobson y el sargento, tratando entre los tres de lograr que el infeliz soldado desistiese de sus funestos propósitos; pero él, obcecado en su idea, movía negativamente la cabeza.

Imposible hacer entrar en razón a aquella inteligencia extraviada. Y, sin embargo, era preciso evitar que consumase sus fatales propósitos; porque su funesto ejemplo habría podido contagiar a los demás. ¿Quién sabe si algunos de sus compañeros, instigados por la desesperación, se habrían suicidado igualmente?

—Kellet —dijo entonces Paulina Barnett, hablándole con cariño y casi sonriendo—, ¿es usted realmente mi amigo?

—Sí, señorita —respondió el soldado con calma.

—Pues bien, Kellet, si quiere usted darme gusto, moriremos los dos juntos... mas no hoy.

—¡Señora!...

—No, mi valiente Kellet, hoy no estoy preparada... mañana, sí... mañana, si usted quiere.

El soldado contempló con más firmeza que nunca a la valerosa mujer; pareció vacilar un instante, dirigió una mirada de feroz envidia a aquel mar reposado y azul, y, pasándose luego la mano por la frente, exclamó:

—¡Bien, mañana!

Y dichas estas palabras, marchóse con paso tranquilo, mezclándose con sus compañeros.

—¡Pobre infeliz! —murmuró Paulina Barnett—; le he rogado que espere hasta mañana, y, ¡quién sabe si de aquí a entonces a todos nos habrá tragado el abismo!...

Entretanto, Jasper Hobson, que no desesperaba nunca, pensaba si existiría un medio de detener la disolución del islote, a fin de conservarlo hasta el momento en que se hallasen a la vista de alguna tierra.

Paulina Barnett y Madge no se separaban un momento. Kalumah permanecía tendida como un perro al lado de su señora, procurando comunicarle calor. La mujer de

Mac-Nap,

envuelta en algunas pieles, restos de las valiosas existencias del fuerte Esperanzarse hallaba adormecida con su hijo contra su seno.

Los otros náufragos, tendidos de trecho en trecho, no se movían siquiera, cual si fuesen cadáveres abandonados sobre los restos de un buque náufrago. Ningún ruido turbaba aquella calma terrible. Sólo se oían las olas que desgastaban lentamente el témpano, y algún ligero estrépito que denunciaba un nuevo derrumbamiento.

A veces se levantaba el sargento; paseaba la vista en torno suyo, y escudriñaba luego el horizonte del mar, hecho lo cual volvía a tumbarse de nuevo. En el extremo del témpano formaba el oso una especie de bola blanca de nieve que no hacía el menor movimiento.

Una hora duró la obscuridad, sin que ningún incidente viniese a modificar la situación. Las brumas matinales adquirieron por el Este matices algo amarillentos. Disipáronse algunas nubes que ocupaban el cénit, y pronto los rayos del sol hirieron la superficie del mar.

El primer cuidado del teniente fue reconocer el témpano. Su perímetro habíase reducido más aún; pero, lo que era aún más grave, su altura media sobre el nivel del mar había decrecido de un

modo bien sensible. Las ondulaciones del mar, por débiles que fuesen, bastaban para cubrirla parcialmente, respetando tan sólo la parte superior de la loma que ocupaban los náufragos.

El sargento Long, por su parte, había observado también los cambios que se habían producido. Los progresos de la disolución del hielo eran tan evidentes, que ya no quedaba esperanza.

Paulina Barnett aproximóse al teniente Hobson, preguntándole:

—¿Será hoy?

—Sí, señora; de suerte que podrá usted cumplir la palabra que le tiene dada a Kellet.

—Señor Jasper —dijo con acento grave la viajera—, ¿hemos hecho ya cuanto se puede hacer?

—Sí, señora.

—Pues entonces, ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

Sin embargo, durante aquel día se hizo aún otra desesperada tentativa. Habíase levantado una brisa bastante fuerte que soplaba de alta mar, es decir, que impelía hacia el Sudeste, dirección en que se hallaban las tierras menos remotas de las islas Aleutianas. ¿A qué distancia? Imposible precisarlo, ya que faltos de instrumentos, había sido imposible situar de nuevo el islote. Pero, no debía haber derivado mucho, a menos que no lo hubiese arrastrado alguna poderosa corriente; porque su superficie presentaba muy poca resistencia al viento.

Había, sin embargo, una duda. ¿Y si se encontrase el témpano más próximo a la tierra de lo que suponían los náufragos? ¿Y si alguna corriente cuya dirección no era posible comprobar, lo hubiera acercado a las tan deseadas Aleutianas? El viento soplaba entonces en dirección a estas islas, y podría rápidamente arrastrar el islote si se le prestase ayuda. Aunque el témpano no pudiese ya flotar sino muy escasas horas, en este corto plazo podía divisar la tierra, o por lo menos alguno de esos buques de cabotaje o pesca que nunca se separan de las costas.

Una idea, al principio confusa en el entendimiento del teniente, no tardó en adquirir una extraña fijeza. ¿Por qué no arbolar una vela sobre aquel témpano como pudiera hacerse en una balsa ordinaria? En efecto, la cosa era sencilla.

Jasper Hobson comunicó al carpintero su idea.

—Tiene usted mucha razón —le respondió

Mac-Nap

—. ¡A largar el aparejo en seguida!

El proyecto, por muy pocas probabilidades de éxito que encerrase, reanimó a aquellos infelices. ¿Podía ser de otro modo? ¿No debían agarrarse con las ansias de la desesperación a todo lo que fuese una esperanza?

Todos pusieron manos a la obra, incluso el mismo Kellet, que aún no había reclamado a Paulina Barnett el cumplimiento de su fatídica promesa.

Una gran viga, que en otro tiempo formara la cumbre del alojamiento de los soldados, fue izada y profundamente hundida en la tierra y la arena que formaban el cerro, fijándola sólidamente por medio de obenques y estays. En una verga improvisada con una percha bastante resistente envergóse una especie de vela hecha con las mantas y sábanas que guarnecían las últimas camas, izóse en lo alto del mástil, y, orientada de modo conveniente, hinchóse bajo el soplo de la brisa, conociendo los infelices náufragos, por la estela que dejaba tras sí el témpano, que éste se desplazaba rápidamente hacia el Sudeste.

Fue un verdadero triunfo, que hizo renacer la esperanza en los abatidos espíritus. A la inmovilidad había reemplazado la marcha, causándoles verdadero entusiasmo aquella velocidad, por muy modesta que fuese. El más satisfecho del éxito era el carpintero Mac-Nap.

Todos inmediatamente constituyéronse en vigías, no cesando de escudriñar el horizonte con la vista; y si alguien les hubiese dicho que la tierra jamás se presentaría ante sus ojos, no le hubieran dado crédito. El tiempo les dio la razón.

El témpano se deslizó de esta suerte por espacio de tres horas sobre las tranquilas aguas del mar, al impulso del viento y de las olas; empero el horizonte seguía formando una circunferencia perfecta, sin que ningún obstáculo alterase su nitidez. Los infelices náufragos no perdían, sin embargo, la esperanza.

A eso de las tres de la tarde, llamó aparte Jasper Hobson al sargento, y le dijo:

—Avanzamos sin duda, pero es a expensas de la solidez y duración del islote.

—¿Qué quiere usted decir, mi teniente?

—Quiero decir que el témpano se desgasta rápidamente a consecuencia del calor producido por el rozamiento de las aguas, que la velocidad acrecienta. Se va descarnando y rompiendo, habiendo disminuido en una tercera parte de su volumen desde que izamos la vela.

—¿Está usted seguro...?

—Absolutamente seguro, Long. El témpano se alarga y se estrecha. Mire usted, el mar llega ya a sólo diez pies de la loma.

Tenía razón Jasper Hobson, y así tenía que ocurrir por razón natural.

—Sargento —dijo entonces el teniente—, ¿no le parece a usted que debiéramos suspender nuestra marcha?

—Creo que debiéramos antes consultar a nuestros compañeros —respondió el sargento Long—. En circunstancias tan críticas, la responsabilidad de nuestras decisiones debe afectar a todos.

El teniente hizo un gesto afirmativo. Ambos ocuparon de nuevo su puesto sobre la loma, y Jasper Hobson refirió a los demás lo que ocurría.

—Esta velocidad —les dijo— desgasta rápidamente nuestro témpano, y precipitará algunas horas la inevitable catástrofe. Decid, pues, amigos míos, ¿queréis que prosigamos adelante?

—¡Adelante! —gritaron como un solo hombre aquellos desdichados.

Siguieron, pues, navegando, y esta resolución de los náufragos debía tener consecuencias incalculables. A las seis de la tarde, levantóse de repente Madge, y, señalando con la mano hacia el Sur, exclamó medio loca de entusiasmo:

—¡Tierra!

Todos se levantaron como galvanizados.

Una costa, en efecto, divisábase por el Sudeste, a doce millas de distancia.

—¡Más vela! —gritó Jasper Hobson.

Comprendido por todos, amarraron a los obenques vestidos, pieles y cuanto encontraron a mano, y orientaron estas prendas de manera conveniente para que tomasen viento.

Creció la velocidad con tanto mayor motivo cuanto que había refrescado la brisa; pero el témpano se fundía por todos sus cuatro costados. Sentíasele temblar, y podía quebrarse a cada instante.

Nadie quería pensar en semejante cosa. La esperanza los cegaba. La salvación estaba allí, en aquel continente. ¡Lo llamaban, le hacían señas! ¡Aquello era un delirio!

A las siete y media, el témpano se había aproximado sensiblemente a la costa; pero se fundía a ojos vistas, y se hundía al mismo tiempo; el agua amenazaba ya cubrirlo, y las olas lo barrían llevándose poco a poco a los animales enloquecidos de terror. A cada instante era de temer que el témpano se hundiese en el abismo. Fue necesario aligerarlo de peso, cual si se tratase de un buque que se fuese a pique. Después se esparció cuidadosamente la poca tierra y arena que quedaba sobre la superficie del témpano, llevándola hacia sus bordes, con objeto de preservarlos de la acción directa de los rayos solares, cubriéndolos además con pieles, que son, por naturaleza, muy malas conductoras del calor. En una palabra, aquellos hombres enérgicos valiéronse de todos los medios imaginables para retardar la catástrofe suprema. Mas todo resultaba insuficiente. Se oían crujidos en el interior del témpano, y aparecían grietas en su superficie, por las que comenzaba a entrar el agua, ¡y la costa distaba aún cuatro millas!

—¡Vamos a hacer una señal, amigos míos! —exclamó el teniente Hobson, sostenido por una heroica energía—. ¡Puede ser que nos vean!

Formóse en seguida un montón con todos los objetos combustibles que quedaban, dos o tres tablas y una viga, y prendiósele fuego al instante, elevándose en seguida una gran llama sobre tan frágil despojo.

Pero el témpano se fundía cada vez más, hundiéndose al mismo tiempo, y pronto no quedó más fuera del agua que el cerro en el que todos se habían refugiado, sobrecogidos de espanto, y con ellos los escasos animales que el mar no se había aún llevado. El oso lanzaba formidables rugidos.

El agua subía sin cesar, y nada demostraba que los náufragos hubieran sido vistos. No transcurriría ciertamente siquiera un cuarto de hora sin que se los tragase el abismo...

¿No existía ningún medio de prolongar la duración del témpano? Tres horas solamente, tres horas nada más, y llegarían tal vez a la costa, que ya sólo distaba tres millas. Pero ¿qué hacer?, ¿qué hacer?

—¡Ah! —exclamó Jasper Hobson—, dadme un medio, uno solo, para impedir que se disuelva el témpano, y os daré en premio mi vida. ¡Sí!, ¡mi vida!

En aquel momento oyóse una vocecilla, que dijo:

—¡Hay uno!

Era Tomás Black quien hablaba. Era el astrónomo que desde hacía tanto tiempo no había despegado los labios, y a quien ya no se contaba como a vivo entre aquellos seres condenados a muerte. Y las primeras palabras que pronunció, fueron para decir:

—¡Sí!, ¡hay un medio de impedir que el témpano se disuelva! ¡Existe todavía un medio de salvarnos!

Jasper Hobson corrió hacia donde se encontraba el astrónomo, y él y sus compañeros interrogáronle con la mirada, creyendo haber oído mal.

—¿Qué medio es ése? —exclamó el teniente Hobson.

—¡A las bombas! —respondió solamente Tomás Black.

—¿Se había vuelto loco el astrónomo? ¿Tomaba acaso el témpano por un buque que amenaza irse a pique con diez pies de agua dentro de la bodega?

Sin embargo, allí estaban las bombas de ventilación y el depósito de aire que se utilizaba entonces como aljibe para el agua potable. Pero ¿qué utilidad podían tener aquellas bombas? ¿Cómo podrían endurecer las aristas de aquel témpano que se fundía por todas partes?

—¡Está loco! —dijo el sargento.

—¡A las bombas! —respondió el astrónomo—. ¡Llenad de aire el depósito!

—Hagamos lo que dice —exclamó Paulina Barnett. Uniéronse las bombas, por medio de sus correspondientes mangueras, al depósito, cuya cubierta se cerró herméticamente. Funcionaron en seguida las bombas, y almacenóse aire en el depósito a una presión de varias atmósferas. Tomó después Tomás Black una de las mangueras de cuero soldadas al depósito, y, abriendo en seguida la llave, dirigió un chorro de aire comprimido sobre los bordes del témpano en todos aquellos sitios que derretía el calor.

Con asombro de todos, se produjo un maravilloso efecto. En todos los lugares en que era proyectado aquel aire por la mano del astrónomo, cesaba inmediatamente el deshielo, soldándose las

grietas y volvía la congelación.

—¡Hurra!, ¡hurra! —exclamaban locos de júbilo aquellos infelices.

El trabajo de mover las bombas era en extremo penoso; pero no faltaban brazos, relevándose con frecuencia los soldados. Las aristas del témpano se solidificaban de nuevo como si hubiesen estado sometidas a un frío intenso.

—¡Nos ha salvado usted, señor Black! —exclamó Jasper Hobson.

—¡Pero si es lo más natural del mundo! —dijo sencillamente el astrónomo.

Y en efecto, nada más natural.

La congelación del hielo se restablecía de nuevo por dos motivos: primero, porque bajo la presión del aire, el agua, al evaporarse en la superficie del témpano, producía un intenso frío; y, segundo, porque el aire comprimido robaba, para dilatarse, su calor a las superficies desheladas. En todos los sitios donde se producía una fractura, el frío provocado por la distensión del aire solidificaba los bordes de la grieta; y, gracias a este recurso supremo, recuperaba el témpano su solidez lentamente.

La faena se prolongó muchas horas. Los náufragos, alentados por una esperanza inmensa, trabajaban con ardor inquebrantable.

Cada vez se aproximaban más a la tierra.

Cuando no distaba más que un cuarto de milla de la costa, arrojóse el oso al agua, ganó a nado la orilla y desapareció.

Algunos instantes después, el témpano encallaba en la playa. Los pocos animales que quedaban en él, huyeron a la desbandada. Después, desembarcaron los náufragos, postrándose de rodillas y dieron gracias al Cielo por su salvación milagrosa.

CONCLUSIÓN



Todo el personal del fuerte Esperanza había desembarcado en la isla de Blejinic, última de las Aleutianas, al extremo del mar de Behring, después de haber recorrido más de 1800 millas desde la época del deshielo. Los pescadores aleutianos acudieron en su socorro, y dispensáronles una muy hospitalaria acogida, y antes de mucho, el teniente Hobson y los suyos pusieron en relación con los agentes ingleses del continente que pertenecían a la Compañía de la Bahía de Hudson.

Después de nuestra detallada narración, inútil nos parece ponderar el valor de todos aquellos valientes, bien dignos de su jefe, y la energía que supieron demostrar durante aquella interminable serie de pruebas. No había faltado el ánimo a los hombres ni a las mujeres, a quienes la valerosa Paulina Barnett había dado siempre ejemplo de energía en la desgracia, y de resignación en la voluntad del Cielo. Todos habían luchado hasta el fin, sin dejarse abatir por la desesperación, ni aun siquiera cuando vieron el continente sobre el cual habían fundado el fuerte Esperanza convertirse en isla errante, la isla en islote, el islote en témpano, ni cuando vieron, en fin, que el témpano se fundía bajo la doble acción de los rayos solares y de las aguas cálidas. Si la tentativa de la Compañía había fracasado, sucumbiendo el nuevo fuerte, no eran por ello merecedores de reproche Jasper Hobson ni sus compañeros, víctimas, no culpables, de espantosos cataclismos imposibles de prever. En todo caso, de las diez y nueve personas confiadas al teniente Hobson, no faltaba ni una sola, antes bien se había aumentado la pequeña colonia en dos miembros: la joven esquimal,

Kalumah, y el hijo del carpintero
Mac-Nap,
ahijado de Paulina Barnett.

Seis días después del salvamento, los náufragos llegaban a Nuevo Arcángel, capital de la América rusa.

Allí, todos aquellos amigos, que tan íntimamente ligados habían estado los unos a los otros por el peligro común, iban a separarse, quién sabe si para siempre. Jasper Hobson y los suyos debían regresar al fuerte Resolución a través de los territorios de la Compañía, en tanto que Paulina Barnett, Kalumah, que no quería volver a separarse de ella, Madge y Tomás Black, pensaban regresar a Europa por San Francisco de California y los Estados Unidos. Pero antes de separarse, Jasper Hobson, con voz emocionada y en presencia de todos sus compañeros reunidos, dijo a Paulina Barnett:

—¡Señora, que Dios la bendiga a usted por todo el bien que ha derramado entre nosotros! ¡Ha sido usted nuestra fe, nuestro consuelo, el alma de nuestro pequeño mundo! ¡En nombre de todos nosotros, doy a usted las más expresivas gracias!

Tres hurras clamorosos resonaron en honor de Paulina Barnett, y después los soldados quisieron estrechar uno por uno la mano de la animosa exploradora. Las mujeres se abrazaron entre sí con verdadera efusión.

En cuanto al teniente Hobson, que había concebido un afecto sincero hacia Paulina Barnett, dióle un prolongado y postrero apretón de manos, diciéndole al mismo tiempo con el corazón dolorido:

—¿Será posible que no nos volvamos a ver algún día?

—No, Jasper Hobson —respondió la viajera—, no, ¡eso sería imposible! Si usted no va a verme a Europa, seré yo quien venga a verle a usted aquí..., aquí, o en la nueva factoría que fundará usted andando el tiempo...

En aquel preciso momento, Tomás Black, que desde que puso el pie en tierra había recuperado el uso de la palabra, adelantóse y dijo con el aire más convencido del mundo:

—Sí, sí; ya nos veremos... ¡dentro de treinta y seis años! Amigos míos, se me ha escapado el eclipse de 1860; pero no se me escapará el que ha de tener efecto, en las mismas condiciones y sitios, en 1896. Así, pues, quedamos citados, mi querida señora y mi valeroso

teniente, para dentro de treinta y seis años, en los límites del océano Glacial Ártico.



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siècle*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.